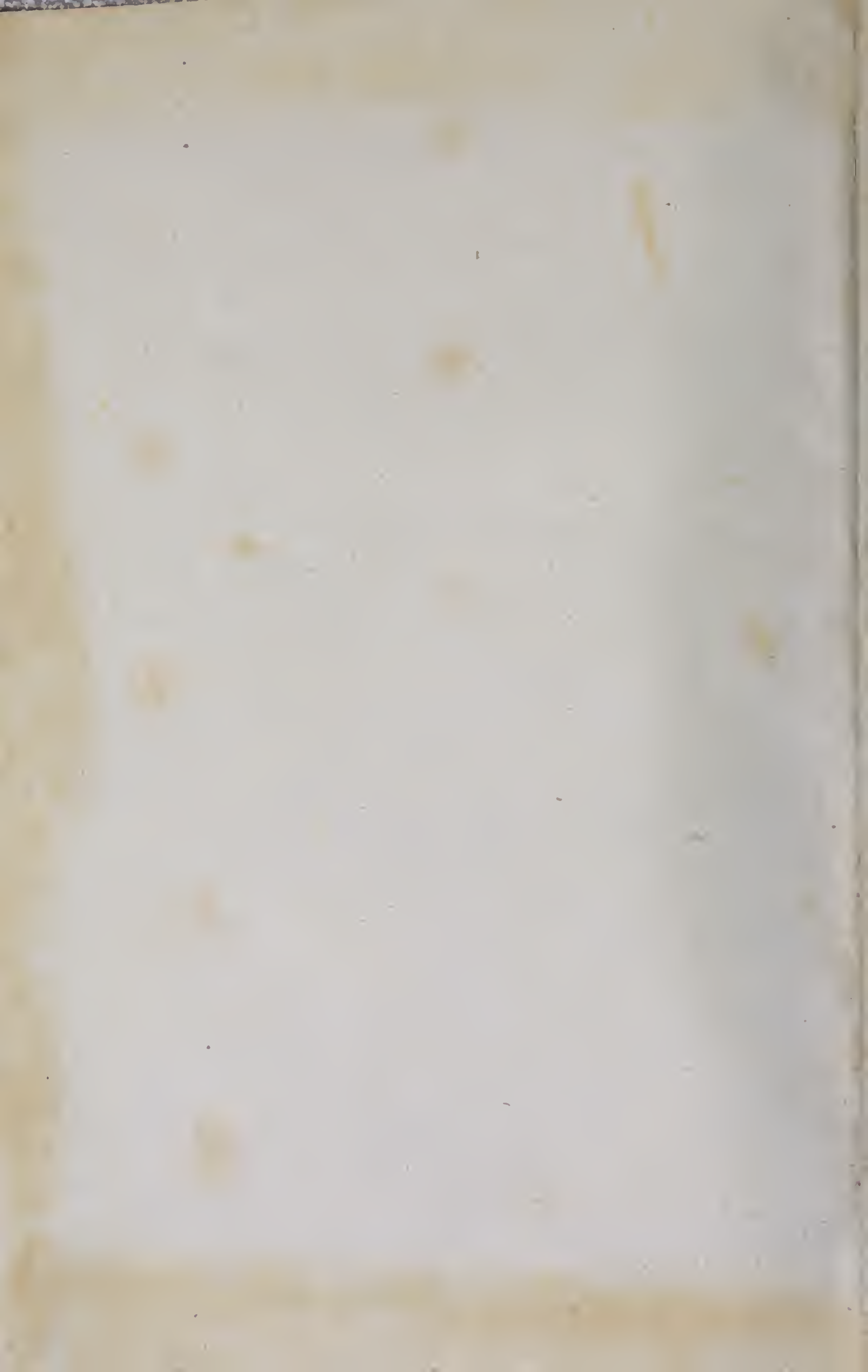








HISTORIA GENERAL

DE

LAS MISIONES.

II.



VIAGE PINTORESCO A LAS CINCO PARTES DEL MUNDO.

HISTORIA GENERAL

DE

LAS MISIONES

DESDE EL SIGLO XIII HASTA NUESTROS DIAS

POR EL

BARON DE HENRION

DE LA ACADEMIA DE LA RELIGION CATOLICA, DE LAS ACADEMIAS Y SOCIEDADES REALES DE METZ Y DE NANCY; CABALLERO DE LA ORDEN DE LOS SANTOS MAURICIO Y LAZARO; COMENDADOR DE LA ORDEN DE SAN GREGORIO EL GRANDE; AUTOR DE LA HISTORIA GENERAL DE LA IGLESIA, ETC., ETC.

DEDICADA AL CARDENAL DE BONALD.

OBRA RECOMENDADA POR SU SANTIDAD PIO IX

TRADUCIDA AL CASTELLANO, AMPLIADA, ANOTADA Y ADICIONADA EN LO REFERENTE A ESPAÑA

por los Sres. Carbonero y Sol, Magan y Caballero.

BAJO LA CENSURA

DEL Dr. D. SALVADOR MESTRES

TOMO PRIMERO

SEGUNDA SERIE

BARCELONA.

LIBRERÍA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR, IMPRESOR DE S. M.

PREMIADO POR S. S. PIO IX

ESCUDILLERS, NUM. 57.

1863



CAPÍTULO XXXIV.

Continuacion de las misiones de los franciscanos y de los dominicos en la India, en el Africa occidental y en la América.

El Samorin, á quien la invasion portuguesa amenazaba, y los musulmanes, cuyo comercio aquella disminuia, recurrieron para oponerse á ello, á la intervencion del sultan de Egipto, irritado como estaba por la espulsion de los moros de España. Haciendo este príncipe causa comun con todos los infieles, y á nombre suyo, contra la cristiandad, hizo correr la voz, que si el rey Fernando de España, y Manuel de Portugal, no renunciaban, el primero, á las medidas que habia tomado contra los mahometanos, y el segundo, á establecerse en la India, destruiria, hasta sus cimientos, la basílica del Santo Sepulcro, el monasterio de los franciscanos de Monte-Sion, y cuantos santuarios existiesen en el imperio; que borraria hasta el menor vestigio de la religion cristiana, y que obligaria por todos medios á los fieles á abrazar el mahometismo. En seguida envió cerca del papa, al hermano Mauro, franciscano español, y guardian de Monte-Sion, fingiendo que este religioso habia solicitado de él el permiso para ir á anunciar al Pontífice los grandes males que amenazaban á la religion, si Julio II, como gefe de la cristiandad, no impedia con su influjo á los reyes de España y Portugal, proseguir en sus intentos. Antes de dejar á Jerusalen, el P. Mauro obtuvo del sultan la autorizacion de visitar la santa tumba, y traerse consigo una tabla de mármol que allí habia. Esta tenia tres piés de largo, y uno de ancho, y la dividió en cinco partes iguales, destinadas á servir de aras ó altares portátiles, y presentó uno de estos pedazos á Julio II, junto con una carta del sultan, en la que éste pomposamente se calificaba de: «El gran Rey, el señor de los señores, noble, sábio, justo, y victorioso; el Rey de los reyes; la gloria del mundo; el gefe de la ley de Mahoma, y de los que la profesan; el vivificador de la justicia en todo el universo; el heredero de los reinos: Rey de Arabia, de la Persia, de la Turquía; la sombra de Dios en la tierra; el obrero de toda clase de bienes; otro Alejandro en el mundo; el Rey de los que se asientan sobre el trono, y de los que ciñen la corona; el distribuidor de las provincias, tierras, y ciudades; el perseguidor de los rebeldes y de los hereges infieles; el conservador de los lugares de peregrinacion; el soberano sacerdote de los templos sagrados que están en su imperio, y que guardan la ley de Mahomet; el dispensador de la justicia y de la clemencia: el esplendor de la fé; el padre de la victoria; sultan Gauri, cuyo imperio quiera Dios mantener para siempre, y elevar su trono sobre el planeta de los gemelos.» El sobre de la carta no era menos pomposo: «A vos, papa romano, excelentísimo y espiritual, que temeis á Dios, y que haceis el bien; grande en la antigua fé de los cristianos; servidor de Jesus; Rey de los reyes nazarenos; conservador y señor de los mares y de las tierras marítimas; padre de los patriarcas y de los obispos; lector de los evangelios; sábio en la fé, que discernis las cosas lícitas ó ilícitas; benevolente para con los reyes y los príncipes; poseedor del imperio romano, cuya gloria aumente Dios, etc.»

Despues de haber leido el papa esta carta, y oido al P. Mauro, cuyo razonamiento le conmovió profundamente, envió al dicho religioso á los reyes Fernando y Manuel, á fin de combinar con todos, la respuesta que se le habia de dar al sultan. Dejando el segundo altar portátil al cardenal Carbajal, que pretendia tener á él derecho como cardenal titular de la basílica de Santa-Cruz de Jerusalen, Fr. Mauro, vino primero á España, donde ofreció el tercero á la reina Isabel, y el cuarto al cardenal Ximenez de Cisneros (1). El quinto fué

(1) Con efecto, entre las preciosísimas reliquias que conserva la catedral de Toledo, existe esta ara ó trozo de piedra del sepulcro de Jesucristo, que hemos visto repetidas veces, y que únicamente sirve, y se usa, para colocar sobre ella la sagrada Eucaristía, el Jueves Santo en el monumento. Está engastado en un marco de oro, y su color es de un blanco súcio. (Nota del Traductor.)

donado al rey de Portugal. Aunque consta que el guardian de Monte-Sion llevó al papa las cartas de ambos reyes, se ignora el contenido de la de Fernando. Manuel, contestó, que sentia mucho el no poder hacer mayor daño aun á los infieles, pero que esperaba darles para el porvenir, si Dios le ayudaba, mas motivos de queja y resentimiento, arrasando la Ka'aba de la Meca, y el sepulcro de Mahoma en Medina; que el papa no debia espantarse del lenguaje del sultan de Egipto, pues su principal móvil era el interés; y la sola consideracion de los grandes rendimientos que le producian los peregrinos de Tierra-Santa, le contendría de realizar sus amenazas. El rey de Portugal, suplicaba además al Pontífice, que pusiese en paz á todos los príncipes cristianos, y les invitase á reunir todos sus armas contra los enemigos de la fé. Fray Mauro, regresó á Egipto protegido con esta vigorosa respuesta, y cargado de limosnas para los santos Lugares. Dió una cuenta fiel de su mision al sultan, quien no atreviéndose á ejecutar sus amenazas, como Manuel habia previsto, se contentó con mandar por el mar Rojo á las Indias, una flota para oponerse á los progresos de los portugueses.

Para resistirle, en cambio, el rey de Portugal hizo salir dos escuadras, y al mismo tiempo que sus navíos transportaban soldados destinados á someter á los africanos y á los indios, conducian franciscanos y otros sacerdotes del clero secular, para engendrar aquellos infieles en Jesucristo.

Francisco Almeida, salió de Lisboa el 25 de abril con otra escuadra de veinte y un buques, cuyas tropas de desembarco se apoderaron sucesivamente de las ciudades de Quiloa y Mozambique, sobre la costa oriental de Africa, sostenidas en esta lucha por las escitaciones de los misioneros, y animadas por la vista de la cruz. Almeida estaba detenido en Cananor, en la India, para dar algun reposo á sus guerreros fatigados, cuando por la mediacion de un franciscano, recibió allí la proposicion de una útil alianza. Al tener la devocion el hermano Luis, de ir á visitar el sepulcro de Sto. Tomás, vió con esta ocasion al rey de Narsinga, á quien habló del gran poder de los portugueses, y de sus recientes espediciones. Asombrado el príncipe de los progresos de sus conquistas, pensó en tenerles por aliados, y en su consecuencia, hizo acompañar al hermano Luis á su vuelta, de un embajador, encargado de ofrecer á Almeida la libertad de comercio en sus estados; la facultad de tener en ellos fuertes para proteger las factorías; la cooperacion de sus tropas y de sus vasallos, y por último, hasta la mano de una de sus hermanas, princesa, jóven y hermosa, para el rey de Portugal. A estas proposiciones acompañó el embajador ricos dones, consistentes en collares de perlas, sortijas con piedras preciosas, tapices de tisú de oro, y otras preciosidades. Almeida le recibió con honor, concluyó un tratado con él, y en cambio, regaló para su señor, copas y vasos de oro y plata, artísticamente cincelados.

Otra escuadra portuguesa, mandada por Tristan de Acuña, que acompañaba á Alfonso de Alburquerque, se apoderó de Braba, en la costa de Zanguebar. Los portugueses, además, á la entrada del mar Rojo, ocuparon la isla de Socotora, cuyas dos radas en lo antiguo, sirvieron de estacion comercial, y donde se cree que Alejandro el Grande estableció una colonia. En los valles de esta isla, crece el mejor aloe, y se recojen los mas escelentes dátiles. Allí se encontraron aun cristianos, desde que el apóstol Sto. Tomás evangelizó en Socotora, antes de trasladarse á Cangranor; pero su fé estaba alterada por los errores de los jacobitas. Tristan de Acuña, les libró de la tiranía de los mahometanos de Asia, á quienes arrojó de la isla. Su mezquita, fué cambiada en iglesia, bajo la advocacion de la santa Virgen, y el franciscano Antonio Laurier, encargado del cuidado de una nueva cristiandad, se aplicó durante muchos años, con celo verdaderamente apostólico, á purificar la fé de ese pueblo, cuyas costumbres estaban alteradas, no menos que sus creencias y ritos.







Laurier, al querer hacer un viage de Socotora á Goa, que era ya de los portugueses, en 1510, naufragó en la costa de Cambaya, y fué cautivado con todos los demás que pudieron escapar del peligro del mar, y presentados al rey. Despues de algunos meses de esclavitud, y viendo que nadie acudia á rescatarles, prendado el príncipe de la virtud y fé de Antonio, aunque hóstil á los portugueses, le permitió que fuese á Goa á pedir su rescate, y el de sns compañeros, á condicion, de que si el religioso no obtenia la cantidad estipulada en un plazo fijo, volveria él mismo á constituirse prisionero. Antonio Laurier dejó el cordon que ceñia su hábito, al rey idólatra, como prenda de su palabra. El gobernador de Goa estaba ausente cuando llegó el misionero, quien no pudiendo tratar por esa circunstancia sobre su libertad y la de sus compañeros, fiel á su palabra el misionero, antes que transcurriese el plazo, se presentó en Cambaya. Causó tal admiracion al rey y á sus principales gefes tan heróica lealtad, que desde entonces tuvieron en gran estima la palabra y honradez de los portugueses, confianza de que participaron las demás naciones de la India, que se enteraron de tan noble rasgo. En vista de él, no se limitó á una admiracion estéril el rey de Cambaya; puso en libertad, sin rescate, ni condicion alguna, á Antonio Laurier, y á sus compañeros de naufragio, los trató espléndidamente, y devolvió cargados de regalos. El misionero, siguió despues con sus tareas apostólicas, que produjeron frutos maravillosos.

Alfonso de Alburquerque, á quien hemos arriba citado, y que se habia apoderado de Goa en 1510, (Pl. XXXXII, n.º 1.) apreció, en lo que valian, los inmensos servicios prestados por los franciscanos en todos los puntos de la India, donde ejercian su saludable influencia, y en recompensa, les dió en Goa, la mezquita de los musulmanes, que su piedad cambió en un templo cristiano, y además, un gran terreno, que convertido luego en convento, en 1518, fué en seminario fecundo de escelentes religiosos, á quienes se vió acompañar á los caudillos á la guerra, inflamar el valor de los soldados, convertir los idólatras, catequizar los neófitos, erigir escuelas para la infancia, cuidar de los hospitales, en fin, cumplir con todos los deberes del ministerio apostólico, sin esperanza ni recompensa mundana, y solo con el esclusivo objeto de la gloria de Dios. Mediante los socorros que por tres veces distintas recibió Alburquerque del rey de Portugal, afirmó y consolidó la dominacion portuguesa en la India; desconcertó los planes y esfuerzos del rey de Cambaya, y del sultan de Egipto; dió un nuevo rey á Cochin, y por el ascendiente de sus victorias, facilitó la accion de los misioneros de ambas familias de S. Francisco y de Sto. Domingo.

El cuidado de las nuevas conquistas espirituales de que se ocupaba en la India, no hacia olvidar el de las que tan felizmente se habian realizado en el Congo. Multiplicándose allí los fieles por los esfuerzos de los misioneros, que por su edad y fatigas, cada vez disminuian, el rey D. Manuel, mandó allá, en 1505, á varios celosos franciscanos, á los cuales agregó maestros de escuela para enseñar á los niños y obreros hábiles en diferentes artes y oficios, para que la civilizacion material, siguiese el progreso de la regeneracion moral. Además, se proveyó de todo lo necesario, para el culto y sostén de los misioneros. Cuando estos llegaron al Congo, el rey Alfonso y su pueblo, les recibieron con tanto amor, como respeto, como ángeles venidos del cielo. Asombrados los habitantes, de los ricos objetos que la magnificencia del rey de Portugal destinaba para el culto cristiano en su pais, se disputaban el honor de trasportarlos, y lo que fué mas consolador, de estrenarlos cuanto antes en las fuentes bautismales. Manuel, no dejó pasar un año solo, sin enviar misioneros al Congo, y dar contínuos testimonios de interés á ese pais. En 1512, con especialidad, mandó allí en concepto de embajador, á uno de sus gentiles-hombres, á quienes acompañaron gran porcion de obreros

evangelicos, sacados la mayor parte del órden de S. Francisco. Agradecido á esta consideracion Alfonso, rey del Congo, envió á su vez á Portugal otro embajador llamado Pedro, que obtuvo toda la confianza de la reina María. Pedro, condujo á Lisboa á todos los príncipes negros, hijos del rey Alfonso, y á otros jóvenes, hijos tambien de los principales del Congo, para que recibiesen allí su educacion cristiana, y la instruccion que convenia á su rango, y todos ellos fueron objeto en Portugal de la mayor solicitud, y de los mas grandes honores. Manuel, envió despues al Congo, en calidad de embajador, á Simon de Silva, por cuya mediacion, concluyeron ambos reyes un tratado de alianza sólida, que influyó mucho en los progresos de la fé en Africa.

Al mismo tiempo que hablamos de las empresas de los portugueses, debemos hacer constar la accion de los españoles, á quienes Cristóbal Colon acababa de dar la América. Este grande hombre, fué conducido á España con grillos en los piés, por disposicion de Bobadilla (1), que no trató mejor á los misioneros, y á los indígenas que lo habia hecho Colon, y por lo tanto, instruidos de eso, y

(1) El buen deseo de corregir los abusos y arbitrariedades, que, segun los enemigos de Colon, se cometian en la colonia, fué la causa de que los reyes católicos, para acallar de una vez tantas quejas y reclamaciones, y sobre todo, para cerciorarse de la verdad que hubiese en todo ello, siendo contradictorias las noticias que se recibian de la colonia de Haiti, mandó allí á Bobadilla, que segun Oviedo, gozaba el concepto de buen caballero, y de muy honesto y religioso, para que hiciese justicia en los culpables, y los remitiese á España. Ausente Colon á su llegada, supo á su regreso que su casa estaba ocupada por el nuevo gobernador, que sus posesiones habian sido confiscadas, y quo en fin, su hermano D. Diego, acababa de ser trasladado á un buquo y cargado de cadenas, y al presentarse Colon á Bobadilla, sin escuchar sus quejas y razones, y los malos procedimientos de los colonos, por toda contestacion, se le encierra en un fuerte, y á su hermano Bartolomé se le encarcela tambien á su llegada. A poco Colon fué arrebatado violentamente de la colonia, y preso con sus dos hermanos, y aherrojados con grillos, los mandó á España, para entregarlos al obispo D. Juan Fonseca, saliendo de Santo Domingo á primeros de octubre de 1499, y llegando á Cádiz el 20 ó 25 de noviembre, habiendo sido bien tratados de Alonso Vallejo y Andrés Martin, que mandaban las carabelas, al almirante Colon quisieron quitar los grillos, mas este no lo consintió, hasta quo los reyes lo mandasen; pero le facilitaron, apenas llegaron á España, que un criado de su confianza saliese secretamente con sus cartas, para los reyes y otras personas, á fin de que llegasen antes quo las del comendador Bobadilla, y los procesos que acompañaba. Esta precaucion, dice Navarrete, surtió buen efecto, pues los reyes que se hallaban en Granada, luego quo supieron la prision del almirante y sus hermanos, tuvieron mucho pesar, y mandaron en el instante que los soltasen, proveyéndoles de dinero hasta dos mil ducados, para que en el momento se presentasen en la corte, como lo hicieron en 17 de diciembre. Los reyes los recibieron benignamente, y compadeciéndose de su desgracia, les certificaron: *haber sido contra su voluntad el prenderlos*, prometiéndoles, especialmente al almirante, *con palabras amorosas y eficaces*, deshacer y remediar sus agravios, y guardarle en todo sus privilegios y mercedes, despues de haber admitido las disculpas por los yerros en que pudo incurrir sin voluntad, y con la mas sana intencion, y antes de emprender el último viage le decian: «Tener por cierto «que de vuestra prision nos pesó mucho, e bien lo visteis vos, e «lo conocieron todos claramente pues luego que lo supimos, lo «mandamos remediar y sabeis el *favor* con que os habemos «mandado tratar siempre, etc.» De esta palabra, favor, deduce Navarrete en una nota, que aun cuando por los procedimientos y términos rigurosos legales, hubiese habido mérito para castigar algo al almirante, los reyes no habian obrado con él, en ley de estricta justicia, sino usando de *favor*. Apoya esta sospecha el cronista Oviedo, cuando dice, que las mas verdaderas causas de la deposicion ó prision del almirante, *quedábanse ocultas porque el rey ó la reina quisieron mas verle enmendado que maltratado.* (Oviedo, Hist. de las Indias, Lib. 3, cap. 6.) El historiador Las Casas, pinta con los mas negros colores, la conducta humana, prudente y desinteresada de Colon, atribuyendo su prision y sus desgracias, con las angustias, amarguras y trabajos que padeció en sus últimos tiempos, á un castigo del cielo, por los abusos y tropelias que cometió. No dudamos que esta pintura es exagerada, atendido el carácter de este escritor, y su empeño en amontonar acusaciones contra los conquistadores del Nuevo-Mundo; pero en muchas cosas no es inventada ni falsa, pues en muchos hechos convienen otros muchos historiadores imparciales, y está acorde con varias disposiciones y rasgos del almirante, quo constan de documentos originales publicados. «Pero, como prosigue Navarrete, ¡Y qué! ¿Mengua por esto la gloria del gran Colon, como descubridor de un Nuevo-Mundo? No por cierto; sus defectos fueron propios de la condicion y fragilidad humanas, adquiridos tal vez en su educacion, en su carrera y en su pais, donde el tráfico y la negociacion de esclavos, formaban el principal ramo de la riqueza.» Su vida privada, irreprensible por otra parte, sus virtudes cristianas y su piedad, son suficiente prueba para atribuir esos escesos, no á malignidad de corazon, ni á crueles instintos, ni á hábitos de injusticia, y menos á codiciosas miras, sino á flaqueza y debilidad humanas, de las que no han estado exentos los mayores héroes del mundo. Por todo lo dicho, se demuestra que los reyes tuvieron motivos justos para enviar un juez pesquisidor á Santo Domingo; que aquel, aunque hasta entonces les merecia distinguido concepto, defraudó sus esperanzas escediéndose de su cometido, y atropellando las consideraciones que se merecia el almirante, aunquo hubiese justos motivos para suspenderle ó privarle del gobierno de la isla y por último, que aun en esto laure desgraciado, la nacion española y sus monarcas, prescindiendo de lo que creyesen respecto á las acciones de Colon, lejos de perseguirle, le llenaron de honras y satisfacciones, sin hacer mérito de las pesquisas y acusaciones de Bobadilla, y de los demás enemigos del almirante. Nos hemos estendido algo mas en esta nota, para aclarar lo que tan sucintamente cita Henrion, sobre este notable acontecimiento que ha dado que hablar, y para escribir á tantas plumas nacionales y estrangeras, quo émulas de nuestras glorias unas, ó demasiado apasionadas

sobre todo, de la injusticia con que se habia procedido con el conquistador del Nuevo-Mundo, Fernando é Isabel, por consejo del cardenal Ximenez, quitaron á Bobadilla, y le sustituyeron á Ovando, con el que se embarcaron muchos religiosos observantes, bajo la direccion de Fr. Alonso Espinar. Ximenez, además, posponiendo á su propia satisfaccion, el interés de la fé de Jesucristo, quiso emplear en la conversion de los idólatras, á Fr. Francisco Ruiz, su fiel compañero, á Juan Robles, y Juan de Trassierra, de la provincia de Castilla, á quienes profesaba una particular estimacion. Estos insignes religiosos, cuya piedad y sabiduría, predispusieron felizmente á los musulmanes de Granada, á abrazar el cristianismo, fueron tambien encargados de juzgar la conducta de Bobadilla, y poner remedio á sus desmanes. Por último, Ximenez mandó además, campanas y ornamentos para las nuevas iglesias, vestidos para cubrir la desnudez de los isleños, y sus liberalidades no fueron menores, en favor de los idólatras de la América, que en obsequio de los mahometanos convertidos de España.

La flota que llevaba todo esto, salió del puerto de San Lucar, el 6 de febrero de 1502, y llegó, el 14 de abril, á la isla de Santo-Domingo. El hermano Francisco Ruiz, á quien el clima de Haiti alteró profundamente la salud, tuvo que regresar al cabo de seis meses á España, acompañándole Bobadilla en calidad de prisionero, que murió en la travesía, y trajo consigo una porcion de ídolos haitianos, que el cardenal Ximenez cedió á la universidad de Alcalá que él fundó, como monumentos de otras tantas victorias ganadas sobre el demonio (1).

otras, no han colocado al almirante Colon, ni á los reyes católicos de España, en su verdadero terreno, haciendo á todos la justicia que se merecen. (N. del Trad.)

(1) Bobadilla, en vez de remediar los abusos que tanto exageraban los enemigos de Colon, produjo con sus desacertadas medidas, otros mucho mayores, que motivaron su deposicion, y el que le reemplazase en el gobierno de la colonia, Dr. Fray Nicolás de Ovando, comendador de Lares, caballero de singular integridad, seso y prudencia, en cuya disposicion, tan conformo á justicia, influyó sin duda el haber Colon suplicado que no se le enviase á gobernar la isla, mientras no hubiese en ella otros pobladores de mejores costumbres, y de mayor aplicacion al trabajo, para que no renaciesen allí los pasados escándalos, con inminente riesgo de su persona. (N. del Trad.)

Informados los reyes de España en 1503 de que los indígenas se negaban á vivir con los europeos, y que este alejamiento seria un obstáculo para su conversion, hasta que una disposicion real permitiese el repartirlos entre los españoles ya como depósito, ya como título de encomienda, Fernando é Isabel autorizaron al fin esta medida, á condicion espresa de que los Encmenderos tratasen á los isleños como obreros libres, y no omitiesen diligencia alguna para convertirles, demostrando un particular cariño y bondad á los que se hiciesen cristianos. Al mismo tiempo que Ovando prohibia la importacion de esclavos africanos en Haiti, que habia autorizado Bobadilla, toleró este gobernador los antiguos abusos y autorizó otros nuevos en el régimen de la esplotacion de las minas, de lo que resultó tan grave mal, que los reyes Católicos dieron órden terminante de restablecer los indígenas en su primitiva independencia, sin mas obligacion que la del tributo moderado al que los españoles mismos estaban sometidos, mandando instituir además en cada pueblo, un cacique de ellos, un alcalde español, y un sacerdote encargado de instruir á los isleños con dulzura, autorizando á los europeos á casarse con americanas, y á las mugeres españolas tomar esposos de entre los indígenas. Por otra disposicion del 1504, los reyes no permitieron el cojer y vender como esclavos sino á los individuos de ciertas tribus de la costa de Cartagena, de Santa Marta, etc., conocidos entonces con los nombres de Caníbales, y hoy dia el de Caribes, á quienes se pintaba como hombres feroces, insociables, acostumbrados á comer carne humana, y hacer la guerra á los indígenas ya sometidos, y sin la menor disposicion á oir hablar de religion. Respecto á estos, la esclavitud fué escepcionalmente autorizada; pero provisionalmente, y con objeto de prepararles con los hábitos de domesticidad al régimen social y á la profesion del cristianismo. No podia atesti-

guarse mejor la solicitud de los reyes Católicos por la conversion de los isleños que por el establecimiento de sedes episcopales. «Apenas, dice Charlevoix; subió al trono pontifical Julio II, que sabedores los monarcas españoles de que los indios se multiplicaban cada vez mas en la isla Española, y que el cristianismo hacia entre ellos grandes progresos, suplicaron al Pontífice que erigiese en obispados algunas de sus ciudades y que se crease un arzobispado en la provincia de Xaragua, dándole por sufraganeos, Larez de Guaba y la Concepcion de la Vega. Con asenso del papa se hizo la ereccion de las sillas episcopales, y el Dr. Pedro de Deza, fué nombrado arzobispo de Xaragua; el P. Garcia Padilla, para el obispado de Larez, y el licenciado Alonso Mesa, canónigo de Salamanca, para el de la Concepcion. Las bulas fueron espedidas; pero con la muerte de la reina Isabel, acaecida el 28 de noviembre de 1504, tomó otro giro este asunto, y cuando se volvió á tratar de él por el rey Fernando, se propuso un nuevo arreglo que el papa aprobó.» De esto hablarémos mas adelante. Una sola cláusula del testamento de esa gran reina demostrará aun mejor, que ese no realizado proyecto, cuales eran sus sentimientos acerca de la conversion de los indios y bien estar de la colonia. «En la época, dice la reina Isabel en ese documento, en que las islas y tierra firme del mar Océano descubiertas y por descubrir, nos fueron concedidas por la Santa Sede apostólica, nuestra intencion formal fué, al suplicar al papa Alejandro VI, de feliz memoria, que nos otorgase su propiedad, el procurar con todos nuestros esfuerzos la conversion de todos esos pueblos á nuestra santa religion católica; de enviarles prelados, religiosos, sacerdotes y otras personas instruidas y temerosas de Dios para inculcarles las verdades de la fé, inspirarles el gusto y hábitos de la vida cristiana, y de poner en todo eso el cuidado necesario conforme á lo que está prescrito en las dichas bulas de concesion. Suplico, pues, con las mas vivas instancias al rey mi esposo, y encargo por una órden especial á mi hija la princesa Juana, y al príncipe D. Felipe, su esposo, que lo hagan y cumplan así, considerando este objeto como su mas importante ocupacion, poniendo en él toda la diligencia posible, y que jamás consientan ni dén lugar á que los indios, que habitan en las dichas Indias y tierra firme, conquistadas, ó por conquistar, sientan el menor perjuicio en sus personas y bienes; sino que provean por el contrario que aquellos, sean bien y convenientemente tratados, y que cualquiera falta sobre esto sea prontamente remediada. En fin, que no se aparten un paso de lo contenido en las Letras apostólicas, sino que exactamente se conformen con lo que en ellas está prescrito y mandado.» Cristóbal Colon, cuyos últimos años fueron señalados por nuevos descubrimientos, sobrevivió poco á Isabel, pues murió el 20 de mayo de 1506 en España, de donde se transportaron sus restos á Santo Domingo (1).

Los Observantes poseian ya bastantes resi-

(1) Colon murió en Valladolid, en el dia y año que cita Henrion, y habiéndose depositado el cadáver en la iglesia de S. Francisco; se celebraron sus solemnes exequias en la parroquia de Santa Maria la Antigua. En el año 1513, fueron trasladados los restos al monasterio de cartujos de las Cuevas de Sevilla, y colocado en depósito en la capilla de Santa Ana ó del Santo Cristo, que hizo labrar el P. Dr. Diego Lujan en el siguiente, y no en el entierro de los duques de Alcolo, como dice Zuñiga en sus Anales. En la misma capilla, fué igualmente depositado su hijo D. Diego, que segun Oviedo, murió en la Puebla de Montalvan, el 23 de enero de 1526. En el año 1536, se entregaron los cadáveres de D. Cristóbal Colon y su hijo, para llevarlos á la isla de Santo Domingo, quedando en el monasterio de las Cuevas, el de D. Bartolomé, y aunque el almirante, primer duque de Veragua, solicitó en 1552 el patronatu de la capilla, y se obtuvieron las licencias oportunas, no tuvo efecto el contrato. La capilla citada, donde estuvo depositado Colon, ya no existe, convertido como está ese monasterio hoy dia en fábrica de porcelana, desde la supresion de los monjes, habiendo desaparecido los restos de D. Bartolomé y los de otros individuos de esa familia. Ajustada la paz entre la España y Francia en Basilea, en julio de 1795, y cedida á la segunda la parte que la primera poseia en la isla de Santo Domingo, quedó convenido que los restos de Cristóbal Colon que yacian en la Catedral de aquella ciudad, fuesen trasladados á la isla de Cuba, así como las cenizas del adelantado D. Bartolomé Colon. La exumacion se hizo el 20 de diciembre de 1795, y transbordados los restos al navio San Lorenzo fueron trasladados á la catedral de la Habana, y colocados los despojos de tan ilustre caudillo en la capilla mayor, al lado del evangelio con la inscripcion correspondiente en la lápida de su sepulcro, despues de unas solemnísimas exequias celebradas en 15 de enero de 1796. (Nota del Trad.)

dencias en Haiti, en Cuba, en la Jamaica, etc., para que el Capítulo general celebrado, en el año 1505, en el convento de Laval, en Francia, creyese estarse en el caso de erigirles en provincia como se hizo, denominándola de Santa Cruz, en recuerdo de un prodigio que refiere Wadingo, en estos términos: «Los primeros que descubrieron la isla de Haiti, plantaron una gran cruz de cedro delante del pueblo de la Vega, á fin de que por ese sagrado signo se reconociese en todo tiempo que allí habian llegado cristianos. Viendo los indígenas este nuevo trofeo en sus tierras, quisieron derribarle; pero aunque seiscientos ó mas de ellos reunieron sus esfuerzos para echarle por tierra, el sagrado signo resistió á su fuerza y á su destreza. Entonces los idólatras rodearon la cruz de leña para quemarla, pero tampoco consiguieron su objeto. Al mismo tiempo, una muger de incomparable belleza se apareció á los infieles y los arrojó de aquel sitio. Desde entonces, los cristianos conservaron con una profunda veneracion esta cruz honrada por un milagro, y para perpetuar este hecho tan estraordinario, dieron los franciscanos á su provincia el nombre de Santa Cruz.» Además del convento de Santo Domingo, construido á espensas de Cristóbal Colon y acabado por Ovando, harémos mencion en esta provincia, del que los indígenas mismos de Cuba, de quienes fué apóstol el franciscano Francisco Chaves, edificaron, dedicado á Santiago. Los españoles construyeron otro tercero en Sagua, que arruinado por un temblor de tierra, fué despues reedificado con no menos magnificencia.

De estos asilos religiosos salian constantemente voces y exhortaciones que recordaban á los dominadores de la América las santas leyes de la moral y de la humanidad, holladas algunas veces por gente inmoral y atrevida. Los franciscanos nada perdonaban, ni representaciones y avisos particulares, ni reprensiones públicas para hacer cesar los desórdenes. El hermano Antonio de los Mártires, con especialidad, se presentó con valentia al gobernador Ovando, para que justificando la confianza con que le habia honrado el soberano, cortase la raiz de tamaños males y escándalos, con especialidad los procedentes del abuso carnal de las Indias fuera del matrimonio y al fin pudo conseguir en 1506, que se publicase un edicto intimando á los españoles, bajo las penas mas graves, que no se separasen de las mugeres indígenas, ó santificasen su union con ellas en un plazo determinado. Esta medida surtió su efecto, y legitimadas así muchas uniones con el matrimonio, se tocó el medio mas directo para llegar á la fusion de los dos pueblos. Esta saludable intervencion del clero, adquirió mucha mas fuerza á consecuencia de la organizacion eclesiástica que recibió Haiti, por el acrecentamiento del número de misioneros. En 1507, el franciscano Antonio Juaquin llegó á la isla con un compañero, provisto de todos los objetos necesarios para el ejercicio del culto, que proporcionó espléndidamente el rey Fernando.

No deja de ser cierto lo que dice Las Casas acerca de la muerte de Isabel, que esta fué la señal de la destruccion de los indígenas. En 1506, mientras que Ovando, hacia renovar por decreto del rey la prohibicion de introducir esclavos berberiscos y negros de la costa de África en el Nuevo Mundo, el rey católico permitió distribuir los americanos entre los españoles, quedando así aseguradas las encomiendas de indios que ya estaban establecidas en América. En 1508, época en la que D. Diego Colon, hijo del primer conquistador Cristóbal, partió á Santo Domingo con título de gobernador, llevando consigo á muchos apóstoles franciscanos encontró la poblacion notablemente disminuida. Los colonos españoles, que ya habian creado allí grandes intereses, pidieron al rey la propiedad de los indígenas durante tres generaciones á fin de asegurar aquellos y de salvar la colonia. Al año siguiente, 1509, el monarca renovó sus ordenanzas anteriores, espresando su voluntad de que los americanos fuesen tratados con humanidad, y viviesen reunidos en pueblos ó reducciones, como se lla-

maban, con sus mugeres é hijos, sus jueces y sus municipalidades. No autorizó otra servidumbre que la de las *navorias* ó doméstica, que consistia en un servicio, personal únicamente, y al cual no se debian sugetar, sino los indígenas llamados caribes de que hemos hablado antes, pero nunca á los que vivian sometidos y tranquilos. Estos últimos podian ser repartidos á título de depósito, en la proporcion de ciento para un alcalde, y de ochenta para un caballero que tuviese esposa y domicilio en la isla: de sesenta para un escudero, con las mismas circunstancias, y de treinta para todo cultivador ó roturador de tierras, casado.

A fin de separar un poco la vista de los escesos casi inevitables cometidos con los americanos, pero reprochados continuamente por ambos poderes espiritual y temporal, presentarémos ahora el cuadro de la brillante espedicion del cardenal Ximenez de Cisneros, en Africa. Este ilustre prelado pensó siempre con ahinco, no solo en estender la dominacion española en Africa, sino al mismo tiempo con ella, salvar las almas de los musulmanes y restaurar la fé en la patria de los Agustines y Ciprianos. Con este objeto, emprendió por su cuenta la conquista de Oran, que cedió ante el valor de los tercios españoles, dirigidos por Pedro Navarro, y guiados por el mismo cardenal en persona. Tomada esta ciudad (Pl. XLII, n.° 2,) purificó en seguida sus mezquitas para convertirlas en otros tantos santuarios y estableció dos conventos, uno de franciscanos y otro de dominicos, cuyos religiosos convirtieron gran número de infieles recibiendo nueva vida por el sacramento del bautismo (1).

Puede juzgarse del bien que estos misioneros harian en Berberia, por el que habian hecho en todos los demás puntos de América. Los franciscanos que allí llegaron junto con los primeros conquistadores, plantaron el árbol frondoso de la fé en las islas de Haiti, ó Santo Domingo, en las de Cuba, Puerto-Rico, Jamaica, Santa Margarita, Santa Cruz, y sobre la costa de Cumaná en la América meridional. En 1510, á peticion de Fernando á Julio II, el general de los PP. Predicadores, mandó al provincial de España, que enviase á Haiti varios religiosos animados del celo de Dios en calidad de comisarios apostólicos, como lo hizo este en efecto, señalándose entre todos ellos Fr. Pedro de Córdoba, que fué el primer inquisidor de la fé, y Tomás Berlanga el primer prior. Muy pronto se vieron los buenos resultados de su apostolado. Los dominicanos compusieron catecismos de la doctrina para los niños de los colonos europeos, y encontraron en estos una docilidad que les dejaba encantados.

Como fué en este año cuando el célebre Fr. Bartolomé de Las Casas cantó en la Vega, en la isla de Haiti, la primera gran misa solemne que se celebró allí por un sacerdote ordenado en el Nuevo-Mundo, darémos aquí algunos detalles sobre ese héroe español, personificacion la mas noble y pura de la caridad cristiana, cuyo celo por la santa causa de la libertad de los indios, forma contraste con la conducta de algunos que fueron sus opresores. Su apellido verdadero no era Casas sino Casaus, del cual queda una rama de noble descendencia en Calahorra. Su primer orígen fué francés, y el primer Casaus que se vió en España vino de Francia, como voluntario, á mi-

(1) No en vano elogia Henrion al cardenal Cisneros. Todo cuanto se diga de él es poco. Pocos ó ningunos de los hombres políticos que han ilustrado los demás paises podrán, igualarse con ese grande hombre. La conquista de Oran la emprendió y costeó á sus espensas en 1509 agregándola al arzobispo de Toledo. Habia en ella varias y hermosas iglesias y otros edificios construidos por los españoles de los que aun quedan restos. Aprovechándose los moros de los disturbios de España, durante la guerra de sucesion, la recobraron en 1708, sin embargo, volvieron á perderla, reinando Felipe V, mandando la espedicion el duque de Montemar. Habiendo sobrevenido años despues un terremoto, que dejó casi asolada esta ciudad, se abandonó totalmente en 1792. Los moros volvieron á asentarse sobre sus ruinas, y los franceses se la han tomado despues, formando parte del reino de Argel. En la capilla muzárabe de la catedral de Toledo, está pintada al fresco esta conquista por el cardenal, en el momento del asalto, y es un monumento curioso por ser coetáneo. Las llaves de la ciudad, que le entregaron los moros, las dió á la universidad de Alcalá, junto con otros recuerdos relativos á esa grande hazaña, cuyos objetos hoy dia han pasado á la universidad central, por la supresion de aquella. (N. del Trad.)

litar bajo el rey D. Fernando el Santo, para combatir á los moros de Andalucía. Se distinguió en la toma de Sevilla donde se estableció, y sus descendientes, al obtener privilegio de nobleza, suprimieron la *u* de su apellido para darle una forma y pronunciacion mas española. Bartolomé de Las Casas, nació en Sevilla, en 1474, su padre Antonio entró como simple soldado al servicio de la marina, y en 1492 partió con la espedicion, que, bajo el mando de Colon, salió para descubrir la América. Volvió á Europa con este almirante y le acompañó en su segundo viage en 1493. Su hijo, Bartolomé, cuyos estudios habian sido tan sólidos como brillantes, dejó tambien la España en 30 de mayo de 1498, como empleado en la espedicion de Colon, y estuvo de vuelta en Cádiz en 25 de noviembre de 1500. Habiendo publicado la reina Isabel un edicto en favor de los americanos traidos á España, dió al momento, y con el mayor gusto, libertad al que se habia asignado para él. Cuidó mucho de instruirle por sí mismo en las verdades de la religion, y desde entonces concibió, respecto á los indígenas del Nuevo-Mundo, los tiernos sentimientos de caridad y compasion que fueron, por decirlo así, el único y esclusivo afan de su existencia. La principal ventaja que sacó de su viage y del contínuo roce con el jóven americano, su neófito, fué el conocimiento de la lengua del pais, que tanto le valió despues para la instruccion y conversion de los idólatras. En 9 de mayo de 1502, se embarcó Bartolomé por segunda vez con Colon, llegando á Haiti el 29 de junio siguiente. Habiendo obtenido el grado de licenciado en teología, en Sevilla, antes de su primer viage en 1510, fué ordenado de sacerdote por el primer obispo que tuvo Haiti (1).

Insistiendo de nuevo Fernando en el proyecto formado por Isabel, de obtener de la sede apostólica el establecimiento de sedes episcopales en el Nuevo-Mundo, se propuso suprimir la metrópoli de Xaragua, y de erigir en Santo Domingo, la Concepcion, y San Juan de Puerto-Rico; tres obispados sufragáneos de Sevilla lo cual le fué concedido. Los tres sugetos anteriormente nombrados para esas sillas, en 1504, lo fueron de nuevo, á saber: el Dr. Deza, para el obispado de la Concepcion; el P. Padilla, para el de Santo Domingo; y el licenciado Manso, para el de San Juan. Se concedieron á estos tres obispados los diezmos y primicias de todo; menos de los metales y piedras preciosas; la jurisdiccion espiritual y temporal y los mismos derechos y preeminencias de que gozaban los obispos de Castilla. El rey hizo despues con esos tres obispos un concordato, cuyas principales bases fueron, el que ellos por sí y por sus sucesores, se comprometerian á distribuir los diezmos entre el clero, los hospitales y las fábricas de las iglesias, y que los beneficios y dignidades eclesiásticas serian de su nombramiento. El primer obispo de Santo Domingo, no tuvo el consuelo de llegar á ver su iglesia, pues murió en España á poco despues de su consagracion. Varias circunstancias imprevistas retardaron la salida del de la Concepcion, y el de San Juan, que fué el primero que llegó, fué el que elevó al presbiterado á Las Casas.

Herrera, dice, que la primera misa de este nuevo sacerdote, fué celebrada por disposicion de D. Diego Colon, con la mayor pompa posible. « Asistieron á ella, cuantas personas se encontraban á la sazon en la Vega, entre las que se contaron gran número de habitantes europeos, é indígenas de los demás puntos de la isla, por ser esa la época de la fundicion del oro, acudiendo todos allí para hacer sus pagos en ese metal. Con este motivo, se dieron muchos ducados de oro contrahechos, como ofrenda, al nuevo celebrante; quien á su vez los entregó todos á su padrino de ceremonia, reservándose solo por

(1) Mas adelante, en una nota especial, darémos mas detalles sobre la vida y escritos de Fr. Bartolomé de Las Casas, que han sido la base y fundamento en que se han apoyado los estrangeros para sus exageraciones y calumnias que han publicado contra la conducta de los españoles en América, infinitamente mas justa y humana que la que han observado y observan aun otras naciones en sus colonias, como se probará en su tiempo. (N. del Trad.)

curiosidad algunas monedas como recuerdo, y por estar mejor acuñadas que las otras.»

Sin embargo, temiendo el rey que la poblacion indígena se estinguiese en Haiti, á consecuencia del trabajo pesado de las minas, que aquella no podia soportar, hizo enviar cincuenta esclavos negros para la esplotacion de aquellas, que pertenecian al patrimonio real, recomendando al propio tiempo la ejecucion de las medidas de dulzura, ya prescritas, respecto á los americanos; pero toleró que se empleasen, ya como *navorias* ó repartidos, y aun como esclavos en las minas, á los que hubieran sido hechos prisioneros durante la guerra. Esta facultad dió lugar á no pocos fraudes é injusticias, contra las cuales ya clamaron los primeros religiosos dominicos que llegaron á Haiti, así como contra los malos tratamientos que algunos españoles hacian sufrir á los americanos, reduciéndolos á servidumbre, bajo pretesto de los deberes que tenian que cumplir con ellos, como sus depositarios; cargándoles de trabajos penosos, y dándoles en cambio poco alimento, y de no muy buena calidad. Bartolomé de Las Casas, conmovido al ver este proceder, y lleno de interés por este pobre pueblo, se unió á los dominicos en sus reclamaciones, é hizo cuanto pudo para aliviar la suerte de los indígenas.

El P. de Charlevoix, jesuita, nos presenta á los PP. Predicadores, henchidos de celo y vigor apostólico, reprimiendo con las armas espiritnales, ya que otra cosa no podian, semejante opresion que pudiera hacer odiosos á los idólatras, aun á los mismos ministros de la fé, que trabajaban en convertirlos, siendo todos de una misma nacion, y de la misma religion. Segun Charlevoix, «no pudiendo sufrir mas el P. Antonio Montesino, de la Orden de Sto. Domingo, que tenia gran reputacion de elocuencia y santidad, subió al púlpito, y en presencia del mismo almirante D Diego, del tesorero real, y de cuanto habia mas notable en la capital de Haiti, declaró ilícitas las distribuciones ó encomiendas de indios, añadiendo que la palabra *tutela*, que se empleaba para dulcificar esa medida, ocultaba una verdadera tiranía, de la que participaban, contra todo derecho divino y humano, los inocentes súbditos de España, y que esta conducta tan contraria al espíritu del cristianismo, habia hecho ya perecer infinidad de hombres, de los que habia que responder á Dios, el cual, si habia dado el imperio de estas naciones á los reyes Católicos, fué con el fin de que estos redujesen á sus habitantes al suave yugo de su evangelio.» Este discurso, que tocaba la cuerda mas sensible de una gran parte del auditorio, causó mucha sensacion, y se murmuró mucho contra el predicador, y hasta se le reconvino, como por haber faltado en él, al respeto debido al rey, y á los que allí gobernaban bajo sus órdenes. Pero los encargados de amonestarle, no quedaron menos sorprendidos, cuando el P. Córdova, á quien se habian dirigido desde luego como á superior de la mision, les declaró que el P. Montesino, habia obrado perfectamente, y que nada habia dicho en su sermon que no fuese verdadero y necesario el decirlo, que todos los religiosos de su órden, pensaban como él, y que por último, el sermon en cuestion, habia sido compuesto de comun acuerdo de todos ellos. Los que oyeron semejante respuesta, se quedaron por el punto atónitos de la firmeza del vicario; pero luego repuestos, y tomando un tono elevado, le dijeron, que era muy estraño que simples particulares, sin carácter civil, se tomasen la libertad de motejar públicamente providencias establecidas por consejo de personas sábias, y por la autoridad del soberano, y por lo tanto, que era preciso que el P. Montesino, se retractase públicamente en púlpito, de lo que habia dicho, ó que de nó, los dominicanos saliesen de la isla. El superior les escuchó tranquilamente hasta el fin, y fingiendo haberse atemorizado por sus amenazas, les aseguró que el P. Montesino haria lo posible por satisfacerles el domingo próximo. Llegado el dia, apareció de nuevo el predicador, ante un concurso estraordinario, y comenzó por

decir, que si el ardor de su celo, en la causa mas justa de este mundo, le habia impedido el medir sus espresiones, suplicaba á los que pudieran creerse ofendidos por ellas, que le perdonasen; que él sabia perfectamente el respeto que se merecian, las personas á quienes el príncipe habia hecho depositarias de su autoridad, pero que se engañaban altamente, los que pretendian hacerle criminal, por haber declarado en público contra los repartimientos de los indios. Con este motivo, dijo sobre este punto cosas aun mas fuertes que en la primera vez, porque, despues de haber entrado en detalles, los mas patéticos y conmovedores, sobre los abusos que diariamente se cometian sobre este punto, ejerciendo sobre los indios un imperio tiránico, disponiendo de la vida de estos desgraciados, como de un patrimonio que les perteneciese, contra todo derecho de gentes, y añadiendo á estos rasgos otros de mas negro colorido, los funcionarios reales y mas interesados colonos, se persuadieron que era inútil é imposible el zanjar este negocio en la misma isla, y así, escribieron al rey, y mandaron á España al franciscano Alfonso Espinar, para representar á su Magestad, que era imposible el convertir á la fé á los indígenas, ni formar con ellos sociedades organizadas, sino estaban sujetos de una manera ú otra al gobierno y autoridad de los españoles, por espacio de una ó dos generaciones consecutivas. Los dominicos por su parte, para defender su causa, mandaron tambien á la corte, cerca del rey Fernando, al mismo P. Antonio Montesino, promovedor de este conflicto. El rey oyendo á unos y á otros, convocó en Burgos una junta ó consejo estraordinario, para examinar la cuestion. « Los que hablaron en ella á favor de los indios, continua Charlevoix, insistieron mucho sobre el principio de que todos los pueblos habian nacido libres, y que jamás debe ser permitido á una nacion, atentar á la libertad de otra de quien no ha recibido ninguna ofensa. Los demás, por el contrario, opusieron contra esta opinion otras razones, sacadas del mismo derecho de gentes, que no dejaron de hacer mucha fuerza á personas sábias y entendidas. Los indios, decian, deben ser considerados como niños, incapaces de conducirse por sí mismos, puesto que á los cincuenta años, tienen su razon menos adelantada que un español, la tiene ordinariamente á los diez. Las cosas mas fáciles de concebirse, entran con dificultad en su mente, y olvidan al momento las verdades, que por repetidas veces se les han inculcado en su memoria; que ha sido preciso al vestirlos, hacerles conocer la indecencia de su desnudez, y que á pesar de eso, cuando pueden verse fuera de la inspeccion de sus señores, hacen trizas sus vestidos y se vuelven desnudos á sus bosques, donde se abandonan á toda especie de disolucion; que la suprema felicidad segun ellos, es la de no hacer nada, y que esta contínua ociosidad, además de los vicios que por sí sola engendra, produce la mas completa indolencia que se nota en ellos, y con especialidad en las cosas de la religion Y por último, añadian, que eran tanto menos capaces de usar bien de la libertad que se les dejase, cuanto que á los defectos é incapacidad moral, propios de niños, se agregaban los vicios de los adultos mas corrompidos. El P. Montesino, si bien confesó que habia mucho de cierto en esto, añadió que en todo ello habia bastante exageracion, sobre lo cual insistió con todas sus fuerzas. Pero á su pesar, y tropezando con el escollo é inconveniente, de que dando absolutamente la libertad á los indios, era lo mismo que reducir al estado de indigencia á la mayor parte de los habitantes de las colonias españolas, la cuestion tomó un giro de interés y de política, y el rey adoptó un término medio, ordenando á la junta, que estableciese como principio, que los indígenas debian ser libres y bien tratados, pero que bajo esta base, siguiesen los repartimientos, poniendo remedio á los abusos que pudieran surgir de ellos. La junta pensó que convendria transportar á Haiti, negros de la Guinea, de los que uno solo era capaz de trabajar por cuatro

indios en las minas, y respecto á los caribes, ó canibales, como se decia, entonces refugiados en las montañas, que se hiciese una marca en la espalda á los que se cogiesen, para no confundirlos con los demás naturales sometidos, que no daban motivo á la menor desconfianza.

Es muy probable, que el P. Alfonso Espinar, influyese en la resolucion que tomó Fernando en este mismo año de 1511, de mandar á la isla de Puerto-Rico, á veinte y tres religiosos franciscanos, para que fundasen allí iglesias y un convento. El P. Antonio Montesino, al que poco despues se unió en España el P. Pedro de Córdoba, no cesaron de representar al rey, que sus últimas disposiciones, no podian cortar todos los males de que ellos se quejaban, aun cuando fuesen exactamente respetadas, y que el mal se perpetuaría tanto mas, cuanto que no se habia puesto en ejecucion ninguno de los reglamentos. Despues de haberse celebrado nuevos consejos, el rey, deseoso siempre del acierto, hizo llamar aparte al P. Pedro de Córdoba, y le dijo: que estaba muy persuadido de la pureza de su celo, pero que el dictámen de casi todos los jurisconsultos y teólogos del reino, era el de no cambiar nada de lo existente, salvo la represion de todos los abusos, y le invitaba en su consecuencia, á que al volver á su mision se abstuviese, así como los demás religiosos, de acriminar un estado de cosas aprobado por tan gran número de personas sábias, y que continuase en esclarecer y edificar la América con las luces de su doctrina y santidad de su vida, como él y sus demás compañeros lo habian hecho hasta entonces, sin mezclarse en ninguna materia de política, ni de gobierno. « Este discurso, prosigue el P. Charlevoix, hizo comprender al P. Córdoba, y á sus religiosos, que segun el sesgo que tomaban las cosas, y el que tomarian en adelante, les seria ya dificil estar acordes con los españoles del Nuevo-Mundo, y que para hacer el bien entre los bárbaros, les seria preciso buscar paises, en que ellos estuviesen solos con los pueblos, y en su virtud, suplicaron al rey Fernando, que tuviese á bien el que fuesen á predicar á Jesucristo á algunas otras provincias de la América, donde los españoles no tuviesen aun establecimientos, y le esplicaron el proyecto de lo que ellos pensaban hacer allí. El príncipe aprobó su designio, les concedió el permiso que solicitaban, é hizo espedir las órdenes convenientes al Almirante, para que proveyese á estos misioneros de cuanto pudieran necesitar para su santa empresa. »

Poco despues de esto, los PP. Córdoba y Montesino, se embarcaron para Haiti, y Diego Colon, puso á disposicion de los misioneros, un buque que debia transportarlos á la costa de Cumana, objeto y punto de partida de sus trabajos apostólicos. Pedro de Córdova no fué él mismo allá en persona, pues su presencia era mas necesaria en Haiti, donde Fernando acababa de ordenar que los dominicos, se estableciesen en la isla mucho mejor que lo que estaban antes; pero designó para la mision de Cumana, á los PP. Antonio Montesino, Francisco de Córdoba, y Juan Garcés. Cayendo malo el primero de estos, al pasar por Puerto-Rico, sus dos compañeros continuaron su viage sin él, y desembarcaron el año 1512, muy cerca del estrecho, donde se fundó despues la ciudad de Coro, que se llamó despues Venezuela, ó la pequeña Venecia. Los indígenas, los recibieron cordialmente, y los misioneros, aprovechando estas felices disposiciones, anunciaron á Jesucristo á sus huéspedes, que les escucharon, y tan buen principio prometia una mies abundante, cuando llegó desgraciadamente á la costa una embarcacion cargada de españoles, que venian á la pesca de las perlas. En estas ocasiones, los americanos tomaban siempre la fuga, para evitar que los sorprendiesen y llevasen para venderles, « comercio infame que se hacia entonces abiertamente, aunque no estuviese autorizado, dice Charlevoix, desfigurando esta piratería, con el título de espedicion contra los caníbales, puesto que habiendo una declaracion del



rey que permitia reducir á cautividad á los que comian carne humana, se suponia, sin mas exámen, que todos los habitantes del Nuevo-Mundo eran caníbales.» Pero esta vez, contando los indígenas con la proteccion de los religiosos, permanecieron en sus chozas. El capitan del navío invitó á comer al cacique del pais, y á los principales de su séquito. El gefe aceptó la invitacion con su muger, y otros diez y siete miembros de su familia, mas apenas entraron en el buque, el capitan levó anclas, y se largó hácia Haití con todos sus huéspedes, en calidad de esclavos. (Pl. XLIII, n.º 1.) Iba ya á ponerlos en venta, cuando le fué puesto en duda este derecho por los jueces, en virtud de que el capitan no habia sido autorizado para hacerles prisioneros, y los magistrados entonces, apoderándose de los cautivos, como mercancía de contrabando, se los repartieron entre sí. A la noticia de este infame rapto, acudieron los misioneros á la playa, y encontraron allí á los indígenas, encolerizados de tal suerte, que estuvo en muy poco que los religiosos no fuesen en ese primer momento sus víctimas. Un resto de consideracion á sus virtudes, y de veneracion hácia sus personas, fué el que detuvo en aquel instante crítico el brazo que amenazaba sus cabezas. El horror claramente demostrado por los dominicanos por tan negra traicion, y la promesa de conseguir que antes de cuatro meses, se daria libertad á los prisioneros, fué lo que les salvó la vida, que no quedó por eso menos amenazada. Aprovechándose de la llegada de otro buque español á aquellas costas, Francisco de Córdoba y Juan Garcés, dieron noticia al vicario general de lo sucedido, y del gran peligro que corrian. Pedro de Córdoba, empleó todo su crédito para salvar los dias de estos dos religiosos, pero los jueces, que se habian apoderado de los prisioneros, se negaron á devolverlos. «El almirante, no tenia la suficiente autoridad sobre aquellos magistrados, dice Charlevoix, para obligarlos á la devolucion, y nada pudo impedir que se consumase aquella negra iniquidad» de forma, que no viendo volver los indígenas á sus compatriotas al cabo de los cuatro meses, degollaron en represalia á los dos misioneros, que entregados al apostolado, habian hecho á Dios el sacrificio de sus vidas, y su muerte debió ser sin duda preciosa á los ojos del Señor. Por esta perfidia, las semillas del evangelio arrojadas en el corazon de todo un pueblo, fueron estériles por la detestable codicia de algunos malos cristianos, y la mies casi madura, fué destruida por los mismos que debian ayudar á recogerla.

Las ordenanzas espedidas en 1512 y 1513 por el rey de España, no cambiaron en nada, en su fondo, el sistema que se seguia respecto á los americanos. Se mandó, que no se pudiese emplear á los indígenas en las minas, sino en cinco meses del año, y que no se les haria cargar tanto peso como antes, puesto que ya eran comunes en la colonia las bestias de carga; que ningun colono tuviese el derecho de maltratarles de manera alguna, bajo pretesto de castigo; que se aumentase su alimento, y se les pagase exactamente el precio de sus jornales; que los encomenderos hiciesen construir *bohios*, (especie de alquerías) al lado de sus establecimientos, transportando allí á los indígenas con sus familias, quemándose sus antiguas aldeas y habitaciones, para quitarles toda esperanza de encontrar allí un asilo si pensaban abandonar á sus señores. Algunas de estas medidas, verdad es que mejoraban la situacion de los indios, pero mientras que subsistiese el repartimiento de los isleños entre los españoles, se podia continuar el mal, pero no destruir su orígen y principio. Entre el número de las disposiciones buenas adoptadas, debemos mencionar, la de que se pusiesen bajo la direccion de los PP. franciscanos, los hijos menores de trece años de los principales indígenas, para que fuesen por aquellos instruidos en la fé, y aprendiesen á leer y á escribir. Por este sencillo medio, las principales familias abrazaron el cristianismo, porque los hijos llegaron á ser maestros espirituales de sus padres, y el resto del pueblo, siguió el

ejemplo de sus mas notables conciudadanos. De aquí nacieron aquellos numerosos seminarios de los franciscanos, llamados vulgarmente *cristiandades*, porque los niños indígenas eran allí iniciados en los misterios de la fé cristiana. Haiti, y sus islas adyacentes, sacaron gran fruto de esta piadosa institucion.

Sobre el mismo eslabon que une las dos Américas, y cerca de la embocadura del Darien, se acababa de fundar la ciudad de Santa María la Antigua, que recibió luego, por mas breve, el nombre de Darien. A peticion de Fernando, Leon X, erigió en ella, en 1514, una silla episcopal, para la que fué nombrado prelado el franciscano Juan de Quevedo, que llegó á ser el primer obispo de Tierra Firme, en América. El rey puso por adjuntos, para el gobierno y administracion, á Pedro Arias Dávila, gobernador de esta provincia, al dicho prelado y á otros cuatro consejeros, recomendándoles que atrajesen á los indígenas á la fé, hizo que marchasen con ellos dos misioneros; les ordenó que tomasen mas de Haiti si lo creyesen necesario, y asoció además al nuevo obispo, sacerdotes seculares, para regir las parroquias establecidas. Al mismo tiempo que Juan de Quevedo trabajaba en la conversion de los naturales, trataba de prevenir ó reparar los desmanes de algunos españoles, respecto de aquellos, tareas ambas difíciles, puesto que de una parte, los indígenas inclinados naturalmente á la disolucion y ociosidad, se resistian á la instruccion, y por otra parte, lo obtuso de sus entendimientos, no podia hacerlos persuadir de las verdades de la fé. Por otro lado, los ejemplos y la poca caridad de muchos europeos, no eran el mejor incitativo para atraerlos. Las instrucciones del rey Fernando, remitidas á Pedro Arias, sobre la conducta que habia de seguir con los americanos, prohibian á los colonos españoles hacerles la guerra, salvo el caso de una justa defensa, y disponian además, el que se asegurasen mucho, si el indígena, que fuese tratado como esclavo, habia sido ó nó cogido realmente con las armas en la mano; pero con gran dolor y desprecio de los misioneros, muchos de los capitanes españoles, no se conformaron con estas instrucciones.

Se ha creido encontrar en las tradiciones de los indígenas de Cuba, pruebas de que antiguamente habian tenido algun conocimiento de la creacion del mundo y del diluvio; pues decian, que el universo, habia sido criado por tres personas solamente; que la tierra habia sido toda cubierta por las aguas, no salvándose de este diluvio sino un anciano, que tuvo la precaucion de construir un gran buque, donde se embarcó con toda su familia, y animales de todas especies. Los isleños añadian á esto, las circunstancias bíblicas del cuervo, y la paloma; la de la embriaguez del anciano, y del crímen de uno de sus hijos, tal como las refiere el *Génesis*, escepto que ellos no daban á este padre, mas que dos hijos, de los que el uno, decian, fué el progenitor de todos los que están vestidos, y el otro, que fué el criminal, el padre de los que viven desnudos. Gabriel de Cabrera, llamando un dia perro, á un viejo indígena, descubrió esta tradicion. ¿Por qué, le dijo el viejo, me llamas perro? ¿No somos todos hermanos y descendientes de aquellos dos hijos de un hombre, que hizo construir un gran navío para salvarse de una inundacion?» Habiendo chocado esta respuesta á Cabrera, hizo nuevas preguntas al indígena en presencia de varios testigos, y sacó de aquí la tradicion que acabamos de contar. Pero sobre esto hace observar Charlevoix, que habiendo desembarcado Cristóbal Colon en Cuba, en su primer viage, pudo ese viejo haber aprendido lo que dijo á Cabrera de algun español de los que allí estuvieron. Por lo demás, no puede negarse que los indígenas de Cuba, tenian, respecto á la otra vida, mas ideas que los de otras islas, pues habiendo venido á saludar á Colon un cacique, en el momento en que el almirante estaba oyendo misa, le dijo despues del sacrificio: «Tú has venido aquí con grandes fuerzas á esta tierra que no conocias, y en la que has esparcido el terror. Pero no sabes que aquí

creemos, que despues de esta vida hay otra, y que todas las almas no van despues de la muerte á un mismo punto; las que han vivido bien, y que sobre todo, han amado la paz y el reposo de los pueblos, serán recibidas en un lugar de delicias, donde gozarán de toda clase de bienes, y las que han obrado por el contrario, irán á un lugar tenebroso, donde hay mucho que sufrir. Si crees que morirás algun dia, y si Dios devuelve á cada uno el bien ó el mal que aquí haya hecho, te guardarás bien de hacer mal á los que no te ofenden.» Sorprendido Colon de estas palabras, tomó de ellas motivo, para dar al cacique alguna nocion del cristianismo, y encargó al gobernador Velazquez, que no descuidase el que se propagase la verdadera religion entre estos pueblos tan bien preparados (1).

Habiendo seguido Las Casas á este gobernador en la isla de Cuba, en la que tuvo el cargo de párroco, de una villa llamada Zanguarama, evangelizó á los indígenas con celo. Al mismo tiempo, usó del derecho que su posicion le concedia, para denunciar el sistema de opresion seguido respecto á los isleños, y se constituyó defensor de estos hombres, á quienes consideraba como á hijos. Ningun sacerdote intervino con mas adhesion y ternura que él, en favor de los americanos oprimidos. Como consultor del gobernador, influyó mucho para serles útil, y así los isleños le amaban como á un padre. Su confianza en él, era tal, que cuando el gobernador tenia algo que mandar, bastaba para ser obedecido en el acto, el que un indígena se presentase en los distritos en nombre de Las Casas, con un pedazo de papel en la mano, publicando que aquello era una carta que les escribia el misionero, y que se disgustaria si dejaban de hacer lo que en ella estaba mandado. La sumision era entonces tan completa, que ni un solo indio replicaba, no sucediendo lo mismo, cuando la ejecucion del mandato se confiaba á los soldados. Durante una visita que este digno prelado hizo en 1513, en las provincias de Bayamo, Cueyba, Caonao y Camaguey, bautizó mas de mil niños, y obtuvo del gefe de la espedicion, la libertad de varios caciques, y de otros muchos isleños, que despues de haber abandonado sus habitaciones y su pais, á causa de la invasion española, consintieron en regresar solo por la promesa que les dió Las Casas. En el año 1515, tomó el partido, viendo sus reclamaciones inútiles, de ir á pedir á España, la revocacion de la órden vigente del repartimiento de los indios. El dominico Diego Deza, arzobispo de Sevilla, le dió cartas de recomendacion para la corte. El rey Fernando, á quien encontró en Plasencia, oyó con estremecimiento el cuadro que le presentó Las Casas, de la tiranía de que los americanos eran víctimas. El dominico Tomás Matienzo, confesor del rey, apoyó sus vivas representaciones, pero estando en esto, murió el rey católico, el 23 de enero de 1516, dejando la corona á Cárlos I de Austria, mas conocido con el nombre de Cárlos V, emperador de Alemania. Las Casas hubiera ido desde luego á Flandes á defender la causa de los americanos, ante el nuevo rey, si el cardenal Cisneros no le hubiera hecho confiar en que él lograria el objeto de su viage, sin dejar la España. Con efecto, Cisneros y el Dean de Lobaina, despues papa, con nombre de Adriano VI, en cuyas manos se encontraba entonces el poder, decretaron medidas contra la esclavitud de los isleños, cuyo repartimiento entre los españoles, á título de depósito ó encomienda, prohibieron. Como los franciscanos y los dominicos no estaban acordes en los medios que se habian de emplear para gobernar y convertir á los americanos, se convino por los gobernadores del reino, que se mandasen á Haiti tres mejores gerónimos, elegidos por el general de la Órden, entre doce que se le habian designado, y conferir á estos comisarios una autoridad completa sobre

(1) Esta anécdola la hemos encontrado referida en las décadas de Pedro Martin de Angleria; pero si nos atenemos á su contenido, debe colocarse este suceso en el segundo viage de Colon, cuando se dedicó espresamente á reconocer la isla de Cuba, para ver si era isla, ó tierra firme, y no en el primero como dice Henrion. (N. del Trad.)

los agentes del gobierno, para administrar las colonias y restablecer los indígenas en toda su libertad. Los regentes nombraron además á Las Casas, *Protector universal de los indios*, y al licenciado Zuazo, juez de residencia contra aquellos que hubieran abusado de sus poderes. A fin de que los colonos que llegaban á la isla procedentes de España, pudiesen establecerse con ventajas, sin el ausilio de los naturales, se indicaron á los comisarios diferentes medios, entre otros, la importacion de negros. Las Casas se embarcó en Sevilla, el 11 de noviembre de 1516, junto con los tres monjes de S. Gerónimo, Luis de Figueroa, Bernardino de Manzanedo, y Alfonso de Santo Domingo. Su primer cuidado, al llegar á Haiti, en el mes de diciembre, fué el reclamar, en calidad de protector de los indígenas, la ejecucion de las órdenes dadas á los comisarios; pero los partidarios del sistema de encomiendas, hicieron entender á aquellos, que ese era el único sistema que podia hacer á los americanos sociables, y garantir su perseverancia en el cristianismo, con lo cual, los geronimianos, á quienes en vano quiso Las Casas comunicar su valor y su firmeza, cedieron en esta parte de sus instrucciones.

El cardenal Cisneros, fijo siempre en la idea de la propagacion de la fé, no permitió, á contar desde el 1516, á los capitanes de navios el que se dirigiesen á cualquier punto de la América, sin llevar á bordo un sacerdote, secular ó regular. Su solicitud se encontraba secundada por el celo de las órdenes religiosas, y el Capítulo general de los dominicos, celebrado en Nápoles en el año anterior, se ocupó de los medios de evangelizar las Indias orientales y occidentales. El ardor de los hijos de S. Francisco era igual al de los de Sto. Domingo. El franciscano Remí, llevó un gran refuerzo de obreros apostólicos á América. En su número se contaba al hermano del rey de Escocia, que bajo el humilde hábito de S. Francisco, se distinguia no menos por su nacimiento que por su celo. Cisneros arregló esta espedicion de misioneros y ayudó con liberalidad para su embarque.

Entre los franciscanos que evangelizaban ya en la América, Dios eligió para sí tres mártires: Fernando Salcedo, Diego Botello y otro, cuyo nombre se ignora, que fueron muertos, hechos pedazos, y devorados por los caribes de la América septentrional, que emplearon sus religiosos hábitos para estandartes. (Pl. XLIII, n.º 2.) Otros por el contrario, salidos de Haiti para la costa de Paria en la América meridional, bajo la direccion de Juan Garcés, tuvieron una acogida favorable; bautizaron á muchos indígenas, enseñaron á leer y á escribir á muchos niños, hijos de las principales familias, establecieron un convento y se ganaron tan bien los corazones, que por esta consideracion los españoles pudieron comerciar en esta costa con la misma libertad que en España.

En 1517 el hermano Francisco de San Roman, partió del istmo de Darien á España, y al año siguiente lo hizo tambien, Juan de Quevedo su obispo, á fin de hacer prevalecer un modo de obrar mas humano respecto á los indígenas; pero á los dos les precedió Las Casas. Este protector de los americanos, viendo inútiles sus consejos por la debilidad de los PP. gerónimos, volvió á España el 1517 á pedir que la autoridad fuese confiada á hombres mas enérgicos.

Las Casas conoció muy luego, que los ministros flamencos, que habian venido á la Península en compañía del nuevo rey, no estaban propicios á la libertad de los americanos, y así ensayó el ser útil á sus protegidos por medios indirectos. Para mejorar su condicion, era preciso separarlos de la esplotacion de las minas y cultivo de las tierras, y con este objeto, los comisarios geronimianos ya habian representado al rey la necesidad de mandar á América cultivadores españoles ó negros africanos, cuyo trabajo era preferible al de los indígenas. Las Casas entró en este proyecto, cuya iniciativa no era suya. Esta medida recibió la aprobacion de Cárlos, quien permitió á Las Casas transportar cuatro mil esclavos de Guinea á Haiti, y llevar consigo braceros es-

pañoles (1); dióle además, para aumentar su consideracion, el título de capellan de rey, y por último, en 1518, envió á Rodriguez de Figueroa á América con la facultad de dar una completa libertad á los indígenas, conforme el plan de Las Casas, si á este le parecia que aquellos podrian vivir así como cristianos, bajo el amparo de las leyes. Rodriguez, al llegar á Haiti, puso con efecto en libertad á todos los isleños esclavos, pero el tesoro real reclamó de esta medida ante el gobierno de Castilla.

No habiendo podido Las Casas llevar consigo labradores españoles al Nuevo-Mundo, condujo misioneros con el fin de establecer en la provincia de Cumana, tres colonias ó establecimientos modelos, para que á su vista, se demostrase que se podia civilizar y convertir á los americanos, sin intervencion de soldados. Tambien pensó en fundar mas adelante una órden militar protectora de los americanos, que se lisongeaba fuese aprobada por la santa Sede, y por el rey de España.

« Viendo Las Casas que el consejo de España no escuchaba tan favorablemente, como él deseaba sus proposiciones, el buen licenciado perdió la paciencia, y tomó una resolucion verdaderamente imprudente, dice el mismo Charlevoix, si bien inspirada por la piedad. Esta fué el buscar entre todos los que tenian títulos de predicadores ó teólogos de rey á ocho, que en pleno consejo, acusasen á este, por decirlo así, de apatía, responsable ante el tribunal de Dios, en no tomar las medidas tantas veces reclamadas para cortar el mal que se hacia en las Indias. El P. Miguel de Salamanca tomó la palabra á nombre de los demás, y admitido en el consejo dijo allí cuanto su vehemencia pudo inspirarle. Se tuvo la paciencia de escucharle; pero cuando acabó de hablar, el obispo de Burgos, mirándole con ojo severo, le preguntó: ¿De cuándo acá los predicadores del rey se mezclan en los negocios del estado? El doctor La Fuente contestó, que encargados de los intereses de la casa de Dios, y que pudiendo, en caso dado, hablar hasta en un concilio general, mejor podrian dar advertencias á los consejeros y ministros del rey sobre las faltas que acometiesen en el ejercicio de sus cargos, y declaró además, que sino se reformaban los abusos introducidos en las Indias, lo predicarian así en público. » Como se le contestase por un consejero, que se podia probar con hechos positivos, que el consejo habia hecho hasta allí sobre el particular cuanto podia y debia hacer, La Fuente repuso que si se comunicaban esos hechos á los teólogos del rey, los alabarian, si estos lo merecian, pero que si no eran justos, les darian su maldicion así como á sus autores, y, « plegue á Dios,

(1) A propuesta de Bartolomé de Las Casas, Cárlos V accedió á la introduccion de negros en las islas españolas, Fernandina, Puerto-Rico y Jamaica, hasta cuatro mil. Los flamencos que acompañaban á Cárlos, se aprovecharon de su influencia, y obtuvieron ese permiso, que vendieron á los genoveses en 24.000 ducados, con condicion de que por ocho años no diese el rey otro merced, dice Antonio de Herrera, *que fué muy dañosa para la poblacion de aquellas islas, y para los indios*. Por esto se vé, que el decantado celo del licenciado Las Casas, por aliviar á los indios, estableció y autorizó el tráfico de negros para las islas del Nuevo-Mundo, como si estos no fuesen racionales. ¡Admirable contradiccion del espíritu humano! ¡singular aberracion de una caridad incompleta! El amor esclusivo de Las Casas por una raza, y su oposicion sistemática á cuantas medidas se tomasen en favor de los indios, que no fuesen las suyas, le hace sacrificar inconsideradamente á otra, tan indigna de la esclavitud como aquella, y en ese encubierto cambio de víctimas, su corazon compasivo se halla satisfecho. La diferencia resalta mucho mas, cuanto que los indígenas americanos estaban declarados libres, y únicamente se exigia de ellos que trabajasen como era justo, ganando su sustento como los demás, sugetos en las encomiendas, donde iban tomando los hábitos de laboriosidad, y acostumbrándose á las costumbres y civilizacion europea, pues desde el momento que se les dejaba en absoluta libertad, como escribia al rey, Ovando, ellos naturalmente perezosos é indolentes, se entregaban á los vicios, y rehusaban toda instruccion. Las Casas queria que no se les obligase á trabajar nada, y tuvo por conveniente autorizar una verdadera esclavitud, para aliviar á los que eran libres, y que si se les obligaba á trabajar, era pagándoles su jornal como á un español cualquiera. Redunda tambien en gloria de nuestra nacion, como dice Navarrete, el que no fueron españoles los que agenciaron esta infame negociacion, propuesta por Las Casas, ni intervinieron en ella, sino flamencos codiciosos y genoveses traficantes. Y si mas tarde hubiera resucitado Las Casas, ¿qué hubiera dicho el protector de los indios, al ver que esos negros que como esclavos, transportaba desde las costas de Africa, para aliviarlos en sus faenas y labores, se habian de levantar con el pais, y erigir un imperio independiente, con aprobacion y reconocimiento de las naciones cristianas y cultas de la Europa, en la misma isla de Santo Domingo, que fué el primer establecimiento de los europeos en el Nuevo-Mundo? ¡admirable contradiccion repetimos, del espíritu humano, y consecuencia precisa de una idea cuando es terca y sistemática, que no repara en medios para conseguir un fin! (N. del Trad.)

añadió, que esa maldicion no caiga sobre vuestras señorías.» Y diciendo esto, salió de la sala con sus compañeros. Comunicáronsele en efecto las ordenanzas que ya estaban redactadas, y el consejo recibió sus observaciones con dulzura.

En Barcelona fué donde el protector de los indígenas sometió su proyecto al rey. Habiendo llegado á aquel puerto á la sazon Fr. Juan de Quevedo, obispo de Darien, Cárlos quiso asistir personalmente á una sesion del consejo de Estado, en la que Quevedo, Las Casas y otro franciscano, que habia estado mucho tiempo en Haiti, debian ser llamados para emitir su parecer. (Pl. XLIV, n.° 1.) El obispo habló el primero, asegurando que los gobernadores de Darien habian causado un mal incalculable en esa parte de la América, pero añadió, que los indígenas, en su concepto, le parecian *nacidos para la servidumbre*. «Convengo que son almas por las que Jesucristo derramó su sangre, continuó, ¡no permita Dios, que yo pretenda abandonarlas! y alabado sea el celo de nuestros piadosos monarcas, en atraer esos infieles á Jesucristo! Pero yo sostengo que la servidumbre es para eso el medio mas eficaz que se pueda emplear. Ignorantes, estúpidos, viciosos, como ellos solos, ¿se podrá nunca inculcarles los principios de la religion, á menos de tenerles en una sujecion útil? Ligeros é indiferentes para abrazar el cristianismo como para dejarle, se les vé á veces, al salir del bautismo, entregarse á sus antiguas supersticiones (1).» Las Casas tuvo otro lenguaje. «Alto y poderoso Señor: dijo, soy uno de los primeros que han abordado al Nuevo Mundo, en el que hace muchos años que estoy empleado: he sido testigo de cuanto en él ha pasado, y por esto es por lo que he tomado la resolucion de volver á España, no porque sea mejor cristiano que otro, sino porque los males de los indios han escitado mi compasion natural. Para informar al rey católico D. Fernando, dejé aquellos reinos. Su Alteza, á quien encontré en Plasencia, me escuchó con bondad y me ordenó que fuese á esperarle á Sevilla, donde él acudiria, y se pondria remedio á tanto mal. Este príncipe murió en medio de su viaje, y así nada pudo hacerse. Despues de su muerte, me dirigí con el propio objeto á los gobernadores del reino, el cardenal Cisneros y el de Tortosa, quienes tomaron escelentes medidas, y despues que V. M. ha llegado, es á ella á quien dirigí unas memorias cuyo efecto hubiera sido infalible, sin la muerte del gran canciller. Prosigo de nuevo mi primera empresa; pero sé que existen enemigos de toda virtud y de todo bien, que han formado empeño en que me estrelle con mi proyecto. Importa tanto mas á V. M. el oirme y el disponer que sean confundidos los autores del mal, cuanto que, independientemente de lo que puede interesar á la conciencia de V. M., puedo asegurarla que ninguno de cuantos estados le están sometidos, ni aun la totalidad de sus reinos, puede compararse á la menor parte de los bienes y riquezas de este Nuevo-Mundo. Al informar de esto á V. M., creo hacerle el mayor servicio como á mi rey; y esto sin desear sus gracias ni recompensas, porque yo obro así por su servicio, salvo la obediencia y adhesion que le debo como su humilde súbdito, por esto y por la gloria de Dios, es por

(1) No puede negarse, que el voto del obispo Quevedo era hijo de una constante esperiencia que se tenia, de que los indios dejados á su completa libertad, y sin alguna sujecion á los europeos, especialmente en la primera generacion despues de la conquista, huian completamente del trabajo, y se retiraban á los bosques, recayendo en sus antiguas supersticiones y vicios. El sistema de encomiendas y repartimientos, fué necesario en un principio, hasta para la misma instruccion cristiana de los indios, y si bien pudo haber algunos colonos que abusasen de los indígenas, recargándoles en el trabajo ó descuidando su educacion, la mayoría no se portaba así, y hasta estos mismos trabajos, ya públicos ya privados, fueron regulados por las leyes de Indias, modelo de solicitud paternal para con los indios, y que no han tenido imitadores en ninguna colonia estrangera. Además de las autoridades, y de los misioneros que velaban incesantemente por el buen tratamiento de los indios por los colonos españoles, aquellos tenian sus síndicos y abogados que les defendian, y sus reclamaciones eran atendidas, y si el número de indígenas disminuyó considerablemente en la isla, no fué por el recargo de trabajo, sino por otras causas naturales, y especialmente el contagio de la viruela, que arrebató en poco tiempo millares de víctimas, sobre lo cual puede el lector consultar la obra titulada *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en Indias, por Nuix y Perpiñá*, edic. del 1783, añadida por su hermano D. José. (N. del Trad.)





lo que yo he tomado sobre mí el compromiso de trabajar sin descanso, en procurar á V. M. los bienes y las ventajas mas estimables, declarando de nuevo que renuncio, en cambio de eso, á toda gracia y favor temporal, y si me acaeciese directa ó indirectamente el pedir para mi la menor recompensa, consiento en que se me acuse de mentira y felonia con respecto á mi rey. Por último, muy poderoso príncipe, los hombres que pueblan el Nuevo-Mundo, tan rico en todo, son, Señor, muy capaces de abrazar la fé cristiana, y susceptibles, si se les dan lecciones de moral y de doctrina, de adherirse á la virtud y vivir cristianamente. La naturaleza les ha hecho libres, y ellos conservan su libertad lo mismo que los reyes y señores naturales, que gobiernan sus ciudades. En cuanto á la opinion del reverendo obispo, que les cree *esclavos por naturaleza*, pienso que él ha hecho alusion á lo que el *filósofo* (Aristóteles) dice al principio de su *Política*; pero entre como se debe entender esto, y lo que el R. Prelado quiere decir, hay tan gran diferencia como entre el cielo y la tierra. Por otra parte, aun suponiendo que el obispo tenga razon, es menester no olvidar que el *Filósofo* era pagano, y que arde hoy dia en los infiernos, lo que prueba, que no debe usarse de su doctrina, sino en cuanto está acorde con nuestra santa fé y con los usos de la religion cristiana. Nuestra religion es única y puede convenir á todas las naciones del mundo, ella las recibe á todas en su seno, no quita á ninguna su libertad, y sobre todo, está muy lejos de querer que se haga á un pueblo esclavo, bajo pretesto de que ha nacido para eso, como lo pretende el señor obispo. Dígnese pues V. M. inaugurar su reinado, demostrando el mas alto desprecio á tan perjudicial doctrina y desaprobar sus consecuencias.» El religioso franciscano, llamado en seguida á dar su parecer, habló en términos no tan prudentes y mesurados como Las Casas, insistiendo principalmente en la tiranía que decia pesaba sobre los indios, pintando con los mas negros colores los escesos y tropelias cometidas en América, en lo cual, aunque no con tanto esceso como suponia el franciscano, convenia en parte el obispo de Darien. El almirante D. Diego Colon, que vino algun tiempo despues á España, se espresó en el mismo sentido que Las Casas, y por último, el mismo obispo Quevedo interrogado sobre su parecer respecto al proyecto del protector de los indígenas contestó que le creia digno de consideracion. Este prelado murió, poco despues de esto en España. Sancionado al fin por el príncipe el proyecto de Las Casas, regresó á Haiti en 1520 para prepararse allí al viage á la costa de Cumana.

Fundaba este su esperanza para la conversion de los indígenas de esta costa, en el apoyo de los misioneros franciscanos y dominicos que allí se habian establecido poco tiempo antes. Con efecto, los indígenas de aquella parte, tenian confianza en ellos, y edificados con sus ejemplos, ya se iban preparando á recibir la instruccion, cuando la perfidia de un capitan aventurero, llamado Alfonso Ojeda, atrajo una espantosa catástrofe. Habiendo fondeado en Cumana para la pesca de las perlas, atrajo á la playa á los indígenas y cogió muchos de ellos que transportó en seguida á la otra costa para venderlos como esclavos; pero habiendo tenido la imprudencia de bajar á tierra, fué muerto por el cacique de Maracapana. Los demás españoles y los franciscanos establecidos en el pais á quienes los indios creian estar en inteligencia con Ojeda, tuvieron que huir y embarcarse para Haiti, y no quedó mas que un hermano lego, llamado Denis, en quien los indígenas se vengaron del crímen de Ojeda, asesinándole de la manera mas cruel. El cacique de Maracapana, aconsejó á los naturales, que quitasen del medio á los dos dominicos que habia en el convento de Santa Fé, los cuales, cuando menos lo pensaban, estándose preparando, uno para decir misa, y otro para comulgar, fueron tambien asesinados por los indios, quienes, además, pegaron fuego al monasterio, hicieron trizas las campanas, cruces, imágenes y demás utensilios, y hasta

cortaron los árboles plantados que habian venido de Europa. Estando en Puerto-Rico supo Las Casas tan triste acontecimiento que echaba por tierra todos sus planes y esperanzas. Los españoles fundaron allí una ciudad llamada Nueva Toledo, donde se refugiaron los franciscanos huidos de Cumana. Estos religiosos, cuyo guardian era el P. Garcés, poseian un jardin, donde cultivaban el naranjo, la viña, y otras varias frutas y legumbres de España, y su casa, que no estaba á tiro de fusil de la orilla del mar, dominaba al rio Cumana, que ha dado su nombre á toda la provincia. Estos sirvieron de útiles intermediarios entre los indígenas y Las Casas, que no encontró obstáculo para trasladarse á la costa, teatro de la catástrofe. El protector de los americanos se sirvió tambien de una muger cristiana de su nacion, llamada Maria, para que anunciase en su nombre á los indígenas, que el rey de España le enviaba allí para hacer cesar las traiciones y malos tratamientos de que hasta entonces habian sido objeto, y de procurarles con el conocimiento del verdadero Dios cuantos bienes podrian desear. Las Casas creyó, como su primer deber, el interrumpir toda comunicacion entre los naturales de la costa y los colonos españoles de la isla de Cubagua, que fomentaban el gusto depravado de los indios por el vino de España para que estos apoyasen su comercio de oro, perlas y esclavos. La desobediencia de estos colonos á las órdenes de Las Casas, obligó á este á marchar á Haiti á pedir justicia, dejando en el interin encargada la colonia á un tal Francisco Soto, que disminuyó imprudentemente los medios de defensa de Nueva Toledo. Irritados los indígenas de las trabas que se ponian al cambio de sus tiernos hijos por el vino de España, resolvieron destruir este fuerte, y aun matar á los franciscanos, lo cual se verificó quince dias despues de la salida de Las Casas, segun lo cuenta Herrera en estos términos: «Instruidos los religiosos del complot, tres dias antes de realizarse, preguntaron á la india María si la conspiracion era cierta, lo cual negó esta, profundamente. El mismo dia llegó á la costa un barco que venia á cambiar mercancías. Los españoles y los religiosos pidieron á su patron que les recibiese á bordo para escapar del peligro, pero sus ruegos fueron inútiles. Los franciscanos que estaban con Soto se hallaban en la mayor angustia, aguardando de un momento á otro el resultado, sin embargo, para defenderse, se pusieron delante del convento y el almacen de los españoles algunos pedreros que habia, mas cuando quisieron usar de la pólvora, se encontró que no servia, por estar muy húmeda. Al dia siguiente, llegaron los indios con su infernal gritería, incendiaron el almacen y mataron dos ó tres españoles, y mientras tanto, otros escalaron la cerca del jardin de los religiosos y penetraron en él. En este apuro, acordándose los PP. de un bote que tenian en un estanque, que llenaban las aguas del rio, y que podria recibir unas cincuenta personas, religiosos y seglares, entraron todos en él, menos el hermano Domingo, que á los primeros gritos de los indios se ocultó sin ser visto detrás de unos rosales. La lancha, que llevaria á bordo una veintena de españoles, avanzó hácia el rio para ganar el mar y se dirigió á la punta de Araya, donde se encontraban las salinas con los buques de su cargamento, pero á distancia de dos leguas de mar. La corriente les impedia adelantar, y los indios que vieron el bote se lanzaron en una piragua en persecucion de los españoles, que cansados apenas podian mover los remos. Las dos embarcaciones embarrancaron casi al mismo tiempo en una plaza erizada de zarzas y cardos silvestres con espinas, tan espesos, que formaban una valla difícil de superar. Como los indios estaban desnudos, apenas podian avanzar por aquel terreno erizado, en medio del cual se hallaban los españoles, y despues de estar aquellos un poco tiempo irresolutos, se retiraron al fin por temor de que les hiriesen las espinas, y esta circunstancia providencial, salvó la vida de los fugitivos, que no desampararon su improvisada fortaleza hasta que vieron ya alejados á los indios. Aunque bas-

tante mal tratados por las zarzas llegaron los españoles al sitio donde estaban los barcos que cargaban la sal, donde fueron recibidos con todo el interés que reclamaba su desgracia. Los indios, vueltos á tierra, incendiaron el convento, cometieron en su iglesia los mayores sacrilegios, mataron un niño que servia para manejar la máquina hidráulica de que los españoles se servian, y dejaron por todas partes huellas de su furor y rabia contra unos buenos religiosos que no les habian hecho mas que bien. El hermano Domingo, que como dijimos habia quedado oculto detrás de los rosales, salió al fin despues de haber encomendado su alma á Dios, al cabo de tres dias, sin duda creyendo que no tendria nada que temer de los indios que andaban por las cercanías y de los que habia sido siempre amigo. Sin embargo, aquellos le hicieron prisionero, y estuvieron dudando sobre lo que harian con él. Unos querian salvarle, otros que se le matase, y esto es lo que al fin se decidió por la influencia de un indio llamado Orteguilla, que habia sido criado del convento. En su consecuencia, le pasaron una cuerda alrededor del cuello, y despues de partirle la cabeza de un hachazo, arrastraron sus inanimados restos, por el contorno, ultrajándolos de mil maneras, y Orteguilla llevó su descaro hasta el punto de desnudar al mártir y llevar puesto su hábito muchos dias.» (Pl. XLIV, n.º 2.) Las autoridades de Haiti se ocuparon en seguida de restablecer el dominio español en la costa de Cumana; pero no pensaron en secundar el plan de colonizacion de Las Casas.

Este desatentado con tan frecuentes desengaños, encontró algun consuelo en la compañía de los religiosos de Sto. Domingo, con quienes vivia, y sus relaciones con ellos le inclinaron á tomar el hábito de su órden, lo que se verificó, segun Herrera, en 1521, y segun Remesal, en 1523. La mayor parte de su tiempo la empleaba en la oracion y el estudio, ocupándose además en buscar los indígenas en los bosques ó entre las rocas para consolarlos, catequizarlos y disponerlos á la gracia del bautismo. Entonces fué cuando compuso su tratado *De unico vocationis-medio*, en él quiso próbar que la dulzura y la benevolencia eran los medios únicos de convertir á los americanos.

CAPÍTULO XXXV.

Primer viaje alrededor del mundo por Magallanes. — El cristianismo es anunciado al Brasil, en la Patagonia, en las islas Marianas, en el archipiélago de Filipinas y en las Molucas.

Creemos oportuno interrumpir nuestra relacion para decir algo de la gloriosa espedicion de Magallanes, que llevó á ejecucion el plan favorito de Cristóbal Colon, es decir, que descubrió en beneficio de España, un paso á las Indias orientales por el oeste, sin tocar en nada á la parte del globo atribuida á los portugueses, segun la línea de demarcacion que Alejandro VI habia trazado. Fernando Magalhaens ó Magallanes, portugués de origen, y de una familia honrada sirvió por espacio de cinco años en las espediciones á las Indias orientales, bajo el mando del famoso Alburquerque, quien encargó á Francisco Serrano, amigo y pariente de Magallanes, el que fuese á las Molucas á erigir allí un fuerte, proyecto que no ejecutó este último, á causa de que todos los reyes bárbaros de ese archipiélago, por una ambicion insensata, pretendian que estuviese en su estado respectivo, y á quienes Serrano, á título de pacificador, quiso someter á un tiempo, en vez de fijarse en un sitio particular. Se ha dicho por algunos, que este gefe portugués amenazado de una parte por Alburquerque, á quien habia desobedecido, no construyendo el fuerte, y viendo de otra, que el mismo Magallanes, á su vuelta á Lisboa, no habia obtenido la recompensa que él creia merecer, propuso á este entregar el archipiélago de las Molucas á la España, insinuándole además la posibilidad de encontrar el cabo de la América meridional, ó un estrecho que comunicase del mar Atlántico al mar de las Indias. Magallanes ya tenia como cierta la existencia de este paso, ya porque

le hubiese visto diseñado en la carta marítima de Martin de Behaim, ó ya fundándose en las ideas de Colon, confirmadas por las observaciones hechas, despues del ilustre genovés. Descontento del Portugal, ofreció á España conducir una escuadra, girando siempre al oeste de la línea de demarcacion hasta las islas de las especerías, que él afirmó se encontraban en la parte del globo, que segun la línea de demarcacion pertenecia á los españoles. Viendo el cardenal Cisneros en el buen éxito de esta empresa, un acrecentamiento de gloria y de riquezas para su pais, escuchó con interés la idea de Magallanes, á quien Cárlos I, despues, persuadido de que el Portugal habia invadido lo que le pertenecia, le dió una escuadra y el título de capitan general (1). Este navegante se hizo á la vela, desde Sevilla, el 10 de agosto de 1519, acompañado de Antonio Pigafetta, noble veneciano, que habia venido á España en compañía de Francisco Chiericato su paisano, protonotario apostólico, embajador de Leon X y despues obispo y príncipe de Teramo. Este Pigafetta fué el cronista de este primer viage alrededor del mundo (2).

Magallanes, despues de haber tocado en las Canarias, tomó su ruta directamente al Sud, á lo largo de la costa de América. El 13 de diciembre, dia de Sta. Lucia, penetró en la bahia que recibió despues el nombre de Rio-Janeiro, (*Rio de enero*). Esta dependia del Brasil, «tierra tan estensa como España, Francia é Italia reunidas, dice Pigafetta, y que ya pertenecia al rey de Portugal.» Este viagero habla de los brasileños, pero de una manera incompleta. Nosotros entrarémos en algunos detalles sobre los Tupis, dueños de la costa, y á quienes ya los franciscanos evangelizaban, desde el descubrimiento que Cabral habia hecho.

Los tupis, así llamados de la palabra *tupau* (trueno), se subdividian, dice Mr. de Orbigny, en muchas tribus. Así como los americanos actuales, estos tenian color cobrizo, cuerpo sin vello, cabellos negros y brillantes, labios partidos, cuerpo pintado con el jugo de una fruta, la cabeza adornada de plumas de colores, y el cuello rodeado de collares, formados con varias semillas. Hombres y mugeres andaban desnudos.

«Sus armas eran el arco y flechas, y sus instrumentos músicos consistian en una especie de gran trompa, que servia para animar la marcha de los guerreros, y una clase de pandero destinado á las ceremonias religiosas.

«Nómadas y vagamundos, jamás permanecian seis meses en un mismo lugar. Sus cabañas de las que se componian sus móviles aduares, tenian sobre sesenta pasos de longitud, y allí se recogia toda una familia. Cada habitacion disfrutaba de un pequeño campo que la estaba anejo.

«La caza y la pesca era su alimento y su único cultivo era el del manioc ó yuca, que

(1) No se han alcanzado grandes noticias acerca de la vida privada de un hombre tan estraordinario como Magallanes. Navarrete, dice de él, que desde 1512, ya estaba de vuelta en Portugal, pues el 12 de junio de ese año, se le vé con el título de *Hidalgo Doncel*, con el emolumento de mil reis mensuales de sueldo. Al siguiente, pasó á ser nombrado *Hidalgo Escudero*, con mil ochocientos cincuenta reis. Despues de los acontecimientos de Azamor, solicitó del rey, en consideracion de su empleo, de su nobleza y del mérito que habia contraido, algunas recompensas. El rey desatendió demanda tan moderada y justa, prevenido seguramente contra Magallanes, y esto fué sin duda lo que le decidió á ofrecer sus servicios á España. De modo, que aquel á quien las naciones estrañas han honrado con el dictado de hombre grande, ha quedado para con los portugueses, como manchado con la nota de desleal. Se sabe tambien que Magallanes, estuvo casado con una hija de Diego Barbosa alcaide del alcázar de Sevilla. Osorio que le conoció, le llama *Vir nobilis et magno animo præditus*. Barros, pondera su profundo conocimiento en las ciencias, y en especial, en la navegacion, pero todos estos historiadores portugueses, incluso el poeta Camoens, si le admiran, no le absuelven. (N. del Trad.)

(2) Segun Denis, en su Historia de Portugal además de la relacion de Pigafetta, de este viage, debe citarse el libro de otro portugues [illegible], que habia sido factor del Ternate. Este viagero poco [illegible], escribió una obra titulada *Tratado de la navegacion, que Fernando Magallanes y sus compañeros hicieron á las islas de Maluco* en 1522, lo cual no se ha dado á la prensa. Además, segun dice el mismo autor, el *Derrotero* original de Magallanes, que es el instrumento donde consignaria este sus observaciones, y que conservaba Antonio Moreno, cosmografo de la casa de Contratacion de Sevilla, se ha perdido, lo cual seria curioso que constase, para amplificar el relato. Barros, solo nos ha conservado en su tercera década, la orden del dia que dió Magallanes, el 21 de noviembre de 1520 en el estrecho de Todos Santos, en la cual dió á todos las instrucciones convenientes para el bien de la empresa. (N. del T.)

usaban de diversas maneras, sacando tambien de él un licor espirituoso.

«No reconocian estos pueblos mas que los dos principios, del bien y del mal. Creian en otra vida, en la que las almas de sus guerreros se sentaban en banquetes divinos. La poligamia era permitida entre ellos, pero respetaban en sus alianzas el parentesco de padres, hijos y hermanos. El padre, despues de tomar en sus brazos al recien nacido le aplastaba la nariz con el dedo pulgar, le lavaba cuidadosamente, y si era varon, le fabricaba en seguida un pequeño arco, flechas, y una maza, diciéndole: «Se valiente para vengarte de tus enemigos.» En seguida le daba el nombre de un animal ó de una planta cualquiera.

«Los funerales de los tupis tenian su ceremonial. Las mugeres se reunian y lloraban mucho al difunto por espacio de medio dia, haciendo esclamaciones y visages, despues se hacia un hoyo redondo y profundo de cinco ó seis piés, y allí se enterraba el cadáver casi de pié con los brazos y piernas ligadas.

«No puede decirse á punto fijo cuál era el gobierno de los tupis, solo sí, que tenian sus consejos, donde todo lo mas importante se decidia á mayoría de votos. El homicida tenia pena de muerte. Se entregaba al matador á los parientes de la víctima y estos le estrangulaban. Cuando ocurria un motivo de ofensa de tribu á tribu, el combate decidia la cuestion, y á veces el choque tenia lugar entre ejércitos numerosos. Los prisioneros servian despues para los execrables festines, y despues de quitarles la vida y de curar su carne como en salazon, se la comian, aprovechando los huesos para diferentes usos.

«Su idioma, que hablan aun los indígenas del litoral, es como un dialecto del Guarani, donde existen sus radicales en un espacio de mas de sesenta grados. Esta lengua carece de ciertas letras de nuestro alfabeto, tales como la *f*, *h*, *j*, *u*, y *z*. Los nombres sustantivos y adjetivos son indeclinables, sin admitir el plural.

«Entre las subdivisiones de los tupis, se contaban en la época de la conquista, los carijos, que ocupaban la costa al sud de San Vicente de la isla de Santa Catalina; los tamoyos, que se estendian hasta Angra-dos-Reys; los tupinambas, los tupiniquins, los tupinoes, que ocupaban el litoral del Brasil central; los pitagoares, que acampaban entre el Rio Grande y el de las Amazonas, y otra multitud de tribus. En medio de toda esa diversidad de pueblos brasileños, se percibe siempre una especie de uniformidad de costumbres, leyes y fisonomía, que resulta de carácteres análogos. Si en lugar de crear estas subdivisiones infinitas, la ciencia ethnológica tratase de agrupar y formar grandes familias apenas se encontrarian dos ó tres en el Brasil que mereciesen nomenclaturas especiales.»

Pigafetta, que vió á los brasileños al principio de la ocupacion portuguesa, creyó que seria fácil hacerlos abrazar el cristianismo. Una casual circunstancia, contribuyó á que los indígenas recibiesen á Magallanes con respeto y veneracion. Reinaba en el pais, despues de dos meses, una gran sequía, y como en el momento de llegar los europeos, cayó una lluvia abundante, los tupis atribuyeron este beneficio del cielo á su presencia, y cuando al desembarcar, se dijo la primera misa en tierra, la presenciaron todos en silencio, y con aire de recogimiento.

Magallanes empleó mucho tiempo en reconocer las bahías y los golfos, que le parecian ser accesibles á una comunicacion entre el océano atlántico, y el océano índico, tanto que, hasta el 12 de enero de 1520, no se encontró en el Rio de la Plata, formado con las aguas del Parana y del Paraguay, cuya estension no tiene igual en el mundo, puesto que presenta una anchura de mas de cincuenta leguas en su desagüe. El 31 de marzo, Magallanes tocó en el puerto de San Julian, al 48° al sud del ecuador, donde determinó pasar el invierno. En un principio, no vió habitante alguno en ese pais, mas los que se presentaron despues, segun Pigafetta, tenian una talla gigantesca, y habla especialmente de

un patagon, á quien enseñó á pronunciar el nombre de Jesus, y bautizó mas adelante, con el nombre de Juan. Hoy dia, el fantasma de estos famosos patagoneses, de siete á ocho piés de altura, se ha desvanecido. Es cierto que se vén en la Patagonia hombres verdaderamente altos, comparativamente á las demás razas americanas; pero nada tienen de estraordinario, pues entre seiscientos de ellos que observó d'Orbigny, el de mas talla, no tenia mas de cinco piés y once pulgadas francesas. El P. Dobrizhoffer, citando lo que han dicho los primeros navegantes, acerca de la dimension de osamentas encontradas en la costa, y reputadas humanas, trata de demostrar que esos huesos pertenecieron á una gran especie de animales de tierra ó de mar, y añade: « Créase de estos huesos lo que se quiera, pero yo puedo asegurar, por mi propia vista, que los patagones no son gigantes. » El P. Falconer, al reconocer que los patagones, en lo general, tienen gran talla, declara no haber oido jamás hablar de una raza gigantesca. Los españoles que venian con Magallanes, plantaron una cruz sobre la cima de una montaña inmediata al puerto de San Julian, dándola el nombre de Monte-Cristo (1).

Despues de haber contenido una especie de motin que se alzó entre la marineria, que queria que se abandonase el proyecto de un inconsiderado aventurero, y que se diese la vuelta á España, Magallanes continuó su viage, y descubrió por fin, en el 53° de latitud, la entrada de un estrecho, por donde se lanzó á pesar de la repugnancia y oposicion de sus compañeros. Veinte dias navegó por este canal tortuoso y lleno de peligros, al que dió su nombre, y en el cual le abandonó uno de sus buques (1). Al salir de este estrecho, se desplegó á sus ojos el horizonte inmenso de la mar del sud. Lleno de alegría el intrépido marino, dió gracias al cielo por el feliz resultado de su empresa. De esta manera quedó consumada la revolucion geográfica, á la que Cristóbal Colon, y Vasco de Gama, dieron principio con tanta felicidad, el uno, por el descubrimiento de la América, y el otro, doblando el Cabo de Buena-Esperanza, en 1497. « Desde entonces, dice Mr. d'Orbigny, el lazo hasta entonces misterioso y oculto, que unia los dos mundos, se hizo patente á todos. Desde esta época, el universo entero se abrió á la ávida curiosidad de los misioneros de la ciencia, y de los ambiciosos especuladores. Desde entonces, ya no hubo secretos para el geógrafo, para el naturalista, ni para el filósofo. »

Sin embargo, Magallanes se encontraba aun á mucha mas distancia de la que él se imaginaba, del término de su viage. Por espacio de tres meses y veinte dias, navegó constantemente al nord-oeste, sin descubrir tierra alguna, á escepcion de dos islas desiertas, que pertenecian á las de la Sociedad; sufrió el hambre y el escorbuto; pero tuvo un buen tiempo sostenido, y vientos tan favorables, que dió á este océano, el nombre de Pacífico, que le ha quedado hasta el dia. Cuando ya los españoles estaban reducidos á la última estremidad, se encontraron con un grupo de islas, donde se repusieron y recobraron la salud. Los isleños, que jamás habian visto el hierro, habiendo robado algunos trozos, Magallanes dió en castigo á su archipiélago, el nombre de islas de los Ladrones, que despues se cambió

(1) El nombre de patagones, fué dado á estos indios en 1520, por Magallanes. Segun Olivier de Noot, los habitantes de la Tierra del Fuego, designan á los patagones con el nombre de *Tiremenen*. Los colonos españoles del Carmen, les aplicaron la denominacion de *Tehuelches*. Los indios de Chile, les llaman *Cahuecahues*. Los araucanos, *Huilliches*, ú hombres del Sur. En fin, los patagones mismos toman dos nombres diferentes, el de *Tehuelche* por los del norte, y el de *Iusken*, por los naturales del sur. (N. del Trad.)

(1) Se ha afirmado por algunos, que el estrecho de Magallanes, habia sido indicado claramente desde el siglo xv, en uno de los dos mapas, que trajo por aquel tiempo á Portugal, D. Pedro Alfarnobeira, los cuales se conservaban como preciosos documentos, en el convento de Alcobaza. La desaparicion de estos, hoy dia no permite entablar discusion alguna sobre el particular, que pueda tener algun peso; pero lo que sí es cierto, es que diez y seis años despues del descubrimiento de la América por Cristóbal Colon, reconocieron Juan Diaz de Solis y Vicente Yañez Pinzon, la embocadura del Rio de la Plata, y siguieron toda la costa hácia el sur, hasta el 400 grados de latitud austral, recorriendo mucha parte de lo que anduvo Magallanes. (N. del Trad.)





por el de Islas Marianas, cuando María Ana de Austria, esposa de Felipe IV, envió allí misioneros para predicar allí el evangelio.

Desde el archipiélago de los Ladrones. Magallanes avanzó mas aun al este, y descubrió las islas que denominó archipiélago de San Lázaro, que fueron despues llamadas Filipinas, del nombre de Felipe de Austria, hijo de Cárlos V.

Pigafetta nos habla de dos reyes, el uno, rajah de Colambu, y el otro, de Siagu, que mandaban en dos territorios, en la costa oriental de la isla de Mindanao, y que se reunian para sus mútuas conferencias, en la isla de Massana. Pintándonos á uno de estos príncipes, añade: «Era este el hombre mas bello que he visto en este pueblo. Sus cabellos negros, caian elegantemente sobre sus espaldas, un velo de seda cubria su cabeza, y de sus orejas pendian aretes de oro. Desde la cintura á la rodilla, vestia un tonelete de algodon bordado de seda. Todo él estaba perfumado con estoraque y benjui. El dia de pascua, que cayó entonces el 30 de marzo de 1521, el general, muy de mañana, hizo desembarcar al capellan y algunos marineros para preparar lo necesario.... Saltamos á tierra en número de cincuenta.... Los dos reyes abrazaron al general, y le pusieron en medio de ellos. Marchando todos en órden, fuimos hasta el sitio donde iba á celebrarse la misa, que no estaba lejos de la playa. En el momento de la oblata, los dos reyes besaron como nosotros la cruz, pero no hicieron ofrenda. A la elevacion de la hostia, tambien adoraron la eucaristía, juntando las manos como nosotros lo haciamos. La artillería de los buques, en aquel momento solemne, hizo sus disparos. Despues de la misa, el general se hizo traer una gran cruz guarnecida con los clavos, y una corona de espinas, ante la cual nos prosternamos, y los isleños nos imitaron.» Esta cruz, fué plantada en la cumbre de la mas elevada montaña de los alrededores.

Los isleños de Zebú, donde el rajah Colambu acompañó á Magallanes, se mostraron dispuestos á abrazar el cristianismo. El dia 14 de abril de 1551, fué el designado para el bautismo del rey, ceremonia que Pigafetta cuenta en estos términos: «Para ello se alzó en la plaza, que ya habiamos bendecido, un tablado, cubierto de tapicerías, y de hojas de palma. En el momento en que pusimos pié en tierra, que lo hicimos sobre unos cuarenta, con la bandera real, los buques hicieron una descarga de toda su artillería, lo que no dejó de espantar algo á los isleños. Despues de haber plantado una gran cruz en medio de la playa, se dió por bando, que cualquiera que quisiese abrazar el cristianismo, debia destruir todos sus ídolos, y sustituirlos con la cruz. Todos consintieron en ello. El general, entonces, tomando al rey por la mano, le condujo al tablado, donde le vistió con una túnica blanca, y allí, el capellan le bautizó, (Pl. XLV, n.º 1), junto con el rey de Massana, el príncipe, su sobrino, un comerciante moro, y sobre unos quinientos indios. El rey, que antes se llamaba rajah Humabon, recibió el nombre de Cárlos, en memoria del emperador. A los demás, se les pusieron otros nombres. En seguida se celebró la misa.... Despues de comer, volvimos á saltar en tierra para bautizar á la reina y otras muchas mugeres, subiendo con ellas al tablado. Yo regalé á la reina una pequeña estátua que representaba á la Vírgen con el infante Jesus en brazos, lo que le agradó mucho, diciéndome, que la pondria en el lugar de sus ídolos. Se puso á la reina, el nombre de Juana, en recuerdo de la madre de Cárlos V, el de Catalina, á la esposa del sobrino del rey; y el de Isabel, á la reina de Massana.... Bautizamos ese dia, á mas de ochocientas personas, hombres, mugeres y niños.... Los habitantes de Zebu, y de las islas vecinas, recibieron todos el bautismo. Hubo sin embargo una, cuyos moradores se negaron á obedecer en eso al rey y á nosotros; y despues de haber quemado todas sus casas, se plantó allí una cruz, porque estaba poblada de idólatras, pues si los habitantes hubiesen sido moros, se hubiera puesto en su lugar, una columna

de piedra, como padron de su endurecimiento. El general, saltaba diariamente en tierra para oir la misa, á la que acudian presurosos todos los nuevos cristianos, quienes por medio de un catecismo, se les iba esplicando poco á poco la doctrina cristiana. Un dia, la reina vino tambien con toda su pompa á la misa, precedida de tres damas de honor, que llevaban tres de sus sombreros tejidos de hojas de palma en forma de quitasol; vestia un traje blanco y negro, y un gran velo de seda tejido en oro, cubria su cabeza y espaldas. Acompañábanla tambien otras mugeres desnudas, menos de cintura abajo, y con sombreros y velos. Despues de haber saludado la reina el altar con una inclinacion de cabeza, se sentó sobre una almohada de seda bordada, y el general la roció con agua de rosa, olor que agrada sobremanera á las mugeres de este pais....

«Viendo el general, que habia mandado al rey y á los demás nuevos cristianos, que segun lo prometido, quemasen sus ídolos, y que aquellos no solamente los conservaban aun; sino que les hacian sacrificios de viandas, segun su antigua costumbre, se quejó altamente y les reprendió. Ellos no trataron de negarlo, pero creyeron escusarse diciendo, que los sacrificios que hacian, no eran por ellos, sino por un enfermo, cuya salud esperaban que le volverian los ídolos. Este enfermo, era el hermano del príncipe, el mas sábio y el mas valiente de la isla. Enterado el general de eso, y animado de un santo celo, les dijo, que si ellos tuviesen verdadera fé en Jesucristo, y sobre la marcha, hubiesen quemado todos sus ídolos, y hecho bautizar al enfermo, que de seguro ya estaria este curado. Magallanes añadió, que tan convencido estaba de lo que decia, que consentia en perder la cabeza, si no era cierta su palabra. El rey prometió suscribir á todo. Entonces arreglamos con toda la pompa posible una procesion, desde la plaza donde estábamos, hasta la casa del enfermo, á quien efectivamente encontramos en deplorable estado, hasta el punto de no poder hablar ni moverse. Sin embargo, le bautizamos, junto con dos de sus mugeres, y diez hijos. El general le preguntó, inmediatamente despues del bautismo, como se encontraba, y él, aunque con trabajo, contestó, que gracias á Nuestro Señor, se encontraba mucho mejor. Nosotros fuimos testigos oculares de este milagro, y dimos gracias á Dios por su misericordia. El general dió al príncipe una bebida refrescante, que le continuó mandando diariamente, hasta que estuvo completamente restablecido. Al quinto dia, el enfermo se encontró sano del todo, y se levantó. Su primera diligencia, fué el quemar por sí mismo, á presencia del rey y de todo el pueblo, un ídolo, al que se tenia una gran veneracion en la isla, y que unas mugeres ancianas custodiaban con mucho esmero en su casa. Hizo tambien destruir muchos templos colocados á orillas del mar, donde el pueblo se reunia para comer los manjares ofrecidos á los falsos dioses. Todos los habitantes aplaudieron esos actos, y se propusieron acabar con todos los ídolos, aun aquellos que se conservaban en la casa del rey (1).

«Los ídolos de este pais, son de madera cóncavos, ó vacíos por detrás. Tienen los brazos y piernas desviadas, y los piés vueltos hácia arriba. Tienen la cara grande, y dientes gruesos como los del jabalí. Generalmente están pintados.»

Pigafetta nos habla tambien de algunas ceremonias supersticiosas de estos isleños, especialmente de la que tiene por objeto el purificar el puerco, que consta de una porcion de actos, á cual mas ridículos y estravagantes, y en los que solo toman parte dos viejas que se designan para eso, y solo ellas son las que pueden hacer esa ceremonia, sin preceder la cual, nadie comeria la carne de ese

(1) A este príncipe que se convirtió á la fé, llaman los historiadores Hamabar, pero es poco verosimil, que él y su pueblo quedasen instruidos en las verdades de la religion, en tan corto tiempo. Como se hallaba en lucha con el rey de Matan, es mas probable que desease el poderoso auxilio de los recien llegados, que le sirvieron efectivamente, y ayudaron á conseguir dos victorias sobre su enemigo. (N. del Trad.)

animal. La que se practica cuando muere alguno de los caciques ó gefes, no es menos singular. «Cuando llega ese caso, dice el mismo autor, las mugeres mas consideradas del pais, se trasladan á la casa del muerto. El cadáver está colocado en medio de una caja, á cuyo alrededor se ponen cuerdas tirantes, que impiden el que nadie se acerque. Se atan á estas cuerdas ramas de árboles entrelazadas, con pabellones de tela de algodon; bajo de estos, se sientan las mugeres, cubiertas con un velo blanco. Las demás que asisten, están igualmente sentadas á cierta distancia, con aire triste y plañidero. Una de las primeras, va cortando poco á poco con un cuchillo los cabellos del muerto, otra, que es la que habia sido su principal esposa, se tiende sobre él, boca con boca, y piés con piés, y canta y llora alternativamente. Al rededor de la cámara mortuoria, se ven vasos de porcelana con fuego, en los que se echa incienso, mirra, y estoraque, que perfuman el ambiente de una manera agradable. Estas ceremonias, continuan por espacio de cinco ó seis dias, en los cuales el muerto no sale de la casa, por lo que creo que lo embalsaman antes con alcánfor, para preservarle de la putrefaccion. Se le entierra al fin, con la misma caja, cerrada, en el cementerio, que es un campo cercado, y cubierto de tablas.»

Magallanes murió el 27 de abril de 1521, en la isla de Matan, y la espedicion se continuó bajo el mando de otro gefe (1). Despues de haber reconocido varias otras islas, estendidas en la parte oriental del océano índico, se tocó en la gran isla de Borneo, y luego en la del Tidor, una de las Molucas, donde los españoles desembarcaron con gran admiracion de los portugueses, que no podian comprender como aquellos, navegando al oeste, habian llegado á este establecimiento tan distante del comercio de Portugal, para ir al cual, los segundos tenian que navegar en direccion opuesta. Ocho meses antes de su llegada, y terminacion de este primer viage al rededor del mundo, habia muerto en Tidor Francisco Serrano, que fué el que determinó á Magallanes, á emprender esta espedicion.

Bajo el nombre de Molucas, se comprenden hoy todas las islas que están entre las Filipinas y Sara. Balbi propone con razon que deben reunirse bajo ese mismo nombre, todas las de los tres grupos de Gilolo, de Banda y de Amboine.

Los españoles encontraron en estos parages, pueblos instruidos de las ventajas del comercio, y se hicieron con un rico cargamento de especerias y drogas, las mas buscadas y esquisitas de esos climas, y con su tesoro, dieron la vela para España, siguiendo el camino de los portugueses, por el Cabo de Buena Esperanza, llegando á San Lúcar el 7 de setiembre de 1522, despues de haber dado la vuelta al globo en tres años y veinte y ocho dias.

De esta manera, en el decurso de tan poco tiempo, tuvieron la rara felicidad de descubrir otro nuevo continente, casi tan grande como el antiguo mundo, y de hacer constar por la esperiencia, la figura y estension del globo terrestre. Pigafetta, se fué á Valladolid á prestar á Cárlos V el diario de su viage. A invitacion de Clemente VII y de Villiers de l'Ile-Adam, gran maestre de la órden de San

(1) Magallanes, murió en una batalla que sostuvo contra el rey de Motan, que se negaba á toda proposicion de vasallaje. Entonces, «dice Pigafetta, acometieron tan furiosamente contra nosotros (los portugueses), que pasaron la pierna del capitan (Magallanes), con una flecha envenenada, por cuya causa mandó que nos retirásemos poco á poco.... Pero él, como mejor capitan y buen caballero, se mantuvo firme con algunos otros, batiéndose de este modo por espacio de mas de una hora, y no queriéndose retirar, un indio le arrojó una lanza de caña que le dió al rostro y en el acto lo traspasó Magallanes con su lanza, dejándosela metida en el cuerpo. En seguida poniendo mano á la espada, no la pudo sacar mas que la mitad á causa de una herida que tenia en el brazo de lanza de caña, lo cual visto por aquellas gentes, se arrojaron todos sobre él, y uno de ellos con un venablo le dió un golpe en la pierna izquierda del cual cayó en el suelo boca abajo, y se echaron todos sobre él con lanzas de hierro y de caña, y con los venablos. Así mataron al que era el espejo, la luz, la fortaleza de todos y nuestra verdadera guia.... Y esta batalla fué un sábado, el dia 27 de abril de 1521, y quiso el capitan tenerla en sábado, porque era este dia el de su devocion» Hasta aqui Pigafetta, cuyas palabras hemos copiado para completar la narracion de Henrion (N. del Traductor.)

Juan de Jerusalen, escribió despues en Italia una relacion mas estensa, de la que mandó una copia á Luisa de Saboya, madre de Francisco I.

CAPÍTULO XXXVI.

Cruces en Yucatan y en la isla de Cozumel. — Los religiosos de la Merced, los franciscanos y los dominicos, establecen la fe en Méjico.

Cuando estuvo de vuelta la espedicion que habia hecho el primer viage, al rededor del mundo, Cárlos V tuvo la mayor satisfaccion, al saber los progresos que la religion católica hacia en el Nuevo-Mundo. Despues de muchos años se habia descubierto el Yucatan, pais que tiene mas de trescientas leguas de circunferencia. No se encontró allí ni oro ni plata, sino un terreno estremadamente fértil y abundante en frutos. El famoso palo de campeche (haematoxilon *campechianum*), que se encuentra esparcido por todos los bosques de la América equinoccial, en que la temperatura media no pasa del grado 22° del termómetro centigrado, se encuentra particularmente en este pais. Muchos edificios hechos de piedra, que allí se encontraban, revelaban una civilizacion anterior, y uno de estos, al que los naturales llaman *oxmutal*, existe aun bien conservado. Cada fachada de él tiene á lo menos seiscientos piés, y las estátuas de hombres que allí se ven con palmas en sus manos, y como en actitud de danzar ó de tocar el tambor, son muy parecidas á las que se encuentran en las ruinas de Palenque. Los habitantes no estaban aquí desnudos, como la mayor parte de los indígenas que se habian encontrado hasta entonces. Sus armas defensivas eran el escudo, y una especie de coraza doble de algodon; las ofensivas eran el arco y flecha, unas espadas ó cuchillos de piedra, lanzas y hondas. Cerca del Cabo Catoche; donde desembarcaron y fueron atacados por los indígenas, los españoles que allí desembarcaron, venidos de Cuba el 1517, bajo las órdenes de Fernandez de Córdoba, se encontraron templos, en los cuales habia ídolos de barro cocido, unos de figuras caprichosas y repugnantes, otros representando mugeres, pero todos con algo de monstruoso. El sacerdote Alfonso Gonzalez, agregado á la espedicion, entró durante el combate, en alguno de estos templos, y sacó de ellos unos cofrecillos pequeños llenos de ídolos de barro y de madera, junto con varias medallas hechas de mal oro, sortijas, pendientes y coronas del mismo metal. En la punta de Campeche, los españoles apercibieron rastros de sangre aun fresca, y cruces pintadas en los muros. De uno de estos templos, salieron diez sacerdotes revestidos de grandes mantos blancos, con el cabello largo y sin peinar, llevando en las manos unos como incensarios de barro llenos de ascuas, sobre los cuales echaban una goma llamada copal, y cuyo humo dirigian hácia los españoles, diciéndoles que se retirasen, porque temian que los europeos les darian muerte. Desde aquí, la espedicion se fué á reconocer á la Florida, que Ponce de Leon habia ya descubierto. Los españoles regresaron en seguida á Cuba.

Si causa admiracion el que se hubiesen encontrado cruces en Yucatan, pintadas sobre los muros de sus templos, Herrera, citado por Charlevoix, esplica el orígen de este culto. Poco tiempo antes de la aparicion de Fernandez de Córdoba en aquellas regiones, Chillam Ballam, gran sacerdote de Tixcacayon Cabith, á Mani (la antigua Tchoo), habia ya publicado que vendrian de las partes donde sale el sol, hombres blancos y barbudos, que por todas partes plantarian cruces, y ante cuyo signo todos los dioses huirian; que estos estrangeros se apoderarian del pais; pero que no harian ningun mal á los que voluntariamente se sometiesen á su imperio, y que adorasen al único y solo Dios adorado, y predicado por los vencedores. Federico de Waldek, tradujo en estos términos, la profecía de Chilam Ballam: « Al finalizar la décima tercia edad, Itza, estando en toda su prosperidad, así como la ciudad de Taucab (hoy dia

llamada *Ichpaa*, es decir, *Castillo fuerte*), vendrá la señal de un Dios que está en las alturas, y se manifestará al mundo la cruz por la que fué iluminado el universo. Cuando en los tiempos venideros aparezca esta señal, habrá division en las voluntades. Antes que los sacerdotes hayan andado una legua, y aun solo un cuarto de legua, vereis la cruz que se os aparecerá matinal de un polo á otro. El culto de los falsos dioses cesará. Vuestro padre viene, ¡oh Itzlanes! ¡Hé aquí vuestro hermano ó Tantunites! Recibid á vuestros huéspedes barbudos de Oriente, que os traen el signo de Dios; el dulce y piadoso Dios, es el que nos viene, el tiempo de nuestra vida ha llegado, ya nada tendreis que temer del mundo. Tu eres el Dios vivo, que con su piedad nos ha creado. Buenas son las palabras de Dios. Bendigamos su signo en los cielos. Alabémosle para adorarle y verle. Debemos incensar la cruz; ella se aparece hoy dia en oposicion á la mentira; ella se ha mostrado al mundo al encuentro del primer árbol del mundo; ella es la señal de Dios en los cielos. ¡Adorémosla ó Itzlanes! Adorémos al que es nuestro Dios y el verdadero Dios. Recibid la palabra del verdadero Dios, que viene del cielo y nos habla. Los que crean, serán iluminados en la edad futura. Ved si lo que os digo os importa. Os advierto y os mando, yo Ballam, vuestro intérprete y señor, y al presente ya he concluido de deciros, lo que el verdadero Dios me ha ordenado para que el mundo lo sepa.» El adivino, continua Herrera, mandó hacer una gran manta de algodon, y dijo que este seria el tributo que exigirian los nuevos señores. Hizo tambien que se alzase una cruz, y á su ejemplo se elevaron muchas por todas partes.

Cuando Grijalva, mandado por el gobernador de Cuba en 1518, á hacer descubrimientos, llegó á la isla de Cozumel, entre muchos templos que vió, todos construidos de piedra ó ladrillos, los españoles repararon en uno que tenia la forma de una torre cuadrada, y junto al cual se veia una cruz de piedra, cercada de una balaustrada. Los indígenas, que la adoraban bajo el título de Dios de la lluvia, segun dijeron á los europeos, jamás le pedian en vano el agua que deseaban. De la isla de Cozumel, Grijalva pasó á reconocer una costa cuya apariencia anunciaba una civilizacion tan avanzada, que un soldado declaró que le parecia estar en una nueva España. De esta manera, es como, pasando de boca en boca, se dió la denominacion de *Nueva España*, á todo este vasto territorio, que estaba reservado el conquistar á Hernan Cortés.

Velazquez mandó á Europa á su capellan Benito Martin para anunciar su proyecto de conquista, mas antes de decir como aquel se realizó, importa dar antes á conocer el imperio mejicano.

El valle de Méjico, rodeado de un muro circular de montañas porfiríticas, estaba cubierto de agua en su centro, porque antes de que los europeos abriesen el canal de Huehuetoca, no tenian salida ninguno de los numerosos torrentes que se precipitaban en el valle. El llano que contiene los lagos mejicanos, mas elevado que el convento de San Bernardo, está á 2277 metros sobre el nivel del mar. La region montañosa de Méjico, parecida á la del Cáucaso, estaba habitada desde los tiempos mas remotos, por pueblos de razas diferentes. Una parte de ellos puede ser considerada como el resto de las numerosas tribus, que en sus emigraciones de norte á sur, habian atravesado el pais de Anahuac, y de las que algunas familias retenidas allí por el amor á la tierra, que con su sudor habian desmontado se separarian del resto de la nacion, pero conservando sus lenguas, sus costumbres, y la primitiva forma de su gobierno. Los pueblos mas antiguos de Méjico, los que se consideran como autochthones, son: los olmecas ó hulmecos, que llevaron sus emigraciones hasta el valle de Nicoya, y á Leon de Nicaragua, y los xicalanancas, los cores, los tepanecas, los tarascos, los miztecas, los zapotecas y los otomitas. Los olmecas y los xicalanancas, que habitaban los

llanos de Tlascala, se vanaglorial an de haber subyugado y destruido á su llegada á ese pais, á los gigantes ó *ginametin*, tradicion que se funda verosimilmente al aspecto de los huesos de elefantes fósiles, encontrados en estas regiones elevadas de las montañas de Anahuac.

El Dr. Cárlos de Sigüenza, profesor de matemáticas en la universidad de Méjico, reputa las piramides de Teotihuacan, las mas antiguas de todas, como obra de los olmecas. Estos teocalis ó casas de los dioses, tenian todas la misma forma, aunque con dimensiones diferentes. Consistian en pirámides de muchos cuerpos, y cuyos lados seguian exactamente la direccion del meridiano y del paralelo del sitio. El Teocali se elevaba en medio de un vasto recinto cuadrado y rodeado de un muro. Dentro habia jardines, fuentes, habitaciones de los sacerdotes, y á veces, almacenes de armas; porque cada casa de un dios mejicano, así como el antiguo templo de Beal-Berith, quemado por Abimelech, era una plaza fuerte. Una gran escalera conducia á la cima de la pirámide truncada. En lo alto de su plataforma, se veian una ó dos capillas, en forma de torre, que contenian los colosales ídolos de la divinidad, á la que estaba dedicado el Teocali. Aqui tambien los sacerdotes conservaban el fuego sagrado. Por esta disposicion del edificio, podia muy bien verse el sacrificio por una gran masa de pueblo á la vez, distinguiéndose desde lejos la procesion de los *teopixqui*, que subian y bajaban la escalera de la pirámide. El interior del monumento servia para sepultura de los reyes y principales señores mejicanos. Al leer las descripciones que Herodoto y Diodoro de Sicilia nos han dejado del templo de Jupiter Belo, se ocurre al momento la perfecta semejanza que presenta el edificio babilonio con los teocalis de Anahuac. El grupo de las pirámides de Teotihuacan, se encuentra en el valle de Méjico, á ocho leguas de distancia, al nord-este de la capital, en una llanura que lleva el nombre de Micoatl, ó *camino de los muertos*. Aun se ven alli grandes pirámides dedicadas al Sol, (*Tonatiuh*) y a la Luna (*Meztli*) y rodeadas de muchos centenares de otras pequeñas pirámides que forman calles en direccion de norte á sud, y de este á oeste. En la cima de estos grandes teocalis se encontraron dos estátuas colosales del sol y de la luna, que eran de piedra, y cubiertas de láminas de oro.

Sin embargo, la mas célebre de todas las pirámides de Anahuac es el Teocali de Cholula (Pl. XL, n.° 2.) En el estado actual de degradacion de esta pirámide, llamada tambien montaña de adoves ó de ladrillos no cocidos (*Tlalchihualtepec*), cualquiera podria tomarla por una colina natural, cubierta de vejetacion. Este colosal monumento, tiene una base mas estensa que la de todos los edificios del mismo género, hallados en el antiguo continente. Segun el dominico Pedro de los Rios, que en 1566, copió del natural todas las pinturas geroglíficas que pudo haber á la mano, hay un cántico que entonaban los de Cholula en sus fiestas, danzando alrededor de este Teocali, que refiere su orígen de esta manera: «Antes de la gran inundacion, que acaeció 4008 años despues de la creacion del mundo, el pais de Anahuac, estaba habitado por gigantes. Todos los hombres que no perecieron fueron convertidos en peces, á escepcion de siete que se refugiaron á unas cavernas. Cuando las aguas desaparecieron, uno de esos gigantes, llamado Xelhua, ó arquitecto, fué á Chololland, donde, en memoria de la montaña Huloc, que sirvió de refugio á él y á sus seis hermanos, construyó una colina artificial, en forma de pirámide, que hizo fabricar de ladrillos labrados, en la provincia de Tlamanalco, al pié de la sierra de Cocotl, y para transportarlos á Cholula, colocó una cadena de hombres que de mano en mano los iban trasladando á su destino. Los dioses vieron con disgusto la elevacion de esta pirámide, cuya cima debia tocar las nubes, é irritados contra la audacia de Xelhua lanzaron desde el cielo fuego sobre ella; muchos obreros perecieron, la obra no pasó adelante, y la parte construida se dedicó en adelante al dios del aire Quetzalcoalt.» Cree-

mos no haber necesidad de demostrar la analogía de esta tradicion con la que nos dan los libros santos de la torre de Babel. En los tiempos de Hernan Cortés, los de Cholula conservaban una piedra, que decian: que envuelta en un globo de fuego, habia caido de las nubes encima de la pirámide. Este aereolito tenia la figura de un sapo ó escuerzo.

Los toltecas, saliendo de su patria Huehuetlapallan ó Tlalpallan, el año 544 de nuestra era, llegaron á Tallantzinco, en el pais de Anahuac, en 648, y á Tula (Tollan), en 670. Bajo el reinado del rey Tolteca Ixtlicuechahuac, en 708, el astrólogo Huematzin, compuso el famoso *libro divino*, el Teo-amoxtli, que contenia la historia, la mitología, el calendario y las leyes de la nacion.

En los tiempos de la monarquía Tolteca ó en los siglos anteriores, apareció á Quetzalcoalt, hombre blanco, barbudo, vestido de un manto sembrado de cruces encarnadas, y acompañado de otros estrangeros que llevaban vestidos negros talares. Hasta el siglo XVI, el pueblo, para disfrazarse, usaba aquel trage, parecido á una sotana. Este Quetzalcoalt (cuyo nombre significa serpiente revestida de plumas verdes, de *Coatl*, serpiente, y de *Quetzalli*, pluma verde), se llamó Cuculca en el Yucatan, y Camaxtli, en Tlascala: « Este, dice Mr. de Humboldt, es el ser mas misterioso de toda la mitologia mejicana.... Fué gran sacerdote en Tula, legislador, gefe de una secta religiosa, y que, á semejanza de los saniasis y de los budhistas del Indostan, se imponian las penitencias mas crueles. Este, introdujo la costumbre de horadarse los lábios y las orejas, y de herirse el resto del cuerpo con las espinas de las hojas del cactus hasta que la sangre corria en abundancia. En un dibujo mejicano, conservado en la biblioteca del Vaticano, he visto una figura que representa á Quetzalcoalt, apaciguando por su penitencia la cólera de los dioses irritados, en ocasion en que se padeció una gran hambre y esterilidad en la provincia de Culan; el santo entonces se retiró cerca de Tlaxapuchicalco, sobre el volcan Cateitepetl (*montaña que habla*), donde caminó con los piés desnudos sobre punzantes espinas. El reinado de Quetzalcoalt, fué la edad de oro de los pueblos de Anahuac; entonces, los hombres todos, y los animales, vivian en paz, la tierra producia sin cultivo las mas abundantes cosechas; el aire estaba lleno de multitud de aves, cuyo armonioso canto y belleza de su plumage embelesaba. Pero este reinado semejante al de Saturno y la felicidad del mundo no fueron de larga duracion. El grande espíritu Tezcatlipoca (el brahma de los pueblos de Anahuac) presentó á Quetzalcoalt una bebida, que haciéndole inmortal le inspiró un gusto por los viages, y sobre todo, un deseo irresistible de visitar un pais lejano, llamado Tlalpallan. Al atravesar Quetzalcoatl el territorio de Cholula, cedió á las instancias de sus habitantes, que le ofrecian las riendas del gobierno, y aceptando ese mando, permaneció veinte años entre ellos; les enseñó á fundir metales, dispuso los grandes ayunos de ochenta dias; arregló las intercalaciones del año tolteca; exhortó á los hombres á la paz, y no quiso que se hiciesen otras ofrendas á la divinidad, que las primicias de las cosechas y frutos de la tierra. Desde Cholula, pasó á Quetzalcoalt á la embocadura del rio Goasacoalco, donde desapareció, despues de haber hecho anunciar á los de Cholula (Chotoltecas), que volveria pasado algun tiempo, para gobernarles de nuevo y renovarles su felicidad. » Mientras que Quetzalcoalt, tenia el poder espiritual, Huemac, su hermano y compañero de fortuna, estaba en posesion del poder secular, forma de gobierno análoga á la del Japon. De Cholula salieron colonias, á la Mixteca, á Huaxayacac, Tabasco y Campeche. Se cree que el palacio de Mitla, fué mandado construir por órden de este desconocido, á quien se le hizo dios del aire. Otro altar, dedicado á Quetzalcoalt, fué colocado en lo mas alto del gran teocali de Cholula (1).

(1) Esta tradicion de Quetzalcoalt se conservó en Méjico algun tiempo despues de la conquista entre los pueblos nuevamente convertidos al cristianismo. El P. Toribio de Motolinia,

A los toltecas, á quienes una peste y gran sequia, hicieron abandonar en su mayor parte, el territorio de Anahucac, á mediados del siglo XI, sucedieron los aztecas ó mejicanos, propiamente dichos, salidos del pais de Aztlan, y así se hizo una fusion entre las mitologias de ambos pueblos. El oráculo, que obligaba á los aztecas á viajar, hizo cesar sus emigraciones, y detenerse sobre las riberas de un lago. En 1328, vieron un águila posada sobre la cima de un cactus, cuyas raices pasan al través de las hendiduras de una roca, y desde entonces, cesó toda incertidumbre; se fijaron en este lugar, y fundaron allí mismo á Tenochtitlan ó Méjico, ciudad célebre, que bajo el reinado de Motezuma, su noveno rey, debia ser tomada por Hernan Cortés, en cuyos compañeros de conquista, creyó ese príncipe reconocer los descendientes de Quetzalcoalt.

Sea cualquiera la antigüedad relativa de las diferentes razas de hombres establecidas en las montañas de Méjico, que son el Cáucaso mejicano, parece cierto que alguno de estos pueblos, desde los olmecas, hasta los aztecas, conoció desde mucho tiempo atrás, la bárbara costumbre de sacrificar victimas humanas. Huitzilopochtli, dios principal de los aztecas, cuya imágen de madera colocada en una silla, llamada la silla de Dios (teoicpalli) les habia precedido en su emigracion, vino al mundo con un dardo en la mano derecha, un escudo en la izquierda, y un casco adornado con plumas verdes en la cabeza. Al nacer, su primera hazaña fué el matar á todos sus hermanos de ambos sexos (1). Si los aztecas no habian ya tributado en otros climas, un culto sanguinario á este dios terrible de la guerra, llamado tambien Tetzahuitl ó el Espanto, comenzaron á verificarlo sobre el plano central de Méjico, inmolando en su obsequio víctimas humanas, que le suministraban sus continuas guerras, desde que se fijaron sobre los islotes del lago salado de Tezcuco; y otros sacrificios humanos se ofrecieron luego, sin escepcion á todas las divinidades, incluso el mismo Quetzalcoalt, que habia predicado contra esa execrable costumbre, y á la diosa de las mieses, (la Céres mejicana) llamada Centeotl ó Tonacajohua, (*la que mantiene los hombres*). No se contentaron los aztecas con teñir con sangre sus idolos, sino que devoraban una parte del cadáver que los sacerdotes arrojaban por la escalera del Teocali, despues de haberle arrancado el corazon. La grandeza del imperio mejicano, estaba fundada en la íntima coalicion entre la clase del sacerdocio y de la nobleza destinada á la milicia; ninguna guerra podia emprenderse, sin el consentimiento del gran sacerdote Teotuchli (*Señor divino*), que por lo comun era un príncipe de la sangre real; los sacerdotes mismos acudian al combate, y llegaban á obtener las primeras dignidades del ejército; y así, á medida que los aztecas iban absorviendo bajo su imperio los estados vecinos, el culto sanguinario de Huitzilopochtli, llegó á ser el dominante (1).

Es cosa que admira, dice Mr. de Humboldt, el encontrar tan estrema ferocidad en las ceremonias religiosas de un pueblo, cuyo estado social y politico, por otro lado, recuerda la culta civilizacion de los chinos y de los japoneses. Como prueba de esta civilizacion tan adelantada, podemos citar los calendarios, ó diferentes divisiones del tiempo, adoptadas por los toltecas y los aztecas, ya para el uso de la sociedad en general, ya para el órden de los sacrificios, ó bien para facilitar los cál-

de quien llevaron habla mas adelante, todavia vió sacrificar en honor de este personage en la cima del monte Matlalcuge de Tlascala y lo mismo en Cholula. Cuando el P. Sahagun pasó por Xochimilco, todo el pueblo le tuvo por uno de los descendientes de Quetzalcoalt y le preguntaban si venia de Hallpallan á donde se suponia que aquel legislador se habia retirado despues de su desaparicion. (N. del Trad.)

(1) Huitzilin designa el Colibri, pájaro, y Opochtli significa izquierda. El dios estaba pintado con plumas de Colibri debajo del pie izquierdo. Los europeos habian corrompido el nombre de huitzilopochtli, en huichilobos y vizlipuzili. (N. del Trad.)

(1) En varios manuscritos geroglíficos de los mejicanos se ofrecen exactas representaciones de estos espantosos sacrificios que parecen menos que la obra de una ciega y bárbara superstición, la combinacion politica de un gobierno esencialmente conquistador, buscando un punto de apoyo en el terror religioso. (N. del Trad.)

culos de la astrología, monumentos tanto mas dignos de atencion, cuanto que suponen conocimientos no vulgares (1). Pero la historia, en particular la del Egipto, nos demuestra que la bárbara costumbre de los sacrificios humanos, se ha conservado largo tiempo aun entre los pueblos adelantados en civilizacion.

Entre las diferentes naciones, que habitan en el imperio mejicano, se han encontrado pinturas que representan el diluvio. El Noé de estos pueblos, se llamaba Coxcox ó Tezpi. Este se salvó de la catástrofe, junto con su muger Xochiquentzal, en una barca, ó segun otras tradiciones, en una balsa de troncos de ciprés. La pintura representa á Coxcox en medio del agua, tendido sobre la barca; la montaña, cuya cima coronada de un árbol, sobresale sobre las aguas, es el pico de Colhuacan. El cuerno que está figurado á la izquierda, es el geroglífico de Colhuacan. Al pié de la montaña, aparecen las cabezas de Coxcox y de su muger, y se reconoce á esta última, por dos trenzas de cabellos, que designan el sexo femenino. Los hombres que nacieron despues del diluvio, eran mudos; una paloma, desde lo alto de un árbol, les distribuyó las lenguas. No debe confundirse esta paloma, con el ave que trajo á Coxcox la noticia de que las aguas habian dejado la tierra. Los pueblos de Mechoacan conservaron su tradicion, segun la cual, Coxcox ó Tezpi, se embarcó en una piragua espaciosa, con su muger, sus hijos, muchos animales, y las semillas de plantas necesarias, á la conservacion del género humano. Cuando el gran Espíritu ordenó que las aguas se retirasen, Tezpi hizo salir de su barca un buitre, el que no volvió, á causa del gran número de cadáveres de que estaba cubierta la tierra, que le prestaban alimento grato y abundante. Tezpi mandó otras aves, de las que solo volvió el colibri, trayendo en el pico un ramo con hojas. Entonces, viendo que la tierra comenzaba á cubrirse de nuevo verdor, desembarcó junto á la montaña de Colhuacan. «Estas tradiciones, dice Humboldt, recuerdan otras de la mas remota y venerable antigüedad. La vista de cuerpos marinos, encontrados en las cumbres de las mas elevadas montañas, pudo hacer pensar á los hombres, que carecian de comunicacion alguna, en la idea de grandes inundaciones, que hubieran estinguido por algun tiempo la vida orgánica sobre la tierra. ¿Pero no debe aquí reconocerse el rastro de un orígen comun, cuando las ideas cosmogónicas, y todas las tradiciones de los pueblos presentan analogías tan idénticas, hasta en sus menores circunstancias? ¿El colibri de Tezpi, no recuerda la paloma de Noé?

Reflexionando el mismo autor, sobre la influencia mas ó menos directa que pudo ejercer la religion cristiana, sobre los habitantes de la region de Anahuac, se espresa en estos términos: «La cosmogonía de los mejicanos; sus tradiciones sobre la madre de los hombres, degenerada de su primer estado de felicidad y de inocencia; la idea de una grande inundacion, de la cual se salvó solo una gran familia; la historia de un edificio piramidal, elevado por el orgullo de los hombres, y destruido por la cólera de los dioses; las ceremonias de ablucion, practicadas al nacimiento de los hijos; esos ídolos hechos de harina de maiz amasada, y distribuidos en pequeñas porciones al pueblo reunido en los templos; esas confesiones de pecados, hechas por los penitentes, esas asociaciones religiosas, tan parecidas á nuestros conventos de ambos sexos; esa creencia tan generalmente estendida, de que unos hombres de barba larga, y de gran santidad de costumbres, habian cambiado el sistema religioso y político de estos pueblos: todas estas circunstancias reunidas, hicieron creer á los religiosos que acompañaban al reducido ejército de españoles, cuando la con-

(1) En una escavacion que se hizo en 1790, en los cimientos del antiguo Teocalì ó templo principal de Méjico, se encontró una enorme piedra de porfido, pardo-negruzco, de doce piés de diàmetro y figura circular. que pesa 24,400 kilógramos, llena de caràcteres relativos á la designacion de los dias en que se celebraban las fiestas religiosas, que constituia el calendario eclesiástico de los mejicanos, monumento curiosisimo sobre el que publicó una memoria el Sr. Gamba, esplicando este y los demàs almanaques de los aztecas, y la série de sus meses. y el cual ilustró tambien Mr. Humboldt, en otro trabajo sobre el mismo objeto. (N. del Trad)

quista, que el cristianismo fué antes predicado en época remota en el nuevo continente. Algunos sábios mejicanos han querido reconocer al apóstol Sto. Tomás, en ese personage misterioso, gran sacerdote de Tula, que los de Cholula conocieron bajo el nombre de Quetzalcoalt. No ofrece mucha duda que el nestorianismo, mezclado con los dogmas de los budhistas y de los chamans, pudiera haberse estendido por la Tartaria de los mantchoux, en el nord-este del Asia. Podria entonces suponerse con alguna apariencia de razon, que las ideas cristianas fueron comunicadas por este camino á los pueblos mejicanos, sobre todo, á los habitantes de esta region boreal, de la que salieron los toltecas, á los que debemos entonces considerar, como la *officina virorum* del Nuevo-Mundo.

En esta enumeracion de semejanzas que hace Mr. Humboldt, hay algunos puntos que conviene desarrollar. Existian efectivamente en Méjico, antes de la conquista, comunidades religiosas, en las que los jóvenes de ambos sexos recibian instruccion durante un año, y vivian allí de una manera tan severa y rígida, dice el jesuita Lafiteau, que no hay noviciado de órden alguna religiosa en Europa, que tenga pruebas mayores. Las jóvenes doncellas de doce á quince años entraban en estos conventos, que formaban una dependencia de los templos; allí guardaban continencia; pero en rigor, no estaban obligadas á vivir en esa reclusion mas de un año. Habia algunas que se consagraban por todo el resto de su vida, y de las cuales se elegian las matronas que se ponian al frente de esta especie de monasterios. Comian todas en comun, y dormian en grandes salas. Lopez de Gomara, añade, que no se desnudaban nunca, para estar así mas dispuestas para acudir á cualquiera hora al servicio de los templos. Tenian su coro á media noche, como nuestras monjas los maitines. Ellas cuidaban del aseo y curiosidad del templo, y trabajaban en diferentes labores, que debian servir para el ornato de los altares. Amasaban diariamente los panes que se presentaban ante los ídolos, y que los sacerdotes solo tenian derecho á comer. Se mantenian de limosnas, llevando una vida muy austera, con prácticas de una gran mortificacion, por lo cual se las daba el nombre de *Hijas de la penitencia*. Sus menores faltas, eran castigadas con severidad, y aun algunas, solo se espiaban con la muerte de las culpables.» (1)

Lafiteau nos habla de una gran fiesta que se celebraba todos los años, y que era la mas solemne de todas las del Estado. La semejanza que presenta esta fiesta, con la Santa Eucaristía, demostrará cuanto se ha esforzado el demonio para que los idólatras en todo le tributasen los honores mismos, que por justo título se merece la divinidad. Dos dias antes de esta fiesta, los sacerdotes del templo preparaban una gran cantidad de harina de maiz, tostado y limpio. Mezclado con agua, formaban con esa masa, un ídolo del mismo grandor, que el que era adorado en el mismo templo. De esa misma masa, hacian igualmente panes, en forma de huesos humanos, á los que llamaban los huesos de Vitziliputzli. El dia de la ceremonia, se llevaba en procesion al ídolo de masa, con gran pompa y magnificencia; pero con estremada celeridad. A la vuelta de la procesion, que corria un largo trecho en poco tiempo, se entraba el ídolo en el templo, donde ya estaban los panes preparados, y despues de muchos sacrificios, entre ellos, de víctimas humanas; de muchos cantos, danzas, y otras ceremonias, que figuraban como la consagracion del ídolo y de los panes, todo el pueblo que asistia, que debia estar en ayunas, desde el niño mas tierno, hasta el anciano mas decrépito, se mudaba de su traje, para dar mas realce á la fiesta. Durante esto, los sacerdotes iban haciendo pedazos el ídolo, así como los panes figurando huesos, que eran tan sagrados como el ídolo mismo, y entre todos los circunstantes, hom-

(1) Entre los totonacos, habia un convento consagrado á Centeotl, diosa de la tierra; no se admitian en él sino hombres viudos de edad de sesenta años, y cuyo número, aunque limitado, tenia influencia infinita. De todas partes iban gentes á consultarlos, y sus respuestas tenian fuerza de ley. (N. del T.)

bres, mugeres, niños, grandes y pequeños, ricos y pobres, se les iban distribuyendo estos pedazos, que recibia cada uno con un respeto profundo, creyendo que comian la carne y los huesos de su dios, y reputándose como indignos de semejante favor. La ceremonia terminaba por un discurso ó sermon que predicaba uno de los sacerdotes mas antiguos, sobre el objeto de esta fiesta.

Otra ceremonia, designaba el año secular ó primero de siglo nuevo. Creyendo por tradicion los mejicanos, que el mundo habia de acabarse al fin de los siglos, no bien veian acabarse el año secular, que iban apagando los fuegos sagrados de los templos, y aun el de sus casas particulares; rompian las vasijas destinadas á contener sus alimentos, como si ya creyesen no tener necesidad de ellos, acabándose el mundo aquella noche postrera del siglo, y reduciéndose á la nada. Así pasaban aquella noche de crisis, entre el terror y la esperanza. Pero desde que el primer rayo de la aurora iluminaba el dia, anunciando la venida del sol, resonaban por do quiera mil aclamaciones de alegría, mezcladas con el eco de instrumentos músicos; se encendian nuevos fuegos en los templos y en las casas, y se celebraba una fiesta en la que, por medio de procesiones y solemnes sacrificios, se daban gracias á la divinidad por haber vuelto la luz, y concedido un siglo mas de vida á la nacion.

No entraremos en detalles sobre otros diferentes ritos, únicamente nos detendremos en citar una costumbre, que prueba que el matrimonio en su institucion, y en el modo de contraerse, ha sido considerado, aun por las naciones bárbaras, como un lazo sagrado, y que requiere ciertas solemnidades religiosas. Los sacerdotes mejicanos, en las ceremonias del matrimonio, del que eran sus ministros, anudaban entre sí los vestidos del esposo y de la esposa, para indicarles con eso, que debian permanecer toda su vida inseparablemente unidos.

Habia ciertas pruebas especiales entre los mejicanos, por las cuales tenian que pasar los nobles, para elevarse gradualmente á sus diferentes gerarquías, hasta la de soberano ó emperador, dignidad que era electiva y no hereditaria. Nadie podia aspirar al órden mas elevado de la nobleza, que no procediese por sangre de las principales familias de la nacion, ó que no se hubiese distinguido por algun hecho estraordinario. El que aspiraba á este honor, se preparaba con tres años de antelacion. y así lo hacia presente á sus parientes, amigos, y caciques de su provincia. Reunidos estos al espirar el plazo, en el dia señalado, acompañaban todos al candidato al templo principal de la ciudad, dedicado al dios de la guerra. Los convidados, sosteniendo los brazos del neófito, le hacian subir en esa forma la escalera del templo hasta el altar, ante el cual, aquel se arrodillaba. El gran sacerdote se le aproximaba, y con una uña de tigre, ó garra de águila, le iba haciendo agujeros en la nariz, que llenaba luego de trozos de ámbar negro para impedir la union de la carne, y le dirigia en seguida una alocucion, compuesta de invectivas y desprecios los mas irritantes; y no limitándose á injuriarle de palabra, de la manera mas odiosa, pasaba á vias de hecho, dándole de bofetones, y desnudándole, hasta donde el pudor lo permitia. Despojado así el candidato, se retiraba solo y avergonzado, á una sala interior del templo, mientras que sus acompañantes disfrutaban de un gran festin, despues del cual, todos se retiraban sin decir una palabra, ni hacer caso alguno del neófito, que solitario quedaba en su retiro. Allí se le dejaban: el preciso alimento para cuatro dias, que debia durar su encierro; un vestido andrajoso para cubrirse; un poco de paja para acostarse; colores para pintarse; espinas para hacerse incisiones en el cuerpo, é incienso para incensar á los ídolos; y de cuando en cuando, tres personas de esperiencia, se encargaban de irle enseñando lo que debia saber un hombre de su profesion. Se le permitia dormir algo en ese tiempo, pero solo sentado. A media noche, el novicio iba á incensar los ídolos, y daba algunas vueltas al recinto del

teocali. Transcurridos los cuatro dias, pedia al gran sacerdote el permiso de continuar sus pruebas en otros teocalis, y así andaba durante un año, de templo en templo, sufriendo pruebas nuevas, sin poder ir á su casa, visitar á sus parientes, ni ser visitado, y obligado á vivir en la continencia, aislamiento, y austeridades contínuas. Concluido el año, en el dia designado para terminar la ceremonia, los caciques, los notables, los amigos y parientes del candidato, le lavaban y aseaban, y le conducian con toda pompa al templo, donde fué llevado por primera vez. Al pié del altar, se desnudaba de sus vestidos viejos, y se le ponia un traje nuevo, y muchos adornos de plumas, juntamente con la insignia particular de la órden: se le daba un arco y flechas, y el gran sacerdote, despues de un largo discurso, en que le hacia presentes sus nuevas obligaciones y conducta en lo sucesivo, le cambiaba su nombre por otro, y la ceremonia se terminaba con un gran sacrificio y un festin, al que acompañaban cánticos y danzas, sin olvidar los regalos que el agraciado tenia que dar al sacerdote y demás convidados, despues de lo cual, cada uno se retiraba á su casa (1).

Mayores eran las pruebas é iniciaciones para ser gobernador de provincia, cacique ó rey tributario, y mucho mas grandes, como era regular, para optar á la dignidad de gefe del imperio. La corona de Méjico era electiva, y desde que se habian tributado los últimos honores al monarca difunto, los reyes y demas príncipes electores, se reunian para escoger entre los jóvenes guerreros de la mas alta nobleza, la persona mas adecuada para ser elevada á la dignidad suprema. En este caso habia dos fiestas, la de la eleccion y la de la coronacion.

En el momento mismo de la eleccion, y cuando el designado habia aceptado el trono, se le dejaba casi desnudo, y se le conducia á un templo con grande acompañamiento; pero á la parte superior del teocali, no subian mas que el candidato al trono; dos reyes, primeros electores revestidos con sus insignias, y algunas otras personas necesarias á la ceremonia. Llegados á lo alto, el rey adoraba el ídolo, tocando la tierra con uno de sus dedos, y besándole luego. El gran sacerdote, revestido con sus ornamentos, y acompañado de gran número de asistentes, vestidos de ropas talares, ungia primero el cuerpo del príncipe elegido, le hacia algunas aspersiones, y le ponia sobre la cabeza un manto sembrado de calaveras bordadas; sobre este, le echaba otro negro, y sobre este segundo, otro tercero, azul, y todos con las mismas calaveras; le suspendia al cuello, varias cintas con ciertos símbolos pendientes de ellas; derramaba sobre su espalda un polvo, considerado como preservativo contra los encantamientos, y ponia en su brazo derecho un incensario, y en el izquierdo, un saquillo con perfumes. El rey incensaba al ídolo, y despues se sentaba. El gran sacerdote, despues de un largo discurso, le hacia prestar varios juramentos alusivos á sus futuros deberes, y una vez prestados, el rey elegido, despues de encomendarse á las oraciones de los ministros de dios, y de todos los espectadores, que le contestaban con las mayores aclamaciones, pasaba á una habitacion particular del templo, y allí permanecia cuatro dias, solo, ocupado en oraciones, sacrificios, y ejercicios de penitencia, ayunando de la manera mas austera; tres veces al dia y una en la noche se bañaba en una cuba de agua, en la que hacia correr otras tantas su sangre, que ofrecia en sacrificio á los dioses de las aguas. Despues de haberlos incensado, hacia lo propio con los demás dioses del templo, ofreciéndoles además, pan, frutos, flores, aromas y puntas de espinas teñidas con

(1) Las ceremonias que se practicaban para la recepcion de un Teucthli ó de la clase primera de la nobleza variaban segun las provincias; pero en todas ellas veremos las huellas de nuestra caballería de la edad media. En todas se observa la intervencion de los sacerdotes. El uso de crear Teucth entre los principales americanos subsistió despues de la conquista. Eran recibidos como en una especie de órden de caballería, en nombre del rey de España; prometian ser súbditos fieles, buenos cristianos, y denunciar toda conspiracion que llegase á su noticia, prestando sobre todo eso juramento sobre una cruz y los Santos Evangelios. (N. del Trad.)

la sangre de todas las partes de su cuerpo. Estos cuatro dias de prueba, no eran mas que la introduccion ó principio de las iniciaciones del nuevo rey. Por ellas puede inferirse lo largo y penoso que seria el curso de las demás, como indica un pasage del P. José Acosta, jesuita, que hablando de Motezuma, dice, que este príncipe, antes de su coronacion, pasó una gran parte del tiempo, en un departamento separado que ocupaba en el templo, creyéndose que conversaba familiarmente con su dios, « semejante en todo á una persona iniciada. »

No se celebraba la fiesta de la coronacion, sino despues que el nuevo rey, á continuacion de sus pruebas, habia emprendido una espedicion importante contra sus enemigos, y logrado en persona una singular victoria, sometiendo alguna provincia rebelde, y haciendo gran número de prisioneros, que eran los destinados para ser inmolados como víctimas en el gran sacrificio que debia honrar la fiesta. El dia de su llegada á la capital, el pueblo salia en masa á recibirle, así como el gran sacerdote, sus demás ministros, y los electores y grandes del imperio. El aire resonaba con los gritos de alegría y ruido de los instrumentos. Acompañado de la gran escolta que conducia á los prisioneros, y que traia los despojos de los enemigos vencidos, el monarca victorioso, á la manera de triunfador romano, hacia su entrada pública. Se iba derecho al templo, ofrecia el sacrificio, escuchaba el panegirico de su valor y grandes hechos y despues, por primera vez, se le entregaban solemnemente las insignias de la dignidad suprema. Se le revestia de un precioso manto; se colgaban de sus narices y orejas unos pendientes de gran valor; se ponia en su mano derecha un estoque de oro, símbolo de su justicia, y en la izquierda, un arco y flechas como árbitro de la paz y de la guerra; sobre su cabeza se colocaba un adorno que no era corona ni diadema, sino una especie de mitra cerrada, y puntiaguda, ceremonia que estaba reservada al rey de Tezcuco, como primer elector. El monarca, en esta forma ataviado, se sentaba sobre el trono, para recibir los homenages de todas las órdenes del imperio, y para escuchar las arengas que le dirigian todos los cuerpos del Estado. Despues, el soberano daba gracias á todos en otro discurso, y con toda pompa y magestad, era conducido á su palacio en medio del júbilo y aclamaciones del pueblo. En Méjico se respetaba á los soberanos hasta la adoracion.

Despues de haber hablado del monarca, diremos algo sobre su capital. Adornada de numerosos teocalis que se elevaban en forma de pirámides, rodeada de diques y calzadas; situada casi en el centro del lago de Tezcuco sobre islotes llenos de verdura; flanqueada por todas partes de numerosos canales que servian de calles, por las que cruzaban contínuamente millares de barcos que vivificaban esa vasta red de agua salada, la antigua Tenochtitlan se daba un aire á aquellas ciudades de la Holanda, de la China ó del Delta inundado del bajo Egipto. Tres puentes principales, de la anchura de dos lanzas, la unian al continente. Estos existen aun en parte, y son hoy dia grandes caminos enlosados que atraviesan un terreno pantanoso. Dos acueductos conducian el agua potable á la ciudad, y aun se reconocen los restos del que pasaba por Cherubusco. Tenochtitlan parecido á un inmenso tablero de damas estaba dividido en cuadros regulares formados por las calles principales y por los canales. En cada manzana cuadrada habia un templo.

El mas grande, dedicado al Dios de la guerra Huitzilopochtli y construido el 1486 en el centro mismo de la ciudad, tenia treinta y siete metros de altura desde su base á la plataforma superior, desde donde se gozaba de una vista magnífica dominando los lagos y toda la campiña inmediata, sembrada de poblaciones. Esta plataforma que servia de asilo á los combatientes, estaba coronada por dos capillas en forma de torre y de diez y siete á diez y ocho metros de altura cada una, resultando que todo el teocali tenia cincuenta y

cuatro metros de elevacion. Los dos ídolos de piedra construidos en las capillas, eran de forma colosal y de una deformidad espantosa. Cinco mil personas destinadas al servicio del templo, tenian en él su alojamiento, ocupando así un terreno en que pudiera existir un pueblo con quinientas casas. Los muros que cerraban el recinto eran de cal y piedra, de gran espesor, y altura de ocho piés, adornados de una especie de almenas en forma de nichos y de muchas figuras de piedra representando serpientes, lo que le habia hecho dar el nombre de Coatepaulti, ó muralla de las serpientes. Delante de la primera puerta se veia un vasto edificio todo revestido con las calaveras de los desgraciados que habian sido sacrificados. Entre los treinta y nueve templos que rodeaban á este principal, se distinguia el de Quetzalcoatl: este era redondo, y su puerta representaba la boca abierta de una serpiente.

Las calles de la ciudad eran largas y tiradas á cordel. Algunas, como en Venecia, estaban interrumpidas por canales navegables, provistos de puentes de madera, muy bien hechos, y tan anchos, que diez hombres á caballo podian pasar de frente. Las casas, bajas como las de Pekin y otras grandes ciudades del Asia, estaban construidas parte de madera, y el resto de una piedra esponjosa, ligera y fácil de trabajar.

El mercado tenia á su alrededor un pórtico inmenso, en el que se ponian de manifiesto toda clase de mercancías, de comestibles, adornos artísticamente trabajados en oro, plata, piedras finas, concha, plumas, cuero, ó algodon hilado. Allí se encontraban piedras talladas, telas y maderas de construccion. Habia calles especiales para la caza y pescados, y otras para las legumbres y objetos de jardinería. Tambien se conocian barberías, donde se afeitaba el cabello con navajas de piedra afilada; boticas, donde se vendian remedios preparados, y una especie de cafés-fondas donde se encontraba, por su precio, que comer y beber. En todas las ventas, el regulador del precio era la medida de estension ó de capacidad, y nunca la de peso. En medio de la gran plaza de mercado, habia un tribunal ó fielato, donde se ventilaban las cuestiones que surgian sobre las compras y ventas, y valor y calidad de los géneros. El aseo y la mayor limpieza reinaban en esta plaza de abastos, lo mismo que en el resto de la ciudad, cuyas calles barrian y lavaban diariamente mas de mil hombres, empleados en esa sola faena. Trescientas mil almas se contaban dentro de esta gran capital, que escedia por lo tanto en poblacion en su tiempo á todas las metrópolis de Europa.

Gran número de artistas, como escultores, pintores, plateros y otros, trabajaban constantemente para el palacio imperial. Un cuartel entero, poblado únicamente de danzantes, estaba esclusivamente destinado para divertir al soberano.

El palacio, ordinaria residencia de Motezuma II, era todo de mampostería. Parecido á los del emperador de la China, se componia de un agregado de casas espaciosas, pero poco elevadas. Cada una de sus fachadas, tenia cinco grandes puertas; tres enormes patios le dividian interiormente, á los que rodeaban grandes salas, y mas de mil piezas menores. Algunas de estas se veian incrustadas de finos mármoles ó de otras piedras raras. Los pavimentos eran de cedro, ciprés ú otras maderas perfectamente trabajadas y esculpidas. Un solo salon podia contener dos mil personas. Además de este palacio, Motezuma tenia otros dos en el interior de la capital, y fuera de ella. En Tenochtitlan, tenia no solamente un gran serrallo para sus mugeres, sino pabellones inmensos para sus ministros y demás oficiales de su corte, que era tan numerosa como brillante, y casas además para recibir á los estrangeros que le visitaban, y particularmente para los reyes aliados.

Otros dos grandes edificios estaban esclusivamente destinados, el uno para pajarera de aves inofensivas, y otro para aves de rapiña, cuadrúpedos y reptiles. La primera tenia mu-



chos departamentos y galerías, sostenidas por columnas de mármol de una sola pieza. Aquellos daban á un jardin, en el cual, en medio de grandes arbustos y víveros, unos de agua dulce y otros de salada, vivian toda clase de aves acuáticas de rio y de mar; y en otros jardines cerrados, se mantenia un número prodigioso de aves de toda especie. Trescientos hombres estaban empleados en cuidarlas y en recoger sus plumas en épocas dadas, con las cuales se hacian los famosos mosáicos que escitaron la admiracion de los estrangeros. El edificio destinado á casa de fieras, tenia tambien grandes patios, rodeados de inmensas jaulas. Allí se conservaban todas las aves de rapiña, desde el águila real hasta la mas pequeña, distribuidas todas por familias, y en otras piezas subterráneas, de mas de seis piés de profundidad, se mataban diariamente para su alimento, mas de quinientos pavos. En el mismo edificio habia sobre quinientas jaulas hechas al intento, que contenian lobos, gatos monteses, y una multitud de fieras, que se alimentaban con las entrañas de las víctimas de los sacrificios humanos. Para los pescados, habia tambien estanques, de los que existen aun dos de los mejores que pueden verse en el palacio de Chapoltepec, cerca del moderno Méjico. (Pl. XLVI, n.os 1 y 2.)

Los palacios que hemos mencionado, estaban todos rodeados de jardines donde se cultivaban toda clase de flores las mas raras, yerbas olorosas, y plantas medicinales. No faltaban tampoco bosques cercados para cazar el soberano, diversion que se repetia con frecuencia, y uno de estos bosques ocupaba una isla entera sobre el lago, conocida al presente con el nombre de Penu.

Haremos por último mencion del arsenal, vasto edificio, lleno de toda clase de armas ofensivas y defensivas, que usaban estos pueblos, así como de otros adornos é insignias militares. Un número sorprendente de obreros se ocupaba en este arsenal, de contínuo, en fabricar armas.

Sobre el mismo lago se veian jardines flotantes de estraordinaria belleza, los que por medio de largas perchas, se les transportaba á voluntad de una orilla á otra. Al este de Tenochtitlan, estaba Acolhuacan ó Tezcuco, capital de los acolhues, que antes de los aztecas dominaban por aquella parte. A esta ciudad se la podia dar muy bien el nombre de Atenas de la América, porque era la ordinaria residencia de las mayores celebridades en todas las ciencias que cultivaban los aztecas.

Aunque cortos é incompletos estos detalles, pueden dar una idea al lector de la civilizacion que reinaba en Méjico, cuando Velazquez, gobernador de Cuba, encargó, en 1518, á Hernan Cortés, la empresa de someter este imperio á la dominacion española. Velazquez habia recibido del general de la Orden de la Merced, á los PP. Bartolomé de Olmedo y Juan de Zambrana. Estos predicaron el evangelio á los isleños de Cuba. Juan de Zambrana, despues de un año de apostolado murió en esta isla; pero Bartolomé de Olmedo, que quedaba trabajando en ella, acompañó á Hernan Cortés en su espedicion.

El gefe español se embarcó el 10 de febrero de 1519, despues de haberse encomendado él y los suyos, bajo la proteccion del príncipe de los apóstoles, y de haber hecho pintar sobre el gran pendon de Castilla, una gran cruz con estas palabras: *In hoc signo vinces*, las mismas que se aparecieron al grande Constantino. El 4 de marzo desembarcó en la costa de Méjico, y á poco se apoderó de la ciudad de Tabasco. «*La historia de la Orden de Ntra. Sra. de la Merced*, dice, que la hija del gran cacique que Olmedo bautizó, y á la que puso el nombre de Marina, fué el instrumento de que Dios se valió, para la conversion de otros muchos. La jóven cristiana descubrió al P. Bartolomé de Olmedo, el sitio oculto donde los indios adoraban á sus ídolos. Este padre los quitó todos y erigió en el mismo punto un altar al verdadero Dios. Tambien se elevó una cruz, y despues de celebrar el santo sacrificio de la misa, recibió el juramento de fidelidad al rey Católico, que en sus manos hicieron los

indios. Este padre, que dió á esta ciudad el nombre *Santa Maria de la Victoria*, está reconocido por el primer apóstol de Nueva España. »

El religioso afan de Cortés en destruir los ídolos del principal templo de Zempoala, y reemplazarlos por un crucifijo y una imágen de la Madre de Dios, antes que hubiese habido tiempo de probar á los zempoalos lo absurdo de sus creencias, y de haberles hecho conocer los principios del cristianismo, transformó á estos indígenas de aliados en enemigos. El sábio Olmedo, moderó luego este celo impetuoso, cuando llegaron á Tlascala. La profunda veneracion que profesaban á Cortés los tlascaltetas, animó á aquel á esplicar á los principales de ellos la doctrina cristiana, proponiéndoles con instancia el abandonar sus supersticiones, y abrazar en lugar de ellas, la religion de sus nuevos amigos. Los indígenas, conformes en la idea generalmente establecida entre las naciones bárbaras, convinieron en la verdad y escelencia de la religion que se les anunciaba; pero sosteniendo al mismo tiempo que los teutes de Tlascala eran divinidades no menos dignas de sus homenages que el Dios de Cortés, y que asi como este tenia derecho á la adoracion de los españoles, ellos se creian tambien obligados á conservar el culto de los dioses, que habian honrado sus antepasados. Cortés, impaciente, insistió ya con tono de autoridad, mezclando amenazas con sus razonamientos, y los tlascaltetas, descontentos, le rogaron que no les hablase mas de eso. Sorprendido é indignado por su obstinacion, Cortés se preparó á ejecutar por la fuerza lo que no habia podido con la persuasion, y ya iba á echar por tierra los altares, y á destruir los ídolos con la misma viveza que en Zempoala, cuando Bartolomé de Olmedo le contuvo. Sus justas y cristianas reflexiones hicieron impresion en la piadosa alma de Cortés, quien comprendió que la violencia era tan contraria al evangelio como á la prudencia, y que la fuerza era capaz de hacer odiosa á la verdad misma; y asi únicamente se limitó á exigir á los tlascaltetas, que en adelante se abstuviesen de sacrificar víctimas humanas.

Cuando la superior inteligencia é incomprensible audacia de Cortés le hicieron penetrar en Tenochtitlan, supo despues de una larga conversacion que tuvo con Motezuma, la opinion que este monarca habia concebido de los españoles. Este emperador les dijo, que segun una tradicion antigua entre los mejicanos, sus antepasados habian venido originariamente de un pais muy lejano, y conquistado á Méjico; que despues de haber formado un imperio estable, el que habia organizado la colonia se volvió á su patria, prometiendo que en el decurso de los tiempos sus descendientes vendrian á visitarla, y á reformar su constitucion y sus leyes, tomando las riendas del gobierno; que por todo cuanto habia sabido y visto, estaba convencido de que los españoles descendian de estos primeros conquistadores, cuya venida estaba anunciada á los mejicanos por sus tradiciones y profecías, y que en esta persuasion, los habia recibido, no como á estrangeros, sino como á parientes, que tenian su misma sangre, por lo que les rogaba que se contemplasen ya como dueños de sus Estados, y que él y sus súbditos estarian dispuestos á ejecutar su voluntad, y aun hasta prevenir sus deseos. Por condescendiente que se mostró Motezuma á cuanto de él exigió Hernan Cortés, solamente estuvo inflexible en un punto y fué el de renunciar á sus falsos dioses y abrazar en la fé cristiana, proposicion que rechazó con horror. Furioso el caudillo español con su obstinacion, estuvo ya preparado á la cabeza de los suyos, en un transporte de celo, á echar por tierra los ídolos del gran teocali; pero al ver la actitud imponente del pueblo y de los sacerdotes que acudieron en masa á defender sus altares, abandonó su empresa temeraria, contentándose con haber quitado solamente un ídolo de un nicho, y colocado en su lugar una imágen de la Vírgen. Desde este momento los mejicanos ya no pensaron mas que en vengar sus divinidades insultadas, y en esterminar á los españoles.

La prudencia del P. Olmedo, sirvió tambien á Cortés para el buen éxito de las negociaciones entabladas con las tropas que Velazquez envió desde Cuba á Méjico, para arrancar á aquel afortunado caudillo la conquista, que ya el gobernador sentia no haber emprendido por sí mismo; y cuando mas adelante se lanzó una flotilla de bergantines á las aguas de Tezcuco para tomar á Tenochtitlan, el misionero puso aquellos barcos bajo la proteccion del cielo por medio de la celebracion de los santos misterios, bendiciéndolos y poniéndoles nombre á medida que iban entrando por el canal.

En contra de la opinion comun, que afirma que Motezuma murió el 30 de junio de 1520, rechazando las instancias de los españoles para hacerle abrazar el cristianismo, la *Historia de la Orden de la Merced*, afirma que Bartolomé de Olmedo bautizó á este príncipe y á otros muchos caciques, y añade: «El R. P. Olmedo, tuvo la gloria de ver edificada una iglesia y un convento de su órden en una plaza de Méjico, en cuya ciudad murió despues de tantos prodigios (1).»

Herrera, citado por Wadingo, asegura que Cortés, tuvo siempre en su compañía, á religiosos de S. Francisco, y las cartas escritas en el año 1520 al emperador, por este caudillo, pidiéndole que se le enviasen mayor número de aquellos, prueban la mucha estima en que tenia su cooperacion. El hermano Francisco Quiñones, ministro de la provincias de los Angeles, y el flamenco Juan Glapson, comisario de los Observantes en la corte romana, se pusieron de acuerdo para emprender aquella mision, y obtuvieron de Leon X, en 1521, todos los privilegios que la Sede apostólica habia concedido para iguales empresas; pero el proyecto concebido con tanto celo por Quiñones, no pudo realizarse por haber sido este elegido comisario general de los Observantes, y por haber muerto Glapson en setiembre del año siguiente en Valladolid. Cárlos V, estimulado por las instancias de Cortés, y por su propio deseo, trató acerca de la mision de Méjico con su antiguo preceptor, entonces papa, que llevaba el nombre de Adriano VI, y obtuvo de él los poderes necesarios, para mandar á aquel pais religiosos de las órdenes mendicantes, y sobre todo, franciscanos de la Observancia regular, concediéndoles los mas ámplios privilegios, que por bula de Leon X, de 1521, se habian otorgado á los ya mencionados Quiñones y Glapson. Con estos poderes emanados del papa, el emperador invitó al ministro general de los Menores, á que designase los sujetos mas capaces para dedicarse á esta santa y piadosa obra. El ministro, en vista de esto, espidió una circular á los religiosos de su dependencia, fechada en Milan, el 30 de mayo de 1522, en la cual les exhortaba á aquel apostolado, dando desde luego su bendicion, y delegando su autoridad á los religiosos que escogiese el emperador por informes de los PP. de la Órden. En su consecuencia, Cárlos V designó tres flamencos, cuya virtud le era conocida, y que se encontraban dispuestos á hacer ese viage, y fueron dos sacerdotes, Fr. Juan de Toit, que habia sido guardian de Gante; Juan Aora, y el hermano lego Pedro de Mura, los cuales se embarcaron sin detencion para Nueva España, á donde llegaron antes de que los españoles hubiesen afirmado allí su dominacion. Se detuvieron en Tlascala, y predicaron allí el evangelio, reportando con energía el culto idolátrico de los indígenas; pero como no sabian la lengua del pais, mas

(1) Los historiadores españoles varian sobre las causas y circunstancias de la muerte de Motezuma. Cortés y Gomera lo atribuyen á una pedrada recibida en la cabeza, Solis, á la terquedad de no dejarse curar; Bernal Diaz dice que se dejó morir de hambre; Herrera que sucumbió á una violenta pasion de ánimo; pero ninguno asegura ni aun remotamente que muriese convertido al cristianismo y bautizado, opinion que solo hemos visto reproducida en el cronista de la Merced, tan peregrina como la del mercenario Solorzano que acompañó á Colon en su primer viaje. Motezuma dejó muchos hijos, de los cuales murieron tres en la retirada de Cortés. El mas notable de los que sobrevivieron fué Yohualicahautin, llamado despues D. Pedro Motezuma, del que descienden los condes de Motezuma y de Tula. Las dos casas nobles de Cano y de Andrade Motezuma son originarias de una de las hijas de aquel monarca. Los reyes de Castilla concedieron á su posteridad privilegios muy latos é inmensas posesiones en Nueva España. Añadieron además que el verdadero nombre de Motezuma, era Moteuczoma, y mejor dicho Moethecuzoma. Á veces se halla escrito Moctezoma ó Moctezuma. (N. del Trad.)

se espresaban por señas, que por palabras, ó bien se valian de algunos intérpretes europeos. Su fervor, les hizo pasar entre los indígenas como insensatos; pero su esterior humilde, la sobriedad de su vida, la pureza de sus costumbres, y sobre todo, el desprecio por las riquezas, produjeron una principal impresion en aquellos, que los que se habian resistido á la muda predicacion de sus señas, ó á la elocuencia de sus exhortaciones, traducidas por los intérpretes, fueron vencidos por el ejemplo de sus obras, y los pobres idólatras se presentaron en masas á recibir el bautismo. Los tres misioneros siguieron catequizando en Tlascala, y en toda esa provincia, hasta que la pacificacion de Méjico les permitió llevar á otras partes la antorcha de la fé.

Aunque la conquista de la península de Yucatan, descubierta en 1517, no se terminó sino diez años despues, sin embargo, su noticia llegó á España, antes de la toma de Fenochtítlan ó Méjico, y los franciscanos de la provincia de Santa Cruz, ya se habian trasladado á Yucatan, cuando Quiñones, á aquella sazon ministro general, habia ya elegido trece religiosos mas, para evangelizar en Méjico. El principal de ellos, fué Martin de Valencia, de quien dice Wadingo: « Mientras que Martin Lutero comenzó á sembrar su mala doctrina en Alemania, Martin de Valencia, comenzó á predicar en Nueva-España, haciendo aparecer los magníficos dones de gracia y ciencia que despues empleó con tanto celo y fruto en la conversion de los pueblos idólatras de la América, disponiendo así la providencia de Dios, que un Martin, reparase con la conversion de muchos reinos, las pérdidas que otro Martin causaba á la Iglesia.»

De una familia honesta y piadosa, establecida en Valencia, tuvo orígen el bienaventurado Martin. La buena educacion que recibió, le inspiró desde la infancia el amor de Dios y el temor de sus juicios, de modo, que resuelto á sacrificarlo todo por su santo servicio, dejó el mundo, y abrazó la regla de S. Francisco, en el convento de Mallorca, de la provincia de Santiago. Muy jóven era cuando tomó el hábito, y así, tuvo que soportar rudas tentaciones de parte del espíritu de las tinieblas, que no perdonó medio para apartarle de su vocacion; pero la lectura del admirable libro de la *Conformidad de S. Francisco con Jesucristo*, y las lecciones y consejos de Juan de Argomanis, muy versado en la direccion de las almas, hicieron nacer en Martin, despues de fortificado en la virtud, el deseo del martirio. Habiendo oido hablar de la vida austera de los Descalzos, establecidos en Portugal, solicitó, y obtuvo el permiso de unirse á ellos, siendo en esta reforma, un modelo de santidad. Despues de haber edificado á sus hermanos, durante algun tiempo, les dejó para ir á secundar al P. Juan de Guadalupe, que se proponia establecer la misma reforma, en la custodia de S. Gabriel. Buscando un lugar solitario para poderse entregar sin distraccion alguna á sus austeridades, se le autorizó establecer un pequeño convento cerca de Belmes, fundacion que seguida de algunas otras, completó la de la provincia de S. Gabriel. Por mucho que queria ocultar la fama de su piedad, se estendió por todas partes, y muchos acudian á ver á un hombre que vivia en la tierra, como los ángeles en el cielo. En este tiempo, el duque de Feria, enemistado con el marqués de Priego, rogó á los superiores de Martin, que le permitiesen venir á habitar en el convento de S. Onofre, cerca de Lapi, á fin, de que encontrándose así en el confin de los Estados de ambos magnates, pudiese mejor reconciliarlos, pues el duque tenia tan alta idea de aquel religioso, que le consideraba como el único hombre capaz de terminar sus diferencias con el marqués. Pero la humildad de Martin, no lo pensaba así; antes creyéndose un servidor inútil, y deseando encontrar una soledad, donde ignorado del resto de los hombres, pudiese pasar sus dias libremente, contemplando las grandezas de Dios, y su inmensa magestad, fijó su atencion en la órden de los cartujos, cuyo género de vida le pareció mas adecuado á llenar sus deseos, y tantas fueron las ins-

tancias que hizo acerca de sus superiores, que al fin le concedieron el permiso de pasar á aquella órden. Encantado de antemano Martin con las delicias espirituales que se figuraba iba á gozar en su nuevo retiro, se puso en camino para ir á él; pero un dolor repentino en un pié, le hizo imposible el caminar, por lo que comprendió que Dios queria que perseverase en el estado austero que ya habia abrazado, y volviéndose atrás, se metió en un convento. Sin embargo, el deseo de la absoluta soledad le atacaba siempre, y encontró medios de satisfacerle, trasladándose al convento de Monte-Celia, sitio aislado y favorable, por lo mismo á la mediacion. Allí recibió muchos consuelos interiores; pero despues de haber saboreado las dulzuras de la gracia, se vió acometido de tan violentas tentaciones, que perdió el fervor de la oracion: la soledad que con tanto empeño habia buscado, comenzó á aburrirle; encontraba disgusto en los ejercicios espirituales; la caridad con sus hermanos se iba estinguiendo en él, y el peligro creció tanto, que se sintió agitado por dudas sobre la fé, con especialidad sobre la Eucaristía, en términos de no poderse resolver á celebrar la misa. Pasó Martin algunos dias en tan horrible estado; pero Dios acudió á él con su misericordia. De repente su tibieza se cambia en celo ardiente, y se siente abrasado en deseos de ganar almas para el cielo, y no limitándose á las de los pecadores, quiere llevar la antorcha de la fé entre los infieles. Revelaciones interiores le dieron á conocer que existian en vastas regiones, pueblos enteros que debian ser llamados á la luz del cristianismo, y la vocacion de los gentiles, encomendada á S. Pablo, era su constante idea. En este tiempo, tuvo un éxtasis: Dios en él le hizo ver una innumerable multitud de infieles, que se presentaban á recibir el bautismo, y en el transporte de su alegria, esclamó por tres veces: «¡Glorifiquemos á Jesucristo! Despues de esta efusion de gozo, quedó inmóvil é insensible á todo. Los religiosos, creyéndole privado de sentido, le llevaron á su celda, temiendo un accidente; pero vuelto en sí de la celestial vision, dió parte de esa maravilla á sus hermanos, y gracias á Dios porque se le habia mostrado, y se sintió animado del celo mas grande para las misiones, y de la mayor esperanza de recojer inmenso fruto de ellas. Por dos veces pidió el permiso de pasar al Africa, pero sin resultado, cuando encontrando por casualidad á un santo personage que le dijo, que su destino no era el Africa, sino la América, recibió este aviso como un oráculo del cielo, y esperó humildemente á que se le emplease en la cosecha del Señor, preparándose con la oracion y penitencia á su carrera evangélica. Nombrado provincial de la provincia de San Gabriel en 1518, cuando estaba obligado á presidir el Capítulo, que llamaban de culpas, daba principio al mismo, por la acusacion de las suyas, y por una disciplina que se imponia, lo que predisponia á los inferiores, á recibir con sumision las penitencias que su paternal solicitud les prescribia en seguida. Tal era el religioso que Quiñones, no pudiendo él personalmente, por su empleo, ocuparse en el apostolado, escogió por gefe de la mision de Nueva-España.

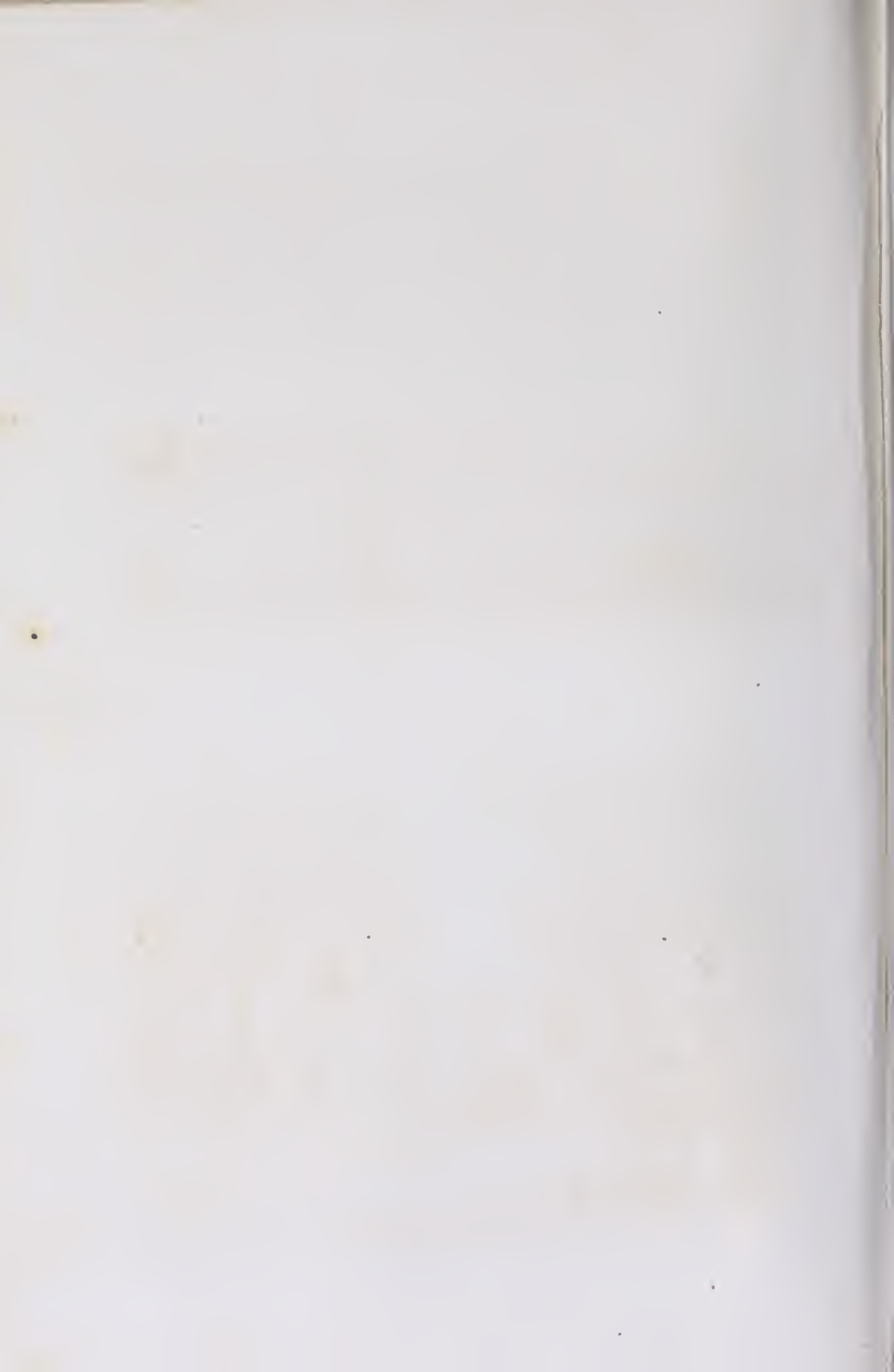
A Martin de Valencia, se unieron Martin de Jesus, José de la Coruña, Juan Suarez, Antonio de Ciudad-Rodrigo, y Toribio de Benavente, religiosos todos doctos y prudentes, tan buenos oradores, como directores de almas; Garcia de Cisneros, y Luis de Fuensalida, jóvenes predicadores; Juan de Riva, Francisco Ximenez, sacerdotes, y Andrés de la Torre, y Bernardino de Córdoba, legos. Quiñones instituyó á Martin de Valencia, custodio de todas las casas que se fundasen en aquel imperio, bajo el título de Custodia del santo Evangelio; le hizo independiente de todos los demás superiores; le confirió toda su autoridad, y permitió el uso de todos los privilegios acordados por la santa Sede para esta mision. Quiñones, no esceptuó el sugetarse á la reforma de los Descalzos ú Observantes, sino á los tres flamencos, enviados nuevamente por el rey de Nueva-España. Francisco de

Soto y Juan Suarez, fueron encargados de visitar, en calidad de comisarios, la provincia ya erigida de Santa Cruz, y todas las residencias de los franciscanos, á fin de poder esponer en el próximo Capítulo general, el estado moral del pais, la necesidad que tuviesen de obreros evangélicos, y las esperanzas que ofrecian para la propagacion de la fé.

En el mes de diciembre de 1523, Martin de Valencia y sus once compañeros se fueron a Sevilla aguardando allí las órdenes del emperador, y obtenida su venia se embarcaron en San Lúcar de Barrameda el 25 de enero de 1524, justamente el dia en que la iglesia celebra la conversion de S. Pablo, el doctor de las naciones; y el 14 de mayo, víspera de Pentecostés, es decir, de la venida del Espíritu Santo, cuyo ausilio era la esperanza toda de los obreros apostólicos, abordaron el continente de América en el puerto de Vera-Cruz (Pl. XLVII, n.º 1.), á sesenta leguas de Méjico.

Sabedor de su llegada, Hernan Cortés mandó diputados en su nombre para que los felicitasen y escoltasen luego hasta la capital. Al llegar á Tlascala vieron una multitud de indígenas de lo que dieron mil gracias á Dios que les ofrecia una mies tan abundante, y se fueron derechos á la plaza principal de la ciudad. Como no conocian el idioma, se esplicaban por señas haciendo lo posible por representar á ese pueblo la magestad de Dios en el cielo; hacerle comprender que todo bien procede del Señor, y el horror que debian tener á sus falsas divinidades y vanos simulacros, sobre los cuales aparentaban el mayor desprecio. Los indígenas estaban asombrados al ver lo enjuto de sus rostros, la estremada pobreza de sus vestidos, la desnudez de sus piés y la cruz de madera que cada uno de ellos tenia en la mano con respeto, como su única arma. En su sorpresa estos idólatras repitieron á menudo la palabra *motolinia*, y preguntando un religioso su significacion á un español, le contestó este que era el sinónimo de *pobre hombre*. «Hé aqui, esclamó entonces el religioso lleno de alegría, hé aquí el nombre que en adelante quiero tener entre los indios.» El deseo del buen franciscano se cumplió, pues desde entonces ya nadie le llamó sino el P. Motolinia.

Cortés convocó á los caciques y á los capitanes españoles, para que con gran acompañamiento saliesen á recibir á los misioneros, á su entrada en Méjico, y tratándoles como embajadores de la divinidad, él mismo tendió su propia capa á los piés de Martin de Valencia; hincó la rodilla para besar la mano, y recibir la bendicion de todos los religiosos; (Pl. XLVII, n.º 2) y todos los españoles de su comision le imitaron. La humildad de estos misioneros se alarmó con semejantes honores; pero se les advirtió, que no debian impedirla paraque los indígenas concibiesen así mayor respeto hácia los ministros de Jesucristo. Para hacer este mas notable, Cortés se volvió hácia los gefes mejicanos, y presentándoles por su mano á los religiosos, les dijo: «Hé aquí á los hombres enviados por Dios; nosotros como veis, les tratamos con la mas profunda veneracion, y no menos los honra el rey de España, nuestro Soberano. Deseosos solamente de la salvacion de las almas, no buscan ni apetecen ni vuestro oro ni vuestras tierras, porque despreciando todas las cosas de este mundo no piensan mas que en las del cielo. No quieren vuestros bienes, sino vuestras almas. Vienen para daros á conocer el único y verdadero Dios, y para destruir el culto de los indignos objetos de la supersticion. Han atravesado la vasta region del Océano y vienen de lejanas tierras para trabajar en vuestra salvacion, y si necesario fuese, para sacrificarse por vosotros. Os los presentamos como vuestros maestros en la fé, como preceptores de vuestros hijos, como protectores de vuestro pais, y como prenda de amistad y mediadores para con nuestro monarca sobre el que tienen gran poder, siendo sus ruegos igualmente eficaces en el supremo tribunal de Dios.» Los españoles cuidaron de que se hiciese un cuadro de esta notable recepcion, y



varias copias de él, que se conservaron como recuerdo en diferentes puntos de Nueva-España. Despues de estas primeras muestras de estimacion, Cortés condujo á los misioneros con gran pompa al palacio real, y continuó dispensándoles grandes honras sobre todo en público y en presencia de los indígenas. Esta conducta, sostenida por el caudillo español, hizo conservar á los indios una gran veneracion hácia los religiosos á quienes veian mas honrada en su misma pobreza, que los conquistadores, en su opulencia.

Mucho mas se aumentó en ellos el sentimiento de veneracion, cuando comprendieron el generoso desprecio que los franciscanos hacian de todas las cosas de la tierra, que contrastaba con la ambicion y codicia de los europeos, que buscaban con tanto afan el oro y las riquezas, y así los misioneros llenos de un sentimiento verdaderamente apostólico, para que los indígenas comprendiesen mejor por su ejemplo que por sus razones, el verdadero espíritu evangélico, demostraban en todo la mayor abnegacion y pobreza, tanto en el cuidado de su cuerpo, como en sus sencillos alimentos, no comiendo carne, sino rara vez y muy poca, y no bebiendo mas que agua. Sus hábitos eran muy usados, bastos, remendados y recosidos; caminaban con los piés desnudos sin sandalias; su cama era una estera, su almohada un tronco de árbol, y el tiempo para dormir muy escaso, por aprovecharle en lo posible para el culto de Dios ó la salvacion del prójimo. Su alojamiento era modesto, sin nada de supérfluo ni precioso, pero limpio y aseado con esmero, así como el interior de las iglesias. En todas sus acciones guardaban la mayor compostura y recogimiento, y así, reportándose de este modo los indígenas, naturalmente inclinados al vicio y relajacion, viendo en estos hombres el contraste de un género de vida tan nuevo y riguroso, comenzaron á pensar, si habria algo de sobrenatural en las personas que la practicaban, y atraidos por los dulces lazos de la piedad y caridad cristianas, se arrojaron en sus brazos con la mas profunda confianza y tierno afecto. Acudian en masa para ver de cerca á estos religiosos, reputándoles como bajados del cielo, puesto que ante ellos, como ante sus soberanos, se humillaban los orgullosos conquistadores de Méjico.

Pero los misioneros cuidaban mas de ganar almas para el cielo, que de recibir honores en la tierra, veian con dolor que el tiempo iba pasando, sin poder trabajar eficazmente en esta santa obra, por no comprender el idioma de los indígenas, y no poderles hacer entender como quisieran, las verdades evangélicas. Despues de haber conferenciado varias veces con Cortés, sobre estas dificultades, resolvieron de comun acuerdo reunir á todos los caciques, para decirles, por medio de intérpretes, que el viage de los religiosos no tenia otro objeto, que la salvacion de los americanos, y que el medio mas breve para lograrle, consistia en comenzar por la instruccion de los niños, que recibirian la semilla de la fé, mas fácilmente que sus padres, y la conservarian con mas seguridad y provecho; y que en su consecuencia los misioneros se repartirian por las provincias, estableciendo escuelas, en las que serian instruidos sus tiernos discípulos, hasta que se convirtiesen en cristianos, capaces de enseñar á los demás lo mismo que ellos habian aprendido; y que así era preciso que los padres de familia, mandasen á sus hijos á estos seminarios, si es que de buena fé deseaban la salvacion de sus almas, sin que por esto se descuidase la instruccion de los indígenas avanzados en edad, á fin de ganarlos entretanto á Jesucristo.

Cuando Hernan Cortés notificó estas disposiciones á los americanos, Martin de Valencia hizo llamar á los tres franciscanos flamencos, de que antes hemos ya hablado y á otros dos religiosos venidos de Haiti, y cuando estuvieron reunidos, les declaró que si bien él estaba nombrado custodio por el ministro general de la órden, y además comisario y vicario apostólico en Nueva España; sin

embargo, les dejaba libres en elegir para ello otro superior diferente, queriendo mejor compartir sus trabajos, que dirigirlos; pero los cinco religiosos renunciaron desde luego á separarse, y quedaron unidos á los demás, y bajo igual dependencia. Dividiendo en seguida el pais en cuatro regiones, Martin de Valencia, fraccionó los misioneros en otros tantos grupos de obreros evangélicos, quedando cuatro hermanos en Méjico, como principal foco de la supersticion. Mandó cinco de los restantes á Tlascala; cuatro á Tezcuco, y los cuatro restantes á Stuexocingo. Desde estos cuatro centros, los apóstoles de la fé debian irradiar á todos los puntos de su círculo particular.

Una vez arreglada esta division, los religiosos escogieron habitaciones vastas y capaces, que contuviesen grandes salones, y las dependencias necesarias para que sus numerosos discípulos, pudiesen estar alli alojados con la posible comodidad. Se amueblaron decentemente estos aposentos, erigiendo en ellos altares con hermosas pinturas, que inspirasen sentimientos de piedad. Los principales indígenas enviaron desde luego sus hijos á estos seminarios, pero algunos que creian bastaria eso para contentar á Cortés, enviaron los hijos de sus criados, en vez de mandar los suyos propios, astucia que se volvió en su perjuicio, porque estos humildes escolares, luego que su educacion les hizo capaces de los principales cargos, fueron con preferencia escogidos para ellos, antes que los hijos de sus señores. El número de alumnos fué tan grande en un principio, que cada casa tenia ochocientos ó mil. Estaban divididos por clases, sometida cada una á un regente, sin contar los agentes subalternos que vigilaban la conducta de estos jóvenes, y que les servian la comida que les enviaban sus familias. La lectura, escritura y canto, ocupaban á los niños, de quienes los mismos religiosos se constituian discípulos, paraque les fuesen enseñando el idioma popular. El momento de transicion fué terrible, pero la asiduidad y constancia de los franciscanos, triunfaron de todas las dificultades, y el cielo fecundó tambien su estudio, de modo que antes de finalizar el año, ya podian espresarse en las lenguas de las diversas naciones que les tocaba evangelizar. El hermano Luis de Fuensalida y Francisco Ximenez, fueron los primeros que supieron hablar el idioma mejicano, en términos, que este último, ya compuso una gramática y tradujo algunos otros libros. Otro jóven, llamado Alfonso Molina, hijo de una española, y que sabia el idioma local, por el comercio que tenia con los hijos del pais, quedó de adjunto á los religiosos, vistiendo luego despues su mismo hábito, y este trabajó eficazmente en la conversion de los idólatras, tanto por sus predicaciones, como por los libros que compuso, por espacio de cincuenta años, finalizando su fructuosa carrera, en el convento de Méjico.

El principal cuidado de los misioneros, era acostumbrar á los escolares al culto de la Divinidad. Para esto, los mismos religiosos hacian sus ejercicios regulares en la misma gran sala, á presencia de sus discípulos. Allí mismo celebraban la misa, cantaban el oficio, hacian la meditacion, rezaban sus oracionesa con los brazos en cruz, se entregaban á la disciplina y hacian otras mortificaciones. El éxito de esta medida superó á sus esperanzas. Aquellos escolares de carácter dócil y gran penetracion, aprendieron en poco tiempo cuanto se les queria enseñar. Varios consiguieron saber hablar el castellano, antes que los misioneros llegasen á aprender el idioma de la América, y muchos fueron en poco tiempo capaces de ser maestros de sus propios compatriotas. Además, era tal su respeto y tierno afecto hácia los religiosos, que por aquellos sabian siempre estos de antemano, cuanto se trataba contra los cristianos, y les descubrian los idolos que se habian ocultado.

Lleno Hernan Cortés de alegria y celo, por la rápida propagacion de la fé, propuso á Martin de Valencia, que hiciese reunir en su calidad de vicario apostólico, un sínodo

en el que se examinasen y resolviesen las dificultades que pudieran ofrecer la transicion de los idólatras al cristianismo. Este sínodo se celebró el año 1424, concurriendo á él cinco sacerdotes seculares, diez y nueve franciscanos, y seis doctores en derecho canónico. Le presidió el vicario apostólico, y Cortés asistió á él para darle mas autoridad y brillo. Aunque poco numerosa la asamblea, en cambio las reglas que dictó, fueron las mas útiles y santas. Uno de sus principales decretos, fué el de obligar á los nuevos convertidos, á contentarse con una sola muger, dejándoles la libertad de elegir la que gustasen entre las que antes tenian. Verdad es, que sobre esto, se originaron luego cuestiones, que no se terminaron sino bajo el pontificado de Paulo IV.

El desarrollo de esta mision fué tal, que en pocos años, mas de siete millones de indígenas recibieron el bautismo, en solo el territorio de Méjico. Pero la desproporcion entre los apóstoles y los indígenas que faltaba evangelizar, era tan grande, que Cárlos V, cuya dominacion crecia de dia en dia en América, pidió nuevos misioneros á Quiñones. El prudente ministro general, contestó que les facilitaria lo mas pronto posible, pero que todos los religiosos no eran igualmente aptos para ese cargo, pues no pocos de los anteriormente enviados, por falta de doctrina ó de virtud habian causado mas entorpecimiento que provecho espiritual, y que convenia separar aquellos malos obreros, paraque no perjudicasen la obra de los buenos. Apreciando el emperador la importancia de este aviso, hizo regresar de América á España á varios religiosos, cuyo celo y observancia se habian debilitado, y dispuso que en adelante no fuesen admitidos para la carrera del apostolado, sino individuos de congregaciones reformadas, designados especialmente por sus mismos superiores, á fin de que su celo y su virtud siguiesen convenciendo á los indígenas, de que no atendian mas que á la salvacion de sus almas. La provincia de San Gabriel, de donde habian salido Martin de Valencia y sus compañeros, suministró en 1525 otros cuatro escelentes ausiliares, todos españoles, á quienes Fr. Martin destinó á Cuernavaca, capital de los Estados del marquesado del Valle, desde donde se estendió su accion á los territorios inmediatos (1).

Martin de Valencia hacia ordinariamente sus viajes sin compañía alguna, porque pudiendo disponer de pocos religiosos queria mejor que estos estuviesen repartidos, y aunque de complexion débil y avanzada edad, llevaba él mismo sus libros y demás objetos necesarios. Su ancianidad y la multitud de sus ocupaciones, no le permitieron estudiar los diferentes idiomas de la América como él hubiera deseado, para instruir por sí mismo mas fácilmente á los indígenas; pero suplia con sus ejemplos lo que faltaba á su palabra.

Por grande que fuese el celo que Martin y sus hermanos empleasen en la conversion de los americanos, se llegaron á persuadir, que no llegarian á realizarla enteramente, mientras conservasen aquellos pueblos los objetos que constituian su idolatría y la libertad de ejercer su culto supersticioso. Cortés, á indicacion de los mismos misioneros, intimó una severa prohibicion, de que se renovasen los horribles sacrificios humanos que se verificaban en los templos. Pero los comisionados, encargados de impedir esta carnicería sacrílega, ya por temor de irritar á los idólatras, ó ya por otra razon cualquiera, descuidaron el exacto cumplimiento de la órden de Cortés, en términos, que los indígenas, ya en sus casas, durante el dia, ó en sus templos durante la noche, continuaban aun en sus detestables prácticas. Entonces los ministros de Dios, á ejemplo de Moisés, resolvieron para cortar el mal de raíz, romper ellos mismos los ídolos, hacer demoler los templos, y borrar hasta la menor huella de la idolatría, entregando á un olvido eterno los instrumentos y demás ceremonias que habian servido

(1) Entre las muchas gracias y mercedes que se concedieron á Hernan Cortés fué el título de Castilla, de marqués del Valle de Oaxaca, cediéndole el señorío de este valle y de el de Atrisco con sus villas, lugares y 23000 habitantes. (N. del Trad.)

al culto del demonio. Se comenzó esta obra de destruccion el año 1525, primero en Tezcuco, y se prosiguió luego en Tlascala, Méjico y Huexocingo, sin emplearse en esto mas brazos que los de sus mismos discípulos; y despues de haber destruido los teocalis, principales ciudadelas del espíritu de las tinieblas, se recorrieron las plazas y demás lugares públicos, quitando todos los ídolos que en ellos existian. No parecia sino que á ellos estaban dirigidas aquellas palabras del *Deuteronomio* (Cap. XII, 2 y 3): «Destruid todos los sitios en que las naciones que vosotros debeis poseer han honrado á sus falsos dioses, en las montañas, en las colinas, y en los bosques. Sean demolidos sus altares, rotas sus estátuas, hechos pedazos sus ídolos, y estinguid hasta la memoria de sus nombres en todos esos lugares.» Aunque la determinacion de los misioneros fué hija del mas puro deseo, y aunque su empresa se llevó á cabo sin oposicion hostil de parte de los indígenas, algunos les acusan, sin embargo, de falta de prudencia y de inteligencia en esos actos: de prudencia, porque espusieron la colonia á una sublevacion general de los indios contra los españoles, en situacion en que habia aun en ella muy pocos de estos para contenerla; y de inteligencia, porque hubiera sido mejor conservar aquellos magníficos teocalis, y sus ricos adornos para el culto verdadero de Dios, y como muestra de las artes en aquel país. Wadingo contesta á esta doble acusacion: «El que inspiró este designio á los misioneros, les dió la fuerza de ejecutarlo, y merced á él, comenzaron su empresa regeneradora con mayor valor, y la terminaron con buen éxito. La prontitud de la ejecucion y el saludable terror que impidió á los indígenas oponerse á ella, prueban claramente que Dios escogió á esos doce religiosos, pobres y débiles, pero firmes é intrépidos campeones de la fé, para arrojar la idolatria de la América, así como eligió á sus doce apóstoles para predicar el evangelio. Con efecto, ¿cómo estos pobres hermanos hubieran podido echar por tierra aquellas fortalezas del demonio, establecidas y conservadas por tantos siglos, y sin emplear en su obra de destruccion otras manos que las de inocentes niños, si la mano misma de Dios no hubiera fortificado su debilidad? En cuanto á no haber querido conservar ni los templos, ni sus utensilios y ornamentos para consagrarlos al culto del verdadero Dios, no hicieron mas que imitar el celo de los primeros apóstoles, que creyeron, que los lugares profanados por el culto de los demonios, eran indignos de servir al de la Divinidad única y suprema, y por esta razon dejaron de existir en diferentes puntos, edificios reputados como maravillas del mundo; los templos de Serapis en Alejandría; de Júpiter, en Apemeo; de Venus, en Cartago; de Júpiter Capitolino, en Roma, etc. San Gregorio escribia al rey de Inglaterra y S. Gerónimo á Losta, que era preciso obrar así; y las leyes de los emperadores, especialmente de Teodósio el Jóven, lo dispusieron igualmente despues. Y si en tiempo del emperador Phocas, Bonifacio IV consagró en Roma, dedicándolo á la inmaculada Vírgen y á todos los santos mártires, el templo que estaba dedicado á todos los dioses de los gentiles, llamado por esto el Panteon, esto fué un rasgo particular de la providencia de Dios, dice el cardenal Baronio, á fin de que despues de la destruccion de todos los demás templos de los dioses particulares, este, que queria ser el templo universal y comun á todos aquellos, quedase en pié, como glorioso trofeo de la victoria, que el verdadero Dios consiguió sobre las falsas divinidades.»

Mayor firmeza, que para vencer el poder del demonio y sus ídolos, necesitaron emplear los franciscanos para contener una guerra civil, que estalló en Méjico, entre los mismos españoles, unos fieles partidarios, otros miserables envidiosos, de la gloria de Hernan Cortés, mientras que este conquistador se ausentó para ir á Honduras. El vigor y la prudencia de Martin de Valencia salvaron á Méjico en aquella ocasion, y, como vicario apostólico, desplegó toda su energía y autoridad contra los sediciosos, al mismo tiempo, que por

medio de Pedro de Altimira, primo de Cortés, avisaba á éste para que apresurase su regreso. El hermano Juan de Toit, que habia acompañado al conquistador en la espedicion de Honduras, á fin de ganar para Jesucristo los pueblos que allí se sometiesen al dominio español, habiéndose estraviado en aquellas sendas y bosques desconocidos murió de hambre y de fatiga. Otros varios franciscanos que le siguieron despues al mismo punto, predicaron con fruto, y convirtieron á varios sacerdotes de los ídolos. Otros dos de la misma órden, embarcados con Juan de Avalos en una espedicion marítima, perecieron en un naufragio. El hermano Juan de Adra, compañero del flamenco Juan de Toit, despues de haberse esclusivamente dedicado á la educacion de la juventud en Tezcuco, murió en 1525, cargado de años y de merecimientos. Fué primero sepultado en la capilla, que él mismo habia allí construido; pero sus restos fueron despues trasladados, desde este oratorio, al convento que el hermano Toribio Motolinia fundó en Tezcuco, bajo la advocacion de S. Antonio de Pádua.

En el palacio propio de Cortés, que era el mismo que pertenecia á Motezuma, se edificó una iglesia y un convento para Martin de Valencia y sus compañeros, y, mediante la veneracion que se tenia á estos religiosos, la obra quedó muy pronto terminada. Este fué el primer templo que los cristianos poseyeron en Nueva España, y el primer sagrario donde se depositó el Santísimo Sacramento; y cosa maravillosa desde entonces, los ídolos, que aun estaban en pié, quedaron mudos, y sus horribles aspectros que se aparecian á los idólatras, acostumbrados á inmolarles víctimas humanas, no se apercibieron mas. Igualmente sucedió en todas las demás ciudades, donde sucesivamente se fueron erigiendo iglesias. Este primer santuario de Méjico, fué dedicado á S. Francisco de Asis. Cortés, mandó hacer allí de su cuenta, una magnífica capilla abovedada, donde puso sus armas, y señaló su sepultura. Despues de acabada, los indígenas se retraian de entrar en ella, pues como no conocian los arcos y bóvedas, no podian concebir que las piedras estuviesen como suspensas en el aire, y temieron que fuese aquello un lazo para sepultarlos en sus ruinas despues que estuviesen dentro El cuartel donde se edificó el convento se pobló muy luego de españoles, y habiéndose establecido despues allí la real audiencia, los franciscanos se trasladaron á otro punto de la ciudad, mas adecuado á su recogimiento y á los progresos de su apostolado, conviniéndoles sobremanera estar mas cerca de los indígenas y frecuentar su trato.

El segundo convento de Nueva España, fué el de Guaxocingo, situado en la provincia de Tlascala, al pié del volcan de Popocatepetl, ó montaña de humo cubierta toda de cenizas, de cipreses, pinos y encinas notables por su grandor y lo escelente de su madera. Esta montaña se parece á la del Etna, en Sicilia. Es alta, redonda, y sobre su cima existe siempre la nieve. Los campos que la rodean son reputados como los mas fértiles de España. El convento de Guaxocingo tuvo por guardian al hermano Juan Suarez, que en 1526, acompañado de muchos hijos de las principales familias indígenas, vino á España á dar exacta cuenta al consejo de Cárlos V, del estado de la América, á la que volvió acompañado de seis franciscanos, á los que siguieron despues otros once, bajo la direccion de Fr. Francisco de Bobadilla.

No fueron los únicos los hijos de S. Francisco, enviados en este año á Méjico. Cárlos V dispuso fuesen allá doce religiosos de la Órden de la Merced, y otros doce de los de Sto Domingo, quienes, á ejemplo de los doce apóstoles, llevaban encargo de convertir á una multitud de idólatras, y estaban destinados á fundar, como así lo verificaron, en las provincias de Méjico, Oaxaca, y Goatemala, mas de cien iglesias y conventos. Los franciscanos de Méjico los recibieron con tanta caridad como alegría, en cuya compañía permanecieron por espacio de tres meses, hasta que se les dispuso alojamiento separado. Estos re-

ligiosos se hicieron notables por su austeridad y grandes sufrimientos en su estensa peregrinacion, no menos que por el inmenso fruto de salvacion que su laboriosidad evangélica produjo.

Entre todos estos debemos hacer especial mencion de Fr. Domingo de Betanzos, procedente de una familia ilustre de Leon. Su primera edad la pasó en la inocencia y la piedad. Cuando comenzó sus estudios, unió á ellos la práctica de las buenas obras y de la ley Santa, que mas tarde debia anunciar como apóstol del Nuevo Mundo. En la universidad de Salamanca trabó estrecha amistad con Pedro de Arconada, su paisano, y animado de igual espíritu que él, y entregados ambos á ejercicios de caridad y penitencia, vivieron retirados en lo posible, sin que se les viese mas que en los templos orando, ó en los hospitales, sirviendo ó consolando á los enfermos. A esto añadian ásperas mortificaciones para macerar su carne. Habiéndose hecho pública la ejemplar conducta de ambos escolares, de unos mereció elogios, de otros burlas y sarcasmos, pero estos les afirmaron mas en sus piadosas prácticas, y considerándolos como un lazo del demonio para tentar su orgullo. Domingo no pudo sufrir mas la popularidad de que gozaba, y mientras que su amigo quedó aun estudiando, él se fué á vivir en una gruta solitaria que le proporcionó un piadoso anacoreta. Entregado allí á la dulzura de la contemplacion y á la libertad de seguir su espíritu de penitencia, transformó aquella humilde celda en un hermoso paraiso. Pasados cinco años, sus austeridades le hicieron desconocido, aun á sus propios amigos. Habiéndole Dios hecho conocer que le destinaba al servicio de la iglesia para la salvacion de muchos, volvió á Salamanca en trage de mendigo, y se presentó así en el convento de dominicos de S. Estéban, donde precisamente, su antiguo amigo, Pedro de Arconada, tres años antes, ya habia tomado el habito. Al reconocer este á Betanzos su alegria fué inmensa, y no tardó en ser admitido como religioso de la Orden. Muy adelantado ya en la ciencia de los santos y en la del derecho canónico, hizo rápidos progresos en el estudio de la teología; y el espíritu de Dios, mejor que las lecciones de sus maestros, le formó para el apostolado. Honrado con el sacerdocio, en 1513, fué destinado á las misiones de América. Pedro de Córdoba le recibió en el convento de Santa Cruz de Haiti, y conoció muy luego el tesoro que poseia, y Las Casas hace de él un juicio no menos ventajoso para el nuevo misionero. Sus predicaciones y su celo por el bien espiritual y temporal de los indígenas produjeron grandes frutos en la isla, cuyas provincias todas recorrió en el espacio de doce años, al cabo de los cuales, fué destinado á la mision de Méjico. De los otros once dominicos, sus compañeros, que arriba mencionamos, cinco de ellos murieron al año siguiente de su llegada á Méjico; otros tres, y el superior de todos, Tomás Ortiz, lucharon mas tiempo contra la influencia del clima; pero al fin les fué preciso ceder y retirarse á Europa, y únicamente quedaron Domingo de Betanzos como sacerdote; Gonzalo Lucero, diácono, y Vicente Las Casas, acólito. Con estos y otros nuevos ausiliares que les mandaron de España, pudo Betanzos ver realizada la fundacion de las cien iglesias y casas de su Órden en solo el imperio mejicano, las que llegaron á formar una provincia, que ha sido un semillero de varones apostólicos, y un seminario de santos. Este edificio espiritual, se cimentó en la mas literal observancia de las constituciones de Sto. Domingo, y en el fervor de los que participaron de su primitivo espíritu. Betanzos, á ejemplo de su patriarca, que prefirió la pobreza de Jesucristo á todas las riquezas de la tierra, rehusó las pingües rentas que los habitantes de Méjico le ofrecieron, y él y sus religiosos no respiraban mas que la pobreza en sus vestidos y alimento; su cama era una estera de junco, ó un jergon de paja; viajaba, á pié, sin dinero, sin provisiones, espuesto á la intemperie, y únicamente entregado á la Providencia. Un modo de vivir tan penitente, unido á su dulzura de costum-

bres y ardiente caridad, fijó la atencion de los indígenas que los querian y respetaban, y de los españoles que les admiraban. Muchos jóvenes, hijos de las primeras familias establecidas en Méjico, abandonaron su porvenir y riquezas, y tomaron el hábito de Sto. Domingo, poniéndose bajo la direccion de aquel apóstol que iba á procurarles verdaderos tesoros para el cielo en vez de los falsos que dejaban en la tierra.

El cristiano celo del emperador, no se limitó á mandar dominicos á Méjico; dispuso además en 1526, que todas las flotas españolas que pasasen á América para descubrir en ella nuevas tierras, llevasen consigo religiosos aprobados por sus superiores respectivos, á fin de plantar la fé cristiana en las colonias. En el plan de conquista adoptado respecto á Méjico, se prohibió por el gobierno de España á Cortés, en 1523, el repartir, como en Haiti, los indígenas de Nueva España entre los soldados de su mando, pero no habiendo sido enteramente ejecutadas las terminantes disposiciones de la corte, se resolvió de nuevo en 1526, que no existiese esclavo alguno en todo el imperio mejicano; que á ningun habitante del pais se le pudiese marcar por causa alguna, ni en el rostro ni en otra parte de su cuerpo, bajo pena de la vida á los contraventores; que á los indígenas, confiados únicamente á título de depósito, no se les emplearia, á menos que ellos consintiesen, en los trabajos de las minas, ni en los ingenios de los españoles, sino pagándoles un jornal como á hombres libres; que los superiores de las casas de los dominicos y franciscanos estarian autorizados para declarar libres á los americanos designados como tales en las leyes vigentes, y á declarar igualmente del todo emancipados á cuantos fuesen maltratados por sus amos ú obligados á trabajar en las minas ó ingenios.

Como los religiosos de todas órdenes que habia en Méjico eran insuficientes, y su número desproporcionado con el de la poblacion que tenian que evangelizar, se reclamaron mas operarios evangélicos, yendo de España ochenta mas entre franciscanos y dominicos.

En Honduras, pais conquistado por Cortés, el gobernador Diego Lopez de Salcedo, reclamó tambien misioneros, y le fueron enviados varios para poblar el convento que estaba edificando en Trujillo, y para catequizar al pueblo que en masa acudia á bautizarse. Tantos eran los que pedian esta gracia, que se creyó conveniente suspender el otorgar el sacramento á las grandes turbas que querian recibirle, hasta que estuviesen bien instruidos en el cristianismo, esceptuando el caso en que ya el gran fervor de los neófitos, ó el escaso número de catequistas no aconsejase lo contrario. Los idólatras de Honduras, adoraban muchos dioses, entre los cuales reconocian á tres como principales, á los que tenian dedicados sus respectivos templos, donde en dias marcados se sacrificaban anualmente víctimas humanas. Cada templo tenia un sacerdote que ejecutaba este culto impío, y respondia los oráculos de los dioses. Wadingo, hace notar que á estos sacerdotes les llamaban *papas*, como si el demonio hubiese querido usurpar para sus ministros, el título que los cristianos dan á su gefe. Pero los franciscanos destruyeron estos templos, rompieron los ídolos, y sus mismos sacerdotes, antes juguete del Espíritu de las tinieblas, viendo la debilidad é impotencia de los dioses que adoraban, abrazaron como los demás del pueblo, la fé de Jesucristo.

Otros Menores, continuando la obra comenzada por los religiosos de su órden, tomaron posesion de la provincia de Yucatan, y fundaron un convento en Nueva Valladolid; y mientras que se ocupaban en la conversion de los idólatras, vijilaban al gobernador Francisco Montejo, para que respetase su libertad y sus bienes. El emperador habia dicho á los misioneros, que él descargaba en ellos su conciencia, respecto á los indígenas. Pero aunque Montejo sabia que los religiosos estaban encargados de vigilarle, y aun de denunciarle si se hiciese culpable, no dejó de permitir el que se cometiesen enormes escesos. Las Ca-

sas refiere de una india que tenia un tierno hijo en sus brazos, y perseguida por los perros de un colono, para evitar ser presa de ellos, se ató el niño á una rodilla, y se ahorcó de un árbol. Los perros llegaron en el momento mismo, en que el misionero bautizaba al niño, á quien no pudo salvar la vida, lo mismo que á la madre (Pl. XLIX, n.º 1.). Aunque tarde, estos escesos fueron reprimidos y castigados, y para protejer mejor á los indígenas contra estos abusos de la fuerza, se confirió igualmente al hermano Juan Suarez, obispo designado para la Florida, y á otros cuatro franciscanos, la autorizada mision de impedirlos y denunciarlos.

CAPÍTULO XXXVII.

Desarróllanse las misiones de los franciscanos y de los dominicos.—Llegada de los PP. Agustinos á Méjico.

Por medio del establecimiento de sillas episcopales, el papa creaba en América, centros de accion permanentes, y hacia que la iglesia católica se fuese arraigando mas y mas en las colonias españolas. Diego Alvarez Osorio, nombrado en 1525, obispo de Nicaragua, y protector de los indígenas, quiso tener cerca de sí, como su principal colaborador, á Las Casas; y el celoso dominicano, correspondiendo á su celo, se ocupó en seguida de fundar allí un convento de dominicos, cuyos miembros, al evangelizar la provincia, suprimian los abusos que los españoles venian de tiempo atrás ejerciendo sobre los naturales del país. De aquí, Las Casas pasó á Guatemala, donde convirtió y bautizó un gran número de indígenas. Trasladóse luego, acompañado de otros varios dominicos á lo que llamaban *Tierra de guerra* los españoles, por no haber podido someter á sus belicosos habitantes: y toda aquella tierra tan rebelde, sin ausilio alguno de la fuerza militar, y que comprendia una estension de cuarenta leguas de largo por veinte y siete de ancho, con solo la mansedumbre y la predicacion la hicieron someter los religiosos á la corona de España, y asi tomó aquella comarca y su capital el nombre de Vera-Paz, porque habia sido conquistada con la palabra de paz. El ilustre misionero recorrió luego otras provincias de Méjico, y en esas escursiones, fué cuando llegó á sus manos un libro escrito en lengua mejicana, por un indígena idólatra, cuyo contenido, se reducia á una coleccion de máximas que una madre dirigia á su hija para inclinarla á la práctica de las virtudes morales; pero ni Las Casas, ni el hermano Andrés de Olmos, que fué el que se le proporcionó, pudieron traducir exactamente las metáforas que el autor allí habia empleado en su idioma.

Hacia ya mucho tiempo que Cárlos V pensaba en que se erigiese una sede episcopal en Tlascala. Sabiendo que los tlascaltecas habian sido los mas constantes y fieles aliados de Cortés, queria unirlos mas estrechamente á España, procurándoles el conocimiento de Jesucristo; y aunque desde el 1519, habia presentado al papa para esta sede al dominico Julian Garcés, natural de Aragon, y elocuente predicador; sin embargo, la ereccion no fué aprobada sino por Clemente VII, á la sazon, que el obispo electo tenia ya una edad tan avanzada que le era necesario el reposo. Pero eso, no obstante, sin hacer caso de sus años ni de sus fatigas del viage, como buen soldado de Cristo, quiso morir con las armas en la mano, y tomó posesion de su iglesia el 9 de noviembre de 1527, no dilatando su partida sino el tiempo preciso para recibir las instrucciones convenientes del soberano para la proteccion de los americanos. Aunque Garcés tenia setenta años cuando partió para América, continuó allí por espacio de veinte mas, empleado en hacer conquistas para Jesucristo entre los pueblos confiados á su pastoral solicitud. Los tlascaltecas recibieron con alegría á su primer obispo, y esta se aumentó luego, cuando vieron que en él tenian el mas celoso protector de sus libertades que defendió á todo trance.

No fué menos digno el primer obispo de Méjico, Juan de Zumarraga, natural de Durango, en Vizcaya. Habiendo entrado en la religion seráfica, en el convento de Ahroyo,



provincia de la Concepcion, llegó á ser guardian, definidor, y luego provincial de su órden. A su bello carácter unia una gran inteligencia y una piedad sincera. El emperador le nombró primero inquisidor en Vizcaya, y despues le presentó para el obispado de Méjico, que se resistió á aceptar; pero partió como tal á Nueva España antes de ser consagrado. A su llegada, Zumarraga, deseó avistarse con Fr. Martin de Valencia, y retenerle consigo para entenderse con él mas fácilmente sobre la conversion de los indígenas y para director además de su conciencia. Martin era entonces guardian del convento de Tlascala, donde el prelado fué á verle, y á instarle á que se fuese con él á Méjico; pero el buen religioso se escusó cuanto pudo, alegando razones poderosas que se lo impedian, y convenció al obispo de que le dejase en Tlascala.

Dios bendijo la condescendencia de Zumarraga, con una multitud de conversiones. Los indígenas, á quienes él mismo en persona consolaba y asistia en sus necesidades y enfermedades, administrándoles el pan de la palabra y de los sacramentos, se entregaron á él con entera confianza. En medio de sus ocupaciones, en nada se le vió ceder de sus antiguas austeridades; obraba en todo como si estuviese en el claustro, diciendo con frecuencia: «Quiero ser religioso y no obispo.» Conociendo que el gérmen del porvenir estaba en los niños, los religiosos continuaron dedicándose siempre á su educacion. No se descuidaban por eso las niñas. En Tezcuco y Guaxocingo, se establecieron á ese fin monasterios de religiosas clarisas, y Cárlos V mandó se fundase otro en Méjico, que fué poblado por monjas y seculares de Tercera Órden de Salamanca; las primeras para gobernar al monasterio, las segundas para la educacion de las niñas; y D.ª Juana de Zúñiga, marquesa del Valle, y esposa de Hernan Cortés, las condujo de España á Méjico. Se formaron cinco clases, en las que las hermanas americanas aprendieron los elementos de la fé, á leer, escribir, y las labores de su sexo. En ciertos dias se las destinaba á un gran salon, donde las demás niñas de Méjico acudian para aprender de aquellas á su vez, á encomendarse á Dios y á trabajar. Rara vez se dejaba salir á las pensionistas, y si acaso, en alguna ocasion, nunca solas, sino acompañadas de sus directoras. Cuando estaban ya instruidas y en situacion de elegir estado, unas se agregaban á las mismas terciarias, para ayudarlas en sus funciones, y otras, que se casaban, enseñaban cuanto habian aprendido á su familia, y de este modo, la piedad y buenas costumbres se desarrollaban en la capital del imperio de Motezuma. Muchas americanas hicieron tales progresos espirituales en esta escuela, que consagraron su virginidad á Dios, y su vida á obras de misericordia. Estas casas de pension no tardaron en estenderse á otras ciudades, como Zuchinulco, Tezcuco, Quantitlan, Halmanalco, Tepeaca y otros.

Multiplicándose los religiosos, se multiplicaron igualmente los colegios para instruir á la juventud, y esta instruccion no se limitó ya á los principios de la fé y primeras letras, sino que se estendió hasta enseñar las artes liberales y mecánicas; y los jóvenes americanos, reconocidos al esmero que se empleaba en su educacion, dejaban á sus padres para entregarse de lleno en manos de sus caritativos preceptores; llegando á ser los mas útiles instrumentos de conversion. Los misioneros escojian entre todos á los de mas talento y memoria, y les hacian aprender no solo el catecismo, la oracion mental, el símbolo y otras oraciones en idioma americano, sino exhortaciones y consejos en la propia lengua, que ellos se habituaban en declamar; y así instruidos, les enviaban á los pueblos como catequistas de sus mismos paisanos. Dios bendijo el celo de estos tiernos é inocentes misioneros, pues recogieron frutos abundantes. Se discurrió tambien poner el catecismo en verso y música, y enseñado así á los escolares, en forma de canciones espirituales, le cantaban por las calles y plazas, donde el pueblo se reunia; y hombres y mugeres, atraidos por la melodia, acudian en

tropel para oir á estos orfeos del cristianismo (Pl. XLIX, n.º 2.) No faltaban oyentes que se uniesen á tan piadoso concierto, y estos breves cantos, se fijaban sin trabajo, y de un modo indeleble en la memoria, reteniendo en ella los principios de la fé y haciéndose al mismo tiempo populares.

Ya hemos dicho algo del celo de los jóvenes cristianos, por hacer desaparecer las señales todas de la idolatría. Si por acaso encontraban á algun sacerdote de los falsos dioses, le detenian y hacian ver su ceguedad, y hubo algunos entre los escolares de Tlascala, que por un esceso de fervor, que la religion no autoriza, y que les fué reprendido, llegaron hasta amenazar de muerte á los que aun continuaban engañando al pueblo. Una tarde, volviendo los niños de bañarse, encontraron en la plaza de Tlascala á un sacerdote del dios Ometochtli, patron de los bebedores, y por el que los americanos tenian una gran veneracion. El sacrificador, revestido con su trage grotesco y con el rostro horriblemente pintarrazado, reprendió ásperamente á los indígenas, el haber abandonado los dioses de su patria á instigacion de los estrangeros, amenazándoles con la venganza de Ometochtli si no se arrepentian de su crímen. Los escolares le contestaron que su supuesto Dios no era mas que un vano idolo, y él, un impostor avaro que deseaba seguir engañando al pueblo con sus embustes. Pero el sacerdote, despreciando las razones de los niños, alzó la voz, como para aterrorizar el auditorio. La indignacion de los colegiales llegó entonces á su colmo, y una lluvia de piedras cayó instantáneamente sobre el ministro de Satanás, que le dejaron medio muerto. El demonio quiso entonces vengarse de la pérdida de su sacrificador, con la muerte de uno de los alumnos que la habian causado, trágico suceso cuyas circunstancias merecen referirse. Acxotechalt, poderoso y rico indígena, que vivia en Atlyhuetza, á media legua de Tlascala, tenia cuatro hijos, que por órden de Cortés tuvo que mandar al seminario. El mayor, llamado Cristóbal fué uno de los alumnos que mas progresos hicieron en las ciencias, y de los que mostraron mas celo por la fé. El sentimiento que le cabia al ver á su padre en la ceguedad de la idolatría, le condujo á emprender su conversion, procurando así la luz de la gracia al mismo autor de sus dias. Pero todos los razonamientos del hijo se estrellaron contra la obstinacion del padre, que en vez de aprovecharse del buen consejo de su hijo, comenzó á odiar al generoso jóven, que no deseaba mas que su salvacion. Viendo este que nada adelantaba con la dulzura, ensayó palabras mas fuertes y le hizo entrever las venganzas del verdadero Dios, que Acxotechalt despreciaba. La cólera del padre se encendió cada vez mas al ver el teson de Cristóbal, y contestó con injurias y castigos á las solicitaciones de su hijo mayor y heredero. La madre del hijo menor, vió esta ocasion favorable para hacer á este sucesor de los bienes de su esposo, y fomentó su ódio contra el mayor. Tal impresion hicieron las calumnias inventadas por aquella muger en el ánimo ya prevenido del irritado padre, que resolvió deshacerse por la muerte del importuno celo de Cristóbal, encerrándole primero en una pieza retirada, y haciendo de verdugo, le apaleó fuertemente por su propia mano hasta que espiró. Durante este cruel sacrificio, el hijo inocente, se consideraba como víctima inmolada en honra de Dios, al que suplicaba perdonase al que tan inhumanamente le quitaba la vida. El desnaturalizado padre ocultó bajo la arena el cuerpo del mártir, é impuso á sus criados el mas absoluto silencio de cuanto habia pasado; y temiendo que la madre de Cristóbal pudiese descubrir el hecho por la demostracion de su justo dolor, la asesinó tambien, y enterró secretamente. Pero Dios, no quiso que semejante crímen quedase impune. Preso Acxotechalt por haber injuriado á un español, en el curso de la sumaria que se hizo, se vino á descubrir el doble asesinato, y fué condenado á la horca. El cuerpo de Cristóbal se encontró al cabo de un año despues de su muerte, intacto y exhalando un suave olor. El hermano Andrés de

Córdoba, le trasladó solemnemente á una capilla que le erigió en aquel mismo lugar, y mas adelante, se hizo otra traslacion del santo cuerpo, á una iglesia que se edificó en Tlascala, dedicada á la Asuncion de la Vírgen.

Dos años despues de la muerte de Cristóbal, el dominico Bernardino Minaya, pasó por Tlascala para ver al franciscano Martin de Valencia, que estaba allí de guardian. Despues de haber admirado el órden y regularidad que reinaba en aquel seminario, rogó al superior le diese algunos de sus discípulos que pudiesen servirle de intérpretes y de ausiliares en su mision. Martin de Valencia preguntó en alta voz á todos ellos reunidos, quién era el que se determinaba á acompañar al dominico en su arriesgada empresa. Dos fueron los que en seguida se levantaron, mostrando su asentimiento á la propuesta de hacer ese viage. El primero se llamaba Antonio, que era hijo del famoso Xicotencalt, que tan bien recibió á los primeros españoles en Tlascala, y que tanto les sirvió en el sitio de Méjico. Uno de sus criados quiso tambien acompañarle. El segundo, se llamaba Diego. Fr. Martin creyó en un principio que su determinacion seria hija de un ligero entusiasmo, propio de la juventud, que no prevé las fatigas y los riesgos á que se va á esponer, pero despues de haberlos bien examinado, pudo persuadirse el esperimentado religioso, que habia allí un impulso superior y divino, que movia su celo y voluntad por lo que les dejó marchar. Bernardino Minaya y sus jóvenes compañeros, llegaron á Tepeaca, situado á diez leguas de Tlascala, y allí comenzaron por apear y destrozar los ídolos. Los habitantes de Tecali y de Quautitlan, temiendo las órdenes de los españoles, que no permitian presentar al público esos vanos simulacros, los tenian ocultos; pero los colegiales, acostumbrados á descubrir esos escondites, dieron con ellos, y se apoderaron de los ídolos. Irritados los idólatras, juraron vengarse, mas no atreviéndose á emplear la violencia al descubierto, aguardaron una ocasion para matarlos ocultamente, como efectivamente lo hicieron, esperándoles dentro de una casa, donde entraron aquellos para hacer su pesquisa, creyendo no habia nadie dentro, y allí, sorprendidos de improviso, fueron asesinados. Para ocultar este crímen, los matadores trasladaron de noche los cadáveres á mas de una legua de distancia, y los arrojaron á un foso muy profundo. Tan activas fueron las investigaciones, que Fr. Bernardino Minaya hizo para descubrir su paradero, que al fin fueron descubiertos los asesinos y condenados á muerte. El padre de Antonio siguió las diligencias hasta dar con los demás cómplices de este crímen, y todos cayeron en manos de la justicia y espiaron su delito en Méjico.

Cuanto dejamos dicho hasta el presente, sobre las misiones de Nueva-España, quedará afirmado con el estracto de una carta que el franciscano Pedro de Gante escribió desde Méjico á sus hermanos de Flandes, el 27 de junio de 1529. «Los indios, dice, son dóciles y de buen natural, y dispuestos á recibir nuestra fé; pero la fuerza y el interés, les determinan mas á eso, que la dulzura y el afecto. Esto proviene sin duda, de que jamás han obrado nada por un principio de virtud, sino por motivos de temor ó de codicia, y el no hacer el sacrificio de entregarnos á sus hijos, no es por amor que tengan á sus falsos dioses, sino por miedo que tienen de que se les haga algun mal. Sus dioses son tantos, que ni ellos mismos saben su número. Los tienen asignados para cada cosa, sea animada ó inanimada, y para todas sus necesidades. Ordinariamente les dan nombres de serpientes. A unos, sacrifican el corazon de los hombres, á otros, la sangre, y á otros, incienso, papel, ú otras cosas, segun los ídolos se lo ordenan, temiendo si no los obedeciesen, que estos dioses carniceros y sedientos de sangre, les matasen y devorasen enseguida. Estos ídolos, están servidos por varios sacerdotes reverenciados como santos, y cuyo único alimento es la carne y sangre que ante sus divinidades inmolan.... Por la gracia de Dios, hemos logrado muchas conversiones, y ha habido dia

en que mi compañero y yo, hemos bautizado mas de mil indios, y pasan de doscientos mil los que han reconocido á Jesucristo. En la mayor parte de las provincias, tenemos ya casas, y parroquias bien servidas.... Mi ocupacion, durante el dia, se reduce á enseñar á leer, escribir y cantar, y por la noche, catequizo ó predico. Como este pais es tan poblado, y apenas hay obreros para instruir á tanta gente, hemos reunido en los seminarios á los hijos de las principales familias, para formarlos en la religion, á fin de que ellos puedan en adelante enseñársela á sus padres. En el seminario que está á mi cargo, hay ya seiscientos alumnos que saben leer, escribir, cantar y ayudar el oficio divino. Entre ellos, he escogido cincuenta, que me han parecido de mejor disposicion. A estos, les hago aprender un sermon por semana, y ellos le van á predicar despues el domingo á las aldeas inmediatas, lo que es de grande utilidad, porque dispone al pueblo á recibir el bautismo. Estos van siempre en nuestra compañía, cuando se trata de destruir los templos de los ídolos, y establecer en su lugar iglesias, en honor del verdadero Dios. Así es como empleamos nuestro tiempo, pasándole dia y noche en trabajar para la conversion de este pobre pueblo.»

El hermano Juan de Zumarraga, obispo de Méjico, escribia por su parte, el 12 de junio de 1531, á fray Matias Veysen, comisario general de las Misiones, lo siguiente: «Mi muy Reverendo Padre, trabajamos con asiduidad en la conversion de los indios, y la gracia de Dios ha coronado nuestros esfuerzos. Hasta el presente, hemos bautizado mas de un millon de estos infieles, demolido mas de quinientos de sus templos, y quemado y destruido mas de veinte mil ídolos. Se han erigido muchas iglesias y capillas, y lo que es mas digno de admirar, es que en esta ciudad de Méjico, en que habia antes la costumbre de sacrificar anualmente al demonio mas de veinte mil víctimas, los religiosos, de tal manera han modificado estas crueles y sacrílegas inmolaciones, que hoy dia los corazones humanos no se ofrecen sino al verdadero Dios, y únicamente por sacrificios de alabanzas; los mismos niños de ambos sexos que antes se sacrificaban á los falsos dioses, son los que adoran á la Soberana Magestad con el mas profundo respeto, y sirven á su culto los que antes paga'an el inhumano tributo, que el príncipe de las tinieblas exigia de ellos.

Muchos de estos, saben leer, escribir y cantar, mejor que los adultos; se confiesan á menudo, reciben la sagrada comunion con el mayor fervor, y esplican con la mayor exactitud á sus padres, todo cuanto se les ha sido enseñado. A media noche se levantan para rezar el oficio de la Vírgen, á la que tienen una devocion particular. Ellos son los que buscan por todas partes los ídolos que están escondidos, y se los llevan á los religiosos. Algunos han ganado ya la corona del martirio por este acto de celo, porque sus propios padres los han muerto cruelmente. Estos niños, son sobre manera humildes, modestos, castos, y sobre todo, ingeniosos para las artes, especialmente la pintura; y aman á sus maestros, como á sus propios padres. El hermano lego Pedro de Gante, que es el que mejor ha aprendido la lengua de este pueblo, enseña él solo á mas de seiscientos, y Dios le ha comunicado un don especial para eso. Las señoras que la reina D.ª Isabel, (1) nos ha enviado de España, tienen mas de mil niñas bajo su direccion, y por este medio, la tierna juventud de uno y otro sexo, aprende los principios de la fé, y los enseña luego á los de mas edad.» El hermano Martin de Valencia, da iguales detalles á Matias de Veyssen, en carta de 12 de junio de 1531, y añade solamente: «Nosotros hemos establecido veinte conventos, y los multiplicamos todos los dias, porque los mismos

(1) Esta reina fué esposa de Cárlos V, y sumamente piadosa. Cuando murió esta emperatriz, la vista de su cadáver, que Francisco de Borja, duque de Gandia, fué encargado de transportar á Granada, fué lo que le obligó á renunciar al mundo, y á entrar en la Compañia de Jesus, cuyas virtudes le han colocado en el número de los santos.

indios nos ayudan, y contribuyen á su construccion con el mayor fervor. Los niños que educamos son un modelo de dulzura y de docilidad. Algunos de ellos, ya predican en público, con gran admiracion de cuantos les escuchan, y su celo nos da grandes esperanzas para la propagacion de la fé. El pudor de las niñas, llega á un punto, que parece increible. Todos estos pueblos tienen un amor entrañable á todos los religiosos, y con especialidad á los franciscanos, porque fueron los primeros que conocieron, y de quienes recibieron buenos ejemplos.»

Cuando Martin de Valencia escribia esta carta, ejercia de nuevo las funciones de custodio de Méjico, y hacia guardar tan escrupulosa severidad en los hábitos austeros de sus religiosos, que llegó hasta el punto de rehusar unas botellas de vino que el obispo quiso regalarles el dia de Navidad, escusándose con el prelado diciéndole, que sus hermanos no usaban mas vino que en el Santo Sacrificio, porque lo contrario daria ocasion de relajar su austeridad. El prelado Juan de Zumarraga, tan celoso por la propagacion de la fé, no lo era menos en su cargo de activo protector de la libertad de los indígenas. Repetidas veces escribió á Cárlos V, para que en ningun caso fuesen reputados como esclavos; y cuando en 1532 vino á España para ser consagrado, defendió la causa de los indios, que el dominicano Las Casas volvió luego á sostener con mas ardor.

El cuidado de velar por la emancipacion de los indígenas, habia sido igualmente confiado á Sebastian Ramirez de Fuenleal, obispo de Santo Domingo, de quien Charlevoix habla en estos términos: Habiéndose reunido á causa de la escasez de sus rentas, los dos obispados de Santo Domingo y de la Concepcion, la primera de aquellas dos ciudades fué la que en adelante conservó la sede episcopal. El licenciado D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, fué el designado para ocupar aquel puesto, y declarado presidente de la Real Audiencia, con la misma autoridad que se habia conferido al P. Luis Figueroa su predecesor. Desde que fué consagrado, el emperador le dió prisa para que fuese á servir su puesto por las quejas que habia recibido de los prelados anteriores, que se lamentaban de que los jueces se entrometian con frecuencia en la jurisdiccion eclesiástica, y para evitarlo S. M., tanto al obispo de Santo Domingo como al de Santiago de Cuba, les dió los ámplios poderes que antes habia conferido á los superiores de los franciscanos y dominicos, respecto á los indios; y como aquellos prelados tenian poca esperiencia en los negocios del Nuevo-Mundo, el príncipe les dió por adjuntos en esta comision, á D. Gonzalo de Guzman, gobernador de Cuba, y al P. Pedro Mexia, superior general de los religiosos franciscanos. Don Sebastian llegó á la isla española á fines del 1528, y bien pronto se conoció el tesoro que el Nuevo-Mundo poseia en la persona de este prelado, que gobernó sucesivamente casi todas las provincias que el imperio español tenia en las Indias, y que nunca estuvieron mejor dirigidas que durante su administracion. El restableció la paz y la buena inteligencia entre ambas jurisdicciones; é hizo ver á todos la conveniencia de que caminasen de acuerdo con él para todos los asuntos. En Santo Domingo, instituyó una gran escuela; tomó las mas justas medidas paraque no se incomodase á los indios que estaban sometidos, y despues, dirigió su vista hácia los que estaban sublevados: de resultas de un atropello que un jóven español llamado Valenzuela, recien heredado en la isla, habia cometido con un cacique denominado Enrique, que estaba al cuidado de los indios que constituian la encomienda del colono. El cacique resentido, se retiró con muchos de los suyos, y proclamó la revolucion contra los españoles, uniéndosele muchos indios que formaron causa con él, los que para librarse de ser cogidos, se fortificaron como mejor pudieron en las montañas de Barruco, en cuyo terreno antiguamente habian mandado los antepasados de Enrique. No queriendo reducirse á las intimaciones que se les hicieron, se ensayó el

medio de la negociacion, y el P. Benigno; uno de los religiosos que segun Herrera, vinieron de Picardia, se ofreció á presentarse al mismo Enrique, á quien habia educado en su infancia en el convento de franciscanos de Vera Paz, en la provincia de Xaragua; por cuya circunstancia se proponia con fundamento lograr que el cacique y los suyos se sometiesen, haciéndoles proposiciones razonables, y dándoles las seguridades convenientes. Su oferta fué aceptada por las autoridades de la isla, prometiendo á aquellos el perdon por lo pasado, y ser eximidos del trabajo en el porvenir; y bajo este supuesto, el religioso desembarcó cerca de la Beata, hácia el sitio en que las montañas de Baoruco dan al mar, quedando á la vista el piloto con la barca, por lo que pudiera suceder. En el instante rodean al franciscano, una gran porcion de indios que salieron de la montaña. Él les dijo que de su parte fuesen á llamar á su gefe, participándole que quien queria hablarle, era el P. Remigio, que habia sido su maestro en Vera Paz. Los indios que no conocian al religioso, desconfiados, se negaron á hacerlo insultando á los españoles; y creyendo ver en el padre, un espía de aquellos, le desnudaron y le dejaron en la playa. Por fortuna, Enrique no estaba lejos, y sabedor de lo que pasaba, acudió al instante para impedir cualquiera violencia contra una persona á quien apreciaba, y á la que, aun á pesar de todo, profesaba reconocimiento y veneracion. Conmovido al ver el estado en que le encontraba, le abrazó tiernamente, y le dió las mas sinceras escusas por lo acaecido. El misionero, queriendo aprovechar tan favorables disposiciones, le hizo las mayores instancias para que diera la paz á su patria, y se sometiese á los españoles. El cacique contestó, que lo mas que podia hacer en su obsequio, atendidos los grandes motivos de queja que tenia de los españoles, era no hacer la menor hostilidad á no ser provocado; que en cuanto á lo demás, su resolucion era invariable en cuanto á permanecer con los suyos en las montañas, no encontrando razon por la que debieran someterse; y que en cuanto á las seguridades y promesas que se les hacian de una completa libertad, y de mejor trato en adelante, que ni se fiaba de ellas ni aun las creia; mas sin embargo, trataria de conservarse siempre en los sentimientos religiosos que el padre le habia inspirado, y que jamás haria al cristianismo responsable de injusticia ni de violencia alguna. El P. Remigio le instó de nuevo, pero nada pudo adelantar. Enrique hizo buscar el hábito del padre, mas como le encontró hecho pedazos, y no tenia otro para reemplazarle, lo sintió mucho, y renovando las escusas, le acompañó hasta la orilla del mar, le abrazó de nuevo al despedirse y se volvió á sus montañas, tanto mas resuelto á defenderse, cuanto que ya conoció que se le temia. Por segunda vez se dejó persuadir el P. Enrique de ir á buscar al gefe de los rebeldes, acompañado de un cacique cristiano, y en esta ocasion, el padre estuvo en poco de que los amotinados le quitasen la vida; pero al cacique, reputado por ellos como un traidor y espía, le colgaron de un árbol. Tal era el estado de las cosas, cuando el obispo de Santo Domingo tomó á su cargo el remediarlas; pero no se consiguió mas por entonces que una cesacion de hostilidades; pero sin obtener una sumision formal. Poco tiempo despues fué nombrado presidente de la audiencia real de Méjico, D. Sebastian Ramirez de Fuenleal. Este prelado comenzó á predicar en 1531, á favor del buen tratamiento de los indígenas, calificando como pecado mortal cualquier acto en contrario. A fuerza de prudencia y celo, pudo destruir enteramente los abusos que la servidumbre doméstica habia hecho nacer, impidiendo además que ningun indígena fuese marcado como esclavo verdadero, aun cuando fuese hecho prisionero en cualquiera guerra de insurreccion. No contento el prelado con indicar á los gobernadores de las provincias, el camino que habian de seguir en este asunto, obtuvo del emperador Cárlos V, la completa aboli-



cion de la esclavitud para todos los indígenas sin distincion; mandó públicamente destruir los hierros destinados á marcar la señal de servidumbre, y dió á todos la libertad, amenazando con las penas mas severas á los que contraviniesen á estos mandatos. Tambien abolió en 1532, la costumbre que habia en Méjico, de emplear los americanos como bestias de carga, cuando no habia número suficiente de estas.

Viendo el obispo de Santo Domingo que no eran suficientes los obreros evangélicos que habia en Nueva-España, para la mies que estaba cultivada, á su demanda y á peticion de Cárlos V, el general de los franciscanos, en 26 de junio de 1532, nombró comisario de la provincia observante de Santa Cruz, y de la custodia del santo evangelio, al hermano Bernardino de Arévalo, á quien autorizó para tomar seis religiosos de cada provincia de España, y establecer nuevas custodias en América.

En el año 1533, varios religiosos agustinos del reino de Castilla, se embarcaron tambien para Nueva-España, nombrando á Francisco de la Cruz su vicario provincial, y erigieron allí una provincia, bajo el nombre de Jesus, que despues se llamó vicariato de las Indias. Tanto estos como otros que les siguieron mas adelante, como discípulos del gran doctor de la Gracia, dieron un nuevo lustre á la mision de Méjico, á la que edificaron con la santidad de su vida y el fervor de sus predicaciones. Con el mejor éxito, llenos de ardor por enriquecer los graneros del Padre de familias, atrajeron á los pecadores á la penitencia, á los idólatras á la fé; y la palabra de Dios fructificaba, mas con los piadosos ejemplos de su vida, que con la fuerza de sus razonamientos. Al P. Francisco de la Cruz, uno de ellos, se le atribuyó el don de obrar milagros, y el de profecía. Las montañas de Malango, refugio de idólatras obstinados, y de sacerdotes de los falsos dioses, fueron el teatro donde otro de ellos, el P. Antonio Roa, ejerció su ministerio. Buscando al través de los bosques y escarpadas rocas á la oveja perdida, su alimento eran amargas raices, su bebida, el agua de los torrentes, la desnuda tierra su lecho, y una piedra su almohada. Sus armas para los espirituales combates que iba á presentar al error, no eran otras que su confianza en la bondad divina, la oracion, las lágrimas, y la penitencia. Despues de muchas tentativas inútiles para atraer á aquellos indígenas, estos quedaron asombrados al ver la paciencia, la dulzura, y la amabilidad de aquel desconocido, á quien encontraban siempre de rodillas, (Pl. L, n.º 1.) con las manos alzadas al cielo, sin pedir nada á nadie, y sin quejarse jamás. Nadie sabia de que vivia, y suponian que una divinidad especial le preservaba de la voracidad de las fieras, y demás animales carnívoros. Los espíritus ya estaban prevenidos, cuando Dios abrió la boca á su enviado, para que este diese á conocer su santo nombre. Sus primeras palabras hicieron la mayor impresion en los indígenas, y sus familiares instrucciones dejaron asombrados á los sacrificadores, que creyéndose mas ilustrados que los otros, se veian así mismos mas criminales, por haber prodigado sus adoraciones á los demonios en vez de dirigirlas al supremo Dios, criador de cielo y tierra. El discípulo de Jesucristo abrió los ojos de aquellos ciegos, que al ver la clara luz de las verdades de la fé, y para insinuarse mas en la confianza de los idólatras, se conformaba á sus maneras y á su costumbre de obrar y de revestirse en cuanto lo permitia la decencia, continuando alimentándose con los pobres manjares que hasta entonces habia usado, para hacer conocer á aquellos bárbaros, por el rigor de sus mortificaciones, la gravedad del pecado, y la necesidad de la penitencia; en una palabra, no les imitaba en algunos puntos secundarios para mejor atraerlos á que le imitasen á él en el punto capital. Tan ardiente caridad, unida á la humildad mas profunda, hizo descender la bendicion del cielo sobre sus trabajos. Los indígenas y los sacerdotes á la vez, á su persuasion destruyeron sus ídolos, para profesar

la fé de Jesucristo; y las montañas de Malango, refugio antes de esclavos del demonio, fueron en adelante pacífico retiro de cristianos fervientes. Entre los demás hijos de S. Agustin que contribuyeron á cambiar la faz de Méjico, no debemos olvidar al P. Juan Bautista de Jaen, ilustre por su piedad, y tierno amor á los pobres; ni á Alfonso de Borja, cuya muerte fué preciosa; ni á Juan de Medina, que honró por mucho tiempo la sede de Mechoacan; ni por último, á Alfonso de la Cruz, que despues de haber enseñado por muchos años la teología en Méjico, rehusó el obispado de Nicaragua. Entre los conventos de diferentes órdenes que poseyó Méjico, el de los agustinos fué el mas grandioso por su construccion, para la que el tesoro real ofreció sumas considerables. Allí existia un curso completo de estudios, desde los primeros elementos, y los ochenta religiosos que le habitaban enseñaban la gramática, la filosofía, la teología, y la sagrada escritura, sin dejar por eso la predicacion, ni desatender el cuidado de los novicios. Este célebre monasterio, fué el orígen de muchos otros, hasta el punto de encontrarse en Nueva-España, mas de trescientos cincuenta religiosos agustinos, repartidos en cincuenta conventos.

Juan de Zumarraga, durante su permanencia en España, se interesó en mandar nuevos misioneros á Méjico, con los que regresó á su capital el 1534, año de la muerte de Martin de Valencia. Wadingo ha hecho observar, que los tres mas escelentes apóstoles que ha conocido la América, son: Juan de Zumarraga, Martin de Valencia, y Domingo Betanzos; tenian tan gran celo por la propagacion de la fé, que creyendo aun pequeña la vasta estension de la América, para llenarle, resolvieron pasar á la China. Por dos veces intentaron ese viage, y Hernan Cortés ya les hizo prevenir dos barcos al efecto, en el puerto de Teguantepec: pero en el momento de embarcarse, los buques se encontraron en tal estado, que los marineros, á pesar de todas las instancias no se atrevieron á aventurar el viage. Al ver su resistencia, Martin les decia lleno de confianza: «Dejadme á mí solo entrar aunque sea en una lancha, que no dudo que Dios me conservará y conducirá al puerto donde quiero ir á trabajar por la gloria de su nombre.» La gran reverencia en que le tenian los americanos, no le prometia la palma del martirio, y así queria ir á buscarla entre los chinos, menos dispuestos á recibir el evangelio. Fijo en esa idea, por tercera vez ensayó el viage; pero despues de haber recorrido mas de trescientas leguas de costa sin hallar medio de embarcarse, tuvo que regresar á Méjico, donde llegó rendido de fatiga y de cansancio, á fines de la cuaresma del año 1533. Padeciendo los dolores de una llaga que se le formó en la cadera, y sin permitir que se le aplicase ningun remedio, habiendo hecho dimision del cargo de custodio, se retiró al convento de Tlalmanalca. Allí cerca encontró una gruta natural, en la colina de Amaguemeca, cuya estension era de quince piés en cuadro, y escogió ese retiro para dedicarse á la oracion, todo el tiempo que sus ocupaciones se lo permitian. Allí le visitaron S. Francisco de Asis, y S. Antonio de Padua, asegurándole, que su nombre estaba escrito en el libro de los predestinados. Los principales indígenas se acercaban á verle y á consultarle, siendo espectadores de su angélica existencia. Un dia del año 1534, al dirigirse hácia esa gruta, dijo al religioso que le acompañaba: «Todo está consumado.» No comprendiendo este el sentido de sus palabras, le pidió una esplicacion, pero aquel no pudo ya dársela. Poco despues, Martin se quejó de un dolor de cabeza, y se hizo administrar los Santos Sacramentos en cuanto volvió á Tlalmanalca. Los religiosos querian trasladarle á Méjico, donde podria recibir mas ausilios, pero cuando llegó al puerto de Ayetzinco, conociendo que era llegada su hora, pidió que le dejasen arrodillarse en la tierra, y en esta postura dijo al hermano Antonio Ortiz que le acompañaba: «Querido hermano mio, ya os acordareis que os dije antes de salir de España, que conocia

á un religioso que habria de morir en vuestros brazos, fuera de su provincia, y aun de su lecho. Ha llegado el tiempo de cumplirse esto, el religioso soy yo, y espero que hareis conmigo esa obra de caridad. Mi alma va á salir muy luego de la prision de este cuerpo; sostenedme un poco en vuestros brazos.» En seguida añadió con voz triste y apagada «¡Ah! hermano mio, se ha frustrado el objeto de mis deseos.» Y así arrodillado, y con los ojos elevados al cielo, entregó á Dios su alma bendita. El deseo que él dijo que no habia visto realizarse, era el del martirio, por el que tan ardientemente habia suspirado. (Pl. L, n.º 2.) Su cuerpo fué llevado á Tlalmanalca, y sepultado en medio de la capilla del convento. En el momento en que Jacobo Testera, su sucesor en la custodia, supo su muerte, hizo exumar el cadáver, y le remitió á Méjico haciendo poner sobre su sepulcro una lápida con un honroso epitafio. Al celebrar por él una misa, en honor del Arcángel S. Miguel, á quien el difunto tuvo una particular devocion, se asegura que desde el *Gloria in excelsis*, hasta el fin, se vió al bienaventurado de pié sobre su tumba. Al cabo de algun tiempo, los religiosos prepararon un nuevo ataud de mas rica hechura, y adornado en esterior con varias pinturas; pero cuando se trató de trasladar á él las reliquias de Fr. Martin, se oyó dentro de la tumba un gran ruido, que no cesó hasta que el cuerpo se volvió á su antigua caja, y sorprendidos todos del prodigio, creyeron que el Santo que tanto habia amado la pobreza en su vida, no queria que se diera á sus restos esa preferencia despues de su muerte. En circunstancias particulares ó para satisfacer una piadosa devocion, el sepulcro de Martin fué varias veces reconocido durante los treinta primeros años que se siguieron á su muerte, sin que nunca se apercibiese la menor señal de corrupcion en su cuerpo; y cada vez que tuvo lugar esta ceremonia, se selló la tumba con la mas escrupulosa exactitud. Sin embargo, cuando en 1567 ordenó la Santa Sede que las reliquias fuesen sacadas del lugar de su sepultura, y se espusiesen á la veneracion de los fieles, al abrir el ataud, ya no se encontró dentro el cuerpo del Santo, á pesar de que los sellos y cerraduras de la caja, se vieron intactos. Los magistrados hicieron sobre esto las mas rigurosas pesquisas; pero no sirvieron sino para quedar convencidos de que las reliquias habian sido transportadas de aquel sitio á otra parte por medios sobre humanos, y que segun todas las apariencias, Dios habia dispuesto de ellas. En lugar del cuerpo de Martin de Valencia, sus hábitos, y todos cuantos objetos le habian pertenecido, fueron desde entonces considerados como don del cielo, y su presencia ó roce curaba las enfermedades y preservaba de la peste, y de cualquier otro mal contagioso. En él se veneraba á un Taumaturgo, y como muestra de esto, nos limitarémos á referir algunos de los milagros con que fué honrando durante su vida, y despues de su muerte. Estando en España, fué una vez á predicar al pueblo de Santa Cruz, en la diócesis de Coria. Cansado á la mitad del camino, se detuvo en casa de uno de sus bienhechores para repararse un poco, sin que á la sazon tuviese allí, ni un pedazo de pan que ofrecerle. Martin, al ver esto, rogó á la muger de su huésped que abriese el cajon que aquella habia dejado vacío, lo que hizo la buena muger, á pesar de estar segura de no hallar nada en él, solo por complacerle; pero júzguese cual seria su sorpresa, al ver que estaba el cajon lleno de pan fresco. En América, presentaron al siervo de Dios, en Tlalmanalca, un niño enfermo para que le bautizase, pero el infante espiró antes de que pudiese administrársele el sacramento. Viendo que la muerte privaba á aquella alma de una gracia tan necesaria para su salvacion, esperimentó Martin un profundo dolor; pero animado en breve por su fé ardiente y pura, tomó en sus brazos el cadáver, le colocó en el altar, y se puso en oracion, hasta que tuvo el consuelo de ver resucitar á la criatura, que sin su mediacion iba á verse privada de la dicha eterna; luego, no solo pudo bautizar al

niño, sino que quedó este enteramente sano. A consecuencia de una gran sequía, veian ya perdidos los frutos de sus campos, los habitantes de Tlascala, por lo que acudió el pueblo todo á implorar la ayuda del santo misionero en tan inminente peligro. Habia hecho este plantar una cruz en el sitio donde se fundó despues un pueblo llamado Navidad, y dispuso que se fuese á él en procesion, desde la ciudad, y que se hiciesen además algunas oraciones en el sitio mismo en que se alzaba la cruz. El siervo de Dios, hizo á pié descalzo el camino, azotándose además continuamente; apenas empero llegó la procesion al lugar indicado por el misionero, empezó á caer á torrentes la lluvia, y fué la cosecha salvada. Lo mismo sucedió en Tlaelpan, despues de haberse implorado el ausilio del cielo con igual confianza. No fué la intercesion de Martin menos eficaz despues de su muerte, de lo que lo fuera durante su vida. Encontrándose el hermano Juan de Oviedo presente, en el momento de descubrir una de sus reliquias, sintió un olor dulcísimo, y recobró el sentido del olfato, que totalmente habia perdido; otras varias personas se curaron tambien repentinamente de sus dolencias por su intercesion poderosa; hasta se dice que el bienaventurado resucitó algunos muertos. Despues de tantos trabajos apostólicos, de tantos prodigios, nadie estrañará que en justa gratitud, se haya dado á Martin el nombre glorioso de Apóstol de las Indias, ni que aquellos pueblos de occidente le tributasen un culto casi igual, al que tributan las islas orientales á S. Francisco Javier.

El dominicano Pedro de Córdoba, que parecia dominar los vientos y el mar, y á quien los indigenas de Haiti honraban como su apóstol, habia muerto en el año 1628, seis años antes que el franciscano Martin de Valencia. Para reemplazar aquel digno hijo de Sto. Domingo, veinte misioneros de su órden llegaron aquel mismo año á América. En el año 1530 se erigió la provincia dominicana de Santa Cruz, descollando por su piedad entre todos aquellos misioneros, Fr. Bartolomé de Las Casas, el mismo que reapareció el año 1533, en Haiti.

Procurábase, á la sazon, apaciguar aquella isla, y á someter al cacique Enrique, del que ya hemos hecho mencion, y el cual Francisco Barrio-Nuevo, gobernador del castillo de Oro, en Nueva-Granada, fué encargado de dirigir una carta del emperador mismo, en la que este príncipe le invitaba á entrar en la obediencia, ofreciéndole una amnistía absoluta para él y todos los suyos; pero amenazándole al mismo tiempo con todo el peso de su indignacion si continuaba resistiéndose. Barrio-Nuevo, para cumplir con su comision, hizo se le agregasen algunos franciscanos, á quienes el cacique, por haberse criado entre ellos, profesaba aun cierto respeto y veneracion; Las Casas, sobre todo, era el que mas debia influir en el buen éxito de la empresa.

Amigo antiguo del cacique Enrique, le fué á ver á las montañas de Boruco, donde se celebró con mucha alegría la llegada del gran protector de los indios. Insinuándose con dulzura en el espíritu del cacique, y dando toda la importancia posible á la condescendencia del emperador que se dignaba tratar con los indígenas, á fin de no comprometer la salvacion de sus almas, dejándolas por mas tiempo en una situacion, en que todo las faltaba para vivir como verdaderos cristianos, logró al fin hacerle aceptar las proposiciones que le habian sido hechas, y evitar de este modo el cúmulo de males que amenazaban tan de cerca á aquella nacion sin ventura. Las Casas les dijo muchas veces misa, bautizó sus niños, y preparó á muchos adultos á recibir los sacramentos. Instruyó á aquellos neófitos en los principales puntos y mas esenciales deberes del cristianismo, y despues de haber disipado sus recelos y desconfianzas, les dejó en un estado de completa calma. Los miembros de la real audiencia de Santo Domingo, quedaron satisfechos con las esplicaciones que les dió el misionero, acerca de la visita que habia hecho al cacique, y este se presentó libremente en Santo Domin-

go, para la ratificacion del tratado de paz. Los españoles, por su parte, le hicieron una benévola acogida, y le permitieron retirarse á un pueblo llamado Boya, á trece leguas de la capital, hácia el nord-este. Todos los indígenas, en número de cuatro mil que pudieron acreditar, descendian de los primeros habitantes de la isla, quedaron autorizados para seguirle. Despues de esta mision, fué probablemente cuando Las Casas se trasladó al Perú, cuya conquista vamos á referir brevemente.

CAPÍTULO XXXVIII.

Los Franciscanos, los religiosos de la Merced y los Dominicos evangelizan el Perú

El imperio del Perú, se estiende de norte á mediodía, mas de quinientas leguas á lo largo de la costa del mar del sud. Su anchura de este á oeste, es poco considerable por encontrarse limitado por las grandes cadenas de los Andes, que serpentean de una á otra de sus estremidades en toda su longitud.

Desde las orillas del lago de Titiaca, en la cumbre de los Andes, donde ya hemos indicado subsistir los restos de una antigua civilizacion, descendieron un hombre y una muger, depositarios sin duda de ella. Los peruanos, que en su estrema degeneracion y vida salvaje, mas propia de fieras que de hombres, creyeron ser aquellos seres hijos del Sol, divinidad bienhechora, que compadecida, segun ellos, de los males que afligian á la raza humana, les enviaba para instruirles y reformarles. Sus exhortaciones, garantidas por el respeto que inspiraba la divinidad, en cuyo nombre hablaban, determinaron á muchas tribus errantes á reunirse en sociedad, y hácia el año 1043, se echaron los cimientos del Cuzco, ciudad cuyo nombre significa *el centro*. Esta capital de los incas ó *señores* del Perú, fué edificada en un terreno designal, en medio de una llanura estensa y fértil, regada por el Guatenay, y dividida por su fundador en alta y baja. Manes-Capac, instruyó á los indígenas varones, en la agricultura y en todas las demás artes útiles y necesarias; Oello, su hermana, y esposa á un tiempo, enseñó al otro sexo el arte de hilar y el de tejer. Despues de haber provisto á los peruanos de habitacion, alimento, y vestido europeo, Manes-Capac supo hacer su felicidad durable, dándoles un régimen administrativo y leyes: sus sucesores, reuniendo en sí ambos poderes, esto es, el poder religioso y civil, heredaron una autoridad absoluta y fueron considerados, no solo como monarcas, sino como divinidades. El matrimonio estaba absolutamente prohibido entre las clases del pueblo y los incas, á quienes el primer legislador habia ordenado que se uniesen con sus hermanas legítimas, á fin de que, la sangre de estos príncipes, reputada como sagrada, se conservase sin mezcla; y como si esto no hubiese bastado aun á separar enteramente á los incas del resto de la nacion, debian distinguirse por el trage y otros adornos, que solo ellos podian usar; y nunca el monarca aparecia en público sino revestido con las insignias del poder supremo. Este imperio, que en un principio solo se estendió unas veinte leguas alrededor del Cuzco, fué dilatándose progresivamente en los doce reinados siguientes; ocurrió en el siglo XIV una circunstancia que debia facilitar en parte á los españoles su próxima conquista. Yahuar-huacac, séptimo inca, castigó á su heredero legítimo, por haberle faltado en algo, á guardar los ganados del Sol; dormido el jóven príncipe al pié de una roca, soñó que se presentaba ante él un hombre barbudo y de venerable aspecto, que dijo llamarse Viracocha, y que era allegado suyo, é hijo tambien del Sol. Este personage le anunció que vendria un ejército á atacar á su padre; que estuviese por lo tanto prevenido, y que cuando llegase aquel caso podia contar con su apoyo. En vano el jóven advirtió á su padre, quien lejos de creerle, atendida la prevencion en que estaba contra él, le trató de impostor. Sin embargo, no tardó en presentarse un cuerpo de tropas, resuelto á atacar el Cuzco; el inca, abandonó á su apro-

ximacion la ciudad sagrada, pero el príncipe, secundado por los hombres barbudos, acudió en su ausilio, obligando á sus enemigos á emprender la retirada. Al subir aquel príncipe al trono, tomó el nombre de Viracocha, que era el del personage que se le habia aparecido, y mandó esculpir una estátua representando á un hombre barbudo, para perpetuar la memoria de aquel hecho estraordinario, cuya estátua subsistia aun en la época de la conquista. La semejanza que por su barba y su trage tenian los españoles con la imágen del dios Viracocha, contribuyó á que los peruanos les considerasen como hijos del Sol, descendidos del cielo á la tierra, y á que nadie dudase de que iban aquellos nuevos señores á ocupar el trono. La aparicion de hombres barbudos entre los pueblos americanos, casi todos imberbes, fué considerado como un hecho singularísimo, dice Mr. d'Orbigny, siendo indudable la analogía que existe entre el Quetzacoalt de Méjico y el Viracocha del Perú.

El templo del Sol, y la fortaleza del Cuzco, Coliseo y Capitolio ambos de la Roma peruana, merecen una detallada descripcion. Las cuatro paredes del templo, dice Garcilaso de la Vega, estaban en su interior cubiertas de planchas de oro. En el altar principal, situado á la parte de oriente, se veia representando el Sol, formado de una gran plancha de oro, de mucho mas espesor que las restantes que cubrian las paredes. Aquella figura, de una sola pieza, tenia el rostro ovalado y circuido de rayos luminosos, enteramente iguales á los que presentan nuestros pintores en derredor del astro del dia. Era tan grande, que casi contenia todo el lienzo de una de las cuatro paredes del templo. En ambos lados de la imágen del Sol, estaban los cuerpos de los incas fallecidos, colocados todos por órden de antigüedad, embalsamados y en perfecto estado de conservacion, sentados en tronos de oro sobre gradas del mismo metal, teniendo todos ellos la vista inclinada, á escepcion de Huayna-Capac, duodécimo inca, que estaba colocado en frente de la imágen del astro. Tenia el templo infinitas puertas doradas, haciéndose notar por su gusto y riqueza la principal de ellas; circuia además el interior del templo otra plancha de oro en forma de guirnalda ó corona. El techo era de vigas de madera muy espesas, cubierto de bálago porque los peruanos desconocian el uso de los ladrillos y las tejas. Al lado del templo, existia un claustro cuadrado, en cuyo alrededor se alzaban cinco pabellones ó cuerpos de edificio del mismo órden, y cuyo techo guardaba la forma piramidal. El primer pabellon, consagrado á la Luna, esposa del Sol, era el mas próximo á la gran capilla del templo. Sus puertas y su interior, estaban cubiertas con planchas de plata; una de ellas representaba la imágen de aquel astro con rostro de muger, y habia en derredor del ídolo los cuerpos de las reinas que habian muerto, colocados como sus esposos, por órden de antigüedad. Oello, la madre de Huayna-Capac, era la única que tenia la faz vuelta hácia el astro de la noche. Debemos añadir respecto á la Luna, que en la época de sus eclipses, los peruanos creian que aquel astro desfallecia y que estaba próximo á morir, en cuyo caso no se contentaban con meter mucho ruido, hacer plegarias y otras ceremonias supersticiosas, para exitar á la luna á salir de su postracion, sino que maltrataban á los perros para que ladrasen fuerte, persuadidos de que la Luna, que les queria mucho, se conmoveria al oirles aullar. Seguia luego el pabellon consagrado á las estrellas, y este edificio, con su gran átrio, estaba tambien cubierto con planchas de plata como el de la Luna, y de estrellas de oro de diferentes tamaños, sembradas con profusion, que representaban el firmamento. El tercer pabellon, estaba consagrado al relámpago, al trueno y al rayo, y el cuarto dedicado al arco iris, cuya imágen se veia en él; siendo tambien todos ellos cubiertos de oro. El quinto y último pabellon era destinado para el gran sacrificador y demás sacerdotes que servian al templo, todos procedentes de la familia de los incas. Aquella habitacion, igual en riqueza á

los templos descritos, servia á los sacerdotes de sala de audiencia, y para deliberar sobre los sacrificios que habian de hacerse, y acerca de los demás asuntos pertenecientes al servicio del templo. A alguna distancia de este, se encontraba otro grande edificio, donde vivian las llamadas vírgenes ó doncellas consagradas al Sol. Los peruanos tenian en efecto una especie de comunidades de jóvenes doncellas, que hacian voto de virginidad perpétua, y se consagraban al Sol como esposas suyas. Solo en el Cuzco habia mas de dos cientas. Su clausura era tan estrecha, que ni podian salir, ni habia hombre alguno que osase aproximarse á ellas. El mismo soberano, aunque fuera de la ley, se abstenia de visitarlas para dar un ejemplo á sus súbditos, del respeto que se merecian. Solo eran admitidas en aquella comunidad, de religiosas del Cuzco, las hijas de la raza del Sol; y á fin de que este tuviese esposas dignas de él, se las consagraban, desde la edad de ocho años para asegurarse de que las presentaban puras. La confesion que estaba ya én uso entre los peruanos, tenia sus rigores, sus penitencias y aun sus casos reservados; las vírgenes del Sol, al llegar á cierta edad, confesaban lo mismo que los sacerdotes, y como ellos, tenian tambien su jurisdiccion. El inca, únicamente, se confesaba con el Sol, despues de cuyo acto iba á bañarse á un rio, al que suplicaba se llevase la corriente sus pecados al mar, para que quedasen completamente olvidados. Las vírgenes del Sol intervenian tambien en una ceremonia que tenia alguna relacion con el divino sacramento de nuestros altares. Todos los años se celebraban dos grandes fiestas en el Perú. La primera comenzaba en el mes de diciembre, por el que se principiaba el calendario peruano, y duraba ocho dias, que se pasaban en sacrificios y otras ceremonias religiosas, celebradas en el Cuzco, sin que los estrangeros pudiesen asistir á ellas; solo al terminarse, ó sea, en el último dia, se abrian las puertas, y se les permitia presenciar la terminacion de la solemnidad que se hacia en esta forma. Las sacerdotisas consagradas al Sol, amasaban unos panecillos con harina de maiz y sangre de corderos blancos, y sin mancha alguna, que eran aquel dia ofrecidos en sacrificio. Los estrangeros de todas las provincias, que ya estaban dentro de la ciudad, se colocaban en dos alas; los sacerdotes del Sol, destinados para verificar aquella ceremonia, llevaban en platos de oro y plata panecillos, hechos pedazos, que iban repartiendo entre los estrangeros, á quienes exhortaban al mismo tiempo, á que continuasen siendo fieles al inca ó al Sol, á quien el inca representaba, añadiéndoles que aquel trozo de pan que comian serviria de testigo contra ellos mismos, si su intencion no era pura y conforme á lo que debian á su Dios y á su soberano. Cada uno recibia y comia el pan con grandes demostraciones de reconocimiento y firmes protestas de que nada pensaria contra el Sol ni contra el inca, asegurando que seria aquel pan en su cuerpo un testimonio y garantía de su fidelidad. La segunda fiesta se celebraba poco mas ó menos de la misma manera el décimo mes, que correspondia á nuestro mes de setiembre. Este pan idolátrico se enviaba desde la capital á todos los templos y lugares sagrados del imperio, y en todas partes era recibido con grandes muestras de respeto y religiosidad. El cordero tenia algo de místico en la religion de los peruanos; segun sus astrónomos, habia uno de aquellos animales en la via láctea, alimentado por una oveja.

La gran ciudadela del Cuzco, cuya construccion habia durado mas de medio siglo, era el edificio mas sólido de la América. Piedras de enormes dimensiones componian sus murallas; imposible parece que pudiesen los peruanos mover y colocar aquellas grandes masas, y transportarlas de muchas leguas de distancia, sin el ausilio de nuestros instrumentos y de nuestras máquinas. Las piedras, á pesar de su forma irregular, y de ser mal labradas, se ajustaban perfectamente unas con otras, sin mezcla de cal ni otra argamasa, de modo, que pareciendo como encadenadas unas con otras, forman un todo compacto, obra

maestra inimitable, que une al mérito de la solidéz el de una hermosa apariencia. La fortaleza tenia una triple muralla esterior; su entrada era por una puerta que cerraba una piedra del mismo grandor, y que se quitaba cuantas veces se intentaba abrirla. Estaban los muros de defensa, á treinta piés de distancia uno de otro, y en el interior del tercer recinto, se veia una plaza estrecha y larga flanqueada por tres torres en forma de triángulo. La del centro, llamada Mayoc-marca, (fortaleza redonda) era la habitacion de los incas, cuando visitaban la ciudadela. Todos sus muros interiores estaban enriquecidos con planchas de oro y plata, en las cuales estaban cinceladas figuras de animales y de plantas. Las otras dos torres de forma cuadrada, servian de cuarteles. La parte inferior de estas torres, que se comunicaban entre sí, estaba llena de habitaciones dispuestas con mucho arte, formando pequeñas calles que se cruzaban, y que daban á las diferentes puertas del fuerte. Puede decirse que cuando los europeos llegaron al Perú, no estaba aquella magnífica ciudadela aun terminada.

Los arrabales del Cuzco, eran por decirlo así, una miniatura ó modelo en pequeño de todo el imperio, por obligar los incas á diferentes familias de cada una de las provincias que acababan de someter, á que se alojasen en aquellos, colocándose en el mismo punto en que estaba situado su pais natal; de modo, que las tribus del Oriente, tenian sus casas en oriente, las de Occidente en el ocaso, y así todas las demás. Cada pueblo tenia que conservar además, su respectivo trage y modo de vivir. Los caracas ó gobernadores de las provincias, tenian tambien sus habitaciones dispuestas ó señaladas en el Cuzco, para alojarse cuando iban á presentarse al inca.

Es imposible examinar detenidamente un solo edificio de en tiempo de los incas, sin reconocer un tipo igual en todos los demás que cubren la cordillera de los Andes, en una longitud de mas de cuatrocientas cincuenta leguas, desde 1,000 hasta 4,000 metros de elevacion sobre el nivel del mar. Diríase que fué uno mismo el arquitecto que construyó todos aquellos grandes monumentos, tal era el apego que aquel pueblo montañés tenia á sus hábitos domésticos, á sus instituciones civiles y religiosas, y á la forma y distribucion de sus edificios.

Hácia el siglo XIII hicieron los incas levantar de trecho en trecho, una especie de fondas ó posadas (*Tambus*) para facilitar las comunicaciones entre la capital y las provincias, á fin de que pudiesen pernoctar en ellas los príncipes y las personas de su séquito al dirigirse del Cuzco á Cuxamara. Despues que Tupac-Jupauqui y Huayna-Capac, onceno y duodécimo soberanos de los incas, terminaron la conquista del reino de Quito, no solamente abrieron soberbias carreteras á lo largo de las cordilleras, sino que ordenaron, además, que se construyesen junto á ellas los *tambos* ó alojamiento para el inca. Uno de los mas célebres y mejor conservados de entre estos, es el de Callo, situado cerca de diez leguas al sur de la ciudad de Quito, al sud-este de Panecillo, y á tres leguas de distancia del Crater de Cotopaxi, el mas elevado de los volcanes de los Andes, que en épocas recientes ha tenido varias erupciones. Su mayor elevacion es de 5,754 metros: esto es, el doble de la del Canigu; y supera por consiguiente de 800 metros á la altura que tendria el Vesuvio, si estuviese colocado en la cumbre del pico de Tenerife. La forma de Cotopaxi es la mas bella y regular de todas las enormes cimas de los altos Andes. Es un cono perfecto, que revestido de una enorme capa de yelo, despide un brillo que deslumbra al ponerse el sol, y se destaca de un modo pintoresco en la azulada bóveda del cielo. Aquella capa de nieve oculta á la vista del observador, hasta la desigualdad mas pequeña del terreno; ninguna punta de roca, ninguna masa pedregosa sobresale al través de sus yelos eternos, sin que por lo mismo interrumpa la figura regular del cono, cuyas superficies parecen labradas á cincel. La cima del Cotopaxi se parece á un

pilon de azúcar, que termina el pico de Tegde; pero la altura de su cono es sextupla á la del gran volcan de la isla de Tenerife.

A mas de la gran Cañada que atraviesa las montañas, hay otra via que tiene mas de cuarenta piés de anchura, corta el pais llano, desde el Cuzco á Quito, á lo largo del mar; teniendo ambas vias cerca de quinientas leguas.

Los peruanos, llegaron sin disputa al mismo grado de civilizacion que los mejicanos; pero nunca esta civilizacion relativa, podrá ser comparada con la que el cristianismo dió en dote á la Europa.

En el Perú, como en Méjico, habia ejercicios militares, pero no se admitian á ellas, como dice el jesuita Lafiteau, sino á los hijos de la raza del sol, es decir, á los descendientes de los incas, que componian una familia numerosísima estendida por todo el pais, y que siendo la de los reyes y de los príncipes de su misma sangre, debia tambien distinguirse de las demás familias populares, por prendas y virtudes que estuviesen en relacion con su celeste origen, y que fuesen muy superiores á las del comun de los hombres. Se empezaban aquellos ejercicios á la edad de quince á diez y seis años; eran para los jóvenes una condicion indispensable y absoluta para salir de la infancia, para recibir los atributos, disfrutar de las prerogativas de la edad civil, y estar habilitados para el servicio de las armas, y para desempeñar cualquier empleo en el Estado. Eran al mismo tiempo estas pruebas un riguroso aprendizage, en el que se ejercitaba la juventud á soportar toda clase de trabajos, y sufrir resignadamente cualquier revés de la suerte. Importaba mucho á la juventud salir de aquellas pruebas con honor, porque si durante el curso del exámen, se notaba en ellos la menor señal de debilidad ó cobardía, era para ellos y para sus mas próximos parientes, una mancha infamante que les deshonraba; así que, los padres, madres, hermanos, hermanas, tios y primos de aquellos jóvenes, no cesaban de hacer votos y ofrendas al Sol, acompañadas de sacrificios, ayunos, mortificaciones y otros actos de piedad, á fin de que el astro del dia diese al neófito las fuerzas necesarias para que terminase con gloria la carrera empezada. Cada año, ó de dos en dos años, se elegian los príncipes que habian de ser iniciados, y se les colocaba en una casa destinada á este objeto, bajo la direccion de ancianos esperimentados, que se encargaban de probarles y de instruirles á la vez. Las pruebas comenzaban por ayunos de muchos dias consecutivos, á fin de acostumbrarles al hambre y la sed, sin que terminasen hasta quedar los jóvenes casi en un estado de inanicion, sin darles mas alimento, en épocas marcadas, que algunos puñados de cebada de la India y agua pura, duplicando la fuerza de los ayunos, á medida que se mostraban mas capaces de sobrellevarlos, y prolongándolos en cuanto fuese posible sufrirlos, sin que sobreviniese la muerte. Así como se enseñaba á los alumnos á mortificar su cuerpo por el hambre y la sed, se les acostumbraba igualmente á hacerles prescindir del sueño, poniéndolos de centinela por espació de diez ó doce dias seguidos, siendo muy vigilados, particularmente de noche, por sus encargados; en el caso de encontrar dormido á alguno de ellos, se le despedia en seguida, diciéndole que era demasiado niño para merecer honores. Pasado el tiempo de estas primeras pruebas, se ejercitaba á los alumnos en la carrera; á este objeto, se les conducia á un sitio especial, desde donde comenzaban á correr sin detenerse hasta el pié de la ciudadela, distante legua y media. Junto á sus muros se fijaba un estandarte, que era el premio del que llegaba primero, y honor que le valia ponerse á la cabeza de sus compañeros; los que se quedaban los últimos ó que no habian podido seguir, incurrian en la nota de infamia, y se les despedia vergonzosamente. Se les enseñaba además á trabajar por sí mismos los objetos que necesitaban, y en particular sus armas, su calzado, y cuanto constituia el equipo de un soldado; se les ejer-

citaba en el manejo de esas mismas armas, y en otros ejercicios gimnásticos, para aumentar sus fuerzas. A veces, se les hacia luchar unos con otros, ó divididos en dos campos diversos, figurar ataque y defensa de una plaza, estimulando su amor propio, hasta el punto de herirse unos á otros, y de causarse la muerte. En fin, se escogitaban todos los medios para probar su valor, su resistencia, su serenidad, y su sufrimiento hasta el mayor grado. Durante aquella prueba, no solo se les preparaba para la carrera de las armas, sino tambien para poder desempeñar algun dia dignamente los diferentes cargos del Estado. Diariamente los maestros les recordaban el alto honor que les cabia por ser de la raza del Sol; les ponian de manifiesto los heróicos hechos de sus antepasados en el gobierno del Imperio, y la magnificencia y esplendor de aquellos hijos del Sol, dignos imitadores de un astro que difunde su luz, y que solo se presenta para vivificar todo cuanto existe en la tierra. El heredero presuntivo de la corona, lejos de estar dispensado de estas pruebas, se le trataba con mas rigor que á los demás alumnos, por la razon de que solo sus virtudes habian de hacerle merecedor del cetro, puesto que el simple derecho de sucesion, no suponia mérito alguno personal. Se le hacia dormir en el duro suelo, velar, trabajar, y sufrir como el último de los aspirantes á la nobleza. Procuraba humillársele para vencer su orgullo; obligábasele asi mismo á vestir pobremente, á fin de que cuando estuviese sentado en el trono, y rodeado de todo el esplendor de un Dios en la tierra, no despreciase al indigente, aprendiese á compadecer al desgraciado, á ser indulgente y dadivoso; y por último, á merecer el nombre de Huachacuyac que se daba á los reyes, nombre que significa, amigo y bienhechor de los pobres. Despues de haber terminado los jóvenes aquella carrera de contínuas pruebas, el soberano les hacia la ceremonia de horadarles las orejas y la nariz; los príncipes que asistian á aquella ceremonia, les entregaban las demás insignias de su dignidad. Hasta entonces no eran declarados verdaderos incas, ó hijos del Sol, y la ceremonia terminaba con los sacrificios y otras muestras de público regocijo, acostumbrados en todas las grandes solemnidades.

Para completar la comparacion entre el Perú y Méjico, dirémos que si bien los mejicanos eran mas valientes, los peruanos eran mas humanos; y si el inca llegaba á convencerse de que el Sol le habia encargado de civilizar los pueblos bárbaros, y que si en virtud de esto les hacia la guerra para aumentar el número de los adoradores del astro del dia, era tan solo en el caso de no poder convencerse de lo contrario; aun en medio de los horrores de la guerra, era siempre benigno y clemente.

Las tierras todas del imperio, estaban divididas en tres partes, á saber: habia una para el Sol, con cuyo producto se atendia á la construccion y conservacion de los templos; otra para el inca, á título de contribucion de guerra; y la tercera, que era la mayor, para todos los habitantes. Ninguna propiedad era esclusiva, y cada año se dividian las tierras, segun las necesidades de las familias. Se trabajaba en comun, y cantando. Habia diferentes acueductos y canales de riego, que fertilizaban las ávidas llanuras de la costa, y el inca mismo daba el ejemplo, cultivando por sus propias manos la tierra, como en otro tiempo lo hizo Manco Capac, mientras que su esposa imitando á Cells, hilaba, tejia, y enseñaba todas las labores propias á las personas de su sexo; habia además puentes colgantes, cuya construccion no ha sido conocida en Europa hasta el siglo XIX, que facilitaban las comunicaciones. Aunque no puede dudarse, atendidos los bajos relieves de Tiahuanaco, que en la civilizacion primitiva de la que fué depositario el primer inca, se conoció la escultura alegórica ó geroglífica, los peruanos despues empleaban como escritura, unos nudos ó guipos. Daban este nombre, dice el jesuita Lafiteau, á ciertos cordones anudados de trecho en trecho y de diferentes colores, con los cuales

consignaban sus memorias ó registros. Parece increible que pudiesen de este modo espresar tantas y tan diferentes ideas, como podemos hacerlo nosotros por medio de la pluma y de la imprenta, particularmente sobre historia, leyes, ceremonias, cuentas de comercio, todo lo cual, y aun mucho mas, como es sabido, consignaban los peruanos con aquellas cuerdas anudadas, por medio de los colores empleados en ellas, variados hasta lo infinito, conforme lo exigian los innumerables actos que patentizaban por medio de aquel mecanismo. Habia hombres públicos; cuyas funciones eran como las de nuestros escribanos ó notarios, puesto que guardaban aquellos registros, y maestros dispuestos á enseñar aquel arte á la juventud. Por último, en el Perú habia familias hereditarias de artesanos, que hacian obras de esculturas, en madera, piedra, y metales; solo el arte militar estaba aun en su infancia, lo que hizo mucho mas fácil la conquista de aquel vasto imperio.

El descubrimiento que concibió Balboa en el mar del sud, fué luego despues renovado por Pedrarias, gobernador de Tierra-Firme, el mismo que trasladó en 1518, el establecimiento de Santa María la Antigua, del Darien á Panamá. Una vez resuelta esta empresa, Fernando Luque, eclesiástico muy rico, que habia sido prevendado en aquella catedral, se asoció con Francisco Pizarro, y Diego de Almagro, para llevar á cabo la ejecucion de esta idea. A fin de cimentar la asociacion, cuentan que en 1524 celebró una misa, y despues de haber hecho tres partes de la sagrada hostia, y haber consumido él una, dió las otras dos á sus asociados. Hasta el año 1527, Pizarro no hizo mas que reconocer la costa del Perú, acompañado de Francisco Marco, natural de Niza en Provenza, y profeso de la provincia de Guyana. En esta primera esploracion, no tuvo Marco ocasion de penetrar en el interior, sino únicamente de visitar á Tumbez, (Guayaquil) ciudad notable que poseia un gran templo, y un palacio del inca; y con esta noticia regresó á Nueva-España, donde dió una idea de la opulencia y de la civilizacion del imperio peruano. El sacerdote Alfonso de Molina, que quedó en Tumbez, murió en 1527, no se sabe como, en medio de aquellos indígenas.

Cuando Francisco Pizarro vino á Europa en 1528, para hacer presente á Cárlos V su proyecto de conquista, se indicaron para acompañar al futuro conquistador, religiosos de diferentes órdenes, cuyo celo aquel debia utilizar. La *Historia de la Orden de Ntra. Sra. de la Merced*, dice, que veinte y cuatro religiosos de su instituto, fueron á predicar la fé á los peruanos, quienes han considerado siempre á estos regulares, como sus primeros apóstoles. Touron, afirma por su parte, que cuando Cárlos V dispuso en 1530, que saliese del puerto de San Lúcar de Barrameda la espedicion mandada por Pizarro, seis dominicos se ofrecieron á acompañarle en aquella mision. Fontana cita un mayor número de misioneros de esa órden, y espresa hasta sus nombres, entre ellos á Tomás Berlauya, que llegó á ser en 1534, el primer obispo de Panamá. Pero sea el que quiera el número de los PP. dominicos que fueron destinados á la mision del Perú, el mas conocido de entre ellos, es Fr. Vicente Valverde. Este era originario de Trujillo en Estremadura, patria de Pizarro, y natural de Oropesa, en Castilla la Nueva. Era ya de edad madura, cuando el deseo de trabajar para su salvacion y la de los pueblos, sobre todo, los infieles, le inclinó á pedir el hábito de Sto. Domingo. Fué recibido como novicio, en abril de 1523, y profesó al año siguiente, no se sabe si en Oropesa, ó en el convento de S. Pablo de Sevilla. En atencion á sus méritos, Cárlos V le habia presentado, y Clemente VII, instituido para ocupar la sede de Panamá, que reemplazaba á la de Santa María la Antigua del Darien, cuando le agregó á los misioneros del Perú, entre los que debemos tambien citar, como en clase de sacerdote secular, á Juan de Souza y Ocaña.

Habiendo tenido ya noticia algunos años antes Huayna-Capac, duodécimo inca, de que

se habia visto á algunos estrangeros hácia el norte de la América meridional, murió recordando á los suyos la antigua aparicion de Viracocha, y diciéndoles que eran sin duda aquellos estrangeros hijos del Sol, y por lo mismo, superiores á los peruanos, que invadirian el Estado, y que debian obedecerles en todo. Habia preparado además aquel mismo inca el triunfo de los españoles, al dividir el imperio entre sus hijos Atahualpa, rey de Quito, y Huascar, rey de Cuzco. Este último, descendiente de los incas, por línea paterna y materna, quiso imponer vasallage á su hermano segundo Atahualpa, nacido de una hija del rey destronado de Quito; pero en lugar de someterse Atahualpa, sorprendió á Cuzco, se apoderó de Huascar, y llamando á los incas de todos los puntos del imperio, les hizo pasar al filo de la espada. La circunstancia de haber estallado aquella guerra civil casi en la misma época de la llegada de los españoles, favoreció en gran manera los designios de Pizarro, cuya intervencion pidió Huascar, y el cual se dirigió inmediatamente á Atahualpa, despues de haber acampado con una parte de sus tropas en Caxamarca, poblacion situada á 1464 toesas sobre el nivel del mar, en el centro del hermoso valle que fecundiza el rio del mismo nombre.

Los misioneros, en su ardiente celo de ganar almas para Jesucristo, habian procurado diseminarse para poder sembrar á la vez en todos los puntos la semilla evangélica; y sin embargo, el obispo de Panamá no habia podido lograr aun ni uno solo de aquellos religiosos, cuando en 16 de noviembre de 1532, fué Atahualpa á visitar el campo atrincherado de los españoles. Con este motivo supusieron algunos, aunque sin fundamento, que fué la conducta de Valverde enteramente contraria á la mansedumbre y dulzura del evangelio, tratándose al propio tiempo de considerar á aquel prelado, no solo como cómplice, si que tambien hasta como principal causa del rigor que Francisco Pizarro ejerció en Atahualpa y en sus pueblos. Refiriéndose Robertson á una falsa tradicion, de la que habla tambien Juan de Luca, dice así: « Luego que estuvo el inca junto al campo de los españoles, se adelantó el P. Vicente Valverde, limosnero de la espedicion, con un crucifijo en una mano y su breviario en la otra, y espuso al monarca en un largo discurso la doctrina de la creacion, la caida del primer hombre, la encarnacion, la muerte y la resurreccion de Jesucristo; que Dios habia elegido á S. Pedro por su vicario en la tierra, que el poder de S. Pedro habia sido trasmitido á los papas, y que Alejandro VI habia hecho donacion al rey de Castilla de todas las regiones del Nuevo-Mundo. Despues de haber espuesto Valverde estas doctrinas, intimó á Atahualpa que abrazase la religion de los cristianos, que reconociese la autoridad del papa y al rey de Castilla como su legítimo soberano, prometiéndole que en el caso de someterse, tomaria el rey su amo al Perú bajo su proteccion, y que le permitiria continuar reinando en él; pero que en el caso de no querer someterse y de perseverar el inca en la impiedad, se le declararia inmediatamente la guerra. Aquel estraño discurso, que contenia tantos misterios incomprensibles y hechos desconocidos, y del que no habria podido dar toda la elocuencia humana una idea exacta á un americano, fué tan mal traducido por el intérprete, por lo poco versado que estaba este en el castellano, y por la dificultad con que hablaba la lengua del inca, que no pudo Atahualpa comprender casi nada. Solo pudo hacerse cargo de algunas frases de la alocucion de Valverde, por ser las mas fáciles, que le llenaron de asombro y de indignacion; sin embargo, no por esto dejó de ser moderada la respuesta del inca. Empezó por hacer observar que era dueño de su reino por el derecho de sucesion; que no podia concebir que un sacerdote estrangero pretendiese disponer de una cosa que no le pertenecia; y que, si aquella pretendida donacion habia sido hecha, él, que era su legítimo propietario, se negaba á confirmarla; que no se hallaba de ningun modo dispuesto á renunciar á la religion de

sus padres, ni á abandonar el culto del Sol, divinidad inmortal que adoraban él y su pueblo, para adorar el Dios de los españoles, esclavo de la muerte; que con respecto á los demás puntos de que se habia hecho mencion en el anterior discurso, nada podia decir por no haber oido siquiera hablar nunca de ellos, y que solo deseaba saber donde habia aprendido Valverde cosas tan notables. «En este libro,» le dice Valverde, presentándole su breviario. Toma el inca con precipitacion el breviario, y despues de haber vuelto algunas hojas se lo acerca al oido, diciendo: «Lo que acabais de darme no habla, ni me indica cosa alguna,» y luego arrojó el libro con el mayor desdén. Indignado el fraile al ver la accion del inca, corre al lado de sus compañeros gritando: «A las armas, cristianos, la palabra de Dios ha sido profanada; vengad el crímen que acaban de cometer estos infieles.» Pizarro, que durante aquella larga conferencia, habia podido apenas contener á sus soldados, impacientes por lanzarse sobre los tesoros que tenian á la vista, dá la señal de ataque. Resuenan desde luego los bélicos instrumentos de los españoles; empiezan á retumbar los cañones y mosquetes, relinchan los caballos y se lanza la infantería sobre los peruanos. Asombrados los americanos ante un ataque tan repentino como inesperado, y turbados por el terrible efecto de las armas de fuego y por el ímpetu irresistible de la caballería, apelaron á la fuga sin intentar si quiera defenderse. Pizarro, á la cabeza de tropas escogidas, marcha contra el inca; y por mas que los grandes de su séquito se agrupen con decision en torno de su monarca, sacrificándose gustosos para servirle con sus cuerpos de escudo, llega Pizarro hasta él, lo coge del brazo, le hace descender del trono y le conduce á su campo. Hé ahí lo que dice Robertson acerca de aquel hecho: «Con justicia todos los historiadores han censurado el intempestivo discurso de Valverde; pero por mas que fuese aquel religioso ignorante y muy diferente del buen Olmedo, que acompañó á Cortés, no puede sin embargo achacársele enteramente la culpa de lo ocurrido, así como tampoco es creible que insultára tan bruscamente á Atahualpa. No tenia su discurso otro objeto que el de manifestar el derecho de su rey á la soberanía del Nuevo-Mundo, y el de indicar á las tropas el modo con que habian de apoderarse de aquel nuevo pais. Además, las ideas que contenia el discurso de Valverde, no podian atribuirse al ciego fanatismo de un hombre, sino al del siglo en que aquel hombre vivia. No obstante, Gomara y Benzoni atribuyen á Valverde un hecho, que á ser cierto, le haria no solo objeto de desprecio, si que tambien de horror: dicen que durante la accion, no cesó de encargar á los soldados la matanza, diciéndoles además que no empleasen para dar muerte á sus enemigos mas que la punta de la espada. Muy diferente es semejante conducta de la que observaron los demás religiosos españoles en todos los puntos de América, donde hicieron todo lo posible por proteger á los indios y por moderar el rigor de sus compatriotas.» El homenage que Robertson tributa al celo y humanidad de los misioneros en general, no admite felizmente la restriccion que luego añade aquel historiador en su relato. Lejos de provocar Valverde la efusion de sangre, procuró, como miembro de la órden que tan ardientemente protegia á los americanos, predicar la moderacion á los españoles, diciéndoles que solo por medio de los escesos se lograba hollar las leyes de la humanidad y la justicia, y servir de obstáculo á la predicacion del Evangelio y á la conversion de los idólatras. Solo habia emprendido el obispo de Panamá aquel largo viage, para dar á conocer el nombre de Jesucristo, y no podia por lo mismo ver sin dolor que los cristianos, mas injustos á veces que los mismos infieles, obligasen á los pueblos á blasfemar de aquel nombre sagrado. Vése aun hoy dia en Caxamarca el vasto aposento en que estuvo preso Atahualpa durante tres meses, así como tambien la señal que hizo en una de sus paredes, prometiendo llenar la habitacion de oro y plata hasta aquella altura á título de res-

cate. En la capilla que depende de la cárcel, y que formó en otro tiempo parte del edificio, existe un altar levantado sobre la piedra en la que Atahualpa, despues de haber hecho dar muerte á la mayor parte de los incas y hasta á su mismo hermano Huascar, murió á su vez estrangulado en el año 1533, en lugar de sufrir el suplicio de la hoguera, merced á las instancias de Valverde, que acababa de regenerar á aquel príncipe por medio de las aguas del bautismo. Sepultósele bajo la misma piedra.

La muerte violenta del inca aumentó la anarquía en el Perú y las probabilidades del triunfo de los españoles. Francisco Pizarro tomó en el año 1533 posesion de Cuzco (Pl. LI, n.° 1), donde se levantó un convento de franciscanos, merced al ascendiente que tenia Fr. Pedro de Portugal, y á la consideracion con que le miraba el conquistador; á causa empero de la mala situacion del convento, tuvo por dos veces la comunidad que trasladarse á otro punto; á instancias de los religiosos Pedro de los Algarves y Fernando de Inoyosa, Rodrigo de Villalobos levantó allí un templo. Juan Callelena, hermano lego, que habia renunciado á la milicia secular para combatir bajo la pacífica enseña de S. Francisco, murió en olor de santidad.

El capitan Sebastian Benalcazar fué á apoderarse de Quito, poblacion sobre cuyas ruínas edificó otra nueva, y á la que dió el nombre de San Francisco, cuyos cimientos fueron echados sobre la pendiente del Pichincha, cráter estinguido, aunque humeante. (Pl. LI, n.° 2). Segun una carta dirigida el año 1556 al guardian de Gante, por Jodoque de Biirke, religioso belga, nacido en Malines, fué este el primer franciscano que llegó á Quito, en el año 1534: « Estoy, dice, en esta villa de San Francisco de Quito, hace veinte y dos años; está la poblacion casi situada bajo el equinoccio en un valle muy delicioso, donde reina una eterna primavera. Grande es la cosecha evangélica que podemos prometernos en estas regiones, por desear el pueblo ardientemente recibir la luz de la fé; pero hay pocos operarios para poder anunciársela. Por mas que sean los peruanos medio salvages y sin ningun estudio, se observa en ellos un órden admirable; no hay ningun pobre, si bien viven todos pobremente á juzgar por sus vestidos y por su alimento. Observan y administran justicia con mas acierto que los que tienen leyes escritas; reconocen que hay un creador supremo de todas las cosas, pero adoran el Sol; aprenden fácilmente á leer, escribir, y tocar cualquier instrumento. Soy el primer religioso de nuestra órden que habita estos sitios; Fr. Pedro Gosseal, de Louvain, mi compañero, me ha secundado poderosamente en la fundacion de una custodia, que depende de este convento por ser el mas antiguo. » Didacio de Vera, citado por Juan de Luca, dice que era de Biirke, un religioso tan sábio como austero y penitente. Dependieron además del convento de franciscanos de Quito tres colegios, situados en las poblaciones inmediatas.

Cualesquiera que fuesen los esfuerzos de los misioneros, era imposible que pudiesen producir en aquellas circunstancias, todo el fruto apetecido, cuando se veian los pobres idólatras envueltos en una guerra aterradora, y tratados con dureza por sus conquistadores, no obstante de profesar estos la religion de Jesucristo, que solo enseña lo santo y lo justo. ¿Cómo era posible que en medio de los guerreros españoles pudiesen tributar homenage á la santidad del cristianismo, sobre todo cuando las tinieblas de la idolatría, solo les permitia apreciar dificilmente la sublimidad de sus misterios, tan superiores á los sentidos, y á la fragil razon humana? Márcos de Niza, que habia regresado al Perú, en calidad de comisario de los religiosos franciscanos, emprendió nuevamente con celo sus tareas apostólicas, viéndose secundado en su obra regeneradora, por los religiosos Mateo de Xumilla, Juan de Monzon, Francisco de los Angeles, Francisco de Santa Ana, Francisco de Portugal y Francisco de la Cruz.

Juan de Luna, continuador de Wadding,





dice, al hablar de Fr. Mateo, natural del pueblo de Xumilla, del reino de Murcia, y admitido como lego en la observancia, que su celo por la propagacion de la fé, fué igual á la inocencia de su vida y al fervor de su piedad. Enviado Mateo á diferentes puntos del Perú, acabó por fijar su residencia en Caxamarca, despues de la muerte de Atahualpa, donde procuró atraer á los indígenas al dulce yugo del evangelio, por medio de la pureza de sus costumbres, y de la santidad de sus doctrinas. Habia en aquella region, cincuenta pueblos ó aldeas, que visitó sucesivamente, acompañado de niños á quienes habia enseñado la doctrina cristiana, cuyos principales puntos les habia traducido Mateo en estilo poético; al entrar en cada uno de los pueblos, empezaban los niños á cantarles, precediendo el misionero á aquellos jóvenes apóstoles con el lábaro santo de la cruz. Instruidos los indígenas por medio de aquellos cantos en los misterios de la religion, abandonaban el detestable culto del sol, para abrazar el del Dios verdadero; y cuando el sacerdote, se presentaba á cada pueblo en épocas señaladas, estaban ya sus habitantes suficientemente instruidos, y acababa de purificarles con el agua bautismal. Mientras evangelizaba á los indígenas, tenia en las manos un cráneo, al objeto de hablar con mas elocuencia, acerca de lo breve y fugaz que es la vida, y acerca de los suplicios con que el Dios justo y vengador, aflige en el infierno á los réprobos. Conducia por lo regular su auditorio al pié de los sepulcros de los idólatras, donde se lamentaba de la desgracia de aquellos, que, en su culpable supersticion, habian adorado falsas imágenes, y tributado culto al enemigo del género humano. Luego suplicaba á la multitud apiñada en derredor de las tumbas, que renunciase, ya que aun lo podia, á los hábitos y costumbres licenciosas, á sus ritos profanos y á sus supersticiones hereditarias, á fin de no tener que sufrir, como sus abuelos, una muerte terrible. Las mortificaciones de Mateo de Xumilla, impresionaban vivamente á los indígenas, y contribuian no poco á infundirles veneracion y respeto por una religion que inspiraba tanto heroismo. Cuando el sueño le cerraba los párpados, prolongaba Mateo sus oraciones hasta la salida del sol; y cuando el cuerpo le reclamaba imperiosamente el descanso, interrumpia la oracion para acostarse en el suelo y reclinar su cabeza en una piedra; hasta en su mas avanzada edad continuó orando toda la noche, azotándose además hasta inundar de sangre su cuerpo.

No era menos estraordinaria la templanza del apóstol franciscano, puesto que procuraba despertar y sentir el hambre, mas bien que saciarla; un poco de maiz le bastaba para hacer el domingo su mejor comida; puede decirse que ayunaba contínuamente, privándose de todo alimento durante los diez dias que preceden á la Pascua. Aquel hombre, empero, tan austero para sí, estaba animado de la caridad mas ardiente para con su prójimo; mas de una vez dió su capa al indigente, ó la repartió entre varios. Al visitar los enfermos, iba siempre provisto de todo cuanto pudiesen necesitar, á menos que no le hubiese sido posible procurárselo; si el enfermo le pedia algun alimento ó pócima que pudiese calmar sus sufrimientos, no tardaba el buen religioso en procurárselo, por mas que momentos antes no lo tuviese en su poder, merced á un milagro de la Providencia. Cita el continuador de Wadding diferentes prodigios, que demuestran claramente cuan grande era la gracia de aquel humilde siervo de Dios. En sus largas escursiones, por destruir el culto de los ídolos y enarbolar la enseña de la salvacion, cayó un dia del picacho de una roca: sus compañeros, que con razon le creian muerto en el fondo del abismo, no tardaron en verle de pié, sin que hubiese recibido daño alguno. Hallábase en otra ocasion hablando con los albañiles, en el techo de una casa que acababan de construir, cuando se hundió de repente el edificio, sepultándoles á todos entre las ruinas; y solo Mateo se libró de la muerte invocando el nombre de Maria. Muchos fue-

ron los enfermos que curó con solo persignarles, ó bien presentándoles los medicamentos que debian tomar, á pesar de ser muy graves sus enfermedades; una muger, á la que acababa su marido de herir mortalmente, fué tambien salvada por Mateo; hé ahí el modo sencillo con que obró este nuevo milagro: acompañó al sacerdote que debia administrar á la moribunda los últimos sacramentos, y derramó en su herida algunas gotas de aceite de la lámpara del santuario. Al dia siguiente, los frailes menores, que creian muerta á aquella infortunada, la vieron con asombro presentarse en el convento, á fin de dar las gracias á Mateo, por haberle devuelto la salud. Despues de haber propagado el evangelio en la provincia de Cajamarca, fué enviado aquel taumaturgo por sus superiores á Chachapoyas, donde constituyó un magnífico convento; finalmente, rendido por la austeridad y el trabajo, sucumbió al peso de los años en el año 1578. Su muerte, anunciada ya por él mismo con alguna antelacion, fué la de un santo, y causó un desconsuelo general. Sus vestidos, su cilicio y las cuentas de su rosario, fueron distribuidos como insignes reliquias, é hizo el olor de sus virtudes implorar con confianza su intercesion poderosa.

Francisco de los Angeles, Francisco de Santa Ana, Francisco de Portugal, y Francisco de la Cruz, no fueron menos ilustres en el Perú por sus trabajos apostólicos, donde al propio tiempo que se estableció una custodia, en el año 1535, se erigió en provincia, la otra custodia del santo evangelio, que existia en Méjico.

Lima, (Pl. LII, n.° 1.) fundada por Pizarro, el dia 6 de enero de 1535, como á unas cinco millas de la embocadura del Rimac, y llamada *ciudad de los Reyes*, esto es, de los magos, en memoria del dia de su fundacion ó de la Epifania, tuvo ya desde un principio diferentes iglesias; porque siendo su conquistador favorable á la propagacion de la fé, y protector ardiente de los misioneros, queria en todas partes levantar al Señor nuevos templos. Así que, hizo construir un número considerable de ellos en San Miguel, Trujillo, y otros muchos puntos, y si esto hacia en poblaciones de escasa importancia, mal podia en la capital prescindir de ellos. Estaba la catedral situada en el centro de la ciudad, se componia de tres naves magníficas, y tenia dos grandes campanarios en los dos ángulos de su frontispicio; sus cimientos fueron los primeros que se echaron en la ciudad, ó lo que es lo mismo, fué el primer monumento que levantó en ella la dominacion española. Francisco de la Cruz empezó en Lima un convento, cuya construccion fué interrumpida á consecuencia de las luchas políticas suscitadas entre los diferentes partidos en que estaban los españoles divididos; pero luego que se hubo restablecido la tranquilidad, le continuó Fr. Francisco de Marchena, superior de la custodia establecida en aquel pais, edificando además con Fr. Francisco de Aragon, otro convento que podia contener hasta ciento cincuenta religiosos, y del cual dependieron en breve dos colegios, destinados para la instruccion de la juventud. Alfonso de Alcañices, nacido en Benavente, adquirió en ellos una gran celebridad, siendo considerado como modelo de todas las virtudes.

Limitarémonos á mencionar los principales conventos ó centros de regeneracion moral, añadiendo tan solo el de Cuenca, ciudad fundada por Pizarro, á la distancia de cincuenta leguas en la parte meridional de Quito, y el de Pasto, poblacion construida por Lorenzo Adan, hácia el norte de la antigua ciudad del Sol.

Mientras se dedicaban los franciscanos á instruir los indígenas, y á preservarles de la violencia de los conquistadores, recibió Las Casas la triste noticia de los abusos cometidos en el interior del Perú; por lo que parte inmediatamente á España, reclama para aquel infortunado pais la aplicacion de las leyes relativas á la libertad de los americanos, vuela nuevamente al Perú, se reune con Pizarro y Almagro cerca de Quito, á quienes entrega





las órdenes á que deben atenerse en lo sucesivo, y parte de aquella region, tan pronto como queda terminada su mision salvadora.

Tambien Valverde, al ver que nada adelantaba con sus constantes súplicas, se dirige á España para implorar justicia en favor de los peruanos; pero menos afortunado que Las Casas, tuvo que aguardar en la corte por espacio de cuatro años, las órdenes que solicitaba, y que al fin, despues de haberlas dictado el emperador, no habian de ser en el Perú siempre acatadas. Despues de haber sido Valverde trasladado á la diócesis de Cuzco, fué declarado en virtud de un rescripto imperial, patrono y protector de los indios. Habiendo recibido el obispo de Cuzco, las bulas de Paulo III (1) regresó nuevamente al Perú en 1538, donde secundado por diferentes dominicos que se llevó de España, trabajó en su diócesis con mucho celo y bastante fruto. Sus contínuas amonestaciones, acabaron por inspirar á diferentes españoles, sentimientos de moderacion y humanidad; y los peruanos, que por librarse del furor de los vencedores, se habian retirado á lo mas áspero de las montañas, calmáronse á su voz, y volvieron á ocupar sus moradas. Sin cesar repetia aquel prelado á sus conquistadores, que su fé, sin las buenas costumbres, no podia salvarles, y que cuanto mas santa era la religion que profesaban, tanto mas imperdonables les serian las faltas cometidas durante su vida. Procuraba al propio tiempo el ministro de Jesucristo, esplicar sencillamente á los idólatras las verdades que les eran aun desconocidas, y pedir ardientemente por ellos el don de la fé; desvelándose de este modo por el bien de todos, pudo en el período de cinco ó seis años, (puesto que vivia aun en 1543 , tener el consuelo de formar una iglesia cristiana, un clero y un pueblo sometido á la ley. Sin embargo, los habitantes de la isla de Puna, en la provincia de Quito, mucho mas bárbaros que las demás tribus americanas, y acostumbrados á comer carne humana, estaban muy lejos de profesar los sentimientos que la verdadera religion inspira; pero no por ello se entibió en su favor, el ardiente celo del obispo de Cuzco. Antes de convertirles al cristianismo, preciso era hacerles conocer que eran hombres. Animado Valverde de la caridad de Jesucristo, hizo por aquellos bárbaros, lo que nadie se habia atrevido á hacer; pero en cambio, su heroismo le costó la vida. Desplegó la bandera de la cruz en aquel bárbaro pais, que devoraba á sus propios hijos, construyó una pequeña capilla en la que levantó un altar, en el que celebraba el santo sacrificio, cuando los antropófagos se arrojaron un dia sobre él, y despues de haberle dado muerte, y de descuartizarle, se alimentaron con su propia carne. (Pl. LII, n.° 2.) Honráronle los fieles como mártir.

Para alejar Francisco Pizarro á su segundo Almagro, le habia propuesto la conquista de Chile, pais ceñido al norte por el desierto de Atacama, que le separa del Perú; al sud, por el golfo de Guayteca, y el archipiélago de Chiloe; al este, por la cordillera de los Andes; y al oeste, por el grande Océano. Es Chile uno de los climas mas hermosos y saludables del mundo; forma parte de la gran cordillera dividida transversalmente en altas montañas, y en ricos y profundos valles, cuyas montañas descienden hácia el mar, no en líneas rectas, sino formando curvas variadas, y disminuyendo en altura, de modo, que raramente se elevan dos mil piés sobre los valles que las cortan. Partió Almagro en 1535, pero fué detenido por los belicosos araucanos, y obligado á regresar al Perú, quedando de este

(1) Paulo III, en el año 1537, declaró que los indios, aunque fuesen infieles, no podian ser despojados de sus bienes, pues eran dueños do ellos; y esto no porque ya no se supiese muy bien por otra parte, sino como dice Sepúlveda, *para contener á los soldados, los cuales, sin autoridad ni órden alguna del príncipe hacian esclavos.* Muchos años antes que Roma, habia becho la corte de España varias veces la misma declaracion, y entre otras en el año 1502. Y tanto ella, como toda la nacion, juzgaron siempre que los indios tenian derecho y dominio incontrastable sobre sus bienes, y manifestaron este sentir en las leyes promulgadas y observadas en todo tiempo. (Véanse las leyes 10 y 12, tít. I. lib. 4, de la Recopilacion.) Y si tal vez se mandó que se tomase posesion de algunas tierras en nombre del rey, siempre se entendió, ó de las vacantes, ó de las otras, por via de rescate, ó do cesion voluntaria. (N. del Trad.)

modo aplazada la hora en que habia de brillar en Chile la luz del cristianismo.

CAPÍTULO XXXIX.

Los dominicos y los franciscanos predican la fé en Venezuela, Santa Marta, Cartagena y Bogotá.— Mision franciscana en el Rio de la Plata.

Las provincias de Cartagena, Santa Marta, y Venezuela, situadas al este del istmo de Darien, fueron, como el Perú, teatro de la violencia de los conquistadores (1), y de la caridad de los misioneros.

La de Venezuela, que es una de las mas vastas del Nuevo-Mundo, fué cedida por Cárlos V á los Velser de Augsburgo, quienes confiaron la conquista definitiva, y la colonizacion de aquel pais, á algunos de los aventureros que tanto abundaban en Alemania, en el siglo XVI. Como eran aquellos aventureros en su mayor parte luteranos, ni siquiera pensaron en la conversion de los idólatras, por mas que á este fin se les obligase á partir con algunos religiosos, encargados de evangelizar aquella region. Avidos de riquezas, solo procuraron los luteranos saciar su codicia, para poder abandonar un pais que les parecia insoportable, empleando al efecto los medios mas atroces, sin que bastasen las contínuas amonestaciones de los misioneros á contener su rapacidad y su furor. Asolaron en pocos años tan completamente el pais con sus impuestos, que se vieron los Velser obligados á abandonar una propiedad que no podia procurarles ya ventaja alguna; cuando los españoles volvieron á apoderarse de aquella colonia, imposible les fué levantarla de la postracion y miseria en que la dejaron sumida los bárbaros hijos de Lutero.

La provincia de Santa Marta, situada al oeste de la de Venezuela, debe su nombre á haber verificado los españoles su entrada en la Magdalena, en el mes de julio del año 1539, el dia mismo de Santa Marta. El dominico Tomás Ortiz, que habia evangelizado ya Haiti y Méjico, fué nombrado en el año 1531, primer obispo de Santa Marta, por Clemente VII; merced á la cooperacion de los indios, logró el nuevo obispo levantar en breve una catedral, cuyo único ornamento consistia en la edificante regularidad de los sacerdotes, ocupados noche y dia en cantar las alabanzas de Dios, y en instruir los neófitos. El P. Juan Mendez, de la propia órden, fundó allí un convento del que fué prior, y en el que no tardaron en formarse apóstoles celosos. Seguido Tomás Ortiz de algunos misioneros, recorrió hasta las tribus mas hostiles, predicando en ellas la palabra divina; penetrando en breve los operarios evangélicos en diferentes pueblos, de los que ni siquiera tenian noticia las tropas españolas. Rápidos fueron los progresos de la fé en aquella nueva colonia, debidos al incansable afan de los misioneros, quienes recorrian á la vez casi toda la nueva provincia, continuando unos la obra regeneradora empezada por los otros, y recogiendo los últimos, los ópimos frutos sembrados por los primeros. Alfonso de Zamora dice, que aquellos operarios evangélicos que tanto secundaron al obispo Tomás Ortiz, y á su sucesor en el episcopado, Juan Mendez, fueron Gerónimo de Loaysa, mas tarde obispo de Cartagena, y primer arzobispo de Lima; Gregorio

(1) No es solo Henrion, son la mayor parte de los historiadores de la América, entre ellos muy particularmente Raynal y Robertson, que exageran y califican de fieras é inhumanas las acciones de sus conquistadores, tomando de aqui pretesto, para calificar de violentos y crueles á los españoles. Reconoceremos, y debemos confesar, que tal cual vez, escedieron de los términos que prescribe la humanidad y la justicia, pero como observa muy cuerdamente un desapasionado escritor del siglo pasado, esas fueron culpas de algunos hombres particulares, y las acciones buenas ó malas de pocos individuos, no caracterizan á toda una nacion Es menester considerar que se hallaban en unos paises apartados, que guerreaban con unos pueblos bárbaros, que sacrificaban, comian, y quemaban á los prisioneros, y aun asi por lo comun se portaron con humanidad hácia ellos, y solo una ú otra vez usaron de escesivo rigor. Declamar desentonadamente contra nuestra nacion, é insultarla con semejante pretesto, al mismo tiempo que se callan las atrocidades de otros conquistadores, es muy ageno de la imparcialidad filosófica, y mas parece envidia ó prurito de satirizar, que celo por la humanidad. Por lo demás, la mayor parte de los acusadores, se han apoyado principalmente en la famosa relacion de Fr. Bartolomé de Las Casas, pero ya hemos dicho en otra nota, y tendremos ocasion de hacerlo observar mas adelante, los muchos hipérboles, equivocaciones y errores, que se hallan en aquel escrito. (Nota del Trad)

de Beteta, uno de los sucesores de Loaysa, en la sede de Cartagena; Domingo de Salazar, primer obispo que fué de Filipinas; Juan de Aures; Agustin de Zúñiga; Domingo de Las Casas; Rodrigo de Andrada; Martin de Trujillo; Bartolomé de Ojeda; Pedro de Villalva; Pedro de Zambrano; Gaspar de Carvajal; Martin de los Angeles; Tomás de Mendoza; Juan de Ossio; Francisco Martinez; Pedro Duran; Juan de Monte-Mayor y Bartolomé de Talavera. Muchos hubo entre ellos, que habiendo llegado á la provincia de Santa Marta el año 1529, continuaban en ella aun sus trabajos en 1590, sin que se limitasen á cristianizar las dos únicas provincias de Santa Marta y Cartagena, por mas que fuese su estension considerable. Debióse á su ardiente celo, el establecimiento de la célebre provincia dominicana de San Antonino, que tan fecunda llegó á ser en buenos ministros del evangelio. De la eficacia de su predicacion, no tardaron en brotar numerosas comuniones cristianas, colegios y conventos, que fueron en medio de las tribus bárbaras, otros tantos baluartes que preservaron á los neófitos de todas las violencias.

Tiene la provincia de Santa Marta mas de cuatrocientas leguas de estension; la de Cartagena está situada á occidente, teniendo la costa de ambas como unas cien leguas: su interior es inmenso. Cuando en el mes de enero, del año 1533, edificaron los españoles la ciudad de Nueva-Cartagena, habia con ellos diferentes eclesiásticos, á mas de los dos dominicos Diego de Ramirez y Luis de Orduna; tambien los PP. Gerónimo de Loaysa, Bartolomé de Ojeda y Martin de los Angeles, fueron desde la provincia de Santa Marta á reunirse con ellos, junto con algunos indígenas, que habian recibido ya el agua del bautismo. Precedidos por aquellos ministros de Jesucristo que anunciaban un evangelio de paz, casi no encontraron los españoles resistencia alguna; por su parte, los misioneros, al ver que entraban los idólatras tan dócilmente en el redil del Señor, arrostraban gustosos los peligros y prescindian de todas las fatigas. Sin embargo, los sacrificadores eran tanto mas temibles, cuanto que empleaban hábilmente el veneno, además, era el trabajo insoportable, á causa de los malos alimentos, del escesivo calor y de las picaduras de los mosquitos. Gerónimo de Loaysa regresó á fines del año 1534 á España, para reclamar contra el servicio personal que habia sido impuesto á los naturales convertidos; sus hermanos, permanecieron en la provincia repartiéndose las tribus para atender mejor á sus necesidades espirituales, y levantar en medio de ellas diferentes oratorios y aposentos, á fin de que pudiesen ir á todas horas los indígenas á reclamar su intervencion benéfica. Al ver Cárlos V que era Cartagena un puerto seguro y un medio de comunicacion con todo el pais descubierto en tierra firme, procuró dispensarle toda la proteccion posible. El dominico Tomás de Toro, religioso del convento de Salamanca, fué nombrado obispo de Cartagena, y consagrado en España, llegando á su diócesis á últimos del año 1534, con diferentes misioneros. Su primer cuidado al llegar á su iglesia, fué llamar á todos los dominicos que habia en los diferentes puntos de su diócesis, á fin de que le ausiliaran con su esperiencia y con sus luces; luego creó diferentes curatos, confiados á celosos cooperadores, haciendo construir las correspondientes iglesias en todas las parroquias designadas. Encargó al propio tiempo la destruccion de los ídolos y de los templos que quedaban en pié; luego mandó llamar á los sacerdotes de los falsos dioses, y en una alocucion llena de religioso celo, sin hacer uso de su autoridad ni emplear amenaza alguna, les pidió que no desecháran las instrucciones que se les darian para hacerles conocer el verdadero camino de la salvacion. «Si renunciais sínceramente á vuestros antiguos errores, les dijo, además de no faltaros nunca la proteccion del cielo, tendreis la proteccion del rey y de sus gobernantes.» Era esta última proteccion tanto mas necesaria, cuanto que estaba el puerto de Cartagena cubierto de buques, atraidos de varios

puntos de España por la fama de las riquezas que contenian las provincias, de cuya historia nos estamos ocupando. Algunos aventureros que no reconocian otro Dios que el oro, se arrojaron furiosos sobre los indigenas, sin hacer distincion entre cristianos é idólatras, reduciéndoles á la esclavitud, y hollando con avidez sacrílega hasta los mismos sepulcros. Al ver el obispo que de nada servian sus manifestaciones, sus súplicas y sus lágrimas para contener la sórdida avaricia de aquellos aventureros, apeló á los anatemas de la iglesia, y á la justa indignacion de Cárlos V contra los opresores de su pacífico rebaño. La mortificacion y las fatigas amenazaron en breve la existencia del piadoso obispo, el cual reunió á sus cooperadores para encargarles que perseverasen en la obra de salvacion que habian emprendido: «No temais, les dijo, la cólera de los hombres; pero confiad en el ausilio de Dios que os ha enviado, para que deis á conocer su santo nombre en estas vastas regiones.» Lleno de aquella dulce esperanza, y menos cargado de años que de méritos, se durmió el prelado en el seno de Dios á fines del año 1536. Segun afirma Alfonso de Zamora, fué llorada la muerte del ilustre Tomás Toro por todos los hombres de bien, y sobre todo por los indígenas, obrándose en ella diferentes milagros.

Tan pronto como se supo que la iglesia de Cartagena acababa de quedar sin pastor, solo se pensó en nombrarle otro que pudiese consolarla, recayendo la eleccion en Gerónimo de Loaysa, natural de Trujillo, hijo de D. Alvarez de Carvajal, y de Juana Gonzalez de Paredes. Tomó Gerónimo de Loaysa el hábito de Santo Domingo, hácia el año 1515; haciéndose ya desde un principio notable por su virtud, y luego por su saber, prudencia, acierto y dulzura en la direccion de las almas. Despues de haber hecho profundos estudios en el célebre colegio de San Gregorio de Valladolid, fué nombrado profesor de filosofía y luego de teología en las universidades de Córdoba y Granada. Mas tarde, habiendo obtenido el grado de doctor, se fué á América para enseñar á los indígenas la ciencia de la salvacion, confiándosele al regresar á España, la direccion de varios conventos de su órden. Hallábase de prior en el convento de Carboneros, el año 1537, cuando supo con santo horror que iba á elevársele á la dignidad episcopal; para mejor obligarle á prestar aquel servicio á la nueva iglesia, Cárlos V le ofreció generosamente todo cuanto él creyese que podia necesitar en el alto puesto á que se le destinaba. Hé ahí lo único que pidió el nuevo obispo: 1.º, que el príncipe protegiese á los indígenas, á fin de que fuese mas fácil su conversion; 2.º, que se construyese una catedral en Cartagena, ya que Tomás de Toro no habia podido hacerlo por falta de tiempo y de medios; 3.º, que se edificase un convento para los dominicos, y que se enviasen anualmente de España á las misiones de Cartagena, seis religiosos de aquella órden. Luego de aceptadas estas proposiciones, hizo Gerónimo de Loaysa á Dios el sacrificio de su reposo y de su vida; despues de su consagracion, eligió en diferentes órdenes monásticas, y particularmente en la suya, dignos ministros del evangelio; llevándose así mismo diferentes eclesiásticos seculares de reconocido mérito. Al llegar á su diócesis, señaló á cada uno de los misioneros en Tierra Firme, una parte de territorio, á fin de que las diferentes tribus comprendidas en su jurisdiccion no careciesen de los ausilios espirituales; y para alentar á los demás con su ejemplo, fué Loaysa el primero en consagrarse enteramente á todas las funciones del santo ministerio. Su dulzura, su desinterés y su caridad ardiente, le valieron el respeto y amor de los indígenas, quienes reconocian con placer que solo les predicaba Gerónimo de Loaysa aquello mismo que le veian practicar. En todos los sinsabores que le ocasionaron las circunstancias difíciles que pesaron sobre él, mostró el prelado una paciencia y resignacion verdaderamente evangélicas, sin que dejase por ello de oponerse con energía á todos los desmanes. Cuantas veces le daban los cristianos algun

fundado motivo de queja, procuraba advertirles en secreto que se abstuviesen en lo sucesivo de cometer falta alguna, á fin de que no impidiesen con su mal ejemplo la conversion de los idólatras; y si bien por desgracia no lograba siempre corregir los abusos, evitaba al menos el escándalo y sus funestas consecuencias. Como su prudencia igualaba su firmeza, no habia para él obstáculos que entorpeciesen la propagacion de la fé, ni reveses que bastaren á detenerle en su santo camino; al contrario, cada dia aumentaba el número de los establecimientos piadosos consagrados al servicio de Dios. En el mes de enero del año 1538, consagró su catedral bajo la invocacion de Santa Catalina, mártir. Reunió á todos los misioneros que predicaban el evangelio en la provincia de Cartagena, y á los que se habia llevado de España, á los que prescribió sábias reglas para la disciplina eclesiástica, prohibiendo sobre todo á los limosneros, tanto regulares como seculares, que siguiesen en adelante á los conquistadores, y el que usasen uniforme, ó cualquier otro traje que pudiese ocultar su profanacion; encargándoles por el contrario, que vistiesen siempre el hábito religioso, acertada disposicion que corrigió bastantes abusos. A últimos del año 1539, quedó terminado el convento de S. José, construido á espensas del rey y de la liberalidad de algunos nobles españoles, tomando posesion del mismo el dominico José de Robles, vicario general, junto con los PP. Juan de Avila, Juan de Chaves, Juan de Cea, y otros, plantel glorioso de un sin fin de apóstoles que llevaron la antorcha de la fé de uno á otro ángulo del nuevo reino de Granada, y hasta mucho mas allá de sus estensos límites. Además del de la órden de Predicadores, se construyó en Cartagena otro convento de hermanos menores, quienes fueron los primeros de enseñar en un colegio, fundado con autorizacion de Cárlos V, los principios de la fé, latin, filosofía, teología, leyes y costumbres de España, á los hijos de los caciques y á los de los demás indígenas notables: establecimiento precioso que produjo inmensas ventajas, porque los alumnos formados en él por los dominicanos, contribuyeron mas tarde á la propagacion de la fé en todas las diferentes regiones de América. Como los misioneros procuraban con fruto desarraigar las supersticiones, mejorar las costumbres, y predisponer ó preparar á los neófitos para recibir el bautismo en menos de seis años, fueron numerosas las familias indígenas que renunciaron á las tinieblas de la infidelidad para abrir los ojos á la luz del evangelio. En una palabra, la iglesia de Cartagena, merced á los cuidados del segundo de sus pastores, fué cada vez mas sólida y estensa; el conocimiento, empero, que tenia Gerónimo de Loaysa, de los usos, costumbres, carácter é idioma de los americanos, su esperiencia, su sabiduría, su amor á la paz y los ópimos frutos concedidos por el cielo á su apostolado en casi todos los paises conquistados por los españoles, fué lo que mas contribuyó á que el papa y el emperador le considerasen como el único hombre capaz de establecer el cristianismo y de inducir á la obediencia aquel gran reino que tanto deseaba el emperador conservar. Tratábase de crear un obispado en Lima, y como aprobase el papa la proposicion que le hizo Cárlos V de nombrar para la nueva diócesis á Gerónimo de Loaysa, espidió Paulo III las correspondientes bulas, nombrando al propio tiempo á Francisco Benavides, de la órden de S. Gerónimo, para suceder á Loaysa en la silla de Cartagena.

Entretanto, el evangelio predicado ya en las provincias de Cartagena y Santa Marta, acababa de penetrar tambien en el pais de Cundinamarca, tercer centro de civilizacion que poseia entonces la América.

El llano de Cundinamarca, ó de Bogotá, tenia bastante similitud con la llanura en que está situada la ciudad de Méjico. Colocado á dos mil seis cientos sesenta metros sobre el nivel del mar, circúyenle igualmente altas montañas: el perfecto nivel de su suelo, su constitucion geológica, la forma de los peñascos de Suba y Factotiva, que se levantan como

otros tantos islotes en medio de aquellas inmensas sábanas, parecen indicar en él la existencia de un antiguo lago. El rio de Funzha, llamado comunmente rio de Bogotá, despues de haber reunido las aguas del valle, abrióse paso al través de las montañas situadas al sud-este, y se precipita por un angosto lecho, dentro una grieta que dá en el Magdalena. Si se intentase cerrar aquella abertura, única que hay en el valle de Bogotá, todas aquellas fértiles llanuras irian convirtiéndose insensiblemente en un lago, igual á los demás lagos mejicanos.

Lucas Fernandez-Piedrahita, obispo de Panamá, que escribia en vista los manuscritos de Quesada, Juan de Castellanos, cura de Tanja, y de los franciscanos Antonio Medrano y Pedro Aguado, habla de las tradiciones que habia entre los indígenas muiscas, panchas y nagataimas, cuando los españoles penetraron en las montañas de Cundinamarca.

Al llegar al valle, admiróles en gran manera el contraste que ofrecia la civilizacion de los pueblos de la montaña, con el estado salvaje de las hordas que habitaban las regiones meridionales de Tohé, Mahatés y Santa Marta. En aquel valle, donde el termómetro centígrado estaba casi constantemente de dia entre diez y siete y veinte grados, y de noche, entre ocho y diez, encontraron los españoles á los muiscas, los guanes, los muzos, y los colimas, divididos en cantones, entregados á la agricultura, y vistiendo de telas de algodon mientras que las tribus que iban errando en las llanuras vecinas, casi situadas en el mismo nivel del Océano, estaban embrutecidas, desprovistas de todo, sin industria y sin artes. Grande era la sorpresa que causaba á los europeos el verse trasladados de repente en un suelo mas fértil, en el que los campos ofrecian do quiera ricas espigas de maiz, de *Chenopodium quinoa* (1), y turmas ó patatas.

Entre las diferentes naciones ó tribus de Cundinamarca, la designada por los españoles con el nombre de Muisca ó Mosca, parece haber sido la mas numerosa.

En los mas remotos tiempos, antes de que la luna fuese compañera de la tierra, segun la mitología de aquellos indígenas, vivian los habitantes del valle de Bogotá en la mayor barbarie, pues iban desnudos, no conocian la agricultura, y estaban sin leyes y sin culto. Pero de repente apareció entre ellos un anciano, procedente de las llanuras situadas al este de la cordillera de Chingasa, que parecia de una raza distinta de la de los indígenas, pues tenia una barba larga y poblada. Era aquel anciano conocido bajo estos tres nombres: Bochico, Nemquethebo y Zuhe; como Manco-Capac, enseñó á los hombres á vestirse, á construir sus cabañas, á cultivar las tierras, y á vivir en sociedad. Llevó consigo á una muger, á la cual la tradicion le atribuye tambien tres nombres, á saber: los de Chia, Yubecayqueya y Huytaca; esta muger, dotada de una rara belleza, pero de una perversidad escesiva, contrarió á su esposo en todo cuanto emprendió para labrar la dicha de los hombres. Por medio de su mágia, logró Chia hacer desbordar las aguas del Funza, é inundar el valle de Bogotá, en cuyo diluvio perecieron los mas de sus habitantes, pudiéndose salvar tan solo algunos de ellos, en las cumbres de los montes vecinos. Justamente irritado el anciano al ver tanta perfidia, arrojó á la hermosa Huytaca lejos de la tierra, y Huytaca, desde entonces convertida en luna, ha continuado iluminando nuestro planeta durante la noche. Luego apiadado Bochica de los hombres que continuaban dispersados en las montañas, hendió con mano robusta las peñas que cierran el valle por la parte de Canaos y de Tequendama para abrir paso á las aguas del lago de Funza, reunió nuevamente á los pueblos en el valle de Bogotá, donde construyó

(1) Planta ánua de la familia de las salsolaceas, subórden de las ciclolobeas, tribu de las quenopodieas, sin brácteas, flores hermafroditas, rara vez femeninas; estambres insertos en el fondo del cáliz, y opuestos á las lacinias calicinas, con filamentos filiformes, anteras aovadas, frecuentemente con glándulas harinosas esparcidas: hojas alternas, pecioladas, rara vez sentadas, dilatadas, sinuosas ó dentadas. (N. del Trad.)

ciudades, introdujo el culto del sol, nombró dos gefes, entre los cuales dividió los poderes eclesiástico y civil, retirándose luego al valle santo de Iraca, junto á Tanja, donde vivió bajo el nombre de Yoacanzas, entregado á todos los ejercicios de la mas austera penitencia por espacio de dos mil años.

Esta fábula, que atribuye al fundador del imperio de Zaque el orígen de la cascada de Tequendama, reune un gran número de hechos enteramente iguales á los que se notan en las tradiciones religiosas de diferentes pueblos del antiguo continente. Reconócese en esta fábula el principio del bien y del mal, personificados en el anciano Bochica, y en su muger Huitaca; lo de los remotos tiempos en que la luna aun no existia, recuerda la pretension de los arcadios acerca de la antigüedad de su orígen. Segun ellos, debia ser el astro de la noche considerado como un ser maléfico que aumenta la humedad en la tierra; al paso que Bochica, hijo del Sol, sazona con su calor los frutos, y es el bienhechor de los muiscas, así como el primer inca lo fué de los peruanos. La forma de gobierno que dió Bochica á los habitantes de Bogotá, es muy notable, segun Alejandro de Humboldt, por la analogía que tiene con la forma adoptada en el Japon y el Tibet. Reunian los incas en el Perú los dos poderes civil y eclesiástico, siendo los hijos del Sol á la vez, soberanos y pontífices. En una época muy anterior al reinado de Manco-Capac, habia conferido Bochica en Cundinamarca el cargo de electores á los cuatro gefes de las tribus Gameza, Busbanca, Pesca y Toca; ordenando que despues de su muerte, tuviesen aquellos electores y sus descendientes, el derecho de nombrar el gran sacerdote de Sogamazo. Los pontífices ó lamas, sucesores de Bochica, estaban obligados á observar estrictamente su piedad y sus virtudes; lo que en tiempos de Motezuma era Cholula entre los aztecas, lo llegó á ser Sogamazo entre los muiscas. El pueblo acudia en tropel á ofrecer ricos presentes al gran sacerdote; visitábanse todos los puntos que habian adquirido alguna celebridad por los milagros de Bochica; y hasta en medio de los sangrientos horrores de la guerra, gozaban los peregrinos de la proteccion de los príncipes que la sostenian, pudiendo con toda seguridad recorrer su territorio para dirigirse al santuario (*Mansua*), y postrarse á los piés del lama que en él residia. El gefe civil, llamado Yaque de Tanja, y el pontífice de Sogamazo, residente en el valle de Yraca, eran dos poderes distintos, como lo son en el Japon el dairi y el emperador.

No era tan solo considerado Bochica como fundador de un culto y legislador de los muiscas, si que tambien como símbolo del Sol, que regulaba las estaciones y disponia los cambios atmosféricos. No tenian los muiscas, ni las décadas de los chinos y de los griegos, ni las medias décadas de los mejicanos y de los pueblos de Benin, ni los cortos períodos de nueve dias de los peruanos, ni las ogdoadas de los romanos, ni las semanas de siete dias (*schebuas*) de los hebreos, que encontramos en Egipto y la India: la semana muisca se distinguia de todas las que presenta la historia de la cronología; solo constaba de tres dias. Diez de ellos formaban una lunacion, á la que se daba el nombre de *suna*, (gran via, camino, empedrado, dique) á causa del sacrificio que se celebraba mensualmente durante el plenilunio, en la plaza pública de cada pueblo, á la que conducia una gran via que arrancaba de la casa del gefe de la tribu. Consumábase en ella un sacrificio cuyas bárbaras ceremonias estaban en relacion con ciertas ideas astrológicas, sacrificio que indicaba la apertura de un nuevo ciclo de 185 lunios. Dábase á la víctima humana el nombre de *quichica*, (puerta) por ser su muerte la que debia abrir ó dar principio al siclo; y el de *quesa* (errante, sin hogar), por ser un niño arrancado de la casa paterna. Debia ser la víctima natural de un villorrio situado en las llanuras llamadas hoy dia, Llanos de San Juan, que se estienden desde la pendiente oriental de la cordillera, hasta las orillas del Guaniara; region que acababa de visitar Bochics, símbolo del Sol,

cuando se presentó por primera vez entre los muiscas. El *quesa*, ó sea la víctima, era educado cuidadosamente hasta la edad de diez años, en el templo del Sol, en cuya edad se le hacia salir para visitar los caminos que habia recorrido Bochica, al objeto de instruir el pueblo, y que habia hecho célebres con sus milagros. A la edad de quince años, cuando la víctima tenia un número de sunas igual al que comprende la indiccion del ciclo muisca, se le inmolaba en una de aquellas plazas circulares, en cuyo centro se levantaba una alta columna que servia sin duda para medir la longitud de las sombras equinocciales ó solsticiales, é indicar las veces que pasaba el Sol por el cénit. Conducíase á la víctima en procesion hasta aquella columna, en la que iban los sacerdotes (*jeque*) enmascarados, como los sacerdotes egipcios; unos representaban á Bochica, que es el Osiris ó el Mitras de Bogotá, y al cual se atribuyen tres cabezas, porque, semejante al Trimourti de los indos, reunia tres personas que no formaban mas que una sola divinidad; otros llevaban los emblemas de Hecythaca, esposa de Bochica, Isis ó luna; otros llevaban máscaras que tenian la forma de ranas, para representar el primer signo del año; y finalmente, habia otros que representaban al mónstruo Fomagata, símbolo del mal, figurando tener solo un ojo, cuatro orejas, y una larga cola; aquel mal espíritu, aparecia en los aires, como un cometa, entre Tanja y Sogamazo, y trasformaba á los hombres, segun los indígenas, en serpientes, lagartos y tigres. Una vez atada la víctima en la columna, se le arrojaba una nube de flechas, y luego se le arrancaba el corazon para ofrecerle al Sol, ó lo que era lo mismo, á Bochica; recogiéndose en vasos sagrados la sangre de la víctima.

La influencia benéfica del cristianismo iba al fin á modificar aquella semi-civilizacion, manchada por tan abominables sacrificios.

El dia 5 de abril del año 1536, partió de Santa Marta Gonzalo Gimenez de Quesada, acompañado de los religiosos de la órden de Predicadores, Domingo de Las Casas y Pedro Zambrano, así como tambien de dos eclesiásticos, llamado uno de ellos Juan de Legaspes. Despues de ocho meses de contínuas privaciones y fatigas, llegó aquella cohorte evangélica á una altura, desde la cual descubrió una region poblada y rica, cuyos habitantes acogieron á los españoles como amigos. En el mes de enero del año 1537, encontraron los misioneros otro pueblo, llamado Chipata, que no se mostró menos dispuesto á acoger con benevolencia á los cristianos; en él hizo Domingo de Las Casas levantar una cruz y construir un altar, siendo su misa la primera que se celebró en aquel pais, donde los españoles edificaron despues la ciudad de Velez. Solo quedaban ya ciento sesenta y seis europeos, y aun habia entre ellos algunos enfermos que tuvieron que ser conducidos á Santa Marta, cuando llegó la espedicion á una tribu, que llevaba por nombre Ubaza; el P. Domingo de Las Casas, era casi el único misionero que podia aun continuar prestando sus servicios á la pequeña cohorte española, puesto que el P. Zambrano y algunos eclesiásticos mas, se habian visto obligados, junto con algunos oficiales, á dirigirse al Perú. Los naturales informaron á los espedicionarios de que habia á no muy larga distancia el rey de los muiscas, nacion entonces dueña del valle de Cundinamarca, al cual los cippas ó príncipes de Bogotá, pagaban un tributo anual. Deseosos de verle, prosiguieron los conquistadores su camino, llegando á Guacheta el dia de S. Gregorio el Grande, lo que hizo que el P. Domingo de Las Casas, que estableció allí un colegio de instruccion, dióse á aquella tribu el nombre de S. Gregorio. Veíase desde una altura inmediata una gran poblacion, en la que fueron los españoles recibidos con entusiasmo, oyendo que por primera vez se les llamaba hijos del Sol, título que consideraban los indígenas deber serles tanto mas grato, cuanto que era para ellos el sol objeto de adoracion. Persuadidos de que les enviaba el astro á sus hijos para castigar sus faltas, se apresuraron á ofre-



cerles sacrificios para aplacar su justa cólera; habian sido sacrificadas ya un gran número de inocentes víctimas, cuando llegó á noticia de los españoles su funesto designio. La malicia ó ignorancia de sus sacerdotes habia arraigado de tal modo la creencia de que era la inmolacion de aquellas inocentes criaturas sumamente agradable á su Dios, que con frecuencia arrojaban los indígenas un gran número de niños desde lo alto de una roca, á fin, decian, de que pudiesen servir al sol de alimento. Tal fué el primer espectáculo que aquellos indígenas ofrecieron á los españoles, á quienes hicieron estremecer de horror; á las señales que hicieron para contener aquel bárbaro sacrificio, y al entusiasmo y ternura con que todos los cristianos fueron á recojer y acariciar los dos niños que quedaban en vida, conocieron los indios sus sentimientos de humanidad. Luego que pudieron hacerse oir, declaró Domingo de Las Casas á los idólatras, por medio de sus intérpretes, que los españoles eran hombres como ellos, hijos, no de un astro inanimado, sino del Sol de justicia, Jesucristo, del que iban á hacerles conocer el nombre y la religion, única capaz de procurarles una vida eternamente dichosa. Al propio tiempo, procuró el celoso misionero bautizar á las criaturitas que aun respiraban despues del horrendo sacrificio que acababan de presenciar, empleando de ese modo el crímen de los padres en bien de la salvacion de sus hijos (Pl. LIII, n.º 1). Hizo Dios tan espresiva y fecunda la palabra del dominico, que no tardó el pueblo de Guacheta en renunciar á la idolatría, y en permitir que se alzára el lábaro santo de la cruz en el templo mismo del sol, despues de haber sido purificado. El misionero que veia la abundante cosecha que habia de producir aquel nuevo campo del Señor, deseaba ardientemente permanecer allí algun tiempo mas para terminar su obra regeneradora; pero obligado á seguir á los conquistadores, tuvo que limitarse á encargar á los indígenas que conservasen cuidadosamente el signo de salvacion que les dejaba, y del que les esplicaria en otra ocasion el misterio y la virtud. Los naturales se lo prometieron formalmente, y hasta cumplieron su promesa, puesto que los misioneros que fueron mas tarde á catequizarles, encontraron todavía la cruz en el mismo sitio, habiendo sido levantado aquel símbolo, les dijeron, por un hijo del sol que habia pasado por allí con algunos otros. Entretanto los españoles llegaron á Suezusca, y venciendo luego cuantos obstáculos les fueron opuestos, avanzaron hasta Chia, cuyo cacique les recibió como amigos; aprovechando los cristianos la buena acogida que se les dispensaba, celebraron con toda la solemnidad posible las fiestas de la semana santa, siendo tales sus ejercicios de piedad, que edificaron á los indígenas de diferentes tribus. Los primeros en convertirse, fueron los que desde Santa Marta acompañaban á Domingo de Las Casas para servirle de intérprete cerca de los habitantes de Chia; hé ahí como empezaron en aquel pais los progresos del cristianismo. El cacique de Sula, que seguido de una numerosa comitiva, habia acudido llevando ramos de flores en señal de paz, pidió que los españoles á su vez fuesen á visitarle, aceptando estos con gusto aquella invitacion inesperada, que habia de procurar al que lo hacia tan dulces consuelos. Atacado el cacique de una enfermedad mortal el dia mismo que llegaron los cristianos, fué instruido y bautizado por Domingo de Las Casas, y muriendo poco tiempo despues de haber abierto los ojos á la luz de la fé, fué enterrado con todas las imponentes ceremonias de la iglesia. El ejemplo de su conversion y los honores fúnebres de que fué el cacique objeto, produjeron en toda la tribu el mas brillante resultado. En el mes de abril del año 1537, esto es, un año despues de haber salido de Santa Marta, entraron los españoles en Bogotá, sin haber esperimentado resistencia alguna, merced á la fuga del gefe ó cippa que habia de oponérsela; irritados los habitantes á causa de su partida y de la devastacion de sus templos, á penas atendieron á Domingo de Las Casas, que no cesaba de hablarles de la impotencia de sus ídolos y de la santidad del

cristianismo. Por otra parte, tampoco habian tenido los misioneros tiempo bastante para cristianizar aquellos pueblos, obligados como estaban á seguir á los españoles en sus nuevas espediciones hácia Tunja, donde los conquistadores se apoderaron de Quimuinchateca, zague ó rey de los muiscas. Desde Tunja, residencia del gefe de la nacion, marcharon sobre Sogamazo, situada en el valle de Graca, ciudad que habitaba el gran sacerdote; los indígenas en su turbacion, fuese por respeto á su falsa divinidad, ó bien porque juzgasen que les faltaria tiempo para ello, no quitaron ni un solo adorno de los muchos que habia en el templo del Sol. Los españoles penetraron en él resueltos á reducirle á escombros despues de haberle saqueado; pero, segun Touron, « el resplandor de tantas riquezas cegó su espíritu mas bien que sus ojos, y se pegó en el fuego casi antes de que lograsen sacar cosa alguna. Los adornos interiores y las demás materias de combustibles, y la voracidad de las llamas aumentada por la violencia del viento, hicieron que en breve se convirtiese el templo en un mar de fuego, que solo podia compararse con el mas terrible de todos los volcanes, estendiéndose el resplandor y los torbellinos sobre toda la ciudad y su campiña. Han asegurado diferentes historiadores haberse conservado el fuego durante cinco años entre los escombros de aquel vasto templo; lo que si es indudable, que fué el incendio casi tan sentido por los indios como por los españoles, por llorar unos amargamente la ruina de su templo, y por verse los otros privados de las inmensas riquezas que aquel contenia. Por mas famosos que fuesen los templos del sol en Bogotá y Guacheta, el de la luna en Chia, y todos los de los demás ídolos que levantó la ciega credulidad de aquellos pueblos, todos los historiadores están conformes en que ninguno igualaba al de Sogamazo en celebridad, gusto y riqueza. Todo empero fué devorado por las llamas, ni un solo objeto de los que por tanto tiempo contribuyeron á aumentar la credulidad y los horrores del paganismo en aquellos pueblos bárbaros, pudo librarse del voraz incendio. » Sabedor Quesada del punto en que se hallaba el cippa de Bogotá con todos sus tesoros, trató de apoderarse de él, pero habiendo sucumbido el príncipe á los pocos dias, Saquesa, su sucesor, se unió con los españoles, quienes le protegieron contra los panchas. La religion hizo entonces entre los indígenas rápidos progresos; habríase dicho que las chispas del fuego que abrasaba á Domingo de Las Casas inflamaban el corazon de los naturales, tan vivo era el deseo que estos mostraban de instruirse en la fé y de recibir las aguas del bautismo. Para avivar mas aquel buen deseo, resolvieron los españoles fundar cerca de Bogotá una nueva ciudad, á la que dieron el nombre de Santa Fé, la cual hizo edificar Quesada entre dos montañas para preservarla de los huracanes del este, y por calcular que en el caso de que se convirtiese en plaza de guerra, podria ser mas fácilmente fortificada. Es la ciudad de Santa Fé (Pl. LIII, n.° 2), abundante en aguas cristalinas, pero la escesiva humedad de su clima y los contínuos temblores de tierra que se esperimentan en ella, contribuyeron á hacer poco apetecible su morada. Durante su construccion, se vió á los naturales trabajar con el mismo ardor que los antiguos cristianos para edificar la iglesia, cuya bendicion se verificó con mucha pompa, en 6 de agosto del año 1538, dia de la Trasfiguracion, y en la que Domingo de Las Casas celebró por primera vez los santos misterios. Mientras que Quesada, acompañado del sacerdote Juan de Legaspes, emprendia nuevas espediciones, el piadoso dominico, pastor de la iglesia de Santa Fé, no solo se ocupaba en adornar aquel templo material, sin que tambien en crear templos vivientes para el Espíritu Santo. Nada era tan grato á su corazon paternal como la sencillez, piedad y modestia de los convertidos, á quienes con razon llamaba sus nuevos hijos; enteramente libres de las ilusiones de la idolatría, poseidos de la verdadera luz de la fé, despues de haber estado tanto tiempo sumidos en las tinieblas, y gozando de una libertad dulcísima,

despues de haber sufrido la horrible esclavitud del demonio, solo deseaban aquellos nuevos hombres cantar las alabanzas del Señor. De este modo empezó la iglesia de Santa Fé de Bogotá, que en breve llegó á ser la mas floreciente, y puede decirse, la metrópoli de todas las iglesias del nuevo reino de Granada. Debióse así mismo á Domingo de Las Casas y á Juan de Legaspes, el no haber estallado una guerra civil entre los conquistadores, puesto que Sebastian Benalcazar, acompañado de un religioso mercenario, habia avanzado ya hasta el reino de Bogotá, mientras que Nicolás de Fedreman marchaba tambien resuelto sobre el mismo reino para disputar á Quesada su rico patrimonio. Pero los tres misioneros, verdaderos apóstoles de paz, lograron, al nombre de Jesucristo y al del rey de España, evitar la efusion de sangre, y decidir á los tres capitanes á que se fuesen á Europa, para hacer presente al soberano las pretensiones que abrigaban. El dia 8 de julio del año 1539, Domingo de Las Casas se embarcó con ellos en Cartagena; su primer cuidado al llegar á Sevilla, fué esponer al consejo de Indias el estado de la religion en el nuevo reino de Granada, y escribir al maestro general de su Órden, Agustin Bemperat, para que enviasen á él nuevos misioneros. Luego se retiró Las Casas al convento de S. Pablo, donde murió santamente cinco años despues á consecuencia de las fatigas que sufrió durante su vida apostólica. Para que los intereses de la religion y del rey, no sufriesen menoscabo durante la ausencia de Quesada y del P. Domingo de Las Casas, confió por una parte la audiencia de Santo Domingo á Gerónimo Lebron el gobierno civil de aquel reino; y por otra, el obispo de Santa Marta designó á diferentes religiosos dominicanos y sacerdotes seculares, á cuyo frente puso á su vicario general Pedro Garcia Matamoros, á fin de que velasen por los intereses de la fé. Llegaron los nuevos misioneros á mediados del año 1540 á la ciudad de Veles, sobreviniendo á poco de su llegada un conflicto entre Lebron y el hermano del capitan Quesada, á quien este habia dejado en Santa Fé de Bogotá, encargado del mando durante su ausencia; pero los misioneros Pedro Duran y Juan de Montemayor, evitaron con su prudencia un rompimiento que no habria dejado de tener graves consecuencias. Luego de restituida la calma, por haber regresado á Santa Marta el licenciado Lebron, se entregaron los dominicos á la evangelizacion de los pueblos; el P. Juan de Lescanes, fué encargado de la cura de almas de Veles, y el P. Pedro Duran de la numerosa tribu de Ramiriqui, nombrándosele como adjunto al P. Juan de Montemayor, para que se dedicasen de consuno á la conversion de los idólatras, particularmente en Tunja y sus alrededores. Hallábase Juan Verdoso al frente de la parroquia de Santa Fé, habiendo sido reemplazado por el P. Juan de Aurres, en 20 de setiembre del año 1540; mientras que el P. Juan Mendez, su compañero en el apostolado, purificaba y bendecia el gran templo en que los cippas de Bogotá ofrecian poco antes sus horrendos sacrificios, convirtiéndolo en su primera iglesia y punto de partida de sus escursiones para el valle.

En los dias señalados, Juan de Aurres, y Juan Medez reunian sus neófitos, el uno en la nueva iglesia, que era vastísima, y el otro en la plaza de Santa Fé, donde despues de una corta y tierna plática, se les enseñaba el catecismo; luego lo preguntaban á algunos indígenas, y los que contestaban mejor, recibian en recompensa una pequeña cruz que conservaban cuidadosamente, la cual volvian á presentar en la próxima reunion para mejor demostrar los nuevos adelantos que habian hecho desde la últimamente celebrada. Entonces se les hacian las mismas preguntas, y solo en el caso de contestar satisfactoriamente, se les dirigian otras; se vigilaba su conducta, y cuando no podia dudarse de sus buenas costumbres, se les administraba el bautismo, siendo apadrinados por españoles que se encargaban de continuar instruyéndoles, sin que los nuevos cristianos quedasen por ellos dispensados de asistir á la oracion, á los puntos

doctrinales, ni á ninguna de las demás prácticas que les estaban prescritas. El método seguido por aquellos dos celosos misioneros en el reino de Bogotá, fué tambien adoptado por Juan de Lescanes, Pedro Duran, y Juan de Monte-Mayor en el reino de Tunja. Convencidos estos últimos, de que la conversion del jaque y del gran sacerdote daria por resultado la de todos sus súbditos, hicieron todos los esfuerzos posibles para alcanzarla, teniendo Pedro Duran el dulce consuelo de regenerar por medio del agua bautismal á aquellos dos ilustres neófitos. El jaque, que luego quiso casarse segun las leyes de la Iglesia, invitó con este motivo á un gran número de gefes indígenas, cuya reunion alarmó de tal manera á Perez de Quesada, por considerar que fraguaban algun plan de revuelta, que dictó contra ellos injustas medidas de rigor. El gran sacerdote, al que se dió el nombre de Alfonso, fué el instrumento de las misericordias divinas; puesto que, debidamente instruido en los misterios del cristianismo, catequizó á los demás sacrificadores, que le consideraban como oráculo, y así como habia sido celoso por la idolatría, fué despues activo por lograr la propagacion de la fé. Vivió aun muchos años, muriendo cristianamente al fin en Sogamazo, y siendo sepultado en la iglesia de los franciscanos. Si grandes fueron los triunfos cristianos que alcanzó Pedro Duran, no lo fueron menos los que obtuvo Juan de Monte-Mayor en la tribu de Boyaco; entre los ídolos que logró destruir aquel celoso misionero, habia el famoso ídolo de Bochica, que tenia tres caras de hombre: la celebridad de los sacrificios que se le hacian, y á los que asistian con tanta veneracion los pueblos, indujeron al misionero á preguntar á los indígenas, que era lo que se proponian al presentar sus votos y víctimas á una estátua que era de frágil barro. Contestáronle los idólatras que, inseguian una antigua tradicion trasmitida de padres á hijos, segun la cual era aquella estátua el verdadero Dios, creador de todas las cosas; y que aunque tuviese tres caras, no era mas que un solo Dios, no teniendo mas que un espíritu, un corazon, y una voluntad. El misionero les dijo entonces, lo mismo que en otro tiempo habia dicho S. Pablo á los atenienses: «Pues yo vengo á anunciaros al mismo Dios que adorais sin conocerle. Esa estátua no es mas que obra de hombres, y es por lo tanto una impiedad adorarla; sin embargo, ella representa á la debilidad de vuestro espíritu, lo que no os es dado comprender ni ver en esta vida, esto es: un espíritu purísimo, increado, eterno, invisible, el Ser Supremo y único omnipotente, que no tiene principio ni fin.» Esplicóles lo que nos enseña la fé con respecto á la unidad de la esencia divina, y á la trinidad de las personas, sin que tal vez ningun discurso religioso haya sido nunca escuchado con mas satisfaccion ni entusiasmo. Si se avergonzaban los indígenas de haber adorado por tanto tiempo una estátua de barro, sentian por otra parte el placer de que hubiese alguna analogía entre la doctrina del misionero y las confusas ideas que ellos tenian de su Dios. Su docilidad, y la prudencia del misionero de Jesucristo, hicieron que en breve triunfase el cristianismo de todas las supersticiones que se oponian á su marcha civilizadora. Así que, no solo fué sumamente fácil destruir el ídolo, si que tambien persuadir á los indígenas de todas estas verdades de nuestra religion: la unidad de Dios; la trinidad de las personas, la encarnacion del Verbo, la mediacion de Jesucristo, su muerte, su resurreccion por salvar á los hombres, la eficacia de su gracia, y de los sacramentos que ha instituido para hacernos mas estensivo el precio de su sangre. El pueblo de Boyca abrazó desde entonces el cristianismo, siendo muchos los indígenas que merecieron en poco tiempo la gracia de ser bautizados; construyóse una Iglesia parroquial, que Juan de Monte-Mayor dedicó á la santísima Trinidad, y á cuyo frente estuvieron los dominicos, hasta el año 1645. Era tal la piedad de los indígenas, que entraban en la iglesia al amanecer, y permanecian muchas veces en ella todo el dia, particularmente el miércoles de Ceniza y el domingo de Ramos,

entregándose con el mayor placer por espacio de tantos dias á todas las prácticas de piedad. La obra de Dios continuaba adelantando de un modo admirable, cuando en el año 1542 llegó una infinidad de misioneros con Alfonso Luis de Lugo, nombrado gobernador de una gran parte de los paises conquistados. En breve se distinguieron entre aquellos nuevos apóstoles, los dominicos Antonio de la Penna, y Lopez de Acuna, los cuales habiendo estado cerca de dos años en el convento de San Pablo en Sevilla, con el P. Domingo de Las Casas, sabian por él todo el bien que podia hacerse en América, y lo que es mas, el modo como debia este operarse.

Tambien en otro punto de la América meridional, ó sea en las orillas del Rio de la Plata, combatian ya los franciscanos á la idolatría con las luces de la fé, de resultas de haber intentado algunos españoles apoderarse de aquel pais. Para sostener sus heróicos esfuerzos, envió Cárlos V á Alfonso de Cabrera y á Lopez de Aquin con tres buques, en los que se embarcaron tambien seis franciscanos de la Observancia regular, encargados de dar á conocer la ley de Jesucristo á los pueblos que se pretendia someter á la corona de España. Hé ahí lo que escribia Fr. Bernardino, superior de aquellos misioneros, el dia 1.° de mayo de 1538, desde el puerto de San Francisco, á Juan Bernal Diez de Lugo, miembro del consejo de Indias establecido en Sevilla: «Hemos llegado felizmente á la embocadura del Rio de la Plata, gracias á la proteccion de Dios. Por tres veces hemos procurado entrar en el para seguir adelante, y otras tantas hemos tenido que retroceder rechazados por la fuerza del viento; viéndonos al fin obligados á detenernos en el puerto de San Francisco, llamado anteriormente puerto de Don Rodriguez. Hemos encontrado en él, tres cristianos que nos sirven de intérpretes, por poseer perfectamente la lengua del pais; nos han dicho que tres años antes, un indio llamado Etiguara, habia recorrido mas de doscientas leguas de territorio para anunciar á los indígenas, que en breve verian un gran número de verdaderos cristianos, hermanos de los discípulos del apóstol Santo Tomás, los cuales les administrarian el bautismo: encargándoles al propio tiempo que recibiesen dignamente á aquellos santos varones. Fueron las palabras de aquel profeta tan religiosamente escuchadas, que todos nuestros hermanos han encontrado desde entonces entre aquellos pueblos, la mas benévola acogida. Tambien les enseñó aquel algunos cantos, en los que se previene de un modo particular la observancia de los preceptos de la ley de Dios. Aquel hombre notable dejó algunos discípulos que han demostrado causarles nuestra vista un placer vivísimo, y que procuran complacernos en todo; estamos tan ocupados en administrar el bautismo, que no podemos dedicarnos á otra cosa, sin que tiempo nos quede siquiera para descansar. Estos salvajes se contentan fácilmente con una muger, y hasta consienten en no casarse con las que sean parientes en los grados prevenidos por la Iglesia, por habérselo así ordenado su profeta; los mas ancianos de entre ellos, son los que con mas ardor abrazan nuestra fé; hay algunos que pasan de cien años, encargados de enseñar á los demás todo lo que ellos han aprendido de nosotros. Son tan grandes las maravillas que Dios se ha dignado obrar en este pueblo, que es imposible esplicarlas; así que, os suplico por el amor inmenso con que procuró Jesucristo la salvacion de los hombres cuyo número es aquí tan infinito, no descuideis los medios que pueden contribuir á salvarles, haciendo de modo que el rey y los consejeros, vuestros colegas, nos envien al menos doce de nuestros hermanos de la provincia de Andalucía, y de la de los Angeles, al objeto de ejercer el apostolado en estas regiones. Así mismo seria necesario que nos enviasen algunos labradores y artesanos de toda clase, paraque ejerciesen aquí sus respectivos oficios; su cooperacion seria mucho mas útil que la de los soldados, siendo como es mas fácil atraer á estos salvajes por medio de la dulzura que por medio de la fuerza; no

dudo que si se les exaspera nos maltratarán, puesto que á pesar de su natural bondad, tienen un carácter vivo y belicoso. Aunque no somos mas que cinco, hemos conquistado ya, por la proteccion del cielo, toda esta vasta provincia, sin emplear mas armas que las de la palabra divina, y aun creo habremos prolongado de mas de ochenta leguas el teatro de nuestras conquistas, cuando recibais esta carta; ya veis si está dispuesto este pobre pueblo á recibir la luz de la fé. Por lo tanto, os repito, que tanto vos como vuestros colegas, no perdais la ocasion que se os presenta, para contribuir al cumplimiento de una grande obra; haced por el contrario lo posible para llevarla felizmente á término, si no quereis que os pida Dios un dia estrecha cuenta. Los hermanos que nos envieis, deberán desembarcar en el puerto de Don Rodriguez, ó en la isla de Santa Catalina, donde encontrarán ya á algunos de nuestros misioneros, encargados de procurarles todo lo necesario. En este pais es el aire purísimo, lo que hace que viva el hombre en él sano, robusto, y hasta á la edad mas avanzada; ofrece además muchas comodidades, y sobre todo, la facilidad de ganar almas para el cielo, que es la principal circunstancia para un corazon verdaderamente cristiano. He dado á esta provincia el sagrado nombre de Jesus, por ser su virtud la que obra en ella los grandes prodigios que cada dia estamos presenciando.»

CAPÍTULO XL.

Continuacion de las misiones de los PP. Dominicos y Franciscanos en la América del norte.

El órden de los hechos nos obliga aquí á dejar la parte meridional de la América, para dirigirnos á la del septentrion.

Los principales apóstoles del Mechoacan, cuyo cacique condenado al fuego, fué libertado por un misionero (Pl. LIV, n.° 1.), fueron los franciscanos Martin de Jesus, Angel de Saliceta, Gerónimo, Juan de Badia, Miguel de Bolonia y Juan de Padilla, quienes edificaron en él un convento dedicado á Sta. Ana, y luego algunos otros que formaron en el año 1535 una custodia, sometida en un principio á la provincia del Santo Evangelio de Méjico, y erigida el año 1561, en provincia separada, bajo el título ó nombre de San Pedro y San Pablo.

En el año 1535, se confirió por primera vez el vireinato de Nueva España, á Antonio de Mendoza, cuyo virey invitó al año siguiente á los obispos de Santo Domingo, Tlascala, y Méjico, á que se reuniesen para fallar sobre una cuestion muy debatida. Hé ahí la causa que la promovió. Los hermanos ó frailes menores de la provincia del Santo Evangelio, que tuvo sucesivamente por ministros á García de Cisneros y á Antonio de Ciudad Rodrigo, eran en número de sesenta; y como desde la llegada de los doce primeros religiosos en el año 1524, hasta el año 1539, recibieron el bautismo siete millones de indígenas, era imposible, por falta de misioneros, que hubiese podido administrárseles aquel sacramento con todas las ceremonias que prescribe el Ritual romano. Se reunia á los neófitos en una gran plaza, y se les dividia en tres clases, una de niños, otra de mugeres y otra de hombres; se empezaba por los niños, de los cuales se bautizaba á tres ó cuatro con todas las ceremonias que exige aquel sacramento; limitándose con respecto á los demás, á procurarles el agua que es la esencia del bautismo. Lo propio se practicaba acerca de los hombres y mugeres, dando el mismo nombre á todos los individuos de cada sexo; y á pesar de suprimirse por este medio la mayor parte de las ceremonias, se pasaba todo el dia administrando el bautismo, por presentarse sin cesar nuevos grupos que debian recibirle; los sacerdotes empleaban tan pronto el brazo derecho como el izquierdo, hasta que acababa por rendirles enteramente el contínuo movimiento que hacian. Semejante costumbre, aunque exigida por la necesidad, tuvo sus impugnadores. Reunidos los tres obispos, establecieron un reglamento, que por de pronto





satisfizo á todos; pero aunque sometida luego aquella misma cuestion, á las universidades de Salamanca y de Alcalá, no pudo ser decidida mas que por la bula de 1.º de junio del año 1537, en la cual declaró el papa, que, los que habian administrado el bautismo sin las ceremonias acostumbradas, no habian pecado, por exigir las circunstancias aquella omision; mandando empero, que, escepto en caso de necesidad, se practicasen en lo sucesivo las ceremonias prescritas También se declaraba en la propia bula, que, todos los indígenas que hubiesen vivido con diferentes mugeres, debian casarse con la primera de ellas, caso de recordar cual era; pero que sino lo tenian presente, podian conservar la que prefiriesen entre todas las demás, aunque fuese pariente en tercer grado.

Otra era tambien la cuestion que ocupaba al propio tiempo los ánimos, si bien, que, mas que cuestion religiosa, era de interés material Pretendian algunos, que, atendido el estado de su ignorancia, debian ser los indígenas considerados indignos de recibir los sacramentos (1), al paso que sostenian los mas, y entre ellos todos los misioneros, que era el carácter de los naturales dulce y benévolo, y por lo tanto merecedores de recibir cuanto antes la luz de la fé. Como en todos los casos en que se trataba de los pobres salvages, fué Las Casas, uno de sus mas ardientes defensores. Todos los hombres, decia, civilizados ó salvages, deben conocer á Dios, porque todos son igualmente objeto de la misericordia divina. No menos celosos se mostraron Julian Garcés, obispo de Tlascala, y Domingo de Betanzos, provincial de la órden de Predicadores, los cuales elevaron un escrito al papa, esponiéndole las costumbres, carácter y culto de los indígenas, para demostrar que se hallaban aquellos pueblos en estado de comprender las verdades del cristianismo. Solo citarémos un hecho, decian, entre los muchos que hemos presenciado, que probará por sí solo cuan grande es entre algunos de estos naturales, el poder de la gracia, cuando de salvages les ha trasformado en ángeles de luz. Habia entre las jóvenes nuevamente bautizadas, una, no menos notable por su talento y modestia, que por su belleza; prendado de ella un jóven indígena de la misma edad, no cesaba de importunarla para que correspondiese á su cariño, pero escudada la nueva cristiana con la religion que profesaba, supo mostrarse insensible á las súplicas y amenazas de su seductor. Cierto dia que logró este sorprenderla en un sitio donde no podia esperar la jóven ningun socorro humano, apeló con fervor á la proteccion del cielo, y dirigió estas sencillas palabras al que para triunfar de su virtud, iba á emplear la violencia. «¿No eres cristiano? ¿Cómo te atreves pues á intentar lo que Jesucristo prohibe?» Estas palabras, en boca de la vírgen cristiana, produjeron en su seductor el efecto del rayo. (Pl. LIV, n.º 2.) Mudo é inmóvil, solo volvió en sí el indígena para confesar su crímen, arrepentirse de él y prometer corregirse en lo sucesivo; siendo su promesa religiosamente cumplida. El obispo de Tlascala y Domingo de Betanzos, enviaron su célebre carta latina á Paulo III, por conducto del P. Bernardo de Minaya, prior de los religiosos de Santo Domingo, quien debia de viva voz completar sus informes para mejor pro-

(1) Afirman gravemente algunos autores estrangeros, que los españoles juzgaron á los indios incapaces de recibir la sagrada Eucaristía, con el objeto de sugetarles á la esclavitud y despojarles de sus bienes, continuando en su propósito por espacio de dos siglos. Tanta impostura y mala fé, queda desvanecida con la simple lectura de esta historia de la civilizacion, llevada por los españoles á la América. El celo y cuidado pastoral que constantemente tuvieron los religiosos, que en gran número, mandó España á aquellas remotas regiones, han patentizado al mundo la notoria falsedad de envidiosos estrangeros. Desde los primeros tiempos de la conquista, fueron admitidos los indios á la participacion del sacramento del altar; levantáronse templos y se celebraron fiestas, y no perdonaron los sacerdotes españoles, ni fatigas ni trabajos, recorriendo caminos escabrosos, á fin de administrar el viático al mas pobre é infeliz indio. Por testimonio de sujetos que vivieron muchos años en aquellas regiones, sabemos que los guaranies, esto es, uno de aquellos pueblos que fueron tenidos como los de mayor incapacidad, celebraban la fiesta llamada del *Corpus Domini*, con una piedad capaz de causar maravilla y ternura á los mismos europeos, y con señales de una fé tan viva, como puedan verse en cualquiera otra nacion del mundo. (Nota del Traductor.)

bar que eran los americanos, seres dotados de razon, y por lo mismo dignos de recibir el bautismo. Despues de haber visto el pontífice romano los fundados motivos en que se apoyaban, el obispo, el provincial y su delegado, declaró por medio del decreto de 2 de junio del año 1537, que los indígenas de América eran considerados hombres dignos de recibir la fé cristiana, y todos los sacramentos de la Iglesia; que no podia privárseles de su libertad ni de sus bienes, por mas que se intentase probar lo contrario. « Algugunos satélites del espíritu del mal, dice el papa, impulsados por el deseo desenfrenado de satisfacer su codicia y todas sus malas pasiones, se atreven á afirmar cada dia que los indios orientales y occidentales, y algunas otras naciones de las que se nos ha hablado en estos últimos tiempos, deben ser tratados como bestias de carga, fundados en que son incapaces de recibir y profesar nuestra santa religion; Nos, que aunque indignos, ocupamos el lugar de Dios en la tierra, y que empleamos todos los medios que están á nuestro alcance, para encontrar las ovejas descarriadas, al objeto de conducirlas á su redil, cumpliendo, al obrar así, con el deber que nos ha sido impuesto; informados de que los indios, no solo se hallan en estado de abrazar la fé de Jesucristo, sino que desean ardientemente recibirla; queriendo remediar los abusos que nos han sido denunciados, en virtud de nuestra autoridad apostólica, declaramos con las presentes, que los referidos indios, y todos los demás pueblos que se descubran en lo sucesivo, aunque desconozcan la fé de Jesucristo, no son ni deben ser por esto privados de su libertad ni de la propiedad de sus bienes, ó reducidos á esclavitud; y que solo por medio de la predicacion del evangelio, y por el ejemplo de una vida llena de virtudes, debe atraérseles y decidírseles á recibir nuestra santa religion. En su consecuencia mandamos: que todo lo que sea contrario á esta nuestra resolucion, sea considerado como nulo y de ningun valor. »

Desde Méjico, se dirigió Las Casas, en el año 1536 á evangelizar la provincia de Nicaragua y las comarcas vecinas, despues de haberse puesto de acuerdo con el obispo Diego Alvarez Osorio; pero como el gobernador de ella se propusiese tambien recorrerlas con algunas fuerzas, el misionero, que estaba debidamente autorizado para ello, se opuso con resolucion, declarando que solo él estaba encargado por el rey de España, de descubrir el interior de aquel pais para predicar la fé. El modo tierno con que Las Casas habló de los indígenas, causó tan viva espresion en el ánimo de los españoles, que en breve llegó á quedarse el gobernador casi solo; pero, habiendo muerto el obispo durante aquellas contiendas, escribió el gobernador á España, diciendo que era el protector de los indios un sedicioso, por lo que tuvo este que dirigirse á Europa para defender con mas constancia y mejor éxito la causa de sus hijos adoptivos.

Reinaba entre Las Casas y el virey de Méjico la amistad mas íntima, por ser tan apacible y benéfico el carácter de Antonio de Mendoza, y tal el efecto que profesaba á los indígenas, que con razon le daban el nombre de protector y padre. Cárlos V le habia encargado muy particularmente que hiciese adelantar en aquel pais las letras y las artes; así que, el colegio anexo al primer convento de S. Francisco de Méjico, en el que prestó Pedro de Gante tan grandes servicios, secundado por Arnoldo de Basacio, profesor de gramática, fué luego insuficiente para contener á la multitud de alumnos que acudieron de todos los puntos del reino. Fundó entonces Mendoza un segundo colegio, al que dió el nombre de Santa Cruz, cerca de otro convento, llamado de Santiago, del que fué su guardian nombrado director, destinándole no solo para los hijos de Méjico, sino para los de todo el reino, sin que tardasen mucho en salir de él discípulos distinguidos, que prestaron á la religion y á la patria eminentes servicios.

Dócil á los consejos de Las Casas, que volvió de España á Méjico en el año 1537, no

confió Mendoza ya mas que á los misioneros el descubrimiento de nuevos paises; por lo que Fr. Antonio de Ciudad-Rodrigo, ministro de la provincia franciscana del Sto. Evangelio, comisionó á seis de sus religiosos para esplorar las provincias marítimas del lado del norte, donde recogieron en dos años abundantes frutos en la conversion.

Habiendo dispuesto Cortés algunos buques para descubrir las costas del mar del Sud, Fr. Antonio de Ciudad-Rodrigo, dispuso que pasasen á su bordo tres misioneros, pero como viesen los españoles luego que eran aquellas comarcas de escasa poblacion é importancia, volvieron atrás conduciendo á los tres religiosos, por no ser á estos posible continuar, sin el apoyo de sus compatricios, sus tareas evangélicas en aquel pais vírgen, donde no habia penetrado aun hasta entonces la voz dulcísima de la religion. No menos afligido Fr. Antonio al ver que no habian podido sus hermanos seguir adelante, trató de mandar á dos de ellos por tierra, á fin de ver si podian así mas fácilmente lograr su cristiano propósito; pero en breve tuvo que regresar uno á Méjico, á consecuencia de una grave enfermedad, que contrajo en la travesía, continuando el otro religioso solo con dos intérpretes hasta llegar á un pais muy poblado, pero en estremo pobre. Sus habitantes le recibieron como á un hombre descendido del cielo, acudiendo á él en tropel con las mayores demostraciones de alegría, y besándole el hábito con profundo respeto. Despues que les hubo evangelizado, quiso continuar el religioso su marcha civilizadora, lo cual sabido por los nuevos convertidos, determinaron acompañarle de un punto á otro en número de tres ó cuatrocientos, y atender á su sustento durante el camino por medio de la caza, á cuyo ejercicio estaban sumamente adiestrados. De este modo acompañaron hasta á mas de doscientas leguas de distancia al misionero, que iba sembrando por do quiera la palabra evangélica que tuvo el consuelo de ver germinar, florecer y fructificar. En aquel largo viage, supo que allende las montañas habia otros paises muy ricos y poblados, en el que sus habitantes poseian grandes poblaciones, y que se hallaban sus gefes en contínuas guerras; así pues, resolvió no penetrar en ellos por temor de que si llegase á morir, ignorasen los españoles tan importantes noticias, y regresó á Méjico para dar conocimiento al virey de todo cuanto habia sabido durante su viage. En vista de los informes de aquel religioso, encargó Mendoza luego á Francisco Vazquez de Coronado, gobernador de Nueva-Galicia, que fuese á reconocer los nuevos paises de que acababa de tener noticia; nombrando al propio tiempo al hermano Márcos de Niza, para que le acompañase en la espedicion proyectada. Debia el franciscano preceder á Vazquez, y adelantarse por tierra con el hermano Honorato, el negro Estéban Dorantes, para que le sirviese de intérprete, y seis indígenas que empezasen ya á comprender bien el español. Hé ahí, segun Wadding, el itinerario del hermano Márcos.

Partió en 7 de marzo del año 1539 del pueblo de San Miguel, de la provincia de Culiacan, y tomó el camino de Petatlan, cuya poblacion estaba aun á setenta leguas de distancia; en todas partes se le recibió con benevolencia; al llegar á Petatlan tuvo que dejar al hermano Honorato, por haber caido gravemente enfermo. Recorrió con sus demás compañeros una larga estension de territorio, y, apesar de la estrema miseria que habia á consecuencia de haberse perdido la cosecha por espacio de tres años, nunca les faltó lo necesario. Luego se internó Fr. Márcos en un vasto desierto en el que permaneció cuatro dias, acompañado de algunos indígenas, llegando despues á un pais muy poblado, cuyos habitantes se sorprendieron en gran manera al ver el trage de los españoles y el de los americanos de su séquito, á quienes no conocian, ni de los que no habian tenido nunca noticia. Con todo, hicieron los indígenas una escelente acogida á los viageros, á quienes procuraron voluntaria y generosamente todos los víveres necesarios; era tanta la veneracion que tenian al

P. Márcos aquellos pobres naturales, que no cesaban de besarle el hábito con santo respeto, dándole el nombre de *haiotan*, esto es, hombre divino. Al ver el misionero su escelente disposicion, les esplicó por medio de sus intérpretes, el dogma de la unidad de Dios y el poder del rey de España. Dijéronle los naturales que á la distancia de cuatro jornadas en el interior del pais, se estendia una vasta llanura, cuyos habitantes vestian ricamente y llevaban piedras verdes en las orejas y en la nariz; que era el oro tan abundante en aquel pais, que revestian de aquel metal las paredes interiores de los templos; sin embargo, el P. Márcos no quiso dirigirse á aquel rico pais, á causa de la órden que habia recibido de no alejarse mucho del mar. Despues de haber andado cuarenta leguas en cuatro dias, llegó á Vapacam, desde donde envió diferentes hombres de su séquito á la costa por distintos caminos, y al negro Estéban hácia el norte, encargándoles muy particularmente á todos que le diesen aviso de todo cuanto averiguasen de notable. A los cuatro dias de su partida, regresó uno de los compañeros del negro, para anunciarle que habia á treinta jornadas de distancia una hermosa provincia llamada Cibola, cuyos habitantes poseian siete grandes poblaciones, que eran allí tan abundantes las turquesas, que hasta adornaban con ellas las puertas de sus casas, y que era aquel pais gobernado por un rey.

Fray Márcos se habia detenido en Vapacam para celebrar la fiesta de Pascua, en cuyo mismo dia llegaron á su vez los demás esploradores que habia hecho dirigir hácia la parte del mar, declarándole que habian descubierto treinta y cuatro islas. Presentáronle á algunos de aquellos isleños, los cuales llevaban unos grandes broqueles de cuero, con los que se cubrian todo el cuerpo; visitaron tambien á Fr. Márcos aquel mismo dia, tres indígenas de la parte de oriente, con los brazos y el pecho pintarrajados, diciéndole que vivian en la frontera de Cibola, y que podia en un todo disponer de ellos; sirviéronle de guia cuando fué el misionero á reunirse con el negro. Apenas acababa Fr. Márcos de emprender la marcha, cuando recibió ya del negro Estéban diferentes avisos, previniéndole que adelantase lo posible, y que habia á mas del de Cibola otros tres reinos, llamados Murata, Acus y Tonteac. En todas partes se recibió al misionero con muestras de vivo interés, procurándosele abundantes víveres para él y sus compañeros, y ofreciéndosele además ricas pieles; en cambio, dispensaba él á los naturales grandes beneficios, puesto que además de hacerles entrever las eternas verdades de la fé, curaba los enfermos con la lectura del evangelio y con la señal de la cruz. Encontró Fr. Márcos por el camino á diferentes indígenas que le advirtieron que el negro le estaba aguardando en las inmediaciones de un pais desierto, á la distancia como de unas dos jornadas; y que para mejor indicar el camino que debia seguir el sacerdote, habia plantado el negro de trecho en trecho una cruz que debia servirle de guia. Poco antes de reunirse con Estéban, encontró el misionero un pais hermoso y fértil, cubierto de mieses, y regado por grandes canales, cuyos habitantes, y hasta su mismo gefe, fueron á felicitarle, vistiendo sus mejores trajes, en los que ostentaban magníficas turquesas; dijéronles que sus vestidos habian sido tegidos en Tonteac, y que eran del pelo de unos animales bastante parecidos á los perros, aunque mas grandes; ofreciéronle varios presentes que el religioso no quiso aceptar. Luego se dirigió al desierto que atravesó en cuatro dias sin encontrar al negro, penetrando, despues de aquella vasta soledad, en un valle poblado y frondoso, en el que iban sus habitantes vestidos del mismo modo que los de que acabamos de hablar; dijéronle que estaba ya cerca de la provincia de Cibola, cuyo pais conocian todos ellos perfectamente. Despues de haber recorrido Fr. Márcos diferentes puntos de la costa, vino en conocimiento de que se hallaba aquel pais á treinta y seis grados del equinoccio; á los cinco dias de continuar su viage por el interior del valle, vió el religioso á un hombre que

huia de su pais por el temer de ser castigado, segun lo indicó él mismo; como no revelase su esterior la perfidia, y manifestase por otra parte el deseo de acompañar al misionero, prometióle este hacer todo lo posible para alcanzar del gefe de la tribu el perdon de su leve falta. Hízole entonces el fugitivo una descripcion bastante exacta de la provincia, dijo así mismo que se daba á su principal ciudad el nombre de Abacam, la cual estaba situada al mediodía de Murata, que aquel reino, antes muy poblado, estaba entonces casi desierto á causa de sus últimas guerras, y que estaba cerca del de Tonteac, cuyos moradores eran en estremo ricos. Los habitantes del valle regalaron al hermano Márcos una piel de un pelo muy largo y erizado, del mismo color que el del gamo, y mas grande que dos cueros de buey: dijéronle que el animal á que pertenecia tenia en la frente un cuerno encorvado, del que nacia otro enteramente recto, constituyendo ambos su principal fuerza. Al penetrar en otro valle, encontró el religioso á un mensagero del negro, encargado de participarle que continuaba este adelantando sin obstáculo, guiado por los mismos naturales. Aunque vivamente instado para que avanzase en lo posible, quiso el misionero detenerse en aquel valle, por haber consentido sus habitantes en que tomase posesion del pais á nombre del rey de España; ofreciéronle tambien acompañarle en gran número, con las provisiones necesarias, al través del inmenso desierto, cuya estension constaba de quince jornadas, y que precisamente habia de atravesar para dirigirse á Cibola.

El dia 5 de mayo penetró Márcos en aquella vasta soledad por una gran via, en la que vió aun las señales de las hogueras que acostumbraban los viageros encender en ella. Feliz en estremo habia sido hasta entonces su viage; pero al segundo dia de hallarse en el desierto, vió el misionero dirigirse hácia él un hombre vivamente azorado: era uno de los compañeros del negro, el cual le dijo que al llegar cerca de Cibola habian enviado al gefe de la ciudad una calabaza adornada de plumas encarnadas y blancas, y de algunas campanillas ó cascabeles para anunciarle su presencia, segun la costumbre del pais. Luego añadió, que irritado el gefe al ver aquel símbolo, arrojó la calabaza, maltrató á los que acababan de presentársela, y mandó, que tanto ellos, como su gefe, y los de su séquito, abandonasen inmediatamente su territorio, sino querian perder la vida. El negro, empero, á quien no habia intimidado en lo mas mínimo semejanta amenaza, continuó avanzando hácia la ciudad, de la que fué arrojado con todos sus compañeros, despues de habérseles despojado de cuanto llevaban. No fué aun esto lo peor, continuó con tristeza el mensagero, sino que habiendo sido despues perseguidos hasta un rio que no fué posible atravesar, fuimos alcanzados por nuestros bárbaros perseguidores, quienes dieron muerte al negro, y á casi todos los demás compañeros; siendo yo el único que logré librarme de su furor por haberme escondido. Semejante noticia aterró á Fr. Márcos y su comitiva; pero recurriendo el sacerdote á la oracion, no tardó en sentir renacer en su pecho la esperanza y el valor que la virtud inspira hasta en las mas terribles pruebas de la vida. Despues de haber logrado reanimar con su ejemplo á los indígenas, distribuyó entre ellos algunos vestidos, y les decidió á seguirle, encontrando á una jornada de Cibola á otros dos compañeros del negro, que por desgracia confirmaron todo cuanto habia dicho el primer mensagero, y mostrando en apoyo de sus palabras las heridas que habian recibido: el negro, añadieron, ha sido muerto, y con él los tres cientos hombres que formaban su escolta. Esta triste relacion acabó de desconcertar á los compañeros de Fr. Márcos; inútiles fueron las dádivas, reflexiones y promesas que les hizo el animoso apóstol, para decidirles á continuar su camino: el temor al peligro pudo mas que sus esfuerzos. Apoderóse de los indígenas tan ciego furor al ver la heróica constancia de Márcos, que determinaron asesinarle, para vengar en

él la muerte de sus compañeros; pero advertido el misionero por un habitante de Méjico, logró disuadirles de su fatal intento, diciéndoles que ninguna ventaja podria procurarles su muerte, la cual seria por otra parte severamente vengada por los españoles. Entonces propuso Márcos enviar á algunos de los indígenas hácia el interior del pais, para que pudiese saberse con toda exactitud lo ocurrido, sin que tampoco quisiesen aquellos consentir en ello; pero lejos de desconcertarse Márcos, se adelanta con un pequeño número que, al ver su decision le sigue hasta la vista de Cibola. Notó que esta ciudad, situada en el centro de una llanura que habia al pié de una colina, era mucho mas grande que Méjico, y que todas sus casas eran de piedra, y muy bien construidas; no creyó prudente entrar en ella, por temor de que no privase su muerte á los españoles de una noticia tan interesante. Se contentó con formar un grupo ó monton de piedras sobre el que colocó una cruz, para indicar que tomaba posesion del pais en nombre del rey de España; luego retrocedió hasta Nueva-Compostela, pasó á Nueva-Galicia, desde donde mandó al virey una relacion exacta de su viage, que habia durado cerca de tres meses. Aquella relacion, dice Mr. Eyries, exaltó vivamente á los mejicanos por los fabulosos detalles que contenia acerca de la belleza del pais, situado al norte de California, la magnificencia de la ciudad de Cibola, su inmensa poblacion, y el órden y policia de sus habitantes. La sana razon, rechazando las exageraciones, admite como probable que las ruinas de *Casa Grande*, descubiertas en las orillas del Rio-Gila, podian haber dado lugar á la relacion de Fr. Márcos; siendo diferentes los historiadores que suponen haber sido *Casa Grande*, la segunda poblacion de los aztecas, cuando emigraron del Aztlan para dirigirse al valle de Tenochtitlan; ocupan aquellos restos de una antigua ciudad azteca cerca de una legua cuadrada. Hay un gran edificio en la parte de oriente, cuyas paredes tienen doce decímetros de espesor, y un muro interrumpido por gruesas torres, que ciñe el edificio principal, sirviéndole de defensa. El P. Garcés, descubrió en 1773, los vestigios de un canal artificial, que conducia las aguas del Gila á la ciudad; la llanura inmediata está llena de vasijas y pucheros rotos, pintados de blanco, encarnado y azul; encuéntranse así mismo entre aquellos despojos de alfareria mejicana, algunas piezas de lava vidriosa ú obsidiana. Es innegable que los indígenas que habitan el pais regado por el Gila, han sido siempre mucho mas civilizados que los pueblos de la parte del sud.

En el mes de abril del año siguiente, Francisco Vazquez de Coronado partió á su vez de Culiacan, con el objeto de colonizar el pais recorrido por Fr. Márcos; acompañábanle en su espedicion dos franciscanos, Juan de Padilla, sacerdote que habia evangelizado con gran provecho una gran parte de Nueva-España, y el hermano lego Luis de Escalon. En siete dias llegó Coronado á Cinaloa, cerca del grande Océano, siendo muy mal acogido en Cibola, cuyos habitantes se negaron á recibir la fé y á considerarse como vasallos del rey de España; en la provincia de Tucayan, situada á la distancia de cinco jornadas hácia el nord-este, encontró siete poblaciones bastante grandes, que supuso debian ser las siete ciudades de que hablaba en su relacion Fr. Márcos. Veíanse á lo lejos frondosos valles, en los que pacian diferentes manadas de bisontes; Quivira, en la que entraron los españoles algun tiempo despues, solo era entonces un pueblo de escasa importancia. A fines del mes de agosto, regresó Vasquez á Nueva-Galicia, sin haber fundado ninguna colonia, dejando en pueblos hasta entonces ignorados á los hermanos Juan y Luis, los cuales al dirigirse á Quivira fueron inmolados por los indígenas, siendo por lo mismo las primeras víctimas que regaron con su sangre aquel nuevo pais. Era tanta la veneracion en que tenia Vasquez al hermano Luis, que mandó á sus soldados inclinar la cabeza cuantas veces oyesen pronunciar el nombre de aquel santo religioso.

Cuando el P. Antonio de Ciudad-Rodrigo, envió hácia el pais de Cibola al hermano Márcos de Niza, que debia sucederle á su regreso en el cargo de ministro de la provincia del Santo-Evangelio, dirigia al propio tiempo otros dos religiosos Menores hácia el pais de los Chichimecos, cuyos descendientes habitan hoy dia el estado de Mechoacan. Bajo el nombre Chichimecos, eran conocidas diferentes tribus, de lengua, usos, y costumbres distintos; tales eran las de los panuas, capuzos, samues, mayolias, guamares, gunchinchiles, zancas, y otras muchas poblaciones enteramente divididas. Ocupaban estas el pais situado en la frontera de Nueva-España, entre las ciudades de San Miguel y San Felipe, cuya estension era de dos cientas leguas; su posicion era encantadora, tanto por la fertilidad del suelo, como por lo apacible y benigno del clima. Algunos restos de edificios indican claramente el paso de una generacion mas industriosa y civilizada por aquel pais, entonces sin cultura, y cuyas tribus solo debian dedicarse á la caza, por lo que se les daba el nombre de Chichimides. Para dar una idea de lo vehemente que era la pasion de la caza en aquellos indígenas, solo dirémos que hasta las mugeres acompañaban á sus maridos en aquel ejercicio, dejando á sus hijos en cunas de junco, suspendidas sobre las ramas de los árboles. No conocian mas armas que el arco y la flecha, que manejaban con la mayor destreza; cuando se veian los chichimedes acosados por el hambre, se reunian en numerosos grupos para ir á devastar los campos vecinos, y robar el ganado; se comian las comadrejas, topos, gatos monteses, y casi todos los animales á que lograban dar muerte en sus escursiones. Iban en su mayor parte desnudos, sirviéndoles de asilo las cavernas y quebradas de las mas ásperas montañas. Tales eran los chichimecas, pueblo errante y sin religion que recorria sin cesar las vastas soledades y los bosques; el hombre creado á imágen de Dios, parecia entre ellos haber descendido al nivel del bruto; preciso era lavarles con la sangre divina de Jesucristo, para sacarles de aquella degradacion profunda, y hacerles elevar á la vida moral. Los dos hermanos Menores bautizaron á un gran número, pues habria como unos treinta grupos, compuesto de tres ó cuatro cientos cada uno, entre hombres, mugeres y niños, que habian sido admitidos ya en el seno de la Iglesia; reuniéronse además muchos otros á la voz de los religiosos, para formar diferentes colonias, bajo la promesa de que no se les exigiria ningun tributo aun cuando reconociesen al rey de España; los mismos franciscanos presentaron el tratado que acababan de formar con ellos, el cual fué ratificado por el virey de Méjico.

El perfecto acuerdo que reinaba entre Mendoza y Las Casas, aseguró el resultado de diferentes escursiones pacíficas que hizo el último en varias provincias con Rodrigo de Andrada y otros tres dominicos; sin embargo, no pudo Las Casas continuar sus triunfos gloriosos por haber tenido que volver á España el año 1539, á instancias del obispo de Guatimala, cuyo prelado estaba vivamente afligido por haber intentado un gefe subalterno invadir aquella region con algunas tropas de su mando. Tenia Las Casas el encargo de pedir, no solo que se enviase á América mayor número de misioneros, sino tambien que fuesen puestos de nuevo en todo su vigor las antiguas órdenes relativas á los indígenas, particularmente las que prevenian que fuesen los sacerdotes empleados en el descubrimiento de los nuevos paises. Aunque á la sazon no estaba Cárlos V en el reino, fueron Las Casas y su compañero Rodrigo de Andrada, atendidos por el consejo; á ellos se debió aquel magnífico sistema, tan fecundo en resultados, que se planteó tres años mas tarde en América.

Desde Guatemala hasta Yucatan se estendia la custodia del Nombre de Jesus, puesta bajo la jurisdiccion del provincial franciscano de Méjico; de tal modo multiplicaron los frailes Menores sus conventos, que en breve se formaron en aquel dilatado pais otras custodias, que fueron á su vez erigidas en provincias: la

de Guatimala, situada á lo largo de la costa marítima, conservó el título de Nombre de Jesus. El ministro general envió á ella en el año 1539 cinco sacerdotes, á saber: Alfonso de Eras, Didacio Ordoñez, Alfonso Bustillo, Didacio Alvaquio ó Pesquio, Gonzalo Mendez, y el hermano lego Francisco de Valderas, todos ellos procedentes de la provincia franciscana de Santiago. Al llegar aquellos misioneros al término de su viage, el año 1540, habian tenido que llorar ya la muerte de su superior Alfonso de Eras; pero viendo desde el primer momento de su llegada la insuficiencia de su número para cultivar con provecho el vasto campo que se les destinaba, enviaron á España á Francisco de Valderas, quien regresó á Méjico con otros doce religiosos, de los que perecieron ya algunos, despues de haber salido de Méjico en direccion á Guatimala. En el año 1542, el hermano Jacobo de Testera, comisario general, llegó á Méjico con otros doscientos religiosos españoles, que fueron repartidos entre diferentes provincias, en las que difundieron prodigiosamente la luz de la fé, y de los que destinaron doce á la de Guatimala.

Un triste acontecimiento fué causa de que se entorpecieran por algun tiempo en el Yucatan los progresos del cristianismo. Hé ahí como refiere el mismo Las Casas aquel hecho lamentable: «Gozaba el reino de Yucatan de una verdadera paz, cuando el hermano Jacobo y otros cuatro religiosos de S. Francisco, llegaron á él para predicar el evangelio, enviados allí, por el virey de Nueva-España, quien les autorizó para prometer en su nombre á los indios, que no volverian á entrar ya en su pais nuevas tropas. El hermano Jacobo hizo á algunas personas prudentes el encargo de pedir á los naturales el permiso para ir á su pais, al objeto de hacerles conocer el verdadero Dios, creador del cielo y de la tierra; á lo que contestaron los caciques, que si eran aquellos religiosos hombres pacíficos, podian presentarse sin temor alguno. Inmenso fué el bien que hicieron los misioneros á todo aquel pueblo que acababa de abrirle sus puertas; así que, agradecidos los caciques no tardaron en presentarse á los franciscanos, diciéndoles, que estaban dispuestos á quemar sus ídolos y á reconocer al rey de España. En efecto, aquellos mismos indígenas, envueltos poco antes en las tinieblas de la idolatría, trabajaban despues con ardor para levantar templos al Dios de los cristianos. Otros doce ó quince grandes caciques de los paises vecinos, siguieron tambien el ejemplo de los anteriores, diciendo que reconocian voluntariamente al rey de España por soberano. Obra en mi poder el acta de reconocimiento que firmaron, segun la costumbre de su pais, así como tambien los certificados de los misioneros; estos hechos indican claramente el medio que debia emplearse para establecer el poder del rey de España en aquellas vastas regiones.... Pero, mientras que la religion cristiana lograba de este modo arraigarse y florecer en el reino de Yucatan, penetró en el pais una banda de treinta hombres perdidos, que traia á los indígenas numerosos ídolos, y cuyo gefe dijo á los caciques que se los ofrecia en cambio de algunos jóvenes naturales que necesitaba para su servicio. Al ver los misioneros semejante conducta, reprendieron á los aventureros, que trataban de destruir su obra, pero lejos de prestar estos oido á las amonestaciones de los religiosos, dijeron á los indios ser ellos los que les habian llamado para sugetarles por medio de la fuerza. Irritados los indios á semejante noticia, resolvieron dar muerte á los religiosos, que para librarse de su furor apelaron á la fuga. A los pocos dias empero, conocieron ya los naturales el engaño de que habian sido víctimas, y para reparar en lo posible la falta cometida, llamaron otra vez á los misioneros, recibiéndoles como verdaderos ángeles de paz, á los que debian los pocos momentos de dicha que les habia sido dado gozar en la tierra. Sin embargo, continuaban los treinta aventureros desmoralizando el pais, despues de haberle hecho víctima de todos los escesos. Sabedor el virey de Nueva España de lo que

ocurria en el reino de Yucatan, sometido á su dominacion, condenó á muerte a los bandidos que turbaban su reposo, pero, como por no infringir los tratados dejó de mandar tropas que les persiguiesen, no solo continuaron aquellos desmoralizando el pais, sino que hasta obligaron á los religiosos á salir del reino, que con dolor dejaban otra vez sumido en las tinieblas de la idolatría.»

La mayor parte de los franciscanos que se consagraban á la conversion de los indígenas deseaban el martirio, si bien no fué posible á los mas de ellos alcanzar la palma gloriosa, con que quiso el cielo coronar las virtudes del bienaventurado Juan Calero. Ignoramos la patria y hasta el año en que nació aquel hermano lego, de la órden de S. Francisco, al que su celo y su fervor le valieron en las misiones el dulce nombre de *Santo*. Hallábase en el convento de Ezetlan (1) en Nueva España, cuando diferentes indígenas, que habian sido instruidos y bautizados por los religiosos en el año 1541, se escaparon de la poblacion y se dirigieron á las montañas, donde se perpetuaba el culto de los ídolos entre las diferentes tribus que se habian refugiado á ellas. Juan Calero, al que no ocupaba otra idea que la salvacion de los fugitivos, corrió tras ellos, acompañado de tres jóvenes americanos, que habia catequizado y que pertenecian á la Tercera órden de la Penitencia. En alas de su generoso ardor, en breve alcanzó el religioso aquellas ovejas descarriadas cerca de las montañas, y las suplicó con instancias tan tiernas, que continuasen profesando el cristianismo, conforme les prevenia el bautismo, que habia logrado ya enternecerles, cuando una muger, empero, obstinada en sus rancias supersticiones, tuvo bastante ascendiente en ellos para hacerles faltar á la promesa hecha al hermano Juan y sus compañeros. Alentada la impía por aquel primer triunfo, pide á los fugitivos que no permitan á los cristianos retirarse sino quieren ser descubiertos, y dice, que solo su muerte puede ponerles al abrigo de la persecucion de sus enemigos, y mas que el temor, deciden las palabras de aquella mejera de la suerte de los tres cristianos. Al ver Juan Calero que iban á arrojarse sobre él, cae de rodillas y da gracias á Dios por permitirle morir por su nombre. Decapitáronle con un sable de madera, arma que acostumbran usar los indígenas, por lo que fué su suplicio mucho mas lento y terrible; los otros tres jóvenes terciarios sufrieron tambien la muerte, habiendo tenido lugar el martirio de aquellos cuatro confesores, el dia 30 de octubre del año 1541. Siete dias despues, encontraron los españoles el cuerpo de Juan Calero, en el mismo punto en que habia dejado de existir; los de los tres terciarios habian sido devorados por las fieras, puesto que solo habia de ellos algunos huesos. El cuerpo del religioso fué trasladado al convento de Ezetlan, y como le revistiesen los franciscanos, segun costumbre, con el hábito de la órden, cortaron los españoles sus vestidos, y conservaron sus retazos como reliquias de un mártir; luego se hicieron al confesor honrosos funerales, teniendo lugar aquel acontecimiento en ausencia de Antonio Collaris, guardian del convento de Ezetlan, que acababa de dirigirse á Méjico. A su regreso, fué á encontrar á los indígenas desertores de la fé, y les habló con tanta uncion, les reprendió con tanta fuerza el sacrilegio con que se habian marchado, que logró atraerles de nuevo á la religion, en la que vivieron despues santamente, restituyeron los vestidos de que habian despojado al mártir, y refirieron todas las circunstancias de su dichosa muerte. Alentado Antonio Collaris, por el glorioso triunfo que acababa de procurarle su celo, intentó convertir á otros indígenas que, menos sensibles á sus santas exhortaciones, le recibieron con una nube de flechas, que le hicieron alcanzar la palma de la inmortalidad; trasladado á su vez el

(1) En la cuarta parte de la crónica general de la órden de S. Francisco, compuesta por Fr. Antonio Daza, cronista general de su órden, lib. II, pág. 211, al referir el martirio de los Santos Mártires, Juan Calero y Antonio de Cuellar, dice ser este último guardian del convento de Izatlan en las Indias Occidentales. Sirva esta nota de correctivo al texto de Henrion en el que se lee *Ezetlan y Collaris*. (N. del T.)

cuerpo del nuevo mártir al convento de Ezetlan, fué enterrado junto al de Juan Calero; ni aun la muerte bastó á separar los restos de aquellos dos hombres, tan estrechamente unidos durante su vida por los lazos del apostolado.

CAPÍTULO XLI.

Misiones en Europa, Africa y Asia

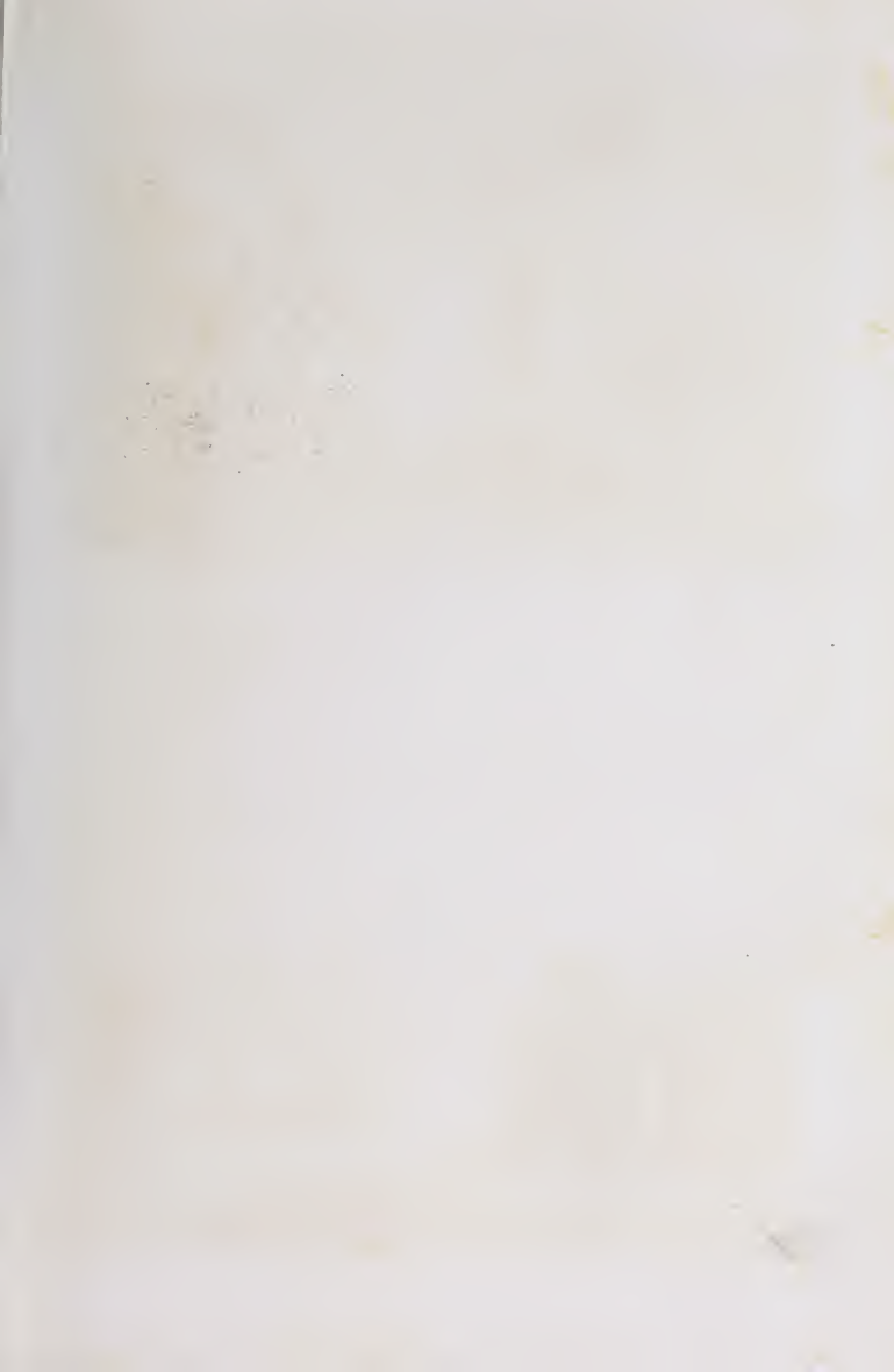
La accion santa y benéfica de los frailes Menores y Predicadores no quedaba circunscrita en ambas Américas, donde procuraban establecer la fé (1); remontémonos sino á los primeros años del siglo XVI, y les verémos continuar ya sus misiones heróicas en las demás partes del mundo.

Verémos en el oriente al franciscano Juan de Potenza, enviado en calidad de nuncio apostólico á los maronitas del monte Líbano, disipar con el hermano Francisco de Rieti, los errores de aquel pueblo, y acompañar tres embajadores al concilio de Letran, para reconocer la autoridad del papa y hacer profesion de fé ortodoja. Cayetano, maestro general de la órden Dominicana, nombró al provincial de Grecia su vicario general en Tierra Santa, á fin de propagar la religion católica en Palestina, encargándole que enviase allí todos los religiosos que creyese necesarios para hacer progresar la fé en aquel apostolado; y á fin de que la provincia de Grecia, que ocupaban en su mayor parte los otomanos, no se viese privada, por la ausencia de aquellos misioneros, de los ministros del evangelio que le fuesen necesarios, le destinaba el P. General cierto número de frailes Predicadores. Entretanto, la admirable familia franciscana en Tierra Santa, constante en su abnegacion por conservar los santuarios, que desde el año 1517 habian caido en poder de los turcos, aunque sumamente reducida por su escaso número y por la estrema indigencia de los cristianos de Palestina que no podian procurarles ningun socorro, logra conservar los monumentos sagrados de la religion cristiana. Al verla en tantos apuros, le señala el papa por su parte una pension anual, privándose de una parte de los productos de la cámara apostólica, é imitando los cardenales su ejemplo, prívanse tambien de una parte de sus rentas en beneficio de aquellos pobres mártires. Sin descanso trabajan en Hungría los dominicos y los franciscanos; y en Eslavonia y Transilvania sucumben tambien los franciscanos bajo la cimitarra de los turcos, cuyo ciego fanatismo no para hasta regar aquellas provincias con la sangre de numerosos mártires.

En Africa, el franciscano Antonio de Garay, obispo de Tama, ciudad situada en las riberas del Nilo, predica constantemente la verdad católica, durante los veinte años que permanece entre los musulmanes y los coptos, el dominico Jacobo de San Pedro, de la provincia de Aragon, enviado por el maestro general Cayetano, como misionero apostólico, á aquellas regiones, convirtió con sus compañeros, muchos mahometanos é idólatras, sellando al fin con su sangre, la fé que les anunciа.

Fray Martin de Spoleto, franciscano italiano, que pasó en el año 1530 al reino de Fez, al objeto de convertir los infieles á la fé, debe ser considerado como uno de los mas ilustres mártires de la órden de S. Francisco. A su llegada, fué á visitar al rey y á su hermano político, príncipe muy benévolo para los cristianos, los cuales procuraron hacerle desistir de su propósito, prometiéndo protegerle en todo. La oposicion, empero, que le hicieron los príncipes, solo contribuyó á aumentar mas su celo; así que, empezó desde luego á discutir públicamente con los doctores musulma-

(1) En tanto esto es asi, que se cree que hubo religiosos franciscanos que bautizaron mas gentes que los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, como se lo dijo un general de esta órden al papa Clemente VIII. Solamente en la Nueva España se halló por computacion muy cierta, por una carta del primer arzobispo de Méjico, y por autores graves y muchos historiadores que lo afirman, que en el año 1531 estaban bautizados (*per aspersionem*) por mano de los religiosos de esta órden en aquella tierra, sin las que antes bautizaron en otras Indias, mas de un millon de almas. (N. del T.)



nes, y á convencer á algunos de ellos, siendo en su consecuencia muchos los moros que prometen seguir las máximas del religioso; tambien convenció en presencia del rey á diferentes rabinos judíos, que, dominados por su irresistible lógica, persuadieron á su auditorio y al soberano, de que tenia el buen religioso un demonio familiar; que debia por lo mismo privársele de predicar y arrojársele del pais, si querian evitar que el pueblo y los cristianos, arrastrados por la mágia de su palabra, se sublevasen contra el rey, para despojarle de sus Estados. El hermano político del soberano, que profesaba un particular afecto á Martin, le hizo llamar y le dijo en presencia del rey y su divan, que pusiese fin á sus predicaciones y conferencias, y que se volviese al pais de los cristianos. Contestóle, empero el religioso, que solo habia ido allí con la intencion de propagar la fé que profesaba, y para arrancar de su ceguedad á los musulmanes de Fez; que perseveraría en su generosa empresa; que eran los judíos unos impostores, que solo procuraban perder á los moros; y que, persuadido de la verdad que predicaba, no titubearía en lanzarse á una ardiente hoguera, solo por convencerles de ella, en cuyo caso debian prometerle adorar al Dios que le haria triunfar de las llamas. El rey y su hermano prometieron convertirse, caso de que en efecto se viese salir al religioso del horno ú hoguera sin daño alguno; y se señaló el dia en que debia hacerse la prueba, que debia tener lugar en la calle de los Caballos. Se llevó mucha leña seca al punto designado, con la que se formó una pira de forma cónica; asistiendo el rey á todos aquellos preparativos, acompañado de su hermano, sus mugeres, sus hijos, el divan, y de una multitud de moros, judíos, y esclavos cristianos. El religioso acudió con exactitud á aquella cita imponente y solemne, poniéndose de rodillas ante un crucifijo, mientras procuraban en vano los moros encender la leña; terminada su oracion se adelanta, y manda á los infieles que enciendan la hoguera, la cual arde en seguida arrojando á lo lejos un mar de llamas. Animado por la fé y la esperanza que tenia en Jesucristo, se adelanta el piadoso franciscano hácia el boquete de la hoguera, se para en él un momento para hacer la señal de la cruz, y se arroja en aquel mar de fuego. Arrodíllase en él, y con el rostro vuelto hácia oriente, ora, mientras algunos otros cristianos rezan tres Credos y cuatro Padrenuestros por él, y por la conversion de los infieles. (Pl. LV, n.º 1.) Luego se levantó el misionero, y salió sin haber recibido daño alguno; pero en aquel mismo instante le atravesó un moro el pecho de una lanzada, y le aplastó otro la cabeza con una enorme teja; alcanzando de este modo la corona del martirio. Los esclavos cristianos recogieron algunos preciosos restos de su cuerpo y de sus vestidos, con los que curaban á los enfermos con solo hacerles tocar una de aquellas reliquias. Creyóse que el rey, instado por los judíos, habia mandado á los moros dar muerte al santo religioso. A los ocho dias de haber sido Martin sacrificado, murieron sus dos verdugos miserablemente: el que le atravesó el pecho, fué asesinado, y el que le hirió con la teja, tuvo á su vez la cabeza aplastada por una piedra que cayó de lo alto.

La noticia de aquel martirio, dispertó una santa emulacion en el hermano Andrés, hijo tambien de Spoleto, cuya muerte gloriosa tuvo lugar dos años despues. Mientras que la guerra entre güelfos y gibelinos, convertia la Italia en un mar de sangre, fué Andrés capitan de uno de aquellos dos bandos; pero pensando en el mal que hacia, y en los inútiles peligros á que se veia continuamente espuesto, abandonó la carrera de las armas, para abrazar la regla de S. Francisco. Sin embargo, pronto dejó de pertenecer á ella, no porque le disgustase aquel nuevo estado, sino por salvar á sus padres, que habian quedado espuestos al furor de sus enemigos; de modo que, despues de haber atendido á su seguridad, volvió á abrazar Andrés la carrera religiosa, llegando á ser en breve uno de los mas célebres predicadores de su tiempo. Hacia ya algunos

años que estaba ejerciendo el apostolado, cuando desde su patria se dirigió á África, donde pensaba poder derramar su sangre en defensa de la fé, y reparar de este modo la falta que habia cometido al derramar la de los demás, por ciego espíritu de partido. Se embarcó en un puerto de la isla de Córcega, pero un viento contrario le obligó á dirigirse á Génova, desde donde volvió á embarcarse á los pocos dias, llegando al reino de Andalucía, sin haber esperimentado ningun percance durante el viage. En aquel reino aguardó una ocasion favorable para pasar á Berbería, disponiéndose ya por medio de contínuas oraciones y de rigurosos ayunos á recibir dignamente la corona del martirio, objeto de sus mas ardientes votos. Al fin se presentó un buque mercante que se dirigia á Ceuta, cuya plaza estaba ya en poder de los cristianos; permaneció allí algun tiempo en el convento de los frailes Menores, que le recibieron con un amor y caridad verdaderamente evangélicos. Como esplicase á aquellos buenos religiosos su proyecto de internarse en el pais para predicar la fé de Jesucristo á los musulmanes, hicieron todos los esfuerzos posibles para hacerle desistir de su propósito; pero todo fué inútil, nada bastó á disuadir al generoso confesor de su resolucion heróica. Dirigióse pues á la ciudad de Fez, donde anunció que el Verbo se hizo carne, no solo ante el pueblo, si que tambien en presencia de los mismos príncipes; pero como no creian aquellos infieles en sus palabras y oraciones, pensaron confundirle diciéndole que afirmase ó acreditase sus palabras por medio de milagros. A su colmo llegó el asombro de los moros, al ver que lejos de arredrarse á semejante proposicion el apóstol cristiano, les dijo con la mayor confianza, que estaba pronto á devolverle la vista á un ciego, á resucitar á un muerto, á descender en un circo de fieras, ó á lanzarse en medio de una ardiente hoguera. Lejos empero de aceptar los musulmanes la proposicion de Andrés, le intimaron que se volviese inmediatamente al pais de los cristianos, si no queria que se le impusiesen duras penas, tal era el terror que causó en ellos la sola idea de que obrase el apóstol de la fé los milagros que poco antes le exigian. Sus amenazas no intimidaron á Andrés en lo mas mínimo, puesto que nada deseaba tanto, como la gloria de morir por Jesucristo; así que, se dirigió en seguida á la sinagoga de los judíos, para discutir con sus rabinos; sin embargo, al ver su ceguedad y obstinacion, se dirigió otra vez á la plaza pública para predicar contra el islamismo; conociendo empero su designio los musulmanes que se encontraban en ella, arrojaron al apóstol despues de llenarle de injurias y de haberle azotado. Vivia el religioso en la casa del portugués Fernando de Meneces, hijo del gobernador de Tanger, por lo que se decidió á pedir á aquel que procurase alcanzar de los musulmanes, ya que á él no querian siquiera escucharle, que le permitiesen al menos entrar en un horno encendido, tan firmemente convencido estaba de que Dios le haria salir triunfante por la gloria de su nombre. Persuadido Fernando de la constancia de Andrés, habló á los principales musulmanes, y despues de demostrarles que seria una mengua para la religion que profesaban el no aceptar el reto, logra decidirles á admitir aquella prueba. El dia 10 de enero de 1532, fué el destinado para el triunfo del apóstol cristiano; enciéndese el horno, y despues de haberse quitado Andrés sus vestidos, entra en él sin temor, en presencia de una multitud de infieles y de todos los cristianos de Fez; permanece un buen rato en medio de las llamas sin recibir daño alguno, y sin que cese de cantar las glorias de su Dios. Semejante prodigio, capaz por si solo de convertir á un pueblo, no produjo el efecto que era de esperar; porque lejos de reconocer los musulmanes en aquel milagro, la virtud de un Dios, lo atribuyeron á la mágia; así que, prorumpieron desde luego en espantosos gritos, arrojaron al mártir una nube de piedras, sin parar hasta descuartizarle para saciar su venganza y su rabia. Un portugués logró llevarse uno de los piés del mártir, conservado

aun religiosamente hoy en la capilla real de Portugal; tambien fué llevado otro de sus huesos al convento de San Lucar de Barrameda en Andalucia.

Al año siguiente, el bienaventurado Damian, natural de la ciudad de Valencia, alcanzó tambien en Africa la palma del martirio; habia tomado el hábito de franciscano descalzo en el convento de Badajoz, en calidad de lego. Llevó su humildad hasta el punto de no atreverse á aspirar al sacerdocio, á pesar de haber hecho Damian todos los estudios necesarios; sin embargo, despues de una práctica constante de todas las virtudes religiosas, sintió nacer en su pecho el deseo de ir á anunciar el evangelio á los mahometanos; y sus superiores, á fin de que pudiese consagrarse mas estensamente al desempeño de su santa mision, quisieron hacerle ordenar de sacerdote. Luego de alcanzada esta dignidad, se dirigió Damian á la ciudad de Nápoles, donde interin aguardaba buque que se hiciese á la vela para Africa, y entró en un hospital para cuidar los enfermos. Al fin se realizaron sus deseos, pues se presentó el buque que habia de conducirle á las playas africanas; á penas se encontró Damian entre los infieles, empezó ya á predicar la fé de Jesucristo, y á confundir el islamismo, por lo que no tardaron los musulmanes en reducirle á prision. Una vez estuvo en su poder, empezaron por condenarle á las llamas, pero como respetasen estas el cuerpo del mártir, resolvieron apedrearle, y luego atravesarle el cuerpo con sus alfanges. De este modo vió Damian recompensado con el martirio su ardiente celo en 1533.

No se limitaban los mahometanos de Berbería á inmolar á los misioneros que se consagraban á llevarles la luz del cristianismo. sino que hasta se dirigian á los paises cristianos, para abrir con su cimitarra el camino del cielo á los ministros de Jesucristo. Para citar de ello un ejemplo, solo dirémos que, habiéndose dirigido en 1536 el pirata Barbaroja á la isla de Menorca, tomó y pasó á saco la ciudad de Mahon; al ver el guardian de los franciscanos los desórdenes cometidos por los infieles, fué, junto con Fr. Bartolomé Genestor, y Fr. Francisco Coll, á sacar las hostias que habia en el Santo Copon, á fin de evitar que fuesen profanadas. Aquel acto de prudencia y piedad valió á los tres religiosos la corona del martirio, puesto que por él les impuso la pena de muerte el cruel Barbaroja.

El fanatismo feroz de los musulmanes que dominaban el norte del Africa, contrastaba admirablemente con los sentimientos cristianos de los pueblos de la costa occidental de aquel continente, en el que los portugueses habian plantado el glorioso estandarte de la cruz. Vémonos obligados á continuar aquí algunos hechos referentes á la historia de la conversion del Congo.

Manuel, rey de Portugal, accediendo á los deseos de Alfonso, envió al Congo cinco dominicos, cinco franciscanos, y cinco agustinos, con algunos sacerdotes seculares, hombres todos ellos de inteligencia y de mérito. Llegada á su destino aquella escogida cohorte cristiana, el año 1521, se estendió por aquellas provincias, á las que habian dado los portugueses los nombres de ducados, marquesados, y condados; predicó en ellos el evangelio, y convirtió y bautizó en poco tiempo á tantos idólatras, que no bastaban los sacerdotes á llenar las funciones de su santo ministerio; por lo que fué indispensable conferir el sacerdocio á algunos negros, á fin de que pudiesen instruir mas fácilmente á los naturales en su propia lengua, y á este objeto formar un clero indígena. El rey envió á la sazon sus hijos, nietos y sobrinos á Portugal, paraque siguiesen allí sus estudios; siendo tantos los adelantos y la virtud de que dieron pruebas dos de aquellos príncipes, que fueron considerados dignos del episcopado. Los misioneros, entretanto, abrian en todas partes numerosos templos al verdadero Dios, y disponian las residencias necesarias para los operarios apostólicos que irian en pos de ellos á continuar sus trabajos en aquel nuevo campo, que empezaba ya á producir tan abundantes frutos. Conforme lo pre-

viera el piadoso Alfonso, procuráronle los misioneros la dicha de ver que una gran parte de sus súbditos habian abrazado ya la religion cristiana, cuando Dios le llamó á sí en el año 1525.

Pedro, su hijo, al que habia encargado tan encarecidamente que no parase hasta destruir la idolatría, y que diese á los misioneros toda la proteccion posible, heredó á la vez su trono y sus virtudes. La piadosa liberalidad del nuevo rey, llegó á superar aun á la de su difunto padre, puesto que aumentó considerablemente las rentas destinadas por Alfonso á la conservacion de los templos y de los ministros de Jesucristo. La isla de Santo Tomás, situada en el golfo de Guinea, descubierta por los portugueses en el año 1545, en el mismo dia del santo del apóstol, tenia una silla episcopal, cuyo titulario recibió del papa la jurisdiccion espiritual sobre los estados del príncipe Pedro, atribucion que le decidió á tomar el nombre de obispo del Congo. Cuando el padre espiritual fué á tomar posesion del dilatado pais que le estaba confiado, le tributó el rey los mas grandes honores; el camino que desde el mar á la capital debia recorrer el obispo, fué limpiado cuidadosamente y cubierto con esteras; aun mucho antes de su llegada, habian acudido ya á la capital gran número de personas de todos los puntos del reino. Al acercarse el prelado á la ciudad, salió Pedro, acompañado del clero, á recibirle en procesion solemne (Pl. LV, n.º 2,) y le acompañó á la iglesia de Santa Cruz, erigida en catedral. El obispo estableció en ella veinte y ocho canónigos, diferentes capellanes y otros sacerdotes; la proveyó de campanas, órgano, chantres, maestro de música, reguló en ella con magnificencia todos los detalles del culto, y finalmente, fijó las parroquias y las misiones en su diócesis. La muerte, empero, no tardó en arrebatarle al cariño del rey; como manifestase el prelado en sus últimos momentos, desear que le sucediese en el episcopado uno de los príncipes reales educados en Portugal, que él mismo habia elevado al sacerdocio, partió aquel príncipe inmediatamente á Roma. El papa, que desde luego reconoció la virtud y el saber del jóven príncipe, y al que juzgó en aquellas circunstancias capaz de llevar el enorme peso del episcopado, lo consagró en Roma, colmándole de bendiciones y de ricos presentes, antes de partir para la diócesis que acababa de confiársele. Pero la muerte no permitió al nuevo obispo el placer de llegar á su patria, quedando el reino de Congo sin pastor por espacio de muchos años. Poco tiempo sobrevivió Pedro al prelado indígena.

Murió el rey en el año 1530, siendo su muerte, como su vida, un modelo de virtud cristiana; dejó la corona á su hermano Francisco, príncipe no menos celoso que él en la propagacion de la fé y en la estincion de la idolatría; pero que murió á los dos años de ocupar el trono, ó sea, en el año 1532.

Sucedió á Francisco su primo Diego, bajo cuyo reinado se nombró el tercer obispo en la isla de Santo Tomás, recayendo la eleccion en un portugués, que reunia todas las circunstancias indispensables para desempeñar con acierto el alto puesto á que se le destinaba. Acostumbrados algunos sacerdotes del Congo á vivir con sobrada independencia, no podian acostumbrarse despues á la jurisdiccion del obispo; pero fué este tan celoso en el cumplimiento de su mision, que no paró hasta someterles del todo, siendo preciso para ello prender á algunos de aquellos sacerdotes, y enviarles á la isla de Santo Tomás y al reino de Portugal; habiendo habido algunos otros que se retiraron voluntariamente, despues de llevarse todo cuanto poseian. Como no podia menos de suceder, todas aquellas divisiones perjudicaron notablemente en el Congo, los intereses de la religion, cuando Juan III, rey de Portugal, envió allí, en el año 1549, un gran número de misioneros de la Compañía de Jesus, que acababa de fundar S. Ignacio, y cuyos trabajos apostólicos habian de estenderse por toda la faz de la tierra.

Sigamos ahora las huellas de los portugueses en el Asia meridional, donde los misioneros habian encontrado aun los vestigios del

cristianismo, predicado por Sto. Tomás, y hasta las mismas reliquias del apóstol de las Indias.

Fontana habla de los dominicos Juan de Aro y Luis de Victoria, enviados en el año 1542, junto con otros misioneros, á las Indias orientales, en las que lograron convertir un gran número de idólatras. Añade el mismo autor que, el dominicano Ambrosio, misionero en el reino de Cochin, penetró hasta el pais que habitaban los cristianos de Sto. Tomás, á los que procuró atraer á la unidad católica, y que informada la Santa Sede de sus heróicos esfuerzos, lo nombró arzobispo de aquel pais, que dirigió cristianamente hasta su vejez, con la cooperacion de diferentes religiosos de la órden de Predicadores, los cuales, aun despues de la muerte del prelado, permanecieron en medio de su rebaño.

Dice Jarric, que la India portuguesa fué regida, bajo el punto de vista espiritual, por algunos vicarios, tan pronto seculares, como regulares, de la órden de S. Francisco, hasta que al subir al trono Juan III en el año 1521, obtuvo que se crease una silla episcopal en la ciudad de Goa; y Mafei designa, como primer prelado que tomó pesesion de aquella iglesia, al franciscano Fernando Vaqueira, obispo de Areópolis, en Asia, cuya silla dependia de la metrópoli de Efeso, y obispo ausiliar en las islas y paises de la India, sometidos al rey de Portugal. «El hermano Fernando, dice, desempeñó aquel cargo con tanto celo y provecho, que no solo condujo los portugueses á la práctica de todas las virtudes, haciéndoles perseverar en ellas, sino que convirtió además muchos idólatras. No puede dudarse que aquel escelente prelado acometió y dió cima á grandes empresas, que no deberian haberse pasado en silencio; pero como los que han escrito la historia de la India no han hablado casi mas que de guerras y comercio, han descuidado todo cuanto se ha hecho en aquel pais para establecer la fé, por mas notables que fueran los sublimes esfuerzos á que tuvo que apelarse por lograrlo.» Despues de haber consagrado el hermano Fernando su vida á los mas árduos trabajos, la terminó en el reino de Ormuz.

Era la fé en aquella época públicamente anunciada en el archipiélago de los molucos, compuesto de las islas Amboine, Banda y Gilolo; formóse en esta última una comunion cristiana, merced á Gonzalo Veloso, y á un santo sacerdote llamado Simon Vaz, al cual se habia unido otro que llevaba el nombre de Francisco Alvarez. El rey habia ido á hacerse bautizar en Ternata, y al regresar á Mamoya, su capital, empezó tambien á evangelizar como un verdadero misionero; amenazado luego este príncipe por los enemigos de los portugueses, poseido de un mal entendido celo, creyó asegurar la salvacion de su esposa y sus hijos dándoles la muerte. Y no debiendo ya aquel príncipe temer mas que por sí, procuró obtener el martirio prorumpiendo públicamente en mil imprecaciones contra Mahoma; con todo, se respetó en él la alta clase á que pertenecia, y dejó de ser sacrificado. De los dos misioneros, el uno de ellos Simon Vaz, fué degollado; y el otro, despues de haber recibido diferentes heridas, pudo aun llegar á Ternata en una canoa.

Algun tiempo despues, fué nombrado Antonio Galvan, gobernador de los Molucos; apenas habia logrado el nuevo gobernador someter enteramente aquel pais á la dominacion de Juan III, cuando se le vió, con un crucifijo en la mano, predicar el evangelio y convertir á un gran número de idólatras, entre los que habia dos reyes y sus familias. Sobre las ruinas mismas de las pagodas, levantó iglesias, y consagró á su construccion mas de setenta mil cruzados; finalmente, fundó en la pequeña isla de Ternata, un colegio para los hijos del archipiélago de los molucos, colegio que sirvió de modelo al que se erigió despues en Goa. Habia un misionero, llamado Fernando Vinaigre, que secundó poderosamente con incansable celo al piadoso gobernador Antonio Galvan, el cual despues de haber perdido todo cuanto poseia, se vió obligado á buscar un asilo en el hospicio de Lisboa, donde se dedicó al servicio de los enfermos,

por espacio de catorce años, sin que el recuerdo de sus eminentes servicios, sugiriese al gobierno la idea de sacarle de su miseria. Eran sus servicios de tanta importancia, que solo Dios podia recompensarlos dignamente.

Otro portugués, Estéban de Gama, hijo del primer almirante que dobló el Cabo de Buena Esperanza, propagó el cristianismo entre los paravas ó pescadores, en la costa de la Pesqueria, así llamada á causa de la pesca de sus perlas, la cual se estiende desde el Cabo de Comorin hasta la isla de Manar. Habiéndose apoderado los mahometanos de una gran parte de la costa, monopolizaban á su antojo los productos de la pesca de las perlas, en perjuicio de los paravas, reducidos ú obligados á ser sus instrumentos; hubo cierto dia una cuestion entre un mahometano y un pescador de Tutucuren, en virtud de la cual agarró aquel á este por uno de los pendientes que llevaba en las orejas; debe advertirse que por pobres que sean los habitantes de aquel pais, llevan todos largos pendientes adornados de perlas ó de piedras preciosas, y que se consideran gravemente ofendidos al tocárselas. Ciego de cólera el mahometano, no se contentó con el pendiente, sino que hasta le arrancó la parte de la oreja en que estaba aquel suspendido; en vista de semejante ultraje, imperdonable á los ojos de los paravas, púsose todo el pueblo en movimiento. Resueltos estaban los musulmanes á castigar cruelmente aquel acto, cuando se presentó Juan de Santa Cruz, malabaro que habia abrazado el cristianismo, y recibido del rey de Portugal el titulo de caballero, y aconsejó al oprimido pueblo, que acudiese en su desgracia al Dios de los cristianos, y á la espada de los portugueses. En su virtud, enviaron los paravas una comision a Cochin, à la que Miguel Vay, sacerdote secular de un gran celo, recomendó eficazmente al gefe de su nacion, y escribió así mismo en su favor á Estéban de Gama, á la sazon gobernador de la India; mientras se estaba preparando la espedicion naval destinada á socorrer á los paravas, recibieron sus diputados el bautismo; y reconocidos al consejo de Juan de Santa Cruz, tomaron su nombre, que han continuado llevando desde entonces, particularmente las familias mas distinguidas de entre ellos. Tan pronto como estuvo dispuesta la flota, se embarcaron los diputados con Miguel Vaz y otros sacerdotes, encargados de regenerar á aquellos pobres pescadores, que con tanta docilidad recibieron los principios de la fé, luego de haber sacudido los portugueses el ominoso yugo musulman que pesaba sobre ellos. Mas de veinte mil de ellos fueron bautizados en poco tiempo; pero como no podia procurárseles toda la instruccion necesaria, conservaron los mas sus supersticiones y sus vicios.

Francisco de Melo, nombrado obispo de Goa, murió antes de haber tom.do posesion de su sil.a; sucedióle el bienaventurado Juan de Alburquerque, descendiente de una ilustre casa de Castilla, cuya gloria aumentó con su eminente piedad, y ministro de los franciscanos descalzos de la provincia de Ntra. Sra. de la Piedad en el reino de Portugal. Embarcóse el nuevo prelado de Goa en la flota que conducia á las Indias al gobernador Garcia de Noronha, llevándose con él á Jacobo de Borba, jóven clérigo, conocido ya por su celebridad en el púlpito, y al hermano Vicente de Lac, hombre de muy avanzada edad, que era un gran catequista. Al poco tiempo de haber llegado á Goa Juan de Alburquerque, merecia ya el respeto y la confianza de los indos, merced á la prudencia y dulzura que empleó en la direccion de su diócesis; alentado por los primeros triunfos que obtuvo en el episcopado llamó en su ausilio á diferentes misioneros, pertenecientes los mas á la órden seráfica, á fin de que pudiesen ser en lo sucesivo aquellos triunfos mas rápidos.

Ya anteriormente debia de haber penetrado la órden serafica en la isla de Ceilan, por poseer en ella los portugueses desde el año 1517 en la ciudad de Colombo, situada en la costa occidental, una factoria que pronto se convirtió en fortaleza. Cualquiera que hubiese sido

empero el establecimiento anterior de los franciscanos en la isla de Ceilan, es lo cierto que habian desaparecido enteramente de ella, puesto que cuando los portugueses decidieron á uno de los reyes de la isla á enviar una embajada á Juan III, lo primero que pidió el embajador al llegar á Lisboa, fueron misioneros para instruir al rey y á su pueblo en la fé cristiana que queria abrazar. En su virtud, se embarcaron para Goa seis hermanos de la Observancia, siendo nombrado su superior el P. Juan de Villecomte; era tal el ardor con que deseaban aquellos religiosos evangelizar el pueblo que imploraba su ausilio, que sin aguardar siquiera al embajador, prosiguieron su camino hasta llegar á Cotta, residencia real situada en medio de un lago, en la que solo se puede penetrar por una calzada larga y estrecha. Dióles el rey audiencia á los tres dias de su llegada, en la que le presentaron los religiosos las cartas de Juan III y del gobernador de la India; si bien les hizo el rey concebir grandes esperanzas de que se convertiria á la fé cristiana, y de que todo el pueblo seguiria su ejemplo, no manifestó sin embargo deseos de realizarlo desde luego. Cuantas veces recordaron al rey el cumplimiento de su palabra, recibieron la misma contestacion, á pesar de haber confundido á los bramas ó sacerdotes, en todas las conferencias públicas que por espacio de quince dias tuvieron con ellos; finalmente, viendo que el rey no trataba de cumplir su promesa, pidiéronle los franciscanos para evangelizar á sus súbditos, y distribuyéndose por los puntos en que podia la proteccion de los portugueses atender mas fácilmente á sus necesidades, dieron principio á su mision. Fundaron los hermanos Menores un colegio en Colombo, que en breve tuvo mas de setenta alumnos, escogidos entre los nuevos convertidos, y que de discípulos pasaron á ser luego escelentes maestros para la enseñanza de la fé.

Fray Antonio de Padron, uno de los seis franciscanos que desde Portugal habian ido á Ceilan, se trasladó con otro hermano á Meliapur, pueblo situado en la costa de Coromandel, para hacer conocer á los idólatras el nombre de Jesucristo, y conducir á los cristianos de Santo Tomás á toda la perfeccion y pureza de la fé católica. Hizo el misionero construir una capilla junto á un pueblo idólatra, no muy distante de Meliapur, cerca del punto en que el cuerpo del apóstol de las Indias permaneció oculto durante tantos siglos, y de la colina en que fué martirizado. Las instrucciones y el ejemplo de Fr. Antonio, convirtieron en breve mas de mil tres cientas almas á la fé de Jesucristo; y como fuese cada dia en aumento el número de las conversiones, formó un convento de franciscanos.

Entretanto, Jacobo de Borba conferenciaba en Goa con Miguel Vaz, vicario general de aquella diócesis, acerca de los obstáculos que se oponian á la conversion de los indígenas; viniendo al fin uno y otro en conocimiento de que era la mayor dificultad que se oponia al logro de sus deseos, el no haber predicadores que hablasen los dialectos de la India. Así pues, procuraron instruir desde luego á un gran número de jóvenes de distintas provincias, á los que se confirió mas tarde el sacerdocio, los cuales al regresar á sus paises respectivos anunciaron el evangelio, de un modo mas eficaz, y que dió muchos mas resultados de los que habria dado, siéndolo por sacerdotes estrangeros. Algunos ricos y piadosos portugueses que prometieron contribuir con una parte de su fortuna á una obra tan santa, formaron una cofradía, bajo el nombre de Santa Fé, cuyo objeto era procurar á los jóvenes de todas las provincias ó reinos de la India, los medios necesarios para llegar á ser apóstoles del evangelio, ó al menos intérpretes de los misioneros que no hablasen su idioma. Aquella cofradía fué erigida el dia 25 de julio de 1541, en la iglesia de Ntra. Sra. de la Luz de la ciudad de Goa; los cofrades tomaron por patrono al doctor de los gentiles, en cuyo honor hicieron construir un altar y un hermoso cuadro que representaba la conversion del insigne apóstol, por lo que recibió aquel colegio el

nombre de San Pablo. De las rentas destinadas anteriormente para la dotacion de los bramanes que servian las pagodas de Goa, se estrajo una cantidad para la construccion de aquel establecimiento, sostenido despues por dádivas ó limosnas particulares. En un principio tuvieron los cofrades la direccion temporal del colegio y los franciscanos quedaron encargados de la parte espiritual del mismo, hasta que como verémos despues, la entregaron á los jesuitas, destinados á la India, bajo el nombre de padres de San Pablo.

Antes de hablar de las primeras misiones de aquella nueva órden religiosa, preciso es decir algo acerca de las relaciones que mediaron entre los portugueses, dueños de una gran parte de la India, y el imperio de Abisinia.

El haberse apoderado entonces los turcos de algunas posesiones inmediatas á las de los abisinios, decidió á la regente Helena á aliarse con los portugueses que, posesionados tambien en la misma India, se hallaban en el caso de poder proteger á los negues contra aquellos terribles adversarios. Covilham, aunque instalado en la corte de Iscander, continuaba viviendo en cierto modo en la de David III, y era el hombre mas á propósito para contratar y hacer que aceptasen los portugueses la alianza que iba á proponérseles. Despues de haber conferenciado la regente con él, confió sus cartas á un mercader armenio, llamado Mateo, hombre inteligente, digno y acostumbrado á recorrer los Estados de Oriente, para atender á los asuntos comerciales de los negues y de los grandes de Abisinia. Habia recorrido Mateo el Cairo, Jerusalen, Ormuz, Ispahan, las Indias Orientales, la costa de Malabar, por ser uno de aquellos factores que pagaban su *caratch* (*capitacion*) al gran señor, para el permiso de ejercer el comercio en su imperio, sin ser espuestos á los insultos y estorsiones que hacian sufrir á los estranjeros los agentes turcos. Un jóven abisinio, que murió durante el viage, era la única persona que acompañaba á Mateo en su importante embajada; debia el antiguo factor prometer verbalmente al rey de Portugal la tercera parte del imperio, caso de que consintiese en mandar una flota al golfo Arábico para llamar la atencion á los turcos, mientras que la regente en persona iria á atacarles por tierra. Dirigióse Mateo á la India, pero, solo despues de tres años de contínuas humillaciones, se le permitió dirigirse á Lisboa en una flota portuguesa. Considerando el rey de Portugal lo muy útil que seria aquella alianza con el Negus, dueño de las costas del mar Rojo, donde podrian procurarse los portugueses todos los socorros y provisiones necesarias al perseguir á las escuadras turcas, colmó á Mateo de honores, y nombró embajador en Abisinia á Eduardo Galvan, que habiendomuerto en la travesía, fué reemplazado por Rodrigo de Lima. Llegó Rodrigo á Arkeko en compañía de Mateo, desde donde pasó inmediatamente al campo de David III; muriendo el armenio antes de llegar á él sin poder por lo mismo dar cuenta del resultado de la mision que le fué confiada. El Negus recibió friamente á Rodrigo de Lima, al que admitió en audiencia en el mes de octubre del año 1520, tanto por encontrar escesivas las promesas que en nombre de la regente habia hecho Mateo al rey de Portugal, como por ver su poder mucho mas asegurado; y finalmente, por la arrogancia y brusca conducta del embajador portugués; así es que, dejó trascurrir seis años sin dar al monarca portugués contestacion alguna. Sin embargo, no dejaba por ello la alianza aparente, formada entre los abisinios y los portugueses, de causar algun recelo á los mahometanos, quienes al fin resolvieron vengarse. Durante la dominacion de los mamelucos, antes de conquistar Selim el Egipto y la Arabia, acostumbraba salir de Abisinia anualmente una carabana para Jerusalen, la cual fué esterminada por los infieles en el año 1525, y desde cuya época interrumpieron los cristianos toda comunicacion con los turcos por la parte del desierto. Además, pensaba Selim, despues de haber sometido la Arabia, conquistar la orilla opuesta del mar Rojo, á fin de impedir que los abisinios fuesen dueños de con-

ceder á los portugueses una isla ó puerto, desde el cual pudiesen amenazar á la Meca é impedir la navegacion de las galeras turcas, en el estremo del golfo arábico. Tal era la situacion del imperio de Abisinia, cuando David hizo nuevas proposiciones al rey de Portugal, por medio de su enviado Rodrigo de Lima, en el año 1526, haciendo acompañar al embajador por Zaga-Zaab, monge abisinio, que habia aprendido la lengua portuguesa. Mientras que David enviaba aquel representante cerca de la corte de Lisboa, nombraba tambien á Francisco Alvarez para que le representase cerca del papa Clemente VII. Juntos llegaron á Portugal los tres embajadores el año 1527; pero solo á los cinco años, ó sea en 1532, pudo Alvarez pasar á Bolonia, donde Clemente VII iba á coronar á Cárlos V. Besó, en nombre de David, los piés al pontífice romano, le presentó las cartas del príncipe y le dirigió un discurso bastante notable. Juan Bermudez, médico de Rodrigo de Lima, que se quedó en Abisinia al salir aquel para Portugal, obtuvo hasta tal punto el favor de David, que á instancias de este llegó á suceder al abuna Márcos, por no estar ya este en relaciones con el Cairo desde la invasion de los turcos, cuyo cargo aceptó Bermudez, con tal que fuese reconocido por el papa. Los desastres que esperimentó la Abisinia, atacada á la vez por los mahometanos y por los judíos, obligaron á David á pedir ausilio á los príncipes cristianos; por lo que Bermudez, su embajador, en lugar de tomar el camino de la India y el del Cabo de Buena-Esperanza, atravesó el mar Rojo y la Palestina para dirigirse á Roma. Paulo III, que ocupaba á la sazon la silla de S. Pedro, nombró á Bermudez patriarca de Alejandría; despues de haber recibido aquella dignidad, partió el nuevo prelado para Lisboa, donde encontró á Zaga-Zaab, el cual, como llevase en Portugal una vida mas agradable y tranquila que en su patria, procuraba prolongar en lo posible la mision que le habia sido confiada. Pero mas celoso Bermudez, obtuvo del rey el ausilio que iba á pedirle. y volvió á embarcarse desde luego para la India, acompañado de Zaga-Zaab. Estéban de Gama, penetró en el mar Rojo con una escuadra, y desembarcó en las costas de Abisinia un cuerpo de tropas escogidas, mandado por su hermano Cristóbal; á aquel refuerzo, llegado tan á tiempo, fueron debidas las primeras derrotas que sufrieron los musulmanes en el año 1542, así como tambien las victorias posteriores que aseguraron la corona en las sienes de Claudio, sucesor de David. De este modo fué libertada la Abisinia por el celo del patriarca católico, sin que bastáran no obstante sus esfuerzos ni los de los jesuitas, á hacerla volver al seno de la unidad católica.



LIBRO SEGUNDO.

DESDE EL ESTABLECIMIENTO DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, HASTA EL DE LA CONGREGACION DE LA PROPAGANDA.

CAPÍTULO I.

Primeras misiones de los jesuitas. — S. Francisco Javier, apóstol de las Indias.

A pesar de que el clero secular y regular procuraba misioneros á todas las partes del mundo, y de que los franciscanos, los dominicos, agustinos, mercenarios, etc., difundian con el mayor celo la antorcha de la fé en las Indias orientales y en América, cuyas puertas habian abierto los portugueses y los españoles, en aquellos puntos en que fijaron su dominacion é influjo, era no obstante el número de obreros desproporcionado á la inmensidad de su tarea. Pero Dios en su misericordia, hizo brotar una nueva órden religiosa, cuya profesion no solo debia ser combatir al vicio y la heregía, agregándose bajo la bandera de Jesucristo, lo que le valió el glorioso nombre de Compañía de Jesus, si que tambien dirigirse á todos los puntos donde el supremo gefe de la Iglesia la enviase, para trabajar en la salvacion de las almas. De esta manera el ejército apostólico, cuyas conquistas, aunque en parte realizadas, abrazaban ya el universo, fué aumentado por nuevos y ardorosos adalides, dirigidos por el ilustre español S. Ignacio de Loyola.

Emulo de S. Francisco de Asis y de Sto. Domingo, Ignacio quiso desde luego evangelizar á los infieles. Cuando en el año 1523 visitó la Tierra Santa, no sabia salir de allí, y no pensaba mas que en convertir á los musulmanes; pero revestido el guardian de Monte-Sion de una suprema autoridad sobre todos los peregrinos, le obligó á renunciar á su designio, y regresó á Europa en el mes de enero del año 1524. Diez años despues, el dia de la Asuncion del año 1534, en la capilla subterránea de Montmartre, cerca de Paris, donde fué decapitado S. Dionisio, apóstol de Francia, Ignacio y sus seis primeros compañeros, hicieron el voto de ir á predicar el evangelio á la Palestina, ó bien sino era esto posible, pasar á ofrecer sus servicios al vicario de Jesucristo, para trabajar en la mayor honra y gloria de Dios, del modo que aquel creyese mas oportuno y conveniente. (Pl. LVI, n.º 1.) Habiendo el emperador y los venecianos declarado la guerra á los turcos, fué imposible á los siervos de Dios trasladarse á Palestina, por lo que se pusieron á disposicion del pontífice romano, quien por su bula de 27 de setiembre del año 1540, aprobó el instituto de la Compañía de Jesus. Ya de antemano Juan III, rey de Portugal, habia pedido á S. Ignacio obreros evangélicos, y en su virtud, obtuvo que se le enviase á Simon Rodriguez, que se quedó en Portugal, y á Francisco Javier, que se embarcó para las Indias, de cuyo pais mereció el nombre de apóstol.

Nació aquel taumaturgo español el dia 7 de abril del año 1506, en el castillo de Xarier, Navarra, á ocho leguas de Pamplona. Su padre Juan de Jasso, era uno de los principales consejeros de Estado de Juan de Albret, tercero de su nombre, rey de Navarra. Su madre era heredera de las ilustres casas



de Adpilcueta y de Xarier. Tuvieron estos consortes muchos hijos, de los que llevaba el primogénito el nombre de Azpilcueta, y á Francisco, el mas jóven de todos, se le dió el de Javier. Cuando llegó á los diez y ocho años, le mandaron á la universidad de Paris, reputada entonces como la primera del mundo. Entró en el colegio de Santa Bárbara, y fué graduado despues de terminar su curso de fisolofía, enseñando él mismo esta ciencia en el colegio de Beauvais, sin dejar por eso de habitar en el de Santa Bárbara. Al ir á su vez á Paris S. Ignacio, en el año 1528, entró de pensionario en la misma casa, en la que vivió en compañía de Pedro Le Févre y Francisco Javier. Poco le costó asociar á sus miras al primero, que no tenia apego alguno al mundo; pero lleno el segundo de ambiciosas ideas, se le resistió en un principio, hasta que despues de violentos combates, Francisco no pudo resistir á las impresiones de la gracia; y la humildad de la cruz, fué ya para él preferible á todas las glorias y grandezas de la tierra. Estaba estudiando teología, cuando hizo en Montmartre el 15 de agosto del año 1534, el voto de que ya hemos hablado: y terminado su cursö, partió con ocho compañeros mas el 15 de noviembre del año 1336 para Venecia, donde S. Ignacio le aguardaba. A pesar de los rigores del invierno, atravesó Francisco á pié toda la Alemania, y en espiacion del placer que en otro tiempo le causaba su agilidad en la carrera, se ató con cuerdas los brazos y los muslos; inflamóle el movimiento los muslos, de modo, que las cuerdas se le habian introducido en las carnes, hasta perderse de vista. Llamóse á un cirujano, el cual declaró ser el mal incurable, y muy peligroso el hacer incision alguna, porque solo serviria para enconar mas las heridas. A tan triste augurio, se pusieron en oracion los compañeros de Francisco, y á la mañana siguiente, vieron con sorpresa que las cuerdas se habian caido, y que los miembros estaban sanos. Llegado á Venecia, asistió á los enfermos del hospital de incurables. Uno de estos tenia una úlcera tan horrible y asquerosa, que le causaba repugnancia el aproximarse á él; pero aprovechando la ocasion de hacer un heróico sacrificio, acercó su boca á la úlcera y chupó el pus que despedia, cesando en él desde luego toda repugnancia; este triunfo sobre sí mismo, bastaba á demostrar por sí solo el heroismo de aquella alma cristiana. S. Ignacio mandó sus campeones á Roma, á fin de solicitar antes de su marcha á Tierra Santa, la bendicion de Paulo III. Habiendo autorizado el papa á los miembros de la Compañía, que aun no habian recibido las órdenes sagradas, para obtenerlas de manos de cualquier obispo católico, Francisco fué ordenado sacerdote en Venecia, el 24 de junio del año 1537, haciendo al igual que sus compañeros, los votos de castidad, pobreza y obediencia, en manos del nuncio. Despues de haberse retirado por espacio de cuarenta dias en una choza abandonada, donde dormia en el suelo sin alimentarse mas que de lo que de puerta en puerta mendigaba, celebró su primera misa en Vicenza, con tanta ternura y lágrimas, que hizo llorar á todos los asistentes; luego ejerció su ministerio de ardiente caridad en Bolonia. San Ignacio le llamó en el año 1538 á Roma, porque la guerra contra los turcos era un obstáculo para su viage á Tierra Santa; y el papa, que aceptó los servicios de los miembros de la Compañía, les mandó predicar en la ciudad santa. Francisco hizo admirar su celo en la iglesia de San Lorenzo *in Damaso*. El portugués Govea, poco antes superior del colegio de Santa Bárbara en Paris, y entonces misionero en Roma, escribió á Juan III manifestándole, que aquellos hombres tan esclarecidos, activos y celosos, serian los mas apropósito para estender la fé cristiana en las Indias. El rey encargó en seguida á su embajador en Roma, Pedro Mascareñas, que le procurase algunos de aquellos obreros apostólicos; pero S. Ignacio no pudo concederle mas que dos: Simon Rodriguez, portugués, que marchó en seguida para Lisboa, y Nicolás

Bobadilla, español, que debia aguardar al embajador. Habiendo caido enfermo Bobadilla la víspera misma de su salida, dispuso la Providencia que le sustituyese Francisco Javier, quien recibiendo la bendicion de Paulo III, salió de Roma con Mascareñas, el dia 16 de marzo del año 1540, dejando en manos del P. Lainez un acta firmada, en la que declaraba que de antemano aprobaba la regla y constituciones que formulase S. Ignacio, y que desde luego se consagraba á Dios, por los votos de castidad, pobreza y predicacion en la Compañía de Jesus, para cuando la santa sede la hubiera erigido en órden religioso. Hizo el viage por tierra, atravesó los Alpes y los Pirineos, y al llegar á Pamplona, proponiéndole el embajador que visitase el castillo de Xarier, para despedirse de su madre, contestó generosamente, que ya la veria cuando estuviese en el cielo. Llegado á Lisboa, se reunió con Rodriguez en el hospital, donde aquel estaba alojado. El bien espiritual que ambos jesuitas hicieron en la capital, inclinó á Juan III á retenerlos en ella, accediendo al fin únicamente á que Javier fuese solo á las Indias. En el momento de su partida el rey entregó cuatro breves apostólicos al misionero. En los dos primeros, el papa instituia á Javier nuncio apostólico, confiriéndole los mas ámplios poderes; en el tercero le recomendaba á David, rey de Abisinia, y en el cuarto, á los demás príncipes orientales. Rehusando toda especie de provisiones, Francisco no se hizo mas que con algunos libros de piedad, destinados al uso de los nuevos convertidos. Rehusó llèvar un criado que se le proponia, diciendo que era suficiente para servirse á sí mismo; y á los que le hacian presente que seria indecoroso y poco decente que un nuncio de la santa sede, se hiciese á sí propio la comida y se lavase la ropa, contestó que no creia causar ningun escándalo, con tal que lo hiciese bien. Salió pues de Lisboa acompañado del P. Pablo Camesino, italiano, y del P. Francisco Mausilla, portugués, que aun no era sacerdote. El P. Simon Rodriguez, les siguió hasta el buque, y Javier, al abrazarle, le dijo: «Ahora para vuestro consuelo, quiero deciros un secreto, que hasta el presente habia tenido oculto. Sin duda recordareis aquella noche en que estando en el hospital de Roma, me oisteis esclamar: «¡Aun mas Señor, aun mas!» Cuantas veces me habeis preguntado lo que significaban aquellas palabras, os he dicho que no os paraseis mas en ellas; pues bien, sabed, que en sueños ó despierto, ví todo cuanto he de sufrir por la gloria de Jesucristo. El placer que sentí al ver aquellos sufrimientos, me hizo esclamar: «¡Aun mas, Señor, aun mas todavia! Espero que la divina bondad me concederá en las Indias, lo que me ha mostrado en Italia, y que serán muy luego satisfechos los deseos que me ha inspirado.» El 7 de abril del año 1541, dia de su cumpleaños, se embarcó Javier á los treinta y seis de su edad. La flota se hizo á la vela bajo el mando de Martin Alfonso de Souza, que quiso llevar al Santo á bordo.

El buque del virey llevaba cerca de mil personas, á las que Francisco consideró como un rebaño confiado á su paternal solicitud. Todos los dias predicaba al pié del palo mayor, cuidaba de los enfermos, y los trasladaba á su cámara que convirtió en enfermería; dormia sobre cubierta, y vivió de limosnas durante el viage. En vano el virey le invitó en su mesa ó á que aceptase al menos lo que le enviaba para su alimento; á lo que contestaba siempre que habia hecho voto de pobreza, y que debia cumplirle exactamente. Obligado á veces á recibir los platos que el virey le enviaba, los repartia entre aquellos que creia tener mas necesidad. Dispuesto siempre á reprimir toda clase de desórdenes, acallaba las murmuraciones, cortaba las disputas, y en lo posible impedia los juramentos, las blasfemias, y el juego. Si presenciaba alguna mala accion, reprendia á los culpables con una autoridad irresistible, siendo tales su celo y su dulzura, que nadie se daba por ofendido. Los insoportables frios del Cabo Verde, los escesivos calores de Guinea, y la putrefaccion del agua

dulce y de la carne, produjeron graves enfermedades, que procuraron á Javier la ocasion de atender con incansable caridad á las necesidades corporales y espirituales de toda la tripulacion. La flota invernó en Mozambique, donde los portugueses tenian algunos establecimientos, y los dominicos un gran hospital. El aire de aquel pais es mal sano, cayendo Francisco enfermo de bastante gravedad; mas restablecida su salud, se reembarcó el 13 de marzo del año 1542, y llegó muy luego á Melinda. Estaba resuelto á predicar allí la religion católica para demostrar lo absurdo del islamismo, cuando uno de los principales mahometanos se le adelantó preguntándole si habia mas piedad en Europa que en Melinda; añadiéndole, que allí de diez y siete mezquitas que habia, catorce estaban abandonadas, y poco frecuentadas las tres restantes: al ver Javier tanta supersticion, partió desde luego, lamentándose de la ceguedad de aquel pueblo. La flota siguió su rumbo hácia la isla de Socotora, situada frente al estrecho de la Meca. El franciscano Antonio Laurier ya habia evangelizado esta isla, abandonada por los portugueses, desde el año 1506 al 1510. Francisco, que encontró allí rastros del cristianismo, aunque desfigurado, no pudo menos de derramar lágrimas al tener que abandonar un pueblo dispuesto á recibir sus instrucciones. Los socotorinos le acompañaron hasta el buque rogándole que no dejase de visitarles. Por último, entró en el puerto de Goa el 6 de mayo del año 1542, á los trece meses de su salida de Lisboa.

«El año 1542, dice el jesuita Lafiteau, debe ser considerado como una de las épocas mas célebres que Dios marcó en los decretos de su misericordia, puesto que en él apareció en aquellas regiones infieles, en la persona de S. Francisco Javier el luminoso astro que debia alumbrarlas, y disipar en ellas las sombras de la muerte. Admirable fué la disposicion de la divina Providencia, puesto que así como permitió al gran Alburquerque conquistar en diez años aquel Nuevo-Mundo, y echar en él los cimientos del Império portugués, quiso que en igual número de años estableciese allí el gran Javier el imperio de Jesucristo, obrando en él todos los milagros.

Luego de saltar en tierra, se fué Javier como de costumbre, á hospedarse en el hospital, sin querer empero ejercer allí funcion alguna, hasta haber visto á Juan de Alburquerque, obispo de Goa. Le presentó los breves del papa, pidiendo su aprobacion para hacer uso de ellos, y se arrojó á sus piés implorando su bendicion. Sorprendido el prelado al ver la modestia y santidad del misionero, le hizo levantar en seguida; y despues de haber llevado á sus lábios con el mayor respeto los breves del pontífice romano, le prometió ayudarle en todo con su autoridad episcopal, promesa que fué fielmente cumplida.

Para atraer el celeste rocío sobre el campo abierto á su celo, Francisco pasó en oracion la mayor parte de aquella primera noche. Sus lágrimas corrieron en abundancia, al considerar el deplorable estado de la religion en aquel pais. Entregados á la ambicion y á sus desordenadas costumbres, los portugueses habian casi olvidado los sentimientos religiosos; los sacramentos no se frecuentaban; las iglesias estaban desiertas, y se miraban con el mayor desprecio, las exhortaciones, ruegos, y hasta amenazas del prelado. Francisco conoció desde luego, que la vida escandalosa de los cristianos, era un grande obstáculo para la conversion de los idólatras, y así comenzó su mision por los primeros. Empleaba la mañana en asistir á los enfermos de los hospitales, y visitar los presos de las cárceles, y recorria despues las calles de Goa tocando una campanilla, para avisar con su sonido á los padres y señores, para que enviasen sus hijos y esclavos á la escuela de la doctrina cristiana ó catequística, favor que pedia por amor de Dios (Pl. LVI, n.° 2). Los niños le seguian detrás, y les llevaba á la iglesia, donde les enseñaba el credo, los mandamientos, y prácticas del cristianismo; llegando á inspirar á aquellos tiernos niños tales sentimientos de piedad,

modestia y devocion, que su solo ejemplo cambió muy pronto el aspecto moral de la ciudad. Al poco tiempo ya predicó en público, y fué recorriendo las casas particulares, hablando con dulzura y caridad á los mas endurecidos en el vicio, los cuales, arrepintiéndose de sus pasados escesos, se arrojaban á los piés del santo para que les confesase. Cesaron los contratos usurarios y las ganancias ilícitas; fueron puestos en libertad los esclavos injustamente adquiridos; los concubinarios abandonaron sus cómplices, caso de no ser posible casarse; el órden y la decencia renacieron en las familias, y la reforma de costumbres en Goa, dió á conocer cuanto se podia esperar de semejante siervo de Dios.

Habiendo hablado á Francisco el vicario general del obispo, Miguel Vaz, acerca de la conversion incompleta de los paravas, en la costa de la Pesquería, se encargó aquel de evangelizarlos con tanto mas gusto, cuanto que ya tenia algun conocimiento del idioma malabar que se usaba en aquella costa. Dejando al P. Camesino en el colegio de San Pablo, para ayudar al franciscano Santiago Borba, y llevando consigo al P. Francisco Mansilla y á otros dos eclesiásticos de Goa, que entendian el malabar, se embarcó en octubre del año 1542 y tomó tierra en el Cabo de Comerin. Dió principio al ejercicio de su ministerio en una aldea llena de idólatras, á quienes predicó las verdades de la fé, y á pesar de que le contestasen aquellos infieles, que ellos no podian cambiar de religion, sin el asentimiento del soberano del pais, no pudo su indiferencia resistir á la fuerza de los milagros que Dios obró por medio de su siervo. Una muger que iba de parto sufriendo horriblemente por espacio de tres dias, y para la que no se encontraba remedio alguno, fué instruida por Javier, y en cuanto declaró que creia en Jesucristo y fué bautizada, dejó de sufrir desde luego y salió del apuro con toda felicidad. Semejante milagro convirtió no solamente á su familia, sino á los principales habitantes del pueblo, y habiendo permitido el príncipe el libre ejercicio del cristianismo, todos sus habitantes se hicieron instruir y bautizar. Alentado por tan feliz ensayo, Francisco fué á la costa de la Pesqueria, situada al sud-este, y dirigiéndose desde luego á los paravas, que ya habian recibido el bautismo, les enseñó la doctrina cristiana, y para obtener mas fruto, se dedicó á poseer bien el idioma malabar. A fuerza de trabajo, tradujo á aquella lengua el credo, los mandamientos, el Padrenuestro, el Ave-María, el *Confiteor*, la *Salve Regina*, y por último todo el catecismo. Aprendió de memoria toda esta traduccion, y con la campanilla en la mano, recorrió todas las aldeas reuniendo á cuantos niños y adultos podia, recomendando sobre todo á aquellos que repitiesen cuanto habian aprendido á sus padres, á sus criados y vecinos. Todos los domingos enseñaba la doctrina en la capilla, y hacia recitar á los neófitos las oraciones acostumbradas entre los cristianos, esplicándoles minuciosamente los artículos del símbolo, los mandamientos y demás principales puntos de la moral de Jesucristo; y para mejor fijar la atencion de los niños, les hacia repetir juntamente con él, una oracion corta despues de cada respuesta del catecismo. Por este medio, pudo formar en breve catequistas que sirvieron de mucho para completar las conversiones que él dejaba comenzadas. El fervor de esta cristiandad naciente fué admirable, y tan grande el número de los que recibieron el bautismo, que Javier á fuerza de administrar aquel sacramento, acababa por no poder levantar los brazos de cansancio. Para vencer la obstinacion de algunos que no abrian sus ojos á la luz del evangelio, permitió Dios que las enfermedades fuesen mas frecuentes de lo que lo habian sido antes, en la costa de Pesqueria. Todos acudian á Francisco, ó para ser ellos mismos curados, ó para que lo fuesen sus amigos ó parientes: todos los enfermos que recibian el bautismo é invocaban con fé el nombre de Jesucristo, recobraban inmediatamente la salud. Muchas veces el santo mandaba en su lugar á jóvenes

neófitos, con su crucifijo, su rosario y su relicario, con los que tocando á los enfermos y recitando juntamente con ellos la oracion dominical, el símbolo y el decálogo, no bien acababan de protestar que querian ser bautizados, y ya se encontraban de repente sanos y restablecidos. El celo y la santidad del misionero le hicieron respetable aun para los mismos brahmas, sin que por esto, por motivos de su particular interés, dejasen de oponerse al progreso del evangelio. Ni las repetidas conferencias que estos ministros del error tuvieron con Francisco Javier, ni la indudable verdad de los milagros que á su vista obró, particularmente el de la resurreccion de cuatro muertos, lograron ablandar su corazon. La codicia cerró sus ojos á la luz. A todo esto unia Javier las austeridades mayores de la penitencia; su alimento era el de los mas pobres, sin comer mas que arroz y beber agua clara. Dormia á lo mas tres horas, acostándose en el suelo en una cabaña de pescadores. Los colchones que le fueron enviados de Goa, los repartió á los pobres mas necesitados.

La mies recogida y preparada desde el mes de noviembre del año 1542 hasta diciembre del año siguiente, era tan abundante que creyó Javier necesario regresar á Goa para procurar nuevos operarios. Entonces fué cuando los fundadores del colegio de S. Pablo, instituido para la educacion de los jóvenes indos, confiaron á Javier su direccion, que aceptó el apóstol para ejecutar en él obras importantes, y formar nuevos reglamentos para la mejor educacion cristiana de los niños; dejó luego su ulterior gobierno á los miembros de su compañía que pasaron despues á la India, por lo que fueron en esta ocasion llamados como ya hemos dicho: *Padres de San Pablo* ó *Paulistas*. Dividió el recinto del colegio en dos partes. En una de ellas se recibia á los niños, ya enteramente indígenas ó ya nacidos de un portugués y una inda, donde permanecian hasta la edad de quince años; vestian ropon blanco con cruces encarnadas en el pecho. Se les enseñaban con esmero los principios de la fé, de donde lès vino el nombre de *Hijos de la doctrina cristiana*. Los que no se aprovechaban en los estudios, y que no se sentian inclinados al estado eclesiástico, salian de allí para aplicarse á un oficio que les procurase medios de subsistencia; por el contrario, aquellos cuya capacidad y virtud los hacian aptos para el sacerdocio pasaban al segundo departamento, donde aprendian latin, filosofía y teología, acostumbrándoseles á los diferentes ejercicios del sagrado ministerio. Tal fué el principio del colegio de Goa, del que procedieron como otras tantas colonias los demás colegios ó residencias que los jesuitas tuvieron en la India, de modo, que todo el bien procurado por estos religiosos en Oriente, fué en gran parte debido á la importancia de la fundacion de aquel primer colegio de Goa, puesto que, no solo salieron de él los agentes espirituales llamados á la conversion de las almas, sino hasta los ausilios materiales para el sosten de los misioneros.

En febrero del año de 1544, reapareció Javier entre los paravos con otros tres sacerdotes seculares, uno español y los otros dos indos, á quienes destinó á distintos puntos. El P. Francisco Mausilla, trabajó tambien en la costa de la Pesqueria. Asegurada á los paravas la asistencia de cuatro misioneros, Javier pasó al reino de Travaneor, limitado al norte por los estados del Samorin; al este, por el Madura, y al oeste y mediodía, por el mar. Desde el Cabo de Comorin, la costa de Travaneor se estiende hácia occidente unas treinta leguas. En el espacio solo de un mes bautizó allí el misionero por sus propias manos hasta diez mil idólatras, y en cierta ocasion, un pueblo entero recibió el bautismo en un dia.

Internóse mas y mas en el pais, pero como no sabia la lengua se limitó únicamente á bautizar los niños y asistir á los enfermos que por señas le manifestaban su estado; mientras que ejercitaba así su celo, Dios le concedió el don de conocer todas las lenguas, así que, sin

haberle jamás aprendido, habló á los indígeras en su propio idioma, y se hizo entender de ellos sin necesidad de intérprete. Cinco ó seis mil personas se reunieron á veces para oir sus sermones; sus conquistas espirituales le suscitaron la persecucion de los bracmanes, que le tendieron lazos y emplearon diferentes medios para quitarle la vida; pero haciéndoles Dios inútiles todos sus esfuerzos, conservó ileso el instrumento de sus misericordias. Encontrábase Francisco en el reino de Travancor, cuando los badages hicieron en él una incursion. El misionero, puesto al frente de algunos cristianos fervorosos y llevando en su mano un crucifijo, se adelantó hácia el enemigo á quien intimó de parte de Dios, que lejos de avanzar, se volviese atrás. El tono de autoridad con que pronunció estas palabras, llenó á los gefes de terror, y ellos y su tropa quedaron mudos é inmóviles, y retirándose despues en desórden abandonaron el pais. Este suceso aseguró al Santo la proteccion del rey de Travancor. «Yo me llamo, le dijo, el gran Monarca, en adelante vos sereis el gran Padre.» Si este príncipe no se decidió al fin á renunciar á los dioses que legitimaban sus pasiones, al menos quiso que su pueblo obedeciese al misionero como á su misma persona Predicando Javier en Colam, cerca del Cabo de Comorin, ciudad antes evangelizada por el P. dominico Rodriguez, notó que los idólatras prestaban poca atencion á sus discursos, por lo que pidió á Dios que ablandase sus corazones, y que no permitiese que la sangre de Jesucristo se hubiese inútilmente derramado para ellos. En seguida hizo abrir un sepulcro donde el dia anterior habia sido sepultado un difunto. Los que estaban presentes confesaron no solo que aquel cuerpo estaba privado de vida, sino que ya habia comenzado el estado de corrupcion y daba mal olor. El Santo se puso de rodillas, y despues de una corta oracion, mandó al muerto, en nombre de Dios Todopoderoso, que volviese á la vida. En el instante el difunto resucitó y se levantó lleno de fuerza y salud (Pl. LVII, n.° 1.) Conmovidos con este prodigio los idólatras, se postraron á los piés del Santo y le pidieron el bautismo. En aquella misma costa, Javier resucitó á un jóven cristiano á quien llevaban á enterrar, y al verle sus parientes restituido á la vida, hicieron elevar una gran cruz en el sitio mismo donde se verificó el milagro. Estos y otros portentosos prodigios afectaron de tal manera al pueblo, que el reino de Travancor se hizo todo cristiano en pocos meses; el rey y los indos que estaban cerca de su persona fueron los únicos que permanecieron en las tinieblas de la idolatría.

Por todas las Indias se estendió ya la reputacion de Javier y por do quiera le reclamaban los idólatras para que les instruyese y bautizase. Viendo esto, escribió á S. Ignacio, en Italia, y al P. Simon Rodriguez, pidiéndoles obreros evangélicos. En el transporte del celo que le inflamaba, hubiera querido cambiar en misioneros los doctores de todas las universidades de Europa. «Muchas veces me ha ocurrido la idea, decia en una carta, de recorrer las mas célebres academias de Europa, particularmente la de Paris, á fin de invitar con todas mis fuerzas á sus profesores, hombres de mas saber que caridad, diciéndoles: «¡Ah! cuantas almas pierde el cielo y caen en los infiernos por culpa vuestra!» Cuántos habria que si pensasen en ello, se dedicarian á la meditacion de las cosas celestiales para escuchar la voz del Señor; como entonces renunciarian á sus pasiones y hollando las vanidades de la tierra, se pondrian en situacion de seguir los movimientos de la voluntad divina, diciendo con todo su corazon: «Hédme aquí, Señor, mandadme donde mas os agrade.» ¡Cuánto mas satisfechos se verian estos sábios, y con cuánta mas tranquilidad aguardarian el postrer momento de la vida y el primero de la eternidad!... Millones de idólatras se convertirian á la fé si fuesen mas las personas que buscasen, no sus propios intereses, sino los de Jesucristo.»

Francisco recibió á unos enviados de la isla de Manar, á la que un estrecho canal separa



de Ceilan, cuyos habitantes le pedian el bautismo con las mayores instancias. Como á la sazon no podia alejarse del reino de Travancor donde le era preciso consolidar la fé de los cristianos, envió á los manareses, uno de los misioneros de la costa de la Pesqueria. El rey de Djafanapatam, de quien dependia el de Manar, no bien supo los grandes progresos que allí hacia el cristianismo, atacó con sus tropas á los manareses, se apoderó de seiscientos ó setecientos cristianos, y amenazándoles con la muerte si no dejaban de serlo, prefirieron el martirio á la apostasía. Wadingo, si bien equivocadamente atribuye á los franciscanos la conversion de aquellos isleños en los que se ensañó la crueldad del rey de Djafanapatam, añade con razon, que muchos de aquellos cristianos perseguidos, habiéndose refugiado al continente, Juan de Alburquerque, obispo de Goa, administró el bautismo á un hermano mayor del perseguidor, ilustre neófito, que aun no le habia recibido. El prelado dió el nombre de Alfonso á aquel príncipe que perseveró constantemente en la fé.

Hallándose en Cambaya el gobernador de la India portuguesa, Martin Alfonso de Souza, Javier se avistó con él para suplicarle que reprimiese las injustas tropelías del rey de Djafanapatam. En aquella misma época, el hijo mayor del rey de Caudy, otro soberano de la isla de Ceilan, que, instruido por un comerciante portugués, queria abrazar el cristianismo, fué muerto por su mismo padre, recibiendo así el bautismo de sangre en lugar del del agua. El comerciante, á quien debia el mártir el inestimable tesoro de la fé, procuró adquirir su cuerpo y le sepultó con toda la pompa posible. En el instante apareció sobre la tumba del príncipe una cruz de su misma longitud, tan bien formada como si hubiese sido obra de un hábil artista. Los idólatras y los mahometanos, irreconciliables enemigos del sagrado signo de la redencion, trataron de borrarla, llenando de tierra la parte del sepulcro que se habia hundido en forma de cruz, pero por mas tierra que echasen no lograban llenar nunca el vacío; apareciendo al propio tiempo otra cruz luminosa enteramente igual en el firmamento. Muchos idólatras asombrados con este doble prodigio se convirtieron, y sin ser mas que catecúmenos, se trocaron en ardientes predicadores de la fé. El hijo segundo del rey de Caudy, presunto heredero de la corona por el martirio del mayor, recibió secretamente el bautismo, y con la ayuda del comerciante portugués, ya citado, pudo trasladarse á Goa, y vivir allí como cristiano, de lo que hace mencion Javier en una de sus cartas, fechada en Cochin, en el año 1545.

Mientras estaba Francisco en Cochin, conferenció varias veces con el vicario general del obispo de Goa, Miguel Vaz, sobre el mejor medio de remediar los desórdenes de los portugueses que tanto perjudicaban á la propagacion de la fé. Por consejo del santo, el vicario, se determinó ir á Portugal, á fin de instruir á Juan III de cuanto pasaba, dándole una carta para aquel soberano á quien suplicaba que emplease todo su poder en procurar la mayor gloria de Dios. «Ruego á V. M., decia, por el ardiente celo que demuestra por la gloria de Dios, y por el cuidado que ha tenido siempre de su salvacion eterna, que, mande á este pais un ministro activo y de carácter, para que se consagre á la conversion de las almas, el cual debe obrar con entera independencia de los encargados de vuestras rentas, y no dejarse seducir por esos políticos cuyas ambiciosas miras únicamente se limitan á la utilidad del Estado; que V. M. compare las cantidades de oro y plata que entren en su tesoro con los gastos que este emplea en ventaja de la religion, y de este cotejo resultará la proporcion que existe entre la que Dios dá á V. M. y lo que de esto se emplea en el mas sagrado de los objetos, resultando quizá de esta comparacion los inmensos bienes con que la liberalidad divina os colma y la escasa porcion de los que de ellos concedeis á Dios.» El vicario general salió de Cochin en enero del año 1545, y en marzo de 1546 ya estaba de vuelta con una carta de Juan III, dirigida

á Juan de Castro, gobernador entonces de las Indias. Las órdenes que esta carta contenia, nos dan á conocer los abusos graves de que se quejaba Javier al soberano. «Juan, rey á Juan de Castro gobernador de la India, su amigo, salud. La idolatría, como no ignorais, es tan gran pecado, que he resuelto no sufrirla mas en mis Estados. Sin embargo, he sabido que en la provincia de Goa existen aun templos públicos y particulares donde se sacrifica á los ídolos y se celebran con toda libertad los juegos y las solemnidades de los paganos. Os mando en su consecuencia, de la manera mas esplícita y absoluta, que donde quiera que encontreis ídolos, de cualquiera clase que sean, los mandeis destruir al punto, prohibiendo, bajo las mas severas penas, que se fabriquen otros de cualquiera materia que sea, ó que se introduzcan, traidos de otra parte; como así mismo que se celebren en ningun punto de mis dominios fuegos, ceremonias ó fiestas en honor de aquellos sacrificios, ni que se reciba ni favorezca en manera alguna á los bracmanes, siendo como son los primeros impostores y mayores enemigos de las puras verdades del evangelio; y si alguno se atreve á contravenir á estas mis disposiciones, que sea al punto castigado; como está permitido atraer por todos los medios á los pueblos al verdadero culto y á la adoracion de un solo y verdadero Dios, no solamente por la esperanza de los bienes de la vida futura, sino por las ventajas de la vida presente, cuidareis de que las exenciones de tributos, los cargos públicos y demás empleos lucrativos que hasta aquí se han concedido á los idólatras, se den con preferencia á los nuevos cristianos; y por el contrario, que en vez de emplear en el servicio de mis flotas á toda clase de indios, queden esceptuados de esta carga los cristianos, y si es preciso alguna vez echar mano de ellos, que se les pague su justo salario. Sobre todos estos puntos os pondreis de acuerdo con Miguel Vaz, á quien he encontrado apto para los negocios del Estado, y ardiente y celoso para la propagacion de la fé. A mas de esto, he sabido con el mas vivo dolor, que hay portugueses, que compran á vil precio esclavos, que con la mayor facilidad se les pudiera atraer al cristianismo, si permaneciesen entre los cristianos; pero sin inquietarse en lo mas mínimo por la pérdida de sus almas; esos comerciantes los venden á los mahometanos é idólatras para reportar mas lucro. Tendreis especial cuidado de que ningun esclavo pueda en adelante venderse sino á un comprador cristiano. Dedicaos tambien á reprimir la usura, que sabemos está autorizada por una disposicion de las ordenanzas de Goa, disposicion que debe desaparecer muy luego. Disponed que se construya una iglesia con la advocacion de S. José en la ciudad de Bacaim (en el reino de Cambaya), y asignad fondos suficientes para un sacerdote que la sirva, y que los tres mil pardaos (1), que cada año pagan los idólatras y mahometanos por sus templos y profanas ceremonias se apliquen á remunerar á los que predican las verdades evangélicas y á enseñarles los caminos de salvacion; que el vicario de Chaul (costa de Malabar) separe anualmente de los tributos trescientas medidas de arroz para los nuevos cristianos que ha instruido Miguel Vaz, y para los demás que se conviertan despues. Tambien se nos ha dicho que los mercaderes portugueses, despreciando los convenios asentados con los cristianos de Santo-Tomás, que venden la pimienta en el reino de Cochin, les engañan en el peso, precio, y calidad del género, lo que causa á estos cristianos un gran perjuicio y engendra en ellos aversion á la religion católica; y así, reparareis esta injusticia procurando que esos cristianos no sean de esta manera estafados en su comercio, antes por el contrario, tratados con toda equidad y justicia como cristianos y como amigos. Tratareis con el rey de Cochin, y procurareis obtener de él el que se suprima una ceremonia pagana que aun se practica en la venta de la pimienta, supresion á la que no debe tener inconveniente

(1) Moneda equivalente á corta diferencia á la *piastra* turca.

en acceder, cuanto que en nada influye en sus intereses. Me han dicho que priva de sus bienes aquel príncipe á los súbditos que abandonan los ídolos por abrazar el cristianismo; hareis lo posible por conseguir de ese rey, que se dice amigo nuestro, que no cometa semejante injusticia, sobre lo cual le escribiré yo mismo. Como me habeis con especialidad recomendado á los cristianos de Socotora, tengo el mayor deseo de verles cuanto antes libres de su dura esclavitud, pero en esto es menester proceder con cautela para que el turco, bajo cuya dominacion se encuentran, no se irrite y se habitue á enviar flotas á esos mares. De lo que en esto pueda hacerse, empleando vuestra esperiencia, y de acuerdo con Miguel Vaz, me avisareis. Tambien he recibido quejas de que mis capitanes privan injustamente del producto de su pesca á los habitantes de la costa de la Pesqueria; conservareis á esos pueblos la plena libertad de vendérsela por su precio, sin que mis oficiales puedan apropiársela; examinareis si los tributos impuestos pueden ser cómodamente pagados, si las costas están suficientemente guardadas, sin que haya necesidad de mantener en ellas flotas. Además, consultareis con el maestro Francisco Javier, y discutireis con él, si es útil y oportuno para los progresos de esa cristiandad el restringir la facultad de pescar las perlas á solos los cristianos, y privar de ese beneficio á los demás que no lo son hasta que se hayan convertido. Se me ha advertido tambien, que los parientes y allegados de los idólatras que se convierten, arrojan de su casa á esos neófitos como si fuesen unos malvados, los desheredan y reducen á la mayor miseria y aislamiento. Para subvenir á su indigencia, tomareis de mis propias rentas la suma necesaria que, con acuerdo de Miguel Vaz, será distribuida á esos neófitos por el sacerdote encargado de instruirles. Me han dicho, que un jóven príncipe, huyendo de la crueldad de su tio ó de su padre se ha venido de Ceilan á Goa, para recibir el bautismo; tendreis cuidado de que sea instruido y educado en el colegio de San Pablo con los demás jóvenes que allí hay; pero con alojamiento aparte y las consideraciones debidas á su rango; y respecto á sus pretensiones á la corona, examinareis si son fundadas, y me escribireis sobre ese particular. En cuanto al tirano que tan cruel se ha mostrado con sus súbditos cristianos, desearé que cuanto antes le impongais un buen castigo, tardio, es verdad, pero proporcionado á su crímen, á fin de que sepan todos, que mi único pensamiento es garantir y proteger á todos los que han pasado de la esclavitud del demonio al dulce yugo de Jesucristo. No creo conveniente el que se permita á artistas idólatras que hagan, pinten ó vendan imágenes de Dios, de la Santa Vírgen y de los santos, se lo prohibireis pues bajo severas penas. Aun me ha parecido mas vergonzoso que las iglesias parroquiales de Cochin y de Colan estén aun por concluir y espuestas á la intemperie: dispondreis los obreros necesarios para que cuanto antes se cubran y terminen. Deseo igualmente que en el pueblo de Norva, se edifique un templo en honor de Sto. Tomás; que se acabe la iglesia de Santa Cruz, principiada en Calapur; que se establezca en la isla de Choran, no solamente una iglesia, sino escuelas además donde los cristianos acudan ciertos dias para ser allí instruidos, y que tambien se obligue á los idólatras á frecuentarlas para que se vayan enterando del catecismo; y como el primordial objeto en mis conquistas es la propagacion de la fé y el servicio de Dios, deseo ardientemente desterrar la idolatría de las islas de Salceta y de Bardos que Idalcan me ha cedido; pero que esto se haga sin tumulto, sin violencia, con especialidad al principio y que en las conferencias y amigables discusiones que se tengan con esos pueblos, se les haga ver con dulzura cuán deplorable es la ignorancia de la verdad en que viven, y cuán injusto é impío es tributar á las piedras y á la madera el honor y culto que únicamente es debido al solo y verdadero Dios. A fin de que con mas seguridad podais disipar estas tinieblas, emplead para ello hombres piadosos é

ilustrados, que se entiendan con las personas mas principales de esos pueblos, para que tanto por sus consejos como por su buen proceder, les atraigan á la verdadera religion. No solamente protegeréis á los que se conviertan, sino que les favoreceréis segun su mérito con todo vuestro poder. Todas estas cosas las deseo con todo mi corazon y espero que emplearéis en su cumplimiento todo vuestro cuidado y prudencia. Escrita en Alemania, á 8 de marzo del año 1546. »

Despues de haber conferenciado en Cochin con Miguel Vaz, y resultando de esta entrevista el viage de este último á Portugal, Javier visitó la isla de Manar, regada con la sangre de los mártires. Por sus oraciones quedó libre el pais de una peste cruel que le afligia, y este milagro afirmó en la fé á los isleños ya bautizados, y contribuyó á aumentar el número de los cristianos.

Habiendo hecho despues un viage á Meliapur, donde veneró las reliquias de Sto. Tomás é imploró las luces del Espíritu Santo, por la intercesion de aquel primer apóstol de las Indias, convirtió á muchos pecadores que vivian inveterados en el vicio. Como su presencia no era por entonces indispensable ni en la costa de la Pesqueria, ni en la de Travancor, y ni habia tampoco esperanza próxima de realizar por completo la conquista espiritual de Ceilan, pensó Francisco en visitar la gran isla de Celebes, que confina con las Filipinas al norte, con las Molucas al levante y mediodia, y con Boruzo á poniente. Dos habitantes de aquella isla, bautizados en Ternate, una de las Molucas, en tiempo de Antonio Galvan, habian inspirado á sus compatriotas tal deseo de abrazar el cristianismo, que mandaron á pedir un sacerdote á Ternate. Francisco de Castro, que fué el destinado á ese objeto, evangelizó algunas islas inmediatas, donde convirtió cinco de sus reyes á Jesucristo, pero la fuerza de los vientos no le permitió llegar á Celebes. Mas tarde, un comerciante portugués llamado Antonio Paiva, procedente de Malaca, ciudad famosa que el Portugal ya poseia desde el año 1511, en la península del Ganges, llegó á aquella isla, y el rey Supar, uno de los seis que en ella mandaban, recibió del portugués las primeras nociones del cristianismo. Paiva vió en seguida al rey de Cion, á quien convenció por la sola esposicion de la fé cristiana. Este príncipe estaba remiso en recibir el bautismo, cuando el rey de Supar, sintiendo no haberlo ya recibido, él mismo pidió esa gracia á Paiva. Con efecto, fué bautizado este príncipe, á falta de sacerdote, por el de mas edad de los portugueses presentes, y se le dió el nombre de Luis. Este ejemplo disipó toda la incertidumbre del rey de Cion, quien fué luego bautizado á su vez por Antonio Paiva, y tomó el nombre de Juan. El comerciante portugués á su salida de la isla, quedó encargado por ambos príncipes, de proporcionarles misioneros que evangelizasen la isla de Celebes. Al saber esto Javier, resolvió pasar allí. El 25 de setiembre del año 1545 llegó á Malaca donde sus instrucciones, sostenidas por algunos milagros, arrancaron del vicio á muchos malos cristianos y convirtieron á gran número de idólatras y mahometanos; pero como no se le presentase ocasion favorable para trasladarse á la isla de Celebes, se convenció de que no habia llegado aun el momento designado por la Providencia para llenar aquella mision.

Despues de cuatro meses de permanencia en Malaca, en 1.º de enero del año 1546, se embarcó con direccion al archipiélago de las Molucas, encontrándose al mes siguiente en la isla de Amboine. Los cristianos á quienes la crueldad de los mahometanos de las islas inmediatas, habia obligado á refugiarse en lo mas áspero de las montañas del centro de la isla, donde vivian en cavernas ó grutas, se encontraban privados de todo ausilio temporal y espiritual, por haber muerto el único sacerdote que les administraba los sacramentos. Javier les consoló y convirtió á muchos infieles. En aquella época se encontraba en aquellos puertos una flota española, enviada desde Méjico para conquistar las Molucas. Diezmada

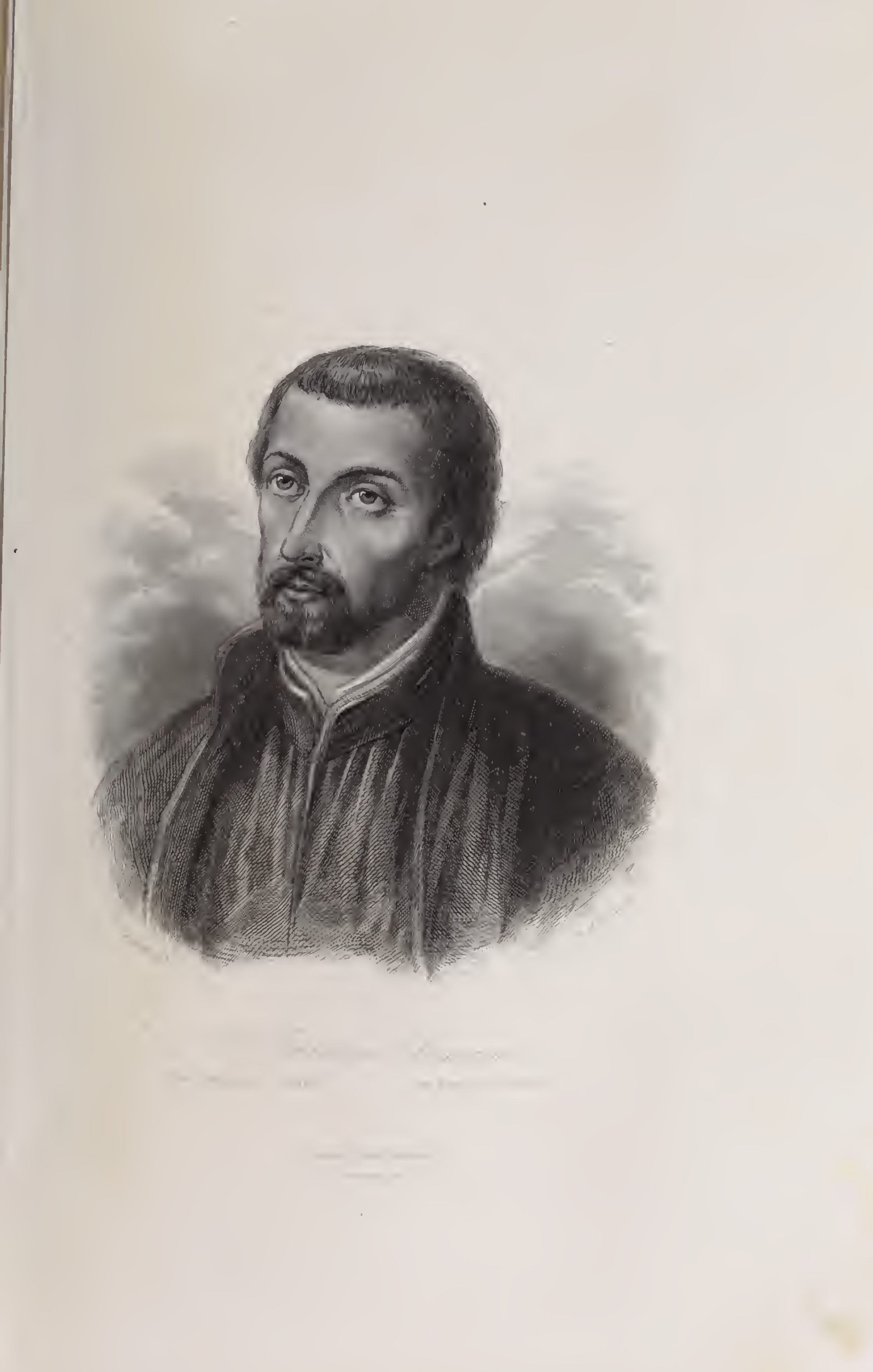
por una fiebre pestilente, era para todos un objeto de terror; nadie osaba acercarse á ella, y el contagio iba devorando las víctimas sin ausilio de ninguna especie. Al saber esto Javier, vuela al puerto, asiste á los moribundos, entierra los muertos, y mendigando en seguida de puerta en puerta, logra organizar un socorro para los enfermos, que hizo mas tolerable la aflictiva y casi desesperada situacion de aquella flota estrangera; y aunque los españoles llevaban en ella sacerdotes seculares y algunos religiosos agustinos, todos se dirigian con preferencia al santo misionero, hasta que cesando la peste se dieron á la vela para España. Despues de esto, Javier, de Amboine pasó á Ternate, y de allí á Gilolo. Los habitantes de aquella isla, que antes habian abrazado la fé, habian acabado por abandonarla enteramente. En el momento de salir para la isla, escribia Javier á S. Ignacio en estos términos: «El pais á donde voy está lleno de peligros, y es sobre manera mortífero por la barbarie de sus habitantes, y por el uso que hacen de ciertos venenos que mezclan con los alimentos. Esto es lo que ha impedido á muchos sacerdotes el ir á instruirlos. Por lo que á mi toca, considerando su estrema necesidad, y que el deber de mi ministerio me obliga á libertar á las almas de la muerte eterna, aunque sea á costa de mi vida, he resuelto aventurarlo todo, por conseguir su salvacion. Toda mi esperanza y deseo, es el conformarme en cuanto de mi dependa con la palabra del maestro: «El que venda su alma, la perderá, y el que la pierda por amor á mí la encontrará.» Cuantas personas aquí me aprecian, que son muchas, han hecho cuanto han podido para hacerme renunciar á este viaje, y viendo que eran infructuosos todos sus ruegos y súplicas, se han apresurado á darme contravenenos. Yo no he pensado en aceptarlos por temor de que al escuchar el remedio, llegase á temer el mal. Mi vida está en manos de la Providencia; creo no necesitar por lo tanto preservativo alguno contra la muerte, y que cuantos mas remedios tenga, menor será mi confianza en Dios.» Partió pues Javier con esta confianza sublime, consiguiendo dulcificar las bárbaras costumbres de aquel pueblo, é imponerle de nuevo el suave yugo de Jesucristo. Los consuelos interiores que recibió, le recompensaron superabundantemente de cuanto tuvo que sufrir en esta mision. «Los peligros á que me espongo, escribia á S. Ignacio, y los trabajos que emprendo por los intereses de Dios, son para mi un manantial inagotable de alegria espiritual. Jamás me acuerdo de haber disfrutado de tanta alegria interior, y estos consuelos del alma son tan puros, tan esquisitos y continuados, que quitan al cuerpo todo sentimiento de pena.» Regresó á Ternate, luego á Amboine, y se trasladó á Malaca en julio del año 1547. Allí encontró á los PP. Juan de Beyva, Nuño Rivera y Nicolás Nogués, que aun no era sacerdote, y despues de haberles dado sus instrucciones, los mandó á las Molucas.

Durante la permanencia de Javier en Malaca, cuya ciudad protegió contra el rey de Achem, el soberano mas poderoso de la isla de Sumatra, se le presentó un japonés llamado Angervo, de noble alcurnia, considerable fortuna y de treinta y cinco años de edad. Despues de haber cometido un homicidio en su patria, se retiró á una casa de bonzos, pero sus contínuos remordimientos no le permitian disfrutar del menor reposo. Instruidos algunos cristianos de su estado, le aconsejaron que se dirigiese al santo misionero, asegurándole que en él encontraria el consuelo y tranquilidad de que tanto necesitaba. Francisco le recibió con bondad, le prometió el sosiego de su alma, aunque añadiéndole, que no podria disfrutarle sino en la verdadera religion. Conmovido el japonés con su discurso, que comprendió por poseer el idioma portugués, fué instruido por Javier en los misterios de la fé, y le propuso que con todos sus criados se embarcase para Goa, donde se reuniria con él muy pronto. El buque que condujo al santo misionero, tomó el rumbo de Cochin. So-

brevino una tempestad tan violenta al llegar en el estrecho de Ceilan, que hubo que arrojar todo el cargamento al mar; y el piloto no pudiendo gobernar el barco, le abandonó á merced de las olas. Durante tres dias y tres noches, estuvo la tripulacion en inminente peligro. Despues de haber confesado Javier á toda la tripulacion y pasageros, oró con tanto fervor postrado á los piés de un crucifijo, que quedó como absorto en Dios. El buque arrastrado por la impetuosa corriente, iba ya á estrellarse contra los bancos de Ceilan, y todos se creyeron perdidos sin remedio; pero el santo salió de su cámara donde se habia encerrado, pidió al piloto la cuerda y el plomo que servia para sondear el mar, y lo dejó correr hasta el fondo pronunciando estas palabras: «¡Gran Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tened piedad de nosotros! En el instante el buque se detuvo, y el viento cesó. El viage se continuó luego con toda felicidad, y llegaron á Cochin el 21 de enero del año 1548. Javier, en una carta que escribió á los PP. de la Compañía que estaban en Roma, les cuenta en estos términos el peligro que corrió: «En lo mas fuerte de la tempestad, dice, tomé como intercesores para con Dios, á todas las personas existentes de nuestra Compañía, y despues á todos los cristianos. Recorrí todos los órdenes y gerarquías angélicas, é invoqué á todos los santos; y sobre todo, busqué la proteccion de la santísima Madre de Dios y reina del cielo. Por último, habiendo puesto mi esperanza toda en los méritos de Ntro. Sr. Jesucristo, sentí una alegría mayor en medio de aquella furiosa tormenta, que la que esperimenté cuando me vi fuera de peligro. A la verdad, siendo como soy el peor de los hombres, me avergüenzo de haber derramado tantas lágrimas por semejante esceso de celestial placer, cuando estaba á punto de perder la vida, y por lo tanto, suplicaba humildemente á Nuestro Señor, que si me libraba del naufragio que nos amenazaba, fuese para sufrir en adelante mayores riesgos y trabajos, por su gloria y su servicio. Dios, por último, me ha hecho conocer de cuantas fatigas y peligros me han librado las oraciones y sacrificios de los de la Compañía.... ¡Jamás podré olvidarte, ó Compañía de Jesus, y si llegase esto á sucederme, que mi mano derecha quede inútil y no pueda valerme de ella!»

De Cochin, Francisco fué á la costa de la Pesqueria, donde visitó á sus predilectos hijos. Siete eran los religiosos de la Compañia que estaban allí evangelizando á aquellos idólatras; nombró superior de ellos á Antonio Criminal, les encargó mucho que aprendiesen todos la lengua del pais, y al P. Francisco Enriquez, que facilitase su estudio redactando una gramática y un diccionario malabarés, tarea al parecer de ejecucion imposible, y mas para un hombre que acababa de llegar de Europa; pero con sola la bendicion de S. Francisco Javier, logró el jesuita en menos de seis meses, comprender y hablar perfectamente el idioma malabar, y enseñarle á los demás.

Desde la costa de la Pesqueria, quiso Javier ir á recoger en Ceilan, el fruto de sangre que los mártires habian derramado dos años antes; puesto que la muerte de dos príncipes singhalais refugiados en Goa, le quitaba la esperanza que tenia de ver por su mediacion, propagarse la fé en el Ceilan; resolvió Francisco tener una entrevista con el rey de Caudy, confiando que para asegurar su corona contra una invasion de los portugueses, consentiria al menos en autorizar la predicacion del evangelio. El rey, mediante el ausilio de la gracia, prometió hacerse cristiano, y envió un embajador para negociar la paz con el gobernador Juan de Castro, el cual acompañó á Javier á Goa, donde llegó el santo á 20 de marzo del año 1548. Por no separar la relacion de los hechos referentes á la isla de Ceilan, reproducirémos aquí lo que decia Wadingo, acerca del reino de Cotta. Los franciscanos obtuvieron permiso de evangelizarle; pero el rey temió que al cambiar sus súbditos de religion, quisiesen cambiar igualmente de soberano, por lo que se opuso á la idea de los mi-





sioneros, confiscando los bienes de los nuevos convertidos, y dando la muerte en secreto á su hijo mayor que se habia hecho criatiano; pero á pesar de su reserva, una voz que salió del mismo sepulcro del príncipe declaró que el padre mismo del mártir habia sido su verdugo. Pocos dias despues disponiéndose el perseguidor á combatir contra su hermano Madun, rey de Ceitavaca, un soldado portugués le dejó muerto de un balazo, sin saberse si fué su muerte premeditada ó casual, aunque en cualquiera de estos dos casos, no fué menos visible en ella la mano de la Providencia. Los isleños y los portugueses, reconocieron por sucesor suyo á un jóven príncipe, cuyo afecto y consideracion hácia los cristianos permitió á los Menores de S. Francisco continuar sus misiones. Al cabo de poco tiempo bautizaron al nuevo rey, á la reina, á los principales de la nacion, á mas de tres mil personas del pueblo, y fundaron doce iglesias. Ceilan, siendo la principal sede del budismo presentaba mas dificultades á los misioneros que el resto de la India. Habiéndose purificado un templo de ídolos para consagrarle al culto cristiano, y dado la casualidad de ahullar un perro en la noche siguiente junto á la nueva iglesia, los idólatras creyeron que sus dioses se quejaban de la injuria que se les hacia, y por poco habria costado aquel incidente la vida á los misioneros y á los portugueses. Muchas conversiones se siguieron á la del jóven rey, que generosamente habia enarbolado el estandarte de la cruz; pero quejoso Madun de que se le hubiera quitado el cetro que creia pertenecerle, y de que á los antiguos dioses se hubiese sustituido una divinidad desconocida é indivisible, arrastró en pos de sí á todos los idólatras, y redujo al rey cristiano á la estremidad de tener que salir de Cotta, y retirarse á Colombo con los franciscanos y los portugueses, y con doce mil indígenas convertidos. Los portugueses recibieron socorros en Ceilan, y los misioneros enviaron á un pariente del rey de Cotta á Lisboa, donde fué educado con esmero; mas desgraciadamente este príncipe que prometia ser un dia el apóstol de su patria, murió al restituirse á ella.

Los PP. Nicolás Lancelot y Francisco Perez, ausiliaban al P. Pablo de Camesino en el gobierno y direccion del colegio de San Pablo, donde el japonés Angeroo y sus dos criados fueron sólidamente instruidos en la fé. En conmemoracion de este colegio, establecido por la sociedad de Santa Fé; y conocido con el nombre de S. Pablo, el japonés convertido quiso ser llamado en el bautismo Pablo de Santa Fé; tomando uno de sus criados el nombre de Juan, y el otro el de Antonio. El obispo de Goa, Juan de Alburquerque, fué el que administró el sacramento de la regeneracion espiritual á aquell s primicias de la cristiandad del Japon, imperio que Javier pensaba ya evangelizar.

Desde Goa, el santo misionero envió dos religiosos, Francisco Perez y Roque Oliveira, que aun no era sacerdote, á fundar una residencia de su Compañía en Malaca. Otros varios jesuitas, procedentes de Europa, fueron destinados á diferentes puntos, encargándose al P. Barze de la mision de Ormuz, ciudad de la que se habian apoderado los portugueses desde el año 1507. Javier despues de dejar al P. Camesino, durante su ausencia, superior de todos los jesuitas de la India, y al P. Antonio Gomez, rector del colegio de Goa, salió de esta ciudad en abril del año 1549, para trasladarse al Japon. Antes visitó de nuevo las costas de la Pesqueria y de Travancor, donde se entregó á las obras mas admirables de caridad; y, cobrando en los ejercicios de la vida espiritual nuevas fuerzas para el porvenir, descansaba de las fatigas que se imponia en favor del prójimo en su íntima comunicacion con Dios. Retirado algun tiempo en una pequeña ermita, que se habia construido en el colegio de San Pablo, inundado de celestiales goces, esclamaba: « Basta, Señor, basta ». Otras veces se entreabria la sotana como para dar espansion á su pecho, porque no podia soportar la abundancia de los consuelos celestiales, diciendo que queria

mas bien sufrir muchos tormentos por la gloria de Dios, que gozar de tanta espiritual dulzura. Pedia al Señor le reservase aquellos placeres para la vida futura, y que no le escasease los padecimientos en esta: Dios atendió á sus súplicas, puesto que iba á verse espuesto á muchos peligros, en la gran empresa que iba á llevar á efecto.

Los PP. Alfonso de Castro y Manuel Morales, acompañaron al santo apóstol hasta Malaca. Javier siguió su camino con el P. Cosme de Torres, sacerdote español, que habia sido recibido en la Compañia en Goa, Juan Fernandez, natural de Córdoba, no sacerdote aun, Pablo de Santa Fé (el japonés convertido), y sus dos criados, tambien cristianos. Un junco chino los trasportó de Malaca al Japon, y llegaron á Kago-Sima, en el reino de Satsuma, el dia 15 de agosto del año 1549, bajo los auspicios de María.

CAPÍTULO II.

Mision de los jesuitas en el Japon.

La palabra Japon, de orígen chino, deriva de *Jyfon* (nacimiento del Sol); así como el Zipangu de Marco Polo, procede de la palabra china *Jy-pen-kué* (reino del orígen del Sol). El archipiélago japonés situado al nordeste de la China, es en efecto, con respecto á esta, como la cuna del astro del dia. Las principales islas del Japon, que son las de Nifon Kiusiu, Sikokf; y la primera sobre todo, están en general llenas de elevadas montañas volcánicas. La de Nifon, en su longitud de trescientas diez leguas, desde nord-este á sudeste, se vé atravesada por una cordillera, cuyas cumbres poco mas ó menos de un mismo nivel, no están separadas de distancia en distancia, sino por grandes picachos cargados de nieves eternas. Esta cadena de montañas separa los rios que corren al este y al sud del gran Océano, de los que riegan la zona norte y desembocan en el mar del Japon. Sin embargo, hay otra montaña mucho mas alta aun, que las comprendidas en aquella inmensa cordillera, á la que se dá el nombre de Fusi-no-yama, enorme pirámide cuya corona de yelo resiste á los mas ardientes rayos del sol, y en cuya cresta se abre un volcan, que es el mayor de cuantos se conocen. Un fenómeno volcánico ha dado origen, en la parte occidental de la isla de Nifon, al lago interior Biva-no-mitsu-Umi, de donde sale el Yodo-gava, que desemboca en el golfo de Osaka. Aunque en el mismo paralelo á que corresponden los paises de España, Italia y Sicilia, el Japon está muy lejos de disfrutar de la primavera y del otoño de que gozan aquellos climas; porque no hallándose resguardada como lo está España, por los Pirineos, é Italia por los Alpes, queda espuesto á los helados vientos de los paises tártaros; y circuido por un océano denominado mar de las nieblas, tiene que soportar dias glaciales en los meses de enero, febrero y marzo, terribles huracanes en las épocas de equinoccios, y frecuentes tempestades en junio, julio y agosto.

Kaempfer, cree que los japoneses descienden de una de las familias que se dispersaron inmediatamente despues de la construccion de la torre de Babel; Maltebrun y Klaproth, les atribuyen un orígen diferente del de los chinos. « Esta raza de hombres, dice Klaproth, á primera vista se parece mucho á los chinos por su figura esterior; pero examinando cuidadosamente sus rasgos característicos, y comparándoles con los del pueblo chino, se nota al punto la gran diferencia que existe entre ambos pueblos. Yo mismo he hecho esta observacion en la frontera del imperio ruso y de la China, donde he encontrado confundidos á individuos de ambas naciones. Los ojos de los japoneses, aunque colocados casi tan oblicuamente como los de los chinos, son mas anchos cerca de la nariz, y el párpado aparece como levantado cuando se abre. El cabello del japonés no es del todo negro, pues tiene algo de pardo oscuro. En los niños menores de doce años, presenta toda clase de colores hasta el del lino; pero no por esto dejan de en-

contrarse individuos de cabello enteramente negro y rizado, con los ojos oblícuos y la piel negra, mirada á una cierta distancia; el color de las personas de la clase inferior. tiene poco mas ó menos el color del queso; el de los habitantes de las ciudades, varia segun su modo de vivir, y en los palacios de los grandes personages se ven mugeres de tez blanca, y de megillas tan sonrosadas, como las de los mismos europeos. Por otra parte, los vagabundos y la gente que vive á la intemperie, tienen un color entre cobrizo y de tierra oscura, siendo este el color general de los campesinos japoneses, especialmente en las partes del cuerpo que están espuestas á la accion del sol. El diverso orígen de los chinos y de los japoneses, queda completamente demostrado por la lengua de los últimos, la cual difiere totalmente de las de todos los pueblos inmediatos al Japon. Aunque ya ha adoptado un número considerable de palabras chinas, estas no forman una parte radical é integrante del idioma, conociéndose haber sido introducidas por las colonias chinas, y especialmente por la literatura china, que ha servido de base á la del Japon. Las radicales japonesas no se parecen á las de Corea, y son igualmente estrañas á las de la lengua de los ainos, ó kuriles, que habitan el Yesso. Por último, el japonés no tiene afinidad con el idioma de los manchues y de los tonguses, que ocupan la parte del continente de Asia, opuesta al Japon. » Además, las diferencias de tipos se esplican por las oposiciones de higiene y de temperamento; las diferencias en el idioma, por el hecho de una lengua primitiva que unos han conservado, y otros perdido; y así, en vez de dividir, mas bien se debe agrupar, en vez de desunir, juntar; por lo que debemos creer que la familia china, colonia probablemente jafética, como ya hemos dicho antes, tiene sus congenéricos de los tipos que hay en su alrededor, en la zona que partiendo del Japon pasa por la Corea para atravesar la China, y va luego á fundar sus mezclas bastardeadas en el Tong-King, Cochinchina, y el reino de Siam. La comunidad de orígen entre los actuales isleños del Japon, y los pueblos del continente chino, es por otra parte una consecuencia de su filiacion histórica. Los anales japoneses pretenden que su archipiélago fué en un principio gobernado por siete espíritus celestes, ó dioses, que se sucedieron unos á otros: los tres primeros nacieron por su propia voluntad, y los otros cuatro, procedieron de ellos. Despues de estos siete espíritus celestes, vinieron cinco semidioses ó genios terrestres, de los que el primero fué la hija del Sol, llamada Ten-sio-dai-sin (el gran espíritu de la luz). De esta diosa, fundadora del imperio, descienden los dairis ó emperadores, cuya familia, por consiguiente, no tiene orígen humano. Su dinastía fué establecida en el año 660, antes de Jesucristo, por Zin-Mu (el guerrero espiritual), que viniendo desde la estremidad occidental del imperio, le conquistó todo, menos la parte septentrional, que los yebis, sus habitantes anteriores, continuaron ocupando mucho tiempo despues. Zin-Mu, fué indudablemente de orígen chino, y el que introdujo en el Japon la agricultura y la industria. Acudieron luego otros colonos, entre ellos, trescientos jóvenes de ambos sexos que el emperador Tsin-chi-huang-Ti mandó bajo la direccion del médico Ziko-Fuk (Sin-Fu), á la isla imaginaria de For-ai-sun, para buscar allí el elixir vital. Estos chinos llegaron al Japon 209 años antes de Jesucristo, y como su conductor introdujo en su pais las artes y las ciencias, que antes no se conocian, le tributaron despues de su muerte honores divinos; de lo que resulta que la colonizacion china, sino ha poblado desde un principio el Japon, al menos ha modificado y asimilado las familias que anteriormente allí existian.

Tres son las religiones principales que reinan en el Japon, á saber: el Sinto ó Sinsiu, el Sinto ó religion de Kong-fu-tse (Confucio), y el Budismo, subdivididas todas en una multitud de sectas.

El Sinto ó religion de los *kamis* (espíritus)

tiene por objeto el culto de las divinidades invisibles que dirigen todas las cosas. Llámanse kamis á los siete espíritus celestes, de que se compone la primera dinastía de los soberanos del Japon, y á los cinco semidioses que forman la segunda. Los emperadores posteriores á Zin-Mu, fundador de la tercera dinastia, tambien son admitidos al rango de kamis despues de su muerte, y toca al dairi ó emperador reinante el declararlos tales. Los japoneses, consideran á los siete espíritus celestes como demasiado elevados sobre la tierra para interesarse en lo que en ella pasa; y así, invocan ante todo á la diosa Ten-sio-dai-sin, que está en la primera clase de los cinco semidioses, y de quien procede el dairi. Su principal templo, edificado cuatro años antes de la era cristiana, es el *nai-ku*, situado cerca de Uza, en la provincia de Izé, la tierra santa del Japon (Pl. LVII, n.º 2), este edificio está rodeado de otros siete templos dedicados á diferentes genios. El hermano de la diosa, es el dios de la guerra Fastman, al que se llama comunmente Uza-Fastman, porque su principal templo está en Uza, en la provincia de Bunzen; este cuida de la integridad del territorio, y los emperadores le mandan embajadas cuando se presenta un caso de hostilidad Toyo-ke-o-dai-sin, reputado como el creador del cielo y de la tierra, y patrono del dairi, tiene un ghe-ku (templo esterior) en el monte Nuki-Nuko-Yama. Al ocupar el trono, cada dairi se mide su estatura con una varita de bambú, que permanece en el templo hasta la muerte del soberano, época en que se traslada el nai-ku envuelto en doce ó trece hojas de papel que contiene la biografía del difunto, y estos bambúes, correspondientes á los dairis difuntos, son venerados como otros tantos kamis. Además del bambú se conservan en el ghe-ku, edificado tambien cuatro años antes de la venida de Jesucristo, un sombrero de paja, un manto para preservar de la lluvia y un azadon, emblemas de la agricultura, profesion que despues de la de las armas, es la mas considerada en el Japon. Aquel templo está rodeado de otros cuatro monumentos religiosos, consagrados á la tierra, á la luna, al viento, etc. El pueblo cree inestinguible la descendencia de los dairis, y cuando el emperador no tiene hijos, la diosa le envia uno. En este caso se tiene cuidado de colocar en la puerta del palacio debajo de un árbol, á un niño de ilustre cuna, escogido secretamente por el dairi; y al verle, el pueblo prorumpe en transportes de alegría y reconocimiento. Los sintoistas admiten que las almas sobreviven á los cuerpos, y que son juzgadas en la otra vida por jueces celestiales; las de los hombres virtuosos entran en el Taka-ama ka-wara, es decir, en la cumbre del cielo, donde llegan á ser kamis, genios bienhechores; mientras que las almas de los malvados son precipitadas en el infierno, Ne-no-ku-ni, ó reino de las raices. En honra de los kamis hay erigidos unos *miya* ó templos de diferente grandor, construidos de madera: en su centro está colocado el símbolo de la divinidad que consiste en tiras de papel pegados á unas varetas del árbol finoki (*Thuya japónica*). Estos símbolos, llamados *gofei*, se encuentran en todas las casas japonesas donde se conserva en pequeñas «myas» ó urnas, á cuyos lados se colocan tiestos con ramas verdes del árbol sakaki (*cleyeria kæmferiana*), ó de mirto, y jazmin, despues dos lámparas, una taza de té, y algunos vasos llenos de *saki*, ó vino japonés; y los habitantes de la casa hacen allí sus oraciones por la mañana y noche á los kamis. Los «miya» ó templos, aunque de construccion sencilla, unidos á veces con las habitaciones de los sacerdotes, constituyen vastos edificios á los que preceden pórticos abiertos, llamados *tori-i*, ó sitios destinados para las aves. En frente de estos templos figuran ordinariamente los dos perros koma-inu; y delante del santuario de Ten-sio-dai-sin, están colocados, Fino-O (el rey del fuego), y Mitza-O (el rey del agua), que siguieron á la diosa en su viage de Fiuga á Idzumia. En ciertas épocas, y poco ó mucho, diariamente, se hacen sacrificios á la fundadora del imperio, á los buenos dairis ó emperadores, y á todos aquellos cu-

yas almas han llegado á ser kamis : sin embargo, no se implora directamente á Ten-sio-dai-sin, sino que las oraciones llegan á él por la mediacion de los Siu-go-zin, divinidades tutelares ó protectoras. A esta clase pertenecen todos los demás kamis; y como á estos les sirven ciertos animales, hay algunos á quienes se reverencia tambien como divinidades protectoras, principalmente á la zorra (*inari*). Los japoneses honran mucho á aquel animal, sobre todo al gris, que es el mas inteligente; le consultan sus negocios mas árduos, le erigen un pequeño templo doméstico en el interior de la casa, y le ofrecen en sacrificio arroz, y varias frutas; si los alimentos han desaparecido, creèn que la zorra los ha comido; y es señal de buen agüero para el negocio; y si quedan intactos y averiados, es signo desgraciado para el que consulta. En tiempos mas antiguos se ofrecian holocaustos humanos á las divinidades malévolas, tales como Kiu-sin rio, el dragon de las nueve cabezas del monte Toka-kusi; mas despues esto se ha limitado á diferentes ofrendas de arroz, pescado y cabrito. Cada distrito tiene sus divinidades tutelares que imploran los transeuntes; así como los marineros que navegan entre las islas de Nifon y de Sikokf, presentan sus ofrendas á Konfira, reputado como el Tengu ó perro celeste del pais. Los sacerdotes de la religion de Sinto, se dejan crecer el cabello como los laicos, y pueden casarse. Antiguamente, cuando moria un gran personage, se enterraban con él vivos un cierto número de sus amigos y criados; mas tarde ya no se les enterró, sino que ellos mismos se abrian el vientre. Esta costumbre bárbara, prohibida el año 3 de la era cristiana, se perpetuó hasta los tiempos de Taiko, á fines del siglo XVI. Sin embargo, á veces se reemplazaban tambien las personas vivas por estátuas de barro. Los ataudes de los sintoistas tienen esteriormente la forma de un cuerpo humano.

Por los años 284 de Jesucristo se introdujo en el Japon el Siuto, ó doctrina de Kong-fu-tse. Varios sujetos versados en la religion de los letrados chinos, llegaron de Corea á Miyako, trayendo consigo el Ron-go, libro de Kong-fu-tse, que presentaron al dairi y enseñaron á uno de sus hijos. Wo-Nin, gefe de aquella mision religiosa y literaria, recibió despues de su muerte honores divinos. Desde entonces los signos ideográficos de los chinos, han continuado usándose en el imperio japonés, inventándose por lo tanto sistemas silábicos completamente adoptados al idioma del pais.

De la misma manera el budismo se introdujo en el Japon por la Corea, en el año 552 de la era cristiana. Los anales indígenas refieren sobre esto, que uno de los príncipes coreos envió aquel año al dairi un embajador, que llevaba consigo una imágen de Buda Sakya y los libros clásicos de aquella religion. «Ensayad ese nuevo culto, dijo uno de los ministros al emperador. — Nó, replicó otro, porque nuestro pais tiene ya muchos dioses que adorar, y si dirigimos nuestro culto á divinidades estranjeras, las nuestras se disgustarán.» Se tomó un término medio, no declarándose en pro ni en contra de las doctrinas budicas. Pero de los palacios de los grandes, la religion estranjera pasó al bajo pueblo entre quien se estendió, prefiriendo sus pomposas prácticas al rito sencillo del culto de Sinto. Cuando el budismo llegó á ser culto popular y dominante, los dairis le hicieron reconocer como religion del Estado. Los mismos sintoistas le adoptaron, sin creer por eso abjurar el suyo; y la tolerancia ó la confusion llegó hasta el punto de que los ídolos budicos figuran á veces en los templos de Sinto, mientras que los kamis celebran ritos en los templos del Buda, á quien se llama *Zi*. El mayor de estos es el Fo-ko-zi de Miyako, célebre en toda el Asia por su imágen colosal de *Dai-buts*, ó gran Buda llamada *Rusiana* (el resplandeciente). Esta estátua representa al Buda, sentado á la manera inda sobre una flor del *lotus*. Antes era de bronce dorado; habiéndola deteriorado el terremoto del año de 1662, fué reemplazada en 1667 por una estátua de madera cubierta de papel dorado. La total altura de este

coloso es de ochenta piés, de los que setenta corresponden á la estátua y diez á la flor, sobre la que está sentada. El interior del templo enlosado de mármol blanco, está adornado de noventa y seis columnas de madera de cedro. En una estancia inmediata, está suspendida la campana mas grande que existe en el mundo: pesa un millon setecientas mil libras japonesas, que equivalen á dos millones, poco mas ó menos, de libras holandesas. Su altura es de diez y siete piés. El dios Amida ó *Xaca*, es el mismo Buda Sakya de los indos: se le adora bajo muchas formas, principalmente bajo la de un hombre con cabeza de perro, con un aro en las manos, y montado en un caballo de siete cabezas. De todos los ídolos de su hijo, Kang-won, ó Canon, el mas nombrado y que se vé junto á una garganta cerca de Miyako, es una figura gigantesca con veinte brazos armados de otras tantas flechas y siete cabezas de niños pintadas en el pecho.

No entrarémos en detalles sobre las ocho sectas principales de budistas que se cuentan en el Japon. Hablarémos solamente de los Yama-Bus, (hombres que duermen en las montañas), especie de anacoretas, á los que el pueblo atribuye una ciencia sobrenatural y un poder mágico, y cuya vida pasan en peregrinaciones á los lugares que están reputados como santos. Estos caminan siempre descalzos y llevan un trage talar y holgado, pero de una hechura particular y estraña. El trage de los demás bonzos es mas sencillo. Unos llevan la cabeza enteramente rapada, otros, con solo un mechon de cabellos (Pl. LVIII, n.° 1.). Entre los budistas del Japon, se encuentra la misma manía del suicidio religioso. que en los del Indostan. «Nada es mas comun, dice Charlevoix, que el ver en las costas del mar barcas llenas de estos fanáticos, que se precipitan y sumergen dentro del agua cargados de piedras, ó que agujereando esas mismas barcas dejan entrar el agua hasta que se van á fondo, cantando las alabanzas del dios Canon, cuyo paraíso, dicen ellos, está en el fondo del Océano. Un pueblo infinito les sigue y presencia el suicidio, elogiando su valor, y recibiendo sus bendiciones hasta que desaparecen bajo las olas. Los sectarios de Amida, se hacen encerrar y emparedar en cavernas, donde apenas tienen espacio para estar sentados, no respirando sino por un pequeño tubo por donde entra el aire, y allí se dejan tranquilamente morir de hambre con la esperanza de que Amida recibirá su alma al salir del cuerpo. Otros suben á las rocas mas elevadas, bajo las cuales hay minas de azufre que vomitan fuego en cierto tiempo, y desde allí, despues de invocar á su dios para que acepte el sacrificio de su vida, se arrojan al fondo de aquellos abismos. No faltan tampoco otros que se hacen aplastar bajo las ruedas de los carros donde van los ídolos en procesion, ó que mueren sofocados bajo los piés de la multitud que acude á los templos en las grandes solemnidades; y si bien no todos llevan hasta ese punto su fanatismo, y no compran tan cara la esperanza de ser bien recibidos en el paraíso de su dios, es casi general en la religion de los fotocas un espíritu de penitencia, que será sin duda una acusacion contra los malos cristianos en el gran dia de las venganzas. Vénse con mucha frecuencia penitentes, que antes de salir el sol, en lo mas crudo del invierno, se quedan desnudos, y se hacen echar sobre el cuerpo ciento ó dos cientos cántaros de agua helada, sin demostrar el menor estremecimiento. Otros emprenden largas peregrinaciones con los piés descalzos, por caminos ásperos y llenos de guijarros ó malezas y plantas cargadas de espinas, con la cabeza descubierta, sufriendo todas las intemperies, encaramándose en aquella forma á las rocas mas escarpadas, por puntos donde ni las cabras pueden sostenerse, y dejando rastros de su sangre por el camino que transitan. Algunos hacen el voto de invocar á su dios millares de veces al dia, prosternados contra la tierra, y tocando con su frente el suelo. Pero para dar fin á esta materia, cuyos detalles nos harian estender mucho, citarémos por último, la peregrinacion que ciertos bonzos llamados Xamabugis (*Yama-Bus*), celosos



discípulos de Xaca, hacen de tiempo en tiempo, lo cual bastará para demostrar que el enemigo del género humano, exige y obtiene mas de estos isleños, para perderlos, de lo que el verdadero Dios nos pide para salvarnos. Sobre doscientas personas se reunen todos los años en la ciudad de Nara, situada á ocho leguas de Miyako, las cuales, en un dia marcado, emprenden una marcha de setenta y cinco leguas, por caminos y desiertos tan intransitables y ásperos, que á penas pueden andar una legua al dia. Cada uno lleva una provision de arroz para todo el viage que no es muy grande, pues durante la travesía, su comida, en dos veces al dia, se reduce á la cantidad de arroz machacado que puede contener el hueco de la mano, y tres vasos de agua. Cuando alguno de los peregrinos cae enfermo, lo que es muy frecuente, se le deja abandonado en el camino, y por lo general, allí muere miserablemente. A ocho leguas de Nara, se comienza á subir, y son precisos guias, los cuales son ciertos bonzos llamados *genguis*, que espresamente aguardan allí para ejercer aquella funcion. Estos conducen á los peregrinos hasta otra estacion, ocho leguas mas allá, y los entregan á otros bonzos que les sustituyen en su cargo, llamados *guoguis*. Estas dos especies de bonzos llevan una vida estremadamente penitente, y nadie sabe, ni de que viven, ni donde se albergan. La idea que se tiene concebida de estos hombres estraordinarios, su figura, que ya de suyo es repugnante, su aire, su mirada fiera, su tono de voz, y sus maneras salvajes, la agilidad con que trepan y corren por las pendientes de las rocas en el borde de espantosos precipicios; todo esto inspira un secreto horror, capaz de espantar á los mas intrépidos. A mas de eso, se cree que semejantes conductores están en frecuente comunicacion con los demonios; y todo cuanto se nota en ellos, mas inclina á creer que son espíritus infernales, que seres humanos; sin embargo, ellos dicen ser los confidentes del dios Xaca, y el pueblo los cree santos. Prevalidos de esta opinion, ejercen sobre los desgraciados peregrinos que caen en sus manos, un predominio y autoridad soberana. Por de pronto, les advierten que observen exactamente el ayuno, el silencio absoluto, y demás reglas prescritas para el importante acto que van á ejecutar, y á la menor falta en que incurra alguno de los peregrinos, le cojen, y sin mas forma de proceso, le cuelgan por las manos de un árbol, y allí le dejan morir de hambre y desesperacion, y esto han de presenciarlo los demás sin decir nada; si un padre diese la menor señal de compasion al ver tratar así á su hijo, sufriria en recompensa la misma suerte. Hácia la mitad del camino hay un campo donde los bonzos directores obligan á sentar á todos los peregrinos con las manos en cruz, y la boca pegada á las rodillas, postura ordinaria de los japoneses cuando oran. Así permanecen un dia y una noche sin menearse, siendo unos cuantos palos el castigo del menor movimiento que alguno haga. Todo este tiempo está destinado á examinar cada uno su conciencia y á prepararse á una confesion general que ha de hacer de todos los pecados cometidos desde la última peregrinacion. Terminado el exámen, toda la gente se pone en marcha, y al cabo de algunas leguas se descubre un círculo de montañas elevadas, próximas al parecer unas á otras, y en medio de las cuales se eleva una roca inmensa aislada, y que parece tocar las nubes. La cima de esta roca, es el término de la peregrinacion. Los *guoguis*, han arreglado allí un aparato, por medio del cual fijan á la roca horizontalmente una gruesa barra de hierro que sostiene una balanza estremadamente larga. En uno de sus platos, van colocándose los peregrinos unos despues de otros, y en el otro plato se coloca un peso proporcionado para formar el equilibrio. La barra está colocada de tal suerte, y tan saliente, que se encuentra la balanza suspendida inmediatamente sobre un abismo profundísimo, y en esta posicion el peregrino hace en alta voz la confesion de sus pecados, que oyen los demás sentados en las montañas inmediatas

(Pl. LVIII, n.º 2). Si á los bonzos que tambien la escuchan, se les figura que el penitente no habla con franqueza, ó que trata de ocultar ó disminuir sus faltas, dan por medio de un mecanismo, cierto movimiento á la barra, y aquel miserable cae en el precipicio, cuya sola vista es capaz de aterrar, y de privar del juicio y del uso de la palabra. Despues que todos sucesivamente han pasado por esta peligrosa y humillante prueba, son conducidos al templo de Xaca, donde hay una estátua de este dios, de oro macizo, de un tamaño estraordinario. Otros muchos ídolos del mismo metal le rodean como para honrarle, cuyo número se aumenta cada año. Despues que los peregrinos han cumplido sus deberes en Xaca, y empleado veinte y cinco dias en hacer diferentes estaciones en las otras montañas, se despiden de sus directores, á quienes cada uno dá de limosna el valor de cuatro escudos. En seguida se van todos á otro templo, al salir del cual se despiden unos de otros, y cada uno vuelve á su casa por el camino que mas le acomoda, y cree mas corto.»

Los dairis, en calidad de pontífices, legisladores y gefes militares, reunen en sí todas las atribuciones religiosas, civiles, y políticas, hasta que enervados por una posesion pacífica, y deseosos de gozar, dejan á los kubos ó generales del ejército, el que reinen de hecho en su nombre. El gran poder de estos data sobre todo desde Yoritomo, de la familia de los Ghensi, que habiendo salvado al dairi reinante, en el año 1190, de las ambiciosas tramas de la familia de los Feike, fué nombrado generalísimo, y fijó su residencia en Kama-Kura: la usurpacion no se completó hasta el siglo xvi, época en que el dairi quedó como soberano nominal, siéndolo real y efectivo el Kubo ó Seugun. Pero no por eso disminuyó el culto respetuoso hácia el dairi, como vástago de una diosa; antes por el contrario, este se aumentó á medida que su autoridad disminuia. «No se permite á este emperador, dice Charlevoix, el tocar la tierra, ni aun con el pié, porque esta le profanaria; y así, cuando quiere trasladarse de un punto á otro le llevan en andas personas destinadas al efecto. Tambien se cree que jamás se muestra al público. Algunos autores suponen que no le es permitido cortarse el cabello, la barba, ni las uñas; pero Kaempfer asegura, que se le prestan esos servicios cuando duerme. Antiguamente estaba obligado á sentarse todas las mañanas en su trono, y permanecer en él durante algunas horas, inmóvil como una estátua. Esta inmovilidad se creia de buen agüero para la tranquilidad del imperio; pero si desgraciadamente le ocurria moverse algo, ó dirigir la vista hácia alguna de sus provincias, se creia que estaban próximos el fuego, el hambre, la guerra, ú otras calamidades por el estilo. Despues se creyó mas prudente librarle de esta violenta y ridícula ceremonia, y desde entonces se contenta con dejar sobre el trono su corona imperial, cuya inmovilidad es mas segura, y produce segun ellos mismos creen, los mismos efectos.» El trage del dairi es muy sencillo; consiste en una túnica de seda negra, con una toga encarnada, y sobre ella otra toga de crespon de seda estremadamente fino; lleva un bonete de forma cónica con fajas pendientes por detrás, como las de una mitra de obispo. Su mesa está magníficamente servida, y se le prepara diariamente una comida suntuosa en doce aposentos del palacio á la vez, y cuando él designa el que prefiere, todo el aparato se reune en una sola mesa. Una música ruidosa le atruena los oidos durante la comida; la vajilla que usa, á pesar de ser de porcelana, se rompe á medida que se va quitando de la mesa, pues se cree que si otra persona que no fuese el dairi ú otro miembro de la familia imperial, usase dicha vajilla, moriria el culpable ahogado. Lo mismo se dice del profano que sin permiso del dairi se pusiese alguno de sus vestidos. Una especie de consejo ó corte eclesiástica cuida de que esta corona nominal no salga de la familia de Zin-Mu, y cuando el príncipe reinante muere, su mas próximo pariente le sucede.

No es menos aparente el poder real de los seugunes, perpetuado en la rama de Yoritomo hasta el año 1585, en cuya fecha reinaba la familia que trasladó su capital a Yedo. Prodigando el seugun al dairi todas las consideraciones de una preeminencia ostensible, jamás descuida cuando ocurre una innovacion legislativa ó cuestion diplomática, mandarle un embajador que pida su asentimiento; y el dairi, por su parte, como gefe espiritual del imperio, mantiene en la corte del seugun varios dignatarios eclesiásticos, encargados de vijilar la conducta de aquel, en materia de religion. El imperio está dividido en ocho grandes reinos llamados *do* ó caminos; estos *do* se subdividen en sesenta y ocho *kokfs* ó provincias, y estas comprenden seiscientos veinte y dos *koris* ó distritos. El seugun no manda por sí mismo sino en cinco provincias, que son gobernadas en su nombre por sus delegados, llamados *obanjos:* las restantes se dividen entre un gran número de dai-mio ó príncipes de los llamados *Kokfs*, poderes aristocráticos, tanto mas fuertes, cuanto que son hereditarios; pero no por eso dejan de estar sometidos como feudatarios al gefe supremo. Por medio de este feudalismo organizado, está el poder de los seugunes necesariamente coartado en sus atribuciones. Los principales dai-mio, forman parte de un consejo revocable á voluntad, pero cuya autoridad es casi decisiva. Este Tsindjo-no-sio, ó consejo general central, se subdivide en otros consejos secundarios, como nuestros ministerios ó tribunales, en los que se reparten los negocios de legislacion é instruccion pública, de asuntos del interior, de policia general, de la guerra, de causas criminales, de hacienda pública, y del patrimonio ó casa del emperador. Los dai-mio están obligados á sufragar todos los gastos de las localidades que gobiernan, y además, á economizar una cantidad que deben enviar como tributo al seugun; este tiene que sostener una fuerza militar á disposicion de aquel, y todos los gastos de una corte fastuosa, y estar dispuesto á presentarse cuando le llamen para ir á ofrecer sus homenages al soberano. A escepcion de algunos que se sostienen en un estado de independencia, la mayor parte de los dai-mio, sobrecargados por sus mismos privilegios, son pobres, mientras que el seugun disfruta la enorme renta de seiscientos á ochocientos millones.

El pueblo está distribuido en ocho categorías: los dai-mio, príncipes hereditarios; los chadamodo, nobles de segunda clase, que dividen con aquellos el monopolio de los cargos públicos; los ministros de la religion ó sacerdotes, sometidos especialmente al dairi; los militares que por sus buenos servicios llegan al grado de dossines, y cuyo cargo es tan honrado, que un hombre del pueblo los da siempre el tratamiento de *sama* (señor); los comerciantes, clase rica en el Japon, pero poco apreciada; los artesanos, los labradores, y un corto número de esclavos chinos ó coreos. Es muy raro que el labrador sea propietario de la tierra que cultiva; simple arrendador, tiene que pagar al propietario verdadero las tres quintas partes de su cosecha. La profesion mas abyecta es la de los desolladores, á quienes se obliga á hacer el oficio de verdugo y carcelero, y que forman entre sí una especie de corporacion, cuyos miembros tienen el derecho de mendigar en dias marcados, que lo son en el primero y último mes del año. De esta gerarquía social así constituida, resulta una independencia relativa, circunscribiéndose cada uno en los límites de sus derechos y deberes.

Las costumbres y usos del Japon, merecen algunos detalles. Los nacimientos no se hacen constar legalmente, y no existen allí registros de estado civil como en Europa, y esto procede de que la ley japonesa deja á los hijos á la entera disposicion de sus padres que tienen sobre ellos derecho de vida y muerte, lo que lleva consigo la frecuencia de los infanticidios. «Una cosa, dice Charlevoix, sorprende en un pais tan reglamentado, y en hombres que tanto encomian sus derechos, y es esta la costumbre que permite el dar muerte ó espo-

ner vivos los hijos que sus padres no creen poder mantener; pero como no existe vicio alguno que no se haya querido erigir en virtud, los japoneses creen para defender esa barbarie, que en eso ejercen un acto de humanidad, privando á esas desgraciadas criaturas de una vida que seria para ellas una carga insoportable. Las personas acomodadas que no tienen hijos, adoptan los de sus parientes y amigos que tienen demasiados. Desde que los hijos mayores de cada familia llegan á la edad viril, los padres se retiran del manejo de la casa, les entregan todos sus bienes, reservándose solo lo que creen necesitar en su retiro para sí y para mantener á los demás hijos. La parte hereditaria de estos es muy corta. En cuanto á las hijas, cuando se casan no llevan al marido mas que lo puesto. Aquí no se conocen dotes.»

Los japoneses desposan muchas veces á sus hijas desde la cuna, y realizan el matrimonio cuando cumplen quince ó diez y seis años. Kœmpfer nos esplica las ceremonias del matrimonio en estos términos. «Dispuesto todo para la boda, los novios desde la madrugada del dia señalado se pasean cada uno en una carroza tirada por búfalos ó caballos; despues al son de instrumentos se les lleva fuera de la ciudad, por caminos diferentes, á una colina donde se reune mucha gente á presenciar el acto. A la carroza del marido siguen otros pequeños carros, llenos de regalos para la novia; y esta, despues que los recibe, los entrega á sus padres ó parientes en recompensa del cuidado que han tenido en educarla. De esta manera un padre se hace rico si tiene muchas hijas que casar, y si sus novios son personas acomodadas. Un poco antes de llegar á la colina de que hemos hablado, la desposada se apea de su carroza, y mientras que ella sola sube por un lado, el marido lo verifica tambien solo por otro. En lo alto de la colina está dispuesta una tienda de campaña muy adornada, y en su centro se vé un altar donde el dios del matrimonio tiene la cabeza de perro, los brazos abiertos y un alambre en las manos; tal es una de las maneras como se representa á Amida. Por la cabeza de perro, los japoneses quieren significar la fidelidad y vigilancia de los casados, así como por el alambre simbolizan la estrecha union que debe reinar entre los esposos. Ante el ídolo hay un sacerdote á cuya derecha está la desposada y á su izquierda el esposo, cada uno con un cirio. La primera enciende el suyo en una de las lámparas que hay en la tienda, y mientras el sacerdote pronuncia algunas palabras, el segundo lo enciende despues en el de su prometida, y los concurrentes entonces dan gritos de alegría deseando á los casados toda clase de felicidades, á lo que se sigue la bendicion del sacerdote. Mientras que los nuevos esposos están cumpliendo en la colina con esta ceremonia, los convidados que se han quedado abajo no están ociosos, puesto que se entretienen unos en arrojar al fuego los juguetes con que la esposa se entretenia cuando era niña, otros en mostrar á aquella un torno y una rueca, y, otros, le guardan el carro donde están los regalos de boda; y por último, los sacerdotes matan al pié de la colina dos búfalos como en sacrificio al dios del matrimonio. En seguida se conduce á la desposada en su carroza en medio de la música y general alegría á la casa de su marido, cuyas habitaciones están todas sembradas de flores; y allí se celebra en el terrado un gran banquete. Esta fiesta, que es muy costosa, se prolonga por ocho dias.» Segun otra costumbre singular, la jóven japonesa debe desfigurarse el dia de su matrimonio, por lo cual ennegrece su blanca dentadura con un licor corrosivo, se afeita las pestañas y tiñe los lábios de verde, á fin de demostrar que ya en adelante está bajo el dominio del marido. El adulterio de la muger se castiga con la muerte; una leve imprudencia la cuesta á veces la vida. La fidelidad conyugal se lleva al estremo, y la adhesion al marido llega en la muger hasta el punto de dejarse morir de hambre á la muerte de aquel. Hé ahí el caso que refiere Charlevoix con respeto al amor de la muger japonesa: «Un noble japonés del Fingo tenia una muger hermosísima por esposa, de quien era tierna-

mente amado y que le hubiera hecho dichoso, si hubiese podido ocultar su felicidad; pero el emperador lo supo y le mandó matar, con objeto de casarse con la viuda, á la que llevó á su palacio. Esta, disimulando su idea, le pidió permiso para poder llorar en libertad á su marido por espacio de treinta dias, y el de dar luego un convite á sus parientes en el palacio. Todo esto fué concedido, y el emperador mismo quiso tomar parte en el festin. Vino en efecto, y al salir de la mesa, la dama se acercó al balcon, y haciendo como que se apoyaba en él, se arrojó desde aquella grande altura (pues la fiesta se hacia en el último piso de una torre) y quedó muerta en el acto, poniendo así en seguridad su honor y la fidelidad que habia jurado á su esposo. Los maridos menos fieles, tienen consigo algunas concubinas, pero estas están obligadas á servir á la esposa legítima si esta lo exige, y jamás se sientan á comer en la mesa del gefe de la familia. La ley japonesa autoriza además el divorcio.

Con esta disolucion de costumbres contrasta en gran manera el desprecio á la vida que existe entre los nobles y entre el pueblo, desprecio que prueba un valor, hijo de la vanidad, y una fuerza de amor propio, que en parte alguna se lleva á tal estremo como en el Japon. Una simple criada de servicio, dice Charlevoix, por solo haber sido objeto de una burla de parte de sus amos, se creyó deshonrada y se mató en el acto. Otro japonés, habiendo exigido á su esposa, que estaba leyendo una carta de su madre que se la entregase, y negándose aquella por motivos de delicadeza, hasta el punto de tragársela con tanta precipitacion que casi la ahogó, el marido, creyendo que aquella carta era de un amante, la abrió la garganta para sacársela, y viendo por su contenido el engaño que padeció, no encontró otro medio para atenuar su falta y borrar su remordimiento, que recoger en su casa á aquella madre, causa inocente de su desgracia para tenerla en la abundancia hasta su muerte. Estos rasgos nos demuestran la energía de un sexo, si bien no es menor la del otro. Dos japoneses que estaban al servicio del sengun se encontraron un dia en la escalera del palacio, el uno bajando con un vaso vacío, y el otro subiendo con un plato destinado á la mesa imperial. Por casualidad al juntarse tropezaron uno con otro los sables de ambos, el que bajaba se picó de esto y lo creyó una ofensa; el otro le dió sus escusas añadiendo que la cosa no era nada, pues todo se reducia al contacto imprevisto de dos sables que tanto valian el uno como el otro. «Pues yo, dijo el que se creia ofendido, os haré ver la diferencia que va de uno á otro,» y sacando su arma se abrió con ella el vientre. Sin decir una palabra el otro que subia, corre á poner cuanto antes el plato en la mesa imperial, vuelve al sitio en que su adversario estaba agonizando, y le dice: «Dispensadme si el servicio del príncipe me ha hecho tardar un poco, y para que veais que un sable vale tanto como otro,» desenvainó el suyo, se abrió tambien el vientre y espiró. Los hijos de familia se ejercitan desde su juventud en aprender á darse la muerte, y así como nuestros jóvenes se dedican á los ejercicios gimnásticos para desarrollar la agilidad y fuerza del cuerpo, los japoneses estudian el modo de saber morir, para que aquel acto final les haga honor. La ley tiene autorizado y previsto el suicidio, y fija sus circunstancias. Para que se consuma de una manera legal, la víctima debe estar vestida con ropa limpia y sin insignia ni adorno alguno especial. Cuando es un noble el que se va á matar, se cubre el esterior de su casa, donde están sus armas, con una cortina blanca, y ante toda la familia reunida se abre el vientre. Charlevoix compara la manía de los japoneses por el suicidio, con la de los europeos por el duelo ó desafío, y hace esta reflexion: «No sé en verdad cual es la mas bárbara de ambas cosas; solo creo que se van ambas en zaga; al menos los japoneses llevan la ventaja de que creyendo un deshonor el que tema el hombre la muerte, razonan con mas justicia dándosela ellos mismos para lograr

aquella ventaja sobre sus enemigos. Por otra parte, entre ellos, no hay para aquel acto padrinos, como entre nosotros, y esto es una locura de menos.»

Las clases inferiores se limitan á enterrar sus muertos en los cementerios. Despues de haber cubierto el cadáver con aromas, se le deposita en una fosa, y en la tierra con que se cubre, se plantan árboles y flores. El monumento fúnebre es conservado cuidadosamente por los parientes del difunto, quienes embellecen aquel jardin que visitan frecuentemente, y en el que van á descansar junto con la familia. Los cadáveres de los ricos no son enterrados, sino quemados con un ceremonial suntuoso. Una hora antes de que se saque el cuerpo de la casa, los amigos del difunto se dirigen magníficamente vestidos al sitio donde se ha de quemar el cadáver, como para tomar posesion de él. Llegada la hora, el cortejo fúnebre se pone en marcha: las mugeres, parientes ó amigos de la familia van vestidos de blanco, color de luto en el Japon; despues de las personas mas notables de la poblacion siguen los bonzos de la secta á que pertenecia el difunto que, es conducido en una litera cubiertas con telas de oro y seda, y rodeada de sacerdotes cubiertos con una especie de sobrepellices y un manto negro. Detrás sigue un hombre vestido de color gris, que lleva en la mano una tea de pino encendida, al que siguen doscientos bonzos cantando alabanzas á su dios. Varios acólitos van detrás derramando flores que el pueblo recoje; otros jóvenes bonzos llevan estandartes vueltos hácia abajo donde está inscrito el nombre del Dios de la secta que profesaba el muerto. Este mismo nombre se encuentra escrito en diez linternas que llevan otros tantos portantes, y en otro gran estandarte en letras de oro. Aquel largo acompañamiento, llega algunas veces hasta la colina donde está preparada la hoguera, mucho antes de que el cuerpo haya salido aun de la casa mortuoria. El cadáver, vestido de blanco, está colocado en la postura de un hombre que ora con la cabeza baja y las manos juntas, y por cima de su trage lleva un gran papel ó cartelon en que están trazados los misteriosos caractéres que le han de procurar la entrada en el Eliseo. Sus hijos, vestidos con magnificencia, rodean la litera que conducen seis hombres, llevando el mas jóven de aquellos la antorcha destinada para encender la hoguera (Pl. LIX, n.° 1.) Cuando el féretro ha llegado al recinto funerario, los acompañantes prorumpen en gritos, y esclamaciones en medio del rumor de treinta Tam-tams (instrumento de cobre) que se tocan á la vez. En los dos lados de la pira de leña seca, que está cubierta con una magnífica tela de seda, se ven colocadas dos mesas, la una provista de pastas, confituras y frutas; y hay en la otra una estufa llena de carbon encendido y un plato con astillas de aloe. Despues de haber entonado el gefe de los bonzos el himno de los muertos que cantan todos los circunstantes, toma de las manos del hijo del difunto la antorcha encendida, dá con ella tres veces la vuelta alrededor de la pira, y se la devuelve para que este prenda fuego á la cabeza del cadáver. Lo mismo hacen los demás con las que llevan, encendiendo la pira por otros puntos. En seguida todos echan sobre el fuego, aceite, perfumes, palo de aloe y otras sustancias inflamables y odoríferas hasta que el cuerpo queda consumido; luego todos se retiran, y dejan los manjares preparados para los pobres que acuden. Al dia siguiente los parientes y amigos del difunto van á recojer las cenizas, los huesos y los dientes, y lo meten todo en un vaso de porcelana, que cubierto con un rico velo, queda depositado durante siete dias en el mismo sitio donde estuvo la hoguera. Trascurridos aquellos, se colocan los restos en el sepulcro, levantado sobre un pedestal en que está inscrito el nombre del difunto y el del dios cuya secta habia abrazado. Siete meses despues se renuevan casi iguales ceremonias, que se repiten por última vez al cabo de siete años. Por este ceremonial fúnebre, se vé, dice Charlevoix, «que la idea de la muerte nada tiene de lúgubre para aquel pueblo que la considera en vez de un mal, como un paso necesario para lle-



gar á la verdadera felicidad. » Se empieza por tomar parte en la dicha del muerto, y en seguida se llora su pérdida. El luto dura dos años, durante los cuales, el que lo lleva, se abstiene de todas las diversiones, y placeres y se presenta en público siempre con los ojos bajos, y las manos metidas en las mangas del vestido, caminando lentamente y con cierta gravedad (Pl. LIX, n.º 2.) Existe además la costumbre de una fiesta anual consagrada á todos los muertos, que se celebra el dia trece de la séptima luna, en esta forma. Todas las casas, dice Charlevoix, se adornan como si se tratase de la entrada pública de una persona del mas alto rango. Durante la noche que precede á la fiesta, todas las familias salen de la ciudad, y van al sitio en que creen que deben encontrar á las almas, donde las felicitan y dan la bienvenida. Se las invita á que descansen, se las presentan refrescos y se entabla con ellas una conversacion que dura á lo menos una hora. Terminada aquella ceremonia, se va una parte de la familia á casa para preparar lo necesario, y la otra se queda prolongando la conversacion con las almas, invitándolas á que vayan con ellos, continuando esta farsa todo el camino hasta llegar á la ciudad, que encuentran toda espléndidamente iluminada. El interior de las casas está tambien iluminado, y dispuestos los grandes banquetes que deben celebrarse; los muertos tienen tambien en ellos su cubierto en la mesa; y como la mayor parte de los japoneses creen que nuestras almas están formadas de una materia estremadamente sútil, no dudan que aunque de una manera invisible, absorven la pura sustancia de los manjares que se las preparan. Despues de la comida cada uno va á visitar las almas de sus allegados ó vecinos, y así se pasa la noche recorriendo la ciudad. La fiesta dura todo el dia siguiente, y vuelve por la noche á reunirse la misma comitiva para acompañar las almas, á las que se cree ya bien obsequiadas, al mismo punto donde la víspera se fué á recibirlas, guardando las mismas ceremonias. Los campos se iluminan en la segunda noche, á fin de que las almas no se pierdan en el camino; y por temor de que algunas se queden en las casas, se registran cuidadosamente todas las habitaciones, y se mete ruido en ellas dando palos en los rincones para que salgan, pues sentirian que se quedasen en la casa tan importunos huéspedes, cuyas apariciones temen tanto, y aun mas, de lo que las temen los niños entre nósotros.

El bosquejo que acabamos de hacer sobre la religion y costumbres de los japoneses, basta para dar á comprender lo urgente y necesaria que era la revolucion moral que iba á verificarse en aquel archipiélago, y cuan indispensable era allí el cristianismo que iban á plantear los portugueses. En el año 1542, época en que S. Francisco Javier, llegaba á Goa, fué descubierto el Japon por dos puntos diferentes; esto es, por Fernando Mendez Pinto, Diego Zeimoto y Cristóbal Borello, que venian de Lampacao, puerto de la China; y por Antonio Mota, Francisco Zeimoto y Antonio Pexota, al salir de Dodra, en el reino de Cion para la isla de Célebes. No podemos omitir una notable circunstancia que tuvo lugar á la llegada de Mendez Pinto al Japon. Sorprendido un gefe indígena ante quien se presentaron los portugueses, prorumpió al verlos en estas palabras: « Que pierda la vida, si estos hombres no son los Chinchicogis, de quienes está escrito en nuestros antiguos libros, que, volando sobre las aguas, se harán dueños de todas las tierras que pisen, y especialmente de los paises que posean mas riquezas. Serémos dichosos si quieren contentarse con ser nuestros aliados. » De esta manera, tanto en el Japon, como en la América, la tradicion local indica' a la llegada de los europeos, dando á estos un carácter de superioridad, que nadie se habria atrevido á negarles. Desde entonces se establecieron relaciones comerciales entre Portugal y el Japon. Pero consideraciones muy distintas y de mas alta importancia, eran las que obligaban al apóstol de las Indias á dirigirse á aquel imperio, en el que á pesar del espíritu del mal, iba á

levantarse la cruz de Jesucristo para destruir las bárbaras costumbres de la idolatría, subyugadas por las verdades y la moral civilizadora de la religion del Salvador.

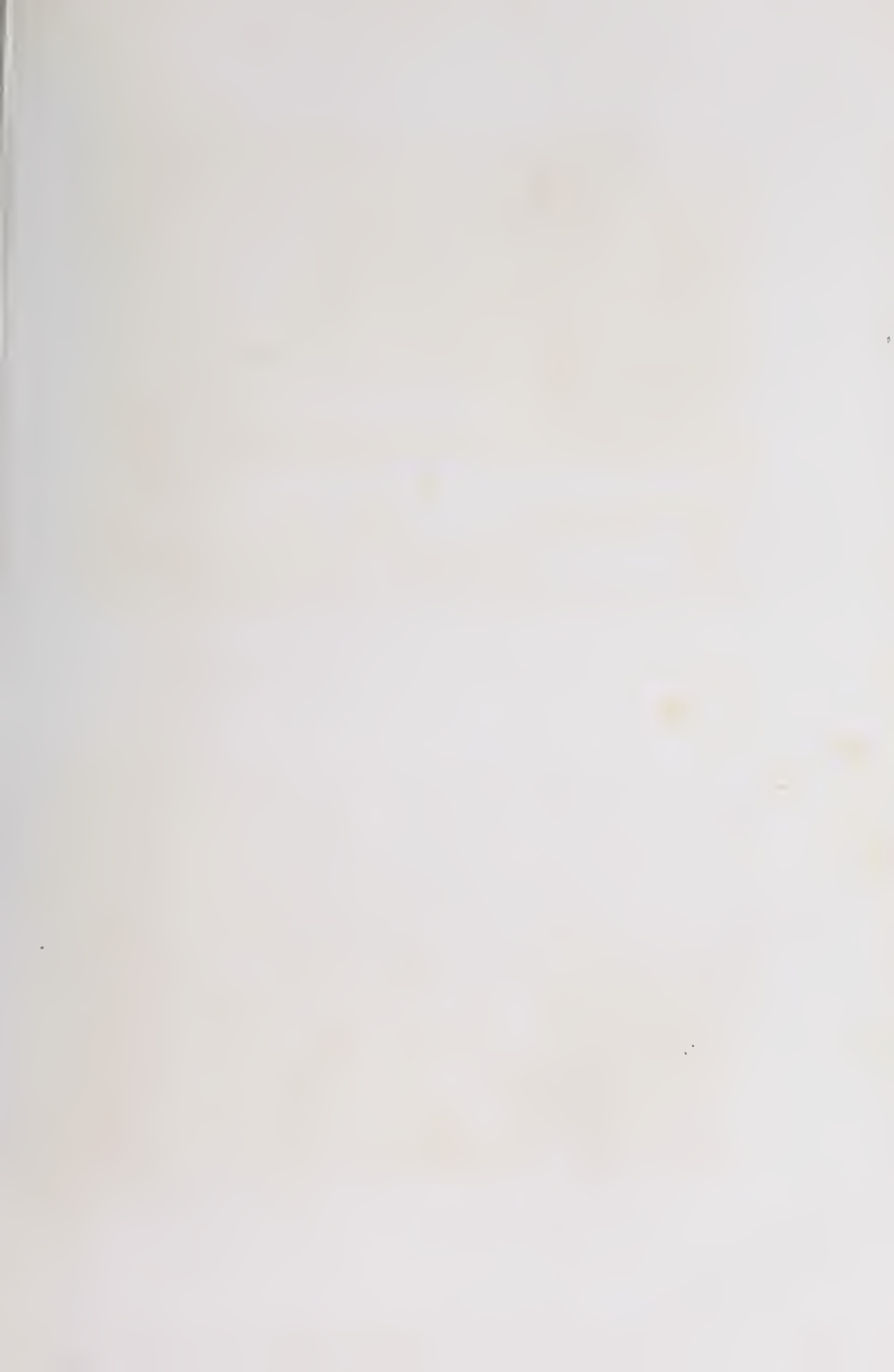
En el tiempo que duró el viage, Pablo de Santa Fé enseñó los primeros elementos de la lengua japonesa á Javier, que continuó estudiándolos durante los cuarenta dias que pasó en Kago-Sima, en la casa de Pablo, cuya familia convirtió y bautizó en seguida. Aunque no se hablaba mas que un idioma en el Japon, este se modificaba por los acentos y pronunciacion, segun la calidad de las personas á quienes se dirigia la palabra. Los progresos del santo misionero, fueron tales, que pudo traducir en japonés el símbolo de los apóstoles, con su esplicacion, traduccion que aprendió de memoria, y con ella comenzó á predicar la fé de Jesucristo.

Entretanto, Pablo de Santa Fé hizo patentes su celo, sus virtudes y sus milagros en la corte del dai-mio de Satsuma, que residia á seis leguas de Kago-Sima; y creyendo que el interés de la religion exigia el ver á aquel príncipe, Pablo se encargó de procurar á Francisco una audiencia. El dai-mio le recibió benévola y honrosamente, y le permitió anunciar la fé á sus súbditos. El conocimiento que ya tenia Javier de la lengua japonesa, que hablaba bien y hasta con elocuencia, contribuyó mucho á estender el cristianismo; distribuyó entre los convertidos copias de su traduccion del símbolo y de la esplicacion de los articulos que le componen. Nuevos prodigios confirmaron la doctrina que enseñaba; al bautizar un niño que tenia un gran tumor que le hacia parecer un mónstruo, se lo devolvió á su madre sano y hermoso, colmándola de dicha; tambien curó con la eficácia de sus oraciones á un leproso, y resucitó una joven de una familia principal, despues de haber muerto hacia ya veinte y cuatro horas. Completa habria sido la satisfaccion del misionero, si hubiese logrado convencer á los bonzos; pero á pesar de cuantos medios inspiró á Javier su caridad, persistieron los sacerdotes idólatras en su ciego fanatismo.

Como los portugueses abandonaron el reino de Satsuma, para trasladar su comercio á Firando, el dai-mio retiró á Javier el permiso que le habia dado de instruir sus habitantes, aun amenazó perseguir á los cristianos; pero y estos, fieles á la gracia que habian recibido, le declararon que sufririan el destierro y aun la muerte, antes que renunciar á su fé. No pudiendo ya ejercer su ministerio el santo entre los kago-simanes, dejó su ciudad despues de un año de residencia, y se fué á Firando. No contento con haber recomendado á Pablo de Santa Fé, á los que habia regenerado en nombre de Jesucristo, le dejó una estensa esplicacion del símbolo, con una vida de Jesucristo, sacada de los Evangelios, que habia hecho imprimir en lengua y caractéres japoneses. Luego partió el apóstol llevándose, segun su costumbre, todo lo necesario para la celebracion del santo sacrificio de la misa, seguido de los dos jesuitas que le habian acompañado.

Por el camino predicó en la fortaleza de un príncipe llamado Ekandono, vasallo del dai-mio de Satsuma; muchos idólatras creyeron desde luego en Jesucristo, entre ellos el intendente del príncipe, hombre anciano, que á una gran prudencia unió un estraordinario celo por la religion, de la que fué uno de sus mas celosos propagadores. Javier al despedirse de él, le encargó que cuidase de todos los otros cristianos. El piadoso intendente, les reunia todos los dias en su casa, para rezar en comun varias oraciones, leyéndoles los domingos la esplicacion de la doctrina cristiana. Fué tan edificante la conducta de aquellos fieles, que contribuyó á convertir á otros muchos idólatras. Hasta el dai-mio de Satsuma, se hizo ya mas propicio al cristianismo, y se declaró su protector.

Hizose en Firando al apóstol una recepcion magnífica, permitiéndole el príncipe, que anunciase la fé de Jesucristo en sus Estados. Bautizó allí mas idólatras en veinte dias, que en Kago-Sima en un año entero. Dejó aquella cristiandad al cuidado del P. Torres, uno de



los jesuitas que le acompañaban, y salió para Miyako con el otro y dos cristianos japoneses.

Desde alli pasaron por mar á Fakata, donde volvieron á embarcarse para Amanguchi, capital de la provincia de Nogato, en cuyo pais se hallaban las mejores y mas ricas minas de plata del Japon. Reinaba en aquella ciudad una escandalosa corrupcion de costumbres; por lo que á pesar de haber predicado Javier en público, y con santo celo, fueron sus palabras, mas bien que atendidas, objeto de burla y de escarnio.

Despues de un mes de permanencia en Amanguchi, continuó su camino hácia Miyako con sus tres compañeros. Era en fines de diciembre del año 1550; las lluvias habian puesto intransitables los caminos, la tierra estaba cubierta de nieve y el frio era escesivo, sin encontrarse mas que torrentes impetuosos, rocas escarpadas y bosques impenetrables, sin embargo, los siervos de Dios quisieron hacer el viage descalzos. Al pasar por las aldeas y pueblos pequeños, Javier predicaba y leia á sus habitantes alguna parte de su catecismo. Como la lengua japonesa no tenia palabra especial para espresar á la soberana divinidad, temió que los idólatras no confundiesen al verdadero Dios con los ídolos, y así les dijo que no le admiraba que hombres como ellos que jamás habian conocido á aquel Dios, no pudiesen espresar su nombre; pero que los portugueses le llamaban *Deos*. Repetia con frecuencia esta palabra, y la pronunciaba con un tono de voz y accion tan significativa, que inspiraba á los idólatras con solo oirla, una veneracion profunda por el santo nombre de Dios. La palabra portuguesa *Deos*, y su sinónimo latino *Deus*, pareciéndose á la palabra japonesa *dius* ó *diusa*, que en su idioma significa *mentira*, dió motivo á que los idólatras fundados en esta analogía, preguntasen al santo porque blasfemaba llamando á Dios *mentira* ó mentiroso. Pinto, al hablar de esto, añade, que cuando Javier despues de haber celebrado la misa, recitaba con los cristianos las letanías de los Santos por la propagacion de la fé, los bonzos prevaliéndose de que la palabra *sancti* quiere decir en japonés *vil infame*, sacaban partido de esta coincidencia casual para hacer despreciable una religion que enseñaba, segun ellos, á adorar las cosas mas viles, y á esperar de ellas proteccion; pero la interpretacion dada á la palabra latina, cuyo sentido es diametralmente opuesto al de la palabra japonesa, destruyó esa acusacion. Javier predicó en un pueblo con tanta vehemencia contra las divinidades del pais, que sus moradores intentaron apedrearle, costándole no poco trabajo el salvarse del peligro que le amenazaba.

Miyako (capital), llamada tambien Kio (residencia), ciudad la mas importante de la provincia de Yama-Siro, está situada en medio de un anfiteatro de colinas; bañándola por la parte de levante las aguas del Kamo-gava, rio afluente del Yodo-gava. Está regularmente edificada, y sus calles son muy rectas; su poblacion es de seiscientos mil habitantes, y cuenta en su recinto quinientos templos. Ya hemos hablado del de Fo-ko-zi. Puede rivalizar con esta pagoda del gran Buda, el templo de Kang-wong, cuya estátua gigantesca tiene treinta y seis manos, y está rodeada de otros seis héroes colosales, y de una multitud de dioses subalternos, graduándose su talle de tal suerte, que forman á la vista las cabezas de todos, un plano inclinado que se remonta desde las mas pequeñas á las mas grandes. pudiendo aquella abrazarlas todas á la vez. (Pl. LX, n.° 1.) El palacio del dairi es un vasto recinto rodeado por todas partes de muros y de fosos; en el centro se eleva una torre cuadrada de donde arrancan en todas direcciones trece calles habitadas por los grandes dignatarios. La corte del dairi es como una especie de academia donde se cultivan la literatura, ciencias y las bellas artes; en ella se redactan los anales del imperio, un almanaque ó guia oficial que indica todas las cargas del Estado, así como tambien las rentas de las principales casas, desde la cantidad mas elevada hasta la que no tiene mas que 10,000

cobany (480,000 rs. vn.). Su universidad es una de las seis principales del Japon. En el año 1540, cada una de estas contaba mas de 3,500 estudiantes; es aquella capital á un tiempo metrópoli, con respecto á la religion y centro de la industria; allí se hace la mejor afinacion del cobre, se fabrican las mejores porcelanas del Japon; se teje la seda, se trabaja el oro y la plata, se templa el acero, y se acuña toda la moneda que circula en el archipiélago.

Cuando Javier llegó á ella, en febrero del año 1551, el dairi, el seugun y el saco, ó gran sacerdote, tenian allí su corte; en vano el santo les pidió una audiencia, puesto que las conmociones ocasionadas por las guerras civiles, impidieron por entonces que se le escuchase, y así salió de Miyako al cabo de quince dias para volver á Amanguchi. La pobreza de su esterior era el principal obstáculo para ser recibido en la corte, por lo que creyó deber acomodarse á las preocupaciones del pais; así que, venciendo su repugnancia, se presentó lujosamente y con gran séquito, é hizo algunos regalos al dai-mio, entre otros el de un reloj de repeticion que le sorprendió sobre manera. Por este medio obtuvo la proteccion del príncipe, y el permiso para predicar el evangelio. Bautizó tres mil idólatras en la ciudad de Amanguchi, lo que le llenó de satisfaccion. «Jamás he disfrutado tanto consuelo como en Amanguchi, escribió despues á los jesuitas de Europa; de todas partes venian á oirme, veia el orgullo de los bonzos abatido, y á los mas fieros enemigos del nombre cristiano, sometidos á la humildad del evangelio. Contemplaba estasiado los trasportes de alegría de aquellos nuevos cristianos, despues de haber confundido á los bonzos en sus disputas, se volvian gozándose en su triunfo. No menos encantado estaba al ver el trabajo que á porfía se tomaban por convencer á los gentiles, y el placer con que me referian sus triunfos. Todo esto me causaba tanta alegría, que me privaba de sentir mis propios males.» En Amanguchi, Dios favoreció tambien al santo, permitiéndole obrar grandes milagros. Se hacia entender perfectamente de los chinos, que el comercio atraia á aquella ciudad, sin haber aprendido nunca su idioma; dando su santidad, su dulzura, y su humildad, mas fuerza á su palabra, que los mismos prodigios que obraba, sin que hasta los infieles mas obstinados pudiesen resistir á ella. Un incidente acaecido al P. Fernandez, contribuyó mucho á hacer respetar la religion cristiana. Un dia que este predicaba en la ciudad, un hombre de la hez del pueblo se acercó á él como para hablarle, y le escupió en la cara. El Padre, sin decir una palabra, ni demostrar la menor emocion, sacó su pañuelo, se limpió y continuó tranquilamente su discurso. Todos quedaron asombrados de una moderacion tan heróica; y los que en un principio se burlaron del insulto, no pudieron menos de admirar la paciencia con que fué soportado. Uno de los japoneses mas sábios de la ciudad, que se hallaba presente, esclamó, que una ley que inspiraba semejante valor, tanta grandeza de alma, y que preparaba un triunfo tan señalado sobre el amor propio ofendido, no podia proceder sino del cielo. Concluido el sermon, confesó que la virtud del predicador habia ablandado su corazon, y pidió enseguida el bautismo que le fué solemnemente administrado. A aquella conversion siguieron muchas otras no menos importantes. Despues de haber confiado Javier aquella nueva grey cristiana á Torres, á quien habia hecho venir de Firando, y á Fernandez, salió de Amanguchi á mediados de setiembre del año 1551.

Seguido de dos cristianos japoneses que habian hecho el sacrificio de sus bienes por abrazar el Evangelio, se trasladó á Fucheo ó Funai, residencia del dai-mio de Bungo. Este príncipe habia oido hablar de él y deseaba conocerle, como lo prueba la carta que escribió al apóstol en estos términos: «Padre bonzo de Chinchicogin, (los japoneses designan así al Portugal) desearé que vuestra dichosa llegada á mis Estados sea tan agradable á vuestro Dios, como lo son las alabanzas con que los santos

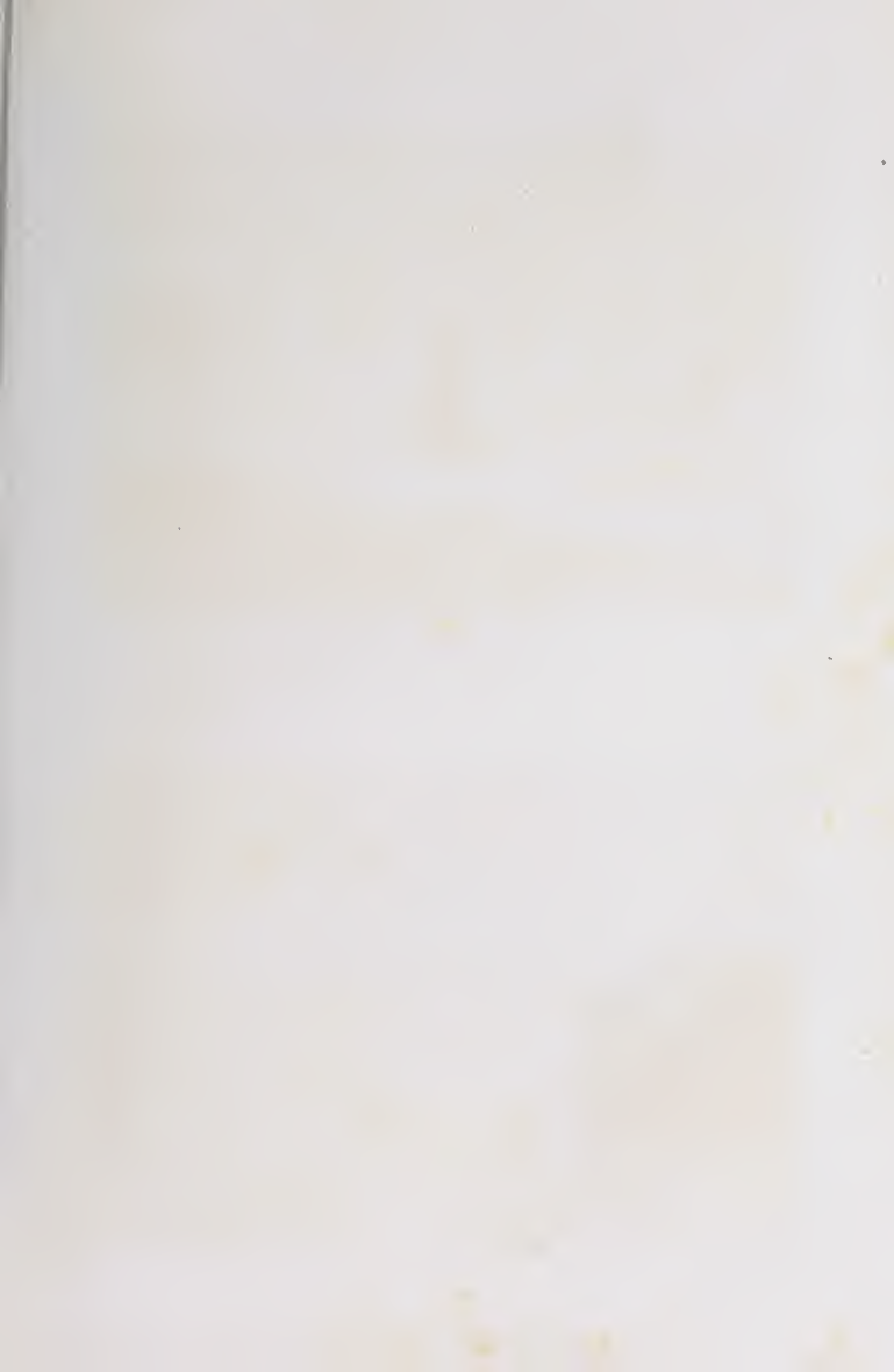
le honran. Quansyo-nafama, mi secretario, á quien he mandado al puerto de Fizen, me ha hecho saber que acabais de llegar de Amanguchi, y toda mi corte os podrá decir la alegría que esa nueva me ha causado. Como Dios no me ha hecho digno de mandaros, os suplico que vengais antes de salir el sol á mi palacio, donde os espero con impaciencia; permitidme que os pida ese favor, sin que os molesteis por eso. Entre tanto, prosternado en tierra, suplico de rodillas á vuestro Dios, que confieso ser el Dios de todos los dioses, y el soberano mas grande, y de los mejores que habitan en el cielo, le suplico, repito, que haga entender á los soberbios del siglo, lo muy agradable que le es la vida santa y pobre, á fin de que los hijos de nuestra carne no se dejen seducir por las falsas promesas del mundo. Enviadme noticias de vuestra salud para que así duerma bien esta noche, hasta que el canto del gallo me anuncie vuestra llegada.» Los portugueses que el comercio atraia á aquellos sitios, sabiendo lo mucho que en general, los japoneses desdeñan la pobreza, querian convencerles en esta ocasion de que si los predicadores del Evangelio no estaban rodeados del fausto que afectaban los ministros de los dioses del Japon, no era porque les obligase á ello la pobreza, sino por el desprecio que hacian de los bienes y honores de este mundo. Con esto trataban de desengañar á la multitud, que en el Japon mas que en otra parte se deja llevar por las apariencias, y desvanecerles aquella idea que para sus fines habian propalado los bonzos respecto de los religiosos europeos. El humilde misionero, alegó además el ejemplo de los apóstoles y del gefe mismo del colegio apostólico que por la humildad de la cruz, habia triunfado de todo el orgullo romano; pero á todo esto se le replicaba que importaba mucho quitar todo pretesto y vencer la repugnancia que su pobreza encontraba en espíritus entregados tan de lleno á las seducciones del lujo; que era conveniente á la misma religion el mostrar á los idólatras algo del brillo que rodea en Europa al sacerdocio católico, lo cual seria un medio para infundir mas respeto á su persona, y hacer mas eficaz su predicacion por los honores mismos que se tributaban al predicador. En vista de esto, y haciendo violencia á su humildad, consintió Javier en ponerse una sotana nueva, un sobrepelliz, y una estola de terciopelo verde guarnecida de brocado de oro, y presentarse en público precedido de una música militar. Eduardo de Gama, comandante de un buque portugués, con la cabeza descubierta, iba delante del apóstol del Japon, como para indicar el respeto que se merecia. Treinta portugueses de distincion, vestidos con ricos trages de seda, y cargados de pedrería, cerraban el acompañamiento. Pero enmedio de todo este aparato, la vista de la multitud se fijaba únicamente sobre el hombre apostólico, junto al cual cinco europeos llevaban una bolsa de seda azul que guardaba el libro de los evangelios, una caña de Bengala, cargada de oro, unas pantuflas de terciopelo negro, un cuadro de la Santa Vírgen, y un quitasol de gran precio, adornado de pinturas indianas, que aun se conserva en Roma en la casa de Jesus. Cuando estuvieron frente al palacio, la guardia del dai-mio abrió filas para darles paso, y aproximándose entonces á Javier los cinco portugueses, despues de saludarle con respeto, le entregaron la caña de Bengala, las pantuflas de terciopelo, y estendieron el quitasol sobre su cabeza. Los que llevaban los evangelios y la imágen de la Vírgen, se colocaron a su lado. Al ver esta pompa, y sobre todo, la dulce magestad y religiosa modestia que brillaba en el rostro del santo: «Es este esclama el pueblo, el miserable de quien los bonzos de Amanguchi han dicho, que hasta los gusanos de que estaba cubierto repugnaban alimentarse de una carne tan infecta como la suya? ¿Acaso hay alguno entre todos ellos, que tenga ese aire de grandeza? Y si fuese lo que nos dicen, ¿le harian esos estrangeros tantos honores?» Despues de haber recorrido muchas galerías, donde los principales japoneses honraron al misionero con

el ceremonial del pais, fué Javier introducido en presencia del dai-mio, que se inclinó tres veces ante él. (Pl. LX, n.° 2.) El jesuita se iba á arrodillar y tocar el pié del príncipe para conformarse con el uso establecido; pero el dai-mio, lo impidió antes que fuese á hacerlo, y le hizo sentar en el mismo estrado que él. Javier propuso los misterios y la moral cristiana á aquel jóven príncipe, que encantado de sus palabras, esclamó: «Nuestros bonzos nada dicen que se parezca á esto.» Faxiandono, uno de los ministros del error, quiso interrumpirle, pero el príncipe le contestó: «Callad, hombres como vosotros se comunican con los demonios, y no con los dioses.» El príncipe y el misionero comieron juntos, señal de distincion la mas grande que puede conceder éste, puesto que nunca en el Japon, dos personas se sientan á comer á la vez en una mesa, sino que cada uno tiene la suya. Las mesas son pequeñas y muy bajas, porque comen los japoneses sentados en el suelo, sobre esteras mas ó menos elevadas, segun la gerarquía y condicion de los convidados. No usan manteles, ni servilletas, pero se lavan las manos á cada plato; y como las mesas están barnizadas, y los japoneses son muy limpios, nunca las manchan, y á lo mas se enjugan con un paño. Javier comió solo, cerca del dai-mio que le hizo los honores en la mesa, mientras que los portugueses permanecieron durante la comida de rodillas, y los japoneses sentados sobre los talones, postura para ellos la mas respetuosa. El santo, en las conferencias públicas que tuvo, confundió á los bonzos, que por motivos de interés querian refutarle, y convirtió á algunos de ellos. Sus predicaciones y conversaciones particulares impresionaron al pueblo, hasta el punto de hacerle acudir en tropel á pedirle el bautismo. El mismo dai-mio, convencido de la verdad del cristianismo, mejoró su conducta privada; pero la voz de las pasiones fué aun bastante fuerte para hacerle dilatar su conversion: solo al recordar mas tarde las instrucciones que el santo le habia dado, rompió su cadena impura, y recibió el sacramento de la regeneracion. Dos años y cuatro meses habian pasado desde que Javier comenzó á evangelizar el Japon, cuando se embarcó el 20 de noviembre de 1551, para regresar á la India.

CAPÍTULO III.

Antonio Criminal, primer mártir de la Compañía de Jesus. — Gaspar Barcia en Ormuz. — Conversion del rey de Tanor. — Muerte de S. Francisco Javier, y del bienaventurado Juan de Alburquerque.

Al dejar el Japon S. Francisco Javier, recordó habérsele dicho que los hombres sábios y estudiosos de la China, no habian aun abrazado la fé, por lo que resolvió practicar todos los medios para hacerla penetrar en aquel vasto imperio. No pudieron los contratiempos que esperimentó el misionero durante el viage entibiar en lo mas mínimo su ardiente celo; por dos veces salvó milagrosamente al buque del furor de las olas. Cuando llegó á Malaca, recibieron al religioso los habitantes de aquella ciudad con las mayores demostraciones de alegría; pero como solo pensaba el santo en la mision de la China, á cuyo pais no sabia de que modo poder dirigirse, mostrábase indiferente á aquellas pruebas de síncero afecto. A mas de la dificultad de la empresa, mediaban las circunstancias de que los chinos no tenian simpatias con los portugueses, y que estaba terminantemente prohibido á los estrangeros penetrar en el celeste imperio, bajo pena de muerte, ó encierro perpétuo. Algunos comerciantes portugueses que lograron entrar, aunque con sigilo y precaucion, fueron descubiertos, y pagaron la temeridad unos con su cabeza, y muriendo los demás en una cárcel cargados de cadenas. Hablando Javier sobre esto con el gobernador de Malaca, quedó resuelto entre ambos, que podria enviarse á la China una embajada en nombre del rey de Portugal, al objeto de pedir al emperador que permitiese á los portugueses hacer el comercio en el imperio; y que una vez obtenida esta autorizacion, los obreros evangélicos ya no tendrian tantas dificultades para introducirse en el celeste









imperio; sin embargo, no pudo por entonces realizarse el plan convenido. No podia la muerte intimidar á ninguno de aquellos atletas cristianos, á ninguno de aquellos dignos hijos de la Compañía de Jesus, conforme acaba de demostrarlo el fin glorioso del P. Antonio Criminal, primer mártir de la Compañía. Nació este en Sisi, cerca de Parma, siendo admitido en Roma por S. Ignacio en el número de sus compañeros. En 1542, se le mandó de Roma á Portugal, y de allí á las Indias; luego fué destinado á predicar el Evangelio en la costa de la Pesqueria, mision favorita de S. Francisco Javier, de la que éste le nombró superior. Austero, laborioso, sufrido en las adversidades, y ansioso de sufrimientos, solo pensaba en el modo con que podia mortificarse; en su celo por la salvacion de las almas, visitaba todos los meses, y casi siempre descalzo, toda la costa. A ejemplo del buen pastor, se espuso á la muerte, y la sufrió con gusto por sus ovejas en 1549. Hé ahí las causas que dieron lugar á ella. Atacados los indígenas por la belicosa tribu de los badages, se inmoló generosamente el misionero por salvar sus vidas, despues de haber logrado en gran parte salvar sus almas. En el momento del peligro cayó de rodillas con las manos y la vista levantada al cielo, (Pl. LXI, n.º 1.) como acostumbraba hacerlo cuarenta veces al dia, y sucumbió gloriosamente por amor á su Dios y á sus criaturas. Tal fué la muerte del P. Antonio Criminal, primer eslabon de esa inmensa cadena de mártires que con tanta gloria ha continuado ofreciendo al cielo la Compañía de Jesus, para hacer triunfar la doctrina de Jesucristo en la tierra. Al tener noticia S. Francisco Javier de semejante muerte, dió las mas vivas acciones de gracias al Señor, pidiendo le deparase igual fin.

El P. Enriquez, de nacion portugués, que sucedió al P. Criminal en calidad de superior de los misioneros jesuitas de la Costa de la Pesqueria, obtuvo allí la mayor influencia, á causa de la conversion de un indígena, persona de claro entendimiento, y de profundo saber. Informado por el misionero de que debia despreciar los ídolos y adorar á un solo Dios, fué ya desde el primer dia de su conversion, un modelo de virtud cristiana. El santo misionero tuvo tambien su parte en los sufrimientos que las incursiones de los badages reservaban á los obreros apostólicos. Despues del P. Antonio Criminal, el P. Alfonso Mendez, murió tambien á manos de aquellos feroces enemigos de los paravas, quienes le decapitaron; tambien el P. Pablo del Valle, cogido luego prisionero y aherrojado, sin mas que un poco de arroz y agua para su sustento, espiró estando en oracion; y el mismo P. Enriquez, cogido á su vez, sufrió tan malos tratamientos durante su cautiverio, que su cuerpo se hinchó todo á causa de las cadenas con que estaba aprisionado. Libertado al fin, así como otros portugueses prisioneros, se fué enseguida á evangelizar á los paravas. Decia Javier, que era Enriquez un hombre de bien, calificacion merecida por el misionero que; esparció por espacio de cincuenta y tres años la semilla evangélica en la costa de la Pesqueria.

Desde Malaca, S. Francisco Javier se fué á Cochin, á donde llegó el 24 de enero de 1552. Pedro Gonzalez, vicario del obispo de Goa en esta ciudad, y los portugueses que allí tenian establecido su comercio, habian obtenido que se les mandase al P. Baltasar Gago. En breve se formó una piadosa cofradía bajo la advocacion de Nuestra Señora, y se cedió á los jesuitas su iglesia, llamada de la Madre de Dios, y cuya donacion confirmó el obispo de Goa, Juan Alburquerque; pero arrepentidos luego los cofrades de la cesion que habian hecho á favor de los jesuitas, trataron de apoderarse nuevamente de la iglesia que les habia pertenecido, lo que contribuyó á que se enfriasen un tanto las buenas relaciones que antes mediaban entre aquellas dos asociaciones piadosas. Tal era el estado de las cosas cuando llegó allí S. Francisco Javier, cuya caridad y dulzura debian poner feliz término á la disension que reinaba. En 2 de febrero de 1552, hizo reunir á los cofrades de Nuestra Señora

en el átrio de la iglesia principal de Cochin, y allí en presencia del vicario, del obispo, y de los sacerdotes que habian servido de testigos para la donacion, se presentó con las llaves de la capilla disputada en la mano, y puesto de rodillas dijo á todos los presentes, tan asombrados como enternecidos: « Vosotros me habeis concedido generosamente la iglesia de la Madre de Dios, á la que tanto venerabais con la esperanza de que si los PP. de nuestra Compañía se hacian cargo de ella, la devocion se aumentaria aun mas entre los habitantes de Cochin, resultando de eso un gran provecho para las almas. Aunque yo abrigo tambien iguales esperanzas, sin embargo habiendo sabido con gran sentimiento que con esta ocasion algunos de vosotros han perdido algo del afecto que anteriormente demostraron por nosotros; yo vengo aquí á poner en vuestras manos las llaves de esa iglesia, no porque deje de apreciar por eso el favor que nos habeis hecho concediéndonosla, pues lo mismo ahora, que cuando de ella tomamos posesion, os estamos tan reconocidos, como si la hubiéramos disfrutado; sino porque no seria justo que causásemos (Dios no lo permita), el menor desagrado á aquellos á quienes estamos tan agradecidos, ni menos que devolviésemos mal en cambio del bien que nos han hecho. En resúmen, por no causar descontento á nadie, antes por el contrario, para mantenernos en la mejor armonía con vosotros, os entregamos estas llaves, paraque dispongais de ellas como mejor os plazca. » Y enseguida dió las llaves al presidente de la cofradía, y esto con tal humildad, que muchos años despues nadie podia acordarse de este acto sin enternecerse. Semejante conducta ganó les corazones de todos los cofrades, inclusos los que mas opuestos estaban á los jesuitas, hasta el punto que á vivas instancias de todos los miembros de aquella corporacion, se ratificó libre y espontáneamente la donacion de la iglesia en favor de la Compañía de Jesus. Desde entonces se instaló esta con gran satisfaccion y aprovechamiento espiritual de los habitantes de Cochin en aquella capilla, que dió orígen á un colegio que llegó á ser, despues del de Goa, el primero de la India, tanto por el número de individuos, como por la importancia de obras espirituales á que dió márgen. El rey de las islas Maldivas, arrojado por sus súbditos, se habia refugiado en Cochin, y acababa de ser catequizado por el P. Heredia. El apóstol de las Indias confirió el bautismo á este príncipe, que sin esperanzas ya de recobrar sus estados, y casado despues con una portuguesa, murió en la vida privada, dichoso por haber cambiado la vanidad del poder por el sólido don de la fé.

Por todo el mes de febrero, Francisco pudo desembarcar en Goa, y visitar los hospitales; luego se fué al colegio de S. Pablo, donde curó repentinamente á un enfermo agonizante. Entre otros misioneros, encontró allí al P. Gaspar Barcia, á quien antes habia enviado á Ormuz, y cuyas tareas apostólicas vamos á reasumir.

Gaspar, de orígen flamenco, nació en Guza, villa de la provincia de Zelandia, de padres cuya única nobleza consistia en su virtud. Despues de haber estudiado la gramática en su villa natal, siguió en Lovaina los cursos de filosofía y teología. Fué admitido en Portugal en la Compañía de Jesus, y en el año 1548 fué destinado á las Indias con otros tres padres de su misma órden. La influencia de su celo, de su caridad y de su paciencia fué tal en el ánimo de la tripulacion y de los pasageros, que el buque se transformó en una comunidad edificante; no fué menor el cambio que se notó en Goa, á causa de sus contínuas predicaciones. Tuve varias conferencias con los bramanes, cuyo gefe, llamado Locu, cautivado por su irresistible elocuencia, fué solemnemente bautizado junto con su esposa y un sobrino. El neófito recibió el nombre de Lucas; su muger, el de Isabel, y su sobrino el de Antonio, celebrándose aquel bautismo durante ocho dias con inusitada pompa. Enviado Gaspar á Ormuz por S. Francisco Javier, convirtió durante la travesia, en el puerto de Mascate, de la costa

oriental de la Arabia, á muchos cristianos apóstatas. El vicario del obispo y el comandante del fuerte de Ormuz, se disputaron el honor de hospedarle cuando se presentó, sin que desairase el misionero á ninguno de ellos, por haberse instalado como de costumbre en el hospital de los pobres; empezando allí con sus actos de humildad á combatir el espíritu de las tinieblas que reinaba como soberano en la isla de Ormuz, (Pl. LXI, n.º 2,) á la sazon, una de las mejores factorias establecidas entre Europa y Asia. En aquella roca de piedra salina, sin agua potable y casi sin vegetacion estaban acumulados los tesoros del Oriente. Católicos, griegos, abisinios, judíos, mahometanos é idólatras, todos vivian allí en la mayor opulencia entre el fausto y los mas escandalosos placeres. Los musulmanes solemnizaban el viernes en su mezquita, una de las mas célebres del Asia; los judíos, el sábado, en una gran sinogoga, y los idólatras los lunes en sus pagodas. Despues de haber catequizado Gaspar en las calles á los grupos que reunia el sonido de una campanilla que tocaba, y atraido hácia la religion el pensamiento de aquella poblacion tan diversa y distraida con sus riquezas, resolvió atacar sucesivamente y en detalle á cada uno de los errores que dominaban en Ormuz. Distribuia sus sermones de tal forma, que el domingo y los demás dias de fiesta, predicaba á los portugueses; el lunes, á los idólatras; el viernes, á los mahometanos y el sábado á los judíos, utilizando en el interés de su salvacion los demás dias destinados al reposo. Cuando se dirigia á los cristianos, se alzaba con energía contra los principales vicios con que veia que contradecian su fé, es decir, la disolucion de costumbres, las blasfemias, la codicia, la usura y el espíritu de venganza y de discordia; y por cada vicio abatido hacia florecer la virtud contraria. No era menor su celo y elocuencia para atraer á los cismáticos y hereges, sobre todo á los apóstatas, que habian renegado de Jesucristo para someterse al vergonzoso yugo de Mahoma. Uno de estos últimos, llamado Juan, natural de Colonia, en Alemania, y artillero hacia diez años al servicio de los musulmanes, estaba empleado en el polvorin de El-Katif, á orillas del golfo pérsico, cuando noticioso de las maravillosas conversiones que se obraban en Ormuz, resolvió entrar á su vez en el gremio de la Iglesia, y valiéndose, en vez de tinta, de pólvora desleida en agua, escribió á Gaspar una carta, redactada en tres idiomas, latin, francés y aleman, ignorando que el padre los sabia todos, en la que espresaba su deseo de retirarse á Ormuz si obtenia un salvo conducto de los portugueses, y reconciliarse allí con su Dios. Gozoso Gaspar con esta nueva, le contestó que viniese sin temor; pero desgraciadamente esta contestacion cayó en manos del gobernador de El-Katif, quien mandando al punto comparecer á Juan le preguntó rotundamente, cuál era su ley, si la de los cristianos ó la de los mahometanos. El artillero contestó con tanta franqueza como decision, que él era cristiano y estaba dispuesto á sufrirlo todo por la fé de Jesucristo, sintiendo sobre manera el haber hasta entonces ocultado su creencia bajo la práctica aparente del islamismo. Transportados de cólera los musulmanes que presenciaban este razonamiento, se arrojaron sobre el confesor y en el instante mismo le hicieron trizas. En cuanto murió le cortaron la cabeza, y puesta en la punta de una lanza la fijaron sobre el muro de la fortaleza. Cuando los portugueses se apoderaron de El-Katif, poco tiempo despues, encontraron aun en la casa del gobernador la carta interceptada del P. Gaspar, se informaron de todos los detalles del martirio y llevaron con toda pompa á Ormuz la cabeza de Juan. Los que jamás habian recibido la fé cedieron á su predicacion, así como los malos cristianos, los hereges y los renegados. Dos rabinos de Ormuz, Salomon y José, se vieron obligados á confesar que la ley de Jesucristo era la verdadera, y no esplicaron su obstinacion en el judaismo sino por su repugnancia á hacer las muchas restituciones, que habian de ser la consecuencia de su conversion. Pero estas restituciones precisamente, realizadas por

la influencia de Gaspar, y las mas veces en provecho de los musulmanes, atraian al misionero la admiracion y la confianza de los sectarios de Mahoma, que le llamaban el gran sacerdote de los cristianos; y tambien, Juan Bautista, hijo de Zacarías, como si el alma del precursor animase por transmigracion el cuerpo del P. de la Compañía de Jesus. En prueba de su respeto, le rogaron que visitase su gran mezquita de Ormuz, en lo que no tuvo inconveniente el misionero, á fin de conocer mejor las ceremonias y las supersticiones del islamismo, y poder hablar como testigo ocular y refutarlas de una manera mas eficaz. Sin embargo, cuando quiso entablar discusion con los doctores mahometanos estos la esquivaron. Atacados hasta en sus últimos atrincheramientos, acabaron por oponerle como contendiente á un anciano de ellos, muy versado no solamente en el islamismo, sino en la filosofía y en las ciencias de los árabes. Este antagonista, siguiendo otro rumbo, declaró desde luego que valia mas recurrir á la prueba de los hechos que á las razones, y propuso que aquel de los dos campeones que aguantase mas tiempo el hambre y la sed seria reconocido como el defensor de la mejor causa. Gaspar contestó, que no convenia tentar á Dios, que la verdad de una religion no estaba sometida á la complexion mas ó menos robusta de los que la profesaban; que la razon habia sido dada al hombre para discernir el bien del mal, y la palabra para espresar los motivos de sus juicios; que primero le debia argüir y razonar, y si así no se estableciese la verdad, se recurriese despues á la prueba subsidiaria de los hechos. Temiendo el antagonista ser confundido en presencia de una asamblea tan numerosa, recurrió á un medio dilatorio; pero al evadirse, procuró á la verdad el triunfo de la conversion de su muger y su hija, las que dotadas de un corazon recto, y viendo de una parte la firmeza del P. Gaspar y de la otra el embarazo y la indecision de su adversario, comprendieron por eso solo que nada tenia de sólido el islamismo, y se sintieron inspiradas de abrazar la fé de Jesucristo. Con este objeto se dirigieron al misionero á pedirle el bautismo, y este las depositó en casa de un piadoso portugués, cuyas puertas no osaron forzar los musulmanes, tanto por respeto á Gaspar, como por temor al poder portugués. El campeon de Mahoma vino á reclamar á su muger y á su hija, el religioso entonces le invitó á continuar la discusion comenzada bajo la condicion de que le entregaria las dos mugeres si salia victorioso, ó que él mismo se haria cristiano si quedaba vencido. Venciendo en él, el afecto á su familia, aceptó esta condicion. La conferencia se principió de nuevo, públicamente y en toda regla. El misionero redujo muy luego á su antagonista á admitir el dogma de la Trinidad y á confesar que la ley de Mahoma no podia seguirse, sin pecar por lo menos de estravagancia. Obligado el musulman á hacer de nuevo estas concesiones y dominado por la vergüenza, trató de retirarse pretestando serle indispensable, consultar algunos libros para terminar así la conferencia; luego se marchó y en lugar de volver á comparecer, huyó á Persia con el ausilio de los camellos que un rico musulman habia puesto á su disposicion para evadirse, como el decia, de las artes del encantador, nombre que los doctores musulmanes confundidos, daban al P. Gaspar. Despues de bien instruidas las dos mugeres, fueron bautizadas, la madre con el nombre de María, y la hija con el de Catalina; y otros mahometanos, entre ellos la sobrina del cherif de la Meca, casada con el embajador persa que residia en Ormuz, siguieron su ejemplo. El mismo rey de Ormuz (sometido á la soberanía portuguesa), dió esperanzas de que abrazaria el cristianismo; pero el temor de una revuelta y las súplicas de su madre, le hicieron titubear en su proyecto, por lo que Gaspar encargó á los cristianos de Ormuz, que orasen por la salvacion de aquel príncipe. Los musulmanes por su parte, al ver la demostracion de los cristianos, acudieron en tumulto á la gran mezquita. Por una inspiracion de

Dios, pues de otro modo no puede esplicarse este paso, Gaspar mandó preparar muchas cruces, fué á plantar una de ellas en una colina donde habia un templo de Mahoma, y dirigiéndose luego hácia la gran mezquita, que fué abandonada por los musulmanes, aturdidos tan pronto como vieron la cruz que el misionero enarbolaba en triunfo; lo que dió lugar á que el rey mandase tapiar la puerta de la mezquita, y á que en adelante no se invocase públicamente á Mahoma en toda la isla de Ormuz. Los musulmanes entonces recurrieron á la intervencion de Abu-Modhaffer-Chah-Thamasp-Behader-chah, que habia sucedido en el año 1524, á chah-Ismael, fundador de la célebre dinastía de los sofyis de Persia. El embajador persa, cuya esposa habia sido bautizada en Ormuz, presentó sus reclamaciones á chah-Thamasp, quien hizo arrestar á un enviado portugués llamado Enrique Macedo, exigiendo por su rescate el que se le entregase en cambio la nueva cristiana; pero Gaspar se opuso á aquel acto, y Macedo á pesar de eso recobró su libertad. En cuanto á la gran mezquita de Ormuz, el persa en calidad de rey de los chytas, sectarios de Ali, no tomó gran empeño en que se volviese á abrir, porque aquella pertenecia á la secta opuesta. De tal modo se estendió la fama del misionero por el vasto Oman, que llegaron á presentársele emisarios de varios puntos de la Arabia oriental, pidiéndole que se llevase allí la antorcha de la fé; mas la obediencia que le tenia sugeto en Ormuz, no le permitió ausentarse. San Francisco Javier, conociendo su fervor, y temiendo que el gran deseo del martirio no le arrastrase á internarse demasiado en el pais de los infieles, le tenia prohibido el abandonar á Ormuz, hasta pasados tres años sin su espresa autorizacion, y por tener además allí ocasion de ejercitar su celo, aunque no fuese mas que en la conversion de los muchos penitentes idólatras que de todos los puntos habian acudido á Ormuz. El deseo de santificarse en la soledad, y de llegar á una mayor perfeccion, ya de remotos tiempos habia obligado á muchos bramanes á abandonar las ciudades, y el trato de los hombres para irse á vivir en los desiertos con sus mugeres. A estos bramanes se les llama *vanaprastha*, es decir, habitantes de los desiertos. La condicion mas sublime entre ellos, es la de los *sanniasi*. El vanaprastha, retiene aun algo del mundo en los lazos de la familia; mientras que el sanniasi se impone además el sacrificio de abandonar á su muger é hijos. El vanaprastha se somete á duras mortificaciones, hace profesion de pobreza, y se resigna á no vivir en adelante sino de limosnas. En general todo braman, antes de llegar á sanniassi, ha tenido que ser casado, por considerar los indos que nada hay tan grato á la memoria de sus antepasados como la conservacion de su nombre; sin embargo, aunque raros, hay ejemplos de bramanes jóvenes aun, que sin haber sido casados se han hecho sanniasis. Se encuentran además gran número de penitentes sudras, sectarios de Siva y de Vichnu, que siempre han sido celibes, y que viven en ermitas aisladas. La conducta que debe seguir el sanniasi para llegar á la cumbre de la perfeccion, difiere un poco segun la secta á que pertenece. Su libertad comienza desde el dia en que ha abrazado aquel santo estado. Libre de los lazos que sugetan á los demás hombres al mundo y á sus placeres, creen poder adquirir mas fácilmente la sabiduría, por medio de abluciones frecuentes, por el contínuo uso del *pansa-gavia*, (especie de mixtura compuesta de cinco substancias que todas proceden del cuerpo de la vaca, á saber, de leche, el cuajo, la manteca líquida, el fiemo y la orina); por sacrificios cotidianos, por la penitencia y las austeridades, y sobre todo, por la contemplacion. Esta, cuya práctica tiene algo de notable entre los idólatras, se llama *yoga*, y de acuí el nombre de *yoghi* que se dá á una secta de vagabundos que se dicen estar entregados á este ejercicio. Existe un gran número de yogas, que solo indican hasta que punto pueden el fanatismo y la supersticion estraviar á los hombres, sobre todo cuando

anima á estos la vanidad y el deseo de conquistarse un nombre. Además de los ejercicios espirituales, hay tambien lo que llaman *tapasas*, ó penitencias corporales, mas ó menos rigurosas. Cada solitario elige la que mas le agrada; así que, tan pronto se vé á uno de ellos sufriendo el ardor del sol durante las horas del calor, rodeado además de braseros encendidos, mientras que otro, por el contrario, pasa un dia entero, sumergido hasta el cuello en agua fria con la cabeza envuelta en un lienzo mojado, en la época mas cruda del año; hay quien tiene sin cesar los brazos cruzados por detrás de la cabeza, hasta que los nervios lastimados á causa de aquella posicion violenta y contínua, acaban por causar una deformidad en los miembros; los hay que permanecen siempre de pié, sin sostenerse mas que con una pierna, permaneciendo con la otra levantada hasta que se hincha, supura y aun se llena de úlceras; y por último, se reprimen otros la respiracion con tal violencia que, el alma, segun ellos, obligada á abrirse paso por la coronilla de la cabeza, vuela y se va á reunir con el Parabrahma. Estas y otras locuras semejantes, eran las que el P. Gaspar tenia que hacer abandonar á los penitentes idólatras de Ormuz. Visitábales primero para procurarse su afecto, y luego para conocer mejor sus principios, á fin de combatirlos con mas seguridad; aquellos penitentes por su parte, prendados del misionero, le recibian con gusto, le descubrian su modo de pensar, y conmovidos por sus observaciones, titubeaban por de pronto entre el error y la verdad, hasta que por último, hicieron depender su conversion de la del principal de entre ellos, que se habia ido á visitar á otros solitarios idólatras en las montañas de la Arabia, hombre cuya austeridad le daba tal prestigio, que los idólatras se bebian con respeto el agua en que él se habia lavado los piés, y ante quien el rey de Ormuz se postraba. A su vuelta de Arabia, Gaspar se fué á ver á este gran penitente, y ganó su voluntad elogiándole en gran manera la castidad y la pobreza; despues le hizo presente, que esas virtudes no podian tener solidez alguna, mientras que no tuviesen por base el conocimiento y el culto del único y verdadero Dios. Con esto, logró despertar en él el deseo de conocer las doctrinas del cristianismo, y el Señor infundió al fin en aquella alma perpleja el deseo de abrazarle, exigiendo solo para ello un plazo de treinta dias, que Gaspar le concedió gustoso, aconsejándole que, en aquel intérvalo suplicase al Sol de justicia que le iluminase con su luz celestial. Le aconsejó al mismo tiempo que se diese cada dia cinco disciplinas, en recuerdo de las cinco llagas que el Salvador recibió en su cuerpo por amor nuestro. Una noche que el penitente fiel á las prácticas que el misionero le habia impuesto, meditaba sobre el partido que debia tomar: «¿Qué haces? le dijo una voz. ¿Por qué no sigues el camino que te se ha mostrado? No hay mas senda de salvacion que la que siguen los cristianos.» En aquel momento, tuvo una vision, en la cual Dios, queriendo desplegar ante su vista toda la belleza y magestad del culto católico, le presentó el interior imponente de una iglesia cristiana, al clero revestido con sus mas ricos ornamentos, los altares adornados con magnificencia, y el eco sublime de los cánticos sagrados, confundido con el humo del incienso que subia hasta el trono del Altísimo. Conmovido y deslumbrado al ver semejante espectáculo, resolvió prestarse al llamamiento divino que acababa de oir. Habiéndose presentado el rey de Ormuz á visitarle en su gruta, evitó el convertido el honor de su visita, y se fué á pedir con instancias el bautismo al P. Gaspar. Este se lo confirió, y recibió el nombre de Pablo en las fuentes bautismales, á causa de la analogía de su vocacion con la del doctor de las naciones, en el camino de Damasco. Todos los demás penitentes, á ejemplo de su gefe, como lo habian prometido, se agregaron á el estandarte de Jesucristo, é hicieron pedazos los ídolos que antes adoraban. Gaspar despues de haber plantado una cruz en la cumbre de la peña que le sirvió de asilo, co-

mo glorioso trofeo de la victoria ganada por el Salvador sobre el demonio, convirtió su pagoda en un templo del verdadero Dios. Muchos otros idólatras, á quienes el ejemplo de aquel célebre penitente hizo salir de sus errores, pidieron, y les fué otorgado el bautismo. Pablo, queriendo contemplar con los ojos materiales el espléndido aparato cristiano que Dios le habia hecho ver con los del alma, pasó desde Ormuz á Goa y de allí á Portugal, donde fué presentado á Juan II; mas no pudo ir á Roma como lo deseaba, por impedírselo la muerte; durante su enfermedad y hasta el momento en que exhaló su postrer suspiro, dió el nuevo cristiano el ejemplo de todas las virtudes. Tales fueron los resultados de la mision del P. Gaspar Barcia en Ormuz. Al tener que dejar esta ciudad, pensaba ser enviado al Japon ó á la China; pero los habitantes de Goa suplicaron á Javier que le dejase en medio de ellos, por lo que fué nombrado rector del colegio de S. Pablo, y vice-provincial de los jesuitas de la India, en la que murió el 18 de octubre del año 1553. Los PP. Gonzalo Rodriguez, Antonio Heredia y Alejo Diaz reemplazaron sucesivamente á aquel misionero en Ormuz, en cuya ciudad se edificó una iglesia y una residencia para la Compañía: pero los jesuitas cedieron despues aquella mision á los dominicos y á los agustinos. Si bien carecemos de detalles acerca de los trabajos apostólicos de estos últimos, podemos no obstante afirmar, que, una reina de Ormuz, convertida al cristianismo en el año 1586, junto con su hermana, recibió el bautismo en Goa, donde se casó despues con el portugués Antonio de Acevedo Cutiño.

El P. Antonio Gomez, que habia llegado á la India al mismo tiempo que el P. Gaspar Barcia, y á quien Javier, antes de ir al Japon, habia nombrado rector del colegio de Goa, instruyó en la fé al rey de Tanor, pequeño territorio situado en la costa del Malabar. Ya hacia mucho tiempo que este príncipe, de la raza de los bramas, mostraba especial inclinacion hácia los portugueses, y despues de haber sido visitado por el franciscano Vicente, compañero del obispo de Goa y por Juan Suarez, vicario de la ciudadela de Ciale, que los europeos ocupaban á dos leguas de Calicut, este último le administró el bautismo secretamente, así como á la reina. La causa de este misterio fué el temor de una sublevacion. El rey continuó aun llevando públicamente los tres hilos pendientes de su cuello (lo que era una señal de supersticion entre los bramanes), si bien al mismo tiempo llevaba tambien oculto un pequeño crucifijo en el seno. Algun tiempo despues de su bautismo deseó que un individuo de la Compañía de Jesus, viniese á instruirle mas á fondo en las verdades del cristianismo, cuya mision fué confiada al rector del colegio de San Pablo, el cual salió de Goa en abril del año 1549. A su llegada, vió el rector que era el rey cristiano interiormente; pero idólatra en la apariencia, por lo que derramaba en secreto lágrimas ante el crucifijo, y adoraba á los ídolos en las pagodas, creyendo de este modo borrar la falta que conocia cometer. Como el P. Antonio Gomez, se negase á autorizar semejantes subterfugios, el rey de Tanor se resolvió á ir á Goa para conferenciar sobre esto con el obispo en presencia del gobernador. Este último dudaba en recibir y tratar como cristiano á un príncipe, á quien sus súbditos reputaban como idólatra; pero el obispo Juan de Alburquerque, no teniendo en cuenta la diferencia entre las costumbres de un pueblo y los símbolos esteriores de supersticion, arrastrado además por su bondad natural, y por el afecto que profesaba al príncipe convertido por el hermano Vicente, dió su parecer de que los hilos que el rey de Tanor llevaba pendientes al cuello, no prejuzgaban nada contra él; que José Nicodemus y Gamaliel habian sido discípulos secretos de Jesucristo, sin declararse como tales, por temor de los judíos; que S. Sebastian, despues de haber recibido la fé, habia conservado el trage é insignias militares de los romanos; y que convenia contemporizar con el rey malabar, hasta que el estado

de sus negocios le permitiese profesar públicamente el cristianismo. Con arreglo á este dictámen, se mandó un barco para traer al príncipe. Al saber su partida los bramanes, se opusieron suplicando al rey que no fuese á contaminarse con el impuro contacto de los cristianos. Viendo que eran inútiles sus ruegos, emplearon las amenazas y hasta la fuerza, y solo protegido por las sombras de la noche, y escalando su palacio despues de haber atado su crucifijo á su cabellera, fué como pudo salir, y lograr embarcarse en la flotilla portuguesa. Vestido á la europea, hizo una entrada real en Goa, recibió á la puerta de la iglesia la bendicion del obispo y besó la cruz con devocion. En el mismo dia de su llegada manifestó sus intenciones: dijo que queria vivir y morir en la religion católica, y pidió que se le administrase en secreto el Sacramento de la Confirmacion; con efecto, se le confirió aquel sacramento al dia siguiente en la capilla particular del obispo. Grandes fiestas se celebraron en Goa durante la permanencia del príncipe; aunque dió á los portugueses la esperanza de que su reino y todo el Malabar, no tardarian en estar convertidos al cristianismo, no por eso hizo pública profesion de fé, sino que continuó como antes de su viage. Únicamente hizo plantar dos grandes cruces frente á su palacio, exigió á las clases inferiores que abrazasen el cristianismo, ó que abandonasen sus Estados, y dijo á los bramanes y á los nairas, que se les colmaria de favores si reconocian á Jesucristo, cuyas disposiciones hicieron concebir sospechas á los idólatras. Los unos creyeron que el rey de Tanor habia fingido una conversion secreta para asegurarse la proteccion de los portugueses, y los otros que el temor de verse privado del trono, le habia únicamente impedido una clara y decisiva manifestacion de sus verdaderos sentimientos; pero todos siguieron respetándole.

En medio de todo esto, S. Francisco Javier no perdia de vista su idea constante de la mision de la China, para lo cual obtuvo del virey de la India, Alfonso de Noroña, que nombrase á Santiago Pereira embajador de Portugal cerca del celeste imperio. Despues de haber distribuido los misioneros por todos los puntos de la península de aquende el Ganges, enviado al P. Melchor Nuñez á Bacaim, donde Melchor Gonzalez habia dado principio á una residencia el año 1549, y dado á todos sus instrucciones, Javier salió de Goa el 15 de abril de 1552, acompañándole hasta Malaca el P. Baltasar Gago, así como Eduardo de Silva y Pedro de Alcazera, que aun no eran sacerdotes, para dirigirse al Japon.

Malaca ofrecia ancho campo á la caridad del apóstol de las Indias; reinaba á la sazon allí una enfermedad contagiosa, que el mismo Javier habia predicho, y que causaba muchas víctimas. Su primer cuidado al saltar en tierra, fué ir en busca de los enfermos, y recorrer las calles con sus compañeros para recojer los pobres que encontraban desamparados, y conducirles á los hospitales ó al colegio de la Compañía. Hizo construir á lo largo del mar, en la playa, chozas abrigadas, para trasladar á ellas á los desgraciados que no tenian cabida en otra parte, á quienes se procuraban en seguida los remedios y alimentos necesarios. En aquella misma época, resucitó al jóven Francisco Ciavos, que despues entró en la Compañía. Habiendo casi cesado el contagio, trató del desempeño de la embajada de la China con Alvaro de Ataide que mandaba entonces en Malaca, y á quien el virey habia nombrado para terminar aquel asunto; pero descontento el gobernador de Malaca, de Santiago Pereira, que era el designado para representante, desbarató el proyecto de la embajada, oponiéndose á él abiertamente, á pesar de recordarle Javier las órdenes del monarca y del virey. Al ver el gobernador la constancia del misionero, se enfureció hasta el punto de tratar al santo de una manera indigna, sin que lograse por esto alterar su paciencia; solo despues de haber sostenido sus pretensiones durante un mes, sin conseguir nada, amenazó á Ataide con escomulgarle, si per-

sistia en oponerse á la propagacion del Evangelio. Presentóle los breves de Paulo III, en los que le nombraba Nuncio apostólico en la India, y sobre los cuales por su mucha humildad nada habia dicho desde que los presentó á Juan de Alburquerque. El gobernador se burló de sus amenazas, por lo cual, el vicario general del obispo de Goa, que estaba en la residencia de Malaca, lanzó contra él una bula de escomunion, hasta que mas adelante á causa de las estorsiones y otros crímenes de que fué acusado, se le destituyó del mando, y se le condujo cargado de cadenas á Goa por órden del rey.

Viendo el apóstol que era imposible realizar el plan que habia motivado la embajada, se embarcó en un buque portugués que se dirigia á la isla de Sancian, que daba frente á las costas de la China, en la que podian los portugueses abordar para proveerse de lo que les fuese necesario. Durante el viage, Javier obró muchos milagros, y convirtió á algunos pasageros mahometanos, en aquellos veinte y tres dias. Los comerciantes portugueses que habia en aquella isla, dijeron á Javior que renunciase al designio que llevaba de pasar secretamente á la China, acompañado solamente de un jóven indo, y de un hermano de la Compañía, chino de nacimiento, que habia tomado la sotana en Goa. Los portugueses le hicieron presente el rigor de las leyes del celeste imperio, así como la vigilancia de los oficiales y empleados en guardar los puertos, á quienes era imposible seducir; añadiendo al misionero, que lo menos que podia sucederle en su empresa, era ser azotado cruelmente, y condenado á una prision perpétua. Nada empero pudo hacerle variar de resolucion, declarando abiertamente, que ninguna dificultad le impediria emprender la obra de Dios. En su consecuencia, comenzó á tomar medidas para su viage, siendo la principal la de proporcionarse un buen intérprete, pues el compañero chino que habia traido de Goa, no sabia el idioma de la corte, y hasta habia olvidado en parte el que hablaba el pueblo. Un mercader chino se ofreció á conducir al santo de noche á un punto de la costa, alejado de toda poblacion, pidiendo para ello doscientos pardaos (el pardao vale sobre unos seis reales de nuestra moneda), y exigiendo además la promesa de que en caso que Javier fuese arrestado, no descubriria ni el nombre, ni la casa del que le habia desembarcado. Sin embargo, los portugueses de Sancian, que temian que fuesen víctimas del chino, hicieron todo lo posible por impedir el viage, é interin cayó malo el siervo de Dios. Todos los barcos portugueses habian partido, á escepcion de uno solo que carecia absolutamente de provisiones. Además, el intérprete chino, se retractó de la palabra que habia dado, sin que por eso se desalentára Javier en lo mas mínimo; al contrario, habiendo sabido que el rey de Siam se estaba preparando para enviar una magnífica embajada al emperador de la China, resolvió hacer todo lo posible por obtener el permiso de acompañar al embajador siamés; pero Dios se contentó con su buen deseo, y quiso llamarle á sí. En el mes de noviembre, la fiebre atacó de nuevo á Javier, al cual fué revelado el dia y la hora de su muerte, por lo que sintió ya desde entonces él mas profundo disgusto por las cosas de la tierra, y no pensó ya mas que en la celeste patria á donde Dios le llamaba. Abatido por la calentura, se retiró al barco que servia de hospital para los enfermos, á fin de poder morir en la pobreza; pero como la agitacion del buque le causaba grandes dolores de cabeza, que le impedian dedicarse á Dios como él deseaba, pidió al dia siguiente que le trasladasen á la playa, lo que verificaron dejándole tendido en ella, á la intemperie, á pesar de reinar un fuerte viento del norte. Jorge Alvarez, compadecido de su estado, le hizo transportar á su cabaña, en la que no estaba mucho mas resguardado del aire, á causa de sus muchas aberturas. La enfermedad de dia en dia hacia nuevos progresos; sangraron dos veces á Javier, pero el cirujano poco experto en su arte, le picó un tendon, lo que

le causó una gran debilidad y fuertes convulsiones. Le sobrevino luego una inapetencia horrible, que le impedia tomar nada. A pesar de todos estos sufrimientos, su semblante estaba sereno, y su espíritu tranquilo. Ya alzaba sus ojos al cielo, ya los fijaba sobre el crucifijo, y sin cesar se comunicaba con Dios derramando muchas lágrimas. Por último, el 2 de diciembre del año 1552, lleno de tierna devocion, y dirigiéndose al crucifijo, pronunció estas palabras: « Señor, en vos pongo mi esperanza, de que jamás seré confundido. » Y al concluirlas, poseido de una alegría celestial que se hizo visible en su rostro, entregó dulcemente su alma al Señor. (Pl. LXVIII, n.° 1) Tenia entonces cuarenta y seis años, y acababa de pasar diez y medio en la India. Sus trabajos le habian hecho encanecer hasta el punto de ser ya su cabello del todo blanco. Su cuerpo fué colocado en una caja grande al estilo de los chinos, y se llenó de cal viva, á fin de que las carnes se consumiesen pronto, y pudiesen llevarse cuanto antes los huesos á Goa; pero el 17 de febrero del año 1553, cuando se abrió el ataud, y se separó la cal que estaba encima del rostro, se encontró éste fresco y sonrosado como el de un hombre que duerme. El cuerpo se encontró tambien todo entero, y sin señal alguna de corrupcion. Para hacer mas patente el milagro, se cortó un poco de carne del bajo muslo, y brotó la sangre de la herida. El santo cuerpo exhalaba un suave olor mas dulce y agradable que el de los mas esquisitos perfumes. Cuando desembarcaron las santas reliquias á Malaca, el 22 de marzo, cesó de todo punto la peste que afligia á la poblacion ya hacia algunas semanas; fué el cuerpo del santo enterrado en el cementerio comun. Habiéndole encontrado otra vez fresco y entero en el mes de agosto siguiente, trasladósele á Goa, donde fué depositado en la iglesia del colegio de S. Pablo, el 15 de marzo del año 1554, en cuya época se verificaron por intercesion del santo, muchas curas milagrosas.

Por decreto del rey de Portugal, Juan III, se formó un espediente acerca de la vida y milagros del siervo de Dios, no solamente en Goa, sino en otras muchas partes de la India que el santo ilustró con su presencia. Paulo V le beatificó en 1619, y Gregorio XV le canonizó en 1622. Habiendo dispuesto Juan V, que se reconociesen sus reliquias en 1744, el arzobispo de Goa encontró el cuerpo perfectamente conservado sin exhalar mal olor, y rodeado al parecer de un esplendor estraordinario. El rostro, las manos, el pecho y los piés, no presentaban la menor señal de corrupcion. En el año 1747, obtuvo el mismo rey del papa Benedicto XIV, un breve honrando al santo apóstol con el título de patrono y protector de las Indias orientales. La capilla donde ahora se venera el cuerpo de S. Francisco Javier, es uno de los mas bellos monumentos del arte. En medio de la suntuosa capilla, se eleva una pirámide compuesta de diversos mármoles, en cuya parte superior hay un sarcófago de madera negra, en el que están grabadas las principales acciones del apóstol de las Indias.

Los protestantes han honrado la memoria de S. Francisco Javier, tanto como los católicos. « Si la religion de Javier estuviese conforme con la nuestra, dice Baldeo, nosotros deberíamos honrarle y estimarle como otro S. Pablo. Sin embargo, no obstante esa diferencia de religion; su celo, su vigilancia, y la santidad de sus costumbres, deben escitar en todos los hombres honrados la mas tierna piedad. Los dones que Javier habia recibido para ejercer el cargo de ministro y embajador de Jesucristo fueron tan eminentes, que mi alma no es capaz de espresarlos. Si considero la paciencia y estremada dulzura con que presentó á los grandes y pequeños las aguas santas y puras del Evangelio; si me paro en el valor con que sufrió las injurias y afrentas, no puedo menos de esclamar con el apóstol: « ¿ Quién como él puede obrar tantas maravillas? »

Al lado del gran nombre de Francisco Javier, de esa gloria eterna de la Compañía de



Jesus, hubo tambien otros que brillan con honor en los anales de la Órden Seráfica. El mas ilustre de entre ellos es el del bienaventurado Juan de Alburquerque, obispo de Goa, cuya sede fué erigida en metrópoli en el año 1552. Aquel prelado precedió á Javier en la tumba.

Su vicario general, Miguel Vaz, á quien el apóstol de las Indias hizo emprender el viage á Portugal, que tan buenos resultados produjo para la propagacion de la fé, evangelizaba la ciudad de Chol, cuando los bramanes le envenenaron para contener los grandes progresos, que merced á su celo, hacia el cristianismo. Citarémos tambien al hermano Vicente de Lago, compañero de Juan de Alburquerque, de quien obtuvo el permiso de ir á Cochin á administrar los sacramentos á los cristianos de Santo Tomás y catequizar á los mahometanos y á los idólatras. Este religioso, lleno de celo y de virtud, habíase retirado á Cranganor, donde predicaba en las iglesias á los cristianos de Santo Tomás, y á fin de desarraigar por completo el error de los cismáticos y la idolatría de los demás indígenas, previa autorizacion del obispo de Goa, y por órden del rey de Portugal, estableció en el año 1546 un colegio seminario, en el que los hijos de los cristianos de Santo Tomás y los de los gentiles, se educasen, y donde al mismo tiempo que aprendian las artes liberales y mecánicas, en las que se empleaban despues, los primeros recibian la pura doctrina católica, y los segundos, los primeros rudimentos del cristianismo y de la moral. El hermano Vicente, que tenia un don especial para la instruccion de la juventud, se cautivó el afecto de esta. Como le ocurriese un dia verse precisado á castigar á alguno de sus discípulos, y que sus padres, incomodados por una correccion que les parecia recaer sobre ellos mismos, acudiesen armados á tomar venganza del maestro, los niños que acababan de ser castigados fueron los primeros que se presentaron delante de su querido preceptor, formando un muro con sus cuerpos, y cogieron piedras para defenderle y ahuyentar á los agresores. Subyugados por esta manifestacion tan espresiva y espontánea de agradecimiento, los padres se retiraron conociendo la bondad del catequista. El colegio de Cranganor no aprovechó solamente á los jóvenes idólatras, sino á los mismos cabezas de familia, que instruidos por sus hijos abrazaron la fé. Respecto á los cristianos de Santo Tomás, la influencia que sobre ellos hubiera podido ejercer, se encontró paralizada por sus mismos gefes espirituales, que rehusaron á los discípulos de este colegio ya ortodoxos, y muchos de ellos ordenados de sacerdotes, la facultad de predicar y administrar los sacramentos en los templos cismáticos, tolerando únicamente que celebrasen los santos misterios segun el rito latino. Además, habia el inconveniente de que en el colegio, fundado por Fr. Vicente, no se enseñaban las lenguas caldea y siríaca, vacío que mas tarde llenaron los jesuitas estableciendo á una legua de Cranganor el colegio de Vaipicota. El piadoso franciscano acabó sus dias en medio de sus discípulos en el año 1550.

CAPÍTULO IV.

Continuacion de las misiones de las órdenes de Sto. Domingo, de la Merced y de S. Francisco en la América Septentrional. — Misioneros seculares.

Mientras que la fama de los milagros y de las conquistas espirituales de S. Francisco Javier se estendia por todas las Indias orientales, las protestas de los misioneros en favor de la libertad de los americanos continuaban resonando en las Indias occidentales.

Domingo de Betanzos habia evangelizado el territorio de Guatemala y fundado en la ciudad de este nombre un convento de su órden, antes que el licenciado D. Francisco Marroquin llegase á ser el primer pastor de la parroquia de Santiago. Este santo sacerdote tuvo á mucho honor el haber sucedido en el ministerio apostólico á un religioso, á quien llamaba en sus cartas, persona de tan eminente santidad, de una ciencia tan profunda, y de un tan des-

interesado celo, que no podia menos de ganar mucho imitándole. Habiéndose erigido una silla episcopal en Guatemala, Francisco Marroquin, su obispo electo, fué consagrado en Méjico, y los dominicos le cedieron sin dificultad para que le sirviese de Catedral, la iglesia que ellos habian edificado. No hablarémos de los útiles monumentos con que este prelado enriqueció su sede episcopal: las escuelas, los colegios, los hospitales, las casas de instruccion ó de retiro se alzaban lo mismo que las iglesias á la voz de los obispos en todos los puntos de la América, y la civilizacion nacia por do quiera bajo sus plantas. Francisco Marroquin tuvo por ausiliares, buenos eclesiásticos seculares así como tambien á religiosos dominicos, franciscanos y mercenarios. Entre estos últimos Touron nombra á varios, haciendo especial mencion de entre los dominicos, de Fr. Pedro de Angulo, cuya biografía nos conducirá por otra parte á esplicar detalladamente una resolucion pacífica, á la cual hasta aquí no habíamos hecho mas que una ligera alusion. Angulo nació en Burgos, siguió desde luego la carrera de las armas, y en el año 1524, se embarcó para América en busca de gloria y de fortuna. La gracia debia transformar al valiente guerrero en ferviente apóstol. El año 1528, tomó el hábito de Santo Domingo, en Méjico, recibió allí las órdenes sagradas, y se lanzó enseguida á la carrera de las misiones. En el norte de Guatemala se encontraba un pueblo que siempre habia rechazado con éxito á los españoles; pueblo belicoso, defendido naturalmente por lo áspero é intransitable de su territorio, cruzado por todas partes de torrentes y precipicios, era difícil sujetarle por ser ligero en la fuga, cuando se veia sorprendido, y constante en sostener su puesto cuando emprendia el ataque. A este pais llamaban los españoles *Tierra de Guerra*. Bajo la direccion de Las Casas, Pedro de Angulo, ayudado de otros dos compañeros, logró por la caridad, lo que sus compatriotas en mucho tiempo no habian podido conseguir por medio de la fuerza. Era ya conocida la obra del *protector de las Indias*, titulada: *Unico medio de Conversion*. Dios permitió que los tres religiosos de que empleasen con aquella gente indómita el principio en que el dominico ponia toda su confianza, sin sufrir un desengaño. «Si estais convencidos, les decian los dominadores, de que por solo la predicacion, sin el ausilio de nuestras armas se puede reducir á los indígenas y hacerlos cristianos, ensayad ese sistema en la *Tierra de Guerra.*» Se les hubiera podido desde luego contestar, que el ensayo se habia ya verificado con buen éxito en mas de una tribu, y que si el resultado no habia sido completo, la falta estaba en la intervencion militar, que habia impedido á los apóstoles su accion civilizadora. Pero sin discutir los dominicos aceptaron el reto, con la condicion única, de que los españoles no aparecerian armados en el pais, ni ejercerian la menor vejacion sobre los indígenas que hubiesen abrazado el cristianismo; y que una vez reunidos en poblaciones ó caseríos, se les dejaria gozar en paz de su libertad bajo la proteccion del rey de España. Concluido este tratado con la aprobacion del gobernador de Guatemala, los misioneros se prepararon con la oracion y el ayuno á tan santa y arriesgada empresa. Como la caridad es industriosa, recurrieron al piadoso é inocente artificio que ya habia dado tan buenos resultados, y que consistia en traducir en el idioma de los que se queria convertir, una instruccion familiar en forma de cánticos espirituales, en los cuales se mencionase sucesivamente la creacion del mundo, el pecado de nuestros primeros padres, la redencion del género humano por la muerte de Jesucristo y las penas y recompensas de la otra vida. Los misioneros hicieron aprender estos cánticos á varios buhoneros acostumbrados á penetrar en la *Tierra de Guerra* con su comercio, y á los que se dieron instrucciones precisas y especiales. Estos encargados ejecutaron su cometido con inteligencia, y con tanto mas gusto, cuanto que servia el canto para reunir á su alrededor un gran número de indígenas. Contribuia esto al mas pronto despa-

cho de sus géneros. Uno de los caciques, sobre todo, fué el que mas se sorprendió de aquellas canciones por lo que no hacia mas que preguntar á los marchantes, qué significaban aquellos misterios que cantaban; y satisfaciendo estos á sus preguntas de la mejor manera que podian, concluian diciéndole, que no á ellos, sino á personas mas sábias, era á quienes correspondia dar mas ámplias esplicaciones. La inquietud del cacique crecia juntamente con su curiosidad. Los marchantes le dijeron entonces: «Nosotros tenemos en nuestra Compañía ministros de ese gran Dios que ha hecho el cielo y la tierra; hombres dulces, amables y pacíficos, no buscan el oro ni la plata, ni nada exigen de lo que pertenece á los huéspedes que los reciben. Lejos de querer dominar á los indígenas ó de causarles el mas leve daño, ellos les han protegido siempre con todo su poder, porque no se proponen mas que hacerles felices. Dos de estos hombres serian suficientes para enseñaros todo lo que quereis saber.»

Grande fué la satisfaccion que se notó en el cacique y sus compañeros al escuchar estas razones. Los marchantes aguardaban que se los invitase á que hiciesen venir á alguno de aquellos hombres tan instruidos; pero el cacique fué mas lejos aun. «Ya que me asegurais, les dijo, que estos sábios se encuentran con vosotros en Guatemala, y que ellos no tendrian inconveniente en venir si se les rogase que lo hiciesen, para mejor conseguirlo yo les mandaré dos diputados que irán con mi hermano á verles, y cuento con vuestra palabra que conseguiré lo que deseo.» Esta sábia resolucion fué al punto ejecutada. Los enviados del cacique fueron perfectamente recibidos, y si todos se sorprendieron de esta novedad, nadie lo fué mas agradablemente que los dominicos de Guatemala. Viéndose invitados por los mismos indígenas á entrar en su pais para llevar á cabo la santa obra que tanto deseaban, su fé y su celo se inflamaron mas y mas. Pedro de Angulo y Luis Cáncer, se fueron en seguida á la *Tierra de Guerra*, donde fueron bien acogidos. Los indígenas escucharon con avidez las verdades que se les proponian y las soluciones que se daban á sus dudas. Observaban con ojo inquieto y previsor la conducta de sus nuevos huéspedes, y cada vez les concedian mas confianza, á medida que se iban persuadiendo de la sencillez de su vida, de la dulzura de sus costumbres, de su aplicacion infatigable al trabajo, y sobre todo, del desinterés y desprecio con que miraban los bienes de la tierra, puesto que los misioneros, solo á duras instancias aceptaban algunos presentes que se les ofrecian, y eso únicamente cuando su negativa pudiese tomarse á desaire. El cacique fué uno de los primeros en pedir el bautismo, y por su parte contribuyó despues á la conversion de su tribu. A instancia de los dominicos, se construyó una capilla y un altar donde se comenzaron á celebrar los santos misterios. Los principales de entre los indígenas presenciaban el sacrificio de propiciacion con un asombro mezclado de respeto, mientras que la multitud agrupada alrededor del santuario esperaba el momento de la instruccion que se hacia al aire libre. Para contentar el ardor de aquellos neófitos, pues ya se les podia considerar como tales, tenian que predicar los misioneros á la vez en varios puntos. Despues de la instruccion pública, se catequizaba en particular á los que lo deseaban; y juntamente con la doctrina cristiana aprendian los sagrados cánticos que tanto agradaban á aquellos pueblos. En muy poco tiempo la tribu cambió enteramente de faz; cuéntase que yendo uno de los nuevos cristianos con su muger, encontró un jaguar ó tigre de América; aterrada la muger hizo la señal de la cruz y comenzó á rezar las oraciones que los dominicos le habian enseñado; y el tigre, entonces, en vez de precipitarse sobre ellos se alejó, lo cual ellos reputaron como una especie de milagro que contaban luego, llenos de reconocimiento. Gozosos los ministros del Evangelio con su primera conquista espiritual, intentaron ya otras internándose mas en el pais. Aunque el cacique cristiano deseaba sobre manera retener á los misioneros cerca de sí, con todo

no se atrevió á oponerse á que sus vecinos disfrutasen de igual beneficio que él, insistiendo únicamente en que los misioneros llevasen una escolta que les protegiese; pero la esperiencia probó que esta precaucion no era necesaria. La providencia velaba por sus mensageros, á quienes los indígenas en todas partes recibieron con las mismas muestras de afecto, y en quienes la palabra de Dios fué igualmente fecunda. Los que en un principio parecian mas opuestos á aquellos estrangeros, por creerles enemigos de sus dioses, se dejaron al fin instruir y desengañar, prestaron sus casas para que sirviesen de capillas, mientras que en el primer pais evangelizando se alzaba una iglesia, que pudiese contener toda la primera tribu. El cacique de la segunda no contribuyó menos que el primero á secundar los esfuerzos de los dominicos que, adelantando su obra de civilizacion, se ocuparon en hacer abandonar á estos nómadas sus aisladas y solitarias moradas para reunirlos en poblaciones, en las que el lazo de la sociedad civil se constituia al paso que la sociedad espiritual se afirmaba. Cuidóse sobre todo de elegir de entre la misma tribu los jueces y caudillos de cada pueblo, obedeciendo estos superiores secundarios al cacique como supremo gefe. Se adoptaron leyes aplicadas á la inteligencia, carácter, comprension y necesidades de los indígenas, y estos, á fin de asegurar su situacion y tranquilidad, se ofrecieron ellos mismos á someterse bajo la proteccion de la corona de España, y prometieron pagar un tributo anual, en tanto que no se emprendiese nada en perjuicio de su libertad, dándoseles, sobre esto, las seguridades mas formales, que fueron ratificadas en debida forma.

Hasta entonces Pedro Angulo, Luis Cáncer y algunas veces José Ladrada, habian sido, con la cooperacion de Las Casas, los únicos apóstoles de la *Tierra de Guerra*. Pero el *protector de los indios*, que jamás perdió de vista aquel dichoso pais, procuró que acudiesen á él otros misioneros del convento de Méjico, y aun de España. Francisco Marroquin, obispo de Guatemala, quiso visitar en persona este punto, antes tan temido de su diócesis, sin que ni la distancia, ni el mal estado de los caminos, pudiesen hacerle desistir de aquel viage, objeto de su solicitud paternal; cuando llegó á aquella tierra milagrosa, y se vió rodeado de lobos trasformados en inocentes corderos; cuando la modestia, la docilidad, el fervor de los nuevos cristianos, y su tierno amor por la religion que acababan de abrazar, tendieron ante su vista aquel edificante cuadro, enternecido el prelado esclamó alzando sus manos al cielo: «Este cambio, Señor, es obra de vuestra diestra. Vos sois admirable en vuestros santos, y santo en todas vuestras obras.» El obispo de Guatemala se detuvo algun tiempo en aquel pais, ocupándose en consagrar los altares, conferir el Sacramento de la Confirmacion, y en catequizar, y bautizar como los demás misioneros. En seguida dirigió á la corte de España una relacion exacta de las maravillas que habia presenciado, suplicando á Carlos V que sancionase las promesas hechas á los indígenas por los dominicos. La alegría que estas noticias causaron al emperador y al príncipe D. Felipe, fué demasiado grande para que nada se rehusase. El mismo Cárlos, en 1.º de mayo del año 1543, desde Barcelona, escribió á Pedro de Angulo lo siguiente: «El rey, al devoto P. Fr. Pedro de Angulo, vicario del monasterio de Guatemala, de la Órden de Sto. Domingo. Ya sabeis que desde que hemos sido informados de la necesidad de hacer algunos reglamentos para atender á todo lo concerniente al mejor gobierno de las Indias, y al buen tratamiento de los naturales del pais, hemos tomado en consideracion todo lo que con este motivo nos ha sido espuesto; por esto hemos deliberado y hecho deliberar con el mayor cuidado; y como todas las opiniones ó pareceres hayan sido conformes, no hemos querido diferir el dar las órdenes ó reglamentos que han parecido justos y convenientes. Se han impreso desde luego algunas de esas leyes que os remitimos con la presente, á fin de que despues

de haberlas leido, podais comunicarlas á los monasterios, y á vuestros religiosos, para que vean cual es nuestra voluntad, y que por su medio lleguen á conocimiento de los indios, puesto que principalmente para ellos han sido hechas. Os rogamos, pues, y os encargamos que nada omitais para procurar el cumplimiento ó ejecucion de esos reglamentos, relativos todos ellos, como vereis, al servicio de Dios, á la libertad, y al buen gobierno de los indios. Es lo que vos mismo, y todos vuestros hermanos habeis deseado siempre mas ardientemente; así pues, procurad, en cuanto os sea posible, que sean estas leyes exactamente observadas por nuestros vireyes, gobernadores, y demás jueces de esas posesiones. Debereis advertirles, así que llegue á vuestra noticia, el que hayan dejado de cumplirse en algunas provincias ó pueblos, á fin de que aquellos gobernadores remedien el mal en su orígen; y caso de que fuesen ellos mismos los que faltasen á las nuevas leyes establecidas, dadnos desde luego conocimiento de ello, para que podamos sin dilacion disponer lo que deba hacerse. Todos estos cuidados y atenciones, son por otra parte dignos de vuestra profesion y de vuestro carácter, pues no son mas que el resultado de ese ardiente celo con que habeis procurado siempre el bien de los indios, y con el que nos habeis prestado un servicio que no podemos nunca olvidar.»

El príncipe Felipe, heredero presunto de la corona de España, escribia á su vez desde Valladolid el dia 7 de setiembre del año 1543, al licenciado Maldonado, presidente de la real audiencia, en las provincias de Guatemala y Nicaragua, lo siguiente: «Ya sabeis que hemos encargado á Fr. Pedro de Angulo, de la Órden de Sto. Domingo, y á algunos otros religiosos de la misma, que procuren cuidadosamente la paz y el conocimiento de nuestra santa religion á los habitantes de las provincias de Tesulutlan y Lacandon, (que eran las que formaban la *Tierra de Guerra*. Con efecto, sabemos que con un celo infatigable, se dedican esos religiosos á la conversion y pacificacion de aquellos pueblos; y como son todos sus trabajos, hechos en honra y gloria de Dios, os encargo muy particularmente que presteis todo vuestro apoyo á aquel religioso y sus hermanos ocupados, como él, en tan santa obra, á fin de que, despues de haber sido tan gloriosamente empezada, pueda continuar dando siempre nuevos frutos. Procurad, pues, cumplir las órdenes que os han sido remitidas, así como tambien las que os remitimos ahora, y no permitais que nadie, cualquiera que sea su rango ó condicion, ponga obstáculo al cumplimiento de estas órdenes. Cuanto mas favorezcais el celo de los religiosos de que os he hablado, tanto mas gratos serán vuestros servicios al emperador-rey, mi señor.» El hermoso nombre de *Vera Paz*, sustituido por los misioneros al de *Tierra de Guerra*, fué aceptado por Cárlos V, y dado por él á la capital que se construyó, para perpetuar el recuerdo de los pacíficos triunfos del Evangelio. Así mismo dispuso mas tarde aquel soberano que Pedro de Angulo, que habia sido el apóstol de la *Tierra de Guerra*, fuese su primer obispo; pero los amigos del misionero aconsejaron á este que no aceptase una dignidad que no le permitiria seguir ya mas la vida apostólica á que el Señor le llamára, consejo enteramente conforme con los sentimientos de su corazon. Hasta el mismo cielo pareció aprobar aquel consejo y estos sentimientos, puesto que, si bien se recibió el breve del rey, tardaron en llegar las bulas de Roma; muriendo Pedro de Angulo en Zalama, el dia 1.° de abril del año 1562, sin haber recibido el carácter episcopal.

Ya hemos dicho que, á instancias del obispo de Guatemala, Francisco Marroquin, habia vuelto á partir Las Casas para España, en el año 1539, de la que se hallaba á la sazon ausente el emperador Cárlos V; mientras aguardaba el sacerdote su regreso, escribió diferentes obras relativas á la situacion de la América, siendo una de las mas notables, la titulada *Relacion brevísima de la destruccion de las Indias*, cuyo manuscrito presentó á su sobe-

rano en el año 1542. Despues de haber leido el emperador la obra, mandó al autor que espusiera su opinion acerca de los medios que juzgaba mas propios para establecer un buen gobierno en el Nuevo-Mundo: lo que hizo el religioso, escribiendo un tratado, cuyo título era: *Remedios para los males que se han hecho en las Indias*. El principal medio que se indicaba en aquel tratado, y que era como el punto de partida de todos los demás, consistia en la supresion de la esclavitud y domesticidad de los indígenas, á los que queria Las Casas que se les declarase hombres libres, independientes, propietarios como antes, y que fuesen protegidos por los tribunales y por los gobernadores, como todos los demás súbditos españoles. Si bien no fueron aceptadas todas las proposiciones del celoso dominico, se tuvieron sin embargo en cuenta las mas de ellas por la asamblea de obispos, consejeros, jurisconsultos y teólogos, que se reunió en Valladolid, la cual acogió favorablemente su memoria, y sometió á la aprobacion del príncipe escelentes disposiciones, basadas en las justas razones aducidas por el venerable defensor de los indígenas. Cárlos V firmó aquellas en Barcelona, y las publicó como órdenes en Madrid, en el mes de noviembre del año 1543. Entre los capítulos de que se componia el plan de administracion que habia de seguir el consejo de Indias, habia el décimonono, en el que se encargaba al consejo la obligacion de procurar que fuesen los indígenas bien tratados, de escuchar sus quejas, y remediarlas por medios mas espéditos, que los de los tribunales ordinarios. En el artículo vigésimo se prohibia que fuesen los indígenas reducidos á la esclavitud, ni por rebelion, ni otra causa; y que por el contrario, fuesen considerados como hombres libres, al igual que todos los demás súbditos del rey de España. Prohibíase así mismo, en el artículo siguiente, el obligar á los indígenas al servicio de *navorias ó criados forzados* (1); segun el capítulo vigésimo segundo, todos los indígenas esclavos habian de ser declarados libres, á menos que sus dueños justificasen su posesion por medio de títulos legítimos, como por ejemplo, el de haberlos comprado en épocas en que era la adquisicion permitida. Si las circunstancias obligaban á emplear á los indígenas en el transporte de efectos y de géneros, prevenia el artículo vigésimo tercero, que solo podia imponérseles una carga moderada, y que se les pagase además al precio corriente el trabajo que hiciesen; prohibia el vigésimo cuarto, que se obligase á los indígenas á trabajar para los españoles en la pesca de las perlas, permitiendo únicamente que se recurriese á los negros para aquel trabajo, y aun en el caso de que no debiesen correr estos ningun peligro, porque á no ser así, debia cesar la pesca, y hasta prohibirse enteramente. Tampoco era permitido á los vireyes, gobernadores, militares, prelados, monasterios, religiosos, hospitales, cofradías, casas-moneda, tesorerías, y á los empleados del fisco, tener indígenas á título de depósito; si habia algunos de estos que hubiesen sufrido esta condicion, debian ser declarados vasallos libres del rey, aun cuando renunciasen á sus empleos los que los poseyesen. Tambien se prevenia que fuese inmediatamente restituida la libertad á todos los indígenas, cuyos dueños no acreditasen su posesion por medio de títulos legítimos; disponíase igualmente que se hiciese una reforma en las *encomiendas* existentes, para que los derechos que percibiesen en lo sucesivo fuesen mas moderados; los que tratasen con sobrado rigor á sus esclavos, perdian el derecho que pudiesen tener sobre ellos, cualquiera que fuese el título en virtud del cual los poseian. Prohibíase á los vireyes, gobernadores y magistrados el autorizar encomiendas, cuya facultad quedaba entonces esclusivamente reservada al soberano; tampoco se permitia á los españoles que descubriesen en lo sucesivo nuevos paises, hacer en ellos esclavos ni apoderarse de cosa alguna que perteneciese á los naturales, mas que por via de cambio y en presencia de un funcionario pú-

(1) Véase lo que dijimos en la nota de la pág. 417.

blico. Obligábase además á todo el que intentase descubrir nuevos paises, á que se llevase al menos dos religiosos, que tendrian la facultad de quedarse en el pais, si tal era su deseo. Concedíase á los indígenas de las islas de Haiti, Cuba, y San Juan, el privilegio de no tener que pagar ningun tributo, mientras fuese voluntad del rey, á causa de las circunstancias particulares que tanto habian conmovido el corazon de Cárlos V, cuyo príncipe vivamente interesado por la suerte de sus nuevos súbditos, dictó las acertadas y justas disposiciones que acabamos de trascribir. El licenciado Miguel Diaz de Armendariz, fué el encargado de pasar á América para hacer que fuesen puestas en ejecucion las nuevas órdenes que empezaron á regir en Ultramar el año 1544; en vano procuraron algunos evadir su cumplimiento, y hasta apelaron otros en algunos puntos á la rebelion para impedir que fuesen publicadas; pues supo el digno Armendariz sostenerse á la altura de su mision, y hacer que fuesen las órdenes del rey puntualmente cumplidas. Tambien el incansable amigo de los indígenas, secundado por los esfuerzos de otros dominicos, fué uno de los que mas contribuyeron á que no quedasen en aquella época defraudadas las esperanzas de sus protegidos.

Siempre habia querido Las Casas conservar la libertad de poderse dirigir á todos los paises en que fuese útil su presencia, á fin de hablar é interesarse por los americanos; y por esto se negó á aceptar la silla episcopal de Cuzco, en el Perú, que habia quedado vacante á la muerte de Valverde; solo cuando los intereses de los indígenas le permitieron renunciar á su libertad, consintió en aceptar el alto cargo del episcopado. Además, la esperanza que se le hizo concebir, de que revestido de aquel carácter augusto, podria dedicarse aun con mas éxito á lo que habia sido siempre su constante objeto, y lograr con su influencia y con sus consejos que se cumpliesen mejor las nuevas órdenes del gobierno, acabó de vencer su resistencia. Habiendo Paulo III erigido una silla episcopal en la ciudad de Chiapa, en Méjico, fué consagrado Las Casas en la Catedral de Sevilla, el Domingo de Pasion del año 1544, (Pl. LXVIII, n.º 2.) y destinado á la nueva diócesis que acababa de crearse. Hé ahí lo que dice el franciscano Juan de Torquemada acerca de aquel notable acontecimiento. « La diócesis de Chiapa tuvo por primer obispo á D. Bartolomé de Las Casas, religioso dominicano, al que tanto deben los reinos, las provincias de las Indias, y hasta los indios todos, por haber sido su incansable protector cerca de nuestros soberanos por espacio de muchos años, sin que las privaciones y disgustos que sufrió, entibiasen nunca en lo mas mínimo su ardoroso celo. »

Apesar de hallarse ya á los setenta años de su edad, se dedicaba constantemente Las Casas al santo ejercicio de su ministerio, y velaba sin cesar por la concordia y la paz de su rebaño; así que, llamó á algunos religiosos de su órden para que le secundasen en la obra de la conversion de los indígenas, embarcándose con un gran número de operarios apostólicos. Era el mas notable de entre ellos Tomás de Casillas, natural del reino de Leon, que profesó en el convento de San Estéban de Salamanca, que habia procurado ya á las regiones americanas un gran número de sacerdotes: era un buen teólogo y un orador famoso. Despues de haber desempeñado varias cátedras en diferentes universidades, anunció la palabra de Dios con tal éxito en varias provincias de España, que determinó consagrarse enteramente al apostolado; animado de este deseo, se presentó al obispo de Chiapa, quien le puso al frente de los demás misioneros. Con la paz en el corazon, por dar cumplimiento á la obra mas grande y sublime que puede ocupar al hombre en la tierra, se embarcaron aquellos jóvenes apóstoles españoles para el Nuevo-Mundo, á 12 de febrero del año 1544. He ahí los nombres de aquellos adalides de la fé que iban á desbrozar vastos campos para sembrar luego en ellos las doctrinas evangélicas: Jacobo de Magdalena, Tomás de Latorre, Do-

mingo de Aro, Domingo de Vic, Juan Domingo de Azona, Jorge de Leon, Tomás de San Juan, Gerónimo de San Vicente, Vicente Nuñez, Jordan de Piamonte, Pedro Calvo, Jacobo Hernandez, Gerónimo de Cita, Rodriguez, Martin de Fonte, Domingo de San Pedro, Agustin de la Hinojosa, Alberto de Vilalba, Villasanta, Trueno, Ambrosio de Villarego, Andrés Alvarez, Cristóbal de Pardava, Dionisio Vertabillo, Jacobo de Magda, Francisco de Quesada, Francisco de Pigua, Felipe del Castillo, Juan Cabrera, Juan Guerrero, Luis de Cuenca, Miguel de Féria, Miguel Duarte, Pedro de los Reyes, Pedro de la Vega, y N. de Plasencia. Fontana, cita además, á Vicente Ferrer de Valencia, Alberto de Portillo, Baltasar de los Reyes, Domingo de Loyola, Jacobo Calderon, Juan Cavion, Pedro y Alberto de la Cruz, Juan Diaz y Pedro Martin. Con ellos partió tambien Bernardo, nacido en Alburquerque, reino de Leon; sus padres, nobles y ricos, le habian hecho educar en la universidad de Alcalá. Lejos de inspirar á Bernardo sentimientos de ambicion ú orgullo los rápidos progresos que hizo en los estudios, solo contribuyeron á hacerle mas humilde y modesto; las sábias reflexiones que ya desde su mas tierna edad se hizo sobre sí mismo y sobre los peligros del mundo, cerraron su jóven corazon á todos los afectos de la tierra, para abrirle tan solo á las dulces impresiones de la gracia; y únicamente despues de haber reflexionado mucho tiempo acerca de estas palabras del profeta; «He preferido ser humilde en la casa de mi Dios antes que habitar en la morada de los pecadores,» formó su plan de vida. Sin comunicar su pensamiento ni á su familia ni á ninguno de sus amigos, Bernardo, hombre ya á la sazon, salió de Alcalá para ejecutar su proyecto, y dirigiéndose á Salamanca, pidió á los dominicos que le abriesen las puertas de su convento. Quiso ocultar el nombre de su familia bajo el de su pueblo natal, y sin hacer mencion de haber estudiado filosofia y teología, se limitó á pedir el hábito de hermano lego. Despues de haberse hecho con él las pruebas de costumbre, se accedió á su demanda, y se ocupó al nuevo hermano lego en lo que se creyó mas conforme á su estado; solo entonces creyó el humilde religioso haber hallado lo que su corazon buscaba con tanto ardor, esto es olvidar al mundo, y fijar toda su dicha en el ejercicio simultáneo de la oracion y de un rudo trabajo. Pero, sin quererlo, atrajo las miradas de toda la comunidad, á la que edificaba su modestia, su recogimiento, su angélica dulzura, por descubrir en sus modales la fina educacion que habia recibido, y la ilustre cuna de que procedia. La Providencia, que queria servirse de su ministerio para la conversion de un gran número de idólatras, permitió que en una inesperada circunstancia, revelase su caridad una parte del secreto que su modestia procuraba ocultar; dos jóvenes religiosos del convento de Salamanca disputaban un dia con calor acerca de algunos puntos teológicos, creyendo apoyarse cada uno de ellos en la autoridad de Sto. Tomás, lo que contribuia á que sostuviese cada uno su opinion con mas empeño. Fray Bernardo ocupado en sus quehaceres, y testigo de su disputa, creyó deber terminarla en pocas palabras, esplicando, por medio de diferentes textos de Sto. Tomás, el en que se apoyaba uno de los dos teólogos; la sorpresa de estos dos, fué tanto mayor, cuanto que no habian pensado siquiera que el buen hermano jardinero pudiese comprenderles, por haber hablado en latin durante su controversia. Informado luego el superior de aquel incidente, dirigió á Bernardo algunas preguntas, y como fuese preciso contestar á ellas, nadie pudo ya dudar del talento y vastos conocimientos del modesto jóven, al cual desde entonces, en vez del trabajo manual, se le impuso el estudio. Sensible en estremo le fué aquel repentino cambio, porque tanto como amaba su primera condicion, temia las obligaciones de la segunda; con todo, se sometia á la voluntad de Dios, manifestada por sus superiores; renovándose todos sus piadosos temores cuantas veces tuvo que recibir órdenes sagradas: su virtud, em-

pero, no se desmintió jamás. Tal era el P. Bernardo de Alburquerque, cuando al regresar á América el obispo de Chiapa con los dominicos que ya hemos citado, pidió unirse á ellos, previo el permiso de sus superiores: su sólida virtud, su saber y su talento, hicieron que fuese su proposicion prontamente aceptada. Llegó el P. Bernardo a Haiti con Las Casas, en el año 1544.

Los antiguos misioneros fueron á recibir á los nuevos en el puerto, y les condujeron procesionalmente á la iglesia de Santo Domingo, en la que se cantó un *Te-Deum*. La firmeza empero, que desplegó el arzobispo de Chiapa, y el primer sermon hecho por Tomás Casillas, al objeto de que fuesen cumplidas las reales órdenes de que eran portadores, indispusieron á los misioneros con los que tenian un interés en que continuasen las cosas como hasta allí, y en que no fuesen atendidas las justas reclamaciones de los pobres indígenas. Hizo aquella actitud que se resolviese no procurar ningun recurso á los nuevos misioneros, ni á la comunidad de Santa Cruz; los franciscanos, en vista de ello, se encargaron de mantener á diez y seis de aquellos apóstoles; una pobre negra procuró á los demás cuantos alimentos le permitia reunir su caridad ardiente; una viuda española atendió á su sustento, y, convencida por sus predicaciones, de la injusticia que se hacia á los indígenas teniéndoles en la esclavitud, dió libertad á mas de dos cientos de aquellos infortunados. La colonia apostólica prosiguió su viage, despues de haber dejado en Haiti á cuatro de sus miembros, por haberlo exigido así la admiracion afectuosa de los habitantes; los religiosos de San Francisco y de Santo Domingo, acompañaron á los viageros procesionalmente hasta el buque; llegaron los apóstoles á Campeche, en el Yucatan, el dia 5 de enero del año 1545. He ahí un hecho que demuestra lo que hemos dicho ya acerca de la predicacion del cristianismo en América, antes de la llegada de los españoles, puesto que se refiere á una época muy anterior á la de los primeros misioneros, que, despues de Colon, fueron á esplorar aquel pais. «Habiendo desembarcado Bartolomé de Las Casas en la costas del Yucatan, dice el franciscano Torquemada, citado por Touron, quiso atravesar el reino para trasladarse á su diócesis de Chiapa. Por el camino encontró á un eclesiástico respetable y de avanzada edad, que hablaba perfectamente la lengua del pais; y como debiese el obispo dirigirse sin dilacion á Chiapa, suplicó á aquel eclesiástico que se internase mas en el pais de Yucatan, para predicar en él la fé de Jesucristo. Como cosa de un año despues, escribió el anciano sacerdote al protector de los indios, que, habiendo tenido diferentes conversaciones con uno de los principales gefes del pais, acerca de la creencia y antigua religion de aquellos pueblos, le habia asegurado el indio que todos ellos creian en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo; en que el Hijo, nacido de una vírgen, habia muerto en la cruz por la malicia de los hombres, que le habian coronado de espinas, y que murió por la salvacion de la especie humana; que tres dias despues habia resucitado y subido al cielo; y que habia enviado al Espíritu Santo á la tierra, á fin de que enseñase á los hombres todo cuanto les interesaba saber para ser felices. Véase cuantos misterios conocian ya aquellos idólatras: difícilmente habria podido hablarse con mas precision de la unidad de Dios, de la Trinidad de las personas, de la encarnacion del Verbo, de la muerte, de la resurreccion y descension del Hombre-Dios; del modo con que habiamos sido redimidos, así como tambien de la venida del Espíritu Santo, y de la efusion de sus dones. Bien es cierto que daba el indio nombres raros y hasta bárbaros á las tres personas divinas; pero no debe esto admirarnos, porque cada lengua tiene sus términos ó espresiones mas ó menos ásperas, ¿por ventura los hebreos, griegos y latinos, emplean los mismos términos para significar una misma cosa, como se vé en estas tres palabras: *Adonaï*, *Theos*, *Deus*? El indio, daba á la primera

persona divina, el nombre de *Ycona*, á la segunda, el de *Bacab*, y á la tercera, el de *Echuah;* añadia que aquella doctrina habia sido trasmitida de padre á hijo, desde la mas remota antigüedad, y, que por lo tanto habria sido considerado como incrédulo el que hubiese dejado de seguirla. El historiador Torquemada, cita, en corroboracion ó apoyo de este hecho, una apología de D. Bartolomé de Las Casas, que se encuentra, dice, en el convento de Santo Domingo de Méjico; si bien no nos dice que él haya leido aquel manuscrito, por mas que esté en el propio convento. Luego refiere otras dos ó tres tradiciones parecidas, segun lo afirmado por dos ó tres misioneros de su Órden de San Francisco, los PP. Gerónimo de Mendiera, Diego de Mercado y Francisco Gomez. Este último, se dice, que viniendo de Guatemala con el P. Alfonso de Escalona, visitó, al pasar por Guajaca, el convento de dominicos de aquella ciudad, en el que le enseñaron pinturas antiquísimas que habian sido encontradas en el pais, y que representaban al natural la crucifixion, la muerte y la resurreccion de Jesucristo. (1)» Sea lo que fuere con respecto á la predicacion anterior del cristianismo en Yucatan, donde hemos dicho habia un gran número de cruces y la singular profecía de Chilam Ballam, es lo cierto que la idolatría de los indígenas oponia tenaz resistencia á los esfuerzos de los misioneros que estaban anunciando el Evangelio. Para vencerla, quiso Tomás de Casillas fundar un convento de dominicos en Campeche; luego hizo embarcar el dia 18 de enero del año 1545, para la diócesis de Chiapa, á doce de sus compañeros, que quedaron reducidos á tres de resultas de un naufragio, y á los que siguió muy pronto el mismo Casillas. El dia 12 de marzo llegó á Chiapa, en cuya ciudad acababan de establecerse los religiosos de la Merced; fundó en Cinacantlan un convento de su órden, que fué para los indígenas de los alrededores, lo que era el convento de Ntra. Sra. de la Merced, para todos los que le frecuentaban: un manantial de salvacion y de dicha; finalmente, pasó Tomás de Casillas por Guitztapa, donde evangelizó á sus habitantes, y luego se dirigió á Chiapa de los Indios. Las Casas dispuso se quedasen en la ciudad los religiosos necesarios para instruir á sus moradores, y que fuesen distribuidos los demás entre los diferentes puntos de su vasta diócesis; así que, los PP. Juan Domingo de Azona y Domingo de Vic, fueron á secundar los esfuerzos de Pedro de Angulo y Luis Cancer, que trasformaban la region conocida por el nombre temido de *Tierra de Guerra*, en un pais de *Verdadera paz*. Luis de Cuenca, Francisco de Quesada y Diego Fernandez, instruyeron á los indígenas de la provincia de Soconusco, situada entre las de Chiapa, Guatemala y Guajaca Tomás de Casillas, vicario general y superior de los misioneros, fué á alentarles con su presencia y á asociarse por algun tiempo á sus trabajos. Otros misioneros fueron enviados al pais de los Zacatecas, y algunos á Zacatula en el gran Océano, hácia la embocadura del rio que dá su nombre á esta última ciudad. Remesal habla de una mision hecha en un pais llamado Cunen, refiriendo con este motivo un hecho bastante singular; helo ahí: solicitando un anciano la gracia de ser admitido en el número de los hijos de Dios, por medio del sacramento de regeneracion, le preguntó el misionero si renunciaba para siempre á los ídolos, á lo que

(1) Todas las tradiciones de los pueblos civilizados y salvages de la América, colocan su antigua patria en el Noroeste, y los chipenais de la Nueva Bretaña refieren todavia en nuestros dias, que hace muchos siglos habitaban en el Oeste un pais, de donde una nacion perversa les arrojó. Este pais, segun la descripcion tradicional que do él hacen los indios, se aplica exactamente á la Siberia y al estrecho de Bering. Además, conforme hemos tenido ya ocasion de hacerlo observar, las tradiciones del antiguo mundo, tales como las del primer hombre *Iztacmixcuatl*, de su muger que tuvo seis hijos, de la *muger serpiente*, de Noé, la torre de Babel, etc., eran muy comunes entre los indios, cuando la llegada de los españoles. Asi como algunos historiadores antiguos han aventurado decir que en los tiempos primitivos debieron abordar en América pilotos europeos, arrojados por la tempestad por las corrientes ó por una estraña osadia, tambien los ha habido que han supuesto que por motivos análogos, pudieron abordar voluntaria ó forzadamente en aquellas regiones, navegantes cristianos antes de la llegada de los españoles, y cuya memoria andando el tiempo se hubiese perdido. (Nota del Trad.)

solo contestó el indígena con una sonrisa; sorprendido el religioso, quiso saber por qué se habia sonreido. « Me sonrio, contestó el anciano, porque me encargais que renuncie á los ídolos: si no les he adorado nunca, ¿cómo quereis que piense tributarles culto en el momento de pedir la gracia del bautismo? ¿Cómo es posible, repuso el misionero mas asombrado aun, que cuando vuestra familia, vuestros mayores y todos los habitantes de este pais, reconocen á los ídolos como divinidades y les ofrecen cada dia sacrificios, solo vos hayais dejado de adorarles? ¿Por ventura no os han prevenido que debiais hacerlo, y hasta empleado las amenazas y la violencia para obligaros á ello? — Es cierto, padre mio, contestó el anciano, he sufrido mucho por ello; pero, cualesquiera que hayan sido los malos tratos que me he visto obligado á sufrir, nunca he quemado incienso á los ídolos, por no creer que fuesen divinidades dignas de ser adoradas. » Mas vehemente cada vez el deseo del misionero por saber como un pobre indígena, educado en el seno de la idolatría, habia podido preservarse del contagio y no adorar mas que al verdadero Dios, dijo al anciano, quien le habia enseñado aquella santa doctrina. « Desde mi mas tierna edad, contestó el indígena, profeso esa doctrina, debida á dos hombres desconocidos que se me presentaron para servirme de guia en la carrera de la vida: tenia el uno de ellos un aspecto siniestro que me inspiraba horror, al paso que dotado el otro de una sin igual belleza y resplandeciente de luz, me profesaba toda la ternura de un amigo, y me prometió que siendo yo bueno y santo, no se separaria nunca de mí, porque seria dócil en aprender todo cuanto por mi bien él me enseñase. El primero de los dos desconocidos, me decia sin cesar que adorase á los ídolos, porque debia considerarlos como las divinidades del pais; y el segundo, por el contrario, me prohibia hacerles sacrificios, y que les venerase y diese gracias como si me hubiesen dispensado algun beneficio. Cuando este me hablaba, tenia el primero la costumbre de huir, por serle imposible soportar su presencia; el amor que yo sentia por el desconocido hermoso y bueno, era igual á la repulsion que me causaba la sola vista de el de aspecto siniestro; así que, nunca faltaba á ninguno de los preceptos que aquel me imponia. Cuando mis padres me castigaban por negarme á tomar parte en sus sacrificios, el jóven me consolaba, exhortándome á que sufriese con constancia aquellos males, y me aseguraba que veria llegar un dia á las playas de mi patria á algunos estrangeros, que me enseñarian lo que debe hacerse para ser feliz en la posesion de Dios. » Remesal cree que aquel hermoso jóven que daba al indígena tan santos consejos, era su ángel custodio, que combatia las sugestiones del espíritu de las tinieblas. Admitiendo la verdad de este relato, solo debemos admirar las misericordias del Señor, que tiene en todas partes algunos escogidos, y que, en el seno mismo del gentilismo, sabe inundar de gracias á las almas privilegiadas. Aplicables son aquí aquellas palabras de Sto. Tomás, esto es, que si el hombre que habita los bosques ó un pais desierto, en el que no haya sido predicado el Evangelio, y guiado por la luz de su razon, huye el mal y practica el bien que la ley natural le dá á conocer, no permitirá Dios que muera infiel, aunque tenga que hacerle instruir por medio de los ángeles, ó enviarle un predicador que le enseñe las verdades de la salvacion.

Mientras que los misioneros anunciaban en todas partes la palabra divina, el obispo de Chiapa visitaba la diócesis confiada á su solicitud, y no cesaba de repetir en todas sus predicaciones que los que tuviesen indígenas esclavos, aunque los hubiesen comprado, estaban obligados á darles libertad bajo la pena de pecado mortal, y que no podia ni debia darse la absolucion á los que no cumpliesen con aquel precepto. Por mas que semejante doctrina enemistase al prelado con todos aquellos á quienes prescribia la restitucion, no se desalentó Las Casas; al contrario, compuso é

hizo distribuir un escrito, titulado: *Aviso á los confesores de la diócesis de Chiapa*, en el que encargaba á los directores espirituales que pidiesen á todos los penitentes si tenian indígenas esclavos, y que negasen la absolucion al que los tendria hasta que les hubiese restituido la libertad, por no poder conservarles legítimamente, puesto que los vendedores los habian arrebatado á sus familias ó adquirido de poseedores injustos; de modo, que solo su libertad podia acabar con el vicio radical de semejante adquisicion. Por su parte, los que creian ver perjudicados sus intereses por la doctrina de Las Casas, buscaron teólogos y jurisconsultos para combatir aquella generosa tésis: el doctor D. Bartolomé Frias Albornoz, natural de Talavera de la Reina, profesor de jurisprudencia en Méjico, escribió en este sentido el *Tratado de la conversion y de la conquista de los indios*, cuya obra, segun el dominico Dávila-Padilla, fué condenada en Méjico por los inquisidores. Habiéndose reunido todos los obispos de Nueva España, á fin de resolver las medidas que creyesen necesario adoptar para el gobierno espiritual de sus diócesis, la asamblea examinó la obra de Las Casas, quien se hallaba presente y sostuvo vigorosamente la doctrina contenida en ella; y como en vista de su defensa enérgica, no tomasen los prelados ninguna resolucion definitiva, envió el obispo de Chiapa su obra al supremo consejo de Indias. Despues de haberse examinado detenidamente la obra, fué aprobada por seis maestros en teología, sin duda los mas sábios y respetables que tenia entonces la Orden de Santo Domingo: tales eran, Francisco de San Pablo, director del colegio de San Gregorio de Valladolid, Galindo, profesor de teología en el mismo colegio, Bartolomé Carranza de Miranda, confesor que habia sido del príncipe de Asturias (despues Felipe II) y arzobispo de Toledo; Melchor Cano (1), que fué despues obispo de Canarias, Mancio de Cristo, catedrático de teología en Alcalá de Henares, y Pedro de Sotomayor, confesor de Cárlos V.

Como el sistema de concusion por el cual se enriquecian algunos era tan severa como justamente condenado por los rectos principios de Las Casas, hasta trataron sus enemigos de promover diferentes motines en la ciudad de Chiapa. Denunciáronle además como traidor al soberano, y hasta como infiel y perjuro; y aunque en sus memorias nunca negó el prelado al rey de España el derecho de adquirir y conservar las posesiones de América, y si solo el de apoderarse de ellas á viva fuerza y derramar la sangre de los naturales, le acusaron calumniosamente de que predicaba y escribia que el rey carecia de títulos legítimos para hacer invadir y conservar luego en su poder los reinos de que se habian apoderado sus súbditos en el Nuevo-Mundo. Aseguraron que al manifestar el obispo de Chiapa semejantes doctrinas, se proponia causar revueltas y males incalculables, imputacion que solo tendia á desprestigiarle á los ojos de Cárlos V y del príncipe Felipe, su hijo, que gobernaba el reino durante su ausencia. La distancia en que Las Casas se hallaba de la metrópoli, fué causa de que no pudiese desvanecer de pronto todas las sospechas de que fué objeto; y que á pesar de ser todas sus obras una apología completa de su persona, se le obligase, sin consideracion á su avanzada edad, á venir á España para dar cuenta de su doctrina y de sus actos. El noble defensor de los indígenas, convertido casi en mártir de su libertad, no titubeó ni un momento siquiera en cumplir la órden recibida; pero temiendo que perjudicase su ausencia al rebaño de que era tan digno pastor, dimitió su silla; y el papa, á proposicion de Cár-

(1) Autor que fué de varias obras, y uno de los hombres mas eminentes de su época. Adquirió su mayor celebridad por la obra que publicó, titulada *De Locis Theologicis*, que es y ha sido siempre consultada por los que se dedican al estado eclesiástico. Valiéronle tambien mucho renombre los encarnizados debates que sobre estas materias sostuvo con el no menos célebre Bartolomé Carranza, despues arzobispo de Toledo. Asistió Cano al famoso concilio de Trento, y en el año 1552, fué nombrado obispo de Canarias; pero, segun uno de sus biógrafos, no habiendo podido recabar del papa las bulas para su consagracion, regresó á Madrid, donde murió al poco tiempo de un ataque cerebral. (Nota del Trad.)

los V lo confirió al dominico Tomás de Casillas.

La firmeza del nuevo prelado correspondió en un todo á la de su digno predecesor; no podia menos de ser así, puesto que su conducta anterior era una segura prenda de lo que habia de ser Tomás en lo porvenir. Nos limitarémos á citar aquí dos rasgos, pues bastan ya para demostrar la rectitud y firmeza de carácter del nuevo obispo. Habia un magnate, que, despues de haber deshonrado á una americana, queria obligar á un indígena á casarse con ella. Acudió éste á los dominicos, quienes sabiendo su invencible repugnancia por aquel casamiento, le aconsejaron que de ningun modo diese por debilidad un paso del que se arrepentiria durante su vida; así pues, declaró el indígena al magnate, que nunca tomaria á una muger indigna de su afecto. Como no se ocultaba á los religiosos que su denegacion atraeria al jóven nuevas persecuciones, se le advirtió que fuese á consultarles el dia en que iria el magnate á visitarles, y que le contestarian en su presencia segun el espíritu de la Iglesia. Callóse el magnate, pero luego se vengó del pobre indígena, lo que puso á los dominicos en la necesidad de instruir públicamente al pueblo acerca de las circunstancias que debe reunir un casamiento cristiano, para que no se acusase á la doctrina de la Iglesia de autorizar los escesos de algunos que dicen ser sus hijos. No fué menor la firmeza que mostró Tomás de Casillas en la circunstancia siguiente. Habia mandado el rey de España que se escogieran treinta hijos de las principales familias, y que se les educase cristianamente en la casa del gobernador, haciéndoseles asistir diariamente á la iglesia para que se les enseñasen en ella los misterios de la fé. Así podian procurarse rehenes en caso necesario; y sobre todo, era el medio mas seguro para propagar la religion en el pais, con el ejemplo de los nuevos convertidos. Pero el gobernador, sin consultar mas que su propio interés, trataba á aquellos jóvenes como otros tantos criados que empleaba en todas las mecánicas; y lejos de velar por su instruccion, no les permitia asistir á la iglesia, ni aprender el catecismo; en vano el prelado hizo presente al gobernador que debia darse cumplimiento á las órdenes de la corte, pues se mostró sordo á sus instancias. Entonces mandó el obispo al cacique que, en calidad de gefe de los indígenas, enviase los niños á la iglesia, á fin de que fuesen en ella debidamente instruidos; furioso el gobernador al ver que habian salido los niños sin su permiso, dió órden de sacar las escasas provisiones que habia en el convento de los dominicos, y prohibió á los indígenas que les procurasen ningun ausilio, esperando por este medio obligarles á alejarse. He ahí lo que con este motivo Juan de Perera, canónigo de Chiapa de los Españoles, escribia á Tomás de Casillas: «Os felicito, padre mio, porque siguiendo con tanto celo las huellas de S. Pablo, habeis sabido arrostrar en vuestras funciones apostólicas todas las fatigas, el hambre, la sed, y ahora las calumnias, las persecuciones, y todo lo que es patrimonio esclusivo del misionero que solo busca la gloria de Dios, y la salvacion de las almas. He sabido con dolor, que algunos mal intencionados, forjaban diferentes acusaciones contra vos y contra vuestros religiosos, y que vuestro adversario, D. Baltasar Guerra, gobernador de Chiapa, ha obligado á algunos indios á declarar contra la verdad, lo que me hace temer que los jueces de la audiencia sean sorprendidos, y favorezcan á aquel que ha jurado haceros salir de la ciudad y de la provincia. Así pues, aunque estoy firmemente convencido de que es santa vuestra vida, é intachable vuestra conducta, y de que vuestra ausencia ha de perjudicar en gran manera los intereses católicos de ese pais, os aconsejo, no obstante, que os decidais á partir, á fin de conservar la paz y evitar mayores males, á imitacion de los mismos apóstoles que, al recorrer el universo para predicar el Evangelio, abandonaban al pais en que no queria oirseles despues de haber sacudido hasta el polvo de su calzado; y á ejemplo de otros muchos san-

tos, obligados por la persecucion á huir de ciudad en ciudad, y de provincia en provincia, como sucedió al grande Atanasio. Es cierto que los indios de Chiapa tienen necesidad de vuestro ministerio; pero ¡cuántas otras regiones no hay en Nueva-España, que le necesitan tanto como ellos, y que sabrán aprovecharlo mejor!...» La piedad del canónigo era sincera, pero tímida: la contestacion de Tomás de Casillas logró fortalecerlo un tanto. He ahí de que modo terminaba su carta: «En cuanto al temor que abrigais de que se nos disfame por medio de los falsos rumores que contra nosotros se hacen circular, debo deciros que nos tiene sin cuidado. Hemos venido aquí para dedicarnos á la instruccion y conversion de los indios, y para hacerles restituir la libertad de que se les ha privado; nuestra causa es la de Dios y la de su Iglesia, ya sabrá él defenderla. Nosotros, que solo somos sus ministros, debemos seguir ciegamente su voz y ejecutar su voluntad; por lo tanto, lejos de abandonar á este pais, cualquiera que sea la oposicion del gobernador, continuarémos ejerciendo en él todas las funciones apostólicas, tanto en la provincia como en la ciudad de Chiapa, puesto que Dios nos ha enviado aquí, que nuestro obispo nos ha conducido, que el soberano lo permite, que la salvacion de un gran pueblo lo reclama y que nuestra propia reputacion lo exige.» Esta firmeza desconcertó al gobernador hasta el punto de obligarle á dar á los religiosos la satisfaccion mas cumplida; pues besó la mano á Tomás de Casillas y derramó abundantes lágrimas, lamentándose de los males de que habia sido causa. El religioso le exhortó á repararles, y á reconciliarse con Dios por medio de la penitencia y de la restitucion, con lo que logró encontrar de nuevo la perdida calma. No siendo ya tan necesaria en Chiapa la presencia del P. Tomás de Casillas, salió para visitar á los misioneros en los diferentes círculos donde estaban ejerciendo su actividad y su celo; sin haber trazado la biografía de aquel religioso, creemos sin embargo haber dicho de él lo bastante para demostrar cuán acertada habia sido su eleccion para reemplazar al digno Las Casas. Las bulas espedidas por Julio III, el dia 19 de enero del año 1551, no llegaron á América hasta el año siguiente: cuando el provincial las comunicó al obispo electo, produjo la noticia en el humilde prelado el efecto del rayo; su primera idea fué declinar el alto cargo que se le conferia, pero como recibiese del maestro general la órden de aceptarle, pudo mas en él la obediencia que sus escrúpulos.

Entretanto Las Casas habia llegado á España por séptima y última vez. «Llegó, dice Llorente, como un acusado conducido por los dependientes de la autoridad; tal fué la recompensa que se dió al hombre que habia hecho á América catorce viages, sin contar los muchísimos que hizo por el interior de aquellas inmensas regiones desiertas, desconocidas, ardientes, siempre en inminente peligro de caer en poder de los caribes por espacio de cuarenta y nueve años. El venerable Las Casas fué mártir en una edad en que los mas de los hombres robustos han terminado ya su carrera; con todo, es preciso confesar que la Providencia sostuvo y consoló ya en esta vida á aquel modelo de obispos; puesto que no permitió sucumbiera á las fatigas de un largo viage ni á las persecuciones injustas de sus enemigos, sino que permitió triunfase de todos los malos que habian jurado perderle, y que pudiese gozar del triunfo alcanzado sobre ellos en todas las discusiones religiosas y políticas.»

Despues de haber contestado Las Casas verbalmente ante el consejo de Indias, á todos los cargos contra él formulados, esplicó por escrito su doctrina. Pero, como pidió el consejo que no fuese muy estensa su memoria, la circunscribió á treinta proposiciones, en las cuales se vé que admitia como un título suficiente y perentorio la bula de Alejandro VI, cuyo objeto, segun él, no era conferir á los reyes de España un derecho directo de propiedad, sino autorizarles únicamente para enviar misioneros á los americanos, á fin de que les anunciasen el cristianismo, y luego permi-

tirles disfrutar, á título de recompensa, de la soberanía sobre los pueblos que hubiesen recibido el beneficio de la predicacion evangélica: pero los soberanos naturales debian ser conservados, las propiedades particulares respetadas, y no podia mandarse ejército alguno para conquistar el país y someter á sus habitantes. Vese así mismo, en aquellas proposiciones, que, segun Las Casas, la bula de Alejandro VI, solo concedia á los reyes de España el derecho de recibir la soberanía inmediata de las regiones que, despues de haber sido convertidas, se sometiesen voluntariamente á su cetro, sin reconocer en aquellos príncipes la facultad de hacerlas atacar á mano armada en caso de resistencia, lo que de ningun modo autorizaba la citada bula. La doctrina de Las Casas acerca del poder del papa, era la de la mayor parte de los católicos de su tiempo; y hasta el mismo Llorente aprueba que la defendiese, por no perder ó renunciar al derecho de negar á los reyes de España la facultad de adquirir y conservar la soberanía inmediata de las vastas regiones de América á título de conquista y con la fuerza de las armas, y obligar á aquellos príncipes á hacer valer otro título que pareció legítimo, justo y suficiente. Además, añade Llorente, es imposible encontrar otro, como no sea en la obligacion que el mismo Las Casas imponia á los indígenas de reconocer la autoridad del rey de España como una consecuencia natural de la predicacion del Evangelio, conforme á lo ordenado por la bula de Alejandro. El consejo de Indias aprobó y hasta se mostró muy satisfecho de la defensa del prelado.

Interesados los enemigos de Las Casas en desacreditar y hacer formar mala opinion de su sistema, habian procurado atraer á su partido á Juan Ginés de Sepúlveda, natural de Córdoba, canónigo de Salamanca, limosnero y primer historiógrafo del rey, y uno de los hombres mas sábios que ha producido España. En una obra escrita en latin por Sepúlveda, titulada: *Causas que pueden legitimar una guerra*, intentó probar que los reyes de España tenian un justo motivo para hacer la guerra á los americanos, conquistar á mano armada su territorio y someter á los habitantes, para predicarles luego el Evangelio, bautizarles y sujetarles á un órden de cosas que hiciese imposible su fuga y su apostasía. Habiendo presentado Sepúlveda aquel escrito al consejo de Indias, sin poder lograr el permiso para que se imprimiese, escribió á Cárlos V, entonces ausente, para obtener que fuese sometida la obra al consejo de Castilla: gracia que se le concedió en el año 1547, en el momento en que Las Casas llegaba á Aranda de Duero, á donde acababa de dirigirse la córte. Pero el consejo de Castilla sometió el escrito al exámen de las universidades de Alcalá y de Salamanca, y cuyo juicio poco favorable confirmó la prohibicion de que fuese impreso, hecha ya anteriormente por el consejo de Indias. El autor tenia un amigo en Roma, llamado Antonio de Agustin, que era auditor del tribunal de la Rota, que fué sucesivamente obispo de Lérida y arzobispo de Tarragona, y por cuya mediacion fué impresa la obra secretamente en la capital del orbe católico. Cárlos V, empero, prohibió su entrada y circulacion en el reino; en vista de lo cual, escribió Sepúlveda un compendio de ella en español, que fué acogido con entusiasmo por todos cuantos apoyaban una doctrina que permitia gozar sin remordimientos de las riquezas adquiridas en las guerras de América. La causa de los desgraciados indígenas iba á sufrir demasiado á consecuencia de la obra de Sepúlveda, para que guardase silencio Las Casas. Como la discusion de los dos sistemas tenia por objeto uno de los puntos mas importantes de la moral cristiana, convocó Cárlos V en Valladolid, el año 1550, una asamblea de prelados, teólogos y jurisconsultos, á fin de que se decidiese si era permitido ó no hacer la guerra á los americanos para conquistar su país, en el caso de que se negasen á aceptar el cristianismo y á someterse á los reyes de España, despues de habérseles invitado á ello. Sepúlveda y Las Casas fueron llamados sucesivamente para esponer las razo-

nes en que fundaban uno y otro su opinion respectiva; leyendo el prelado en cinco sesiones *La Apología del Aviso á los confesores del obispado de Chiapa*. Domingo Soto resumió por escrito las principales razones aducidas por los dos antagonistas, á fin de que todos los votantes, pudiesen formar mejor su opinion. Habiendo publicado Sepúlveda algunas objeciones contra las causas deducidas por Las Casas en su *Apología*, contestó el prelado á su adversario, precisando el único motivo por el cual creia él ser lícito apoderarse del Nuevo-Mundo. Héla ahí: «Debian los religiosos entrar en América para predicar el Evangelio, y ser admitidos allí voluntariamente, á fin de que les fuese mas fácil por aquel medio hacer la religion agradable y dulce á los habitantes, y disponerles mejor á reconocer la soberanía de los reyes de Castilla, sin perjuicio de la libertad y de la propiedad de los indígenas, conforme á la bula de Paulo III, que habia esplicado el único y verdadero sentido de la de Alejandro VI; y si los indígenas no recibian voluntariamente á los religiosos, lo único que le parecia permitido, segun las facultades concedidas por el soberano Pontífice, era alzar fortalezas en los paises que habrian sido sometidos y pacificados, y que estuviesen próximos á otras provincias aun independientes, á fin de ponerse por aquel medio en relacion de comercio y amistad con sus habitantes, á los que deberia procurarse con tiempo inspirar confianza para que pudiesen los religiosos penetrar sin obstáculo en su pais, y hacerles amar, con la predicacion del Evangelio y su buena conducta, la autoridad del rey de España, á la cual no tardarian en someterse.» Aquella larga y viva discusion acabó de disipar las prevenciones que existian en el ánimo de los miembros del consejo de Indias acerca de los sentimientos del venerable obispo, falsamente acusado de haber dicho que los reyes de Castilla no podian fundar en nada sus pretensiones á la soberanía de los reinos del Nuevo-Mundo.

El consejo de Indias le dió hasta un testimonio de estimacion y deferencia, consultándole sobre la forma de gobierno que mas convendria adoptar con respecto á los indígenas que eran considerados aun como esclavos; á los que lo habian sido antes de la abolicion de aquel sistema, y que no eran caribes; á los que se habian esclavizado como pertenecientes á esta última raza, por mas que no perteneciesen á ella; y finalmente, á los verdaderos caribes, á los cuales, no obstante, pareceria justo restituir la libertad. Para cumplir con aquella órden del supremo consejo de Indias, compuso el obispo un pequeño *Tratado sobre la libertad de los indios que eran aun esclavos*.

Pasó Las Casas sus últimos años en la oracion y el retiro, sin abandonar empero la causa de los americanos, en favor de los cuales no cesó de escribir hasta los últimos momentos de su existencia. No hubo dia que no les dispensase un beneficio mientras estuvo en Valladolid; y cuando la corte regresó á la capital de la monarquia en 1562, la siguió á pesar de su avanzada edad, para poder obtener mas fácilmente los intereses de sus amados indígenas. Cuando murió en Madrid en el año 1566, para ir á gozar en el seno de la verdadera gloria la dicha de que le hacian merecedor su celo ardiente y su caridad inagotable, habia hecho operar Las Casas en los sesenta años trascurridos desde el 1500, en cuya época envió á América el esclavo que habia recibido de Cristóbal Colon, un cambio notable en el estado de los americanos. Al menos pudo tener Las Casas el consuelo de ver al morir á los españoles y á los indígenas iguales ante la ley, y quizás entrever que no tardarian estos últimos en ser libres de hecho, si habia una alma esforzada, como no podia dejar de haberla, que continuase en la gloriosa senda que él habia sido el primero de recorrer. Todos los misioneros se propusieron seguir la noble conducta del que fué primer obispo de Chiapa; así fué, que quedó con el tiempo abolida la esclavitud de los indígenas; no habiendo ya desde entonces vasallos obligados á servir sin

salario, ni hombres haciendo las veces de bestias de carga, ni desgraciados que con inminente peligro de la vida, se viesen obligados á trabajar contínuamente en las minas; y si tan solo hubo hombres libres y tributarios por medio de cuotas fijas y determinadas. Las circunstancias, y las contínuas reclamaciones del clero y de un gran número de otras personas influyentes, acabaron al fin por hacer triunfar aquel sistema de moderacion, (1) que de tanto tiempo venia reclamando Las Casas.

Séanos permitido al pagar aquí un justo tributo de respeto y admiracion á la memoria del ilustre dominico, repetir algunas reflexiones que acerca de los grandes méritos y alta importancia de su vida apostólica, ha hecho Llorente. Si se considera que atravesó Las Casas catorce veces los mares que separan á los dos continentes; que recorrió muchas mas aun las vastas regiones del Nuevo-Mundo, en todas direcciones; que hizo diferentes viages á España; que no cesó de ejercer en América las funciones de misionero y de pacificador; que escribió una multitud de obras, que se vió en los mayores peligros; que fué el blanco de la persecucion de algunos poderosos, por haber denunciado sus escesos, y que contestó siempre á todos los ataques, no podrá menos de reconocerse en Las Casas una alma verdaderamente grande, una virtud á toda prueba, y la fuerza de un gran carácter; mientras que aquella larga existencia, durante la que vemos á su alma y su cuerpo sostener tantos combates, demuestra la liberalidad con que Dios le dotára de todas las ventajas de una escelente constitucion, y de una fuerza vital incomparable. Llamado Las Casas por la divina Providencia á una mision especial, habia recibido de ella todas las condiciones morales y físicas que su cumplimiento exigia (1).

La vida del dominico Julian Garcés, obispo de Tlascala, fué casi tan larga como la del mismo Las Casas; puesto que era ya septuagenario al partir para América, y predicó el

(1) Los que suponen que solo debieron los indígenas su emancipacion á haber ido los esclavos africanos á poblar los vastos continentes de América, y á que el trabajo de uno solo de estos igualase, ó fuese aun mayor, que el de cuatro americanos, solo pueden proponerse privar á la España de un título de gloria que con justicia le reconocen todas las naciones, por mas que unos cuantos hombres se empeñen en negárselo. Cuando el gobierno español accediendo á las repetidas instancias de los obispos del Nuevo-Mundo, dignos sucesores de muchos españoles de corazon que veian tambien de cerca las necesidades de los indígenas, y sobretodo, á sus generosos sentimientos, restituyó la libertad á los indígenas, apenas eran aun conocidos en aquellas regiones los esclavos de Guinea. Diga lo que quiera alguno que otro autor poco amante de las glorias de su patria, es lo cierto que la noble España, lejos de gozarse en el martirio de sus nuevos súbditos, lo abrevió en lo posible restituyéndoles su libertad, tan pronto como se lo permitieron las azarosas circunstancias que pesaban sobre el pais conquistado. (Nota del Trad.)

(1) Somos los primeros en admirar el celo apostólico desplegado por Las Casas en su mision en América; pero forzoso nos es repetir, que este celo no siempre fué acompañado de benevolencia para los españoles; y como desgraciadamente los estrangeros se aprovecharon de sus falsos sentimientos con la madre patria, de ahí es que la historia de nuestra gloriosa conquista, escrita por aquellos, está plagada de enormes inexactitudes. Nuestra autoridad seria muy débil para probarlo; apelamos al testimonio del respetable abate Juan Nuix, quien con gran copia de irresistibles argumentos, patentiza la falsedad de las aserciones sentadas en contra de los españoles. Por lo que hace al Sr. de Las Casas trascribimos integro lo que dice en su obra titulada: «Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias, pág. 9 y 10, Madrid 1782. «Comenzando por lo primero, ya que el tener los españoles por acusador al famoso Sr. Las Casas (ó Casaus) basta para condenarlos en el tribunal de ciertos escritores, veamos que peso debe tener en el derecho este célebre testigo. En primer lugar podria yo poner en duda si aquella obrilla, que corre bajo el nombre del Sr. Casas, es verdaderamente propia de este escritor. El ilustre P. Fr. Juan Melendez en su «Verdadero tesoro de las Indias,» es de sentir, que algun francés, enemigo capital de la reputacion española, la imprimió bajo el especioso nombre de aquel obispo, no en Sevilla como se supone, sino en Leon de Francia. En segundo lugar, podria recusar el testimonio del Sr. Casas, diciendo con algunos autores, que él con la sangre y apellido francés *Casaus*, habia heredado y conservado un cierto ódio contra la nacion española, y que llevado de ambicion, intentó hacer odiosos á los conquistadores españoles con el fin de grangear para un Cárlos V la gracia de los favorecidos flamencos. En tercer lugar se debe notar, que cualquiera que quisiese fundar e en la autoridad del Sr. Casas, manifestaria suma ignorancia, ó gran malignidad, pues un hombre sábio y honrado nunca se atreveria á citar un libelo infamatorio, é infamado solemnemente, cual es el de un autor sospechoso, dudoso é incierto, impreso en pais estraño y enemigo, furtivamente y sin licencia, divulgado por hombres facciosos y fanáticos, esparcido entre enemigos estrangeros, y finalmente, que mereció tan poca estimacion de parte del gobierno, que quedó abandonado á la suerte de poder contarse entre los romances y las fábulas mas desacreditadas. Pero dejando aparte todo esto, y dado que aquella sea obra genuina de tal autor, es menester ver si este testigo dice siempre la verdad, si pondera y aumenta desmedidamente las cosas; si en su relacion se opone á otros testigos mas dignos de fé. El que leyere con alguna atencion, hallará que el celosísimo obispo abulta evidentemente sobre toda medida, que contradice á los testimonios mas ciertos y auténticos, y que en todas las páginas amontona las mas groseras calumnias.» (Nota del Trad.)

Evangelio á los indígenas por espacio de veinte años. La única cosa que encargó á los frailes Menores del convento que habia fundado en su ciudad episcopal, fué el que no cesáran de trabajar por la salvacion de aquellos pueblos confiados á su solicitud, á fin de que no volviesen á caer nuevamente en las tinieblas despues de haber visto brillar á sus ojos la luz de la fé. Iba el prelado á cumplir los noventa años, cuando terminó la muerte sus trabajos apostólicos en el año 1547, en cuya época fueron erigidas en metrópoli las iglesias de Santo Domingo, de Méjico y de Lima. Sucedió al ilustre dominico el franciscano Martin de Sarmiento, nacido á principios del siglo XVI, en Hoya de Castro; sus padres, dotados de una gran piedad, procuraron al jóven Martin una educacion esmerada y santa: refiérese de él, que siendo aun muy niño tenia ya la costumbre al salir de la iglesia, de subir á una silla, y repetir á su hermana y á sus compañeros, todo lo que lograba recordar del sermon que habia oido; lo que fué despues considerado como un presagio de su ministerio apostólico, y de su elevacion al episcopado. Luego que se lo permitió la edad, abrazó Martin el instituto de S. Francisco, en la provincia de Burgos, y fué á estudiar filosofía y teología en Valladolid; una vez ordenado sacerdote, se dedicó á la predicacion, pasando á América el año 1538. Los padres de la provincia del Santo Evangelio, con quienes vivia, le nombraron junto con Jacobo Testera en 1541, para representar aquella provincia en el capítulo general que habia de celebrarse en Mantua. Jacobo Testera fué nombrado comisario general de Nueva-España; pero como era ya aquel religioso de muy avanzada edad, se le destinó como adjunto á Martin de Sarmiento, y para que en el caso de morir Testera en los seis años que debia durar su cargo, continuase aquel desempeñándole. Como se habia previsto, murió Jacobo al poco tiempo de haber tomado posesion de su destino, en el que le sucedió Martin, por haberle nombrado sus hermanos. Poco tiempo despues, determinó Cárlos V elevarle á la silla episcopal de Tlascala, pero él renunció aquella dignidad, teniendo sin embargo que aceptarla despues por haberle obligado á ello su provincial Turribius, en virtud de la santa obediencia. Su encumbramiento no cambió en lo mas mínimo la existencia de Martin, y lejos de enorgullecerle, contribuyó á hacerle aun mas humilde. No se desdeñó de estudiar los santos cánones á pesar de su alta posicion y de su edad algo avanzada, por considerar mas humillante para un obispo el ignorar aquella ciencia, que el resolverse á aprenderla; enseñósela el venerable Juan Fucher. Desde el primer dia en que ocupó Martin su silla, se dedicó constantemente á socorrer á los desgraciados, á los huérfanos, y á todos cuantos necesitaban su apoyo, mostrando de este modo á sus diocesanos la suerte que les habia deparado el cielo al disponer el nombramiento de tan digno prelado. A una caridad ardiente y tierna, unia Martin una perfecta regularidad de costumbres, una fiel observancia de todos sus deberes de obispo, y el estricto cumplimiento de todos los preceptos de su regla; en sus visitas diocesanas, durante las que administraba los sacramentos, instruia á sus ovejas, conservaba el órden entre el clero, sin permitir que le acompañase en ellas mas que un hermano lego, que componia por lo mismo todo su séquito. Las fatigas sufridas durante tres dias, que pasó sin tomar alimento ni descanso en el curso de una de sus visitas, le causó una enfermedad violenta, que le obligó á retirarse en un convento de San Francisco, que encontró en el camino, donde despues de haber recibido los sacramentos, murió santamente en el año 1560, llevándose al sepulcro la admiracion y el aprecio de los españoles y de los indígenas.

Dos años despues de la muerte de Julian Garcés, tan dignamente reemplazado por Martin de Sarmiento, los dominicos Diego de Tolosa y Luis Cancer, sacrificados en la Florida, dieron con su glorioso martirio nuevo esplendor á la órden que el santo obispo de Tlascala la acababa de honrar con sus virtudes. Desde

el año 1514, habia conducido Luis Cancer á América, un gran número de misioneros que predicaban sin cesar, aunque con escaso resultado, el Evangelio á unos pueblos cuya degradacion era tal, segun Fontana, que solo comian arañas, hormigas, lagartos y serpientes; los pobres religiosos, como era regular, sufrieron todas las angustias del hambre y de la sed, porque horrorizándoles el alimento de aquellos pueblos, se veian obligados á comer rahices y á beber aguas cenagosas; todos perecieron en poco tiempo. El P. Luis Cancer fué el único que resistió aquel eterno suplicio, evangelizando por espacio de treinta años á aquellos indígenas, de los que bautizó un gran número, aunque en su mayor parte mugeres; luego cristianizó, como hemos visto ya, con Pedro de Angulo, la *Tierra de Guerra*, tan felizmente trocada en *Tierra de Paz*, merced á sus heróicos esfuerzos, y á los de sus compañeros. Finalmente, se dirigió Luis Cancer á la Florida, en cuyo pais habian resuelto los naturales dar muerte á cualquier estrangero que osára presentarse en sus playas; aunque advertido del peligro, ó mejor de la muerte segura que iba á procurarle su generosa resolucion, no quiso el misionero desistir de ella. Por mas precauciones que tomára su conductor, fué Luis Cancer detenido luego de haber saltado en tierra, y despues de haber sufrido mil tormentos, fué el generoso atleta de Jesucristo descuartizado y devorado por los caníbales. Al referir Las Casas su martirio, dice: « Creemos que el P. Luis Cancer, intercede ahora en el cielo por la salvacion de los que derramaron su sangre, y que á sus oraciones debemos los progresos que han hecho despues de su muerte en la fé cristiana. »

Antonio de Valdiviejo, obispo de Nicaragua, noble castellano, desprendido enteramente del mundo, poseido del espíritu de oracion y de un gran celo por la salvacion de las almas, fué llamado por el Señor á la vida apostólica, cuando los primeros misioneros empezaron á desbrozar el camino que acababa de abrir Cristóbal Colon en las desconocidas regiones del Nuevo-Mundo. Sus superiores le asociaron á algunos de aquellos piadosos dominicos, que partian casi anualmente para Haiti, y que eran luego destinados á las diferentes provincias que carecian aun de operarios evangélicos. A su llegada, fué destinado Antonio de Valdiviejo á Nueva España; llegando á ser despues en Méjico la provincia de Nicaragua, el ancho campo de sus trabajos apostólicos. Despues de haber aprendido en poco tiempo la lengua de los indígenas, empezó á recorrer con gran fruto los principales puntos de aquella provincia, sin arredrarle nunca los contratiempos que no tardaron en sobrevenir. Habiendo sido poco antes en aquella provincia destituido del cargo de gobernador Rodrigo de Contreras, sublevábronse sus dos hijos Hernando y Pedro contra el gobierno del rey, tratando á los indígenas como esclavos, y entregándose á todos los escesos. El misionero, empero, se alzó, cual otro Elías, contra semejantes atentados; mas viendo que no era su autorizada voz atendida en lo mas mínimo, pasó á España para informar á Cárlos V de las violencias que se cometian, en notorio perjuicio de los intereses de la religion y de la corona. El emperador, despues de haberle prometido tomar las medidas necesarias, añadió: « Pero es preciso que vos me ayudeis, para que podamos ver mas pronto realizados nuestros deseos; no os negueis al trabajo que habeis emprendido por la gloria de Dios, al contrario, procurad continuarle en el pais donde sois conocido, y en el que habeis hecho tanto bien: no os desalienten los obstáculos, Dios será vuestro apoyo. » Mientras el misionero manifestaba al rey su gratitud por la proteccion que prometia dispensar á los indígenas, este, que habia tenido ocasion de conocer su talento y su firmeza, dijo al religioso, que hallándose vacante la silla de Nicaragua por la muerte de Diego Alvarez Osorio, le habia propuesto á Paulo III para desempeñarla, y que esta' a aguardando las bulas. Con efecto, llegaron estas en el mes de febrero del año 1544; y sin aten-

derse á las súplicas ni escusas de Valdiviejo, fué inmediatamente consagrado, recibiendo al propio tiempo la plenitud del espíritu episcopal, esto es, un ámor tierno por su nueva esposa, un aumento de fuerza y de celo por la salvacion de su rebaño, y una firmeza á toda prueba, para oponerse como un muro de bronce á cuantas empresas pudiese acometer el espíritu del mal para oponerse à los progresos de la religion, en el pais que desde aquel dia le estaba confiado. No se atrevieron los rebeldes á impedirle que tomase posesion de su iglesia, pero continuaron las vejaciones, sin que aparecieran las medidas que Cárlos V anunciára, por haber llamado su atencion nuevos acontecimientos; por lo que tuvo el buen prelado que luchar solo durante cinco años, contra las pasiones de hombres poderosos, ora empleando humildes súplicas, ora tiernas exhortaciones, ya avisos, tan pronto secretos como públicos, y ya finalmente, amenazando con los anatemas de la Iglesia á los que se resistiesen por mas tiempo á la suplicante ternura de su pastor. Pero todo fué inútil; nada bastó á desarmar el orgullo de los dos hermanos, quienes llegaron á concebir el crímen horrendo de dar muerte al prelado, en quien estaban personificadas la justicia y las libertades públicas. Aunque informado del complot que acababa de fraguarse contra su vida, continuó el generoso obispo evangelizando á su pueblo, en aliviarle con sus limosnas, en destinar los misioneros á los puntos de su diócesis en que mas falta hacian; pero las ciudades de Leon y de Granada, que eran las que mas parte habian tomado en la revuelta, se negaron á admitir los ministros de paz y salvacion que se les enviaba. Solo despues de haber apurado Valdiviejo todos los medios de suavidad y dulzura, creyó haber llegado el momento de vengar al fin los escarnecidos derechos de la Iglesia, de los pueblos y del soberano; no obstante, apelando al último medio, y deseando, por decirlo así, dejar una puerta abierta al remordimiento, se dirigió el prudente obispo en persona á la ciudad de Leon, y renovó en ella sus esfuerzos para calmar los disturbios. Pero lejos de ceder los autores del desórden, añadieron nuevos crímenes á sus anteriores atentados; por lo que á su pesar, vióse el obispo obligado á fuminarles la escomunion y á hacer cerrar las iglesias. Furioso Hernando de Contreras, en vista de un acto que hubiera debido humillarle y convertirle, resuelve dar muerte al prelado, cuya voz fiel y de paz impide á los pueblos reunirse bajo la bandera de la rebelion; y seguido de los conjurados cuyo ardor escitó en un odioso festin, se dirige á la morada del obispo, penetra en el cuarto en que estaba Valdiviejo hablando con un eclesiástico y dos religiosos de su órden, y levantando la espada sobre el prelado (Pl. LIX, n.º 1.), le dá dos estocadas y le deja anegado en su sangre, mientras estaban los demás saqueando la casa. El santo prelado, víctima de su amor á la justicia, vivió aun algunos momentos que empleó orando por su rebaño, y por sus mismos asesinos; habiéndole preguntado un religioso á quien dejaba el cuidado de su iglesia: « A Jesucristo, contestó; á Jesucristo, que es su primero y verdader esposo. » Al terminar estas palabras, entregó su alma á Dios, el dia 26 de febrero del año 1549; los dominicos que le habian querido siempre como hermano y respetado como padre, le enterraron en su iglesia de San Pablo, al lado derecho del altar mayor. Veíase en el suelo de la habitacion en que fué asesinado, la señal de la mano en que se apoyó al levantarse despues de haber recibido las dos estocadas, siendo aun la sangre despues de dos siglos, tan viva y encarnada, como si en aquel mismo momento acabase de ser derramada.

Domingo de Betanzos sobrevivió algunos meses al santo mártir; terminando su gloriosa carrera en España, á donde habia ido para procurarse algunos operarios evangélicos: murió en Valladolid el dia 14 de setiembre del año 1549. Si la iglesia de Méjico se vió privada del consuelo de poseer sus restos, pudo contar al menos en el cielo con un nuevo pro-



tector, que no habia de dejarla desamparada en la tierra, mientras hubiese en ella discípulos que procurasen imitar sus virtudes y seguir sus huellas.

En el año que precedió á la muerte de Betanzos, exhaló tambien su postrer suspiro el franciscano Juan de Zumarraga, cuya silla acababa Clemente VII de erigir en metrópoli, y cuya nueva dignidad solo aceptó el prelado por no faltar á la obediencia. Dice un historiador que le fué revelado el dia de su muerte, segun él mismo lo comunicó á algunos de sus allegados; no obstante el estado de abatimiento y postracion en que se hallaba á consecuencia de su enfermedad, salió de Méjico é hizo ocho leguas para ir á encontrar al P. Domingo de Betanzos, en el convento en que entonces vivia. Durante los cuatro dias que permanecieron juntos aquellos dos siervos de Dios, administró el obispo el Sacramento de la Confirmacion á catorce mil personas, formadas é instruidas por el celo de los dominicos. Cuando el prelado moribundo tomó nuevamente el camino de su metrópoli, le acompañó su amigo sin separarse ya mas de su lado; al conocer Juan de Zumarraga que su fin se acercaba, pidió los últimos sacramentos, que recibió del modo mas edificante, y espiró diciendo: «Señor, os entrego mi alma á los ochenta y siete años de mi edad.» A pesar de haber mandado que se le enterrase al igual que á los demás religiosos, como lo habia sido el primer arzobispo de Méjico, los PP. Menores lo depositaron en su iglesia, junto á la puerta de la sacristía, hácia el lado del Evangelio. Despues de haber llevado Zumarraga una vida del todo santa, continuó, siendo en el sepulcro, objeto de cosas sobrenaturales (1).

Creemos de nuestro deber agrupar en torno de aquella brillante columna de S. Francisco, algunos misioneros del mismo instituto, igualmente dignos de un piadoso recuerdo.

Murió en 1545 Fr. Luis de Fuenzalida, franciscano de la provincia de S. Gabriel, que desde su llegada á Méjico habia estudiado la lengua de los indígenas, y evangelizádo á aquellos con ardor incansable; el tiempo que no podia consagrar á la predicacion, le empleaba en la contemplacion de las cosas del cielo, y durante el cual sentia las mas dulces emociones: su compañero le veia muchas veces en éxtasis, elevado en cuerpo y alma. Como no hubiesen desaparecido aun por desgracia los obstáculos que se oponian á la propagacion de la fé, vióse obligado tambien Fr. Luis á dirigirse á Europa, para pedir á Cárlos V la represion de ciertos abusos; entonces quiso el emperador nombrarle obispo de Mechoacan, á fin de que pudiese remediar mas fácilmente los males de que se lamentaba; pero el humilde religioso declinó aquel honor, prefiriendo, dijo, pasar á Africa con el permiso de sus superiores, y derramar su sangre en medio de los enemigos de Jesucristo, á ser testigo en Méjico de la guerra impía hecha á la Iglesia, por algunos de los que mas interés habian de tener en protejerla. Pedro de Alcántara, que gobernaba la provincia de San Gabriel, no quiso acceder á los deseos de Fr. Luis, sino que volvió á enviarle otra vez á América en el año 1545, pero murió durante la travesía en la isla de San Juan.

(1) Entre los muchos é ilustres prelados que la santa religion franciscana ha dado á la Iglesia, para gobernar la de las Indias y Nueva España, dice uno de sus cronistas, es muy conocido en ellas el santo padre Fr. Juan de Zumarraga, tan esclarecido en todo género de santidad, que por sus grandes virtudes, merece muy dignamente el titulo de Santo, que otras historias le dan. Fué de los mas insigne de la órden y de los religiosos mas penitentes y ejemplares de su tiempo; y aunque en todas las vidas de los santos resplandece mucho la divina providencia, en ninguna se descubre mas que en la de este venerable arzobispo que, por particular providencia del cielo le llevó Dios á las Indias, en tiempo que aquella primitiva iglesia tuvo tanta necesidad de él. Fué vizcaino y natural de la villa de Durango; hijo de padres nobles; tomó el hábito en la santa provincia de la Concepcion, donde estudió artes y teologia y fué consumado letrado y gran predicador, y algunas veces guardian y definidor y provincial de la misma provincia. Como era varon de alto consejo, de mucho espiritu y buenas letras, el emperador Cárlos V le cobró mucha aficion y tuvo grande estima de él; le envió por inquisidor en Vizcaya y le comunicó varias veces cosas de su conciencia y alma. A pesar de la alta dignidad que alcanzó por sus virtudes y sabiduría, su mesa, vestido y cama eran humildisimos; caminaba á pié y descalzo y levantábase constantemente á media noche. El bien que este gran prelado hizo en Méjico es imponderable y su memoria vivirá en aquellas regiones eternamente. (Nota del Trad.)

El territorio de Tula, fué evangelizado por Alfonso Rengel, sacerdote español de la Observancia de S. Francisco, cuyo campo cultivó durante diez años con tanto mas provecho, cuanto que hablaba con suma facilidad la lengua de los indígenas. Arruinó los templos de los ídolos, y levantó uno en Tula al verdadero Dios, así como tambien un convento de PP. franciscanos; irritados los sacrificadores idólatras al verse arrancar de aquel modo su presa, persiguieron cruelmente al misionero por todos los medios que les sugirió el fanatismo; pero su gran piedad y su prudencia, pusieron al religioso al abrigo de todas las persecuciones, y hasta en el caso de burlar cuantos planes formaron contra él sus encarnizados enemigos. Así pues, lejos de cederles el campo, persistió Rengel con mas ardor que nunca en la lucha, logrando atraerse á los mas crueles de entre los indígenas con su dulzura, á los mas orgullosos con su humildad, y á los mas obstinados con la uncion penetrante de sus palabras. Si no fué el primero que estableció en Tula los ejercicios públicos del catecismo, estendió al menos considerablemente en aquel pais la predicacion del Evangelio; casi todos los dias salia tocando una campanilla para reunir á los neófitos en el templo, y exponerles en estilo familiar los diversos puntos de la fé y la moral. De este modo los niños, las mugeres, y los oyentes de todos sexos y edades, se instruian en pocas horas, y como por pasatiempo, en los misterios sublimes que en tantos siglos no habian podido enseñarles las escuelas tan numerosas y pagadas de su orgullosa ciencia, que la historia de la filosofía pagana ofrece á nuestras miradas. Fray Alfonso, para imponer mas á los convertidos, procuraba dar al culto católico toda la elegancia y magestad posibles, á fin de que, admirando la vista con la pompa de las ceremonias, así como dominaba los ánimos con la sublimidad de los dogmas, pudiese conmover los corazones con la pureza de los preceptos; de este modo habia logrado aumentar considerablemente el rebaño de Jesucristo, cuando habiéndole confiado el ministro franciscano de la provincia de Méjico, una comision para Europa, sucumbió Alfonso Rengel durante el viage en el año 1546.

Uno de los primeros dominicos que entraron en Méjico con Domingo de Betanzos, fué Gonzalo Lucero, natural de Andalucia, sacerdote humilde, casto, laborioso, y tan penitente, que era en su concepto el mayor de los pecadores, y el último en la casa del Señor. A imitacion de los grandes santos, no cesó de llorar Alfonso muchos pecados que no habia cometido; y sus lágrimas que no podian menos de enternecer á sus oyentes, les atraian á abrazar ellos mismos los santos rigores de la penitencia; luego de comprender los idiomas de los mejicanos y mistecas, esplicó á aquellos pueblos los absurdos del paganismo, la existencia y la unidad del verdadero Dios, la corrupcion de la naturaleza ó del hombre caido, y la necesidad de un Mediador. Al esplicar Lucero las verdades de la fé á los neófitos, procuraba regular sus costumbres, insistir acerca de la inmortalidad del alma, sobre la eternidad de la pena y de la recompensa, la necesidad de las buenas obras, inculcando así profundamente en el ánimo de los indígenas una doctrina, que no siempre eran los antiguos cristianos capaces de observar. Una curacion milagrosa acabó de dar mas autoridad á la palabra del misionero: mientras estaba predicando en Tlachiaco, Gonzalez Bravo, gobernador de Mistepec, fué atacado repentinamente de una enfermedad mortal, que amenazaba llevarle al sepulcro cuanto antes; apurados inútilmente los medios del arte, quiso el enfermo, á pesar de su debilidad y de sus vivos dolores, que se le llevase al lado del misionero, lo que hicieron los indígenas con asombrosa rapidez, atendida la distancia que habia de un punto á otro. El P. Lucero, lleno de confianza en Dios, procuró inspirarla al enfermo que, luego de haber recibido la bendicion del piadoso dominico, recobró la salud; los indígenas idólatras y cristianos que presenciaron aquel milagro, escucharon dócil-

mente al siervo de Dios, al que habia hablado el gobernador acerca de las disensiones que existian entre ellos, y se reconciliaron á la voz del misionero. Sin embargo, no tardó un acontecimiento funesto en turbar la dicha de que todos gozaban, tal fué la muerte del santo misionero, al que Dios llamó así para premiar sus méritos en el año 1550. De tal modo Gonzalo Lucero se habia hecho amar de ellos por la santidad de su vida, que el esceso del dolor embargó á muchos la palabra, al paso que hacia esclamar á otros: «¡Ah! nuestro padre S. Gonzalo ha muerto, que será de nosotros sin él!»

Émulo y amigo de aquel religioso era Benito Fernandez, quien habia tomado el hábito en el convento de Sto. Domingo en Salamanca; á una instruccion poco comun unia el religioso una modestia angelical, así como á un recogimiento casi contínuo, un celo ardiente por la salvacion de las almas, que le obligó á dirigirse de España á Méjico. La region conocida con el nombre de Misteca, dividida en dos partes, esto es, en alta y baja, fué el pais que reclamó mas particularmente sus nobles esfuerzos; los riachuelos y torrentes de aquel pais eran auríferos; así que, se dedicaban los indígenas á recoger granos ó partículas de oro, que iban luego á cambiar en los mercados vecinos por artículos de primera necesidad, sin cuidarse de cultivar las tierras ni de dedicarse á la caza ni á la pesca: bastaba uno ó dos dias de trabajo para procurarles despues un mes de holganza. Sin embargo, aunque menos vivas, no dejaban por esto aquellos indígenas de tener sus pasiones; por manera que, si bien su supersticion no les arrastraba hasta el punto de sacrificar víctimas humanas, no por ello dejaba de ser menos insensata que en los demás paises. Venciendo Benito Fernandez la repugnancia que debia inspirarle el alimento de aquellos pueblos, despreciados de las demás tribus, vivió en medio de ellos, y despues de haberse granjeado su confianza y su afecto, se convirtió en su institutor y su apóstol; compuso en lengua misteca un pequeño tratado de doctrina cristiana, bajo la forma del catecismo, tradujo al mismo idioma las epístolas y los evangelios del año, y puso en estado de leerlos á todos los niños en quienes notó mas talento y memoria. Despues de haber sembrado la palabra santa en un punto, se dirigia inmediatamente á otro con el mismo objeto: era tanta la asiduidad del misionero, que no tardó el esceso del calor que hacia en causarle una enfermedad peligrosa; pero considerando perdido todo el tiempo que no empleaba en nuevas conquistas espirituales, ni aguardó siquiera que estuviese su salud del todo restablecida para empezar nuevamente el ejercicio de sus funciones apostólicas. Hay en la alta Misteca unas montañas, que llevan el nombre de San Antonio, en las cuales habitaban unos indígenas que vivian en las grutas, sin tener para sus hijos y mugeres mas cama que el duro suelo; haciéndoles su modo de vivir mas parecidos al bruto que al hombre. Asi que supo Benito Fernandez la triste suerte de aquellos infelices, se dirigió sin tardanza hácia aquellas pobres almas que se hallaban en poder del espíritu de las tinieblas, teniendo al menos la dicha de arrancar de él á los niños que murieron despues de haber recibido el agua regeneradora. La larga permanencia de Fernandez en aquel pais, casi nos obliga á creer que se refiere á el Bruzen de la Martiniere, cuando dice: «En los confines de los paises de Stequizi-Stepeque, hay en la falda de una alta montaña una caverna en la que penetró un dominico en compañía de algunos salvages: es tan angosta su entrada que solo puede pasar por ella un hombre de frente. Hay en su interior como una plaza cuadrada de cincuenta piés, donde hay algunos hoyos para contener el agua, á los que se desciende por medio de algunas gradas; desde allí, por una via tortuosa y llena de recodos, se llega á otra vasta plaza, en cuyo centro hay una fuente, y junto á ella un riachuelo, cuyas aguas parecen perderse en el fondo de los abismos. Despues de haber permanecido el dominico y sus guias en la cueva mas de una hora sin llegar nunca al

fin de ella, volvieron atrás por medio de un cordel que habian tenido la precaucion de atar en la boca de aquel antro. » Varias son las cavernas de esta clase que hay en los montes de América; muchos son los misioneros que han penetrado en ellas, por saber que los indígenas, obstinados en su superstición, ocultaban allí los ídolos para tributarles culto. Entre los cooperadores de Benito Fernandez, hemos citado á Gonzalo Lucero que le precedió en el sepulcro, al que no tardó en seguirle Fernandez pocos meses despues: cargado de años y de enfermedades, espiró el dia 23 de agosto del año 1550 en el puebleclito de Achintla, siendo enterrado en una iglesia de su órden. Apenas acababa de morir, cuando ya los indígenas le invocaban como á un amigo de Dios; asegurándose que la eficacia de su intercesion justificó ó acreditó la confianza con que era implorado.

Al igual que Benito Fernandez, no sobrevivieron mucho tiempo á Gonzalo Lucero los religiosos Francisco Marin y Francisco de Mallorca, á quienes habia conferido el hábito Domingo de Betanzos.

Francisco Marin, natural de Méjico, prestó muchos servicios espirituales á sus compatriotas, arrancando á no pocos de las tinieblas de la idolatría en diferentes provincias; viósele particularmente en las montañas de la alta Misteca, llevar la civilizacion entre unos hombres que habian vivido hasta entonces sin ningun lazo social. Reuniólos el misionero en pueblos, les procuró medios para cubrir su desnudez, les enseñó á sacar del seno de la tierra un alimento mas saludable que el de los insectos y los frutos silvestres que antes usaban, les hizo desbrozar vastos campos, sembrarlos despues, y plantar en ellos árboles útiles; y sobre todo, les enseñó á vivir como fieles discípulos de Jesucristo. Su palabra les esplicaba el Evangelio del Salvador, y su conducta les hacia poner en práctica los mas sublimes consejos de aquel libro divino; puesto que por espacio de treinta años se entregó aquel religioso á las fatigas del apostolado y á los rigores de la penitencia mas austera. Su alimento no era ni menos frugal ni menos triste que el de los indígenas mas pobres; nunca probó el vino, ni por ásperos y largos que fuesen los caminos que habia de recorrer, admitió caballerías ni vehículo de ninguna clase; pasaba Marin la mayor parte de las noches en oracion, ú ocupado en el estudio de los dialectos, tan diversos como los numerosos pueblos que habia de evangelizar; de modo que, ante un mismo auditorio, despues de haber predicado en lengua misteca, para unos, se veia obligado á empezar nuevamente su discurso en lengua *chochona*, idioma tan bárbaro como difícil, á fin de que pudiesen los demás comprenderle. No solo distribuia Francisco Marin el pan del alma á aquellas inteligencias ávidas, sino que en todas las épocas que se esperimentó el azote del hambre, á causa de las malas cosechas del maiz, procuró con su inagotable caridad el pan material á un sin fin de desgraciados, particularmente á las viudas, huérfanos y enfermos; pidiendo á sus parientes y amigos para repartirlo despues entre todos los necesitados. El cuerpo de aquel amigo de los pobres fué sepultado en el convento de dominicos de Méjico, donde habia abrazado la vida religiosa y consagrádose á la conversion de los indígenas.

Francisco de Mallorca, que sucumbió casi en la misma época y en el mismo punto, no habia recorrido tanto como Francisco Marin las provincias de Méjico, para llevar á los infieles la antorcha de la fé; pero no por ello dejó de contribuir menos á la salvacion de muchos con su ejemplo, su mortificacion y sus oraciones. Su mayor deseo, era cantar ú oir como cantaban noche y dia las alabanzas del Señor; puede decirse que mientras estuvo en la comunidad de Méjico, fué el coro objeto de todas sus delicias, su verdadero paraiso; cuando despues de Maitines, se retiraban sus hermanos para entregarse al descanso, continuaba Francisco sus cánticos y sus oraciones hasta el rezo de Prima, pareciéndole el tiempo que mediaba en estremo corto. Lloraba, decia, sus pecados, pidiendo siempre con la misma fé la con-

version de los pecadores y de los idólatras; solo dejaban de correr sus lágrimas cuando le permitia la bondad divina presentir que sus votos habian sido oidos; apesar de lo mucho que sufria de resultas de una grave enfermedad, hallábase en el coro el dia 20 de diciembre del año 1550, absorto del todo en la meditacion de las misericordias de un Dios hecho hombre para salvar á los hombres. Cuando mas entregado estaba á los trasportes del amor divino y del reconocimiento, le fué revelado que pasaria á mejor vida el dia mismo del nacimiento temporal de Jesucristo, agravándose desde aquel instante su enfermedad con tal violencia, que dijo el médico estar en inminente peligro, y que se le administrasen desde luego los santos sacramentos. Fueron las órdenes del médico puntualmente cumplidas; pero el enfermo, á fin de impedir que empezasen las oraciones de los agonizantes, dijo en secreto al superior, que se prolongaria su existencia hasta el dia de Navidad. Cuando el dia 21 de diciembre, ó sea el de Sto. Tomás apóstol, volvió el médico á presentarse al convento, creia encontrar un cadáver, ó cuando menos un moribundo, pero con gran sorpresa vió que seguia el enfermo mucho mejor que la víspera. Toda la comunidad contaba ya fuera de peligro á Francisco de Mallorca, esperando que de un dia á otro volveria á empezar sus acostumbradas tareas, cuando el dia de Navidad hizo llamar á los religiosos, y les suplicó que empezasen desde luego las oraciones prescritas para los agonizantes; y como hubiese algunos que le observasen que, atendido el estado de la enfermedad, era mas probable su restablecimiento que su muerte, limitóse Francisco á sonreirles dulcemente; pero el superior, que estaba ya debidamente informado, empezó desde luego las letanías. El enfermo tambien contestaba, y cuando hubo pronunciado aquellas palabras del Salmo XXIV; «Mis ojos están siempre levantados hácia el Señor,» él los cerró, juntó sus manos y se entregó al sueño de los justos.

No eran tan solo las órdenes religiosas las que procuraban escelentes misioneros á las provincias de Nueva España; habia tambien en ellas diferentes eclesiasticos seculares que, llenos de un verdadero espíritu sacerdotal y de un ardiente celo por la propagacion de la fé, hacian esfuerzos sobrehumanos para evangelizar aquellas regiones. Juan Gonzalez y Juan de Mesa se distinguieron en gran manera durante el episcopado de Juan de Zumarraga.

El primero, hijo de la diócesis de Badajoz, en Estremadura, fué conducido desde su infancia á Méjico, á instancias de Ruiz Gonzalez, pariente suyo, uno de los conquistadores de aquel imperio; la inocencia de sus costumbres, y la apacibilidad de su carácter, hicieron en breve al tierno niño, objeto de la predileccion de su protector. Ni la opulencia de la casa en que vivia, ni las adulaciones y mimos de cuantos le rodeaban, pudieron corromperle nunca; amigo de la oracion y del retiro, supo Juan emplear tan útilmente el tiempo, que en pocos años aprendió el latin, la literatura, y el derecho canónico, teniendo los primeros profesores que enseñaron en Méjico; desde su mas tierna edad resolvió ya el jóven Gonzalez consagrarse enteramente á Dios. Habiéndole examinado mas tarde los prelados que habia entonces en Méjico, no solo aprobaron su vocacion, sino que le confirieron órdenes sagradas; Julian Garcés, obispo de Tlascala, le dió la tonsura, los Menores, el sub-diaconado y el diaconado, prévio el correspondiente intérvalo; y Juan de Zumarraga, obispo de Méjico, le elevó al sacerdocio, haciéndole quedar á su lado, á fin de acabar de formarle para el santo ministerio. Obligado en breve Gonzalez á aceptar un canonicato en la Catedral, fué el jóven canónigo desde el primer dia modelo del clero capitular, tanto por su regularidad, su modestia, su asiduidad en el cumplimiento de todos los deberes, como por el espíritu de desinterés y de celo que le hacia distribuir sus bienes á los pobres y consagrar todos los momentos de que podia disponer á la instruccion de los indigenas. Cuando hubo aprendido los dialectos necesarios

para anunciar el Evangelio en diferentes provincias, renunció su canonicato y sus rentas, para poder seguir mas fácilmente las huellas de los apóstoles; y despues de haberse unido con aquellos que habian entrado antes que él en la viña del Señor, se consideró siempre como el mas ínfimo de todos. Sin embargo, nunca los indígenas se cansaban de oirle ni de seguir sus pasos; la fuerza de sus ejemplos, no menos que la virtud de sus discursos, produjo un gran número de conversiones; grandes y pequeños, todos mostraron siempre el mismo interés en oirle, porque unos y otros reportaban el mismo fruto de sus conversaciones y su trato. Luis de Velasco, virey de Méjico, le suplicó aceptára una habitacion en su palacio, prometiendo dejarle entera libertad para entregarse á todas sus ocupaciones y seguir su acostumbrada vida; esperando tan solo que la conversacion con aquel amigo de Dios, le ayudaria á santificar los actos y deberes de su gobierno por medio del ejercicio de una vida cristiana. Gonzalez, movido por esta última consideracion, accedió á los deseos del virey, y se fué á vivir en el palacio, del mismo modo que se fué á habitar mas tarde en una ermita, sin cesar nunca por esto de instruir á sus amados indígenas. Pronto empero debió convencerse el misionero de que no convenia estuviesen abiertas las puertas del palacio á los hombres de su carácter, puesto que se veia contínuamente asediado por una multitud de ambiciosos que no pensaban mas que en aprovecharse de su favor y crédito para adelantar en su carrera. Así pues, veíase obligado el misionero á perder un tiempo precioso, lo que le impedia poder consagrarse á la instruccion de los indígenas que reclamaban su cuidado, por lo que suplicó al virey que le permitiese retirarse y seguir la voz de Dios. No oponiéndose el virey á los santos designios del misionero, se retiró éste á Zuchimilco, poblacion en que vivian muchos indígenas, entre los cuales obró grandes conversiones; luego habitó la ermita de Santiago junto á Tezcuco, donde estuvo muchos años predicando á los idólatras, confesándoles y bautizando á los que lograba atraer cada dia al seno de la Iglesia. Sus ocupaciones fueron las mismas en la ermita de la Visitacion de Ntra Sra., junto á la capital; siempre celoso y activo, humilde y penitente, puede decirse que no tuvo nunca Gonzalez ni un momento de reposo. El cielo le concedió el don de conmover los corazones aun mas endurecidos, y de obtener la confianza de todos cuantos á él se dirigian, lo que valió á sus esfuerzos un gran número de conversiones: ignórase la época en que la muerte coronó la preciosa vida de Gonzalez.

Juan de Mesa ejerció el apostolado en la misma época que Juan Gonzalez, con el que le unia el doble vínculo de la amistad y la virtud; nacido en Andalucia, fué en su juventud conducido á América, donde fué confiado á un tio que estaba de gobernador en un pueblo llamado Tempuhal, de la provincia de Guaxatecas. Destinaban sus padres al jóven de Mesa una rica herencia; pero la divina Providencia le reservaba aun un porvenir mucho mas brillante y útil á los pueblos. El conocimiento que en breve adquirió de los difíciles dialectos de aquellas tribus, le sirvió en gran manera para hacer oir y abrazar el Evangelio á diferentes poblaciones que recorrió hasta llegar á las mismas fronteras de los chichimecas; tan pronto se le veia evangelizar solo aquellos pueblos, porque él solo comprendia su idioma, como asociarse con el franciscano Andrés de Olmos, ó con Luis Gomez, para seguir sus apostólicas tareas. Su tio le dejó al morir todos sus bienes, que aceptó para consagrarlos á obras piadosas, despues de haber hecho las restituciones que aquel habria debido hacer. Murió Juan de Mesa en Panuco, despues de haber gozado por largos años de aquella dulce y envidiable paz que solo la virtud procura.

Además de los misioneros, seculares ó regulares, permitió la Providencia que algunos laicos contribuyesen con su ejemplo y sus virtudes á la edificacion de la América, muchos de los cuales solo habian atravesado los mares para ir á recoger en el Nuevo-Mundo las ri-

quezas que no podian procurarse en su patria. De este número fué Miguel de Zamora, hábil arquitecto, que ganó en poco tiempo sumas considerables, y que aun habria podido ganar mucho mas; tantos eran los palacios, templos, y hasta pueblos enteros que se construian en todos los paises que estaban bajo la dominacion española; solo la ciudad de Méjico habria procurado á Miguel de Zamora cuantos tesoros hubiese podido ambicionar, á no haber puesto Miguel un término á su codicia, y cedido al amor patrio que le llamaba á España. A su llegada, quiso poner á prueba el afecto de sus parientes y amigos; así que, procuró ocultar sus riquezas, y se presentó á su familia bajo la misma modesta apariencia con que le habian visto poco antes; su padre le recibió con bondad, y para demostrar mejor su alegría, invitó todos los parientes á una fiesta que duró dos dias. Pero menos sensibles estos á la ternura del padre, que indignados por la pobreza del hijo, no podian perdonarle el que hubiese vuelto de aquellas regiones con las manos vacías, cuando habia tantos otros que salian de ellas cargados de oro; en su indignacion, hasta llegaron á decirle que seria siempre el oprobio de su familia. Nada contestó el jóven á cuantos cargos se le hacian, contentándose con haber logrado el objeto que se proponia; el tercer dia, empero, se presentó ostentando un trage riquísimo, deslumbrando el oro y la pedrería que brillaban en el opulento arquitecto; y, cosa rara, á su simple vista, no solo se modificó enteramente el lenguage de los miembros de su familia, sino que hasta le tributaron las mas grandes pruebas de deferencia y de afecto. Entonces, Miguel, que nada habia dicho aun en su defensa durante los insultos de que habia sido objeto, manifestó, que no tenia mas parientes que su padre y los pobres, con los que iba á compartir sus bienes; como en efecto así lo hizo, dando al propio tiempo á su padre una nueva prueba de respeto, ofreciendo su mano á la compañera que él le destinaba. Poco tiempo despues regresó Miguel de Zamora á Méjico, donde parecia enriquecerse á medida que iba aumentando su piadosa liberalidad con los pobres; pero como no tenian ya para él ningun valor los bienes de la tierra, solo aspiraba su corazon á la dicha de la eternidad. Habiendo muerto su esposa algun tiempo despues, confió Miguel á personas piadosas é ilustradas la educacion de su hijo, y deseando abrazar una vida penitente, se retiró con Juan Flores, amigo tan cristiano como él, á las ásperas montañas de Tlascala, donde eran escesivos la humedad y el frio. Cinco años pasaron allí aquellos dos solitarios ocupados en la oracion y el trabajo, llevando una vida en un todo digna de los primeros cristianos de los antiguos tiempos; el ejemplo edificante que ofrecieron á los indígenas, poco acostumbrados á ver el cristianismo tan admirablemente practicado por personas de su estado, produjo entre aquellos naturales abundantes frutos de salvacion. La Providencia parecia querer presentar á los dos cristianos como modelo de todas las virtudes en medio de una tribu salvage que se entregaba poco antes á todos los escesos de la idolatría; sin embargo, aquella práctica tan edificante de la religion, no era en Miguel de Zamora y Juan Flores, mas que el primer paso que daban en el camino del sacrificio, por estar persuadidos de que les seria mucho mas fácil llegar á la perfeccion, abrazando la vida monástica. Así pues, entró Juan Flores en el convento de San Francisco, y Miguel de Zamora en el de Santo Domingo, ambos conventos de la ciudad de Méjico; entró Miguel en clase de hermano converso, no sin interesar antes á la comunidad en favor de su hijo Alfonso que, contaba entonces once años, y al que se vió mas tarde abrazar la misma profesion. Siempre procuraba el nuevo religioso acompañar á los misioneros en sus escursiones evangélicas, en las que les servia de la mayor utilidad, puesto que mientras el sacerdote predicaba el Evangelio ó administraba los sacramentos, catequizaba Fr. Miguel á los niños y les enseñaba á orar á Dios. Como sabia perfectamente las lenguas mejicana y zapoteca, servia algunas veces de intér-

prete á los religiosos llegados nuevamente de España, por no serles aun familiar el idioma de los indígenas; enviáronle sus superiores mas tarde al convento de Guaxaca, donde el antiguo arquitecto prestó á la ciudad un servicio señalado, procurándola el agua de que hasta entonces habia carecido. El Señor, en su misericordia, envió á su siervo diferentes enfermedades que acabaron de purificarle, y de patentizar mas y mas su paciencia, su resignacion, su amor al sufrimiento; y que, despues de una vida penitente le procuraron una muerte tranquila que le abrió las puertas del paraiso: murió Miguel en olor de santidad.

CAPÍTULO V.

Misiones de las órdenes de Santo Domingo, de la Merced, de San Francisco y de San Agustin, en la América meridional.

Dice Fontana, que, notando el maestro general Agustin Recuperat, que era preciso aumentar en América los operarios apostólicos, separó en el Perú la provincia de San Juan Bautista, de las de Santiago de Méjico y Santa Cruz, tomando de estas para aquella, á los misioneros mas aptos y versados en la predicacion del Evangelio, para que pudiese desbrozarse con mas éxito el nuevo campo que iba á serles confiado. Añade el propio autor, que, despues de haber dado el príncipe Felipe, gracias al Señor, por los abundantes frutos que producian los dominicos, escribió desde Valladolid en 14 de agosto del año 1543, á Garcia de Guzman, entonces virey del Perú, que atendiese á las necesidades de las nuevas iglesias construidas por aquellos religiosos, y á todas las demás que en lo sucesivo fuesen construyéndose, procurando además á cada una de ellas un cáliz de plata, una campana, los ornamentos del altar, y hasta el vino y el aceite que necesitasen los misioneros durante el primer año. De este modo fué un dominico primer obispo de Lima, así como Valverde, religioso de la propia órden, lo habia sido de Cuzco.

Gerónimo de Loaisa, trasladado de Cartagena á Lima, llegó á la capital del Perú, el dia 15 de agosto del año 1543.

Sumidos aun allí los indígenas en las tinieblas de la idolatría, ofrecian sacrificios á los ídolos, y la corrupcion de sus costumbres correspondia á la impiedad de su culto; como estaban en la abundancia, y no conocian por otra parte otra dicha que la de la vida presente, procuraban satisfacer todos sus deseos, entregándose sin reserva á los inmoderados goces de todos los sentidos. El obispo de Lima, obligado á trabajar por la salvacion de tantas ovejas descarriadas, hizo esfuerzos sobrehumanos para fundar y estender el imperio de Jesucristo en aquellas regiones; y como veia Dios su ardiente celo, prolongó los dias de Gerónimo de Loaisa, le dió cooperadores fieles y activos, y por los secretos medios de su Providencia, le permitió vencer cuantos obstáculos se oponian al logro de sus santos deseos. La Santa Sede y la corte de España, confiadas en la sabiduría del prelado, hacian tambien por su parte todo lo posible por procurarle cuantos medios pudiese necesitar, para dar cima á la noble y digna empresa que habia acometido; así que, logró Gerónimo Loaisa formar en pocos años un clero secular y regular, construir una Catedral, establecer diferentes parroquias, fundar varios conventos y hospitales, tanto para los indígenas como para los españoles de ambos sexos. Fácilmente se comprenderá cuanta habia de ser la utilidad de aquellos diversos establecimientos, tanto para civilizar á los peruanos, como para aumentar el número de conversiones que se hacian por medio de los misioneros apostólicos.

En el año 1548, erigió Paulo III la ciudad de Lima en metrópoli, y envió el *pálio* á Gerónimo de Loaisa, que fué su primer metropolitano, así como habia sido ya su primer obispo.

Sumamente glorioso era para la órden de Santo Domingo, el que se dignase la Providencia servirse de uno de sus hijos para re-

parar en el Nuevo-Mundo, las pérdidas que Lutero y Calvino causaban á la Iglesia en el mundo antiguo; solo con el ánimo poseido de un santo terror, podia verse el que fuese quitado el reino de Dios á unos pueblos ingratos, para ser confiado á otras naciones que sabrian aprovecharse de él mas dignamente. El santo arzobispo de Lima, por el cual se operaba en el Perú aquella compensacion consoladora, solo procuraba conservar á su lado dignos ausiliares, protegiendo al efecto á todos aquellos sacerdotes, seculares ó regulares, que le parecian mas á propósito para instruir y edificar las almas; al paso que trataba con la mayor severidad á los ministros escandalosos, contra los que, en el caso de no corregirse, hacia uso del poder que le habia conferido el emperador para arrojarles del Perú, y enviarles á España. Como olvidaba sus propios intereses, siempre que se trataba de los de la Iglesia, nunca temió ofender, al obrar de aquel modo, á los protectores de los indignos ministros, ni procurarse por lo mismo enemigos que le desvirtuasen cerca del príncipe.

Como era la paz tan necesaria al establecimiento y propagacion de la fé, procuró Gerónimo de Loaisa conservarla siempre en su metrópoli; y cuando la imprudencia de los unos, y la ambicion de los otros, amenazaban turbarla, fué siempre su ministerio en medio de las agitaciones, doblemente útil á la Iglesia y al Estado. Por esto se le vió desde el año 1546 secundar con tanta inteligencia como abnegacion, al pacificador del Perú, Pedro de Gasca, al cual hace tanta justicia el protestante Robertson. «Aquel eclesiástico, dice el citado historiador, no tenia mas título que el de consejero de la Inquisicion; pero aunque no hubiese desempeñado ningun cargo público, se le habian confiado diferentes misiones importantes, que habia sabido desempeñar dignamente, merced á su carácter apacible, á su firmeza, á su circunspeccion, y á su vigor en la realizacion de sus planes, cualidades que raramente se ven reunidas en un solo hombre. Gasca, no obstante su avanzada edad, lo débil de su constitucion, el temor que habian de causarle las fatigas de un largo viage, y su permanencia en un pais mal sano, temor tanto mas natural cuanto que nunca habia salido Gasca de su pais, no titubeó un momento en cumplir la voluntad de su soberano. Se negó á aceptar un obispado que se le ofrecia, para infundir mas respeto y dar mas dignidad á su carácter, aceptando tan solo el título de presidente de la audiencia de Lima, con la condicion de no percibir por él sueldo alguno; únicamente pidió que fuese su familia socorrida por el gobierno, puesto que iba él á ejercer en América un ministerio de paz, y que no se llevaba mas que su sotana y su breviario, y uno ó dos criados, cuya espedicion no podia gravar en lo mas mínimo las rentas del Estado.

Sin embargo, despues de haber mostrado Gasca tanto desinterés y moderacion con respecto á su persona, se presentó de muy distinto modo al tratarse de las facultades de que debia revestírsele para poder obrar libre y desembarazadamente; no titubeó Cárlos en conferirle todo el poder que pedia: contento Gasca por merecer la confianza de su soberano, partió desde luego sin fuerzas ni recursos para el Nuevo-Mundo, al objeto de apaciguar una revuelta capaz de imponer á cualquier otro hombre, por mas que hubiese contado con los medios necesarios para reprimirla. Presentóse el sacerdote á su llegada tan pacífico, con un séquito tan poco numeroso, y con un título tan modesto, que sin imponer á nadie, á todos infundió respeto; por otra parte, su dulzura, la sencillez de sus modales y su carácter amable y candoroso, inspiraron una general confianza. Muchos fueron los oficiales de distincion, á cada uno de los cuales se habia dirigido Gasca en particular, que le prometieron declararse en su favor tan pronto como se presentase ocasion para ello; por fortuna no tardó Pizarro en procurársela con su proceder violento.... Viendo el presidente que se aumentaba tan rápidamente su

ejército, fué avanzando hácia el interior del pais, siendo siempre su conducta prudente y modesta; en cuantas ocasiones se le presentaban, manifestaba siempre el deseo de terminar la querella sin efusion de sangre. Mas dispuesto siempre á atraerse á los rebeldes que á castigarles, á nadie reprendia sus pasadas faltas, recibiendo á todos cuantos se le presentaban, como recibe un padre al hijo, que arrepentido se lanza en sus brazos. Con todo, á pesar del sincero deseo que manifestaba por la paz, no le impedia el continuar con actividad los preparativos para la guerra. Nada mas singular que el aspecto que ofrecian los dos ejércitos, al avanzar lentamente uno contra otro; el de Pizarro, compuesto de hombres que se habian enriquecido con los despojos del pais mas opulento de América, se componia de oficiales y soldados que vestian ricos trages de seda ó de brocado, y sus caballos, sus armas y banderas, estaban adornados con toda la magnificencia militar; al paso que el ejército de Gasca, aunque menos brillante, ofrecia un aspecto igualmente singular. Acompañado su gefe del arzobispo de Lima, de los obispos de Quito y de Cuzco, y de un gran número de eclesiásticos, recorria las filas repartiendo bendiciones, y encargando á los soldados que supiesen como bravos cumplir con su deber.... En menos de media hora quedó enteramente dispersado un cuerpo de ejército, capaz de decidir la suerte del imperio del Perú.... No empañó Gasca con la crueldad el honor de la victoria que supo alcanzar sin derramamiento de sangre: Pizarro, Carvajal y algunos otros gefes de los sublevados, fueron los únicos que espiaron con la muerte el delito de su rebelion (1).

Despues de haber cumplido Gasca su mision, quiso retirarse de nuevo á la vida privada, y confiriendo el gobierno del Perú á la audiencia de Lima, se embarcó otra vez para España, donde escitó una admiracion general, digna del talento y las virtudes de que acababa de dar tantas pruebas. Sin ejército, sin escuadra, sin recursos, y con un séquito tan modesto y poco numeroso, cuyo equipo solo costó al Estado tres mil ducados, habia partido Gasca de Europa para ir á sofocar una rebelion imponente y terrible: solo su prudencia y destreza, pudieron suplir los medios indispensables de que carecia, y procurarle el triunfo que habia de coronar su empresa. Con ellas adquirió una fuerza naval capaz de dominar los mares; con ellas levantó un ejército que supo vencer á los veteranos que habian conquistado el Perú; con ellas triunfó de su gefe, al que nunca hasta entonces habia abandonado la victoria; con ellas, en fin, estableció nuevamente el poder de las leyes y la autoridad de su legítimo soberano. Por grandes que fuesen, empero, los elogios que merecia el talento de Gasca, distan mucho de serlo tanto como los que debia tributarse á sus virtudes: despues de haber residido en un pais en el que el atractivo de las riquezas, habia seducido hasta entonces á todos cuantos se halláran en el revestidos de alguna autoridad, abandonó Gasca el alto puesto en que estuvo encumbrado, sin que nadie pudiese sospechar siquiera de su integridad.

(1) El presidente, dice Agustin de Zárate, en su « Historia del Perú (Lib. VII, cap. 7) cometió el castigo de los presos al licenciado Cianca, oidor, y á Alonso de Albarado como maestre de campo suyo, los cuales procedieron contra Pizarro por solo su confesion atenta la notoriedad del hecho, y lo condenaron á que le fuese cortada la cabeza, la cual fuese puesta en una ventana que para ello se hiciese en el rollo público de la ciudad de los Reyes, cubierta con una red de hierro y un rótulo encima que dijese: « Esta es la cabeza del traidor Gonzalo Pizarro, que se levantó en el Perú contra S. M. y dió batalla contra su estandarte real en el valle de Xaquixaguana. » Demás de esto, le mandaron confiscar sus bienes y derribarle y sembrarle de sal las casas que tenia en el Cuzco, poniendo en el solar un padron con el mismo letrero; lo cual se ejecutó aquel mismo dia, muriendo como buen cristiano.... Fué descuartizado aquel dia el maestre de campo y ahorcados ocho ó nueve capitanes de Gonzalo Pizarro, aun que tambien despues, como iban prendiendo los demás principales los justiciaban.... y usando del poder que de S. M. tenia, perdonó á todos los que se hallaron en aquel valle de Xaquixaguana y acompañamiento del estandarte real, de todas las culpas que les pudiesen ser imputadas durante la rebelion de Pizarro en cuanto á lo criminal, reservando el derecho á las partes en cuanto á los bienes y causas civiles. » Asi es, conforme á la imparcial historia, como el licenciado Gasca, logró con su prudencia vencer y castigar á los culpables, perdonar á sus ciegos instrumentos y dejar asentadas sin gran efusion de sangre, las cosas del Perú. (Nota del Trad.)

Habia repartido entre sus compatriotas, posesiones de una estension y rentas inmensas, sin que él saliese nunca de su primitiva pobreza; mientras llenaba las arcas con los tesoros que habia traido del Nuevo-Mundo, se vió obligado á pedir á su soberano que pagase algunas deudas que habia contraido durante su espedicion. No se mostró el rey ingrato al mérito y al desinterés de Gasca, á quien dió las mas señaladas pruebas de afecto; nombróle obispo de Palencia, donde pasó aquel hombre estraordinario su vida en el retiro, respetado de sus compatriotas, honrado con el aprecio de su soberano, y escitando la admiracion general.» Al celebrar de este modo las virtudes y los triunfos de Pedro de Gasca, habria podido Robertson tributar los mismos elogios á Gerónimo de Loaisa.

Cuando Gasca regresó á España, acompañóle el dominico Tomás de San Martin, quien despues de haber evangelizado el reino de Haiti, habia ido al Perú, donde los conventos y casas de instruccion que fundó sirvieron de base, por decirlo así, á la provincia de San Juan Bautista. Estableció particularmente en Lima el convento del Rosario, en el que entraron los religiosos de su órden el dia 3 de noviembre del año 1546; y Fontana añade que, habiéndose reunido en él los religiosos en 1549 para proceder á la eleccion de provincial, fijaron sus miradas en aquel hombre apostólico, despues de lo cual se esparramaron de dos en dos por diferentes puntos del Perú, particularmente por las montañas, á fin de dedicarse á la conversion de los indígenas, segun lo indica una carta del príncipe Felipe, de fecha 16 de julio del año 1550. He ahí lo que dice tambien Turon acerca de Tomás de San Martin: «Superior ó simple misionero, solo encontraba su reposo en el trabajo; y su trabajo fué siempre útil á la religion. Nombrado en un principio superior de una provincia que le debia su fundacion y su porvenir, consagró todos sus cuidados al alivio de las necesidades de sus hermanos, á los asuntos de su órden y á la instruccion de sus queridos indios; mientras que destinaba con acierto á sus misioneros, segun el carácter de los pueblos á donde les enviaba, catequizaba él por sí mismo á los infieles, particularmente en la vasta region de los Charcas. Procuraba conocer á fondo la religion de aquellos antiguos salvages, sus creencias, sus ritos, sus ceremonias y todas sus prácticas, cuyo conocimiento le permitia demostrar mas fácilmente á aquellos paganos la impiedad y la estravagancia de su falso culto; y al disipar de aquel modo las tinieblas del error, predisponia los animos para recibir la luz de la verdad. Los demas autores han sacado de sus escritos todo cuanto dicen con respecto á los diferentes sacrificios de los peruanos, así como tambien acerca de los ayunos por medio de los cuales el pueblo y el sacrificador se preparaban antes de aquel acto de religion. Él es quien nos ha trasmitido la historia interesante de un hombre que encontró entre los salvajes de los Charcas, el cual no adoraba ni los astros, ni ninguna criatura visible ó invisible, sino á un solo Ser supremo, inefable, mas alto, mas poderoso, mas antiguo que el sol y la luna; tambien es el mismo Tomás de San Martin el que dice que los soberanos de aquel mismo pueblo, no toleraban en su pais ni los vagabundos ni á ninguna muger de mala reputacion: nunca ha dejado la religion cristiana de recibir en su seno á los hombres, cualesquiera que hayan sido sus faltas. Despues de haber hablado de la educacion que los peruanos daban á sus hijos, y del modo con que trescientas vírgenes eran educadas en el templo del sol, añade Tomás de San Martin, que él mismo tomó posesion de aquel templo magnífico, cuando le cedió Carlos V á la Orden de Santo Domingo para que fuese convertido en iglesia, y que compró algunos terrenos en los alrededores del propio templo para la construccion del convento; lo que solo pudo hacer como provincial, siendo esto anterior á su último viage á España.» En la época en que mas empeñada estaba la lucha intestina, nunca ocultó Tomás de San Martin su fidelidad y adhesion al soberano, procurando tan pronto

como aquella terminó, borrar hasta la menor de sus huellas. A fin de dar un nuevo lustre á la ciudad metropolitana, y procurar mayores ventajas á los indígenas convertidos, pensaba Gerónimo de Loaisa fundar una universidad, á la cual el papa y el rey de España estaban prontos á conceder los mismos privilegios de que gozaba la de Salamanca (1). En su virtud, fué el P. Tomás de San Martin, provincial del Perú, á encontrar á Cárlos V, para esponerle todo el bien que resultaria de aquella fundacion, y tuvo el placer de ver cumplidos en breve sus deseos por la real cédula de 12 de mayo del año 1551. Tres años despues, ó sea, en 1554, regresó Tomás á su provincia del Perú, despues de haber obtenido del mismo emperador nuevos privilegios que debian facilitar en gran manera la conversion de los indígenas. Fundóse la universidad en el año 1557, la cual gozó de todos los derechos y privilegios antes citados, y conforme se previó ya desde un principio, contribuyó no poco á difundir la luz de la fé entre los americanos; hallabase Tomás de San Martin revestido de un nuevo carácter, cuando volvió á presentarse al Perú despues de cuatro años de ausencia. Cárlos V, que estaba bien convencido de su mérito, le habia propuesto para la iglesia catedral de la Plata, edificada en el mismo sitio en que antes se alzára la antigua poblacion peruana de Chuquisaca, en la region de los Charcas, precisamente la misma que tantas veces habia regado el misionero con sus sudores. El pontífice Julio III espidió las bulas el dia 5 de julio del año 1552; siendo el nuevo obispo consagrado en España al año siguiente; luego partió con veinte misioneros de su misma órden, pero murió en Lima en el mes de marzo del año 1554, sin haber podido siquiera visitar su Iglesia. Domingo de Santo Tomás, antes visitador general de los dominicos en el Perú, fué el segundo obispo de la Plata.

Terminemos empero aquí la biografía de Gerónimo de Loaisa, aunque sea anticipándonos un tanto al órden de los tiempos, á fin de no tener que dividirla; para limitarnos á considerar aquel prelado como propagador de la fé, recordarémos que en 4 de octubre del año 1552, reunió un sínodo provincial, tanto para reformar las costumbres del pueblo y de los eclesiásticos, vivamente alteradas á consecuencia de las últimas guerras, como para acordar un modo uniforme para instruir á los indígenas y asegurarse de su conversion antes de regenerarles con el agua del bautismo. Aquella asamblea aprobó tambien diferentes obras que el prelado habia escrito, ó hecho escribir por varios religiosos de su órden, á fin de enseñar á los peruanos la doctrina cristiana y las prácticas de la religion; pero nuevos disturbios políticos, durante los que fué la conducta del arzobispo un modelo de prudencia, neutralizaron momentáneamente el efecto de las medidas adoptadas antes y despues de la reunion de la asamblea. Pero cuando la calma se hubo restablecido en Lima y en el resto del Perú, visitó el arzobispo una gran parte de su inmensa diócesis, dió nuevo vigor á las misiones, multiplicó las parroquias y casas religiosas, dotó los hospitales, y para perfeccionar la disciplina eclesiástica, reunió un segundo sínodo provincial en Lima, á 2 de marzo del año 1567. Entre las fundaciones que mas demostraban la magnificencia de aquel prelado en todo lo concerniente al culto divino ó al ejercicio de la caridad, figuraban la Catedral, una de las mas grandes y ricas del Nuevo-Mundo, las iglesias parroquiales de Santa Ana, San Sebastian, San Marcelo, el convento del Rosario y el célebre hospital de Santa Ana, fundado por Gerónimo de Loaisa, únicamente para los indígenas, y al que dejó al menos una renta de diez y seis mil duros. No podia de

(1) Los religiosos do la Observancia, segun observa un antiguo historiador, que tantos y tan brillantes triunfos habian procurado á la religion en los reinos de América, creyeron ser conveniente erigir en su convento de la ciudad do los Reyes, una universidad en la que pudieso seguirse la carrera eclesiástica, enteramente igual á la de Salamanca. El monarca y el papa que habian tenido ocasion de admirar una á una todas las glorias que habian alcanzado los iniciadores de aquella escelente idea, no pudieron menos que acogorla con benevolencia, y de ahí ol quo concediesen á la nueva universidad todos los privilegios de que disfrutaba la de Salamanca. (Nota del Trad.)

ningun modo el arzobispo con la renta de su diócesis atender á los muchos gastos que hacia para procurar á su rebaño los socorros espirituales y temporales que le eran necesarios; pero como habia diferentes personas que querian tomar parte en sus buenas obras, remitian á Gerónimo sumas considerables; el rey, además, le señaló las rentas de una provincia, dejando á su prudencia el cuidado de emplearlas en adornar los templos, socorrer los pobres y dotar á los ministros encargados de instruir y formar al pueblo; así que, pudo Loaisa seguir mas libremente los impulsos de su caridad inagotable. Tambien fué la ciudad de Lima deudora al celo de su primer arzobispo, no solo de la fundacion de varias casas religiosas y de retiro, sí que tambien de la de algunas congregaciones, y en particular del establecimiento de la Tercera Órden de Santo Domingo, que fué mas tarde una escuela de perfeccion para un gran número de vírgenes cristianas. La ilustre Sta. Rosa de Lima, cuyas heróicas virtudes exhalaron el dulce perfume de la religion en uno y otro mundo, aprendió en la Tercera Órden las máximas de santidad que enseñaba en ella Gerónimo de Loaisa. Despues de haber trabajado tanto y con tan incansable celo en bien de la religion y de sus hermanos, y de haber conquistado para Jesucristo un gran pueblo, murió aquel santo arzobispo el dia 25 de octubre del año 1575, á los treinta y ocho años de desempeñar el episcopado, de los cuales pasó seis en Cartagena, y treinta y dos en Lima; quiso Loaisa que se le enterrase entre los pobres en el hospital de Santa Ana.

Todas las órdenes religiosas le habian procurado celosos ausiliares durante su episcopado.

Entre los misioneros de Ntra. Sra. de la Merced, cita Turon á Miguel de Orense y Martin de Victoria, apóstoles incansables, que catequizaban los idólatras y destruian los objetos de su supersticion, sin que llegasen á arredrarles nunca, ni los peligros á que se esponian constantemente, ni las fatigas y rudos trabajos que tenian que sufrir para lograr su piadoso objeto (1). Sin embargo, ningun religioso de aquel instituto contribuyó con mas provecho á la propagacion de la fé, que el sábio Nicolás Oval, natural de Sevilla; luego de haber profesado, se le destinó á Salamanca, donde estudió el jóven religioso bajo la direccion de Francisco Zumel, que fué despues general de su Órden. Conociendo el P. maestro ya desde el primer dia los grandes dones que el cielo habia dispensado á su discípulo, procuró cultivarlos cuidadosamente, á fin de poner á Oval en estado de desempeñar los dos esenciales deberes del instituto, esto es, ir á romper las cadenas de los cristianos cautivos, y atraer por medio de la predicacion del Evangelio los infieles al cristianismo. Los progresos de Oval en la piedad y en las ciencias, correspondieron á los desvelos y solicitud de Zumel, de modo que, continuaba aun sus estudios en España, y ya su fama se habia abierto paso al través de los mares. Como desease el virey del Perú contar á Oval entre el número de los profesores de la universidad de Lima, hizo el jóven oposicion á una cátedra de teología, que desempeñó por espacio de veinte y dos años, siendo por lo mismo uno de los doctores y mi-

(1) Despues de lo que se ha dicho en los anteriores capitulos respecto á las tan gloriosas ocupaciones de la Mercenaria religion, cuando el descubrimiento de la América, debemos añadir conforme á su cronista el P. M. Fr. Felipe Colombo, que los religiosos de la órden de redemptores de Ntra. Sra. de la Merced, desde la isla de Cuba pasaron á Guatemala, siendo allí los primeros predicadores del Evangelio como confiesa el P. Remesal de la Orden de Sto. Domingo (Hist. de Chiape, lib. III, cap. 19, n.º 1.) De la misma isla pasaron al Darien, asistieron á la fundacion de Panamá, y en nombre de Dios, pasando el convento á Portobelo, donde sirvieron con gran descomodidad, poco interés y sumo gusto á S. M. de capellanes en aquellos castillos. De allí fueron los primeros que entraron en el Perú. Fr. Sebastian de Trujillo, celebró en Quito el primer incruento sacrificio del altar, que se vió en el Perú. Lo mismo hizo en Lima el P. Fr. Antonio Bravo, como afirma, con otros, Gil Gonzalez en su Teatro. En el Rio de la Plata el Mtro. Fr. Juan Barrios y Toledo, fundó la iglesia de la Asuncion, y fué su primer obispo. En Sta. Cruz de la Sierra ablandaron con su sangre la dureza de aquellos bárbaros corazones, dos religiosos de la merced, sus primeros predicadores, no habiendo en muchos años en el estéril parage de aquellas montañas mas iglesia que la de la citada órden. En Chile conservarán siempre los libros del cabildo de la ciudad de Santiago, la memoria del P. Fr. Antonio Correa, primer padre de la fé en aquel reino. Finalmente, como puede verse en las «Décadas» de Antonio de Herrera, fueron grandes los servicios que prestaron los mercenarios durante las revueltas y alteraciones del Perú. (Nota del Trad.)

sioneros que propagaron la fé en aquel pais; pero su celo por la salvacion de las almas le hizo al fin abandonar el profesorado y compartir con sus hermanos los trabajos apostólicos en la provincia de Cuzco. Despues de haber ejercido por mucho tiempo todas las funciones del misionero, se le llamó nuevamente á Lima para confiarle otra cátedra en la universidad; á ser cierto que hubiese sido Oval tres veces provincial de la Órden, debió de vivir muchos años, ó bien desempeñar á un tiempo diferentes cargos; de todos modos, es lo cierto que, catedrático, misionero ó superior, contribuyó siempre, tanto por su ejemplo como por su palabra, á los progresos del Evangelio. He ahi lo que dice Zumel acerca de aquel religioso; « Aunque el R. P. maestro Oval sea un doctor consumado en teología, admiro aun mas en él la santidad de su vida, siendo aun mas estimable por su virtud que por su vasta erudicion. Le conozco á fondo por haberle enseñado en Salamanca, y puedo asegurar que nunca he notado en él ninguna falta; por el contrario, le he visto dotado siempre de una virtud sólida, de una docilidad y honradez que le hacia cautivar los corazones, y de una pureza de costumbres que le ha valido la admiracion y el afecto general; y como su edad ha acabado de perfeccionar sus virtudes, no es estraño que el virey, el consejo real y cuantas personas distinguidas hay en el Perú y en toda la América le hayan venerado tanto. »

La órden seráfica contribuia tambien en gran parte á sostener las misiones en el Perú; cosa de dos años despues que Gerónimo de Loaisa hubo tomado posesion de la diócesis de Lima, fueron un gran número de religiosos de la Observancia á América para dedicarse á la propagacion de la fé. Didacio de Vera, uno de ellos, natural de Ávila, en el reino de Castilla, analiza en una carta que escribió en el año 1585, todo lo que hicieron aquellos religiosos por espacio de cuarenta años; con todo, es imposible saber por aquel resúmen los hechos que corresponden á cada año, por no haberse parado el autor en el órden cronológico Francisco Cebico, religioso de una gran piedad, que habia enseñado teología en Valladolid, se embarcó con diferentes compañeros para América, llegando probablemente a Panamá hácia el año 1545, donde fueron los misioneros destinados á diferentes puntos. Francisco de Lona se dirigió á la provincia de Quito, y Francisco Morales á Cuzco, acompañados ambos de diferentes ausiliares; Cebico, que en compañía de Didacio de Vera se dirigia á Lima, murió en la travesia. En breve Filiberto, prefecto de las misiones, envió Didacio a Europa, á fin de que espusiera al rey de España y á los superiores de la Órden el estado en que se hallaban las cosas; el resultado de aquel viage fué enviar á Francisco de Victoria al Perú con ámplios poderes, ó sea en calidad de prefecto general de la mision franciscana. Pero antes de que se hiciese Francisco á la vela, volvió Didacio á dirigirse á Lima, donde se le encargó que fuese á evangelizar á los idólatras carancos y cajambos; entre los que administró el sacramento de la regeneracion espiritual, habia un pariente del Inca, que, apenas purificado por el agua bautismal, murió cantando las alabanzas del Señor. En breve fué Didacio á dedicarse al cultivo de otra viña, dirigiéndose al Chimbum, donde alcanzó tantos triunfos, que en menos de cinco años arrebató al imperio de la idolatría mas de treinta mil almas; luego se dirigió á Sulcum, en cuyo pais abrazaron la fé unos cuatro mil indígenas. No fué menor la gloria que adquirió Didacio en el valle de Trujillo y en el pais de Caxamarca, puesto que en el primero aumentó de tres mil el número de los cristianos, y sometió en el segundo á veinte mil idólatras al imperio de Jesucristo, despues de veinte años de constantes desvelos: imposible es fijar el número de esclavos del espíritu de las tinieblas, á que dió Didacio la libertad de los hijos de Dios. Visitó numerosísimos pueblos barbaros, sembrados en un espacio inmenso, sin que haya elogios que basten á encomiar dignamente los trabajos de aquel celoso apóstol y los triunfos que alcanzó en los vastos reinos que recorrió

predicando el Evangelio. En el valle de Jauja logró convertir á una muger de muy avanzada edad, que adoraba al sol, y que se entregaba hacia mas de cien años á ritos supersticiosos; suplicábale la pobre anciana que le enseñase el camino del cielo, por lo que hizo el religioso brillar á sus ojos la antorcha de la fé, y luego le abrió las puertas del paraiso, purificándola con el agua del bautismo. Refiere el mismo Didacio que, habiendo muerto aquella anciana algun tiempo despues, se vió en torno de su cadáver un resplandor suave, y que lejos de ser su semblante el de una muger decrépita, ofrecia todos los encantos del de una jóven vírgen.

Al citar Didacio de Vera á los misioneros mas famosos de su tiempo, hace particular mencion de Didacio Garcia, el cual. dice, habla con suma facilidad la lengua de los indígenas, por lo que hizo en Lima numerosísimas conversiones; la vehemencia con que aquel siervo de Dios reprendia los escándalos, enardeció hasta tal punto contra él la animadversion de los malos, que le envenenaron traidoramente.

Juan de Luca habla del convento que Fr. Francisco Morales, religioso de la Observancia de San Francisco, fundó en Chujapa, y en el que los cinco sacerdotes que empezaron á habitarle, convirtieron en poco tiempo unos seis mil peruanos; cita así mismo el propio autor otro convento de franciscanos de la Observancia, construido en Guamango, en el que procuró avivarse la piedad de los neófitos formando congregaciones, una de las cuales lo fué bajo el título de Inmaculada Concepcion; y, finalmente, habla el propio Luca del convento de los observantes, que Francisco Rincon y Francisco de Torrisa fundaron en Arequipa, ciudad en cuyos alrededores hay el terrible volcan conocido en el pais por el nombre de Guaga ó Guaina-Putina, cuyo cono es el mas pintoresco y perfecto que hay en toda la cadena de los Andes. Salen de él constantemente vapores y alguna lava, pero no ha habido ninguna erupcion desde que llegaron los españoles en América; los inmensos torrentes de lava que en el siglo XVI sepultaron casi enteramente la ciudad de Arequipa, salieron del cráter del volcan de Urinas, actualmente estinguido, situado á algunas millas hácia el sudeste del de Guaga-Putina.

Es antigua costumbre entre la familia franciscana, el dejar confiados á sacerdotes que no pertenecen á su órden los pueblos que han hecho entrar en el seno de la Iglesia romana; porque, considerándose la vanguardia de la milicia sacerdotal, creen deber llevar siempre mas lejos sus descubrimientos, y recorrer como verdaderos esploradores de la fé, otras regiones envueltas aun en las tinieblas de la supersticion, para asestar en ellas los primeros golpes al enemigo de la especie humana. Imposible no obstante fué á los misioneros franciscanos en la provincia de Cajamarca, seguir aquella regla constante en su órden. Cuando en 1546, fué Pedro de la Gasca, enviado al Perú para acabar la guerra civil que duraba hacia ya algunos años, pidió á los religiosos de la Observancia que continuasen al frente de sus parroquias: hé ahí porque á su pesar se vieron obligados á permanecer en ellas, si bien continuando por esto con el mismo celo en los trabajos esteriores del apostolado hasta el año 1560. Abrumados empero en aquella época por los cuidados de la administracion interior, renunciaron á los cargos parroquiales, confiando á sacerdotes seculares el cuidado de las almas; aquel cambio descontentó á los pueblos, que se vieron con dolor abandonados por los franciscanos, á quienes consideraban como sus bienhechores y sus padres en la fé. Así es que, cuando Francisco de Toledo desembarcó en el Perú en calidad de virey, durante el reinado de Felipe II, se le presentó una gran parte de pueblo de contristado aspecto, suplicándole que tan pronto como hubiese tomado posesion de su destino, procurase que volviesen los hermanos de la Observancia á encargarse de la direccion de las parroquias que antes administraban con tanta prudencia y piedad. Vivamente enternecido, procuró Fran-

cisco de Toledo al llegar á Lima verse con el ministro de los Observantes, y despues de haberle reprendido benévolamente el modo con que habian abandonado á los pobres indígenas, le pidió que enviase, como antes, á la provincia de Caxamarca, un prefecto y doce religiosos para encargarse de la direccion de las almas. En vista de la reclamacion del virey, designó el ministro al portugués Gaspar Bannius, hombre de reconocida virtud, el cual, junto con algunos otros compañeros, se dirigió á la provincia que con tan vivas instancias reclamaba sus ausilios; los sacerdotes que no eran franciscanos se abstuvieron desde entonces de regir las parroquias.

Despues de haber recordado el celo de los religiosos de Sto. Domingo, de la Merced, y S. Francisco, tócanos demostrar cual fué el de los eremitas de S. Agustin.

Habia entre los misioneros de América muchos agustinos venerables por su ciencia y su piedad, siendo los principales de ellos en Nueva-España, Nicolás de Perea, que habia evangelizado en América diferentes islas, y soportado con resignacion heróica el hambre, la sed, el aislamiento, para hacer penetrar la religion cristiana en los corazones de los naturales; Andrés de Mata, Juan Perez y Juan de Medina, todos muy versados en las lenguas mejicana y otomita, y de los que conservó un grato recuerdo el pueblo salvage de los otomitas; Miguel de Alvarado, y Didacio de Salamanca que, habiéndose dedicado al estudio de la lengua mechoacana, multiplicaron los monasterios en aquel pais; Juan de Moya ó Bautista, al que se atribuyen diferentes milagros; Juan de San Roman, que fué tres veces de América á España, procurándose siempre escelentes misioneros. La América meridional fué donde empezaron los agustinos sus tareas apostólicas durante el episcopado de Gerónimo de Loaisa; siendo los primeros que llegaron á ella Andrés de Salazar, Juan de San Pedro, Gerónimo de Melendez, y Baltasar Melgareio, quienes fundaron en el Perú, segun Fr. José Pámfilo, obispo de Señi, diferentes monasterios en el año 1550. Reunidos los misioneros agustinos del Perú en Lima, nombraron en 1551 provincial á Juan Staxio, que se encontraba ya antes en Nueva-España, donde el virey Antonio de Mendoza le habia nombrado su confesor y consejero. Agustin de Caronio, que era de la propia órden, y uno de los primeros agustinos que se habian dirigido á América, fué nombrado en 1560, primer obispo de Popayan, en el Perú, donde se dedicó con ardor á la conversion de los indígenas. Todas estas incompletas noticias con respecto á las misiones de la órden de S. Agustin, las confirma Turon estensamente en una relacion que procurarémos estractar.

Al enviar el provincial de Castilla religiosos al Perú, les exhortaba á que procurasen llevar allí la misma vida que habian seguido en España, á vestir el mismo hábito, y á no aumentar el rigor de la regla, como lo habian hecho los Observantes en Méjico. En efecto, es muy cierto que Antonio de Roa y algunos otros misioneros de aquella santa órden, habian adoptado algunas prácticas de penitencia, que podríamos llamar escesivas, á no creerlas infundidas por el Espíritu Santo, para facilitar por el ejemplo de aquellas admirables mortificaciones, la conversion de los paganos. Solo así puede esplicarse el que todos los hombres apostólicos de los diferentes institutos, que fueron los primeros en llevar la antorcha de la fé al Nuevo-Mundo, tratasen de imitar tan dignamente á los apóstoles, sus maestros y modelos, viviendo en la humildad, la penitencia y la pobreza; siempre cargados con la cruz de Jesucristo, solo pensaron en dar á conocer su Evangelio y adorar su santo nombre; se olvidaron de sí mismos, mortificaron su carne y despreciaron todo cuanto tiene para el mundo mayores atractivos; aquella penitencia, aquella desnudez, aquella abnegacion perfecta que les sostenia en todos sus combates y fatigas, les dieron la fuerza el valor y la calma que se necesitan para triunfar de los contratiempos, de las injusticias, y de los opro-

bios; en una palabra, pudieron decir con S. Pablo: «Parece que Dios nos trata á los apóstoles, como los últimos de los hombres, como á los que están condenados á muerte, ofreciéndonos en espectáculo al mundo, á los ángeles, y á los hombres.» Todo estaba en el órden de la Providencia, y en los designios de su misericordia por la salvacion de los indígenas: necesarias, precisas, indispensables eran aquella penitencia, dulzura, caridad y pobreza rigurosa y voluntariamente observadas, para hacer abrir los ojos de los indígenas á la luz de la fé y desvanecer para siempre en ellos sus arraigadas preocupaciones. Cuando empezaron á comprender los indígenas la pureza de la religion cristiana, cuando estuvieron en el caso de apreciar en su justo valor el desinterés y la abnegacion de sus ministros que, solo por su bien se esponian á todas las privaciones, fatigas y peligros; y cuando, por fin, compararon sus bárbaros dioses que les exigian el sacrificio de sus vidas y el de las de sus hijos, con aquel Dios verdadero que todo era amor y caridad, necesariamente habian de amar á los misioneros que les habian sacado de la postracion en que antes se hallaban para elevarles en esta vida al rango de hombres libres, y abrirles luego de par en par las puertas del cielo.

Entre los misioneros agustinos del Perú, cita tambien Turon á Andrés de Salazar, Juan de Vivero y Diego Ortiz, de cuyas biografías estractarémos algunos de los actos mas notables de su vida.

Andrés de Salazar tomó el hábito de San Agustin, el año 1536, en la ciudad de Burgos, su patria, y pronunció sus votos ante Sto. Tomás de Villanueva, prior de la propia órden, el cual cultivó el talento del jóven profeso, y perfeccionó su virtud naciente, correspondiendo la docilidad y estímulo del discípulo á los cuidados del hábil maestro. Los adelantos que hizo Andrés en sus estudios, le pusieron pronto en estado de presentarse con gloria en los púlpitos de España, valiéndole su bien sentada reputacion, que le confiára el general de la órden la direccion de doce religiosos, que enviaba, á instancias de Cárlos V, á las misiones del Perú. Llegados á Lima, fueron acogidos los misioneros benévolamente por Gerónimo de Loaisa; señalóles el piadoso arzobispo, de acuerdo con los magistrados, un terreno para construirse una casa ó convento, que aunque de humilde y modesta apariencia, habia de atraer en breve todas las miradas por el mérito de las personas que la habitaban, por el ejemplo que su regularidad ofrecia, por los socorros espirituales que habian de procurar á los españoles, hasta que el conocimiento del idioma del pais les permitiese anunciar el Evangelio á los indígenas. Desde el momento en que los agustinos estuvieron reunidos en comunidad, resolvieron nombrar un superior; y como habian tenido ocasion de admirar todos ellos la dulzura, prudencia y sabiduría de Andrés de Salazar, confirmaron la eleccion que su general habia hecho para el tiempo que durára el viage; el primer cuidado del nuevo superior, fué fundar aquella comunidad naciente sobre los sólidos cimientos de la pobreza evangélica. Pronto aquella santa casa, rica únicamente en virtudes, fué como un verdadero paraiso, en el que se gozaba de toda la calma y la dicha; la paciencia, la humildad, la modestia, la caridad previsora, la mas exacta obediencia, el desprecio ó el mayor desprendimiento del mundo, y la union en fin de todos los corazones, eran las virtudes que caracterizaban á sus moradores, que procuraban imitar en todo á su piadoso superior. Al presentarse los religiosos en el púlpito, el ejemplo de su vida evangélica, fué aun mas elocuente que sus discursos; porque no siempre comprendian los indígenas sus palabras, al paso que nunca les eran desconocidas, ni dejaban de afectarles sus obras. En poco tiempo, aquellos agustinos, eremitas mas bien de hecho que de nombre, admitieron jóvenes que deseasen consagrarse á la virtud y al retiro, multiplicaron sus casas en diferentes puntos de la diócesis de Lima y fuera de ella, formando así una

provincia que fué el orígen y el ejemplo de otras muchas. Aunque era Andrés de Salazar el alma de aquel cuerpo, que se veia crecer y estenderse cada dia en todas partes, confióse á Juan de Staccio el cargo de dirigir la provincia; pero habiendo sido llamado este religioso á España, por asuntos de alta importancia, Andrés de Salazar presidió, en calidad de vicario provincial, todas las casas que su órden poseia en el Perú, desempeñando aquel empleo con su acostumbrada prudencia hasta que convocó un capítulo en Lima el año 1554. El cielo parecia complacerse en recompensar el celo del siervo de Dios, procurándole nuevos súbditos, acostumbrados ya algunos de ellos á la vida apostólica; apenas el provincial Juan de Staccio habia partido para España, cuando un sacerdote de avanzada edad, llamado Baltasar Massia, testigo de la vida ejemplar de los agustinos, y poseido de la gracia, se presentó al vicario provincial, y postrado á sus piés, le pidió con tanta humildad, fervor y lágrimas, ser admitido en su órden, que convencido el prudente superior de su vocacion, procuró abreviar en lo posible las pruebas á que antes debia aquel sujetarse. El modo con que el viejo novicio se preparó para pronunciar sus votos, acabó de confirmar á Andrés de Salazar, la idea de que Dios le llamaba al estado religioso por su propia perfeccion y por salvar á otros muchos; su fervor durante el noviciado, mostró la solidez de su virtud y el ardor de su celo: cuando se quiso probar la capacidad de Massia, se descubrió en él un raudal de conocimientos y luces, que hasta entonces habia procurado ocultar su modesta sencillez. Luego de ser profeso, se destinó á Baltasar en clase de vicario á la mision del Japon, donde ejerció aun por espacio de veinte años el apostolado, produciendo un fruto digno de la actividad de su celo y de la santidad de su vida. Dejó Andrés de Salazar de ejercer las funciones de prior y vicario general, en el año 1554, sin querer aceptar mas que el cargo de maestro de novicios, por satisfacer este mas su natural inclinacion á la regularidad y al retiro; viósele así mismo hacer con preferencia todas las mecánicas en la cocina y en la enfermería; nada le repugnaba al cuidar los enfermos; su fervor inspiraba á todos los religiosos, cualesquiera que fuesen su edad y su clase, el respeto y la obediencia, y sobre todo una santa emulacion en todos los ejercicios de piedad. Al animar á sus hermanos por la virtud del ejemplo, al formar los novicios segun el espíritu del instituto y los profesos para el apostolado, edificaba é instruia al propio tiempo á los habitantes de Lima, con el fervor de sus predicaciones. A veces se presentaba Salazar en las otras misiones, bastando su solo aspecto para dar mayor impulso á los que trabajaban en ellas bajo su direccion; sin referir detalladamente las conversiones que operó, dicen todos los historiadores de su órden, que muchas fueron las tribus y las vastas regiones del Perú, que debieron el conocimiento del Evangelio á las predicaciones de aquel siervo de Dios. Véase lo que dice de Andrés de Salazar y de sus hermanos, el P. Buenaventura de Salinas, historiador franciscano: « La vida que llevaron los religiosos agustinos en su primera casa de la ciudad de Lima, podia compararse por su recogimiento, su penitencia y su asiduidad en la oracion, con la de los mas fervientes y austeros anacoretas del desierto. Dia y noche era la oracion sus delicias y el alimento de su alma; aun hoy dia, añade el propio autor, siguen las mismas prácticas en aquel augusto santuario, en el que se conservan incorruptos los cuerpos de varios penitentes. Su primer superior fué el venerable P. Fr. Andrés de Salazar, quien distribuia sus misioneros por las diferentes provincias de los peruanos, para hacerles anunciar las verdades del Evangelio; pudiéndose asegurar, que, si fué maravilloso el fruto de sus predicaciones, no lo fué menos su ardiente caridad: despues de haber hecho entrar en el redil del buen Pastor á cuatro ricas y grandes provincias, viendo que todos aquellos indígenas estaban ya suficientemente im-

puestos y fortalecidos en la fé, les dejaron confiados al cuidado de algunos eclesiásticos que habian llegado allí, y que eran en su mayor parte pobres, á fin de que pudiesen mantenerse mientras se dedicaban á ejercer su vocacion. » Ignórase el año en que murió Andrés de Salazar.

Cuando los agustinos pasaron al Perú, pidiótes el presidente del consejo de Indias que le participasen todo cuanto lograsen saber con respecto á la religion de los indígenas. En su consecuencia, escribió uno de los religiosos en el año 1555, una relacion acerca del culto y costumbres de los indígenas, relacion analizada por Bonetti (1), la cual suplirá los detalles que hemos dejado de dar, y confirmará todo lo que acerca de lo mismo hemos dicho antes.

« Los agustinos preguntaron á los sacerdotes indios, cual era el Dios que adoraban, á lo que contestaron ser Ataguju, que habia creado todas las cosas, que habia hecho el cielo y la tierra; que habitaba el cielo, y que al verse solo, habia creado otros dos dioses, que junto con él gobernaban el mundo, sin que tuviesen los tres mas que una sola voluntad, ni se hubiese casado ninguno de ellos. Los indígenas daban á los dos últimos dioses los nombres de Sagad-Zavra y Vaungabrad; y habiéndoseles preguntado como sabian todo aquello, contestaron que así lo enseñaban los padres á sus hijos desde tiempo inmemorial.

« Los templos en que los indios adoraban sus falsas divinidades, consistian en grandes patios circuidos de altas paredes; en el centro de cada patio habia un foso profundo, en el que habia plantados diferentes palos ó mastiles; el que queria ofrecer un sacrificio, subia á uno de ellos, vestido de blanco, y luego inmolaba un coyo (conejo del Perú), ó un carnero del pais, cuya sangre ofrecia á Ataguju, y del que se comia despues toda la carne, sin que pudiese llevarse ni dejar una sola tajada. Todo el pais estaba lleno de aquellos templos; las fiestas que se celebraban en ellos, llamadas taquis, duraban cinco dias; los indios asistian á ellos ricamente vestidos y pasaban allí el tiempo prescrito cantando y bebiendo; solo eran reemplazados cuando no podian tenerse de pié.

Al reunirse los indios en la plaza para comer y beber, tenian un particular cuidado, antes de apurar el vaso de chico y de yaco, cuya bebida consiste en un poco de harina desleida en agua hirviente, en derramar una parte de ella en honor de sus dioses.

Creen que Ataguju tiene dos criados, á los que dan los nombres de Uvigaietro y Unstiqui, los cuales interceden por ellos cerca del dios; por lo que acuden á los dos criados en todos sus apuros, con el mismo fervor que imploramos nosotros la intercesion de los santos; creen así mismo en un tercer criado, al que dan los indígenas el nombre de Guamansuri; para mejor lograr su intercesion, ofrecen á los tres criados algunos coyos y zaco, cuando el maiz empieza á nacer, en la esperanza de que pedirán al dios Ataguju que no tale los campos por el pedrisco, y que procure á los sacrificadores todo cuanto pueden necesitar.

Antes de tratar del orígen de los ídolos, dice el religioso agustino, del que reproducimos sus palabras, llenas de sencillez y buena fé, conviene hacer presente el modo con que procura el demonio hablar y atraer á los sacerdotes indios. Cuando el espíritu maligno ha notado que hay un indígena mas hábil é inteligente que los demás, aguarda á que salga de su casa para dirigirse al campo ó á los bosques, y á que pase junto á alguna de las numerosas lagunas que hay en este pais; entonces vé flotar el indio sobre el agua algunas hermosas calabazas que huyen á medida que se les acerca, y que se hunden en el agua cuando cree cojerlas. Dura aquel juego hasta que cede el indio al cansancio, y entonces el demonio se apodera de él y le conduce á su templo, en el que le tiene encerrado cinco y hasta diez dias; al salir de él deben los indi-

(1) Hállanse las observancias críticas que hizo Bonetti sobre esta relacion en los « Anales de Filosofía cristiana, » tom. XXI, p. 229. (Nota del Trad.)

genas ayunar por espacio de nueve dias, pudiendo ya desde entonces hablar con el demonio á todas horas. Los que han pasado por todas estas pruebas, son ya hechiceros consumados; he visto á algunos de ellos que podian á su antojo derramar la sangre de otro indio sin herirle ni tocarle siquiera.

«Los ídolos ó *guacas*, eran generalmente unas enormes piedras esculpidas, si bien habia algunos que eran de madera; acostumbraban los indios colocar sus ídolos sobre grandes almohadas ricamente trabajadas, despues de haberles puesto dentro de un cesto de mimbres que tenia una forma casi triangular, teniendo la precaucion de cerrar su abertura por medio de un enrejado, á fin de que el *guaca* no pudiese salir. Ostentaba el ídolo sobre su túnica de *cumla* tejida con la mas fina lana de los carneros del pais, un rico manto guarnecido de diamantes y cerrado por broches de oro ú plata; ornaban su cabeza hermosas plumas; teníase además la precaucion de colocar siempre á su lado algunos vasos de chica, y dos ó tres hondas ó *guaracas*. El dios, segun los indígenas, residia en aquella especie de muñecas, y hablaba únicamente á los sacerdotes; cuantas veces debian estos consultar al *guaca*, los encargados de la custodia del templo, debian limpiarle con esmero, y suspendian ante el ídolo una tela de diferentes colores, para que no pudiese ser visto el que consultaba: el dios, empero, contestaba en voz tan alta, que todos los que estaban en el templo podian oir cuanto decia. Cuando los indios habian obtenido la contestacion del oráculo, celebraban muchas fiestas y bailes, y sacrificaban coyos y ovejas cuya sangre ofrecian al dios. Los guacas tenian una especie de mayordomo para servirles, varios niños de ambos sexos que estaban encargados de vestirles con todo esmero, pastores para guardar los rebaños que les pertenecian, y otros indios que debian desempeñar todas las funciones que eran indispensables en los sacrificios.

«El demonio, dice el P. agustino, ha inventando mil fábulas, que ha logrado hacer creer á esta nacion para asegurar mejor su imperio en ella. Creen los indios que Guamansuri, del que hemos hablado antes, fué enviado á la tierra por su amo, y que llegó precisamente á la provincia de Guamachuco, en la que encontró cristianos, á los que en su lengua dan los indígenas el nombre de guachemines; y que al verle estos pobre y abandonado, le hicieron esclavo y le obligaron á trabajar en su provecho. Los cristianos tenian una hermana llamada Canptaguan, que guardaban con gran cautela y sin dejar verla á nadie; pero á pesar de todas sus precauciones, pudo Guamansuri cierto dia llegar hasta ella, por estar sus hermanos ausentes, y seducirla por medio de algunos regalos. Al notar los cristianos el estado de la jóven, se apoderaron de Guamansuri, y le quemaron vivo, lo que impidió por entonces la creacion de los indios; algun tiempo despues, la jóven dió á luz dos huevos, de cuyas resultas murió á las pocas horas; sus hermanos arrojaron los dos huevos en un muladar, donde no tardaron en nacer dos hijos que lanzaban espantosos gritos. Apiadada de su triste suerte, resolvió una santa educarlos: llamábase el uno Apo-Catequil, príncipe del mal, ídolo el mas respetado que hubo en el Perú, y al que se adoraba desde Quito á Cuzco; su hermano llevaba el nombre de Piguerao-Catequil: uno de sus primeros actos fué acercarse al cadáver de su madre y devolverle la vida. Dióle su madre dos *guaracas* ú hondas, que le habia confiado Guamansuri, con órden de darlas á sus hijos, para que al ser hombres diesen con ellas muerte á los guachemines, como en efecto así lo hizo Catequil, con todos los que no huyeron á remotos climas. Luego de haber cumplido la mision que le encargó su padre, subió al cielo y dijo á Ataguju; «La tierra ha quedado libre, y los guachemines gimen en el destierro; así pues, te pido que crees á los indios para que la habiten y cultiven.» A lo que contestó Ataguju que, puesto que habia combatido con tanto denuedo, que solo tenia que ir á los montes de Guacas, situados entre Tru-

jillo y Lima, donde existe hoy la poblacion de Parilla, y cavar la tierra allí con un azadon de oro ú plata, para que saliesen de ella indios que la habitasen; y en efecto, se cumplió todo cuanto Ataguju habia dicho. Los indios, consideran por lo mismo á Catequil como su creador, y le tienen en una veneracion profunda; dicen que produce el trueno y los rayos, y que arroja enormes piedras con su honda, llegando á temerle hasta el punto de sacrificarle todo cuanto poseen para que les salve la vida. Son los indios tan pusilánimes, dice el religioso agustino, que llegan á veces á morirse de miedo, si se encuentran solos en la montaña al estallar la tempestad, creyendo en este caso ser Catequil quien les mata. La debilidad de su carácter es tal, que aun cuando hayan recibido el bautismo, basta una idea, una tentacion cualquiera, para hacerles abrazar nuevamente la idolatría y todos sus errores; son tambien tan volubles, que cuantas veces llegan nuevos misioneros dicen que no son cristianos, solo para que vuelvan á bautizarlos nuevamente.» (1)

Segun la relacion que precede, es tambien innegable que eran los cristianos conocidos en el Perú hacia mucho tiempo, y que habia sido predicado el Evangelio en aquellas regiones. El mismo religioso agustino que escribia al presidente del consejo de Indias, habia encontrado una estátua de piedra, que era sin duda la del hombre barbudo de que hemos hablado ya antes: y que figuraba, segun él, ser un apóstol ó misionero con su tonsura, enteramente igual á la de los misioneros españoles. En el mismo sentido refiere el propio autor de la memoria, la siguiente tradicion relativa á Viracocha:

«Los indios, añade, dicen que Viracocha quiso, no ha mucho, convertirles al cristianismo, pero que fué arrojado del pais; creen así mismo que para vengar á los guachemines que fueron muertos antiguamente en este pais, les hacen los cristianos al presente la guerra, y se apoderan de lo que no les pertenece; por esto, y por haber dado muerte á Guamansuri los guachemines, odian los indígenas á los que consideran como sus descendientes.

«Algun tiempo despues de haber llegado los cristianos á este pais, hubo una india que encontró una pequeña piedra mientras estaba pensando en Catequil, y la presentó á un hechicero para que le dijese lo que aquello significaba. Tomó el nigromántico la piedra y le preguntó: «¿Quién eres?» «Soy Tantagueganai, hijo de Catequil» contestó aquella. A lo que repuso el hechicero: «Si eres hijo de Catequil, condúceme á donde él se halle.» Ignórase lo que sucedió, pero es lo cierto, que fué la piedra considerada como hijo de Catequil; en breve se descubrió otra piedra que se dijo ser Tantazoro; y desde entonces empezaron los sacerdotes á recojer todas las piedras bonitas que encontraban, diciendo que eran otros tantos hijos de Catequil, cuyos hijos fueron aumentándose de tal modo, que no hubo pueblo que no poseyera en breve dos ó tres de ellos. Los cristianos descubrieron las dos primeras piedras, que procuraron quitar á los indios; y luego fueron apoderándose y destruyendo en lo sucesivo mas de trescientas de ellas en diferentes aldeas.

En tiempos de los Incas, se tributaba culto en Guamachuco á nueve guacas ó ídolos principales, cada uno de los cuales poseia un gran número de trompetas, un gran número de rebaños y otras muchas riquezas que les habian sido cedidas por los Incas; tenia además cada ídolo sus sacerdotes y sus servidores particulares. Eran los nueve guacas conocidos por los nombres de Ulpillo, Pomacama, Coaquilca, Cuangachugo, Nomadoi, Garacayoc, Guanacatequil, Casipoma y Llaiguen: cada pueblo y cada profesion tenian sus ídolos particulares; habia entre ellos uno, llamado Ginspeganaguay, al que hacian ofrendas los tintoreros para que fuesen permanentes los colores que empleaban para teñir las telas. Cada vez que habia de prepararse algunas telas para el rey y su cor-

(1) El original de esta carta se halla en Simancas en el último volúmen de la coleccion titulada «Papeles de buen gobierno, — 1550 — 1555.» (Nota del Trad.)

te, se celebraba una fiesta en honor de aquel ídolo; en el centro de cada poblacion habia una gran piedra que los indios consideraban como patrono ó dios tutelar del mismo, y á la que daban el nombre de Guachecoal. Junto á Conacacha, habia un gran templo dedicado al dios Uzorpillao que, poseia dos casas llenas de riquezas, y luego otras tres destinadas á albergar á los peregrinos que de todos los puntos iban á adorarle: ninguno habia, sin embargo, que osára acercarse al ídolo. Cada vez que una muger daba á luz dos gemelos, los indios ayunaban durante cinco dias sin salir de sus casas, verificándolo tan solo el sexto dia para ir á ofrecer un sacrificio al ídolo Acuchuccaque; cuando se sublevaba una provincia, los encargados de ir á someterla invocaban á los dioses Janaguanca y Xulcaguaca. En todas las casas pertenecientes á los Incas, se veian pintadas grandes culebras, por decir los indios ser aquellas las armas de sus antiguos reyes. Cuando los indígenas cogian una zorra, despues de haberla abierto la hacian secar al sol, luego la vestian en traje de viuda, poniéndola además una banda negra, y despues de haberla colocado en una especie de trono, la ofrecian chica y otros muchos objetos.

Despues de Ataguju, era el sol considerado por los indios como el primero de los dioses, y por lo tanto, el que mas respetaban, celebrando en su honor grandes fiestas; le habian levantado templos suntuosos en Cuzco y en muchas otras poblaciones. Cuando los indios al viajar se sentian cansados, arrojaban al aire algun alimento, y decian al sol: «Toma esto, y no me canses mas;» cuando quieren ofrecerle algun sacrificio, se tapan la nariz con una materia muy parecida á la cera amarilla y se pintan el rostro con un color rojo; creen que al salir el sol, hay en el oriente los dos ídolos Agan-Yamoc y Yagan-Yahicac, sin duda para felicitarle antes de que con su luz inunde à la tierra; no tienen aquellos ídolos templo alguno, pues solo les tributan los indios un culto cuando mejor les parece. Durante las conjunciones de la luna, á cuyo planeta dan el nombre de Quilla, se separan los indios de sus mugeres, y observan un riguroso ayuno; cuando hay algun eclipse de luna ó de sol, mueven los peruanos un ruido espantoso, y no cesan de gritar á la luna: «¡Madre Quilla, ó madre luna, no mueras, vuelve á la vida!» Adoran asimismo á la tierra, á la que llaman Pachamama y Chucomama.

Tienen los peruanos á la tierra en mucha veneracion, sin duda por ser ella la que les recibe al salir del seno materno; las mugeres al ir de parto, no adoptan en todas las Indias otra precaucion que la de tenderse en el suelo; y luego de verse libres se dirigen al torrente ó riachuelo mas próximo para lavar á su hijo. Cuando quieren los indios poner un nombre á sus hijos, celebran en honor de Ataguju una especie de bautismo, sumergiendo la cabeza del jóven peruano en una popilla; cuando el niño ha llegado á cierta edad, se celebra una nueva fiesta, se dá al adolescente otro nombre y una pampanilla (1) para cubrir su desnudez; entonces debe matar un coyo ó conejo, y ofrecer su sangre al ídolo; como de costumbre, terminan los indios aquella ceremonia cantando y bebiendo.

Tenian los indios la costumbre de vivir algun tiempo con sus mugeres antes de casarse con ellas; dábase á aquel ensayo ó prueba el nombre de pantanaco; sucediendo muchas veces que, despues de haberse casado, abandonaban á su muger, so pretesto de que no sabia arreglarles la comida, ó de que no habian hecho pantanaco.

Como los cristianos, tenian los indios su confesion verbal ó auricular; hé ahí como se descubrió: notó un misionero, al recorrer las montañas, que habia un indio asentado en un monton de nieve, á pesar del frio intenso que hacia; y como le dirigiese varias preguntas, acabó por saber que cumplia aquel una penitencia que le habia impuesto su alco ó confesor en espiacion de sus pecados ú *ochas*, como así les llaman los peruanos. Antes de im-

(1) Nombre que dan los indios á la tela con que se cubren desde la cintura hasta las rodillas. (Nota del Trad.)

ponérseles la penitencia, sacrificaban los indios un coyo y examinaban cuidadosamente sus entrañas; si se hallaban estas en buen estado, les daba el sacerdote la absolucion; pero si estaban lesiadas, se les despedia bruscamente, diciéndoles que no habian confesado todos sus pecados, por lo que se les obligaba á una ruda penitencia, terminada la cual, debian empezar nuevamente la ceremonia. Sin embargo, no se seguia esta costumbre en la provincia de Guamachuca, y sí solo en las de Cuzco y de Callao.»

La memoria que acabamos de reasumir, demuestra claramente el carácter observador del religioso que la escribió.

Juan de Vivero, misionero tambien de la órden de San Agustin, nació de padres nobles en Valladolid, y estaba de profeso en el convento de Salamanca: el celo que le animaba por la salvacion de las almas, y la voluntad de sus superiores, le hicieron pasar al Perú hácia mediados del siglo XVI. Desde el momento de su llegada, fué puesto Juan al frente de la casa de Lima, donde sus hermanos, en cambio de los ejemplos y preceptos religiosos que de él recibian, le iniciaron en el conocimiento de las costumbres é idiomas de los indígenas, cuya salvacion se queria procurar. Juan Vivero procuró educar en una piedad sólida á los jóvenes destinados á perpetuar en aquel pais la órden de San Agustin, exhortándoles á que renunciasen á todas las vanas pompas de la tierra, y á convertirse por la práctica de la pobreza evangélica, en verdaderos ángeles de paz y de luz, para ir á anunciar á los idólatras, la mejor de las nuevas. El fervor y el aumento de la comunidad de Lima, fueron las primicias debidas á la virtud y á los esfuerzos de Vivero: fué llamado este religioso posteriormente á Cuzco, á donde le siguieron diferentes de sus discípulos, para cooperar bajo sus órdenes, á estender el reino de Jesucristo; la palabra de Dios fué tan eficaz en su boca, que convencidos un gran número de indígenas y diferentes caciques, de las verdades que anunciaba, abandonaron las locas supersticiones de sus antepasados, rompieron sus ídolos y fueron bautizados. En el año 1558, fundó un convento de su órden en Cuzco, para mejor asegurar y estender las conversiones; no tardó en llegar á noticia del rey de España la justa reputacion que valieron á Vivero su virtud y su celo, por lo que pensó el soberano recompensar su mérito, aumentando así los socorros espirituales de los peruanos. Así que, hizo ofrecer en su nombre diferentes dignidades al misionero, que las rehusó modestamente, por no esperar ninguna recompensa en este mundo; y, sobre todo, por el temor de que las dignidades le hiciesen perder el bien que habia hecho en el apostolado; cuantas veces se insistió acerca de ello, se encontró siempre en él la misma resistencia. Nombrado sucesivamente algunos años despues para ocupar las sillas episcopales de Cartagena y de los Charcas, renunció á una y otra con igual constanciá: «Es triste, decia Juan de Vivero, y hasta terrible para un religioso, el morir rico, y el tener que dar cuenta á Dios del gobierno ó direccion de una infinidad de almas, cuando tan poca certeza puede tener del estado de la suya.» No solo renunció el humilde Vivero á las mas altas dignidades, sino que ni siquiera pudo soportar su modestia las justas alabanzas que en todas partes se le tributaban; así es que, tomó el partido de salir del Perú para regresar á España, é ir á ocultarse en la oscuridad de un claustro. Tranquilo y feliz en el fondo de su retiro, pasó el virtuoso Juan de Vivero el resto de sus dias, entregado á la oracion, al recogimiento y á la penitencia, sin verse espuesto mas que á las miradas de Dios: ignórase el año en que voló al cielo aquella alma cristiana. Los compañeros de su apostolado y sus diferentes discípulos, continuaron predicando el Evangelio en las regiones que su modestia le hizo abandonar, fundando templos y casas de instruccion, que llegaron á ser otros tantos manantiales, en los que fueron los indígenas á beber los preceptos de la vida moral.

Juan de Canto, Nicolás de Tolentino y Juan

Ramirez, regaron por mucho tiempo con su sudor, un suelo ingrato; sin embargo, logró al fin el último de ellos civilizar, por medio de la dulzura del Evangelio, á los rudos habitantes de la provincia de Moyobamba.

Diego Ortiz, natural de Madrid, y profeso en el convento de San Agustin de Sevilla, habia dado pruebas de una virtud sólida y de tener un verdadero talento para la predicacion, cuando el provincial de Castilla le permitió reunirse con el P. Juan de San Pedro, y algunos otros hermanos destinados á evangelizar el Perú. Embarcáronse todos ellos en el año 1559, siendo su navegacion una de las mas felices; como eran todos jóvenes de disposicion, y estaban resueltos á entregarse lo mas pronto posible á las tareas del apostolado, apenas llegaron á la América meridional, cuando el provincial de Lima señaló á cada uno el campo que debia desbrozar. La ciudad y la diócesis de Cuzco, tocaron á Diego Ortiz, en cuyos puntos, no obstante los esfuerzos de Juan Vivero, continuaba aun la idolatría rechazando la influencia benéfica de la religion, ó cuando menos, disputándole el terreno á palmos; hé ahí lo que dice el mismo Las Casas, con respecto al estado de Cuzco en aquella época: « Se vió en Cuzco á algunos indios, á los que se habia conferido el cargo de alcaldes, descubrir en el año 1560 mas de quinientos *guacas* ó ídolos, en aquella ciudad y en sus alrededores, á los que iban á adorar sus habitantes, á pesar de haber en aquella ciudad un obispo, una iglesia catedral, cuatro conventos de religiosos, un gran número de sacerdotes y cristianos laicos desde el año 1531. Diego de Ortiz, procuró, por la conversion de los indígenas que habian pertenecido ya al cristianismo, vencer el principal obstáculo que impedia nuevas conversiones, siendo tanto el fruto que dieron sus esfuerzos, que en breve logró catequizar á los campesinos, que eran en su mayor parte idólatras. Se le destinó despues á la isla de Puna, donde Valverde, primer obispo de Cuzco, habia alcanzado la palma del martirio; sus feroces habitantes, no solo respetaron entonces á Ortiz, sino que hasta llegaron á escucharle cuando les predicaba la palabra de Dios. Sin embargo, pronto iba á verse obligado el religioso á sostener nuevos y terribles combates en las montañas de Vilcabamba, casi inaccesibles por la naturaleza y por la astucia de sus moradores, que habian servido de asilo á tres príncipes de la familia de los Incas, y acerca de los cuales darémos aquí algunos detalles.

Despues de haber logrado el Inca Saire Tupac salvarse de la catástrofe que acabó con su raza, se habia retirado y fortificado en las montañas, donde era aun mas protegido por el amor y adhesion de los indígenas, que por la escabrosidad del pais, y la línea de defensa que habia levantado. Gerónimo de Loaisa, arzobispo de Lima, que sabia perfectamente lo inespugnable de las posesiones que ocupaba el Inca, aconsejó al virey que no le atacase en ellas, sino que procurase atraérsele por medio de proposiciones ventajosas; en su virtud, se confió al dominico Melchor de los Reyes, el mismo que con tanta gloria evangelizó á los temibles yavios, aquella negociacion delicada, debiendo acompañarle D. Juan de Betanzos, que vivia y habia casado en Cuzco con una pariente cercana de Saire Tupac. Vencidos todos los obstáculos que les impedian llegar al retiro del Inca, lograron los dos comisionados ser admitidos en su presencia, y luego de haber participado Melchor á Saire el objeto de su mision, indujo á este á que fuese á tratar con el virey. Despues de haber invitado al príncipe á sentarse á su mesa, le presentó el arzobispo las órdenes que debian asegurar á Saire Tupac, los dominios y honores que se le conferian en cambio de su sumision, y á cuya vista, sin manifestar el príncipe satisfaccion ni descontento, arrancó un hilo de los manteles que cubrian la mesa, y enseñándolo al prelado, le dijo con calma: « Hace poco que todo este tapete era mio, y ahora me contento con uno de sus hilos » En breve acreditaron los hechos la

sinceridad de sus palabras; deseando el arzobispo ver al Inca en el número de los discípulos de Jesucristo, hablóle de la pureza del cristianismo, y acerca de cuya alta importancia tenia ya el príncipe algun conocimiento. Dotado Saire de un claro y recto juicio, no podia contentarse con aquella multitud de dioses, á los que continuaban aun los idólatras ofreciendo sus sacrificios, ni con la pretendida divinidad del sol, á pesar de haberle adorado por seguir el ejemplo de sus antecesores: nada de ello bastaba á darle una idea del Ser eterno, increado, independiente é infinitamente perfecto. Véase pues, como reconocia ya el Inca la vanidad de los ídolos, y la locura ó la impiedad de los idólatras, que tributaban á la criatura el culto que solo es debido á Dios; con todo, distaba mucho de ser aquella confesion lo que el buen arzobispo deseaba, pero fueron tan repetidas y vivas sus instancias, tan fervientes sus oraciones al Dios de las misericordias, que al fin se realizó lo que tanto anhelaba su corazon cristiano. El Inca, despues de estar ya sólidamente instruido, declaró que creia de todo corazon en Jesucristo, y que deseaba prepararse, segun las leyes de la Iglesia, para recibir la gracia del bautismo, que le fué administrado algun tiempo despues: púsosele el nombre de Diego. Hecho ya cristiano, prestó el príncipe en el año 1561 juramento de fidelidad al rey de España, en manos de Gerónimo de Loaisa, y perseveró profesando el cristianismo y siendo fiel al juramento de fidelidad prestado libremente al rey católico. El segundo Inca, llamado Cuscitito, escuchó dócil las instrucciones del P. Márcos Garcia, agustino del convento de Lima, siendo bautizado, junto con su esposa, por aquel misionero, bajo los nombres de Felipe y de María de los Angeles (1). Tal era el estado de la mision de Vilcabamba ó Villcabamba, cuando á ella llegó Diego Ortiz, despues de tantas fatigas.

Unió el nuevo misionero sus esfuerzos á los del P. Márcos, y no cesó de exhortar vivamente á los indígenas á que siguiesen el ejemplo de su príncipe, abrazando la fé de Jesucristo; sin que el hambre, la sed y el contínuo peligro de perecer en medio de las nieves ó de ser devorado por las fieras, bastasen á estinguir el fuego de su caridad. Hubo dos de los principales indígenas que acababan de recibir el bautismo que, prestando oidos á las sugestiones del espíritu maligno, zozobrante en su trono, hicieron presente al Inca, que desde que habia abandonado la religion de sus padres por profesar otra que habia sido hasta entonces desconocida á los peruanos, se habia entibiado el celo de estos en su favor. Semejante noticia aterró al débil príncipe que, si bien nada prometió á los apóstatas, tampoco se declaró en favor de los misioneros, perseguidos desde entonces cruelmente á causa de su silencio; el P. Márcos, insiguiendo el consejo del Evangelio, apeló á la fuga para librarse del mal; mientras que el P. Ortiz se limitó á ocultarse y á aumentar sus oraciones y sus lágrimas, en la esperanza de que haria Dios cesar la tormenta, y que se lograria despues, con el ausilio de su gracia, llevar otra vez aquellas almas descarriadas al buen camino. Habiendo descubierto el Inca su retiro, quiso que volviese á su lado, y hasta le recibió con vivas demostraciones de gozo, sin hablarle siquiera del nuevo cambio operado en sus creencias; por su parte, el prudente misionero se limitó á esponerle, como incidentalmente, las bases sólidas en que descansaba el cristianismo, sin dejarle entrever que supiese su apostasía; sin embargo, las frecuentes conversaciones del

(1) Saire-Tupac ó mejor Scyri-Tupac, fué, el 17.º Inca del Perú, primogénito de Manco-Capac II, coronado por Francisco Pizarro en el Cuzco en el año 1533. A su vez Scyri-Tupac fué coronado en Villcabamba por los indios en las provincias de Tarma, Moyabamba y Chunchos, en el año 1553, en que acaeció la muerte de su padre. Reinó siete años, segun Gomara (Hist. gen.), y en el año 1559 renunció la corona en Felipe II de España por no tener mas que una hija, reservando la propiedad de los estados y señoríos de Villcabamba y Urabamba, donde se retiró, y viviendo privadamente, murió en el año 1563. Apenas habia muerto, cuando reclamaron los pueblos dando por nula é inválida la renuncia, por vivir aun sus hermanos, y coronaron al mayor de ellos llamado Cucitito-Yupanqui, que fué el 18º Inca del Perú. Reinó poco mas de seis años, y murió sin sucesion en el año 1569. (Nota del Trad.)

príncipe y del religioso, anticiparon la muerte de uno y otro. El Inca cayó enfermo y sucumbió á los pocos dias; y los que probablemente recurrieron al veneno para vengar con su muerte á los ídolos, ó para evitar las consecuencias del remordimiento del príncipe, imputaron aquella muerte al misionero, cuya inocencia no era menos evidente que su dolor. Con todo, la viuda y los gefes idólatras le declararon culpable, y se le condenó á ser descuartizado, despues de habérsele hecho sufrir los mas horrorosos tormentos: las cadenas, los calabozos, el hambre, la putrefaccion, los contínuos azotes y cuantos sufrimientos pueden esperimentarse, precedieron á su martirio. Despues de haber hecho sufrir al confesor de Jesucristo todos los oprobios y todos los dolores, se inventaban aun nuevos tormentos que no bastasen á darle la muerte, á fin de poder los bárbaros idólatras gozar por mas tiempo del grato espectáculo que les ofrecia el contínuo sufrir del misionero. Acudióle á uno de aquellos salvages la idea de que aun podia el religioso salvar su vida y probar su inocencia, haciendo resucitar al príncipe, de cuya muerte se le acusaba tan fundadamente; como fuese su proposicion aceptada, se dirigieron aquellos verdugos á su víctima, diciéndole: «Vil y detestable enemigo de los dioses y de los hombres, por mas que hayas dado muerte á nuestro príncipe, consentimos en salvarte, si ahora mismo le devuelves la vida. Ya que muchas veces te hemos oido decir que tu Dios, dueño de la vida y de la muerte, resucita al que quiere, y atiende siempre á las súplicas que le invocan con fé y esperanza, pruébanos que es el Dios de los cristianos omnipotente, y que no es vana la fé que poco ha nos predicabas; pero si no alcanzas la resurreccion del Inca, quedará plenamente probado que eres á la vez un impostor y un asesino. — Sí, contesta con firmeza el humilde discípulo de Jesucristo; he predicado, y creeré hasta mi último suspiro que el hijo del Eterno, el único verdadero Dios que os anuncio, es el autor de la vida; que nos la da y nos priva de ella; que puede conservárnosla y devolvérnosla segun le plazca, y que nos resucitará á todos en el último juicio. Pero como nos prohibe pedirle milagros en manifestacion de su poder, y soy yo por otra parte sobrado pecador para obrarlos, no me atreveré nunca á pedírselos. —¿Pues dónde está tu fé? le preguntan. — Cuanto mas grande esta sea, contesta el misionero, menos haré lo que Dios me prohibe.» Por mas sábias que fuesen estas respuestas, no pudieron convencer á aquellos furiosos, quienes quisieron obligar al P. Ortiz á que celebrase el santo sacrificio de la misa para obtener el milagro que se le exigia; ni los tormentos que impedian al misionero tenerse de pié y hacer uso de los brazos, ni la imposibilidad material en que se hallaba de rezar las oraciones necesarias, pudieron hacerles renunciar á la idea de obligarle á celebrar la misa. Pero como era para el fiel ministro de la religion un bien precioso el recibir á Aquel que es la fuerza de los mártires, el ardor de su fé lo alentó y lo sostuvo: así que, ofreció los divinos misterios, y pidió, no la resurreccion de un muerto, sino la conversion de los infieles, el perdon de sus pecados y la gracia de poder consumar su martirio por la gloria de Dios. Durante la celebracion de la misa, dirigiéronle los idólatras un sin fin de preguntas impropias y ridículas, diciéndole por último que abreviase en lo posible; al ver que no habian podido lograr el objeto que se proponian, arrancaron con violencia al sacerdote los ornamentos sagrados y le maltrataron cruelmente. Dos infames apóstatas, de los que uno habia sido poco antes celoso cristiano y amigo íntimo del P. Ortiz, fueron entonces los que mas le injuriaron; llegó su crueldad hasta el punto de atravesarle con un hierro las mejillas, por las que le pasaron una cuerda en forma de brida, para arrastrarle por las calles durante tres dias, en medio de un populacho inmenso, y conduciéndole luego hasta el palacio de Tupac, tercer Inca, que se negó á verle, pero que á instancias de los perseguidores, mandó que se le hiciesen sufrir nuevos

tormentos, y que fuese luego ejecutado en el sitio ó lugar del suplicio destinado para los reos de lesa magestad. Aquellos ciegos pedian al P. Ortiz que hiciese resucitar al Inca, como si el heroismo que únicamente Dios habia podido infundir á su generoso confesor, no fuese un milagro aun mas patente; durante aquel largo martirio, resistió el P. Ortiz tormentos capaces de privar de la vida al hombre mas robusto, sin que se le oyese nunca proferir ni una queja, ni que diese la menor señal de debilidad ni desaliento. La palabra de Dios era su único alimento, la cruz de Jesucristo su fuerza: la fé le sostenia y la gracia le hizo triunfar. En el momento de espirar, podia Diego Ortiz decir con el discípulo querido: « Esta victoria, en la que ha quedado el mundo vencido, es el resultado de nuestra fé. » Tuvo lugar su glorioso martirio hácia últimos del año 1569 ó á principios del de 1570.

En la parte meridional del Perú, donde acabamos de presentar la accion civilizadora de los misioneros, habia tambien otros hombres apostólicos que se dedicaron á convertir los habitantes de Chile, á cuyo punto acababa de dirigirse Valdivia para continuar la conquista que habia abandonado Almagro. Fontana habla de los triunfos obtenidos en aquel pais por los hermanos Menores hácia el año 1541; y Juan de Luca dice que en el año 1553 cinco religiosos de la Observancia de S. Francisco, fundaron un convento cerca de la ciudad de Santiago (Pl. LXIX, n.º 2.): eran aquellos religiosos Martin Robledo, despues obispo de Chile, Juan Torrolva, Cristóbal Ravanera, Juan de la Torre y Francisco Frejenal; fué instituido aquel convento bajo la invocacion de Santa Lucía, vírgen. Los religiosos abandonaron al año siguiente aquel sitio, para ir á establecerse definitivamente cerca de la iglesia de Ntra. Sra. del Ausilio; Martin de Robledo fundó una residencia en la ciudad de la Concepcion, y algunas otras mas en Chile. Pertenecia esta última custodia á la provincia peruana de los Doce Apóstoles; pero luego fué erigida en provincia el año 1572. Muy caras pagó Pedro de Valdivia, conquistador de Chile, sus primeras victorias; derrotado en el año 1559 por los araucanos, cogido prisionero y atado á un árbol, tuvo que presenciar como los indígenas daban muerte á sus soldados, para morir á su vez, despues de haber presenciado aquel horrendo espectáculo. Los vencedores construyeron con sus huesos algunas flautas y otros instrumentos, y conservaron su cráneo como un monumento del triunfo que acababan de obtener, obligándose á celebrarle por una fiesta anual. Hé ahí las costumbres de los pueblos que los hermanos Predicadores y Menores lograron civilizar despues con la saludable uncion del cristianismo.

Si desde Chile y el Perú pasamos hácia el norte de la América meridional, verémos que no son menores los frutos debidos al incansable celo de los dominicos. Cárlos V habia pedido al maestro general Francisco Romero, que formase una provincia de su órden en aquellas regiones; pero los conventos fundados ya en las ciudades de Santa Marta, Cartagena, y Tocayma, ó en los paises vecinos, no eran aun bastante numerosos para formar una nueva provincia, por lo que erigió Romero al principio una congregacion, llamada de San Antonino, de la que nombró primer vicario general al P. José de Robles, á cuya solicitud fué debido el que mas de sesenta iglesias parroquiales fuesen convertidas en otros tantos centros de poblacion.

Cárlos V, al ver la importancia y estension de las regiones que formaban el nuevo reino de Granada, resolvió segregarlas de la audiencia de Santo-Domingo, creando al efecto el dia 7 de abril del año 1550 otra real audiencia en la ciudad de Santa Fé de Bogotá, declarada capital del nuevo reino, aunque debia continuar no obstante sometida á la jurisdiccion del obispo de Santa Marta. Era á la sazon prelado de esta última ciudad Juan de los Barrios, religioso de S. Francisco, segun unos, y de la Merced segun otros; y de acuerdo con la real audiencia, procuró Barrios aumentar considerablemente las casas de instruc-

cion en el nuevo reino, formar conventos en las ciudades, empezando por la capital, que en breve tuvo dos comunidades de Menores y Predicadores. José de Robles, vicario general de los dominicos, llegó á Santa Fé en el mes de diciembre del año 1550, teniendo ya la satisfaccion de encontrar á su llegada un convento de su órden perfectamente organizado, y cuyos religiosos ejercitados en el divino ministerio, estaban en el caso de continuar con fruto sus tareas en cualquier punto á que se les mandase. A fin de hacer mas provechosa la predicacion, obtuvo el prudente superior de la real audiencia, los poderes necesarios para reunir á los indígenas y procurarles el número de casas de instruccion que fuesen necesarias para atender á todas sus necesidades; siendo además sancionadas todas aquellas disposiciones por un rescripto real del mes de enero del año 1551. Los religiosos de S. Francisco y de la Merced, trabajaron por su parte con el mismo celo que los dominicos en aquella viña del Señor; distinguiéndose, sobre todo, los de S. Agustin, desde que el P. Agustin de Caronio hubo tomado posesion de la iglesia de Popayan, y fundado un convento de su órden en la ciudad episcopal (1). Fueron así mismo establecidos en diferentes puntos varios conventos de religiosas de Sta. Clara, Sta. Catalina, y Ntra. Sra. de la Concepcion; fundáronse hospitales y otros establecimientos de beneficencia para los enfermos y los pobres: el de S. Juan de Dios, sobre todo, fué de gran utilidad tanto para los españoles como para los indígenas. De este modo derramaba á manos llenas la religion sus gracias espirituales y temporales sobre el nuevo reino de Granada.

El capítulo general de los frailes Predicadores, reunido el año 1551 en Salamanca, reguló, á instancias del consejo real de Indias, todo lo concerniente á las provincias de su órden en América, y determinó sus límites, segun los de cada real audiencia, nombrando vicario general de la Congregacion de S. Antonio al P. Pedro de Miranda. Este religioso, hombre de estraordinario mérito, se embarcó en Sevilla con otros veinte y tres dominicos para el nuevo reino de Granada, y desembarcó el año siguiente en el puerto de Santa Marta; distribuyó allí una parte de sus misioneros por los diferentes puntos de la diócesis en que era su presencia mas necesaria, y siguió con los demás su camino hácia Cartagena, desde donde se dirigió á Santa Fé de B gotá, mientras que el P. José de Robles, que le habia confiado el gobierno de la Congregacion, regresaba á España, desde donde pasó á Roma para el capítulo general del año 1553. En virtud de lo espuesto por el P. José de Robles se resolvió enviar al nuevo reino de Granada veinte y cinco misioneros, que fueron al efecto embarcados en el año 1555, yendo á su frente el P. Domingo de Arzola, que sucedió á Pedro de Miranda en el gobierno de la Congregacion de S. Antonino.

Hácia el año 1553, el obispo de Santa Marta protector declarado de los indígenas, fué encargado de erigir en Catedral la iglesia parroquial de Santa Fé de Bogotá; pero eran los cimientos de aquel edificio tan poco sólidos, que en la noche misma que precedió al dia en que habia de celebrar en ella de pontifical los santos misterios, se derrumbó repentinamente. Vióse entonces un admirable espectáculo: despues de haber pasado Juan de los Barrios un dia y una noche orando, sin comunicar su designio á na-

(1) A un tiempo mismo protegian los religiosos de todas las órdenes los intereses de la religion y de la ciencia; puesto que, mientras procuraba unos desbrozar cada dia nuevos campos para sembrar luego en ellos la preciosa semilla del Evangelio, procuraban otros con el mismo celo fundar estudios, en los que pudiesen los nuevos convertidos, y hasta los quo no lo estuviesen aun, recibir la instruccion de que necesitaban, ya para perseverar en la fé que habian abrazado, ya para empezar á conocerla y abrir los ojos á su luz salvadora. No contentos aun los roligiosos con las primicias que, bajo el punto de vista de la instruccion, habian empezado à recoger al poco tiempo de baber instituido los estudios públicos, resolvieron fundar un colegio en el convento de Santo Domingo en Tunja, que en brevo pudo ser considerado como una universidad, tanto por el gran número de escolásticos que albergó en su seno, como por enseñarse en él casi todas las ciencias. De él brotaron mas tarde aquel sin fin de misioneros que tantas conquistas habian de procurar á la civilizacion en los vastos reinos del Nuevo-Mundo, que á tantos hombres habian de levantar do la abyecciou en quo estaban sumidos, que á tantos canibales babian de convertir en dóciles y humildes discipulos do Jesucristo (Nota del Trad.)



die, se dirigió solo á una cantera que habia en las inmediaciones de la poblacion, cargó con una enorme piedra y la llevó al punto de la catástrofe (Pl. LXX, n.º 1) é hizo levantar desde luego el plano de un nuevo edificio. El ejemplo del primer pastor, mucho mas eficaz que todas las palabras, fué seguido como una comun inspiracion por todo el pueblo; eclesiásticos, religiosos, indígenas, españoles, todos, á imitacion de su obispo, acudieron á la cantera, cargaron con el peso que sus fuerzas les permitian; y la piedra misma que el prelado habia llevado en hombros, fué la primera que se colocó en los cimientos de la nueva iglesia. La emulacion lejos de disminuir fué siempre en aumento; todos los habitantes de la poblacion trabajaron en la casa del Señor, sin que hiciese la actividad general olvidar las prudentes precauciones que convenia adoptarse para evitar los terribles efectos de los terremotos, cuya frecuencia ha influido tanto en la construccion que se nota en los edificios de Bogotá. Todas las casas son poco elevadas, y sus paredes de un espesor prodigioso; los edificios públicos, sobre todo, tienen una base enorme: el cuerpo ó caña de las columnas de las iglesias no guarda ninguna proporcion con la longitud, á fin de resistir mas fácilmente las sacudidas. El desplome ó ruina de la iglesia parroquial de Bogotá, sugirió la idea de hacer visitar todas las demás iglesias que habian sido construidas con igual precipitacion por los nuevos conquistadores, y se procuró en todas partes repararlas; así era que Juan de los Barrios, sin perder nunca de vista los templos materiales, procuraba al propio tiempo edificar templos espirituales con el ornamento de todas las virtudes. A este objeto, convocó en Santa Fé de Bogotá un sínodo diocesano, en el que se trató de erigir parroquias en varios puntos de cada provincia, de reunir los indígenas en pueblos, ora fuese en los mismos donde estuviese la iglesia parroquial, ora en los inmediatos, á fin de que pudiesen recibir mas fácilmente la instruccion y los sacramentos.

Esta obra de regeneracion moral fué entorpecida, tanto por las hostilidades de algunas tribus indígenas, como por las violencias de un gefe aventurero que levantó la bandera de la rebelion contra su soberano. La sublevacion de las tribus fué en estremo deplorable por la sangre que hizo correr, pero al mismo tiempo procuró grandes ventajas, puesto que la victoria abrió nuevos caminos á los españoles hácia otras poblaciones, y procuró á los ministros de Jesucristo los medios de hacer conocer á aquellos su nombre y de atraerlos al seno de la Iglesia, al paso que la rebelion de Lopez de Aguirre fué un desastre que no tuvo compensacion alguna. Aquel hombre feroz fué el mas terrible enemigo de los misioneros y de los obispos, por ser estos, segun decia, los que enervaban con su moral el valor del soldado, y enfrenaban la libertad de que se necesita para alcanzar la victoria. Habiendo encontrado un religioso dominico en la isla de la Margarita, mandó que fuese pasado al filo de la espada; y como los insulares suplicasen al bárbaro Aguirrre que les salvase á su cura, su misionero, su confesor, dijo: «Que se cuelgue á ese sacrílego.» La misma suerte sufrió otro dominico que fué hallado en la cabaña de un pobre enfermo, á quien administraba los últimos sacramentos; habia otro religioso de la propia órden que estaba al frente hacia mucho tiempo de aquella nueva cristiandad para procurarla todos los consuelos espirituales; Aguirre entró un dia en su casa y le dijo: «Quiero confesarme.» — Ante todo, contestó el sacerdote, os es preciso poner término á los escándalos y desórdenes con que cargais cada dia vuestra conciencia; empezad por obedecer á Dios y al rey; despedid, ó dispersad al menos esa banda de ladrones de que os habeis constituido gefe, si quereis que no me niege á oiros en confesion.» Nunca habia oido Aguirre una persona que le hablase con tanta firmeza; con todo, no pareció conmoverse en lo mas mínimo; pero solo difirió su venganza para hacer sufrir al siervo de Dios una muerte mas lenta y terrible. Paniagua y Manuel Baez, instrumentos de su barbarie,

arrancaron al pastor de los santos altares á la vista de casi todo su rebaño; y, obligando al dominico á dirigirse á una casa inmediata, le comunicaron la sentencia, que él oyó con una resignacion verdaderamente santa. Puesto luego de rodillas, con los ojos y las manos levantadas al cielo, oró por él, por sus queridas ovejas, y por la conversion de sus verdugos, á los que suplicó respetasen la vida de los indígenas, y que hiciesen caer sobre él todo el peso de su cólera, á fin de que fuese mas gloriosa la corona que iba pronto á ceñir. Los isleños lloraron amargamente la muerte de su pastor, y le honraron como un mártir, por haber sufrido la muerte en defensa de la justicia y del sacramento de la penitencia, del que habia intentado burlarse Aguirre. El P. Francisco de Montesino, superior de la provincia dominicana de Santa Cruz, al visitar las misiones de las islas que estaban bajo su jurisdiccion, dió noticia á Santa Fé de Bogotá de los escesos del feroz rebelde; por lo que se dictaron providencias enérgicas para reprimir aquel movimiento. Cuando la muerte del bandido hubo desvanecido todas las inquietudes, fué la obra de Dios continuada con mas libertad y fruto.

Mientras que Juan de los Barrios ocupaba la silla de Santa Marta, Gregorio de Beteta, hijo de una antigua familia del reino de Leon, dominico profeso en el convento de Salamanca, y uno de los compañeros de Juan Ortiz, supo en el año 1555, que acababa de nombrársele obispo de Cartagena. En la inmensidad de su dolor, se negó á aceptar el peso del episcopado, debiendo sus superiores para hacérselo admitir, amenazarle hasta con las censuras de la iglesia; vióse por lo mismo obligado á ceder, y gobernó santamente su diócesis, sin hacer consagrarse. Algun tiempo despues envió su dimision á Roma y á Madrid, fundada en su falta de conocimientos y méritos para poder desempeñar dignamente un cargo de tanta importancia; pero informado Julio III de su capacidad y de sus virtudes, no quiso admitir la dimision presentada. El humilde religioso, escribió al mismo objeto una tercera carta, y pronto se trasladó él mismo á España; y como el rey se negase á apoyar su peticion, se fué á Italia para arrojarse á los piés del vicario de Jesucristo: hallabase ya á las puertas de Roma, cuando al fin recibió el decreto que le libraba del peso que tanto alarmára su modestia. Fué tal la alegría que le causó semejante noticia, que, retrocediendo, sin entrar siquiera en la capital del mundo cristiano, fué á enterrarse en el convento de San Pedro Mártir en Toledo, donde murió el virtuoso Gregorio de Beteta, el año 1562. Felipe II. propuso á Juan de Simancas para suceder á Gregorio en la silla de Cartagena, sábio eclesiástico del colegio de San Clemente de Bolonia; despues de haber sido consagrado el nuevo obispo en Santa Fé de Bogotá, se dirigió á su diócesis el año 1560, y encontró la ciudad episcopal casi enteramente arruinada por los corsarios; á duras penas tuvo tiempo el prelado para retirarse á los montes con los eclesiásticos, los religiosos y todos los habitantes que deseaban salvar sus efectos mas preciosos. El arrabal llamado de Getsemaní, en el que habia el convento de los franciscanos, fué incendiado, siendo luego reconstruido por la liberalidad del prelado, que dirigió su rebaño en una contínua alternativa de tribulaciones y consuelos. Así el obispo de Cartagena como el de Santa Marta, vieron con el mayor placer la llegada de S. Luis Bertran.

La América conservará eternamente el recuerdo de aquel hombre apostólico, cuyas virtudes y milagros la edificaron tanto, desde el año 1562 al 1569.

Nacido en la ciudad de Valencia, en el mes de enero del año 1526, fué admitido en la Orden de Santo Domingo el año 1544, por el ilustre P. Juan Micon; aun antes de entrar ya el jóven novicio en la santidad del claustro, agitábale la idea de que habia en las vastas regiones del Nuevo-Mundo, pueblos que, sin haber oido hablar aun de Jesucristo, obedecian al espíritu de las tinieblas. Ya entonces tenia el virtuoso jóven un presentimiento de

que con el tiempo habia de destinársele para instruir é iluminar con la luz del Evangelio á aquellos pueblos que continuaban envueltos en las tinieblas del error: el consuelo que esperimentaba al hallarse entre sus hermanos y sus conciudadanos, esplicándoles la perfeccion cristiana, le parecia, no obstante el inmenso fruto que producia su elocuencia, que nada era, comparado con la dicha de procurar la salvacion á tantos millones de almas. Súpose en aquella época, que diferentes dominicos, despues de haber regado con sus sudores aquella mies que habia nacido por sus cuidados, habian sellado con su sangre las verdades de la fé, cuando se disponian á partir á otras regiones para anunciarlas de nuevo: semejante noticia solo contribuyó en Luis Bertran, á aumentar mas sus deseos de ir á esponer gloriosamente su vida, por el nombre de Jesucristo. Desde el dia en que fué elevado al sacerdocio, no cesó de pensar en la importancia de aquel sacrificio; y á imitacion de S. Pedro Martir, cuantas veces ofrecia el santo misterio, se presentaba él mismo como una víctima destinada á morir, sin que nada pidiese con tanto ardor como el poder derramar su sangre por el que habia ofrecido la suya para salvarle. Un fraile predicador, que despues de haber evangelizado la América por espacio de muchos años, habia regresado á España, se disponia á partir nuevamente, y estaba autorizado por el maestro general Vicente Justiniani, para llevarse á los religiosos que quisiesen seguirle. Luis Bertran fué uno de los primeros que se presentó para acompañarle, sin que las lágrimas de su familia ni las súplicas de sus queridos novicios, ni las observaciones del prior y de toda la comunidad de Valencia, bastasen á retraerle de su heróica determinacion. A sus parientes, que eran los que mas se oponian á su designio, les contestó que desde su profesion religiosa, no pertenecia ya mas que á Jesucristo; dirigió á todos sus novicios reunidos una tierna despedida, encargándoles muy particularmente, que fuesen siempre fieles á su vocacion; y finalmente, despues de haber recibido la bendicion de su superior, que no se atrevió á negársela por temor de oponerse á la voluntad de Dios, salió Luis de Valencia el primer domingo de cuaresma del año 1562.

Embarcáronse los misioneros en Sevilla; S. Luis convirtió el buque en un templo, en el que se cantaban contínuamente las alabanzas del Señor, y en el que se hacia con regularidad la oracion muchas veces al dia; apenas amenazaba algun peligro, cuando ya toda la tripulacion recurria al jóven religioso. Uno de sus compañeros fué el primero de esperimentar cuan grande era el favor de que Luis gozaba cerca de Dios: cayóle al misionero una garrucha ó polea en la cabeza, siendo tan terrible el golpe, que le dejó como muerto y anegado en sangre. En el momento que los cirujanos se disponian á operarle, el santo, despues de una corta oracion, lavó con agua la herida, hizo apoyar la cabeza del paciente en su hombro, y la curó desde luego, sin que ni siquiera quedase en ella la menor cicatriz. Cuantos tuvieron ocasion de presenciar aquel milagro, creyeron firmemente que destinaba la Providencia á Luis Bertran al Nuevo-Mundo, para que diese allí cima á grandes empresas.

Habiendo llegado á la parte de la América meridional, llamada por los españoles Castilla de oro, se retiró Luis al convento de San José, dependiente á la sazon de la provincia dominicana de San Juan Bautista en el Perú; si bien solo permaneció allí el tiempo necesario para disponerse á emprender, por medio de la penitencia, los trabajos del apostolado. Así que, se entregó aun con mas ardor á toda clase de mortificaciones, para mejor lograr del cielo las gracias de que necesitaba; luego añadió aun, durante el curso de su ministerio, nuevas austeridades y privaciones, acostándose tan pronto en el campo para esponerse á la intemperie, como sobre algunos leños que le servian mas bien de potro que de cama. Fuese desinterés, fuese intencion de sufrir, fuese confianza en el que mantiene á las ave-

cillas en sus nidos, ó bien todo esto á la vez, es lo cierto que nunca quiso Bertran admitir, ni de los indígenas, ni de los españoles, los socorros que acostumbraban dar á los misioneros, lo que le hizo esperimentar todos los tormentos del hambre, la sed y la pobreza. Una vida tan apostólica, no podia menos de dar admirables resultados; así es que, enviado Luis por sus superiores á diferentes pueblos, en el istmo de Panamá, en la isla de Tabago, en la provincia de Cartagena y en otras diferentes regiones, convirtió á un gran número de idólatras.

La primera gracia que pidió y obtuvo, fué la de ser oido por todos aquellos á quienes habia de anunciar las verdades de la salvacion, señalando además muy particularmente otras muchas gracias la carrera de su apostolado, puesto que el don de profecía y el de hacer milagros, contribuyeron á aumentar en gran manera el número de sus conversiones. Jesucristo, al separarse de sus discípulos para dirigirse al lado de su padre, les habia dicho: «Hé ahí los milagros que harán los que crean: arrojarán á los demonios en mi nombre; hablarán todos los idiomas; tocarán sin peligro las serpientes; no habrá veneno mortal que los dañe; pondrán sus manos sobre los enfermos, y los enfermos quedarán curados.» (Marc. XVI, 17 y 18.) Todo esto hizo durante su ministerio el nuevo apóstol de América. Al invocar el adorable nombre de Jesucristo, arrojaba á los demonios del cuerpo de los pobres posesos, y devolvia la salud á los enfermos en que habia hecho nacer los sentimientos de la fé y la esperanza. Hablaba las lenguas de todas las naciones que queria evangelizar, (ó lo que es lo mismo, segun Sto. Tomás) todas las naciones le entendian, aunque no hablase su lengua. Como quisiesen deshacerse de él, aquellos á quienes intentaba corregir, resolvieron envenenarle, sin que á pesar de haberlo logrado, sufriese el apóstol daño alguno; quedando justificados todos estos hechos por la misma bula de su canonizacion.

Consta así mismo en la propia bula un acontecimiento singular, capaz de demostrar por sí solo lo grandes que son las atenciones con que la Providencia se digna honrar á sus escogidos; he ahí el hecho á que nos referimos. Cuando Luis Bertran se disponia á empezar su mision en Tubara, se le presentó un idólatra que vivia en la montaña, con un niño moribundo para que lo bautizára, por habérsele asegurado que procuraria aquel sacramento á su hijo una vida eternamente dichosa. El santo, admirando semejante discurso en boca de un idólatra, administró desde luego el bautismo al niño, que recibió el nombre de Miguel, y que murió pocos momentos despues; pudiéndose considerar la regeneracion espiritual de aquel tierno predestinado, como la primicia de los frutos que la semilla evangélica produjo despues en todo el pais. En tres años, sometió Luis Bertran mas de diez mil infieles al suave yugo de Jesucristo; los que en un principio no pudieron ser convencidos por la fuerza y la verdad de sus palabras, ni por la santidad de su vida, lo eran al fin, por los milagros que le veian obrar. Los enfermos curados por el solo contacto ó por las oraciones del siervo de Dios; los demonios arrojados de los cuerpos por su sola presencia; las tempestades que alejó de los campos, y las fieras que amansó con la señal de la cruz, fueron otros tantos milagros que contribuyeron á que escuchasen los idólatras con docilidad y provecho las instrucciones del misionero. Despertóse entre ellos cierta emulacion por aprender la ley del Señor, y abrir sus corazones á la fé mas pura; así que, no pararon hasta renunciar á sus vanas supersticiones, romper sus ídolos, elevar por sí mismos altares al verdadero Dios, y corregir y mejorar sus costumbres. Habiendo declarado un cacique á Luis Bertran, que no se atrevia á ir, como los demás, á oir sus sermones, por las terribles amenazas que le estaba haciendo el demonio, logró el santo infundirle aliento, hollando á su vista los ídolos que de tanto tiempo adoraba aquel tímido príncipe.

Desde entonces creyó el cacique en Jesucristo, su familia siguió su ejemplo, y en breve no hubo ningun idólatra en toda la ciudad de Turbara ni en sus alrededores.

Luego de haber establecido la fé en aquel pais, que supo despues conservarla, encargó el santo á algunos de sus compañeros el cuidado de conducir la nueva grey cristiana, y se fué á llevar la luz evangélica á otros paises llamados por los indígenas, Cicapoa y Paluato. El gobernador español dispensó al misionero una honrosa acogida, sin que se le mostráran sus habitantes menos dóciles que los de Tubara, por lo que dieron los esfuerzos del hombre apostólico, al que llamaban los indígenas el *religioso de Dios*, los mas felices resultados. Los infieles, para ahorrarle el trabajo de ir en su busca, salian de sus bosques, descendian de sus montañas, y se agrupaban en su derredor, prestando atento oido por no perder ni una sola de sus palabras; y mientras que se disponian para recibir dignamente el sacramento de regeneracion, presentaban sus hijos, para que recibiesen tambien la misma gracia. Entre los milagros que permitió Dios obrára su siervo, para confirmar á los ojos de aquellos pueblos las verdades que anunciaba, el que mas le valió el afecto de los indios, fué el de procurarles una lluvia benéfica que les salvó la cosecha: era tan terrible la sequía que asolaba los campos, que se consideraba ya el hambre como inevitable; en tan grave apuro, acudieron los indígenas el dia 24 de noviembre al ministro de Jesucristo, pidiéndole con las lágrimas en los ojos que los salvase del inminente peligro que les amenazaba. Al ver Luis Bertran su desconsuelo, les indicó el sitio en que debian reunirse al dia siguiente para hacer sus oraciones, prometiéndoles que él tambien iria, y que quedarian aquel mismo dia cumplidos sus deseos: con efecto, llovió en abundancia, la cosecha fué salvada, y los ricos frutos que produjeron los campos pudieron ser considerados como presagio y símbolo de los frutos espirituales que el obrero apostólico tuvo la dicha de recoger en aquella region.

Hubo algunos otros pueblos, no muy distantes de Paluato, que menos dispuestos á acoger favorablemente las verdades de la fé, permanecieron por mucho tiempo esclavos, aun mas de sus pasiones que de sus ídolos, por temer, segun decian aquellos indígenas, la cólera de sus dioses, si no procuraban calmarla por medio de contínuos sacrificios. Sin embargo, permaneció S. Luis por algun tiempo entre ellos, empleando para lograr su conversion cuantos medios puede inspirar el celo mas ardiente; pero ni las oraciones, ni la penitencia, ni los contínuos sacrificios, ni las lágrimas que ofreció incesantemente al Señor para atraer la luz de lo alto sobre aquellos ciegos obcecados, produjeron el apetecido resultado. Lleno de tristeza se retiró el misionero, sin haber podido atraer á la fé mas que dos indígenas; sin embargo, como veremos despues, era mucho mayor el número de los que, andando el tiempo, habian de abrazar en aquel pais la religion de Jesucristo.

Despues de aquella mision estéril, por haberse obstinado los indígenas en no querer escuchar la palabra de salvacion, Luis Bertran, cuyo celo no se habia entibiado por ello en lo mas mínimo, se dirigió á los pueblos de Callinago, cuyos habitantes eran caribes, y por lo mismo hombres crueles, salvajes, intratables, y en quienes era la superstición igual á la ferocidad. Todos los misioneros parecian haber abandonado á aquellos bárbaros á sus tinieblas; y si bien algunos, desde la entrada de los españoles en Méjico, habian intentado instruirles y hacerles mas humanos, no habian podido ver realizado su cristiano propósito. Pero no por ello desesperó el santo de su salvacion, por saber que nada hay imposible para el que está poseido de fé, y que para todos los pueblos ha señalado Dios una hora de misericordia infinita. Penetrado, pues, de estas eternas verdades, y sin pensar siquiera en el sacrificio de su vida, penetró solo en la Guyana, recorrió con gran pena los bosques y los montes en busca de aquellos pobres infieles, para enseñarles á conocer al Creador, á amarle, servir-

le y á merecer la recompensa prometida á los que observen su ley. Dícese que obtuvo el misionero, despues de tantos sacrificios, la conversion de un cacique y de algunos negros, que sin duda los caribes habian cogido á los españoles; pero no por esto se sabe fijamente cual fué el resultado de aquella mision, verificada á costa de tantos peligros.

Supo por los mismos caribes que, además de los sacrificios ofrecidos á sus falsas divinidades, presentaban tambien otras ofrendas á uno de sus antiguos sacerdotes, del que conservaban los huesos con tanta mas supersticion, cuanto que estaban persuadidos de que si llegaban á perderlos, caeria el cielo sobre ellos. Despues de haber empleado el santo inútilmente las mas convincentes razones para desvanecer aquel funesto error, resolvió hacerles quitar el objeto de su idolatría, esperando así, que cuando los indígenas, despues de la pérdida de aquellos huesos, viesen que no se realizaba el castigo que tanto temian, conocerian al fin su ceguedad y la astucia del maligno espíritu que les seducia. Pero, por mas que los caribes, despues de la desaparicion del cuerpo de su sacerdote idólatra, viesen que el cielo no habia caido sobre ellos, no por ello fueron menos supersticiosos, logrando tan solo el santo misionero por aquel medio escitar su furor; puesto que, para vengarse de la afrenta que creyeron haber recibido, resolvieron envenenar al ministro de Jesucristo. Era tan violento el veneno que al efecto emplearon, que esperimentó desde luego Luis Bertran una fiebre terrible que le redujo al último estremo: feliz por morir en honra y gloria de su Salvador, abrazó con todo el amor y efusion de su alma la cruz, objeto de todas sus delicias; pero sus esperanzas fueron defraudadas, por destinarle Dios á emprender aun nuevos trabajos para lograr la conversion de los americanos. Despues de cinco dias de terribles convulsiones, recobró el misionero, por una proteccion especial del cielo, su salud y sus fuerzas, con gran asombro de los indígenas: su sorpresa subió aun de punto, al ver el ardor con que emprendió nuevamente las funciones del apostolado, y el modo con que predicó el nombre de Jesucristo, así como la necesidad de creer en él para evitar las penas eternas, burlándose luego de la impotencia de los ídolos. El Señor continuó honrando su ministerio con nuevos prodigios; y si los malignos espíritus tomaban alguna vez formas humanas para seducir á sus adoradores, ora fuese para turbar el reposo de los que habian abrazado la religion cristiana, ora para seducir á sus adoradores, el taumaturgo les hacia desaparecer desde luego con solo hacer la señal de la cruz. Por mas que los sacerdotes de los caribes, mucho mas obstinados que los otros infieles, impugnasen, ó mejor, resistiesen la influencia del ministro de Jesucristo, del mismo modo que los mágicos de Faraon habian resistido á Moisés, no dejó por esto de inculcar las verdades de la fé en muchos de los indígenas.

Los progresos del Evangelio fueron mucho mas rápidos en los montes llamados de Santa Marta; puesto que, menos endurecidos sus habitantes, recibieron al apóstol como un ángel bajado del cielo para enseñarles el camino que conduce á él, por lo que se apresuraron á oirle y á poner en práctica sus instrucciones. Su ejemplo, en breve, estimuló á los pueblos vecinos que no tardaron en seguir sus huellas; mientras que Luis Bertran cuidaba de su mision con un verdadero afecto paternal, se le presentaron mil quinientos indígenas de las inmediaciones de Paluato, de los mismos que tan sordos se mostraron antes á la palabra de Dios, manifestándole que estaban firmemente resueltos á hacerse bautizar y á seguir en un todo la religion cristiana que poco antes habian rechazado. Luis Bertran admiró mas y mas la bondad del Señor, é instruyó á aquellos estrangeros junto con los naturales, teniendo el consuelo, antes de abandonar los montes de Santa Marta, de haber regenerado en ellos á mas de quince mil personas.

Desde allí pasó al pais de Mompox y luego á la isla de Santo Tomás, donde procuró á la Iglesia de Jesucristo nuevos y señalados triun-

ños; alcanzando así mismo á cada paso nuevas pruebas de la proteccion de Dios. Predicaba cierto dia debajo de un árbol, ante una gran multitud reunida para oirle, cuando se presentaron á su vista muchos infieles, armados de flechas y piedras, que iban adelantando precipitadamente para vengar á sus dioses con la muerte del que se atrevia á profanar los templos y derribar los ídolos. En vista de tan inminente peligro, hubo algunos amigos del santo que le aconsejaron que huyese para librarse del furor de aquellos bárbaros; pero él solo se limitó á contestarles: «Nada temais, porque les faltarán fuerzas para cumplir lo que han meditado,» y continuó su sermon con la misma calma que antes: todo sucedió como él habia dicho. Los infieles, al llegar á cierta distancia, se pararon repentinamente, escucharon en silencio y con respeto, y declararon abrazar el cristianismo doscientos de entre ellos, pidiendo el bautismo; un cacique y toda su familia siguieron en breve su ejemplo, y se convirtió el primero en celoso defensor de la cruz, cuya virtud poderosa le habia dado á conocer Luis Bertran.

Las conversiones mas difíciles eran las de los sacerdotes de los ídolos, así como eran tambien las mas peligrosas, puesto que, cuantas veces se alcanzaba alguna victoria decisiva sobre el espíritu de las tinieblas en la persona de sus ministros, sufrió el siervo de Dios una persecucion encarnizada. Los sacerdotes infieles que rechazaban las aguas del bautismo, á pesar del ejemplo de algunos de sus compañeros, continuaban sirviendo á Satan, procurando con la malicia de la antigua serpiente atacar el honor y la vida del hombre que tan activamente procuraba destruir su imperio. Empleóse la violencia para hacer morir á Luis Bertran por el hierro, y luego la astucia para hacerle sucumbir por el veneno; pero como el Señor reiteró tantas veces sus milagros para su conservacion, ni la fuerza, la astucia y la calumnia, de la que tambien se echó mano contra Luis, pudieron perjudicar en lo mas mínimo, ni al ministro, ni á su ministerio. Una muger indígena, que no tardó en convertirse á la fé, á pesar de haber perdido ya en una edad temprana su candor y su inocencia, procuró á los sacerdotes de los infieles un medio para calumniar al misionero. Infiel á las observaciones que le hacia el santo, se dejó seducir por un jóven; y como temiese despues ser castigada, acusó á Luis Bertran como cómplice de su delito; los enemigos de la fé, que tenian un interés directo en propalar la calumnia, procuraron darle toda la publicidad posible para hacer caer al misionero y sus doctrinas en el mayor descrédito; pero como estaba acostumbrado ya el casto religioso á las mas duras pruebas, se limitó á orar y gemir, sin dejar de atender ni un solo instante al ejercicio de sus funciones. El Señor, empero, tomó su defensa. La muger adúltera confesó su crímen ante el juez; y obligado el cómplice á confirmar su declaracion, habria sido castigado en conformidad á las leyes, á no haber sido por un esceso de caridad, su intercesor, el ministro calumniado. Esto demuestra claramente las contínuas persecuciones que tuvieron que sufrir los ministros de Jesucristo hasta á veces de parte de aquellos que tienen obligacion de protegerles, solo por la cruda guerra que estaban haciendo al vicio y al error; los esclavos de la voluptuosidad, sobre todo, nada omitieron para hacer alejar á aquel rígido censor de su mala conducta, y luego para hacerle guardar silencio acerca de la misma. Unos, á fin de hacerle aparecer como cómplice de sus escándalos, indujeron á algunas mugeres sin pudor á que penetrasen en su pobre cabaña á horas impropias, á fin de publicar despues que el santo estaba de acuerdo con ellas; otros, con mucho disimulo, aparentaban compadecer y encomiar al justo perseguido, mientras que al paso que le admiraban en público, favorecian en secreto á sus calumniadores y apoyaban sus falsedades; pero todos ellos quedaron igualmente confundidos. Como Luis Bertran no se proponia mas que la gloria de Dios, y por lo mismo, solo se apoyaba en el Señor, nunca

le faltó en todos sus apuros el consuelo divino; así que, cuanto mas se obstinaban sus enemigos en difamarle, mas patentes eran los prodigios con que el cielo hacia brillar su piedad. Vióselc contener ó alejar las tempestades y vencer á las serpientes venenosas, y hasta los mismos tigres, sin mas armas que las de la oracion; viéronse realizar cuantas cosas él predijera, sin que dejáran nunca de cumplirse en todo; y por último, bastó su sola presencia para apaciguar un pueblo amotinado en la Granada, isla que los españoles habian conquistado en la América septentrional.

No fué menor el poder de Luis Bertran en Cartagena, donde logró por medio de sus obras y de sus palabras, hacer miles de conversiones en una sola cuaresma; ni aun los corazones mas endurecidos por el pecado pudieron resistir á la fuerza de sus discursos, y mucho menos aun á la influencia de sus ejemplos. Con una firmeza heróica, y una paciencia á toda prueba, sostuvo siempre el santo religioso las verdades que anunciaba, cualesquiera que fuesen las persecuciones, insultos y mofas que tuviese que arrostrar de parte de los enemigos de sus santas doctrinas. Las curaciones maravillosas que hizo, y hasta el milagro de resucitar un muerto, dieron menos fuerza aun á las palabras de Luis Bertran que la solidez de su virtud inquebrantable.

Hacia cerca de ocho años que solo procuraba hacer conocer el nombre de Jesucristo á los indígenas, y aumentar la virtud de los que pertenecian ya al gremio de la Iglesia, cuando al ver Luis Bertran los obstáculos que oponian algunos malos cristianos á la marcha regeneradora de los operarios apostólicos, determinó regresar á España. Con todo, no quiso abandonar aquella mision que le costaba tantos desvelos, sin consultar antes por medio de fervientes oraciones la voluntad de Dios, y sin estar seguro de la del maestro general, al cual escribió desde luego. Así que se supo en América su intencion de retirarse, los nuevos cristianos que le debian su conversion unieron sus súplicas á las vivas instancias de los demás misioneros para decidirle á quedarse en el Nuevo-Mundo. Los religiosos dominicos del convento de Santa Fé de Bogotá, hicieron el último esfuerzo para retenerle, nombrándole prior de su comunidad; y como el provincial de San Juan Bautista confirmase su eleccion y mandase al religioso aceptar aquel cargo, dispúsose Luis Bertran á dar cumplimiento á la órden recibida. Embarcóse al efecto en el buque Magdalena para trasladarse al convento de Santa Fé; pero Dios lo dispuso de otro modo, pareciendo aprobar su regreso á España: tuvo el buque un viento contrario, que no le permitió hacer en treinta dias ni la mitad del trayecto que se hacia regularmente en veinte y cuatro horas, sin que pudiese por último evitar el naufragio. La lancha en que estaba el religioso, junto con otros pasajeros, zozobró, y si todos lograron salvarse, solo fué atribuido á la fé del misionero y al fervor de sus oraciones. Una canoa que salió quince dias despues de su embarque, alcanzó al religioso, siéndole entregada una carta de Vicente Justiniani, maestro general de la Orden de Predicadores, el cual le permitia regresar á Europa; Luis remitió una copia de ella al provincial, cuyas órdenes habia empezado á cumplir, dió gracias á los dominicos de Santa Fé, y por el mismo rio, se dirigió nuevamente á Cartagena.

Durante la travesia, se detuvo el misionero algun tiempo en un punto llamado Tenerife, donde habia una persona unida á él por los lazos de la amistad, y que admiradora de su virtud, le recibió con toda la efusion de su alma. Como corriese la voz de que iba la flota á hacerse á la vela dentro ocho dias, hizo aquel sincero amigo todos los preparativos necesarios para el viage; y cuando se creyó que se iba ya á levantar anclas, pidió al santo su bendicion, y le previno que se dirigiese al buque. «No, le contestó el siervo de Dios; no creais que urja tanto, puesto que aun permaneceré quince dias á vuestro lado.» Esta contestacion sorprendió agradablemente al amigo del santo, por ignorar que se quedaba Luis

Bertran para administrar los últimos sacramentos á su esposa y bautizarle un niño, nacido antes de tiempo. Pocos dias despues, los horrendos silvidos de una enorme serpiente espantaron á aquella señora, que estaba en cinta; y el espanto y una caida que sufrió en el momento de huir, causaron su muerte. Si bien la presencia del santo no evitó aquel triste suceso, fué no obstante muy útil y contribuyó en gran manera á la salvacion de la madre y de su hijo. Durante las tres semanas que Luis Bertran permaneció en Tenerife, predicó con su acostumbrado celo, manifestando todos los indígenas un vivo dolor al verle partir.

Los habitantes de Nueva Granada han conservado siempre con veneracion profunda el recuerdo de las virtudes de aquel santo misionero, que el Señor habia glorificado á sus ojos, y de sus oraciones, á las que se atribuye la perseverancia de aquellos pueblos en la fé que él les habia predicado. Vese con cuánta razon se ha dado a Bertran el nombre de Apóstol del Nuevo-Mundo, y comparádosele con el ilustre S. Francisco Javier, por haber hecho este algunos años antes en la India y el Japon, lo mismo que hizo despues aquel en América. Sus predicaciones y milagros ensancharon considerablemente el imperio de la religion, y dieron á conocer á muchas regiones el nombre de Jesucristo; sometieron á su dulce yugo á naciones degeneradas hasta la barbárie, é hicieron adorar la cruz á un sin fin de pueblos que prostituian su veneracion hasta el punto de reconocer por dioses á Satan y sus ídolos. El uno de los dos apóstoles terminó su gloriosa carrera en busca de nuevas naciones donde poder estender el imperio del cristianismo: el otro, fué conducido por la Providencia á su patria, para que formase allí nuevos ministros que pudiesen consagrarse como él á la conversion de los idólatras.

Llegó Luis Bertran á Valencia en el mes de octubre del año 1569, donde murió á 9 de octubre de 1581. Paulo V le beatificó por su bula de 29 de julio del año 1608, y fué canonizado por Clemente X el dia 12 de abril de 1671; todos los estados del rey de España celebraron aquella fiesta con magnificencia: los pueblos de Nueva Granada, sobre todo, sobrepujaron á todos los demás en la esplendidez de sus fiestas. Luego pidieron á S. Luis Bertran por especial patrono, no dudando que él que les habia llamado á la fé, é instruido con tanta caridad, continuaria protegiéndoles despues de su muerte: Cárlos II hizo presente su peticion al papa Alejandro VIII que, por decreto de 3 de setiembre del año 1690, declaró á S. Luis Bertran, patrono y protector especial del reino de Nueva Granada. El papa declaró así mismo que fuese su fiesta de precepto en aquel pais, debiendo celebrarse en 10 de octubre, por ser el 9, dia de su muerte, el destinado para la fiesta de S. Dionisio.

Por no interrumpir la historia de las misiones de S. Luis Bertran, hemos dejado de hacer mencion de algunos hechos que en manera alguna deben omitirse.

Hácia el mes de febrero del año 1564, llegó á Santa Fé de Bogotá, en calidad de presidente de aquella real audiencia, el doctor Andrés Venero de Leiba, varon ilustre y virtuoso que tenia tanto afecto á los indígenas como celo por la propagacion de la fé. De acuerdo con los obispos y con los superiores de los misioneros, adoptó el prudente Venero de Leiba todas las medidas necesarias para organizar las tribus; porque yendo los naturales errantes y viviendo en un aislamiento completo, no podian ser fácilmente instruidos. Luego puso tambien el nuevo presidente en vigor algunas disposiciones sinodales del obispo de Santa Marta, que habian querido suprimir algunos de sus antecesores; los indígenas recibieron en su consecuencia la órden de reunirse en los pueblos, y de construir en ellos iglesias bastante capaces para que pudiesen reunirse todos al toque de la campana que debia anunciarles la oracion. Al propio tiempo se dispuso la apertura de diferentes escuelas, donde los niños y los jóvenes criollos, pudiesen aprender á orar, leer y escribir.

A peticion de Felipe II, erigió el santo pon-

tífice Pio V en metrópoli la iglesia de Santa Fé de Bogotá, el año 1566; y Juan de los Barrios, que habia dirigido hasta entonces aquella iglesia como obispo de Santa Marta, fué nombrado su primer arzobispo. La congregacion dominicana de S. Antonino fué elevada tambien á provincia independiente de la de S. Juan Bautista, la cual tenia ya á la sazon diez y siete conventos con título de priorato, y un número mucho mayor de casas de instruccion ó vicariatos dependientes de ellos, que estaban en relacion con el número de pueblos que debian instruir. Dice un historiador que vivió en aquel pais, que habia setenta pueblos confiados á los dominicos de la provincia de San Antonino, la cual se estendia por las diócesis de Santa Fé, Santa Marta, Cartagena y Popayan, hasta los confines de la de Quito, sin tener mas límites que los del nuevo reino de Granada.

CAPÍTULO VI.

Misiones de los Jesuitas en el Brasil.—Inútiles esfuerzos de los calvinistas en aquel pais y en la Florida. — Pedro Leitan, primer obispo del Brasil.

Habia otra region en la América meridional, bañada por el Océano atlántico, la de los Tupis (1), á los cuales procuraban los portugueses tomar el Brasil, que habia recibido ya de los franciscanos la feliz nueva de la salvacion, durante el primer período de la dominacion portuguesa; pero como se pensaba entonces mucho menos en aumentar el número de los misioneros, que en asegurarse por la fuerza de las armas la posesion de diferentes puntos que debian asegurar la organizacion política del Brasil, no pudieron dar los misioneros grandes resultados. Fué aquel pais dividido en alcaldías ó bailíos que fueron cedidos á título de feudos ó dignatarios del reino de Portugal. Si bien no fueron en un principio aquellas concesiones de gran utilidad, por estar los bailíos muy separados, no dejaron de ser despues de bastante importancia por haberse ensanchado y ser ya limítrofes. El primer gobernador general enviado al Brasil con la doble mision de asegurar el nuevo órden político de la colonia y procurar la conversion de los indígenas, fué Tomás de Souza, al que acompañaron seis jesuitas, pedidos por Juan III á Paulo III y á S. Ignacio de Loyola. Simon Rodriguez, provincial de la Compañía en Portugal, nombró á los cuatro sacerdotes que habia entre aquellos religiosos, á saber: Manuel Nobrega, hombre de una gran virtud, de mucho saber y de una rara prudencia, el cual fué nombrado rector; Leonardo Nuñez, Antonio Pireo, Juan Aspilcueta, y los dos hermanos Vicente Rodriguez y Diego de San Jacobo, los cuales formaron parte de aquella primera espedicion. Todos ellos eran portugueses á escepcion de Aspilcueta, que era natural de Navarra, como S. Francisco Javier. Se embarcaron los seis jesuitas con Tomás de Souza en el mes de abril del año 1549, llegando en breve á la ciudad del Brasil, llamada del Salvador (San Salvador) ó ciudad de la Bahia de todos los Santos (Bahia) (Pl. LXX, n.º 2.)

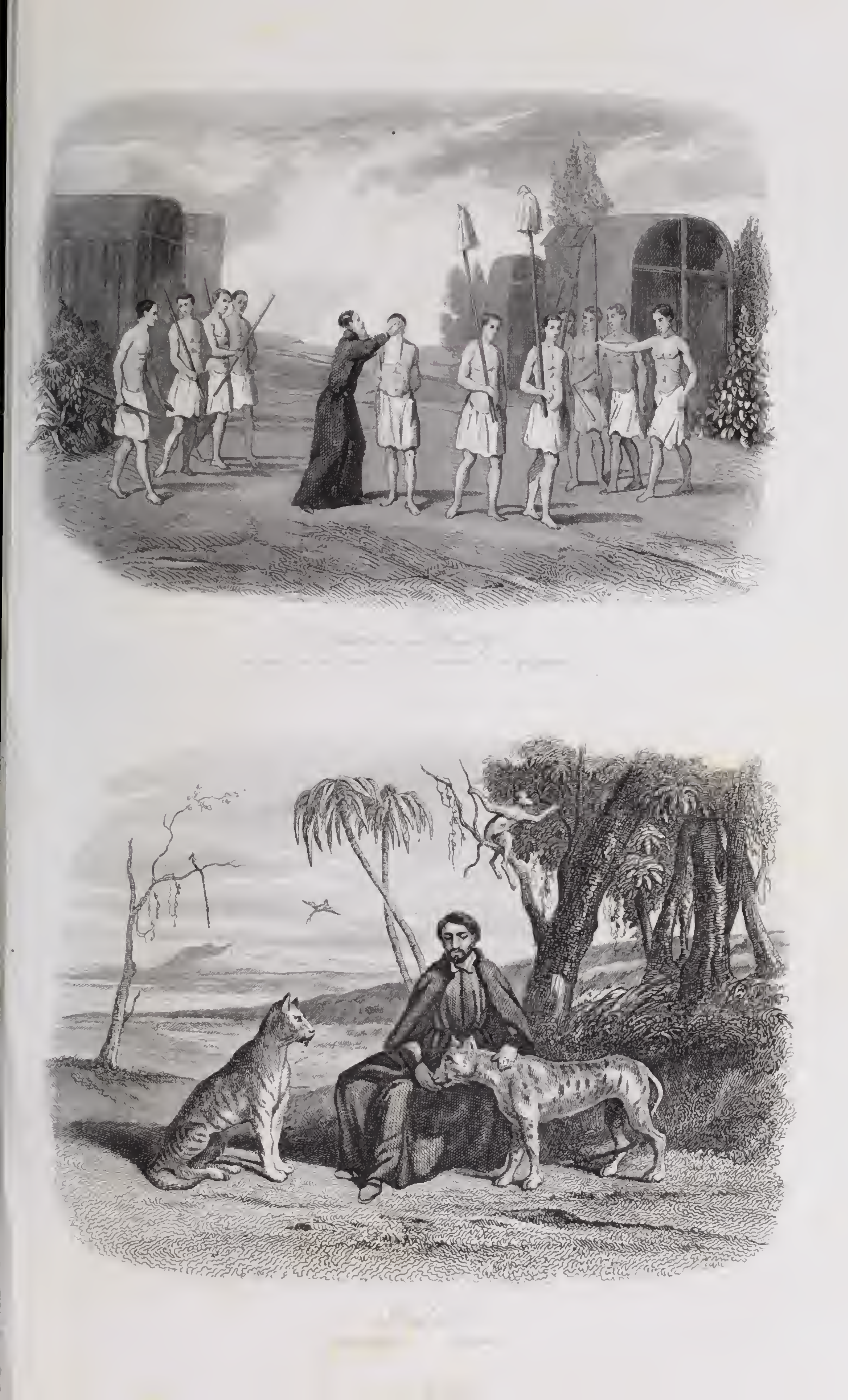
Situada en la costa oriental y casi á la entrada de la bahia, tiene aquella ciudad uno de los mas hermosos puertos de América; está una parte de ella edificada en un terreno escarpado que se eleva como unos seis cientos piés sobre el nivel del mar, y parte en la playa: fué por espacio de dos siglos la residencia de los gobernadores generales del Brasil. La parte baja bañada por el mar, lleva el nombre de Praya, y la ciudad alta, ó *Cidade-Alta*, comprende los dos arrabales de Bom-Fim, situados al norte, y el de Victoria, al sud; hay en este último la hermosa capilla de Gracia, iglesia la mas antigua de Bahia: se encuentra en la propia iglesia un sepulcro, que pertenece, segun su inscripcion del año 1582, á Catalina de Alvarez, indígena de la tribu de los tupinambas, á la cual pertenecia todo el territorio del bailío.

A la llegada de los jesuitas, se les señaló un terreno para que se construyesen en él un

(1) Véase lo que dijimos en el cap. XXXV, lib. I.

convento y una iglesia; ellos mismos fueron á procurarse en los bosques la madera que necesitaban, se labraron la piedra, buscaron la arena y el agua indispensables, é hicieron á cuestas todo el acarreo de aquellos materiales para edificarse luego la casa de Dios. Como apenas podian con las limosnas atender á sus necesidades, viéronse obligados á dedicarse al trabajo, mas no por ello descuidaron la obra espiritual que les estaba confiada, y que desempeñaron dignamente en Bahia hasta que llegó de Portugal un sacerdote secular, que se encargó de la direccion de las almas. Una vez libres de este cuidado, se dedicaron los jesuitas á convertir á los indígenas, objeto principal de su mision; dejaron la iglesia y la casa que se habian construido al cura párroco, y fueron á establecerse en una colina no muy distante de la ciudad, á la que dieron el nombre de Calvario, y cerca de la cual residian algunos tupinambas. Como todas las alcaldias tenian la misma necesidad de socorros espirituales, debieron los operarios apostólicos dividirse; por lo que Nobrega destinó al P. Leonardo Nuñez y á Diego de San Jacobo, á San Vicente; él se dirigió á Pernambuco; y los demás compañeros sin abandonar á Bahia, visitaron sucesivamente los Ilheos, Porto-Seguro y Espirito-Santo. Aspilcueta, sobre todo, por ser el que con mas facilidad aprendió el idioma de los indígenas, no cesaba de evangelizar á los habitantes de la costa, siendo en todas partes benévolamente acogido; si bien no se atrevia á bautizar á todos aquellos, cuya inteligencia empezaba á comprender ya las verdades de la religion, á causa de su inconstancia y de sus bárbaras costumbres, conferia, no obstante el bautismo á los moribundos, y llenaba los seminarios y las escuelas de jóvenes y niños, que eran en ellos instruidos y educados cristianamente. Habian sido traducidos á la lengua brasileña la Oracion dominical, el Ave-María, el Simbolo de los apóstoles, los Mandamientos de la ley de Dios, y casi todos los principales puntos del catecismo; y los misioneros, despues de haber grabado aquellas traducciones en su memoria, recorrian las tribus y la recitaban en alta voz ó cantando, á fin de llamar la atencion á los indígenas, á los que procuraban al propio tiempo atraer por medio de signos afectuosos: luego les referian la creacion del mundo, el pecado del primer hombre, la misericordia, el poder y la grandeza de Dios. En el año 1550, llegaron al Brasil otros cuatro jesuitas, llamados Salvador Roteric, Francisco Pireo, Manuel Payva y Alfonso Blaise, quienes, por decirlo así, abrieron el camino á los demás que desde entonces fueron llegando cada año. Al ver los buenos resultados que daba la fácil enseñanza adoptada, merced al atractivo que tenia para los indígenas, fué seguida en todos los puntos del Brasil, visitados por los misioneros. Maravillados los oyentes, abrazaban con placer desde luego la doctrina que se les proponia: pero, si bien dejaban aquellos antropófagos halagarse fácilmente por las verdades de la fé, rara vez llegaban á practicar los preceptos de la moral cristiana, como pudieron por desgracia convencerse de ello en breve los religiosos del Calvario. Sus vecinos, los tupinambas, habian hecho un prisionero de guerra, al que condenaron á muerte, y se disponian á comérselo, cuando los jesuitas, al saber aquel horrible festin, acudieron para impedirlo; fueron tantas las observaciones que hicieron á los hombres que habian catequizado, que, aunque las mugeres, mas ávidas de carne humana, escitasen á algunos jóvenes á la resistencia, acabaron los jesuitas por apoderarse del cadáver, que enterraron en su jardin, procurando remover la tierra en varios puntos, á fin de evitar que hallasen los salvages la sepultura. A la noche siguiente, conforme lo previeron los padres, se presentaron los tupinambas, y empezaron á escabar la tierra hasta que hallaron el cadáver; pero como los jesuitas estaban de observacion, se presentaron desde luego para salvarle de la voracidad de los caníbales; y á pesar de los furiosos gritos de las mugeres, quedaron due-

ños del cuerpo, que enterraron al dia siguiente en Bahia. Fué tal la cólera que se apoderó de los tupinambas, que por poco habrian destruido enteramente la ciudad de Bahia; viéndose obligados los jesuitas á permanecer en ella por librarse de su furor, construyéronse entonces una nueva casa, que se convirtió despues en colegio de su Compañía. Por último, se apaciguó la cólera de los indígenas, quienes se presentaron á dar una satisfaccion á los padres, que, al ver la inutilidad de sus esfuerzos, y el peligro á que la ciudad se habia visto espuesta, resolvieron no apelar en lo sucesivo mas que á la persuacion para retraer á los indígenas de su bárbara costumbre. Sin embargo, lograron que algunos de ellos renunciasen á la antropofagia; y los que quisieron persistir en ella, prometieron permitir á los jesuitas hablar con los infelices que estaban destinados á servir de alimento al vencedor: ya que no podian los jesuitas salvar su cuerpo, procuraban al menos salvar su alma, esplicándoles los principales misterios del cristianismo. De aquel modo, lograban hacer nacer en ellos el deseo de ser hijos de Dios por medio del bautismo, les sugerian un verdadero dolor de sus pecados, luego les regeneraban con el agua bautismal, y les ponian en el caso de recibir con el golpe fatal que habia de poner fin á su existencia terrestre, la corona imperecedera que ciñe la frente de los escogidos. Pero como luego el espíritu infernal sugiriese á los antropófagos la idea de que el agua que se derramaba sobre la cabeza de las víctimas contribuia á que fuese menos suculenta su carne, no permitieron aquellos que se les bautizase; por lo que convinieron los religiosos en que despues de haberse asegurado de que el paciente deseaba el bautismo, le acompañarian hasta el lugar del suplicio, donde tan solo le rociarian con el agua exprimida de un pañuelo mojado, para poder pronunciar la fórmula esencial del sacramento (Pl. LXIV, n.º 1). Los pajés. (especie de sacerdotes) al paso que esplotaban la credulidad de los indígenas, entorpecian en gran manera los esfuerzos de los misioneros: encontró el P. Nobrega á uno de ellos, que pretendia curar todas las enfermedades, y habiéndole preguntado si las curaba en nombre de Dios, creador del cielo y de la tierra, ó bien porque tuviese pacto con el maligno espíritu, se atrevió á contestarle que él era el verdadero Dios, hijo del Dios del cielo, que á menudo se le mostraba en medio del fulgor del rayo. El jesuita atacó entonces su impiedad en presencia de todo el pueblo, obligándole con la fuerza de sus argumentos y el poder de su lógica á guardar silencio; luego le exhortó á que cambiára de vida, y le prometió rogar al Señor que le perdonase sus imposturas y sus crímenes: y en efecto, penetrado el pajé de la luz de la gracia, fué admitido al poco tiempo en el número de los catecúmenos. Fueron escogidos como unos cien neófitos, por ser los que estaban mas dispuestos é instruidos de entre los ochocientos que aguardaban el sacramento de la regeneracion, los cuales despues de haber recibido el bautismo, se vieron en su mayor parte atacados de diferentes enfermedades, que atribuyeron algunos de los infieles á la influencia del agua bautismal: pero Dios permitió que la curacion de todos los enfermos hiciese impotentes los esfuerzos de la calumnia. Aquellos nuevos y fervientes cristianos empezaron desde luego á construir iglesias, á fin de poderse reunir en ellas para el santo sacrificio y todas las demás funciones religiosas que debiesen celebrarse. Los templos levantados al Señor por las manos purificadas de los nuevos convertidos, pronto fueron convertidos en otros tantos centros de civilizacion; puesto que, todos los indígenas errantes, fueron á agruparse en su derredor, para sujetarse á un reglamento que aseguraba el órden, y aprender á cultivar las tierras, cuyos frutos debian asegurarles una subsistencia abundante, y útiles medios para procurarse en cambio las producciones de la industria europea. Verdaderos padres de aquellos hombres tan profundamente degradados, no debian pa-





rar los jesuitas hasta rehabilitarles en el alma y el cuerpo, puesto que formaban á la vez una santa reunion de fieles, y una honrada sociedad de ciudadanos: nada tiene de estraño que algunas almas generosas se asociáran á su gloriosa mision. Entre los muchos portugueses que al ver las portentosas conversiones obradas por los jesuitas, determinaron entrar en su Compañía, citarémos á Pedro Correa, descendiente de la familia real de Portugal. Capitan de un buque, recorria Pedro en toda su estension la costa del Brasil, sin que nunca saltára en tierra, sino con el objeto de apoderarse á viva fuerza de los indígenas, que vendia luego en las alcaldias, donde se les empleaba en el cultivo de las tierras ó en la elaboracion del azúcar. Al obrar de aquel modo, creia el jóven portugués prestar un gran servicio á la causa de la religion y de la humanidad, porque aquellos esclavos, en sus relaciones con los portugueses, se civilizaban y convertian al cristianismo; pero, el P. Nuñez, que era el que estaba especialmente encargado de los esclavos, demostró á Correa que no tenia derecho para reducir á la servidumbre, á infortunados que ningun mal le habian hecho, y que la religion no queria siervos, y si únicamente hombres libres. Desde entonces procuró Pedro Correa reparar el mal que habia hecho á los indígenas, haciéndoles todo el bien posible; así pues, entró en la Compañía de Jesus para consagrarles su sudor y su sangre. Entre tanto, la sociedad fundada por S. Ignacio, estaba reclutando en Europa la flor de las inteligencias, y hallábase ya en el caso de poder mandar nuevos refuerzos al Brasil, donde apareció entonces Anchieta. (Pl. LXIV, n.º 2.)

José Anchieta, cuyo padre era vizcaino, nació el año 1533 en la isla de Tenerife, patria de su madre; eran ambos cónyuges nobles y ricos, pero mucho mas recomendables aun por su piedad que por su nacimiento y fortuna. Despues de haber educado cristianamente á su hijo José, le enviaron con otro hermano mayor á la ciudad de Coimbra, en Portugal, para que estudiára en el colegio que tenian allí los jesuitas. Dotado de un talento superior, no tardó en ser José uno de los discípulos mas aventajados; mostró ya desde el principio de sus brillantes estudios una gran disposicion para la poesía; pero los dones del alma eran aun en él muy superiores á los de la inteligencia; la modestia, el candor y la castidad, formaban el conjunto de su carácter angélico. Un dia, que estaba orando ante el altar de la Vírgen, le consagró su pureza; y, desprendiéndose desde luego de todas las cosas terrenas para no aspirar mas que á las cosas divinas, resolvió abrazar la vida religiosa en la Compañía de Jesus, á la que perteneció ya desde la temprana edad de diez y siete años. Los estudios y los combates espirituales del noviciado, le acostumbraron á los penosos ejercicios de aquella milicia, en la que debia distinguirse tanto; la costumbre, empero, que tenia de ayudar arrodillado diariamente la misa á ocho sacerdotes, hizo contraer su cuerpo, por no estar aun desarrollado, y le acarreó una debilidad, que fué probablemente la causa de que se le enviára, oido el parecer de los facultativos, á desplegar su celo en las regiones del Brasil. El dia 13 de mayo del año 1553, se embarcó el jóven Anchieta en Lisboa con Eduardo de Acosta, segundo gobernador general, y en compañía de los tres padres, Luis Grana, que habia sido rector del colegio de Coimbra, Blas Laurens, Ambrosio Pireo, y de los tres hermanos, Gregorio Serran, Juan Gonzalo y Antonio Velazquez, español este último, y portugueses los demás. Como iba aumentando cada dia en el Brasil el número de los jesuitas, se juzgó necesario formar una provincia de la órden, y de la que fué nombrado provincial el virtuoso Manuel de Nobrega. Con la cooperacion de aquellos nuevos operarios, fueron construidas diferentes iglesias, y particularmente una en Piratininga, donde se fundó, bajo la invocacion de S. Pablo, el primer colegio del Brasil, del que hizo Anchieta la descripcion siguiente: «Algunas veces nos hemos visto reunidos en

aquella choza mas de veinte y seis personas, sin tener otro lecho que el que formaban algunas haces de rastrojos ó yerbas secas; la pieza principal tendrá como unos catorce piés de longitud sobre diez de anchura, teniendo que servirnos á la vez para las clases, para comedor y dormitorio; pero todos nuestros hermanos están tan contentos de su habitacion, que no trocarian su cabaña por el palacio mas cómodo y magnífico. Tienen siempre presente que el Hijo de Dios nació en un pesebre, mas incómodo que el sitio en que habitamos, y que murió por nosotros en una cruz, que era aun mucho mas insoportable: hé ahí lo que hace desaparecer todas las incomodidades de la habitacion, en que los intereses de la gloria de Dios nos reunen.» Por espacio de algunos años, enseñó Anchieta la lengua latina, mientras estudiaba él la lengua del pais, de la que llegó á escribir la gramática; compuso así mismo un diccionario, algunos diálogos para el uso de los catecúmenos, esplicando los principales misterios de la fé, varias instrucciones para la confesion, algunos cánticos de devocion, y hasta algunas canciones alegres é inocentes, destinadas á sustituir otras que no podian ser permitidas. Sus versos llegaron á ser tan populares, que eran repetidos sin cesar, contribuyendo sus cantos á elevar á Dios el alma de los portugueses y de los indígenas; á peticion del provincial, que queria corregir ciertos vicios en los antiguos cristianos, que podian escandalizar á los nuevos, escribió Anchieta un drama en portugués y en brasileño, á fin de que tuviese el mismo interés para ambos pueblos; disponiendo para representarle un teatro al aire libre en la poblacion de San Vicente, residencia del provincial: inmenso fué el pueblo que de todos los puntos acudió para asistir á aquella representacion, la primera, sin duda, que se hizo en el Brasil. En el momento que los actores se presentaban á la escena, cayeron algunas gruesas gotas que parecian anunciar una tempestad, y empezaban ya los espectadores á dispersarse, cuando á una señal de Anchieta, volvieron á ocupar sus puestos; solo estalló la tempestad despues de terminada la funcion y de haberse retirado la multitud bendiciendo la piedad dulce é ingeniosa de los jesuitas, que aun en el seno de los placeres, sabian dar saludables lecciones. Aunque Anchieta no hubiese recibido aun órdenes sagradas, se unia ya con frecuencia á los sacerdotes, para recorrer, como los apóstoles, los puntos habitados por los indígenas: en una de sus escursiones, procuró el jóven misionero la gracia del bautismo á un anciano que contaba cien años, y que murió pocas horas despues cristianamente. Tal era el alto concepto en que se tenia á Anchieta por su talento y sus virtudes, que nada emprendia de algun peso el provincial Manuel Nobrega, sin consultárselo.

Los singulares beneficios que sin cesar dispensaban los jesuitas á los pueblos que estaban en sus alrededores, decidieron á diferentes carijos, que solo de oidas conocian sus virtudes, á ir á encontrarles en San Vicente, para que se dignasen instruirles en las verdades de la fé; pero Dios recompensó á aquellos pobres salvajes su buena voluntad, abreviando su viage, y permitiendo que recibiesen en su camino el bautismo de sangre en lugar del de agua, puesto que habiendo sido sorprendidos por los tupiniquinos durante el viage, fueron casi todos bárbaramente asesinados: los pocos que tuvieron la desgracia de caer prisioneros, debian ser devorados por aquellos caníbales. Un español, que era su compañero de viage, y que logró escaparse, llevó la noticia de aquella horrenda escena á la poblacion de San Vicente; tan pronto como los jesuitas supieron lo ocurrido, nombraron á Pedro Correa, que poseia perfectamente la lengua de los tupiniquinos, para que fuese en su busca y procurase salvar á los prisioneros. Los esfuerzos del héroe portugués, su persuasiva elocuencia, y sobre todo, la proteccion que le dispensó el cielo por su caridad ardiente, le valieron el dulce consuelo de salvar á los prisioneros, así como tambien á dos españoles, que se llevó consigo. El libertador de los corijos, contrajo





por ellos tan vivo afecto, al ver las bellas cualidades de que estaban dotados, que en su celo, pidió y obtuvo de Nobrega el permiso para ir á anunciarles la fé: partieron pues, Pedro Correa y el hermano Juan Souza, encargándoseles muy particularmente que estuviesen de regreso antes de la fiesta de Navidad del año 1554. Ni la fatiga ni los peligros pudieron entibiar en lo mas mínimo el ardor de los misioneros: luego de haber llegado al pais de los corijos, empezaron por hacerles odiosas sus supersticiones, por hacerles conocer y amar la ley de Jesucristo y por hacerles desear vivamente la gracia del bautismo; pero como el plãzo fijado por el provincial iba ya á espirar, determinaron ponerse en camino, ya para cumplir con la órden de su superior, ya para procurarse otros ausiliares que terminasen con ellos la obra regeneradora bajo tan buenos auspicios empezada. Llevaban por guia á uno de los prisioneros salvados por Pedro Correa del furor de los tupiniquinos que les hacian engordar para ser devorados en sus horrendos festines. Aquel desgraciado, á quien los misioneros habian obligado á separarse de una muger, con la que vivia en una intimidad escandalosa, no titubeó en vengarse, haciendo morir al hombre que le salvó su vida; hé ahí de que modo realizó su plan infame: abusando de la confianza que tenia en él un pueblo sencillo y crédulo, persuadió á los demas salvages de que Pedro Correa y su compañero trataban de hacerles degollar por otra tribu vecina. El ódio sucedió desde luego al afecto que inspiraban antes los dos misioneros; mientras se disponian á emprender la marcha para San Vicente, se les estaba preparando una emboscada que estaban muy lejos de sospechar y que debia costarles la vida. Apenas acababan de caer en ella, cuando dos de los brasileños de su escolta fueron mortalmente heridos; al ver el furor con que eran atacados, cayó Souza de rodillas, para recibir la muerte en una actitud mas respetuosa, y se vió al instante atravesado por una multitud de flechas. Todos los arcos se vuelven entonces contra Pedro Correa que, aunque herido, dirige tiernas palabras á sus asesinos, que solo contestan á ellas con nuevos golpes; entonces se arrodilla como su compañero, deja su baston, levanta los ojos y las manos al cielo, é invocando á Dios en favor de sus verdugos, recibe á un tiempo la muerte y la palma del martirio (Pl. LXXI, n.° 1.) Dos hermanos coadjutores de la Compañía de Jesus, que se consagraban por su celo á la conversion de los indígenas, fueron tambien muertos con la misma crueldad en el año 1555.

Hora es ya de que veamos el contraste que ofrecen las estériles misiones de los protestantes (1) al lado de las fecundas misiones católicas que han evangelizado tantos pueblos.

Nicolás Durand de Villagañon, caballero de Malta, sobrino de Villiers de Isle-Adam, gran maestre de la propia Órden, se habia distinguido en Africa por su valor, siendo nombrado, en recompensa de sus servicios, vice-almirante de Bretaña. Luego, empero, de haberle elevado Enrique VII á aquel empleo, se indispuso ya el nuevo vice-almirante con el gobernador de Brest, y como previese las funestas consecuencias que se le podian seguir de aquel rompimiento, se resolvió á abrazar la heregía. Vivamente alarmado el almirante de

(1) Estériles, y mas que estériles aun, perjudiciales, habian de ser precisamente las misiones del protestantismo en América. Una secta, que debe su origen al orgullo y á la impiedad de un mal religioso; una secta, que ya al nacer costó á la Europa torrentes de sangre; una secta, que solo pudo ser planteada en Alemania y Francia despues de terribles y prolongadas luchas, é introducida en Inglaterra por el desenfreno de Enrique VIII; una secta, que lleva la muerte en su seno por estar dividida en tantas otras, cuantas han sido las opiniones de los hombres de talento y de ambicion que han pertenecido á ella; una secta, cuyos pastores ó ministros se ven unidos á la tierra por indisolubles lazos que no siempre les permiten ejercer libremente las funciones de su ministerio, y mucho menos elevar su alma al cielo por medio del sacrificio; una secta, en fin, que sustituyó la razon á muchos misterios, y que en su espíritu de revuelta y desórden no paró hasta separarse del seno de su madre la Iglesia católica, no podia predicar á los pueblos la caridad, la paz, la mansedumbre evangélicas de que ella carecia, ó bien haciéndolo, no debian sus predicaciones dar ningun resultado Esto es lo que sucedió, lo que debia suceder, lo que sucederá siempre, que el protestantismo, faltando á su mision de destruir, intente crear alguna cosa. Además, se necesitaba para evangelizar provechosamente los pueblos de América, toda la fé, abnegacion y caridad de los misioneros católicos, y en verdad, son estas virtudes, que nunca han poseido en alto grado los hombres del libre exámen. (Nota del Trad.)

Coligni al ver los decretos dados contra los protestantes, trató en lo posible de evitar su efecto, procurando establecer en América algunas colonias con los pretendidos reformados; Villagañon, que conocia perfectamente los planes de Coligny, le prometió ofrecer á los protestantes un asilo seguro en el Brasil, que les pondria al abrigo de todas las persecuciones. Así las cosas, obtuvo por mediacion de Coligny una suma de diez mil libras para atender á las primeras necesidades de los colonos, junto con dos buques de doscientas toneladas, provistos abundantemente, y del todo armados, en los que fueron embarcados una compañía de artesanos, algunas tropas de infantería y varios nobles aventureros; partió aquella espedicion del Havre, cuyo puerto llevaba entonces el nombre de *Franciscoplo*, el dia 12 de julio del año 1555. Obligado Villagañon á hacer escala en Diepa, vióse abandonado por una parte de sus compañeros, lo que debia de serle tanto mas sensible, cuanto que veia disminuirse con el número de los suyos las probabilidades del buen éxito de la espedicion; finalmente, despues de un viage asaz desgraciado, llegó á 10 de noviembre á la embocadura de Rio-Janeiro, y acabó por establecerse en una isla de una milla de circunferencia, rodeada de peñascos, sin tener mas que un solo puerto dominado por dos alturas, que fueron inmediatamente fortificadas. Fijó el ex-vice-almirante su residencia en el centro de la isla, en la cima de una peña de cincuenta piés de altura, donde construyó algunos almacenes y tambien un pequeño fuerte, llamado Coligny, en justa gratitud á su protector.

El franciscano Andrés Thevet, natural de Angulema, el cual acababa de recorrer la Grecia, el Asia Menor, y la Tierra Santa, habia aprovechado aquella ocasion para visitar el Brasil, desde donde volvió á partir para Francia el dia 31 de enero del año 1556, publicando la descripcion de aquel pais, bajo el título de *Singularidades de la Francia antártica*. Escribió así mismo su cosmografía universal, en la que decia haber sabido por un portugués muy anciano que los brasileños atribuian á un Ser, llamado por ellos Maire Monan, casi las mismas perfecciones que nosotros reconocemos en Dios: puesto que aquel Ser, segun ellos, no tenia principio ni fin, habia creado el cielo, la tierra y todas las cosas, y luego se habia encarnado y hecho hombre, para aliviar con su enseñanza las necesidades de su pueblo. Esta tradicion, recogida por Thevet, habria sido de mucho interés para los misioneros católicos; pero que de nada sirvió á Villagañon, por no ser en el Brasil mas que el mandatario de la heregía, cuya esterilidad vamos á demostrar. Cuando el gefe de la espedicion calvinista hubo dado sus instrucciones, formó una alianza con los tamoyos, enemigos entonces de los portugueses, y escribió á Coligny ponderándole mucho las riquezas del pais, que los franceses llamaban *Francia antártica*, y la buena disposicion de los indígenas, y para pedirle refuerzos y algunos teólogos de Ginebra. Al recibirse en esta última ciudad las cartas de Villagañon, se presentaron desde luego catorce ministros ó estudiantes, que dijeron estar resueltos á pasar al Nuevo-Mundo. Partieron de Ginebra en 10 de setiembre del año 1556, se vieron con el almirante de Coligny al pasar por Chatillon-sur-Loing, se embarcaron en Honfleur el dia 19 de noviembre en tres buques fletados á espensas del Estado, llegando al fuerte de Coligny á 10 de marzo del año 1557. Los ministros protestantes Pedro Richer y Guillermo Chartier, iban acompañados de Juan de Lery, que escribió aquella espedicion, bajo el título de: *Historia de un viage al Brasil, llamado tambien América*. Dice el autor en ella, que todo cuanto se vé en América, sea con respecto al modo de vivir de sus habitantes, sea acerca de la forma de los animales, y en general, respecto de todos los productos de su suelo, es diferente de lo que hay en el antiguo mundo; entre todos los detalles que dá sobre las costumbres, es quizás el mas curioso la descripcion que hace de un baile religioso, durante el cual los pajés ó hechiceros dan vueltas en torno de los danzantes, á los



que arrojan por medio de su maraca (1) el humo del tabaco al oido diciéndoles: «A fin de que podais superar á vuestros enemigos, recibid todo el espíritu de fortaleza.» (Pl. LXXI, n.º 2.) Villagañon, de apóstata por temor, se convirtió en católico por conviccion, al ver por una parte la desunion que ocasionaba el libre exámen, y por otra, las pruebas de respeto y abnegacion dadas por los jesuitas: era verdaderamente admirable la unidad que reinaba en su doctrina y la conformidad de opiniones que presidia todos sus actos, mientras que los ministros protestantes se querellaban entre sí, hasta el punto de tener que hacer partir á Guillermo Chartier nuevamente á Europa para consultar á Calvino. Penetrado ó convencido de la insuficiencia y de la falta de sentido con que aquel reformador presentaba sus decisiones en materias de religion, contradijo á Richer mientras predicaba, se declaró Villagañon públicamente católico, hizo abrir los ojos á los colonos de buena fé, y obligó á embarcarse para Francia en 4 de enero del año 1558, á los que continuaban obstinados en el error. Su prudente, al par que firme conducta, llegó á consolidar su establecimiento ó colonia, á pesar de haber cesado Coligny de mandarle socorros; hé aquí lo que decia de él Mendez Sala, gobernador portugués, en una carta dirigida á su gobierno en 11 de julio del año 1560: «Villagañon se porta con los salvages de un modo muy distinto que los portugueses: es con ellos sobradamente liberal, sin faltar nunca á los mas estrictos principios de justicia. Si alguno de los suyos comete una falta es inmediatamente condenado á muerte; con esto ha logrado hacerse temer y amar á un mismo tiempo; hace instruir á los naturales en el uso y manejo de las armas; y, como la tribu con que está aliado es muy numerosa, y una de las mas belicosas, puede llegar á ser muy fuerte y temible.» Estaba el antiguo marino francés tan convencido de su poder, que dejando tan solo algunos soldados en Rio-Janeiro, se dirigió á Francia con la decidida intencion de procurarse una flota de siete buques con la que se proponia destruir la escuadra de las Indias y luego todos los establecimientos que tenian en el Brasil los portugueses; pero los disturbios que agitaban entonces al reino, no le permitieron procurarse la escuadra de que necesitaba para la realizacion de sus planes. Entonces fué cuando en lugar de ser el fuerte de Rio-Janeiro la cuna de una gran colonia francesa, no tardó en caer en poder de los portugueses, que procuraron colonizar desde luego aquella posicion, donde se alza hoy dia una gran ciudad que tiene uno de los mas hermosos puertos de América. (Pl. LXXII, n.º 1.) Son sus alrededores muy famosos por los bellos cuadros que ofrece la naturaleza; de modo que, lo pintoresco de su situacion, la benignidad de su clima y las riquezas vegetales que cubren aquel privilegiado suelo, admiran en Rio-Janeiro aun mucho mas que las obras del hombre.

(1) Especie de vaso que se emplea en varios puntos de América, y sobre todo en el Perú, para recojer un precioso bálsamo que cura las llagas y las heridas por graves que sean, con solo aplicar de él algunas gotas: tiene este bálsamo el mismo nombre de Maraca. (Nota del Trad.)

No fué el Brasil la única region del Nuevo-Mundo, en que intentó Coligny establecer el protestantismo, sino que tambien fijó á este objeto su vista en la América septentrional, conocida hacia ya tanto tiempo por los franceses; puesto que desde el año 1504, habia pescadores vascongados, normandos y bretones, que se dedicaban á la pesca del bacalao en el gran banco de Terranova, y en toda la costa marítima del Canadá. En el año 1506, Juan Denys, natural de Honfleur, hizo una carta ó mapa del golfo hoy llamado de San Lorenzo; y en el año 1508, Tomás Aubert, capitan del buque *La Pensée*, armado por Juan Ange, célebre comerciante de Diepa, condujo á Francia á muchos indígenas del Canadá. Los primeros establecimientos que fundaron en aquel pais los negociantes de Diepa, debieron de ser los que fueron creados por sus mayores en la costa de Africa, en sus primeros viages, esto es: establecimientos que servian á la vez para almacenes de los géneros

cambiados, y para albergar á los hombres que debian preparar los cargamentos. Situados aquellos establecimientos en las costas que hay junto á la entrada del golfo de San Lorenzo, la pesca del bacalao, la caza, el cambio de los objetos de peletería, ofrecian á aquellos industriosos navegantes enormes beneficios que podian procurarse dos veces al año, en razon á no ser la travesía que debian hacer mas que de setecientas leguas. El florentino Verazzano, que habia reconocido ya en el año 1508, la embocadura del rio de San Lorenzo, sin entrar en él, fué encargado por Francisco I en el año 1523, de esplorar el nuevo pais, del que tanto empezaba á hablarse ya en Francia, y de que se enterase del comercio de peletería, que acababa de adquirir tanta importancia. Sin embargo, la espedicion de Verazzano no procuró aun mas que nociones generales acerca de todas aquellas costas, desde Terranova hasta la Florida; puesto que, por no haber reconocido el Canadá, ignoraba que Terranova estuviese separada del continente, y no sabia el camino que hay al sud para ir desde aquella isla al golfo de San Lorenzo. Diez años despues Jacobo Cartier de San Malo, subió por el rio San Lorenzo hasta ciento treinta leguas mas allá de su embocadura. «La historia, dice el P. Cristian Leclercq, dirigiéndose á la princesa de Epinoy, nos revela que Mr. Felipe Chabot, conde de Baransais y de Chargny, señor de Brion, y gran almirante de Francia, que vivia con honor y con gloria durante el reinado de Francisco I, queriendo abrir el camino á los predicadores de la fé, en un pais donde no habia sido nunca anunciada, dió generosamente á Jacobo Cartier tres buques equipados á sus costas, y provistos de todo lo necesario para facilitar los primeros descubrimientos, y asentar la base de aquella floreciente colonia de la Nueva-Francia, que se vé hoy tan perfectamente organizada en el Canadá; y, trasmitiendo ó comunicando al corazon de aquel famoso piloto una parte de ese noble ardor tan comun y tan natural en todos los de vuestra familia, por estender la gloria de Jesucristo y de nuestros reyes, le mandó enarbolar en aquella region la cruz, la flor de lis, y la famosa inscripcion que valió á la monarquía francesa mas de dos mil leguas de pais en 6 de julio del año 1535, al aparecer por primera vez en la Gaspesia, y pocos dias despues en las riberas y las costas del rio San Lorenzo, concebida en estos términos: *Franciscus primus, Dei gratia, rex francorum, regnat.* Así pues, señora, ya veis como debe la Francia á vuestra augusta familia la conquista de aquella parte del Nuevo-Mundo, y que, por un efecto singular de la divina Providencia, vieron nuestros salvajes gaspesianos, con tanto placer como sorpresa, en su pais, una cruz igual ó parecida á la que adoraban sin conocerla.... Atenienses de un Nuevo-Mundo, prestaban homenage y adoracion á la cruz de un Dios que les era desconocido.» Cartier, que tenia mucha religion, insistió, á su regreso del segundo viage, en lo muy digno que seria de un gran príncipe como Francisco I, que llevaba el título de rey Cristianísimo y de Hijo primogénito de la Iglesia, procurar el conocimiento de Jesucristo á tantas naciones infieles que parecian estar dispuestas á convertirse al cristianismo. Se resolvió el proyecto de fundar una colonia, y por real cédula de 15 de enero del año 1540, Francisco de La Roque, señor de Roberval, noble picardo, fué declarado señor de Norimbega, virey y teniente general del Canadá, Hochelaga (hoy Montreal), Saguenay, Terranova, Belle-Isle, Carpon, Labrador, la Grande Bahía y Bacalaos. Partió Roberval en el año 1541, instaló su colonia en el Cabo Breton bajo el mando de Jacobo Cartier, y regresó luego á Francia al objeto de pedir nuevos socorros. Cartier y sus compañeros, viendo que no les llegaban las provisiones que estaban aguardando con tanta impaciencia, se embarcaron para la madre patria, pero como encontrasen al virey en la travesía, les hizo regresar al Cabo Breton. Roberval hizo aun otros viages al Canadá, muriendo en uno de ellos en el año 1549; desde entonces no volvió

á pensarse siquiera en la América septentrional; la idea de formar en ella establecimientos permanentes, solo fué reproducida en interés de los protestantes, cuando Coligny, obligado á renunciar al Brasil, quiso procurarles un asilo en aquella parte de la Florida que Verazzano habia descubierto, complaciéndose en creer que nadie disputaria á los franceses la posesion de la misma. El almirante confió la ejecucion de su plan á Juan de Ribault, natural de Diepa, y uno de los mas ardientes calvinistas; así pues, partió aquel navegante de su patria á 18 de febrero de 1562, con dos embarcaciones muy parecidas á las carabelas españolas: recaló en un principio á treinta grados de latitud, junto á un cabo que llamó Francés, y luego encontró á treinta y dos grados al Edisto, que se dividia en dos brazos casi iguales. Construyóse en la isla que hay en la embocadura de aquel rio, un fuerte, al que se dió el nombre de Charles-Fort, que fué el primero que tuvieron los franceses en la América septentrional; pero como Ribault regresase á Francia, é hiciesen las circunstancias mirar con descuido aquel establecimiento, llegaron la mayor parte de sus colonos á perecer de miseria (1).

(1) Segun los historiadores de aquel tiempo, viendo los calvinistas que componian aquella reducida colonia que habian sido olvidados por sus correligionarios, y ya sin confianza en ellos ni en Dios, acordaron á propuesta de su gefe, construir un buque y lanzarse al mar en busca de mejor fortuna. Dificil fué la realizacion de su proyecto á causa de los escasos medios con que contaban; pero habiendo vencido la necesidad todas las dificultades, inclusa la de las velas, que tuvieron que hacer con sus sábanas y camisas; y hallándose ya en alta mar, el hambre asaltó á aquellos aventureros. Despues de haberse visto obligados á comerse sus propios zapatos y á beber agua del mar, acabaron por devorarse entre sí. «En el colmo de la desesperacion, dice un historiador francés, uno de los calvinistas, propuso salvar la vida de los demás sacrificando la suya. No solamente aquella bárbara proposicion no fué rechazada con horror, sino aplaudida con frenesí y ya iban á sortear la víctima, cuando un soldado llamado Lachau, declaró que consentia morir en favor do sus camaradas. Le aceptaron el ofrecimiento y le degollaron al punto, sin que se perdiese una sola gota de su sangre, pues toda la tripulacion bebió de ella con la mayor avidez; en seguida el cuerpo fué dividido en pedazos que so disputaron con encarnizamiento. Aquel preludio añade el historiador, hubiese sido seguido de una carnicería mas sangrienta sin consultarse ya la disposicion de las víctimas, á no haberse visto á poco la tierra y acercádose un buque que socorrió á los aventureros.» Juzgamos inútil hacer comentarios sobre semejantes escenas y los motivos de ellas. (Nota del Trad.)

En el año 1564, Renato de Laudonniere, tambien protestante como Juan de Ribault, con el que habia formado parte de la anterior espedicion á América, fué á su vez encargado de una pequeña flota que debia dirigirse de nuevo á aquellos mares, llegando el dia 29 de junio al Cabo Francés, en la embocadura del rio de Mai, llamado luego de San Agustin, y hoy dia de San Juan, donde construyó el fuerte de la Carolina. Es muy estraño que Laudonniere no condujese á la Florida ni un solo ministro, lo que impedia que pudiese hacerse en ella ni la funcion religiosa mas insignificante; por las relaciones que nos han trasmitido los protestantes, hemos podido saber cual era la religion de los habitantes de la Florida; hé ahí los datos que acerca de ella dá Laudonniere, en su *Historia notable de la Florida, comprendiendo los tres viages hechos sucesivamente por capitanes y pilotos franceses.* El sol parecia ser la única divinidad de los indígenas, puesto que casi todos los templos le estaban consagrados, si bien variaba, segun los puntos, el culto que se le tributaba; los naturales colocaban anualmente en un poste la piel de un siervo, cubierta de toda especie de frutos, y adornada con guirnaldas y coronas de flores campestres (Pl. LXXII, n.º 2); sin embargo, el sacrificio mas comun consistia en arrojar al fuego la ofrenda, ó la parte de la víctima ofrecida al sol, despues de habérsela presentado con una corta alocucion. Segun Jacobo Le Moyne, pintor de Diepa, encargado de dibujar las costas que se descubririan, los naturales, que consideraban á sus gefes ó *parustis* como hijos del sol, y que como á tales, les tributaban honores divinos, les ofrecian el solemne sacrificio de sus hijos primogénitos. Los mismos franceses fueron una vez testigos de esta triste ceremonia (Pl. LXXIII, n.º 1), que describen en los siguientes términos: «Es costumbre en aquellos pueblos ofrecer al rey en sacrificio, á los hijos primogénitos: señalado el dia en que debe tener lugar aquella ceremonia, aceptada por el príncipe, se traslada este al lugar destinado para el sacrificio,

donde se le ha dispuesto un banco que le sirve de trono. En el centro de la plaza se coloca un pilon de dos piés de altura y de diámetro, frente al cual se coloca la madre del niño que ha de ser inmolado, y sentada sobre sus talones, y tapándose el rostro con entrambas manos, deplora la triste suerte de aquella tierna víctima. Una de las mugeres de mas consideracion de entre los parientes ó amigos de la infortunada madre, toma el niño en brazos, y vá á presentarle al rey; empezando desde luego todas las demás mugeres una danza formando círculo, en cuyo centro el niño vá tambien á bailar, y canta alguna cancion en honor del príncipe. Durante aquella funcion religiosa, permanecen seis indios, nombrados al efecto, en uno de los ángulos de la plaza, teniendo en medio de ellos al sacrificador, armado de una enorme maza y magníficamente vestido; despues de la danza y de las demás ceremonias acostumbradas en semejantes actos, el sacrificador toma al niño y de un golpe le aplasta en el pilon.» Jacobo Le Moyne, dice que los parustis no pueden decidir cosa alguna, sin tomar antes consejo: «En una época señalada, celebran anualmente los pueblos de la Florida, un consejo general, en el que se reunen todas las mañanas: el consejo tiene lugar en la plaza pública, en la que hay una gran porcion de bancos que forman un semicírculo, ocupados por el pueblo, hallándose el gefe sentado en el centro, en una especie de trono, desde el que domina á sus senadores. Es el príncipe el primero de ocupar su puesto; todos los demás pasan despues á saludarle, empezando por el presidente ó el decano de aquella asamblea, y con las manos puestas sobre la cabeza, cantan una cancion, á la que todos contestan en coro á cada estrofa, *Hé, hé*. Despues de saludar cada cual de aquel modo y de haberse sentado, el gefe espone á su consejo la causa que motiva aquella reunion, y consulta sucesivamente á los *jovas*, que son los sacerdotes ó adivinos, y á los ancianos, á cada uno de los cuales pide que emitan su opinion, sin que nunca se tome ningun partido, que no haya sido resuelto y aprobado despues de un detenido exámen. Entre tanto, las mugeres, por órden del gefe, disponen la *casina*, nombre que dan á una bebida compuesta de diferentes yerbas, cuyo jugo deben esprimir cuidadosamente despues de haberlas puesto en infusion, y hecho hervir un buen rato; antes de beberla se levanta un hombre, nombrado al efecto, y poniéndose de pié en el centro de la asamblea, pronuncia un discurso en presencia del rey, deseando que sea aquel brevaje útil á cuantos deben probarle, y que les dé el espíritu de fuerza (Pl. LXXIII, n.º 2): toma luego de mano de las mugeres una gran copa llena de aquel líquido caliente, y la presenta al gefe con mucha ceremonia. Luego de haberla apurado el gefe, ofrece á cada miembro del consejo igual dósis en la misma copa; tienen aquellos pueblos en tanto aprecio el espresado licor, que solo se juzga á los guerreros que mas se han distinguido y á los hombres notables por su prudencia en el consejo, dignos de beberle. Produce en todos cuantos lo prueban un sudor copioso; y si hay alguno en la asamblea cuyo estómago no pueda resistirle, y que se vea obligado á arrojarlo, se le considera como inútil é incapaz de hacer la guerra, en la que es preciso á los combatientes ayunar durante tres ó cuatro dias consecutivos. Basta una sola copa de aquel licor, para preservar del hambre y de la sed por espacio de veinte y cuatro horas; hé ahí porque en todas las espediciones, los hermafroditas (especie de sacerdotes vestidos de muger para indicar su estado mixto, esto es, del hombre en la realidad, y de la muger en la profesion), no llevan casi mas provisiones que algunas calabazas llenas de aquella decoccion ó jugo que tiene la virtud de alimentarles y fortalecerles, sin que se les suban sus vapores á la cabeza, conforme hemos podido notarlo en todas las grandes fiestas de los indígenas.» Solo con el fruto de la palmera hacian los naturales en la Florida, licores espirituosos. En las marchas y combates, estaban siempre los *parustis*, al



frente de sus tropas teniendo en una mano el hacha de armas, y en la otra una flecha: luego que habian logrado los habitantes de la Florida dar muerte á sus enemigos, les arrancaban la piel de la cabeza, y en las fiestas que seguian á la victoria, se ponian las viejas á la cabeza de los grupos, ostentando en sus calvas frentes, el pelo ó los cabellos de las víctimas. Las mugeres y niños hechos prisioneros durante la guerra, eran considerados como esclavos; pero los hombres eran, sin escepcion, sacrificados al Sol, y se consideraba un deber religioso el comer su carne despues del sacrificio. Los *paraustis*, que eran objeto de altos honores durante su vida, los recibian aun mucho mayores despues de su muerte: se rodeaba su sepulcro de flechas clavadas en el suelo, colocándose sobre su tumba la copa en que bebian; el pueblo, en su dolor, no cesaba de llorar durante tres dias, ayunando además rigurosamente; la cabaña, así como tambien todo lo que era de uso particular del difunto, se entregaba á las llamas, por creer que nadie, despues de él era digno de usarlo. Luego las mugeres se cortaban el cabello que procuraban esparcir sobre la tumba del *parausti*, ante la que iban á llorar diferentes de ellas tres veces al dia, durante seis meses. Debemos añadir á estos detalles la relacion de las fiestas que se celebraban para la iniciacion de las jóvenes adultas, en honor de una diosa, á la que se daba el nombre de Toya. Las leyes del pais no permitian á los estrangeros asistir á ellas, debiendo tomar los franceses que las presenciaron muchas precauciones por no ser descubiertos. Se las conducia primeramente á una gran plaza circular, que procuraban antes las mugeres limpiar con el mayor cuidado; á la mañana siguiente al romper el alba, salieron de la cabaña del *parausti* que daba á la plaza, un gran número de indígenas, pintados de diferentes colores y ostentando ricas plumas, y empezaron á formarse en torno de la plaza. Luego se presentaron tres *jovas* ó ministros de la religion, estrañamente vestidos, se adelantaron hácia el centro de la plaza con un instrumento en la mano, y empezaron á bailar cantando una romanza ó especie de oracion fúnebre, á la que contestaba la asamblea en el mismo tono. Por tres veces seguidas se repitió lo mismo, hasta que tomando de repente unos y otros igual determinacion, huyeron, como poseidos de un pánico terror, hácia los bosques vecinos. Las mugeres fueron á ocupar entonces el puesto de sus maridos, sin que hiciesen en todo el dia mas que lamentarse y gemir; solo de vez en cuando parecian enfurecerse, y se arrojaban sobre sus hijas, haciéndolas en los brazos diferentes incisiones con conchas de moluscos; cuando tenian sus manos llenas de sangre la arrojaban al aire gritando tres veces: *¡Hé Toya!* Los hombres permanecian dos dias y dos noches en el bosque; á su regreso á la plaza empezaban otra vez sus danzas, pero eran sus cantos menos tristes; luego hicieron algunos juegos bastante divertidos, y se terminó la solemnidad con un gran festin en el que se comió con esceso, por no haber tomado los convidados alimento alguno en los dos dias que duró la fiesta. Uno de entre ellos refirió á los franceses que, durante los dos dias que pasaron en el bosque, los jovas habian invocado al dios Toya, que al fin se les habia aparecido y contestado á todas sus preguntas; si bien no quiso el indígena revelar lo que habia visto y oido, por temor de arrostrar la indignacion y cólera de los adivinos. Un pueblo entregado á tales supersticiones, necesitaba en gran manera la influencia benéfica de los misioneros católicos, para salir de la eterna noche en que le tenia sumido su ciega idolatría; y, sin embargo, á pesar de su estrema necesidad, ninguna influencia moral trataron de ejercer los calvinistas en el ánimo de aquellos indígenas, si bien su permanencia en la Florida, no tardó en acabar de un modo trágico. En su prevencion contra Laudonnière, el almirante de Coligny mandó á Ribault en el año 1565, que se dirigiese con su flota al fuerte Carolina, donde llegó el navegante el dia 28 de agosto del propio año; disponíase á aumentar en él las obras

de fortificacion, cuando se presentó una escuadra española, encargada de arrojar á los calvinistas de la Florida, así como les habian arrojado los portugueses del Brasil. Don Pedro Menendez de Ávila habia hecho presente á Felipe II que los habitantes de la Florida estaban envueltos aun en las mas densas tinieblas de la infidelidad, y que el rey de España, como su soberano legítimo, estaba obligado á procurarles el conocimiento del verdadero Dios, puesto que bajo esta condicion, habian concedido los pontífices romanos á sus mayores el dominio del Nuevo-Mundo. « Solo puedo deciros, Señor, añadia Menendez, que la desgracia de tantos millares de idólatras me ha afectado hasta el punto de que, ninguna de las misiones con que podria V. M. honrarme, pudiera serme tan grata, como la de conquistar la Florida y poblarla de verdaderos cristianos. » Dióse á la espedicion propuesta por Menendez, todo el carácter de una guerra santa, emprendida contra hereges, de acuerdo con el rey de Francia, que desaprobaba, segun se decia, el establecimiento de sus súbditos calvinistas en la Florida; destinándose para aquella mision á doce franciscanos, un religioso de la Merced, cinco sacerdotes seculares y ocho jesuitas. Sin oir Ribault mas que la voz de su temerario arrojo, marchó contra la flota española al frente de sus mayores buques, y dejó á Laudonnière enfermo en el fuerte Carolina sin mas que unos cien soldados, de los que apenas habria veinte en estado de empuñar el mosquete. Alejado por vientos contrarios de la flota que iba á combatir, no pudo oponer Ribault á los españoles resistencia alguna, por lo que lograron estos desembarcar y apoderarse del fuerte que abandonó Laudonnière, dando muerte á cuantos soldados cayeron en su poder, á los que pusieron despues esta inscripcion en el pecho. « No como franceses, sino como hereges. » Laudonnière llegó sin percance á las costas de Francia; pero Ribault, cuyos buques, arrojados por la tempestad fueron á estrellarse en los peñascos de la orilla, se dirigió hácia el fuerte Carolina, cuyo nombre trocaron los vencedores por el de San Mateo, siendo pasado con todos los suyos al filo de la espada. Aquel acto de rigor con los calvinistas, fué despues cruelmente vengado por Domingo de Gourgues, que logró algun tiempo despues sorprender el fuerte de San Mateo, é hizo colgar de los árboles á los infelices soldados que lo guarnecian. (1) « Casi todos los historiadores franceses, dice Charlevoix, han aprobado aquel hecho como justo y legítimo.... Pero, á mas de que, las represalias son siempre injustas, por ser inocentes sus víctimas, y sobre todo, por ser contrarias á todos los preceptos de la moral cristiana, no titubeamos en afirmar que la espedicion del caballero de Gourgues, habria sido mas gloriosa para él y para la Francia, si hubiese hecho resaltar en ella la moderacion y la clemencia, y no aquel ciego furor que tanto reprendia poco antes en los soldados españoles. Es altamente vergonzoso para gefes cristianos, el no haber hecho lo que en otro tiempo hizo un príncipe idólatra en ocasion semejante. Despues de la derrota de Mardonio, uno de los generales de Jerjes, algunos gefes propusieron á Pausanias, rey de Esparta, que hiciese con el cadáver de aquel sátrapa, lo mismo que Jerjes habia hecho con el de Leonidas, muerto en la batalla de las Termópilas, y ahorcado por órden de aquel príncipe: « Cuán poco conoceis la gloria, contestó Pausanias, si creeis que debo procurármela imitando á los bárbaros. »

Los inútiles esfuerzos que hicieron los calvinistas por colonizar el Brasil y la Florida, tienen tanta similitud, y están tan íntimamente

(1) ¡Cosa rara! los mismos historiadores estrangeros que tanto anatematizaron el rigor con que los soldados españoles trataron á los calvinistas que defendian en la Florida el fuerte de Carolina, aplaudieron despues con frenesi el acto salvage á que se entregó para vengarlo el bárbaro gascon Domingo de Gourgues, faltando asi abiertamente no solo á todas las leyes de la humanidad, sino tambien á todos los principios de la mas sana lógica. Si injusta fué para ellos la conducta de los españoles al condenar á los calvinistas que cogieron con las armas en la mano, injusta, bárbara, monstruosa y sacrilega fué la del atroz caudillo que, despues de haber ofrecido cuartel á los soldados que no hubiera sido capaz de vencer en buena lid, les hizo colgar de los árboles. ¡Imposible parece que pueda el ciego patriotismo ofuscar de tal modo hasta las inteligencias mas privilegiadas! (Nota del Trad.)

unidos entre sí, que hemos creido deber continuarlos en una misma relacion: prosígamos ahora las misiones de los jesuitas en el Brasil.

Los tamoyos, á los cuales se habian unido algunos franceses, continuaban molestando con sus incursiones el bailío de San Vicente, situado al mediodía del Rio-Janeiro. El P. Manuel de Nobrega no titubeó en ponerse á merced de aquellos bárbaros, al objeto de ver si podia inclinar su ánimo hácia la paz; así que, acompañado de José Anchieta y de Antonio Luis, hermano coadyutor, se embarcó en el buque del genovés José Adorno, que hacia su comercio en las costas del Brasil. Furiosos en un principio los tamoyos por creerles soldados portugueses, se calmaron no obstante, al notar el semblante pacífico de Nobrega, y al oir las dulces palabras de Anchieta. Uno de los principales de la tribu exigia, como primera condicion para la paz, que entregasen los portugueses á tres de sus compatriotas que habian tomado las armas en su favor. Nobrega escribió desde luego al gobernador de San Vicente, previniéndole que no aceptára una condicion semejante, por mas que debiese el rechazarla costarles la vida á él y á Anchieta; pero como el que propuso aquella exigencia, fuese enviado en clase de diputado á San Vicente, y quedase muy satisfecho de la acogida que se le hizo, renunció á su pretension, continuando las negociaciones con mas probabilidades de buen éxito. Vivian los PP. en la casa de un anciano, cuya santa vida y estremada continencia les llenó de asombro: mas de una vez protegió aquel hombre virtuoso su existencia, salvándoles del furor de algunos indígenas que querian sacrificarles para alimentarse con su carne, sin exigirles mas recompensa que la de tenerle presente en sus oraciones; su conversion al cristianismo no tardó en verificarse. Como no se viese nunca el resultado de las negociaciones entabladas, Anchieta persuadió al P. Nobrega de que era necesario regresase á San Vicente, á fin de procurar con su presencia dar una pronta solucion á aquel negocio; dejándole á él solo entre los tamoyos, con los que, no solo el jóven misionero trató de la paz, sí que tambien de los intereses de su salvacion. La natural inconstancia de aquellos pueblos, no le permitia bautizar á los que acababa de instruir, limitándose á administrar tan solo el bautismo á los niños que se hallaban en peligro de muerte: una de aquellas infelices criaturas, fruto del adulterio, que habia sido enterrada viva por su abuelo, segun la bárbara costumbre de aquellos pueblos, que castigaban, no á la madre culpable, sino al inocente, á quien su falta habia dado la luz, fué salvada por Anchieta que la desenterró, y que respiraba aun, á pesar de hacer media hora que estaba sepultada; bautizóla y luego la entregó á unas mugeres, en cuyos brazos no tardó en espirar aquel inocente ser. Por cumplir con una promesa hecha para lograr que se le enviase en medio de los antropófagos, compuso un *Poema de la Virgen*, que constaba de cinco mil versos latinos, que procuró el misionero grabar en su memoria, por verse en la imposibilidad de escribirlos, y la reina del cielo, cuyas alabanzas cantaba de aquel modo, preservó á Anchieta de todo peligro. Impacientes los tamoyos por no firmarse la paz, intimaron al misionero que se saciase de la luz del sol, y que se dispusiese á morir, indicándole al propio tiempo el dia que habian destinado para que les sirviese su carne de alimento. «No me dareis la muerte, contestó el misionero con calma, porque no ha llegado aun mi última hora.» Súpose mas tarde que hablaba de aquel modo, en virtud de una promesa hecha por la madre de Dios. Finalmente, merced á las gestiones hechas por Nobrega en San Vicente, y á las que hizo Anchieta entre los tamoyos, la paz fué firmada; y el misionero, cuya embajada se consideró haber salvado la colonia portuguesa, pudo regresar libremente á ella. Unicamente dos tribus, de las que habia una en las orillas del Rio-Janeiro, y la otra en el Cabo Frio, se negaron á reconocer aquel tratado y á abandonar á los franceses. Los PP. Gonzalo Oliveira y José Anchieta, acompañaron, en el año 1565, á la espedicion portuguesa

destinada á combatirles; en los dos años que duró aquella guerra, vivieron los religiosos en el campo portugués, en el que lograron hacer conservar siempre el órden. En aquella época, llegó Pedro Leitan al Brasil, en calidad de primer obispo, y Anchieta fué llamado á la ciudad de Bahia para recibir en ella las sagradas órdenes; luego visitó el nuevo sacerdote la residencia del Espíritu-Santo y sus dependencias: Oliveira que se habia quedado solo en el campamento para atender á las necesidades espirituales del ejército, estaba un dia orando ante el altar, cuando las flechas enemigas, dirigidas hácia el oratorio, se plantaron en el suelo en torno del religioso, sin herirle, y sin turbar siquiera su meditacion; los portugueses, al presenciar aquel acto, se lanzaron con nuevo ardor al combate, por no dudar ya de la proteccion decidida que les dispensaba el cielo. El gobernador Mendez Sala, en 20 de enero del año 1567, ó sea el dia mismo de San Sebastian, acabó por hacerse dueño de todo el pais; arrasó dos pueblos en que los franceses se habian fortificado, purgó el golfo de los enemigos que lo infestaban, y, realizando al fin el plan de colonizacion que meditaba para fundar á Rio-Janeiro, dió á la nueva ciudad el nombre de San Sebastian. El obispo acompañaba al gobernador, para reconocer aquella parte de su diócesis, hallándose con aquel prelado el P. Acevedo, al que Francisco de Borja, general de la Compañía, habia encargado la direccion de los jesuitas en el Brasil, en clase de visitador. Anchieta, que como hemos visto, habia sido ordenado recientemente, se retiró á San Vicente; mientras seguia el visitador con Leitan y Mendez Sala, fundó en San Sebastian un colegio, al que sometió todas las residencias vecinas de San Vicente, Piratiningua, Espíritu-Santo y otras, á fin de que en lo sucesivo no formasen mas que un solo cuerpo y fuesen dirigidas por un mismo gefe.

Tenia la Compañía de Jesus en el Brasil, casas fijas y organizadas en siete ciudades y diez pueblos, de las que dependian las demas localidades de menos importancia, con sus respectivas iglesias, y las habitaciones necesarias para los misioneros que se dirigiesen á ellas en ciertas épocas: desde aquellas diez y siete residencias principales, emprendian los jesuitas sus viages al objeto de instruir á los indígenas, y al de recorrer los pueblos de los nuevos convertidos, ó á fin de internarse mas en el pais de los idólatras, que llegaron á conocer en una estension de mas de cien leguas.

Este último modo de viajar era el mas penoso, si bien era tambien en cambio el mas fecundo en resultados: el hambre, la sed, el cansancio, lo escabroso de los caminos, los mas inminentes peligros, la carencia absoluta de todo consuelo, escepto el de procurar la gloria de Dios, la crueldad y malos tratamientos de los bárbaros para colmo de tantas fatigas, hé ahí las amargas delicias reservadas á los amantes de la cruz, que iban á conducir al redil de Jesucristo á las ovejas descarriadas, y á estender, con el ausilio divino, la dominacion del Evangelio. No habia, sin embargo, obstáculos ni duras pruebas que bastasen á entibiar el ardor de aquellos adalides cristianos; al contrario, siempre eran mas frecuentes los viages que hacian en el interior de los paises idólatras para procurarse la posesion de nuevas almas, que los que acostumbraban hacer á los paises convertidos, por mas que no ofreciesen estos ningun peligro; pero, Dios, que por su misericordia infinita, se complace siempre en aumentar los frutos que riega el hombre con el sudor de su frente, no quiso que dejase de ser en el Brasil la cosecha digna de la abundante semilla, y fueron cada dia en aquella region mas numerosos los idólatras que abrieron sus ojos á la luz de la fé, y que se consagraron al servicio de su Creador.

Las visitas hechas á los pueblos de los nuevos cristianos ó á los de los idólatras mas inmediatos, procuraban tambien á los misioneros grandes triunfos: tan pronto como los convertidos habian recibido el bautismo, practicaban ya todos los ejercicios de la piedad cristiana,



y no pocas veces lograban con su ejemplo atraer los infieles á la fé. Luego del toque de la oracion al romper el dia, se reunian los nuevos cristianos, para oir misa, despues de la cual se les catequizaba en su idioma, se les enseñaban las oraciones, y se les despedia al ser la hora de empezar el trabajo: tal era el sistema adoptado en todos los puntos que recorrian los misioneros para instruir á los catecúmenos; pero en los pueblos en que tenian los jesuitas sus residencias, y cuyos habitantes eran ya mas civilizados, luego del toque de la oracion, los niños de ambos sexos, formados en dos grupos frente á la puerta principal de la iglesia, rezaban en alta voz el rosario, empezando casi siempre los niños con estas palabras: «Bendito y glorificado sea el santísimo nombre de Jesus,» continuando las niñas: «y el de su santísima madre, la vírgen María, para siempre, amen.» Despues del rosario, entraban en la iglesia para oir la misa con los demás habitantes; terminado el santo sacrificio, seguia una corta y fácil esplicacion del catecismo, en lengua del pais. Los niños se dirigian desde la iglesia á la escuela, en la que se les enseñaba, segun su edad, la lectura, el canto gregoriano y música, haciéndoles ejercitar en algunos instrumentos, que tocaban en los divinos oficios y en casi todas las funciones religiosas, contribuyendo á darles todo el esplendor posible. A las cinco de la tarde, volvian á reunirse nuevamente al son de la campana, para la doctrina cristiana y la esplicacion de la otra parte del catecismo; los niños se dirigian en procesion, entonando algun piadoso cántico, desde la iglesia hasta la cruz que habia á no muy larga distancia, donde oraban por las almas de los finados. Además de estos ejercicios diarios, tenian los jesuitas otras muchas ocupaciones no menos importantes; preparaban á los indígenas con sus instrucciones para recibir los sacramentos del bautismo y del matrimonio; bautizaban á los recien nacidos; tomaban los neófitos bajo su proteccion, sin permitir que se atentára en lo mas mínimo contra su libertad; les cuidaban en todas sus enfermedades; les administraban los últimos sacramentos en el duro trance de la muerte, y procuraban á los difuntos una sepultura eclesiástica; escogian entre los indígenas de uno y otro sexo, á los que creian estar mas dispuestos á recibir, fuera de la Pascua, el cuerpo y sangre del divino Redentor; y aquellos convertidos, preparados por sus exhortaciones, se abstenian de trabajar la víspera, se retiraban temprano para hacer en el silencio su exámen, recibian al dia siguiente con una piedad angélica el pan de los fuertes, y terminaban el dia en la iglesia, entregados á fervientes preces. La piedad de los brasileños era afectuosa y tierna: nada les afectaba tanto como la pasion y muerte del Salvador; así es que, cuantas veces se predicaba acerca de este sublime misterio, llenaban siempre el templo disciplinándose con gran fervor; hasta hacian en la semana santa procesiones de disciplinantes, en las que veian los europeos con la mayor sorpresa, á niños de la mas tierna edad imitar, segun sus fuerzas, el ejemplo de sus padres. Los indígenas convertidos se acostumbraban á cultivar las tierras y á economizar el fruto que les procuraba su trabajo, por cuyo medio podian los hombres y mugeres cubrir su desnudez: llevaban estas últimas un vestido blanco modestamente cerrado hasta el cuello, y que desde los hombros les descendia en anchos pliegues hasta los piés; les sujetaba una cinta el cabello en derredor de la cabeza, y pendia de su mano un largo rosario. Los hombres adoptaban el primer trage que les venia á mano; si bien en los dias festivos y cuando iban á la iglesia, vestian como los soldados y los portugueses. La civilizacion que iba estendiéndose de este modo en todos los puntos donde residian los jesuitas, fué dilatándose mas y mas á medida que levantaron la gloriosa enseña de la cruz en los paises de la idolatría.

Entre las regiones abiertas al celo y actividad de los misioneros, habia una, á la que miraba Anchieta con particular solicitud: tal era un áspero pais situado hácia el sud, de

muchas leguas de estension, y cuyo pedragoso suelo lastimaba los piés de cuantos le visitaban. Sin embargo, no contuvo la escabrosidad del terreno al piadoso jesuita, antes por el contrario, dábale el nombre de su *Perú*, tal era la prediceccion en que le tenia, merced á la rica cosecha apostólica que presentaba á sus ojos aquel suelo vírgen. Nunca quiso caballo ni otra montura alguna para recorrerle; so pretesto de no permitírselo su enfermedad, empezaba sus viages á pié, sin mas apoyo que su baston de peregrino, y luego de haber salido de los sitios frecuentados, se quitaba los zapatos y continuaba su camino á pié descalzo, llevando un paso tan largo y sostenido, á pesar de las malezas, que los mismos brasileños mas acostumbrados á la fatiga no podian seguirle. Algunas veces permitia Anchieta que le precediesen sus compañeros de viage, á fin de poder él recogerse libremente en el seno de Dios: y cuando despues de algunas horas se paraban aquellos para aguardarle, veian con el mayor asombro que les adelantaba el religioso de un gran trecho, cuando todos le creian detrás y á muy larga distancia. Un dia que estaba el religioso recorriendo su *Perú*, dejó á sus compañeros, y obedeciendo á una súbita inspiracion, se internó en el bosque, donde encontró un anciano indígena, sentado en el suelo y apoyado en el tronco de un árbol. (Pl. LXXIV, n.º 1.) « Adelantad el paso, le grita el anciano, porque hace tiempo que os aguardo. » Preguntóle el misionero de donde venia, y como le contestase el anciano que de una costa muy lejana, le dijo Anchieta cual era el motivo ó la causa que le traia allí, á lo que le respondió el anciano: « Vengo para que se me enseñe á vivir dignamente: » lo que equivalia á decir entre los brasileños, la ley divina, el camino de la salvacion. El misionero se informó entonces de todas las principales circunstancias de su vida; sabiendo que no habia tenido el anciano mas que una esposa, que solo habia tomado las armas para atender á su defensa, en una palabra, que nunca habia faltado á la ley natural, cometiendo un pecado grave. Tenia aquel hombre una nocion de lo justo y de lo injusto, una idea acerca del autor supremo de la naturaleza; y, preguntado sobre ciertos misterios de la religion, contestó que habia pensado en ellos, sin poder comprenderlos ni espresarlos. Despues de haber completado su instruccion, como le viese Anchieta rendido de fatiga y estenuado por los años, recogió algunas gotas de agua en las hojas de una planta, única agua que halló en aquellos sitios, y lo bautizó dándole el nombre de Adan. Al esperimentar el buen anciano los efectos de la gracia trasmitida por el sacramento, dá gracias sonriendo al Padre de las misericordias que acababa de realizar sus deseos, demuestra su gratitud á Anchieta, por haberle procurado la dicha, y libre ya de toda inquietud, entrega su alma al Creador, en el mismo sitio en que acababa de ser regenerado. El misionero, despues de haber encomendado á Dios aquella alma desprendida de su mortal cubierta, entierra el cuerpo en la arena del bosque. En otra ocasion Anchieta encontró un leproso, al que instruyó y bautizó, curándole á la vez la lepra del cuerpo y del alma: muchos mas milagros podríamos citar aun, obrados por aquel ilustre taumaturgo. Estéban Ribera de Piratiningua que le acompañaba sin llevar ninguna provision para el viage, refiere haberle dicho Anchieta que encontrarian un pescado en la orilla, y que cuando creia ser aquella prediccion un medio para escitarle á poner su confianza en Dios, vió con asombro realizada la promesa del santo misionero. Los animales, como en otro tiempo los del Eden, respecto del primer hombre, antes de perder este su inocencia, se sometian á la voluntad del siervo de Dios, cuyo bautismal ropage no habia sufrido aun mancha alguna que empañára su brillo; por esto las aves del cielo se posaban en su hombro, y acompañaban con su concierto armonioso las alabanzas que su voz inocente y pura elevaba al Señor; las serpientes, cuyas sútiles escamas halagaba su mano, olvidaban su veneno,

para no hacerle mortal su contacto; las panteras, siguiendo su huella, respetaban su oracion, y dóciles á su voz, recibian el alimento que Dios dispensa á todo ser viviente. La dulzura que brillaba en su frente serena, amansaba hasta las mismas fieras; y, sin embargo, nada hubiera deseado tanto Anchieta, como morir en un completo abandono entre las garras de una fiera, ó en el fango de una oculta y profunda hondonada. Tan pronto vivia el misionero en medio de frondosos bosques, como entre áridos é inmensos arenales, evangelizando á los idólatras, cuando se vió de repente nombrado superior de la casa de Espíritu-Santo, y mas tarde de la de San Vicente.

Entre tanto el P. Acevedo, despues de haber terminado su visita en el Brasil, regresó á Europa, poseido de la idea de que, siendo los jesuitas los únicos que se dedicaban á la conversion de los brasileños, y de que no era por lo mismo posible que pudiese procurar el Portugal los religiosos que se necesitaban, atendido el escesivo número de indígenas que reclamaban su ausilio, se hacia indispensable establecer en aquella region un semillero evangélico, por medio de un noviciado y de un seminario, en los que fuesen admitidos los discípulos de la Compañía. Cuando Acevedo atravesó Evora para trasladarse á Roma, fueron muchos los jóvenes de su instituto, y los estudiantes de la universidad, que le suplicaron se interesase con el provincial para que les permitiese ir á engrosar en el Brasil las filas de la milicia apostólica. Francisco de Borja aprobó el proyecto de formar el noviciado y el seminario de que hemos hablado antes, y mandó al P. Acevedo que volviese á Ultramar, en clase de provincial, para llevarle á cabo; y á fin de atender á las urgentes necesidades de la nueva Iglesia, le permitió además el general, admitir en la Compañía á todos los jóvenes que quisiesen seguirle, y que juzgase él aptos para aquella mision. El santo pontífice Pio V, colmó al provincial del Brasil de gracias espirituales; y hasta le autorizó, lo que era entonces una señalada muestra de aprecio, para sacar una copia del cuadro de la Vírgen, atribuido al evangelista S. Lucas, y que se conserva en la basilica de Santa María-la Mayor. Acevedo reunió desde luego en España y Portugal, sesenta y nueve jóvenes, algunos de los cuales eran ya sacerdotes, y otros cursaban teología ó filosofía, habiendo además algunos coadyutores temporales. El provincial se embarcó con cuarenta y cuatro de ellos en el *San Jacobo*; el P. Diaz, y veinte mas tomaron pasaje en el buque de D. Luis de Vasconcellos, almirante de la flota y nuevo gobernador del Brasil; y el P. Francisco de Castro, con los restantes, hizo su viage á bordo de *los Huérfanos*, buque así llamado por conducir á aquella colonia una multitud de niños, á los que un reciente contagio habia privado de sus padres, y á los que se destinaba á poblar el Brasil. Además de los sesenta y nueve miembros que acababan de ser admitidos en la Compañía, y que estaban distribuidos en los tres buques, habia algunos otros jóvenes que aspiraban á ser admitidos en el instituto, luego de haber llegado al término de su viage; la escuadra, compuesta de siete embarcaciones, salió del puerto de Lisboa á 5 de junio del año 1570, y llegó á Madera en siete dias. Hácia el año de 1556, hubo tres jesuitas que, despues de haber intentado inútilmente abordar en los Azores, fueron arrojados por la tempestad á la isla de Madera, donde hallaron á sus habitantes consternados á causa del pillage y de las demás crueldades ejercidas recientemente en aquel pais por piratas calvinistas; los misioneros, como siempre, procuraron á aquellos infortunados todos los consuelos y la fuerza que la religion inspira. Establecióse en la isla un colegio de la Compañía, y en el que fueron el P. Acevedo y sus compañeros perfectamente acogidos, por haber tenido el *San Jacobo*, en el que iba el provincial del Brasil, que separarse de la flota, para desembarcar en Palma parte de su cargamento. Era Palma una de las islas Canarias, en cuyo ar-

chipiélago habia ya jesuitas desde el año 1557, los cuales habian acompañado á Bartolomé Turriano, obispo de Canarias, para dedicarse con el virtuoso prelado á evangelizar su diócesis, por mas que debiese su ardiente celo costar en breve la vida al ilustre pastor, y á uno de los misioneros. Como supiese Acevedo que los corsarios calvinistas, que habian devastado la isla de Madera, se dirigian hácia Canarias, previno á los pasageros del *San Jacobo*, que debian resignarse á todo, hasta á morir, si era preciso, en defensa de la fé; añadiendo que, si habia alguno entre ellos que no se sintiese con fuerzas para arrostrar el peligro, le haria pasar á uno de los restantes buques. Cuatro fueron tan solo los que tomaron el partido de quedarse, y aun es de advertir que ninguno de ellos perseveró despues en su vocacion: todos los demás, que eran en número de cuarenta, siguieron decididamente á su superior. El dia 29 de junio, fiesta de S. Pedro y S. Pablo, tuvo lugar la separacion del *San Jacobo*. las abundantes lágrimas que derramaron todos los religiosos al darse el último abrazo, mostraron el triste presentimiento que unos y otros tenian de no volver á verse en la tierra.

Al dirigirse los pasajeros del *San Jacobo* á Palma, solo pensaban en la corona del martirio, y en la dicha que les estaba reservada en aquellas islas verdaderamente *Afortunadas*, caso de cumplirse en ellas el mas ardiente de sus votos. Un viento contrario obligó al buque á tocar en un pequeño puerto de la isla de Palma, donde encontró Acevedo á uno de los amigos de la infancia, que le instó vivamente á que se trasladase por tierra á la capital, donde iria despues á reunírsele el buque: fluctuaba Acevedo en seguir los prudentes consejos de su amigo, inspirados por el temor de los corsarios calvinistas que recorrian la costa, por no tener que separarse de los marineros del *San Jacobo*. Al menos, dijo al fin, quiero antes de separarme de ellos, distribuirles el sagrado pan de la Eucaristia; pero terminada la misa, durante la cual no se descuidaba nunca de pedir á Dios que le inspirase en todos los actos importantes de la vida, lejos de continuar Acevedo su camino por tierra, hizo embarcar nuevamente su equipage, y se hizo con sus compañeros á la vela para el puerto de Palma. El dia 15 de julio, al romper el alba, dió un marino la señal de que se divisaban cinco buques: y si bien se creyó en un principio que seria la flota del gobernador del Brasil, no tardó en conocerse que eran aquellos buques franceses, mandados por Jacobo Sourie, natural de Diepa, vice-almirante de la reina de Navarra, calvinista acérrimo. Creyendo el capitan portugués inminente el combate, propuso al P. Acevedo que hiciese tomar las armas á aquellos de sus compañeros que no tuviesen órdenes sagradas, que eran los mas; pero el religioso no quiso de ningun modo acceder á ello; al contrario, despues de haber dispuesto á todos los novicios á derramar su sangre por Jesucristo, les hizo descender á la cámara con el P. Benito de Castro, al que encargó acabase de exhortarles. Y él, con once de los mas esperimentados, se consagró al cuidado de los heridos, á administrar los sacramentos á los moribundos, y á desempeñar en fin todos los cargos que fuesen compatibles con su estado religioso; así que, de pié, junto al mástil, teniendo en la mano el cuadro de la Vírgen que le regalára el papa, exhortaba Acevedo á la tripulacion á combatir heróicamente y á morir con gloria por la fé católica. Tres franceses intentaron dar el abordage, pero no habiéndoles seguido sus compañeros, fueron arrojados al mar y murieron ahogados; cuantas veces volvieron á intentar el abordage fueron igualmente rechazados, hasta que llegando por último los restantes buques, vióse la tripulacion portuguesa del todo circuida y atacada á la vez por numerosos calvinistas. Sin embargo, continuaron los portugueses defendiéndose con sin igual bravura, mientras les alentaba Acevedo con estas palabras: «¡Compañeros, muramos, muramos todos por el Salvador, y para glorificar la fé, de la cual son esos hombres enemigos encarnizados!»

Al oir semejantes palabras, descarga un calvinista en la cabeza del religioso un golpe terrible que se la hiende en dos partes, sin que logre por ello interrumpir á Acevedo que, de pié en el mismo sitio continua exhortando á los suyos, hasta que recibe otras tres heridas, tambien mortales, y cae sobre el puente esclamando: «Que los hombres y los ángeles presencien que muero en defensa de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, de todo cuanto ella profesa y de todo cuanto enseña.» Sus compañeros, al ver al superior tendido en el suelo, corren hácia él con las lágrimas en los ojos para recibir su última bendicion; y bañado en su sangre, Acevedo les abraza á todos con ternura, diciéndoles: «Ánimo, hijos mios, no temais la muerte, antes bien, dad gracias al Señor, por dispensaros el beneficio de poder sacrificar por él vuestra vida: ya que tenemos un testigo tan fiel y un remunerador tan generoso, no nos mostremos cobardes en el momento de combatir por su causa.» Tales fueron las últimas palabras que pronunció el religioso al entregar su alma á Dios; conservaba con tal fuerza en sus manos el cuadro de la Vírgen, que no pudieron los calvinistas arrancárselo por mas que lo intentasen antes de arrojarlo al mar. Al espantoso estruendo que hicieron los enemigos al lanzarse sobre el buque, el P. Benito de Castro, que oraba en el fondo del mismo con los jóvenes jesuitas, subió á cubierta con un crucifijo en la mano, y adelantándose hácia el punto en que era mas terrible el choque, presenta á los calvinistas el signo de la redencion, y esclama con ánimo resuelto: «Soy católico, hijo de la Iglesia romana, y quiero morir como tal.» Recibe en aquel mismo instante tres heridas, y como continuase el religioso su profesion de fé, se le echa al mar aun antes de haber espirado. Manuel Alvaro, tambien jesuita, escita á su vez á los portugueses al combate, reprende á los calvinistas su ceguedad y su obstinacion, y recibe en el rostro una herida; luego le tienden en el puente, le cortan las piernas y le rompen los huesos para aumentar sus sufrimientos, pero lejos de desfallecer su valor en tan terrible prueba, vuelve Álvaro los ojos hácia sus compañeros, y les dice: «Hermanos mios, os suplico que no me tengais compasion, antes bien envidiad la suerte que me cabe, pues confieso no merecer la dicha que Dios me concede de morir por su gloria. Quince años ha que estoy en la Compañía, y mas de diez que pedia ser destinado al Brasil, como si previese la dichosa suerte que me estaba reservada en este viage.» Furiosos los calvinistas al oir semejante lenguaje, arrojaron al moribundo á las olas; luego viendo otros dos jesuitas que estaban orando de rodillas ante una imágen, se lanzan sobre ellos; hunden el cráneo de Blas Riveiro con el pomo de sus espadas, hasta hacerle saltar el cérebro, y matan de una puñalada á Pedro Fonseca, cortándole á la vez la mandíbula y la lengua. Entre tanto el P. Jacobo de Andrade, superior desde la muerte de Acevedo, oia en confesion á algunos de sus compañeros; por lo que, reconociendo en él los calvinistas el carácter sacerdotal de que estaba revestido, le acometen y se indignan mas y mas al oirle esclamar: «Hermanos mios, disponed vuestras almas, porque vuestra redencion se acerca.» Ciegos de furor los calvinistas se lanzan sobre él, le cosen á puñaladas y lo arrojan vivo al mar; dos otros jesuitas, Gregorio Escrivan y Álvarez Mendez que estaban enfermos, se visten como mejor pueden y se dirigen hácia los verdugos de sus compañeros para alcanzar á su vez la inmortal corona: habrian podido conservar la vida quedándose en la cama y diciendo que no eran compañeros de los mártires; pero como prefieren ganar la misma palma á prolongar su vida, quieren morir en defensa de la misma causa. Un jóven de diez y ocho años, llamado Simon de Acosta, cuyo esterior y distincion revelan en él al descendiente de una ilustre familia, fué presentado á Sourie, que se prometia alcanzar por él un buen rescate; en esta esperanza, le pregunta el corsario si es tambien jesuita, y por mas que pudiese el jóven negándolo salvar su vida, declara que

es compañero y hermano de los que mueren por la fé católica, apostólica y romana. El bárbaro Sourie le hace estrangular, siendo luego su cadáver arrojado á las olas; una vez dueños enteramente del buque, dan el saqueo, vacian los cofres en que colocára Acevedo los objetos de devocion, profanan las reliquias, queman un pedazo de la verdadera cruz, clavan sus puñales en un crucifijo; y uno de ellos, revistiéndose en escarnio como el sacerdote en el altar, parodia las ceremonias de la misa. Como la artillería de los calvinistas franceses habia causado bastantes estragos en el *San Jacobo*, hicieron reunir los corsarios á todos los jesuitas que quedaron con vida, y despues de haberles abofeteado, se les puso á la bomba para estraer el agua que estaba haciendo el buque, si bien no debia aquel trabajo durar mucho tiempo; porque habiendo sabido Sourie que quedaban aun algunos jesuitas, mandó en alta voz que se acabase con todos ellos: « Matad, matad á esa canalla, que iba al Brasil á sembrar el papismo, esclama; arrojad al mar á todos esos perros jesuitas. » A esta órden del vice-almirante, los soldados se apoderan de los cautivos, les atan de dos en dos, les arrastran hácia la baranda del buque, y despues de dar á cada uno de ellos diferentes puñaladas, los arrojan á las olas, (Pl. LXXIV, n° 2) bajo las que desaparecen los mártires entonando el *Te-Deum*. Llevaron los calvinistas franceses su barbárie hasta el punto de cortar las manos á algunos de los jesuitas, á fin de que no pudiesen, en las convulsiones de su agonía, agarrarse al buque: de este modo perecieron aquellos religiosos ó novicios de la Compañía de Jesus, jóvenes en su mayor parte, de quienes no habian recibido los calvinistas daño alguno, pero que, como jesuitas, ó lo que es lo mismo, como esforzados campeones de la fé, eran objeto de todas las violencias de la heregía. El mismo Jacobo Sourie, se apoderó poco tiempo antes de un buque que conducia dos franciscanos y dos sacerdotes seculares, á los cuales no hizo daño alguno, al paso que no dejó despues en vida ni á uno solo de los discípulos de S. Ignacio, prueba evidente de que era la Compañía de Jesus el blanco del furor de los calvinistas. Preciso nos es hacer una rectificacion, puesto que hemos dicho haber dado muerte los calvinistas á todos los jesuitas, cuando se salvó á uno de los cuarenta que iban á bordo del *San Jacobo*: á medida que los corsarios iban separando á los religiosos de entre los demás cautivos, examinaban cuidadosamente las manos y el vestido de cada uno de ellos; y viendo que Juan Sanchez tenia las manos súcias y callosas, y que llevaba tambien un trage corto y no muy limpio, le preguntaron si era el cocinero de los religiosos; habiendo contestado afirmativamente, se le salvó la vida para conferirle el mismo cargo ó empleo. De este modo permitió Dios que sobreviviera aquel religioso para poder atestiguar todas las circunstancias que precedieron al martirio de sus hermanos; permaneció Sanchez con los calvinistas hasta su regreso á Francia, desde donde volvió á dirigirse á Portugal. Sin embargo, algunos de los portugueses á quienes se salvó la vida, llevaron á Madera mucho antes la noticia de aquel trágico acontecimiento, en cuyo punto se encontraban aun los otros treinta miembros de la Compañía que se habian detenido allí, de modo que el P. Diaz envió ya en 18 de agosto al P. Henriquez, provincial de Portugal, la triste relacion de lo ocurrido el dia 15 de julio. La escepcion hecha en favor del hermano cocinero, reducia á treinta y nueve el número de víctimas; pero como los mártires de Sebaste, eran cuarenta los misioneros del Brasil que habian de morir, por estar así dispuesto en los decretos del Eterno. Un jóven, llamado San Juan, sobrino del capitan que mandaba el *San Jacobo*, se afectó tanto al ver los actos de virtud y de piedad de los jesuitas, que habia pedido al P. Acevedo, y obtenido de él mismo, el favor de ser admitido en el número de los novicios, aunque sin llevar el hábito, por no haber ninguno de repuesto en el buque. En el momento de hacer la eleccion, se colocó el jóven sin proferir palabra al lado de los cor-

deros que habian de ser sacrificados, si bien se le rechazó, diciendo que no pertenecia al número de los que debian morir. «Os engañais, contestó el jóven con resolucion y esfuerzo; he sido admitido en la Compañía de Jesus, y como tal, quiero predicar tambien en el Brasil las verdades de la religion católica.» Pero como ni aun así se atendiese á su generosa reclamacion, tomó uno de los hábitos pertenecientes á los mártires que habian sucumbido, se lo puso precipitadamente y se presentó de nuevo á los asesinos que, en su ciego despecho le dieron entonces la muerte, arrojando despues su cadáver al mar. Aunque San Juan no perteneciese de hecho á la Compañía de Jesus, completó no obstante el número de sus cuarenta mártires, cuyos nombres, escritos ya en el libro de la vida, no podrán caer nunca en el olvido, son los siguientes: P. Ignacio Acevedo, hijo de Oporto, provincial del Brasil; P. Benito de Castro, portugués; P. Jacobo de Andrada, Manuel Álvaro; Blas Ribero, natural de Braga; Pedro Fonseca; Gregorio Escrivan; Álvaro Mendez; Simon de Acosta; Francisco Álvaro Covillo; Domingo Hernandez; Alfonso Vaena, español, natural de Castilla la Nueva; Gonzalo Henriquez, diácono; Juan Fernandez de Lisboa; Juan de Mallorca, aragonés, Alejo Delgado; Luis Correa; Manuel Rodriguez; Simon Lopez; Pedro Nuñez, español; Francisco Magallanes; Nicolás Dinys de Braganza; Gaspar Álvarez; Antonio Hernandez de Montemayor; Manuel Pacheco; Pedro Fontaura; Andrés Gonzalez, natural de Viana; Jacobo Perez; Juan Baeza, español; Márcos Caldeira; Antonio Correa, natural de Oporto; Hernando Sanchez, español; Francisco Perez Godoy, español, natural de Torrijos; Juan de San Martin, hijo de Illescas, Portugal; Juan de Zafra, español, hijo de Toledo; Antonio Suarez, español; Estéban Zuzayre; natural de Vizcaya, el cual antes de partir de Plasencia, donde vivia, para ir al Brasil, dijo al P. José Acosta, su confesor, que partia alegre y contento, por tener la certeza de alcanzar el martirio. Habiéndoselo preguntado como lo sabia, contestó que el Señor se lo habia revelado. Los PP. Julio de Cordara y de Beauvais, de la propia Orden, escribieron la vida de Acevedo; tambien el P. Jacobo Courtais, llamado el Burguiñon, pintor y jesuita, hizo, con motivo de la muerte de Acevedo y de sus compañeros, un cuadro magnífico; pero el mas bello monumento de su triunfo es la bula de 21 de setiembre del año 1742, por la que el papa Benito XIV, reconoce el martirio de los cuarenta jesuitas.

Un mes despues del sangriento drama que acabamos de referir, prosiguieron los jesuitas que se habian quedado en Madera, su viage hácia el Brasil; siendo tan fuertes las tempestades que tuvieron, que quedó la flota enteramente dispersada; el buque en que iba el P. Diaz con diferentes de sus compañeros, fué á parar á la isla de Cuba. Llegó el buque en tan mal estado, que fué preciso abandonarlo en el puerto mismo de Santiago; y como los viageros no encontrasen en él proporcion para continuar su viage, resolvieron dirigirse al puerto de la Habana, á fin de ver si les seria allí mas fácil procurarse otra embarcacion. Dirigiéronse pues á aquel puerto, al que llegaron en un mal buque, despues de haber sufrido durante tres dias un horroroso temporal, del que solo lograron salvarse milagrosamente; por último, fletaron un barco para dirigirse á la isla de los Azores, á donde llegaron en el mes de agosto del año 1571. Luis de Vasconcellos, con el P. Francisco de Castro, y otros cinco miembros de la Compañía de Jesus, habian llegado ya anteriormente á aquella isla; pero viendo el almirante que su flota se habia disminuido hasta el punto de tener apenas bastante gente para tripular un solo buque, resolvió dejar los demás, y no conservar mas que uno para dirigirse al Brasil. Solo quedaban ya entonces catorce miembros de la Compañía, á saber: los PP. Pedro Diaz y Francisco de Castro, y doce de ellos que no eran aun sacerdotes, los cuales se embarcaron el dia 6 de setiembre

del año 1571 con Vasconcellos. Algunos dias despues de haberse hecho á la vela, descubrieron cinco buques de alto porte, cuatro de los cuales eran franceses y el otro inglés, mandados por Du Bearnais Capdeville, calvinista como Jacobo Sourie, y en el buque del cual se hallaba cuando aquel corsario apresó al *San Jacobo*. Los portugueses se dispusieron desde luego á combatir, empezando por tomar los sacramentos; el combate no se empeñó hasta el dia siguiente, 13 de setiembre, el cual á pesar de ser las fuerzas de los católicos tan inferiores, fué sangriento y terrible: el almirante Vasconcellos, que murió con la espada en la mano, tuvo al menos el consuelo de no presenciar la derrota que iba á causar á los portugueses su muerte gloriosa. El P. Francisco de Castro, que estaba confesando al piloto, herido mortalmente, fué asesinado por los calvinistas tan pronto como reconocieron su carácter sacerdotal, al lado mismo de su penitente; el P. Diaz, que confesaba tambien á los heridos en el fondo del buque, subió á cubierta al oir el espantoso ruido y gritería de los corsarios, seguido del hermano Gaspar Goes, para reunirse con el P. Francisco de Castro; pero descubiertos por los hereges así que se presentaron sobre el puente, sufrieron la misma suerte que habia cabido al mártir, siendo sus tres cuerpos arrojados al mar. Entre tanto, los demás miembros de la Compañía, en número de once, estaban resignados aguardando en la cámara el momento en que se presentarian sus verdugos para asesinarles; mas viendo que estos no acudian, y que, por el contrario, habian cesado en la cubierta del buque la confusion y el ruido, se alentaron mútuamente á morir por Jesucristo, y se presentaron en el puente para sufrir la misma suerte de las tres primeras víctimas. A todos los insultos y golpes de los calvinistas, solo contestaron diciendo que eran ardientes católicos; encerróseles de noche en la cámara de Vasconcellos, atándoles las manos á la espalda; y como durante esta operacion lanzase Miguel Aragonés un suspiro, por haberle tocado la herida que acababa de recibir en un brazo, lejos de mostrar los calvinistas por ello la menor compasion, se apoderaron de él y le arrojaron al mar, junto con Francisco de Paul que se encontraba á su lado (Pl. LXXV, n.º **1**). Los demás religiosos permanecieron atados toda aquella noche y parte del dia siguiente, sin que se les diese alimento alguno; de vez en cuando, para dar los calvinistas una nueva prueba de su crueldad, se presentaban á la puerta de la cámara, anunciándoles unas veces que iban á ser puestos en libertad, y otras que se les habia condenado á muerte. Nunca dieron los prisioneros contestacion á los ultrages que se les dirigian, procurando únicamente animarse entre sí, para sufrir con paciencia los tormentos que les estaban reservados; por último, se les sacó de su estrecha cárcel y se les condenó á muerte. Ya estaban dispuestas las cuerdas para colgarles del palo mayor, cuando aplazó Capdeville la ejecucion de la sentencia, en la esperanza de que le entregarian los religiosos todo el oro que llevaban para fundar en el Brasil sus establecimientos. Pero habiendo sabido luego su estrema pobreza, mandó dejar en el buque portugués, á Jacobo Carvallo y Pedro Diaz, homónimo del otro padre que habia sido muerto, y que fuesen los otros siete restantes trasladados á su propio buque, en el que empezaron los calvinistas á injuriarles nuevamente. Mientras que los ultrages fueron personales, los siete religiosos guardaron silencio; pero cuando oyeron hablar del papa de un modo indigno, así como tambien de los santos y de todas las cosas sagradas, reprendieron con santa resolucion á los impíos, que furiosos al oir las observaciones de los jesuitas, les abofetearon brutalmente. Hallábase entre los novicios un jóven llamado Pedro Fernando, de oficio carpintero, que iba sin sotana en el momento de ser el buque portugués apresado; así que, temiendo no ser reconocido como jesuita, y perder por ello la corona del martirio, se fué desde luego al lado de sus compañeros, sin separarse de ellos ni un solo





instante. No hubo atrocidad que no cometiesen los calvinistas con aquel buen novicio, que, en medio de los tormentos se estremecia de gozo, y en el trasporte de su reconocimiento esclamaba: «¿Qué es lo que he hecho, Dios mio, para merecer la dicha de sufrir algo por vos?» Cansados por un momento los calvinistas de hacer las veces de verdugos, se alejaron de los religiosos, quienes aprovecharon aquel corto respiro para animarse mútuamente y disponerse á morir; siendo Pedro Fernando, á pesar de su juventud, el que mostraba desear con mas ansia los tormentos. Mientras trataban los religiosos de la serenidad con que debian soportar su último combate, se les presentaron los calvinistas, resueltos á entablar con ellos una especie de controversia. «¿No veis, les dijeron, que estais en nuestro poder? — ¿Por qué no pedís á la Vírgen María y á los santos, en cuya intercesion teneis tanta confianza, que os rompan las cuerdas con que os sujetamos? — No hay duda, contestaron los misioneros, que si debiese nuestra vida prolongarse, la bienaventurada Vírgen y los santos del paraiso, obtendrian de Dios nuestra libertad; pero como nos es mejor morir ahora en defensa de la fé, se abstienen de romper nuestras cadenas.» Los calvinistas por toda contestacion, escupieron al rostro de los mártires. Alfonso Fernandez, superior de sus compañeros, en virtud de la muerte de los otros padres, reprendió á un herege por sus blasfemias, y como le dijese el desalmado, que iba aquella reprension á costarle la vida, contestóle el misionero: «Todos mis compañeros y yo, estamos prontos á morir, siempre que Dios lo disponga.» Hasta el anochecer no se realizó la amenaza del feroz soldado: despues que los hereges se hubieron entregado en la mesa á todos los escesos, circuyeron á los religiosos, agrupándose ocho ó diez en torno de cada uno de ellos, y les arrojaron con furia al mar (Pl. LXXV, n.º 2); Pedro Fernando y Juan Alvaro, que no sabian nadar, se ahogaron desde luego. Los cinco restantes se sostuvieron un buen rato en la superficie de las aguas, exhortándose mútuamente á ofrecer con amor á Jesucristo, el sacrificio de sus vidas; pero como faltasen por último las fuerzas y la respiracion á tres de ellos, se pidieron recíprocamente perdon de las faltas cometidas, dieron el último adios á Jacobo Fernando y Sebastian Lopez, que, por habérseles dado el alimento un poco mas tarde, continuaban luchando aun, y desaparecieron para ir á recoger la inmarcesible palma del martirio en el fondo del mar. No solo siguió Jacobo Fernando á la flota con bastante facilidad por haber cesado el viento, si no que hasta llegó á alcanzar una de las embarcaciones, en la que se le recibió, por haber dispuesto Dios que quedase un testigo para procurarnos los detalles de aquel acontecimiento. En su desesperada lucha, no cesaron los cinco misioneros de encomendarse á Dios, y para mejor resistir las tentaciones del maligno espíritu, que tanto asedia al hombre en su última hora, recitaban juntos el símbolo de los apóstoles y otras oraciones. Alfonso Fernandez empezó el salmo *Miserere mei Deus*, que continuaron sus compañeros alternando con él; seria como media noche, cuando pronunciando estas palabras: *Tibi soli peccavi*, faltaron las fuerzas á Alfonso, que no paró hasta el fondo del mar. Luego se ahogó Alfonso Andrés Pais, pronunciando el santo nombre de Jesus, por cuyo amor moria; Fernando Alvaro, fué de entre los tres, el que mas resistió al furor de las olas. Al ver Sebastian Lopez que todos sus compañeros habian sucumbido, que quedaba enteramente solo en medio de las olas y de las sombras de una noche profunda, y que continuaba la lluvia cayendo á torrentes, sintió por un momento oprimírsele el corazon, y creyó llegada su última hora; pero animado luego al ver una luz á corta distancia, hizo un supremo esfuerzo y alcanzó la flota, pero al acercarse el misionero á uno de sus buques, pidiendo socorro, fué rechazado cruelmente hasta que encontró otro, en el que un calvinista, menos cruel que los demás, ó arrepen-

tido tal vez de haber abandonado la religion de sus padres, tendió la mano á Sebastian Lopez, y lo ocultó procurándole los ausilios necesarios. Dos fueron por lo tanto los religiosos milagrosamente salvados, despues de haber tenido que luchar por espacio de muchas horas con una muerte segura, en medio de un mar embravecido. Informado por ellos el P. Francisco Henriquez, de la catástrofe ocurrida, envió desde Lisboa á Roma el dia 19 de diciembre del año 1571, la relacion de aquel nuevo martirio de los jesuitas. Hé ahí los nombres de aquellas ilustres víctimas cristianas: Pedro Diaz, Francisco de Castro, Gaspar Goes, Miguel Aragonés, español, natural de Tarragona, Francisco Paul, Juan Alvaro, Pedro Fernando, Alfonso Fernandez, Alfonso Andrés Pais, Pedro Diaz, homónimo del superior, Jacobo Carvallo y Fernando Alvaro. Estos doce confesores de Jesucristo, unidos á los otros cuarenta de que hemos hecho ya mencion en el presente capítulo, formarán el número de cincuenta y dos mártires.

Tal fué el glorioso resultado del viage que emprendió Acevedo para propagar la fé católica en el Brasil; procurarémos, por ahora, no ocuparnos mas de las misiones de aquel pais, á fin de no alejarnos demasiado de la época en que empezaron los jesuitas en Africa sus trabajos apostólicos.

CAPÍTULO VII.

Mision de los jesuitas en Berbería, Congo, Angola y Abisinia.

Desde el año de 1548, á peticion del gobernador de Ceuta, asiento del gobierno de las posesiones portuguesas en el norte de Africa, el P. Simon Rodriguez envió á los padres Juan Nuñez Barreto y Luis Gonzalez á dicha poblacion, cuyos habitantes llevaban una vida muy relajada; pero merced á los esfuerzos de aquellos dos jesuitas, no tardó en desaparecer aquella licencia y fué casi trasformada aquella poblacion en una verdadera comunidad religiosa. En Tetuan, ciudad sometida á los mahometanos é inmediata á Ceuta, se hallaban á la sazon unos seiscientos esclavos cristianos, de cuyo número rescataron una buena parte aquellos religiosos, consolando y animando á los restantes.

Hácia la misma época, la Compañía de Jesus dió comienzo á una mision en un pais distante del precedente mas de mil leguas. El dominico Labat, y, segun su testimonio, el historiador Walckenaer, dicen que Juan III, rey de Portugal, envió á Diego, rey de Congo, algunos misioneros escogidos de la Compañía de Jesus, que S. Ignacio, añaden, habia fundado cuatro años antes. Estos misioneros debieron llegar al Congo á fines del año 1538 ó á principios de 1539, poco tiempo antes de la muerte de Diego, acaecida en 1540, despues de un reinado de unos ocho años, durante los cuales la religion hizo notables progresos en el reino. Diego tuvo por sucesor á Enrique V, que no tardó en ser muerto en una guerra contra los Anzicos, pueblos antropófagos; sucediéndole Alvaro I en el año 1542, muerto en 1587. Jarric pone, en el año 1549, la llegada de los jesuitas en el Congo, manifestando de este modo, que no fueron conocidos en aquel reino hasta el reinado de Alvaro I; pero, indicando la verdadera fecha de su viage, anuncia este historiador que llegaron en tiempo de Diego, lo que no puede ser. Diego murió en el año 1540, la Compañía de Jesus no fué aprobada por el papa hasta el 27 de setiembre del mismo año, y S. Francisco Javier, primer misionista de esta órden, no se embarcó en Lisboa hasta el 7 de abril del año 1541. La partida de los apóstoles del Congo fué muy posterior. Al sentarse en el trono Alvaro I, escribió al rey de Portugal para renovar la antigua alianza religiosa y comercial. Dirigiéndose despues al obispo de la isla de Santo Tomás, á quien las revueltas políticas habian impedido trasladarse al Congo, se valió con buen éxito de la autoridad de este prelado para restablecer la tranquilidad en el reino y el buen órden en el clero. Habiendo llenado estos deberes, regresó el obispo á su isla donde halló el fin de una

vida santa y laboriosa, quedando por tercera vez aquellas regiones huérfanas de su prelado, de lo que se resintieron algun tanto su religion y sus costumbres. Sabedor de ello Juan III, pidió al colegio de jesuitas de Coimbra, que habia fundado, cuatro misioneros para el Congo, y se nombró á los PP. Jorge Vaz, superior de la mision; Cristóbal Ribera, Jacobo Diaz y Diego Soveral que se dirigieron primero á Santo Tomás. Despues de haber permanecido enfermos por algun tiempo en aquella isla, se trasladaron al puerto de Pinda, en el embocadero del Zairo. Sabedor de su llegada, el rey mandó que dos de sus principales gefes saliesen á recibirles, quienes les honraron haciéndoles llevar en caballos de palo (1). Tambien el rey con su familia salió al encuentro de los jesuitas hasta la cruz levantada fuera del recinto de su capital. Acojióles con la mayor bondad y les dió una casa, en la que el P. Soveral abrió en seguida una escuela, frecuentada por seiscientos jóvenes del pais, á quienes enseñó á leer y escribir, y muy particularmente los elementos del cristianismo. Los demás religiosos, se dedicaron, con gran contentamiento del rey, á reformar con sus pláticas doctrinales las costumbres relajadas de los antiguos cristianos y á convertir á los idólatras. En el corto período de cinco meses el P. Ribera catequizó y administró las aguas del bautismo á mil setecientos indigenas; el P. Diaz á cuatrocientos, y á trescientos el P. Vaz; además, este último habiendo estendido su mision á los alrededores de la ciudad, llegó á contar unos dos mil setecientos neófitos. Este mismo religioso, independientemente de las iglesias construidas en otro tiempo por Alfonso I, ordenó la construccion de otras en los arrabales bajo la advocacion del Salvador, Ntra. Sra. de la Ayuda y San Juan Bautista. Jorge Vaz murió agobiado bajo el peso de tanta fatiga y Diego Soveral se hizo á la vela para Europa, á fin de dar cuenta al general de la Compañía de los obstáculos que de repente se habian opuesto al desarrollo de la mision, hasta entonces en un estado tan floreciente.

Diaz y Ribera en vez de limitarse á cultivar la viña del Señor, se ocupaban en asuntos demasiado temporales, agenciando para facilitar á los europeos toda especie de relaciones comerciales con los indigenas. Semejante conducta que tendia á desnaturalizar el apostolado, no podia ser tolerada por S. Ignacio, que dispuso reemplazáran aquellos religiosos, los padres Noguera y Gomez. El primero, halló la muerte cuando daba comienzo á sus trabajos apostólicos; y el segundo, sobre quien habia hecho nacer la desconfianza, la imprudencia de sus antecesores, en vano mostró la mas completa abnegacion y el celo mas admirable. Verdad es que la inconstancia del rey contribuyó en gran parte á que fuesen escluidos los jesuitas en el año 1555. Poniendo desgraciadamente toda su confianza en unos jóvenes á quienes dominaba el ardor de las pasiones, su favorito y pariente Francisco Ballamatare declamó abiertamente contra una religion que prohibia tener mas de una muger, y produjo una impresion desfavorable en un pueblo que echaba muy de menos las libertades de la poligamia. Este enemigo del cristianismo murió en una edad poco avanzada; y apesar de su apostasía, el rey le hizo enterrar en la iglesia de Santa Cruz. Refiere Lopez que durante el silencio de la noche se oyó un gran rumor y que al siguiente dia, por la mañana, vieron horrorizados que el techo habia sido descubierto, y el cadáver del apóstata arrebatado de su tumba. Si bien este hecho tan estraordinario no convirtió al rey, fué un aviso que Dios le dió.

Los jagas que habian saqueado y arruinado la mayor parte de los paises vecinos, entraron en el reino del Congo por la provincia de Batta; y no habiendo podido resistirles el ejército que se mandó contra ellos, adelantaron hácia la capital. El rey salió de ella al frente de algu-

(1) Estos caballos de palo, son unos gruesos maderos de ocho piés de largo y un pié de ancho, sobre los cuales se coloca un cuero de buey á guisa de silla de montar. Los dos estremos de los maderos descansan sobre las espaldas de dos hombres que son reemplazados por otros de vez en cuando. (Nota del Trad.)

nas tropas; pero no contando con suficientes fuerzas para aventurar una batalla, volvió á regresar á la ciudad, desde donde la necesidad le obligó á trasladarse con su principal nobleza á una isla del rio Zairo. Los habitantes de San Salvador tambien se vieron obligados á buscar un refugio en las montañas; y el enemigo hallando la ciudad sin defensores, la redujo á cenizas. Despues de esta espedicion, los jagas se dividieron en varios ejércitos que se derramaron por las provincias del reino con el objeto de saquearlas. No tardó el Congo en verse sumido en la mas espantosa miseria, y errantes la mayor parte de los habitantes por los bosques y montañas para evitar el furor de los jagas, casi todos perecieron de hambre ó de enfermedades. Tambien el hambre y la peste diezmó á los que habian seguido al rey. Dábase un esclavo por el precio de un pedazo de carne; los padres vendian á uno de sus hijos para procurarse el sustento de un solo dia, y al siguiente volvian á hallarse en la necesidad de vender otro. Estas infortunadas víctimas de un comercio tan bárbaro como la violencia de los jagas, eran compradas por los portugueses que venian de la isla de Santo Tomás con buques cargados de provisiones. El negro que vendian se reconocia voluntariamente por esclavo, con el solo objeto de aplacar su hambre; y entre ellos se contaban nobles de primera clase y hasta príncipes. Este colmo de infortunio, inspiró sentimientos religiosos al rey que acababa de ser atacado de hidropesía. Imploró la proteccion del soberano de Portugal, quien le mandó un cuerpo ausiliar que derrotó á los jagas en varios encuentros y le restableció en su trono. Sabedor el rey de Portugal de que habia varias minas de oro y plata en Congo, envió al propio tiempo dos personas hábiles para descubrirlas y beneficiarlas; pero Francisco Barbuto, portugués, que residia en la corte del rey del Congo, aconsejó al soberano que no descubriese las minas sino queria comprometer su corona; y Alvaro que siguió aquel consejo, desorientó á los enviados que acabaron por ver frustrados todos sus propósitos. Viendo los mercaderes portugueses que no habia minas de oro en el Congo, abandonaron aquellas regiones, llevando su comercio á tierras mas favorecidas por la naturaleza; mas como desde entonces cesaron las comunicaciones con Europa, la mision se halló casi desierta y la fé mal cultivada. A las vivas instancias de los embajadores de Alvaro I para obtener nuevos apóstoles, contestaban en Portugal con promesas que nunca llegaban á realizarse. Los embajadores que reclamaban los misioneros, estaban encargados de rescatar á los cristianos negros que habian sido vendidos á los portugueses durante la guerra de los jagas; pero de aquellos esclavos, muchos prefirieron permanecer en su condicion en un pais cristiano, donde abundaban los medios de salvarse; solamente los que eran de clase distinguida regresaron á su patria contribuyendo al sostén del cristianismo. Hasta el cabo de tres años no mandó el rey de Portugal un obispo á la isla de Santo Tomás. Este prelado era español y se llamaba Antonio de Gliova, y llevó el encargo de visitar la iglesia del Congo. Mal informado el gobernador de la isla, recibió muy mal á aquel prelado, y cuando partió para el Congo, lo pintó á Alvaro I. como un hombre ambicioso y de un carácter soberbio y tenaz, por manera que le fué prohibida la entrada á la capital, y por algun tiempo el rey no quiso comunicar con él. No obstante, habiendo reconocido mas tarde la calumnia y deseando borrar su falta, Alvaro mandó á su hijo primogénito en busca del prelado, á quien tributó en nombre de su padre, los honores que le eran debidos. El obispo Gliova consagró ocho meses á su visita pastoral, y al embarcarse para Portugal dejó en el Congo seis sacerdotes, cuatro seculares y dos religiosos, número sumamente reducido para las necesidades espirituales de aquel gran reino.

Existe al mediodia del Congo una comarca llamada propiamente Dongo, cuyo nombre cambiaron los portugueses por Angola, que era el nombre del primer príncipe que la usurpó al rey del Congo. A mediados del siglo XVI, An-

gola, uno de los «sovas» ó gobernadores del Dongo, declaró la guerra á todos los demás con el ausilio de los portugueses, les hizo sucesivamente sus tributarios y ciñó la corona con el nombre de Inevo, significando la multitud de sus pueblos. Este príncipe que habia podido apreciar la bondad de la religion cristiana, por sus relaciones con sus vecinos del Congo, pidió á los portugueses algunos maestros para enseñarla. Conforme á sus deseos, pasaron á aquel pais algunos sacerdotes tanto de Portugal como de la isla de Santo Tomás, y entre ellos un religioso de la Órden de San Bernardo. Estos primeros misioneros murieron en el pais ó regresaron á Europa, sin haber llevado á cabo muchas conversiones; no obstante Angola-Inevo tuvo buen cuidado de conservar todos los ornamentos y vasos sagrados, en la confianza de que algunos nuevos apóstoles podrian servirse de ellos. A instancias de este príncipe, cuatro jesuitas, acompañados de Pablo Diaz de Novaes, pasaron en el año 1560 al Dongo. Entonces ya no existia Angola-Inevo, y su hijo y sucesor Dambi-Angola, no era amigo de los portugueses. Con todo, finjió en un principio que participaba de las creencias de su padre y hasta encargó al P. Govea que educase á su hijo, porque cada vez mas asustado por la vecindad de los europeos, temia que estos se vengasen si perseguia á los misioneros. Al partir Diaz de Novaes, aconsejó á los jesuitas que se dirigiesen á pueblos menos sospechosos; pero el P. Govea le contestó, que si el deber de un soldado es obedecer siempre á sus gefes, tambien él, como cristiano y sacerdote debia mostrarse sumiso á la voluntad de Dios y de su superior. En consecuencia, permaneció entre los negros, quienes durante seis años tuvieron á los generosos apóstoles en estrecha cárcel, donde murieron dos sacerdotes; pero mas humano al fin Dambi-Angola, permitió que Diaz regresase á Portugal; mostrando para lo porvenir mejores disposiciones en favor del cristianismo y de los cristianos, conservando no obstante en rehenes á los jesuitas que habian sobrevivido á sus compañeros.

En Abisinia, el emperador Claudio, en vez de reconocer, por medio de una sincera sumision á la iglesia católica, la proteccion de la divina Providencia, cuyo instrumento habia sido el patriarca Juan Bermudez, (1) envió á buscar en el Cairo un «abouna» cismático. Bermudez manifestó públicamente la ingratitud de aquel príncipe, quien habiendo sido el embajador de David en Roma, y salido garante en nombre de aquel monarca de que la Abisinia volveria á la unidad, faltaba abiertamente á las promesas de su antecesor. Claudio se desentendió de los compromisos contraidos por su padre, no quiso ver en el patriarca de Alejandría mas que al obispo de los europeos, y sostuvo con él una controversia teológica, que dió lugar á Bermudez para escribir un tratado cuya lectura pareció causar una profunda impresion en el ánimo del príncipe. Entretanto llegó á Abisinia el sacerdote cismático que el emperador habia pedido, y como los abisinios estaban divididos entre los dos prelados, Claudio que abrigaba la intencion de alejar á los portugueses, envió á Bermudez al pais de Gafats con ánimo deliberado de que encontraria allí la muerte. No obstante, despues de una ausencia de siete meses, regresó á la corte el patriarca de Alejandría, sin que fuese mejor acojido que antes; por el contrario, sus amigos le aconsejaron que se retirase, á fin de evitar la violencia de que tal vez echaria mano el pérfido Claudio. En consecuencia se trasladó á Dobarwa, donde permaneció tranquilamente por espacio de dos años, ejerciendo su sagrado ministerio protegido por diez portugueses que habian militado á las órdenes de Cristóbal de Gama; despues pasó con sus compatriotas á la isla de Massauah y allí se embarcó para Goa, en donde llegó en el año de 1556. Habiendo permanecido algun tiempo en aquel pais, corriendo nuevos riesgos en su constante afan de salvar las almas, tomó por último el camino de Lisboa. El rey de Portugal le acogió benignamente, dispensándole los ho-

(1) Véase lo que dijimos en el final del cap. XLI del libro primero.

nores debidos á su dignidad, y murió sobre el año de 1575, dejando sobre la Abisinia una relacion escrita en estilo sencillo, pero llena de la mas ardiente fé. Tal fué el patriarcado de Bermudez, cuya permanencia de treinta años entre los abisinios, le hizo esperimentar todas las vicisitudes de la fortuna, pero le ofreció la ocasion de desplegar su talento y poner á prueba su constante valor y firmeza.

Corresponde á la época de este patriarcado la mision de Antonio Virguletan, franciscano reformado. Enviado por el papa á Abisinia, predicó en aquel pais la fé católica, sin obtener mas resultado que gloriosos sufrimientos. Primero encarcelado y despues deportado á un islote de Souakim, acabó por morir de hambre. Unos mercaderes portugueses trasportaron su cuerpo á Diu, en donde fué enterrado en la iglesia de los franciscanos observantes. Juan de Luca, refiere algunos milagros que tuvieron lugar junto á su sepulcro.

Mientras que Claudio observaba una conducta tan reprensible respecto de Juan Bermudez, por una rara contradiccion, veíasele rogar una y otra vez á Juan III, rey de Portugal, que obtuviese del papa el consentimiento de enviarle un patriarca y algunos obispos. «Juan III, dice el P. Bouhours, en la vida de S. Ignacio, tomó muy á pechos el asunto; pero los graves deberes que ocupaban entonces el pontificado, retardaron la ejecucion de aquel deseo, hasta el advenimiento del papa Julio III, en el año 1550, que las cosas pasaron del modo que voy á referir. El rey de Portugal escribió al P. Ignacio, pidiéndole algunos sacerdotes que pudiese proponer al papa para el patriarcado y obispados de Etiopía. El solo título de patriarca y obispo, hizo estremecer al padre; pero habiendo reflexionado que un patriarcado y unos obispados de aquella naturaleza, eran mas bien cruces que dignidades, y que esto no tenia consecuencias, tranquilizóse, y consintió en todo cuanto quiso el príncipe. Nombró á tres padres de gran capacidad y eminente virtud, llamados Juan Nuñez, Andrés Oviedo y Melchor Carnero, sin determinar no obstante, cual de ellos seria patriarca, aunque abrigaba deseos de que fuese Nuñez, á quien parece, colocó en primer lugar. Unicamente declaró que los que fuesen obispos, sucediesen al patriarca en caso de necesidad. Nuñez, que habia trabajado muchos años en Africa rescatando esclavos y convirtiendo renegados, se encontraba en Lisboa, á donde habia ido para procurarse medios para rescatar á los cristianos que el dey de Argel habia quitado al de Fez arrojándole de su reino. Cuando supo la resolucion tomada respecto de su persona, escribió á Roma con grande empeño, para que no fuese aprobado aquel nombramiento que se habia hecho sin consultarle. Manifestó igualmente al P. Ignacio, que no se negaria á aceptar la mision de Etiopía; pero que no podia resolverse á ir allí con una mitra, y que preferiria de mucho pasar el resto de sus dias encadenado entre los esclavos de Berbería. Suplicóle por las llagas de Jesucristo crucificado, que se compadeciese de su debilidad, y que no le agobiase con un peso que tal vez seria causa de su perdicion. Nuñez añadió, que si el buen padre no queria dispensarle, al menos le enviase su voluntad por escrito, á fin de que una órden firmada de su mano, le consolase y animase en su ruda tarea. Carnero que se hallaba en Roma, y Oviedo que llamaron de Nápoles, no hicieron menos resistencia y quisieron disculparse ante el papa. Por muy penosas que fuesen las dignidades que les destinaban, les parecian todavía mas honoríficas que fatigosas, y su brillo les inspiraba horror. Si bien el P. Ignacio abrigaba otras intenciones, no dejó de alabar su modestia, y se complació en que los tres tuviesen necesidad con aquel motivo, de un mandato absoluto del sumo pontífice. No obstante les dió á entender que todo el honor, todas las rentas de aquellas dignidades, consistian en grandes trabajos, en contínuos peligros por mar y tierra, en la pobreza, y quizás en el martirio. Tanto fué lo que conmovió á Julio III, la conducta de S. Ignacio y de sus hijos, que

dijo públicamente en presencia de todos los cardenales, que al fin se veia lo que ambicionaban los jesuitas en este mundo, puesto que de una parte, renunciaban las mitras que eran mas honoríficas que onerosas, y de otra aceptaban las que llevaban consigo los trabajos y el sufrimiento. Si bien el P. Ignacio no creyó que ninguno de los tres discípulos fuese capaz de abusar de la autoridad patriarcal, parecióle no obstante, que á fin de obligar al que fuese patriarca á cumplir mejor con su deber, convenia que residiese en Goa un nuncio apostólico, y que visitase á aquel de vez en cuando, para observar de muy cerca su conducta.

Don Alfonso de Alencastre, gran comendador de la órden de Cristo, y embajador de Portugal, habia recibido una carta de su soberano, en la cual le encargaba que apoyase en la corte pontificia todos los pasos dados por el general de los jesuitas. En esta carta de que fué portador el P. Luis Gonzalez, manifestaba el rey á D. Alfonso la ilimitada confianza que le inspiraba aquel religioso. Aconteció que como observase el general que el embajador olvidase algun tanto el asunto de la mision de Etiopía, ordenó al P. Luis Gonzalez que lo activase, visitando á aquel funcionario cada tres dias, y como el padre no dejára de hacerlo constantemente por espacio de tres meses, decíase en Roma, que Gonzalez era la calentura terciana del embajador. Esta solicitud por parte de los padres no fué inútil, porque al fin D. Alfonso activó el negocio, logrando que el papa nombrase á Nuñez patriarca de Etiopía, conforme á los deseos del rey de Portugal, que habia conocido las intenciones del P. Ignacio. Envióle poco tiempo despues el *pallium*, confiriéndole derechos y poderes absolutos no solamente en Etiopía, sino tambien en todas las provincias circunvecinas. Nombró á Oviedo obispo de Nicea, á Carnero obispo de Hierapolis, y declaró á uno y otro sucesores del patriarca. En fin, dió el título y autoridad de comisario apostólico al P. Gaspar Barzeo, que el P. Ignacio habia indicado al embajador, y que entonces era rector del colegio de Goa. El P. Ignacio dió al patriarca y á los dos obispos, diez compañeros escogidos, y cuando partieron estos para Etiopía, escribió al rey de los abisinios, la siguiente carta: « Señor: en nombre de N. S. J., deseo á V. A. gracia, salud y abundancia de bienes espirituales. El serenísimo rey de Portugal, animado por el celo de la gloria del santo nombre de Dios, y de la salud de las almas redimidas por la sangre de J. C., me ha manifestado repetidas veces que tendria gran contento que nombrase á doce religiosos de nuestra pequeña *Compañía*, llamada *de Jesus*, para pasar á los estados de V. A., y entre los cuales hubiese un patriarca y dos obispos. Sumamente agradecido á este príncipe, por los muchos favores que ha dispensado á nuestra Compañía, y por la veneracion que todos debemos á tan gran rey, he ejecutado puntualmente sus órdenes, y siguiendo el número que representa la sociedad de Nuestro Señor, y de sus apóstoles, he elegido, además del patriarca, á doce profesos de nuestro cuerpo, para que consagrasen su existencia á la salvacion de vuestros súbditos; y lo he hecho tanto mas gustoso, cuanto yo y los mios, deseamos muy de veras servir á un príncipe como vos, que, entre tantas naciones enemigas del nombre cristiano que os rodean, os esforzais, siguiendo el ejemplo de vuestros antepasados, en mantener y aumentar en vuestro imperio la religion de Jesucristo. Estas buenas intenciones y laudables esfuerzos de V. A., necesitaban en efecto, ser secundadas por los padres y pastores espirituales, con cuyo concurso la iglesia de Etiopía adquiere el legítimo poder dimanado de la Santa Sede apostólica, y la pura doctrina de la fé cristiana, verdaderas y únicas llaves del reino de los cielos, que N. S. J. ofreció primero á S. Pedro, y mas tarde le confió. Prometióselas únicamente cuando le dijo, conforme lo leemos en el evangelista S. Mateo: « Y yo te digo que eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán con-

tra ella. Y á tí daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos.» Y se las dió efectivamente, cuando, despues de haber resucitado, y antes de su ascension, díjole, como escribe el evangelista S. Juan: «Apacentad mis ovejas.» Con estas palabras, el Hijo de Dios le encomendó no una parte del rebaño, sino el rebaño entero, y con una plenitud de poder mucho mas ámplio que el que dió á los demás apóstoles. Lo propio parece haber querido demostrar el Señor por boca del profeta Isaías, cuando hablando del gran sacerdote Eliacim, dijo: «Y pondré la llave de la casa de David sobre su hombro: y abrirá, y no habrá quien cierre: y cerrará, y no habrá quien abra.» Este símbolo es la figura de S. Pedro y de sus sucesores; y las llaves que son el signo de un dominio pleno y absoluto, indican el poder de la Sede romana. Siendo esto así, V. A. debe estar muy agradecido de que, bajo su reinado, Nuestro Señor, haya querido enviar verdaderos pastores, á unas naciones estraviadas que dependen del soberano Pastor de los fieles, habiendo recibido del vicario de J. C. todo el poder que tienen.

No fué sin intencion, la resolucion tomada por vuestro padre y vuestro abuelo, de admitir un patriarca por manos del de Alejandría. Un miembro separado del cuerpo, no tiene ni vida ni movimiento: así es que el patriarca de Egipto, ya sea que resida en Alejandría, ya en el Cairo, siendo cismático separado de la Santa Sede apostólica y del soberano pontífice, gefe de toda la Iglesia, no puede recibir por el mismo, ni comunicar á nadie, la vida de la gracia y la autoridad pastoral. Porque en fin, no hay mas que una Iglesia católica; y no es posible que una iglesia dependa del pontífice de Roma, y otra del de Alejandría. Asi como el esposo es único, única debe ser tambien la esposa; y de ella dijo Salomon en sus cantares, aludiendo á la persona de Jesucristo: «Una es mi paloma.» En el mismo sentido ha hablado el profeta Oseas: «Los hijos de Israel y de Judá se reunirán, y no tendrán mas que un gefe.» San Juan, dijo mucho tiempo despues en el mismo sentido: «No hay mas que un aprisco y un pastor.» No hubo mas que una arca de Noé, fuera de la cual nadie se salvó del diluvio, conforme leemos en el Génesis No hubo mas que un tabernáculo construido por Moisés; un templo en Jerusalen levantado por Salomon, donde se sacrificaba y adoraba; una sinagoga donde los fallos fuesen legítimos. Todas estas cosas figuraban la necesidad de la Iglesia, fuera de la cual no hay nada bueno: porque cualquiera que no esté unido á este cuerpo místico, no recibirá del gefe, que es Jesucristo, la gracia divina que vivifica el alma, y la dispone para la eterna felicidad. Para declarar esta unidad se canta en el símbolo, contra algunos hereges: «Creo en la iglesia, una, santa, católica y apostólica.» y los santos concilios han condenado como error, la opinion de los que sostenian que las iglesias particulares de Alejandría ó de Constantinopla, eran verdaderas iglesias, sin estar unidas al pontífice romano, gefe comun de la Iglesia católica, de la que han descendido sucesivamente todos los papas desde S. Pedro, quien, segun S. Marcelo, mártir, eligió la Sede de Roma por órden de Jesucristo, y la cimentó con su propia sangre. Estos papas han sido considerados sin controversia, como vicarios de Jesucristo, por un gran número de santos doctores griegos, latinos y de todas las naciones; lo han sido igualmente por los anacoretas, obispos y otros confesores ilustres en santidad; en fin, han sido autorizados por una infinidad de milagros, y por la sangre de un increible número de mártires muertos en la union, y por la fé de la santa Iglesia romana. Animados de estos sentimientos, todos los obispos que asistieron al concilio de Calcedonia, esclamaron á una voz al ver entrar el papa Leon: «Santísimo, apostólico, universal pontífice.» En el de Constancia, se fulminó el anatema contra los que negaban la primacía y la existencia del

pontífice romano sobre todas las iglesias del mundo. Estas formales y auténticas declaraciones, vénse todavía confirmadas por la autoridad del concilio de Florencia, que se celebró en tiempo de Eugenio IV, en el que los griegos, los armenios, jacobitas y otras naciones asistieron. «Definimos, decian los padres de este concilio, que la Santa Sede apostólica y el pontífice de Roma, tienen la primacía sobre todas las iglesias del universo; que es el sucesor de S. Pedro, el verdadero vicario de Jesucristo, el gefe de toda la Iglesia, el padre y doctor de todos los fieles, y que N. S. J. le dió, en la persona de S. Pedro, un pleno poder de enseñar, dirigir y gobernar la iglesia universal.» Por tanto, cumplió con su deber el serenísimo rey David, padre de V. A., cuando en su tiempo mandó una embajada que reconoció solemnemente á la Iglesia romana, como á madre y señora de todas las Iglesias.

Entre varias laudables acciones que habeis hecho uno y otro, merecen mencionarse dos de muy ilustres, cuya memoria será inmortal, y por las cuales vuestros pueblos deben tributar á Dios eternas acciones de gracias. Vuestro padre fué el primer rey de los abisinios que se sometió á la perpétua obediencia del que ocupa el lugar de Jesucristo en la tierra; y vos sois el primero que habeis llamado á vuestros estados á un verdadero patriarca, hijo legítimo de la Santa Sede, nombrado por el vicario de Jesucristo. Porque, si se debe contar por una singular merced, como lo es en efecto, verse unido al cuerpo místico de la Iglesia católica, animada y dirigida por el Espíritu Santo, y á la cual el mismo Espíritu enseña todas las verdades, segun el testimonio del evangelista; si es un gran bien ser guiado por la luz de una sana doctrina, y apoyarse en los fundamentos de la Iglesia, á la cual el apóstol S. Pablo escribiendo á Timoteo, llama la casa de Dios, columna y base de la verdad, y á la que N. S. J. prometió un eterno ausilio, cuando dijo á sus apóstoles: «Estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos,» como leemos en el evangelio de S. Mateo; estas naciones deben estar sin duda agradecidas de que nuestro Dios y Criador, se haya valido de vuestro padre y de vos, para concederles tal merced; y su reconocimiento debe ser tanto mayor, cuanto es de esperar que las ventajas temporales seguirán á las ventajas espirituales, no tardando en ser confundidos vuestros enemigos, y acrecentado vuestro imperio por vuestra union con la Iglesia. Los sacerdotes que se os envia, son todos, y muy particularmente el patriarca y los dos obispos, de una acrisolada virtud, muy esperimentados en nuestra Compañía, y elegidos por un destino tan importante, tanto por su doctrina ortodoxa, como por su perfecta caridad. No les faltará ni el ánimo, ni el ardor necesarios, para desempeñar debidamente su ministerio, en la confianza que abrigan de trabajar útilmente por la gloria de Dios, por la conversion de las almas, y en servicio de V. A.; porque arden en deseos de consagrarse á la salvacion de los hombres, anhelando imitar en cierto modo al Hijo de Dios, que sufrió voluntariamente la muerte para rescatar al género humano de la eterna condenacion, y que dijo por boca del evangelista: «Yo soy el buen pastor; y el buen pastor dá la vida por sus ovejas.» El patriarca y los demás, á quienes anima el ejemplo del Salvador, vienen enteramente dispuestos á socorrer las almas con sus consejos, sus trabajos, y hasta, si es preciso, con su existencia. Cuanto mas V. A. les abrirá su corazon, mas consuelo interior confio sacará de ello. Por lo demás, respecto al crédito que es debido á lo que manifestáran tanto en público como en particular, V. A. no ignora que las palabras de estos misionistas enviados de la Santa Sede, y sobre todo las del patriarca, están revestidas de la autoridad apostólica, y que es preciso en cierto modo creerlas todas como las de la Iglesia de la que son los intérpretes. Y á fin de que todos los fieles de Jesucristo se adhieran á los sentimientos de la Iglesia, obedezcan sus mandatos, y la consulten si se

ofrece alguna cosa ambigua ú oscura, no dudo que vuestra piedad os aconsejará publicar un edicto, obligando á todos vuestros súbditos á seguir sin ninguna clase de resistencia, las órdenes y dictámenes tanto del patriarca, como de los que ocupen su lugar. El Deuteronomio nos enseña que era costumbre entre los judíos, siempre que se presentaba alguna controversia ó dificultad, consultar la sinagoga, que era la representacion y mensagera de la Iglesia cristiana Por esto Jesucristo, dice en el Evangelio: «Los escribas y fariseos ocupan el asiento de Moisés.» El sábio enseña lo propio en los proverbios: «No echeis en olvido los preceptos de vuestra madre;» esta madre, es la Iglesia. Y en otro lugar: «No paseis los límites que os han trazado vuestros padres;» estos padres, son los prelados de la Iglesia. En fin, Jesucristo quiere que nos conformemos tanto á la Iglesia, que dice terminantemente por boca del evangelista S. Lucas: «El que os escucha, me escucha; y el que os desprecia me desprecia;» y por boca de S. Mateo: «Si no oyere á la Iglesia, tenlo como un gentil y un publicano.» De lo que se sigue, que no debemos prestar oidos á los que digan alguna cosa que no esté conforme con el sentido, y la interpretacion de la Iglesia católica, pues S. Pablo nos lo advierte en su epístola á los Galatas: «Mas aun cuando nosotros, ó un ángel del cielo os evangelice fuera de lo que nosotros os hemos evangelizado, sea anatema.» En fin, el testimonio de los santos doctores, los cánones de los concilios, el consentimiento y práctica de todos los fieles, prueban evidentemente esta verdad. El patriarca y sus compañeros, están dispuestos á tributar á V. A. todos los honores y respetos que le son debidos, y á ser tan indulgentes, como se lo permitan sus piadosos deberes. Por lo que hace á nosotros, que permanecemos en este pais de Europa, puede estar bien persuadido V A., que harémos todo cuanto de Nos dependa para servirle, conforme la voluntad de Dios. En nuestras oraciones y sacrificios, rogarémos al cielo que conserve vuestra real persona, y todo vuestro imperio en el santo temor de Dios, y que os conceda la merced de que podais disfrutar de los bienes temporales, sin perjuicio de los bienes espirituales. Por último, que Dios Nuestro Señor, á todos nos ilumine para conocer perfectamente su santísima voluntad, y nos dé fuerzas para cumplirla como es necesario. Roma 28 de febrero del año 1555.»

Mientras que todo se preparaba en Lisboa para el viage de los misionistas, Juan III escribió al virey de las Indias que enviase una embajada al emperador, á fin de conocer cuales eran sus intenciones y si recibiria con agrado al patriarca y los obispos. Recibida aquella órden, el virey hizo partir enseguida para la Abisinia al portugués Jacobo Diaz, acompañado del P. Rodriguez, de la Compañía de Jesus. Aquel paso fué muy prudente, porque si bien Claudio recibió muy bien á Diaz, luego que conoció el objeto de su embajada, manifestóle que sin dejar por esto de ser aliado del rey de Portugal, no abandonaria jamás, en materias de religion, las costumbres de sus antepasados. Como le manifestase el embajador que aquel propósito estaba en contradiccion con las intenciones manifestadas á Juan III de querer entrar en el gremio de la iglesia romana, al principio negó el hecho en ademan confuso y despues lo esplicó por la inexactitud del secretario que habia escrito sus cartas; pero de todos modos no se opuso de un modo terminante á que entrase en la Abisinia la mision. Mientras esto tenia lugar, diez jesuitas se embarcaron en Lisboa, entre ellos Carnero, obispo electo de Nicea, que fué consagrado en Goa, y los tres padres Gonzalez, Pascual y Alfonso Lopez, los cuales á causa de un temporal, murieron de hambre en una isla desierta, con un gran número de portugueses, de quienes no quisieron separarse, á fin de prodigarles los ausilios de la religion. El patriarca Juan Nuñez Barreto y Oviedo, obispo electo de Hierápolis, fueron consagrados en la iglesia de los Trinitarios de Lisboa, y partieron enseguida con el P. Juan de Mesquita, para las







Indias. Segun los informes que dió el P. Rodriguez, los principales miembros del clero de Goa, de acuerdo con los padres del colegio de Jesuitas, fueron de unánime parecer, de que no debia esponerse la dignidad patriarcal de que estaba revestido Juan Nuñez á los ultrajes de una nacion herética y cismática. En consecuencia, el patriarca permaneció en Goa; pero Oviedo, obispo de Hierápolis, pasó á la Abisinia, para prepararles el camino, llevando consigo á los PP. Antonio y Manuel Fernandez, Antonio Gualdanez, Gonzalez Cardoso y Francisco Lobo. Su navegacion fué doblemente feliz, porque desembarcaron en Abisinia cinco dias antes de haber tomado posesion los turcos de Massauah y Arkeko, las dos entradas mas fáciles de aquel imperio. Lo que aconteció mas tarde, no correspondió á aquellos comienzos. Oviedo fué á encontrar á Claudio en su campamento y el emperador recibió á los misionistas y en particular al obispo con benevolencia (Pl. LXXVI, n.º 1.); pero cuando se le habló de renunciar al cisma, no se mostró tan dócil como antes. El prelado, en vez de romper con él, tomó la prudente resolucion de contemporizar, y se dedicó ya á conducir á los portugueses que habitaban en aquel pais al exacto cumplimiento de las prácticas cristianas, ya á reconciliar á los indígenas con la Iglesia católica. Claudio se irritó cuando supo los progresos que hacian los misioneros, y habiéndole propuesto entonces Oviedo discutir con los religiosos mas doctos de su imperio, los puntos sobre los cuales diferian en creencia, acabó, apesar de su repugnancia, por consentir en aquella pública discusion que llenó de confusion á los cismáticos, sin que por esto desistieran de su error. El obispo juzgó que tal vez venceria su obstinacion, escribiendo varios tratados que hizo circular con buen éxito entre los abisinios; pero el soberano le manifestó terminantemente en el mes de diciembre del año 1558, que jamás se someteria al pontífice romano. La justicia divina no tardó en herir á aquel príncipe que despreciaba la salvacion que unos ángeles de paz le traian de tan lejos: el 22 de marzo del año 1559, pereció Claudio en una batalla que dió contra los moros.

Menas, su sucesor, recibió con muestras de satisfaccion las felicitaciones de los misionistas con motivo de su advenimiento al trono; pero no tardó en manifestar sus verdaderos sentimientos. Habiendo sabido que Oviedo habia logrado volver á la unidad á dos abisinios de ilustre rango, les mandó comparecer á su presencia. Antes de entrar en la audiencia real, Oviedo les administró los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía, á fin de que permaneciesen igualmente inaccesibles á las amenazas y á las promesas del emperador, quien hizo decapitar al mas jóven, que contaba unos veinte años, y desterró de la Abisinia al otro que tenia sesenta. Viendo que el prelado y sus compañeros, eran la causa de todas aquellas conversiones, les hizo prender á fin de imponerles un castigo que atemorizase á los neófitos. Condujeron á su presencia el obispo de Hierápolis, y con ademan feroz y brutal, le prohibió, bajo pena de la vida, predicar la religion romana, y como Oviedo contestase que no podia tener cautiva la verdad, Menas, dice Bruce en su viage en las fuentes del Nilo, se arrojó sobre él, le golpeó indignamente, le arrancó la barba, destrozóle sus vestidos y le quitó su cáliz á fin de impedir que celebrase el santo sacrificio de la misa. Enseguida lo desterró, lo propio que á Francisco Lobo, á una montaña desierta, donde aquellos dos apóstoles, esperimentaron toda clase de sufrimientos, durante los siete meses que permanecieron en ella. Menas no limitó la persecucion á aquellas violencias: publicó varios rigurosos decretos contra los portugueses, y prohibió que en adelante se casasen con mugeres indígenas, y por último habiendo mandado á llamar al obispo desde el lugar de su destierro, le prohibió que permaneciera en Abisinia bajo pena de la vida. Oviedo que no tenia mas ambicion que morir por Jesucristo, contestó que mas valia obedecer á Dios que á los hombres; que se le podia arrojar á las fieras ó decapitarle, pero no impedir que tra-

bajase para la salvacion de las almas. Al propio tiempo dejó caer su capa, adelantó su cabeza, y levantando los ojos y las manos al cielo, rogó á Dios que le hiciera digno del martirio. La abnegacion del generoso prelado irritó de tal modo á Menas, que desenvainando su cimitarra iba á descargarla sobre Oviedo, consumando el martirio que este ambicionaba, cuando los ruegos de la princesa su esposa y de sus oficiales, contuvieron su brazo (Pl. LXXVI, n.º 2.) El obispo habiendo sido azotado otra vez de un modo cruel, fué desterrado nuevamente á la montaña desierta; pero como esta vez la órden del destierro comprendia á todos los demás portugueses que se hallasen en Abisinia, Oviedo y sus compatriotas, lograron sustraerse de aquel rigor, acojiéndose bajo la proteccion del Baharnagash Isaac, á quien Menas habia maltratado, y que acababa de aliarse con el turco Samur, comandante de la isla de Massauah. El Baharnagash manifestó á los portugueses el deseo de proteger y hasta de abrazar su religion; estos á su vez, le hicieron esperar que recibiria de la India portuguesa los socorros de que tenia necesidad: pero el dia 13 de enero del año 1563, Dios dispuso que tuviese término el reinado de Menas. Se supo al propio tiempo que Juan Nuñez Barreto, que vivia como un humilde religioso en el colegio de Jesuitas de Goa, sometido á la voluntad de los superiores, como sino estuviese revestido de la dignidad patriarcal, habia terminado su santa vida el dia 22 de diciembre del año 1562.

Por su muerte, Andrés Oviedo, obispo de Hierápolis, pasó á ser patriarca de Etiopía; pero el rango elevado á que ascendia, puso mas y mas en contraste su extrema miseria. En otro tiempo con las dádivas de los portugueses se procuraban su subsistencia los misioneros; pero habiéndoles faltado este recurso, viéronse obligados á comprar un arado y algunos bueyes para poder cultivar la tierra y hacerla producir la cebada necesaria para su subsistencia. El patriarca no tenia siquiera un vestido, no dirémos para honrar su dignidad, sino para cubrirse. Habiendo querido escribir al rey de Portugal, no pudo disponer de un pliego entero de papel, y se vió obligado á servirse de una hoja arrancada á un libro antiguo. Como se ignoraba en la India lo que pasaba en Abisinia, diez y seis portugueses acompañados del jesuita Fulgencio Freire, resolvieron trasladarse allí; pero al atravesar el mar Rojo, cayeron en poder de los turcos, quienes dieron muerte á unos, é hicieron esclavos á los otros, en particular al religioso que condujeron á Massauah, donde fué destinado á las galeras para remar con los forzados. Su cautividad aprovechó á seis personas á quienes convirtió y de las cuales tres murieron poco tiempo despues de haber recibido el bautismo. En fin, habiéndole hecho rescatar el rey de Portugal, regresó á Europa, pero con la intencion de volver á la India; porque aquellos trabajos lejos de abatir el valor de los esforzados soldados de Jesucristo, les animaban mas y mas para correr en busca de nuevos y mayores peligros. Sabedor el rey del deplorable estado de la Abisinia, en donde la presencia de un patriarca era desgraciadamente inútil, al paso que en otras comarcas mejor dispuestas, entre ellas el Japon, ni siquiera tenian un obispo para confirmar á los nuevos cristianos, y perpetuar el sacerdocio, hizo suplicar al papa que ordenase al patriarca de Etiopía ir á ejercer las funciones episcopales en el Japon. Un breve del 3 de febrero del año 1566, dispuso en efecto, que Oviedo pasase ya fuese á la China, ya al Japon, si podia salir de la Abisinia, posibilidad que no se realizó. Permaneció pues en Fremona, situada á unas tres leguas de Axum (1), en donde habia sido relegado, logrando reunir un pequeño rebaño que iba aumentando todos los dias y que se vió obligado á distribuir en una es-

(1) Axum, es la capital del reino de Tigré, y está situada en una llanura fértil á unos 170 kilómetros del mar Rojo. Es residencia de los monarcas abisinios que de toda la Abisinia no poseen mas que el reino de Tigré. Segun relacion de los historiadores, la iglesia mayor parece no haber sido construida hasta el año 1637 y se reputa como la mas hermosa del reino despues de la de Tchelicut. (Nota del Trad.)





pecie de aldeas construidas espresamente. El historiador Bruce dice, hablando de Melec Sequed, hijo de Menas, que no solamente no impidió á los sacerdotes católicos que bautizáran, predicáran y llenáran las demás funciones de su ministerio, sino que muchas veces hablaba con elogio de su moral, de su sobriedad, de su paciencia y de la pureza de sus costumbres. Oviedo murió en Fremona en el mes de setiembre del año 1577. Durante su vida, su extrema pobreza, unida á las persecuciones que sufrió con una paciencia invencible, su caridad y los frecuentes milagros que Dios obró por su intercesion, le habian hecho igualmente venerable tanto para los católicos como para los cismáticos. Despues de su muerte, todos honraron sus restos, y los enfermos que sanaron y las conversiones que se realizaron cabe su tumba, le hicieron considerar como un taumaturgo que hasta en el sepulcro continuaba su apostolado. De los cinco jesuitas que lo habian acompañado á Abisinia, ninguno llegó á las Indias. Gonzalez Cardoso, enviado de Fremona á Dembea (1), predijo que no llegaria y en efecto fué asesinado el 23 de mayo del año 1574 al atravesar un bosque, por unos ladrones (Pl. LXXVII, n.º 1). Antonio Fernandez, nombrado por Oviedo superior de la mision, no tardó en seguir al patriarca. Andrés Gualdanez, habiendo recibido el encargo de ir á la isla de Massauah, halló á su paso á los turcos que lo degollaron. Manuel Fernandez, que era el de mas edad, fué el cuarto que murió. Francisco Lobo, vivió hasta el año 1596 y anunció, al morir, que los católicos que dejaba afligidos por su pérdida, tendrian el consuelo de ver á otros misioneros. En efecto, aun no habia pasado un año, cuando llegó un sacerdote secular, llamado Melchor de Silva, oriundo de Goa, encargado por el arzobispo de aquella ciudad de informarse detenidamente de todo cuanto Oviedo y sus compañeros habian hecho en Abisinia. Hijo de aquellos paises, su aire, sus maneras orientales, el color de su tez, la pureza y el acento de su idioma, todo hacia prometer que lograria burlar la vigilancia de los enemigos de la fé. Este sacerdote pasó á Massauah en el año 1597; penetró en Abisinia sin que se sospechase siquiera su permanencia en el pais, y los informes que tomó, mientras trabajaba en aquella porcion de la viña del Señor, los comunicó á Goa, desde donde fueron enviados á Portugal imprimiéndose en Lisboa en el año de 1607.

Para completar la historia de esta primera mision de los jesuitas en Abisinia, debemos añadir que Melchor Carnero, obispo de Nicea, se vió obligado á permanecer en Goa con Juan Nuñez Barreto, donde vivia como un simple religioso en el colegio de la Compañía. No obstante, llevado por su celo, hacia frecuentes correrías en los reinos de Cochin y de Colam. Hallándose en Cochin con el P. Gonsalvo Rodriguez, se empeñó en combatir las falsas doctrinas esparcidas por un obispo nestoriano, siguiendo sus huellas hasta el interior de las montañas; pero estuvo á punto de perecer de un flechazo que á su regreso le disparó uno de los partidarios de aquel cismático. Debió el celoso misionero su salvacion al bonete que atravesó el arma arrojadiza. Mientras que Carnero consagraba de este modo una parte de su existencia á la salvacion de las almas, el papa le ordenó por un breve, parecido al que habia recibido Oviedo, que fuese á ejercer las funciones episcopales en el Japon. En consecuencia, el prelado se embarcó para Macao, desde donde esperaba proseguir su viage, cuando Dios se dignó llamarle á sí. Tal fué el venturoso fin de los tres prelados que la Santa Sede habia designado para la Abisinia.

Los anales de los dominicos hablan tambien de la Abisinia; pero no podemos admitir, con Fontana, que la princesa Elena, tomando el hábito de los dominicos en el monasterio de Blurimanos, profesára en presencia de un prior de los Hermanos Predicadores. El analista aña-

(1) Dembea, es una provincia de la Abisinia en el reino de Ambara y comprende el territorio que se estiende al norte del gran lago de su nombre. Desde el último siglo, habiendo cambiado notablemente la condicion moral de aquellos habitantes, se reputa como la provincia mas poblada y mejor cultivada de aquellas vastas comarcas. (Nota del Trad.)

de que esta princesa escribió varias obras para la conversion de los abisinios, y entre ellas una sobre la escelencia de la fé cristiana, titulada: *Rayo de sol*, y otra sobre el misterio de la Santísima Trinidad, titulada: *Alabanza sea dada á Dios en todas sus obras*. Es mas fácil creer que el dominico Pedro Cœllius, fué enviado con otros tres religiosos dominicos, á las Indias orientales, para pasar desde allí á la residencia del emperador con Juan Bermudez, patriarca de Alejandría. Despues de esta embajada, dice Fontana en su «Monumenta dominicana,» Pedro y sus compañeros permanecieron en las Indias para trabajar en la conversion de los idólatras.

CAPÍTULO VIII.

Misiones de los Dominicos, Franciscanos y Jesuitas en el Indostan, el Pegú, la China, Ceylan, Monomotapa, Molucas, Solor y Siam.

Revestido Bernardo de la Cruz, religioso de la órden de Predicadores, del carácter episcopal en el año 1540, fué enviado á Meliapur, lo que demuestra claramente la perseverancia de los dominicos en el centro del Indostan; y si esta prueba aun no bastára á patentizar su celo y su constancia, veamos algunas de las importantes medidas que adoptaron allí en el año 1545. Para facilitar en aquella época la órden de Predicadores, la conversion de los paises confiados á su cuidado, por medio de iglesias y conventos que fuesen otros tantos focos, de los que irradiase á lo lejos la verdad católica, erigieron la *Congregacion oriental de las Indias*, semillero perenne de operarios a ostólicos, cuya abnegacion nunca cejó ante la fatiga, el destierro, la persecucion y la muerte. Doce dominicos de la provincia de Portugal, partieron en el año 1548 para la India, bajo la direccion del P. Didacio Bermudez, fundador de aquella Congregacion; fueron á su llegada aquellos religiosos, encargados de evangelizar á quince distintos pueblos de la isla de Goa, en la que levantaron cuatro iglesias. Segun Fontana, en el año 1549 y siguientes, fueron construidas en las islas de Solor, Flores y Lamalla, así como tambien en la península de Malaca, diez y ocho iglesias y otros tantos conventos por los PP. Predicadores, quienes convirtieron á mas de sesenta mil idólatras, entre los que habia diferentes reyezuelos que imperaban en un radio de cien leguas; ya verémos, empero, mas adelante la época exacta en que llegaron los dominicos á la isla de Solor. Entre los apóstoles dominicos que evangelizaban la India portuguesa, hay algunos de los que debe hacerse particular mencion. Refiere Fontana, que estando el P. Ignacio de la Purificacion, ocupado hacia muchos años en la conversion de los indos, dijo, el dia de S. Bartolomé, apóstol, á su pueblo: «El momento de mi muerte se acerca,» y que despues de haberse despedido de su auditorio, se retiró á su celda, en la que murió á los tres dias, el año 1552. El propio autor, dice tambien que el P. Francisco Macedo, convirtió á un gran número de idólatras con sus elocuentes y tiernos discursos, y que no cesó de evangelizar hasta su muerte, acontecida en el año 1554.

Hácia aquella misma época, hubo un religioso de la órden de San Francisco, llamado Bonfer, de nacion francés, que encontrándose en Goa, á donde le habia conducido su celo apostólico, oyó hablar de la importancia del reino de Pegú, hácia el cual resolvió dirigirse lo mas pronto posible. Como era hombre de una virtud y ciencia poco comunes, dice el jesuita Du Jarric, y sobre todo de un gran celo por la salvacion de las almas, no ocupó á Bonfer otra idea que la de acudir en ausilio de aquella vasta nacion, para hacer brillar en ella la antorcha de la fé. En su virtud, se dirigió de Goa á Meliapur, en cuyo último puerto, habia á veces medio de embarcarse para Pegú, donde contrajo estrechas relaciones de amistad con el vicario de la poblacion, con el P. Alfonso Ciprian, jesuita, y con otros portugueses, por medio de los cuales se le recibió en un buque que acababa de hacer su

cargamento. Despues de haberse visto espuesto á grandes peligros, desembarcó Bonfer en el puerto del Pegú, en cuya ciudad permaneció tres años, á fin de aprender la lengua del pais, y de enterarse de las ideas que tenian los indígenas acerca de la religion. Bonfer, dice de los peguanos: «Abrazaban errores en estremo perniciosos, que creemos deber referir aquí, á fin de que los cristianos conozcan mejor el señalado beneficio que han recibido de Dios, infundirles su fé, y para que procuren por este medio ayudar con mas ahinco á aquellos pobres ciegos, ó cuando menos con sus oraciones, á salir de la abnegacion y miseria en que están sumidos. Los que son entre ellos considerados como sábios, dicen que hay una infinidad de mundos, que se han sucedido y se sucederán eternamente, y que debe de haber por lo mismo una infinidad de dioses; creyendo que al cambiar el mundo, cambia tambien el dios que le regia. No obstante, segun ellos, hay en el mundo actual cinco dioses, cuatro de los cuales deben ya haber muerto, habiendo perecido el último de ellos hace ya dos mil ochenta años, y como el quinto no ha venido aun, se ha quedado el mundo sin Dios, pero le aguardan para dentro de algunos años; creen que despues de la muerte de este último Dios, al que dan el nombre de Cestuici, será el mundo actual consumido por las llamas, sucediéndole otro mundo que tendrá tambien sus dioses propios y peculiares. Creen además los peguanos que los hombres están en la misma altura que los dioses, con tal que hayan sido antes trasformados en toda clase ó especie de animales, tanto acuatiles como terrestres y aéreos; tres son las moradas que destinan para el hombre en la otra vida, á saber: la primera, llamada *Najac*, es el lugar de los tormentos; la segunda, ó sea *Seuum*, es el paraiso, del que se han formado una idea casi igual á la de los mahometanos; la última, á la que dán el nombre de *Neiban*, que significa privacion de todo sentido, es, por decirlo así, un aniquilamiento completo del cuerpo y del alma. En los dos primeros puntos, dicen, están las almas detenidas por cierto tiempo, y luego se trasladan á otros cuerpos, cuantas veces sea necesario, hasta quedar enteramente limpias de toda mancha ó pecado, en cuyo caso se las destina al Neiban, donde quedan reducidas á la nada. Es tal la firmeza con que creen los peguanos estos y otros muchos delirios, que no dudan ser sus doctrinas las mas verdaderas de cuantas existen; creyendo por lo mismo ser un crímen imperdonable, el prestar tan solo oidos á los que sustenten otras ideas que difieran de las suyas, aun cuando procediesen aquellas del mismo cielo; y, sobre todo, el creer en ellas y abrazarlas. Tales son las densas sombras que oscurecen en aquel pais todos los entendimientos, tal la obcecacion que se opone en él á la luz de la verdad.» Los peguanos, á los cuales el franciscano Bonfer hablaba del cristianismo, diciéndoles que no habia mas que un solo Dios, creador de todas las cosas, y esplicándoles luego todos los principales artículos de nuestra fé, rechazaron semejantes doctrinas, á pesar del fervor con que se las predicaba. Unos se burlaban de él, otros despreciaban su doctrina, habia muchos que se mostraban ofendidos, y todos eran sordos á las palabras del misionero, quien, á pesar de todos los esfuerzos, no podia sembrar la semilla divina en aquellos obstinados corazones. Al ver pues el apóstol franciscano que perdia el tiempo inútilmente, y que estaba de contínuo espuesto á los mayores peligros, accedió al fin á las instancias de sus amigos, y se alejó del Pegú, despues de haberse quitado hasta el polvo de sus piés, por no conservar recuerdo alguno de aquel suelo ingrato; volvióse á embarcar Bonfer para el Indostan, hácia el año 1557.

Cuatro años despues de la muerte de S. Francisco Javier, ó sea en el año 1555, Gaspar de la Cruz, oriundo de Evora, y uno de los doce primeros dominicos portugueses que fueron á las Indias, penetró en el vasto imperio de la China. Convencidos aquellos naturales, mas bien por la fuerza de sus obras,

que por la de sus elocuentes discursos, demolieron una de las pagodas consagradas á sus ídolos; luego pidieron muchos de ellos el bautismo, cuyo sacramento fué administrado á un gran número, y si bien los mandarines hicieron arrestar al misionero, con el designio de condenarle á muerte, respetaron despues en algun modo su santidad, puesto que se limitaron á desterrarle del imperio, por temor de que destruyese su falsa religion. Separado de aquel modo Gaspar de la Cruz, de las ovejas que acababa de conducir al redil de Jesucristo, se dirigió al pequeño reino de Ormuz, en el que operó tambien un gran número de conversiones, hasta que rendido al fin despues de tantos trabajos, regresó á su patria, en la que se consagró al cuidado de los apestados de Lisboa, en cuyo santo ejercicio fué víctima del terrible azote cuyo término predijo. Cardoso en su *Martirologio*, dice haber leido una relacion escrita en portugués por aquel religioso, en la que referia lo que le aconteció en la China, fundando grandes esperanzas en aquella mision, para el dia que pudiese ser continuada.

El dominico Gaspar de la Cruz, habia renunciado á la silla episcopal de Malaca, erigida en el año 1557, así como tambien las de Cochin y de Goa, cuya última iglesia habia sido elevada á metrópoli, y primada de todo el Oriente, sucediendo á la estinguida iglesia de Funchal. Fué el año de 1557, una época notable en los anales de la órden de Predicadores, puesto que dos de sus hijos, el P. Gregorio Themud y el P. Jorge de Santa Lucía, fueron propuestos para las dos nuevas diócesis de Cochin y Malaca. Segun Fontana, hicieron producir aquellos dos prelados grandes frutos á la viña que les fué confiada, sin entrar en detalles acerca de su vida; Jorge de Santa Lucía, habia sido escogido por el P. Gregorio de Santiago, nombrado obispo de los Azores, por compañero de su apostolado, y á cuyo lado se dedicó constantemente á la conversion de los idólatras. Algunos años despues, se vió Jorge obligado por los intereses de aquella iglesia, á dirigirse á Lisboa, y admirado de sus virtudes, le propuso el rey de Portugal en el año 1557, para la silla episcopal de Malaca, recientemente instituida, siendo al poco tiempo nombrado su primer obispo por Paulo IV. El nuevo prelado se trasladó inmediatamente á Malaca, donde llevó una vida apostólica, predicando, catequizando, administrando los sacramentos, y siendo uno de los misioneros, á pesar de su carácter episcopal, que bautizó mayor número de indígenas en su diócesis. No obstante de desear aquel siervo de Dios, ardientemente el martirio, y de ser su vida una contínua prueba, llegó á la mas avanzada edad, por permitirlo Dios así en beneficio de su iglesia: terminó Jorge su santa carrera á los 18 de enero del año 1579. Gregorio Themud, primer obispo de Cochin, fué nombrado mas tarde arzobispo de Goa; otro tanto puede decirse del dominico Enrique de Tavora, trasladado tambien de la silla de Cochin á la metrópoli de Goa, en el año 1578, cuyo prelado difundió de tal modo en su arzobispado la religion verdadera, que los sacerdotes de los ídolos, al ver que iban cada dia perdiendo sus rentas, le envenenaron en el año 1583. Sucedióle en el episcopado Vicente Fonseca, de la propia órden de Predicadores.

Colocados los dominicos que acabamos de nombrar, en sus respectivas sillas de Goa, Cochin y Malaca, tendieron una mano protectora á los demás hermanos misioneros, que con la antorcha de la fé iban internándose en todas las regiones de la India. Para impedir que ninguna hoz segára el trigo en un campo ageno, fué dividida la India entre las diferentes órdenes religiosas que habia en ella, señalando la isla y las inmediaciones de Goa á los jesuitas, el reino de Ormuz á los dominicos, y la isla de Ceylan á los hermanos Menores.

Procurábase atraer los indígenas al culto del verdadero Dios, no solo por las promesas de la vida futura y por las ventajas de la vida presente, si que tambien por medio de la pompa

con que se celebraba su regeneracion espiritual. Á fin de que aquellos hombres, en los que hacian las cosas esteriores tanta impresion, renunciasen mas fácilmente á sus supersticiones y á sus culpables ceremonias, era preciso ponerles de manifiesto la magestad de las que la iglesia observa en el santo sacramento del bautismo, cuyas ceremonias son mas ó menos notables segun el número de los catecúmenos, y la clase á que estos pertenecen. Véase las que se observaban entonces en la ciudad de Goa. Los jesuitas que evangelizaban la isla, se dirigieron á los pueblos en que antes ya habian predicado, para reunir á los que, atraidos por sus anteriores predicaciones, deseasen recibir el bautismo; acompañábanles, además del cura ó vicario del pueblo, algunos agentes de la autoridad, cuya intervencion se limitaba á proteger á los neófitos y evitarles los insultos y violencias á que podian esponerles la obcecacion de sus parientes. Luego de estar reunidos los neófitos, se les conducia á Goa, en la casa de los catecúmenos que, dividida en dos partes enteramente separadas, albergaba á los neófitos de ambos sexos. Los hombres y los jóvenes estaban bajo la direccion de un religioso que, con otro compañero, iba á catequizarles dos veces al dia; y las mugeres y las niñas estaban bajo el cuidado de algunas señoras piadosas que las instruian con maternal solicitud. Cuando los catecúmenos estaban ya bastante preparados, se elegia un dia festivo para conferírseles el bautismo, ya fuese el de la Circuncision del Señor, ya el de la conversion de San Pablo, en cuyo caso se adornaba la iglesia con las mas ricas telas del pais, con flores y ramas que formaban vistosos arcos de verdor matizados de diferentes colores, lo que era tanto mas fácil, cuanto que eran las estaciones en la India enteramente iguales. Se adornaban así mismo las calles que los catecúmenos debian recorrer, procurando cada cual ostentar en el frontis de su casa lo mejor que poseia; cada catecúmeno recibia un trage nuevo, conforme á la clase que pertenecia; los prelados, el virey y todos los portugueses de distincion, rivalizaban en liberalidad para que se celebrase aquella funcion religiosa con toda la esplendidez posible. El dia del bautismo, los niños de la doctrina cristiana (fundacion de S. Francisco Javier), salian vestidos de blanco, llevando en el pecho una cruz encarnada, coronados de flores y con una rama verde en la mano; luego seguian los alumnos del colegio de San Pablo, por órden de clases, al compás de una música armoniosa y brillante; finalmente, iban de dos en dos los religiosos de la Compañía, precedidos del estandarte de la cruz. Dirigíase en este órden la procesion á la casa de los catecúmenos, que se aguardaban ya para que se les condujese á la iglesia; al divisar la procesion, salian del catecumenado, llevando una palma en la mano, para juntarse á ella: los hombres y los niños, colocados por órden de edad, formaban una fila, siguiendo en otra las mugeres y las jóvenes por el mismo órden. Se les conducia con toda esta pompa á la iglesia, donde debian apadrinarles el virey y todas las personas mas distinguidas, y en la que les administraba el arzobispo, las mas de las veces, el sacramento de la regeneracion. Antes de llegar al templo, se dirigian á su encuentro los estudiantes del seminario, yendo de dos en dos con la mayor modestia precedidos de la cruz, sin separarse ya de ellos hasta empezar la ceremonia. En la puerta de la iglesia habia diferentes jesuitas revestidos con sobrepelliz y estola que exorcisaban y hacian las demás oraciones de costumbre. Mientras se bautizaba á los catecúmenos, cantaban los músicos algunos motetes escogidos y la armonía de sus voces unida á la de sus instrumentos, parecian patentizar mas el gozo que causaba á la córte celestial la conversion de tantas almas; puesto que, eran á veces los catecúmenos mas de trescientos. Despues de haber recibido el bautismo, iban á postrarse todos ante el altar mayor, en el que habia el Santísimo Sacramento, para dar gracias á Jesucristo por ser ya hijos suyos. Los hombres y los niños recien bautizados, comian aquel dia en el convento de los jesuitas, siendo ser-

vidos á la mesa por los mismos padres; las mugeres y los niños estaban así mismo invitadas á comer en casa de las principales señoras de la ciudad, donde eran tratadas con tanto cariño como magnificencia. Al dia siguiente, volvian á encontrarse los nuevos bautizados en la iglesia en que habian recibido las primicias del Espíritu-Santo; y despues de la misa se desprendian de los que les habian instruido en la fé, para dirigirse nuevamente á sus pueblos con la alegría en el semblante y la paz en el alma. De vez en cuando iban los religiosos á visitarles, á fin de ver si seguian en su feliz disposicion y de exhortarles á que continuasen viviendo como buenos cristianos. Tal era la solemnidad imponente con que se verificaban los bautismos, á la que se debieron un gran número de conversiones desde el año 1556, puesto que, además de las conversiones operadas por los franciscanos y los dominicos, solamente los jesuitas bautizaron en la isla de Goa, primero 1080, luego 1916, despues 3260, y por último 12,742 infieles, en los cuatro años que permanecieron en aquella isla. Una de las conversiones mas notables que se obraron, tuvo lugar en el año 1557. La hija de Meale, que debia suceder á su padre en el trono de Dekan, estaba en Goa y debia casarse con un príncipe mahometano; y como en sus relaciones con las damas portuguesas tuviese noticia del cristianismo, manifestó desde luego deseos de abrazarle. A instancia del P. Francisco Rodriguez, de la Compañía de Jesus, envió la jóven una sortija al gobernador Barreto, como prueba de su consideracion, y sobre todo, para que le diese la proteccion de que tanto necesitaba para realizar sus planes; el gobernador le remitió en cambio un diamante, como prenda de la proteccion concedida á nombre del rey de Portugal, y poco despues se presentó á la habitacion de Meale, al que declaró ir á buscar á su hija, que, deseaba la gracia del bautismo. Al propio tiempo habian acudido ya al lado de la princesa algunas damas portuguesas, para servirla de apoyo en aquella circunstancia difícil; advertida la madre de las intenciones de su hija por un criado que habia oido las palabras de Barreto, quiso en su cólera arrojarla de lo alto de la escalera, pero las señoras portuguesas se opusieron á aquel acto de violencia, hasta que oyendo el gobernador la confusion y gritería, subió á la habitacion en que estaba la jóven. La princesa, al verle, se arrojó á sus piés, se puso bajo su salvaguardia, y despues de haber hecho constar por medio de escribano su resolucion libremente tomada, de abrazar el cristianismo, fué trasladada á una casa de las principales, en la que recibió la instruccion necesaria. El dia de la Asuncion salió la jóven princesa de las tinieblas del islamismo para entrar en la recta senda, iluminada por la pura luz de los santos, dándosele en conmemoracion de aquella fiesta el dulce nombre de María. Puede decirse que de la conversion de esta princesa musulmana, dependió en gran parte el movimiento que se notó en la isla de Goa, entre los mahometanos y los idólatras á favor de la religion verdadera.

Hay situadas al norte de Goa otras dos pequeñas islas, llamadas Choran y Divar, cuyos habitantes tenian una multitud de ídolos. De casi todos los puntos del Indostan se iba en peregrinacion á la isla de Divar, para adorar al ídolo de Ganesa. El fanatismo de aquellos isleños, sostenido y alentado por el egoismo de los bramas, hacia inútiles los repetidos esfuerzos de los jesuitas; pero lejos de cesar estos en su cristiano propósito, resolvieron, por el contrario, atacar á la vez á la idolatría en las dos islas. Así pues, los PP. Antonio Acosta y Melchor de Figueredo, con seis compañeros mas que no eran aun sacerdotes, fueron destinados á la isla de Divar; mientras que el P. Francisco Rodriguez con seis novicios mas, entre los que habia Domingo Fernando, debia evangelizar la isla de Choran. Aquellos dos escuadrones espirituales, como dice Du Jarric, se lanzaron intrépidos á los dos campos de la idolatría; distribuidos los misioneros por los principales puntos, empezaron simultáneamente el combate, no tardando en rendir-

se ante las vencedoras armas de la gracia divina, no solo una gran parte de aquellos insulares, si que tambien hasta los mismos bramas. Despues de haber dispuesto los ánimos, formaron los apóstoles una lista de los que quisiesen recibir el bautismo, y se volvieron á Goa para dar cuenta del resultado de su espedicion; pero á los pocos dias se presentaron los principales bramas de ambas islas á su vez á Goa, á fin de dar gracias á los jesuitas por el vivo interés que se habian tomado para hacerles abrir los ojos á la verdadera luz. El bautismo de los convertidos fué celebrado con la acostumbrada pompa; Juan Nuñez Barreto, patriarca de Etiopía, que vivia aun en el año 1556, bautizó á los de la isla de Divar en la iglesia de Ntra. Sra. recientemente construida, dirigiéndose luego al propio objeto á la isla de Choran. Domingo Fernando, cuya última isla evangelizó por espacio de veinte y siete años, solo siete cristianos encontró en ella á su llegada: cuando murió el misionero en el año 1583 ascendian ya á cinco mil los convertidos.

Don Constantino, hijo del duque de Braganza, virey de la India, intentó en el año 1559 apoderarse de la ciudad de Daman, perteneciente al rey de Cambaya que, se hallaba á la sazon en guerra con los portugueses, haciendo desembarcar sus tropas al romper el alba el dia 2 de febrero, fiesta de la Purificacion de la Vírgen. Como entendido capitan, preveia la lucha y tomó de antemano todas las providencias necesarias para que nada faltase á las fuerzas de su mando; pero el terror pánico que se apoderó de los mahometanos, hizo que fuese mucho mas corto el ataque que habia de hacerle dueño de la plaza. Casi puede decirse que entró el ejército en ella sin que se le opusiese resistencia; y como quedase aun bastante tiempo para celebrar una misa en accion de gracias en honor de María, á la que no podia menos de atribuir el hijo del virey su victoria, se purificó entretanto la mezquita principal que tenian los musulmanes en la fortaleza. De todos los sacerdotes seculares y regulares que seguian al ejército, Gonzalo Silveira, hijo del conde de Sortella, y provincial de los jesuitas en la India, fué el único que estaba en ayunas; cuando despues de haber celebrado la misa solemne fué á presentarse á Constantino, este le dijo, en presencia de todos los gefes del ejército, que por haber sido el único de hallarse en estado de tomar posesion de la mezquita de Mahoma en nombre de Jesucristo, tenia la Compañía un justo derecho á la posesion de la misma; y que en su consecuencia el rey de Portugal la cedia á los jesuitas que les sirviese de iglesia y de casa. Los religiosos se encargaron pues desde luego del cuidado de aquella iglesia, en gran beneficio de los cristianos y hasta de los mismos infieles; bautizóse al poco tiempo en ella á la esposa del antiguo gobernador musulman de la ciudad, apesar de haber hecho su marido todo cuanto estuvo de su parte para evitar aquella conversion.

Por mas que desease Constantino vivamente la propagacion de la fé, continuaba la península de Salceta, cuyo pais no debe confundirse con la isla del mismo nombre, evangelizada por los cuatro ilustres mártires de Tana, resistiéndose al celo de los misioneros. Habia en aquel pais, á pesar de no tener muchas leguas de circunferencia, unos ochenta mil idólatras, distribuidos en sesenta y seis pueblos, que vivian en la mas grosera supersticion, á merced de los bramas que esplotaban su estúpida credulidad; al ver Constantino la abyeccion y el oprobio en que estaban sumidos aquellos naturales, hizo cuanto estuvo de su parte para procurar á los jesuitas los medios de que necesitaban para penetrar en aquel campo atrincherado de la idolatría. Los operarios evangélicos empezaron por convertir en el año 1560 á unos dos mil de sus habitantes, que reunian todos los domingos y demás dias festivos en cinco iglesias, cada una de las cuales estaba confiada al cuidado de dos religiosos de la Compañía. Furiosos los idólatras ante los progresos del cristianismo, procuraban hacer sentir á los neófitos el peso de su cólera; desde el momento que uno de ellos abrazaba la

fé, sus padres cesaban de verle, de hablarle, sin que le hubieran procurado ya en lo sucesivo ni un pedazo de pan, ni un vaso de agua, aunque le hubiesen visto morir de miseria; por manera que fué preciso fundar un hospital para admitir á todos los cristianos enfermos y desechados por sus familias. Pero el ódio de los infieles, se dirigia, sobre todo, contra los jesuitas, por ser ellos los que inducian á sus compatriotas á hacerse cristianos, á derribar los templos de los ídolos y á construir iglesias; siendo muchas las veces en que aquellos fanáticos se entregaban á actos de violencia en las personas de los ángeles de paz que iban á procurarles la salvacion. Llegaron á tal punto los escesos de los infieles, que los vireyes se vieron obligados á usar de represalias, y á tomar el partido de destruir los asilos de la impiedad; dos cientos templos de los ídolos fueron derribados, sin contar una infinidad de oratorios de menos importancia. En vano los salcetanos, tributarios de Portugal, ofrecieron una suma considerable para que se les permitiese reconstruirlos: al ver que desechaban los vireyes su proposicion, recurrieron al poder soberano de la metrópoli, pero tambien sin resultado alguno.

Fué el año 1560 considerado como una época notable, tanto por haber penetrado en él los jesuitas en el pais de Salceta, como por haber invadido Constantino la isla de Ceylan para vengar los ultrages que habia hecho al cristianismo, el rey de Djafanapatam (1). Aquella espedicion dió por resultado el reunir á la corona de Portugal la isla de Manar, que tantas veces el bárbaro perseguidor habia hecho regar con la sangre de los mártires; produjo además aquella espedicion la ventaja de capturar al hijo primogénito del verdugo de los cristianos, la de saquear la capital de su reino y la de apoderarse de todas las arcas del tesoro. Tambien perdieron los idólatras en ella la joya que, en su concepto, habia de mas valor, no solo en el Indostan, si que tambien en toda la India; consistia aquella en el diente de un mono blanco, llamado *Anuma*. Hé ahí lo que dice el abate Dubois acerca del culto que tributaban los indios al mono: «Sin duda á causa de su similitud con el hombre por su configuracion esterior y por alguno de sus actos físicos, fué el mono en un principio adorado por los indios, y continua siéndolo aun en varios puntos de aquella region. Quizá debiólo tambien á ser naturalmente aquel animal malo, pillo, y destructor; de todos modos, es lo cierto, que los libros indios contienen un sin fin de relatos en los que se atribuyen al mono maravillosas cualidades.» Dícese que Rama, encarnado bajo el nombre de Vichnu, al cual Ravanna, rey de Lankai, (Ceylan) habia robado su esposa Sitté, contrajo poderosas alianzas, para arrancarla de entre los brazos de su vil raptor; añadiendo Dubois con este motivo, «y contrajo en primer lugar amistad con Sugriba, rey de los monos.... Impaciente Rama por saber de su esposa, resolvió enviar sin dilacion una persona de su confianza á Lankai, para que se informase de la salud y del estado en que se hallaba; difícil, sin embargo, era la empresa, puesto que debia atravesarse un brazo de mar para llevarla á cabo. La agilidad hereditaria de *Anuma*, hijo del viento, y general en gefe del ejército de los monos, que Sugriba habia enviado en socorro de su aliado Rama, hizo que pensase este en él para confiarle aquella difícil embajada; apenas supo *Anuma* la honrosa mision que queria confiarle Rama, cuando hizo sus preparativos, emprendió la marcha, atravesó el estrecho á pié enjuto y llegó sin percance á Lankai. Despues de muchas investigaciones inútiles, pudo al fin descubrir el gran mono Anuma en un lugar solitario á Sitté, sentada debajo de un árbol frondoso: era su aflic-

(1) Djafanapatam, llamada tambien Djafna, Jafna y Jafnapatam, es una península situada en la estremidad septentrional de la isla de Ceylan, á la cual está unida por una lengua de tierra sumamente estrecha. Tiene unos 65 kil. de largo, por unos 20 de ancho. Hoy dia esta provincia está muy poblada; la mayor parte de sus habitantes son indios, y profesan la religion católica desfigurada con muchas prácticas del budismo. En otro tiempo comprendia 32 iglesias católicas, la mayor parte de las cuales están actualmente destruidas. En la capital del mismo nombre, reside un gobernador inglés. (Nota del Traductor.)

cion tan profunda, que regaba la tierra con sus lágrimas y exhalaba su pecho hondos suspiros que solo eran de vez en cuando interrumpidos, para quejarse la fiel esposa de su triste suerte, para maldecir á su infame raptor y manifestar el dolor que la causaba el verse separada de su querido Rama, al cual juraba guardar una fidelidad inviolable, cualesquiera que fuesen los esfuerzos que hiciese su pérfido raptor para triunfar de su virtud. Anuma procuró desde luego informar á Rama de todo cuanto habia visto y oido; aun no habia terminado el celoso mensajero la relacion de su viage, que ya habia formado Rama el proyecto de construir un dique en el estrecho ó brazo de mar que le separaba de su amada, á fin de que pudiese atravesarlo su ejército. El mono Anuma fué tambien el encargado de llevar á feliz término esta segunda empresa; así que, empezó desde luego por derrumbar las peñas y montañas, llevando cada vez al dique tantas piedras como pelos tenia en su cuerpo; mas como eran muy frecuentes sus viages, y como por otra parte, amontonaba con suma rapidez las piedras unas sobre otras, en breve logró unir la isla de Lankai al continente. Rama, sin embargo, no se creyó despues con fuerzas bastantes, á pesar de su numeroso ejército de monos, para ir á atacar á su formidable enemigo, por lo que resolvió formar otro ejército compuesto de osos, y cuando hubo reunido aquel segundo cuerpo ausiliar, se dispuso á atravesar el dique para arremeter á su contrario. Despues de haber esperimentado el caudillo las vicisitudes de la suerte por medio de diferentes victorias y derrotas, logró por último triunfar de su enemigo: Ravanna fué vencido y muerto; y Sitté, causa inocente de aquella sangrienta guerra, fué libertada y conducida en triunfo á Ayotta, su patria. »

Vése por lo que acabamos de trascribir, que hace el mono un gran papel en la mitología de la India, y que está en ella muy generalizado el culto de Anuma. « Los sectarios de Vichnu, añade el abate Dubois, tienen á este ídolo en una predileccion tan especial, que nadie se niega á prestarle homenaje; tambien al mono Anuma se le vé figurar en la mayor parte de los templos, en los sitios públicos mas frecuentados, y hasta en los bosques y en los mas apartados desiertos. Sobre todo, en los puntos donde existen los vichnuvistas en gran número, no se puede dar un paso sin encontrar la imágen de su muy querido Anuma: los ofrecimientos que se le hacen por lo regular, consisten en producciones de la naturaleza, sin que sea nunca objeto de sacrificios sangrientos. En los puntos que acostumbran frecuentar aquellos repugnantes animales que adora el indio en su estupidez, nunca faltan devotos que les llevan arroz cocido, fruta y todos cuantos requisitos puede apetecer su gula, lo que es considerado entre ellos como un acto piadoso del mayor mérito. » Nadie estrañará, despues de todos estos detalles, la veneracion en que se tenia el diente del mono, de que se apoderó el virey Constantino; tan pronto como supo el rey de Pegú, que habia caido aquel diente en poder de los portugueses, envió una embajada á Goa para ofrecer de su parte por él, cien mil escudos. Consultados los teólogos, contestaron que no podia venderse á los idólatras, sin incurrir en el pecado de idolatría. Entonces hizo el virey presentar el diente á todos los circunstantes á fin de que se enterasen de su identidad; luego se le desprendió de los rubíes y safiros que le circuian, se picó en un mortero de bronce y fué su polvo arrojado al fuego, despidiendo un olor fétido.

La jurisdiccion del arzobispo de Goa se estendia hasta Mozambico y Sófala, situadas al sudeste de Africa. Entre el mar, la Abisinia, la Nigricia y el Congo, se encontraba la Cafreria, cuyo pais puede dividirse en tres partes, á saber: la septentrional, que comprende todo el centro del Africa; la meridional, en la que está el Cabo de Buena-Esperanza; y la parte oriental, que contiene el Monomotapa, imperio subdividido en el Monomotapa propiamente dicho, y en los reinos de Quiteva, Manika, Sabia é Inhambana. Los maho-

metanos que estaban haciendo el comercio en las costas, cuando los portugueses descubrieron el Cabo, habian designado vagamente los pueblos del interior con el nombre de Cafres, ó mejor de Kafer (descreidos). Es tanto mas aventurado lo que supone Alberti, al decir que no tienen los cafres ninguna idea de la divinidad, cuanto que Walckenaer, dice por el contrario, que reconocen á un Ser Supremo, al que dan el nombre de *Ulhanga* (soberano), ó el de *Utika* (hermosísimo). Creen así mismo los cafres en la inmortalidad del alma, y sin embargo, no tienen la menor idea ni de las penas ni de las recompensas que hay en la otra vida; en todos sus apuros, invocan el ausilio de las almas de sus padres y de todos los demás seres queridos que han perdido, y á cuyos espíritus dan el nombre de *Schuluga*. La divinidad, es, segun ellos, la que hace estallar al trueno; por esto cuantas veces mata el rayo á alguno de los cafres, dicen que Ulhanga ha descendido entre ellos, en cuyos casos cambian de domicilio, y sacrifican á Dios un buey ó una ternera; si mata el rayo á alguno de sus animales, procuran enterrarlo con el mayor cuidado, sin hacer, empero, ningun sacrificio á Ulhanga. En las épocas de gran sequía, acostumbran tambien los cafres ofrecer sacrificios á los rios, en cuyos casos matan un buey, y arrojan al cauce de aquellos una parte de la víctima (1). No tienen los cafres sacerdotes, ni hacen ninguna práctica religiosa; cualquiera que sea la desgracia ó desastre que les ocurra, la atribuyen desde luego á la influencia de algun poder misterioso que les es contrario, y al que tributan inmediatamente las mayores muestras de respeto, para hacérsele propicio; pero ni admiten una causa universal, ni personifican aquel poder oscuro, sin que ni siquiera se lo representen como una sustancia corpórea ó espiritual. Algunas veces, por ejemplo, consideran que es una enfermedad la consecuencia de la ofensa hecha á un rio, por tener la horda la costumbre de ir á buscar ó á procurarse en él toda el agua necesaria; en este caso, creen deber apaciguar el furor del rio, arrojando á él las entrañas de un carnero de su rebaño, ó bien cierta cantidad de mijo. Murió en cierta ocasion un cafre á los pocos dias de haberse llevado á su casa una áncora rota de un buque que habia naufragado en la costa, y su muerte fué considerada como un castigo, por la falta que cometió con respecto á aquella áncora: nadie en lo sucesivo pasó delante de ella sin saludarla respetuosamente, por no atraerse su cólera. Cuando despues de mucho trabajo han logrado los cafres dar muerte á un elefante, se apresuran á disculparse en torno de su víctima, diciendo que su muerte no fué premeditada, y si tan solo efecto de la casualidad; luego sepultan con la mayor precaucion su trompa, para quitarle el poder imaginario de dañarles y de vengar su muerte, cuyo poder manifiestan los cafres diciendo: « Es el elefante un señor poderoso, su trompa es su brazo. »

Para demostrar la verdad de sus asertos, juran invocando el nombre de uno de sus gefes muertos, ó tambien el de alguno de los que están al frente de su horda; tienen los cafres una creencia ciega en los sortilegios; los admiten de dos especies, á saber: unos propicios, y otros perjudiciales, y se creen que los primeros pueden evitar la funesta influencia de los últimos. Por lo regular, son mugeres ancianas las que pretenden ejercer la mágia benévola, haciendo redundar siempre aquel engaño en su provecho; cuando hay alguna enfermedad que se cree ser efecto de un sortilegio, se llama á la buena mágica, la cual aplica en el vientre del enfermo, por considerarse proceder de él todas las enfermedades

(1) Aun en nuestros dias, son los cafres tan supersticiosos, que si por casualidad mata una fiera ú otro animal cualquiera, á alguno de ellos, se apresuran á ofrecer un sacrificio al maligno espíritu, para aplacar en él la cólera con que creen les castiga, por medio de la fiera que devoró á uno de sus compañeros, y á la que consideran como encargada de ejecutar las terribles órdenes del príncipe de las tinieblas. En cambio, si hay algun cafre que dé muerte á un buitre ó á alguna de las muchas aves de rapiña que tanto abundan en aquel pais, está obligado á ofrecer á su víctima en espiacion, un buey ó una ternera, á fin de evitar los males que en justa venganza no dejaria de atraer el buitre sobre toda la tribu. (N. del Trad.)

del cuerpo, cierto número de bolas de boñiga ó estiércol vacuno, que remueve bien hasta formar un emplasto, haciendo mil gestos y contorsiones, hasta que acaba por designar á una tortuga, serpiente ú otro animal cualquiera, como causa de la enfermedad, asegurando que aquel animal ha sido enviado contra el enfermo por algun hechicero. Antes de emprender la curacion del enfermo, tiene la mágica buen cuidado de hacerse pagar su trabajo, en lo que sigue la costumbre general que hay entre los cafres, de hacerse adelantar el salario ó importe de sus trabajos; dado que sea la enfermedad efecto de algun sortilegio, no exige la mágica para su curacion mas que una cabeza de ganado. Caso de que no cese el encantamiento, y de que el enfermo muera, se disculpa la hechicera, diciendo que habia llegado su última hora, y que tambien habria muerto del mismo modo, y en el propio dia, aunque no hubiese sido hechizado; otras veces tambien se disculpa diciendo, que el maligno hechicero la ha sobrepujado en destreza; pero en uno y otro caso, está obligada á devolver el precio de la curacion que habia recibido, sin que por esto sufra su reputacion menoscabo. No se contentan los cafres con descubrir y alejar al objeto de que se ha valido el mal hechicero para causar la enfermedad, si no que quieren verle por sus propios ojos y castigarle como se merece; á este fin se reune toda la horda, mientras que la mágica se dirige á una choza, en la que aparenta dormir, para ver en sueños al hechicero, é informarse de todo cuanto la interesa saber. Su sueño no dura por lo regular mas que una hora, y toda la horda entre tanto canta, baila y bate palmas; pasada aquella primera ceremonia, los hombres se separan de entre la multitud, para dirigirse á la choza en que está la mágica, á fin de invitarla á que salga de ella. Niégase la hechicera en un principio á complacerles; pero como la regalen despues algunas javelinas ó venablos, (objetos de bastante precio entre los cafres, no solamente como armas, si que tambien como pruebas que indican el valor,) se tiñe ó pinta de blanco el contorno del ojo, el brazo y la pierna izquierdos, y de negro las mismas partes del lado derecho, se ciñe luego una especie de delantal que la cubre desde la cintura hasta una parte de los muslos, y sin mas vestido se presenta en la entrada de la choza, llevando los regalos que acaban de hacérsele. Luego se la cubre con algunos mantos, la horda reunida se apiña en torno suyo, y se la pide con instancia que diga el nombre del bárbaro hechicero; ella parece en un principio querer aludir la contestacion que se le exige, alegando su poca habilidad en el arte de adivinar que profesa; pero al fin arroja los mantos con que se la cubrió poco antes, se dirige corriendo hácia la multitud que la cerca, se abre paso con una flecha que conserva en la mano, y la arroja ó la clava al pasar á uno de los que tiene mas cerca: el que tiene la desgracia de ser herido, es considerado como autor del delito que se persigue. Se le reduce inmediatamente á prision, pero antes de juzgar al acusado, se exige á la mágica que indique el lugar en que tiene oculto aquel los objetos que emplea para sus sortilegios; entonces la vieja, precediendo á la tribu, se dirige á un sitio, en el que desentierra un cráneo, y un pedazo de carne, que dice ser humana, ó algun otro miembro del cuerpo; quedando el delito desde entonces plenamente probado, y considerándose el acusado como reo convicto. El gefe de la horda delibera entonces con sus oficiales, acerca del castigo que ha de imponerse al culpable; y hé ahí por lo regular el suplicio á que se le condena: se le atan al reo los brazos y piernas á unas estacas clavadas en el suelo, y se le ponen ó aplican en los ojos, en el sobaco, en los costados y en el bajo vientre, un gran número de gruesas hormigas negras, que á aquel objeto llevan en un saco; y como ya de antemano se ha tenido la bárbara precaucion de humedecer las partes del cuerpo en que han de aplicarse, se agarran las hormigas desde luego, produciendo su picadura á la víctima,

una hinchazon y un dolor insoportable. Emplean los cafres tambien otro suplicio, que consiste en poner piedras calentadas al fuego, en los costados y en el bajo vientre del culpable: si á pesar de lo terrible de estos tormentos, no espira la víctima en ellos, se la destierra para siempre del pais en que vive la horda, á menos que ya de antemano se la condene á la última pena, en cuyo caso se le aplasta el cráneo con una enorme maza. Cualquiera que sea el castigo impuesto por el delito de sortilegio, se procede desde luego á la confiscacion de todo cuanto posee el acusado, y se cede al gefe de la horda, que, distribuye una parte entre sus oficiales: así pues, no es estraño ver á los que tienen grandes rebaños, acusados injustamente del delito de sortilegio, á peticion del gefe de la horda ó de la de sus empleados Muchas veces la mágica se contenta con lo que ha recibido para la curacion del enfermo, sin indicar el supuesto hechicero, en cuyo caso se obstina siempre en decir que este lo ha sobrepujado en destreza. Tambien sucede algunas veces que el que tiene la desgracia de ser acusado, se disculpa, diciendo, que el autor del sortilegio ha sabido por sus malas artes presentarle como sospechoso, para evitar el ser descubierto; y si la mágica no se opone á ello, se declara inocente el acusado. La lluvia, es, tambien, en concepto de los cafres, debida siempre á la mágia; así que, en todas las épocas de sequía, se acude á un hechicero, que es regularmente hotentote, el cual se encarga de procurar el agua apetecida, dándosele ya desde el momento que se recurre á él algunas reses en recompensa del señalado beneficio que ha de dispensarles. Dase muerte á un buey ó una vaca, en cuya sangre empapa el supuesto encantador su varita para rociar con ella á los espectadores, luego empieza á pasearse en medio de la asamblea, con la actitud de un hombre inspirado, ó bien se retira cantando para dirigirse á una choza, mientras que la tribu reunida tambien canta y baila, interin aguarda su respuesta. Si despues de la prediccion pasa un mes sin que la lluvia haya fertilizado los campos, va la tribu en busca del mágico, aunque casi siempre en vano, por haber tenido este la precaucion de evadirse con el producto que le valió su engaño; pero si tiene la desgracia de caer en poder de la tribu, se le condena á muerte. Los cafres, como los antiguos israelitas, creen incurrir á veces en una gran falta ó mancha moral; la persona que se haya manchado en ella, es escluida por algun tiempo del trato de las demás, debiendo observar ciertas reglas prescritas para purificarse. En primer lugar, no se le permite lavar ni pintarse el cuerpo, mientras no quede su falta enteramente borrada, tampoco podrá tomar leche; solo cuando se cree no existir ya aquella, que es despues de haberse mortificado con un sin fin de privaciones por bastante tiempo, se le permite lavarse de nuevo, pintarse la piel y limpiarse la boca con leche. Todos los niños son considerados como culpables de aquella mancha, hasta que llegan á la pubertad ó que pertenezcan á la clase de adultos. Dura al marido aquella mancha durante el medio mes lunar en que muere su esposa, y á la muger, durante el mes en que queda viuda; la madre, cuyo hijo acaba de morir, contrae tambien aquella mancha por dos dias; y, generalmente, todo el que esté próximo á una persona en el momento de espirar, se considera tambien manchado, pero en este caso solo dura la mancha hasta haberse lavado. Por esto todos los cafres al volver de un combate, deben lavarse cuidadosamente antes de entrar en sus cabañas. Si durante una tempestad cae un rayo en el punto en que vive una horda, se considera esta manchada; abandona aquel lugar inmediatamente; procura purificarse desde luego, inmolando algunas reses, durante lo cual, todas las demás hordas interrumpen toda comunicacion con ella.» Entraríamos todavía en mas detalles, si las observaciones de Alberti no se refiriesen mas bien á los cafres inmediatos al Cabo, que á las otras tribus mas lejanas Jacobo de Bucquoy, que visitó la ba-

hía de Lagoa, hace observar que entre los diferentes pueblos conocidos por el nombre de cafres, hay algunos, como el de los hotentotes, que no tienen residencia fija, sino que van errantes de un punto á otro como los árabes, y de los que constituye el ganado toda su riqueza; al paso que, hay otros pueblos que se estienden al norte hácia el Cabo Corrientes, los cuales residen siempre en el mismo punto. Los cafres consideran al sol y la luna como dos gefes: el primero dá y conserva la luz, el calor, siendo, por decirlo así, una fuente de vida; la luna solo tiene la facultad de procurar á la tierra el agua necesaria. Creen aquellos salvages en una especie de metemsícosis, y es el valor para ellos inmortal; practican, como los musulmanes, la circuncision; durante los plenilunios se entregan á toda clase de regocijos; asi es que, solo se les vé en sus noches bailar, cantar, y batir palmas; aquella costumbre procede regularmente de los árabes que han propagado el islamismo en Madagascar, en las islas inmediatas, y hasta en los puntos mas remotos de la costa de A rica. Esto no obstante, siguen aquellos cafres todas sus inclinaciones sin tener freno alguno. White, autor tambien citado por Walckenaer, no duda que creen en un Ser Supremo; pero nunca notó ni supo aquel célebre viajero que siguiesen los cafres culto alguno, pues solo se limitaban á hacer algunas lijeras prácticas de la religion musulmana. Además, no tienen mezquita, ni lugar alguno destinado para celebrar ceremonias religiosas de ninguna clase. La bahía de Lagoa está al mediodia del pais de Inhambana: el gefe de este último reino tenia en el año 1559 dos hijos, y como oyese el menor de ellos hablar del cristianismo á los portugueses que hacian el comercio en los estados de su padre, se dirigió á Mozambico, para que se le instruyese en la religion, donde el gobernador portugués le hizo una recepcion magnífica. Despues de estar ya aquel jóven príncipe perfectamente instruido, recibió el bautismo y regresó contento á su patria; como le preguntase su familia la causa que motivaba su satisfaccion, refirió la buena acogida que le dispensaron los portugueses, é hizo al propio tiempo tanto elogio de la religion cristiana, que su hermano mayor quiso ir tambien á Mozambico para ser bautizado; pero el rey, su padre, le contuvo diciendo, que si era posible que fuesen á su reino sacerdotes que le espusiesen la ley de los cristianos, quizás él mismo se decidiria tambien á abrazarla. Así las cosas, el príncipe convertido se dirigió otra vez á Mozambico, para prevenir al gefe portugués, que los misioneros que enviasen á su patria, encontrarian en ella una mies abundante y sazonada. Al propio tiempo el emperador de Monomotapa se mostraba dispuesto á entrar en relaciones comerciales con los europeos, por cuya razon abrigaban estos la grata esperanza de propagar la fé en aquel imperio. Informado el virey de la India de aquellas felices disposiciones, las comunicó al P. Antonio de Cuadros, que acababa de suceder en el cargo de provincial de la Compañía de Jesus, al P. Gonzalo Sylveira. El nuevo provincial encargó entonces á su predecesor que emprendiese la mision del Monomotapa; por lo que Sylveira, acompañado de otros dos jesuitas, abandonó á Goa en el año 1560, haciéndole acompañar el gobernador portugués de Mozambico hasta el mismo reino de Inhambana. Apenas acababan de llegar á él los tres religiosos, cuando cayeron enfermos por no poder resistir el calor sofocante que hacia; apesar de su natural robustez, casi llegó el P. Sylveira á perder la vida; con todo, se restablecieron los misioneros despues de haber sufrido por espacio de muchos dias terribles dolores, dirigiéndose desde luego á Tongo, capital del reino, donde se les recibió con trasportes de alegría, al saberse que solo se dirigian allí para predicar la ley divina. Los religiosos empezaron por anunciar la feliz nueva que tanto fructificó en muchas almas, acudiendo desde luego en tropel á las fuentes bautismales los cafres convertidos; recibió el rey con el agua sagrada el nombre de Constantino, la reina su esposa, el de Ca-

talina, y su hermana el de Isabel. Mientras que el P. Sylveira, alentado por aquellos primeros triunfos, se alejaba para llevar el Evangelio al Monomotapa propiamente dicho, levantaban sus dos compañeros una iglesia bajo la invocacion de la Vírgen, y continuaban con ardor creciente la propagacion de la fé. Pero hé ahí que uno de ellos, el P. Acosta, rendido por las enfermedades que le afligian de contínuo en aquel clima ardiente, vióse obligado á dirigirse nuevamente á Goa; el otro religioso Andrés Fernandez, permaneció mas de dos años en el reino de Inhambana entre los cafres, cuya inconstancia y crueldad le ocasionaron incesantes peligros. Cierto dia, entre otros muchos, que supo el religioso disponian un sacrificio en honor de sus dioses, y que hasta el mismo rey debia asistir á aquel acto de idolatría, se dirigió con intrepidez al lugar del sacrificio, y llevado de su ardiente celo, no paró hasta derribar cuantos aprestos se hacian; solo milagrosamente pudo salvarse del furor de las turbas. La ligereza y la barbarie de aquellos hombres, cuyas pasiones les hacian caer de nuevo bajo el yugo de Satan, obligaron por último al P. Andrés Fernandez á aceptar otro destino. Entre tanto el P. Sylveira, que desde la mision de Inhambana se habia dirigido á Mozambico, recorria de norte á mediodia la costa oriental de Africa; amenazado en cierta ocasion el buque que le conducia por una tempestad horrible, se dirigió el apóstol á su Dios pidiéndole que cesára la tormenta, y casi en el mismo instante el cielo se despejó y el huracan dejó de rugir. Quiso el misionero celebrar inmediatamente una misa en accion de gracias en la misma orilla, cuya ardiente arena no podian resistir los portugueses á pesar de ir bien calzados; durante el sacrificio, quedó la cabeza del celebrante cubierta de enormes ampollas, sin que quisiese practicar despues remedio alguno, por el desprecio con que miraba su miserable cuerpo, y porque preferia dejar hacer su curso á la naturaleza. Se prosiguió el viage hasta Quilamané, embocadura la mas considerable de las cuatro del Zambezo; siendo las tres restantes Cuama, Luabo y Luaboel: el Zambezo, del que solo es conocida la parte inferior, nace á una gran distancia. No quiso Sylveira permanecer mucho en Quilamané, por mas que un gefe mahometano de las inmediaciones, disgustado del islamismo, le permitiese predicar el Evangelio, por desear trasladarse cuanto antes á la corte del emperador de Monomotapa, en la esperanza de que una vez convertido aquel príncipe, no tardarian en seguir su ejemplo todos los reyezuelos que le eran tributarios. En la embocadura de Cuama, ofreció el misionero el santo sacrificio de la misa para obtener que protegiese el cielo su viage, y suplicó al propio tiempo á sus compañeros el que no tomasen á mal que viviese por algunos dias enteramente retirado, porque le era indispensable prepararse. Así pues, se instaló en un rincon del buque, donde hizo poner una vela que le separase de los marineros, en el que se dedicó contínuamente á la oracion ó á la lectura de obras piadosas, sin tomar al dia otro alimento que un puñado de guisantes y un vaso de agua. Al remontar el Zambezo por la embocadura de Cuama, llegó al pueblo de Sena, desde donde anunció al emperador de Monomotapa su llegada. Confesó á los portugueses residentes en aquella factoría, purificó sus costumbres, legitimó sus matrimonios, catequizó y bautizó á unos quinientos esclavos que habian comprado, y visitó Sylveira muchas veces al rey de Inhamior, tributario del emperador, el cual residia á una legua de Sena. Conmovido aquel príncipe por las reflexiones que le hizo el misionero, prometió abrazar el cristianismo junto con su familia; pero como por una parte, no podia dejar allí Sylveira ningun religioso para que le sirviese de guia en el nuevo camino de la fé, y temia por otra ofender al emperador si bautizaba á su tributario antes de bautizarle á él, limitóse á procurar al rey de Inhamior todos los consuelos, y á exhortarle á que perseverase en sus nuevas creencias hasta que pudiese administrarle el sacramento de la regeneracion. Al ca-

bo de dos meses, el portugués Antonio Cayado, residente en la corte imperial, fué á buscar al P. Sylveira de parte del emperador; á semejante aviso, cargó el religioso en hombros los ornamentos sagrados, su misal, su breviario y su cáliz, y se dispuso á seguir su guia. Cuando encontraban los dos viageros una corriente, veíase obligado el religioso á pasarla á vado, con agua á veces hasta el cuello, en cuyo caso se ponia el paquete sobre la cabeza, ó bien lo colocaba en una almadia, que empujaban algunos cafres nadando. De este modo llegó Sylveira la víspera de Navidad á Chetuchin, donde celebró al dia siguiente sus tres misas con un gran consuelo espiritual; y, despues de haber permanecido ocho dias en aquella poblacion, entró en la capital, no sin encomendar antes su mision á Dios con mas fervor que nunca. Sabiendo el emperador que era el religioso hijo de una ilustre familia, le envió riquísimos presentes, mucho oro, algunos bueyes y diferentes esclavos; pero el misionero se negó á aceptar aquellos regalos, y encargó á Cayado dijese al monarca, que en breve se sabrian cuales eran las riquezas que su corazon ansiaba. Asombrado el jóven príncipe, al ver el desinterés del misionero, esclamó; «No es como los demás hombres, que con tanto afan atraviesan los mares y la tierra en busca del oro y de la fortuna.» Fué tal el concepto que le mereció Sylveira, que le hizo el dia siguiente la recepcion mas magnífica que habia hecho hasta entonces á cuantos se le habian presentado; puesto que, le admitió el príncipe en su mismo gabinete, en el que no podia penetrar estrangero alguno. La emperatriz, madre del jóven príncipe, estaba sentada en una rica alfombra, debiendo Sylveira sentarse en otra igual al lado del príncipe; Andrés Cayado, estaba de pié en la puerta del retrete, en la parte de afuera, para servir de intérprete. El emperador dijo al religioso que se le procurarian todo el oro, bueyes, tierras y mugeres que quisiese; á lo que contestó el religioso, que nada de todo aquello podia satisfacerle, porque aspiraba á una cosa mucho mas grande aun: á poseer el emperador. Se volvió este entonces hácia el intérprete, diciéndole: «Preciso es que ese hombre, que así desprecia lo que todos los demás tanto estiman, sea de una naturaleza superior a la del resto de los hombres.» Apesar del desprendimiento que por dos veces habia demostrado ya el misionero, reiteró el príncipe sus ofrecimientos, haciéndole muchas mas promesas, que le agradeció Sylveira humildemente; luego se despidió del emperador y de su madre, y se fué á su habitacion, en la que arregló una sala en forma de capilla, y levantó un altar, en el que colocó un hermoso cuadro de la Vírgen que habia traido de las Indias. Algunos cafres que formaban parte de la casa del emperador, vieron, al pasar delante de la capilla mientras estaba el sacerdote celebrando, aquel precioso cuadro; y creyendo realmente que era una muger, dijeron al príncipe que llevaba Sylveira consigo á una jóven de singular belleza. El emperador mandó llamar inmediatamente al misionero para que se le presentára con su jóven compañera; Sylveira, que comprendió desde luego la equivocacion que habia dado lugar á aquella órden, envolvió el cuadro en un trozo de damasco y lo presentó al emperador. Antes empero de descubrírselo, le declaró que contenia la imágen de la madre del Hijo de Dios, creador del cielo y de la tierra, que tenia bajo su poder á todos los emperadores y reyes del universo; fué tal el respeto que infundió al príncipe aquel hermoso cuadro, que cayó de rodillas y le besó con toda la efusion de su alma. Le pareció aquella imágen tan hermosa, que suplicó al religioso se la regalase, prometiendo conservarla siempre en su habitacion; Sylveira, que solo deseaba conducir á aquella alma al camino de la salvacion, se la ofreció con el mayor placer, colocándola él mismo en el cuarto del emperador, en el que hizo construir al propio tiempo un altar. A los dos dias le hizo anunciar por Antonio Cayado que habia resuelto, así como tambien su madre, abrazar el cristianismo, encargándole al propio tiempo que fuese á bau-

tizarles lo mas pronto posible. Si bien se dirigió Sylveira inmediatamente á palacio, aplazó no obstante la administracion del bautismo, á fin de imponer bien á los dos ilustres catecúmenos, y á los diferentes cafres que estaban con ellos, en los mandamientos de la ley de Dios y en los principales puntos de la fé cristiana; solo cuando juzgó á los neófitos suficientemente instruidos, les regeneró con el agua bautismal, ceremonia imponente y sublime que tuvo lugar á los quince dias de haber llegado el misionero á la corte imperial. Dióse al emperador el nombre de Sebastian, y á su madre el de Maria; terminada la ceremonia, como supiese el príncipe que no queria el religioso aceptar dinero, le envió cien bueyes, que aceptó Sylveira por no desairarle; pero encargó desde luego á Antonio Cayado que les hiciese matar, descuartizar y distribuir entre los pobres. Semejante liberalidad admiró al pueblo en gran manera, por no estar acostumbrado á presenciar aquellos nobles actos de desprendimiento; todos alababan las virtudes del religioso. Imitando el ejemplo del emperador, se presentaron tres cientos cafres, entre ellos los mas ilustres del imperio, pidiendo ser bautizados, y pasar del imperio de Satan al redil de Jesucristo; se mostraron aquellos buenos neófitos tan sumisos á la doctrina y hasta á la persona del misionero, que no sabian separarse de él, tanta era la ternura con que le amaban. Contínuamente le estaban haciendo regalos de manteca, leche y corderos para su alimento, regalos, que como de costumbre, servian para aliviar la triste suerte de los pobres: nunca tomaba el religioso otro alimento que un poco de mijo cocido y algunas yerbas silvestres. Al igual que el monarca y los grandes de su corte, empezó el pueblo á abandonar sus creencias; todo el imperio parecia estar dispuesto á someterse á la cruz; pero al ver Satan las numerosas almas que iban á serle arrebatadas, hizo un desesperado esfuerzo para derrumbar el edificio espiritual, haciendo desaparecer la piedra angular en que aquel descansaba. Cuatro mahometanos que gozaban de bastante crédito y consideracion en la corte, fueron los instrumentos del maligno espíritu; presentaron á Sylveira como un espía enviado por el virey de la India, para reconocer las fuerzas del Monomotapa y fomentar en él una rebelion que facilitase su conquista á los portugueses. Añadieron además, que el misionero, como hábil mágico, empleaba el agua del bautismo y las palabras usadas al derramarla para atraerse á todos los que rociaba con aquella agua mágica; que la esperiencia habia demostrado ya los funestos resultados de sus hechizos; y que era muy temible caso de no ejercerse con él un ejemplar castigo, el que se dividiesen los cafres en dos bandos para hacerse la mas cruda guerra. El emperador y su madre, fáciles en creer aquellas infames imposturas, resolvieron hacer morir al hombre á quien debian la vida del alma; apenas se hubo decidido su muerte, lo supo ya Sylveira por revelacion divina. «Sé, dijo á Antonio Cayado, que quiere el emperador condenarme á muerte; estoy pronto, ahora y siempre que me permita el Señor derramar mi sangre en su servicio;» el portugués se sonrió, como si se tratase de una cosa inverosímil ó imposible. Cuando la inspiracion divina le anunció haber llegado su último dia, encargó á Antonio Cayado que reuniese á todos sus compatriotas, para administrarles por última vez los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía: «Porque desde hoy, añadió, me veré en la imposibilidad de hacerlo.» Sorprendido Antonio, aunque no convencido, fué en busca de los portugueses, sin poder hallarles en parte alguna, por haber salido ya de la ciudad todos ellos; aguardóles empero Sylveira hasta mediodia, conservando las hostias consagradas; pero viendo que no llegaban las consumió todas. En el mismo dia bautizó aun como unas cincuenta personas, entre las que distribuyó despues todos los rosarios que le quedaban; al anochecer llegaron los portugueses, por lo que solo pudo confesarles, sin darles el pan eucarístico, exhortándoles á que permaneciesen siempre fieles á la fé de Jesucristo, cua-

lesquiera que fuesen las persecuciones á que se viesen espuestos. Su aire tranquilo les demostró lo bastante, la calma interior de que estaba poseido al hablarles de aquel modo; asi que, ninguno de ellos concibió el menor recelo; poco despues les dijo que llevasen los ornamentos sagrados á la casa de Antonio Cayado, á fin de evitar toda profanacion, lo que indicaba claramente la certeza que tenia de morir aquella noche. Cuando los portugueses se hubieron retirado, se puso un alba, tomó un crucifijo, y se preparó para la muerte, que esperaba de hora en hora. Como se le presentase luego Antonio Cayado, le puso la mano en el pecho, y le dijo: «Estoy mas dispuesto á morir de lo que lo están aun mis enemigos á darme la muerte; perdono de todo corazon al emperador y á su madre, el haberse dejado seducir por los mahometanos.» Acababa de pronunciar estas palabras sonriéndose, cuando se retiró Cayado, sin poder creer que meditase el emperador una accion tan cruel; sin embargo, habia oídole pronunciar algunas palabras contra Sylveira, y notó además en él una profunda preocupacion que le hizo concebir algunas sospechas, por lo que resolvió enviar dos de sus criados á la casa del religioso, con la órden de que no se separasen de él en toda la noche: por ellos se supieron despues los detalles que vamos á referir. Luego de haber salido Antonio Cayado, empezó el religioso á pasearse por delante de su habitacion, con mas velocidad de lo que lo acostumbraba hacer regularmente: habríase dicho, al verle, que estaba pugnando su alma por salir del cuerpo que la aprisionaba. Tan pronto dirigia sus ojos al cielo, donde esperaba en breve reunirse á su Dios, tan pronto cruzaba sus brazos ó los levantaba á lo alto, para ofrecer sin duda su vida al Salvador, que habia sacrificado la suya en la cruz para redimirle, exhalando profundos suspiros. Despues de haber pasado de este modo una parte de la noche, como se hallase un poco cansado, se retiró á su cuarto, oró ante el crucifijo, único consuelo que le quedaba, se tiró sobre su lecho de cañas, en el que no tardó en conciliar el sueño. Habia ocho soldados que le estaban asechando, los cuales al notar que dormia, se arrojaron sobre él para estrangularle: su gefe, Mocruma, con el que el religioso habia hablado familiarmente poco antes, y con el que muchas veces compartiera generosamente su comida, le arrancó del lecho, le derribó al suelo, subió de piés sobre él, y no paró hasta hundirle el pecho. (Pl. LXXVII, n.º 2.) Cogiendo entonces cuatro soldados al mártir por piés y manos, le levantaron, mientras que otros dos, le pasaron una cuerda al cuello, tiraron uno y otro por los dos cabos en sentido opuesto, sin parar hasta que exhaló la víctima el último suspiro, arrojando mucha sangre por la nariz y por la boca. Tal fué la muerte gloriosa del P. Gonzalo de Sylveira, acontecida á 11 de agosto del año 1561, por mas que diga Tanner equivocadamente, haber tenido lugar el dia 15 de marzo. Despues que los bárbaros hubieron dado muerte al religioso, tomaron el crucifijo que tenia en sus manos y le hicieron pedazos; luego arrastraron el cuerpo por medio de una cuerda hasta el rio inmediato, por haber dicho los mahometanos que aconsejaron al emperador la muerte del misionero, que si el cadáver era sepultado, infestaria el aire hasta el punto de causar una peste. El príncipe, lejos de ver saciada su injusta venganza con la muerte de Sylveira, mandó asesinar á los cincuenta cristianos que habian sido bautizados el dia anterior, despues de haberles quitado los rosarios dados por el misionero; pero indignados los grandes del imperio al ver una órden tan atroz, se presentaron al emperador diciéndole, que si debian ser aquellas cincuenta personas condenadas á la última pena, solo por haber permitido que se les echára agua sobre la cabeza (indicando así el bautismo), ellos, y hasta él mismo, debian estar comprendidos en aquella sentencia terrible. Esta justa observacion, calmó algun tanto el furor del bárbaro príncipe. Se le presentaron á los dos dias los portugueses, para echarle

en cara el crímen que habia cometido al condenar á muerte al generoso apóstol, que solo deseaba su salvacion y la de todos sus súbditos: dijéronle asimismo, que no solo Dios, juez recto y vengador de las iniquidades, le castigaria, si no que hasta los hombres vengarian con sus armas, la muerte de tan ilustre mártir. El emperador se escusó, luego manifestó sentir en el alma la órden que habia dado por complacer á pérfidos consejeros, á quienes condenó entonces á la última pena, sufriéndola ya dos de ellos en el mismo dia; los dos restantes lograron escaparse, á pesar de haber sido dotada su cabeza. El P. Antonio de Cuadros, provincial de la Compañía de Jesus en la India, que habia enviado al P. Gonzalo de Sylveira á Monomotapa, sintió en estremo la pérdida del escelente misionero; solo el pensar en la dicha que Sylveira habia alcanzado con su muerte gloriosa, y en el ardor que su ejemplo infundió para el martirio á todos los religiosos de la Compañía, pudieron consolar al provincial, quien lejos de desalentarse, resolvió lograr á todo trance la conversion de los cafres. En el mes de enero del año 1562, envió al Monomotapa á los PP. Pedro de Toar y Luis de Goes, y mandó al P. Andrés Fernandez, que habia evangelizado el reino de Inhambana, que se uniese tambien á ellos; así que pasaron aquellos tres religiosos á la corte del emperador, que les acogió con benevolencia, y propagaron la fé en el imperio por espacio de muchos años, ó sea, hasta que el provincial los llamó, á instancias del gobernador de la India, porque iban los portugueses á declarar la guerra al emperador, y era prudente que los PP. saliesen de sus estados antes de que se llegase á un rompimiento. Cuatro jesuitas, á saber: los PP. Francisco de Montelar, Estéban Lopez y dos que no tenian aun órdenes sagradas, siguieron la espedicion, mandada por Francisco Barreto, atendiendo á todas las necesidades espirituales de la misma. Temerosos los mahometanos de que se estendiese el poder portugués, en grave perjuicio de su causa, y no creyéndose por otra parte en estado de poder presentarles batalla, resolvieron envenenar los víveres y el agua, con lo que lograron causar á los europeos pérdidas inmensas: el mismo Barreto y otros muchos gefes, oficiales y soldados, fueron víctimas del veneno. Regresaron entonces los jesuitas nuevamente á la India, y sin duda habrian vuelto á Monomotapa con Fernando de Monroy, sucesor de Barreto, si la muerte del nuevo general, no hubiese hecho renunciar á la segunda espedicion. Si la Compañía de Jesus no continuó evangelizando aquel imperio, no ha sido como pretenden los protestantes, por la esterilidad de su suelo, puesto que los jesuitas han predicado la fé en paises mucho mas estériles, como lo es toda la costa de la Pesquería; tampoco fué por la crueldad de los cafres, porque los hombres que no temieron confundirse con los antropófagos del Brasil, no podian temer la crueldad de los habitantes de Monomotapa, en cuyo pais hacian los portugueses su comercio con la misma seguridad que en su patria; sino que la órden dominicana emprendió el cultivo de aquel campo del Señor, en el que produjeron bastantes frutos su doctrina y su ejemplo; y los jesuitas, por no apoderarse de una cosecha agena, se abstuvieron de enviar misioneros al Monomotapa.

El martirio de Silveyra demuestra claramente el modo con que sabian los jesuitas aceptar la muerte; hasta los nuevos cristianos formados por sus virtudes, eran dignos émulos de su valor heróico. Aquellas tiernas plantas, dice Du Jarric, indicaron en todos los momentos de prueba, que habian sido cuidadas por hábiles cultivadores, y regadas por las aguas de la gracia. Seis paravas de la costa de la Pesquería, mision predilecta del gran apóstol de las Indias, se dirigian en el año 1566 á Cochin, cuando cayeron en poder de los musulmanes; y como quisiesen estos obligarles á renegar de Jesucristo, y á seguir la secta de Mahoma, contestaron con resolucion los paravas, que preferian mil veces la muerte á la deshonra, y que nunca comete-







rian un crímen semejante. Furiosos los mahometanos, se arrojaron sobre ellos, los maltrataron y encerraron en una estrecha cárcel, creyendo que el deseo de la libertad acabaria por hacerles aceptar la apostasía, pero vano empeño: el placer que sintieron aquellos buenos cristianos al sufrir por Jesucristo, aumentó su constancia hasta el punto de hacerles desear la muerte que tanto temian antes de conocer la verdadera vida. Al ver los musulmanes que á pesar de todos sus esfuerzos no podian lograr que los paravas renunciasen á la fé, quisieron al menos obtener de ellos una especie de abjuracion indirecta: propusiéronles que se quitasen el rosario del cuello, ya que era el rosario en el Indostan la señal del cristiano, y se les pondria en libertad; los generosos paravas contestaron que podian arrancárselo si querian, puesto que ellos no se lo quitarian nunca, prefiriendo renunciar antes á la vida que al signo de su fé. Inmediatamente se les anunció que iban á morir, sin que por esto desfalleciera en lo mas mínimo su valor heróico, al contrario, marcharon á la lid como verdaderos campeones de Jesucristo, presentando sus cabezas á las cimitarras musulmanas, que se las derribaron sin piedad: la corona de gloria que conquistaron aquellos pobres paravas, fué, segun Du Jarric, mas brillante y mas rica que todas las pedrerías del Oriente. La firmeza con que aquellos cinco mártires sufrieron la muerte, admiró de tal modo á los mahometanos, que les obligó á salvar el último que tambien habia de morir como sus compañeros, el cual refirió despues en Cochin, el glorioso suplicio de los demás, sintiendo vivamente que sus pecados no le hubiesen permitido alcanzar la dicha eterna. En la misma costa de la Pesquería, se negó un jóven parava, que no habia sido aun bautizado, á asistir á los funerales de su amo, por enterrársele segun la costumbre de los idólatras, y tener que hacerse en ellos ciertas ceremonias supersticiosas: al ver los idólatras su fé inquebrantable, empezaron por despojar al jóven de todo cuanto tenia, y acabaron por condenarle á muerte: el catecúmeno, que no habia sido lavado aun por el agua bautismal, vió purificadas sus faltas todas, por aquel bautismo de sangre.

La noticia del martirio que sufrió el P. Francisco Lopez en el año 1568, contribuyó á aumentar mas la fé de los cristianos del Indostan; hé ahí los detalles acerca de la muerte de aquel misionero. Iban cuatro jesuitas en un buque portugués, cuando se presentaron de improviso algunas galeras mahometanas, que se arrojaron sobre él, empezando inmediatamente el combate. A pesar de su escaso número, se defendian los portugueses con tanta bizarría, que estaba aun indecisa la victoria, cuando se les incendió un barril de pólvora que les obligó á arrojarse al mar, y dirigirse á nado á la vecina costa; muchos fueron los que en medio de aquella confusion terrible, sucumbieron ó quedaron prisioneros, siendo del número de estos últimos el P. Francisco Lopez, cuya corona dió á conocer el carácter sacerdotal de que estaba revestido. Despues de haberle sacado del agua, le trataron los musulmanes con todas las consideraciones, á fin de ver si podian por aquel medio atraerlo al islamismo; pero como el misionero desvaneciese luego en ellos aquella esperanza, diciendo que estaba resuelto á derramar hasta la última gota de su sangre, antes que faltar á la fé de Jesucristo, le dieron muerte en el acto. De los otros tres jesuitas, los dos fueron muertos por los musulmanes ó ahogados en el mar (Pl. LXXVIII, n.º 1.), puesto que en la lista de los prisioneros, solo se encontró al P. Antonio Denís, al cual despues de habérsele sacado del mar, se le encerró en un estrecho calabozo, con una enorme cadena al cuello, sin darle mas alimento al dia, que el de un puñado de arroz. Tal fué su triste vida hasta el dia en que recobró su libertad, mediante el rescate pedido por los musulmanes, rescate que habria sido mucho mayor, á haberse sabido que era jesuita, atendido el ódio implacable que tenian á la Compañía de Jesus: cuyos miembros todos se

esponian al embarcarse, á una muerte casi cierta.

Los que predicaban le fé en el vasto archipiélago de las Molucas, veíanse tambien espuestos cada dia á los mayores peligros. Los jesuitas Nicolás Nuñez y Alfonso de Castro habian evangelizado la tribu de Gilolo, que eran los molucos. Bajo su direccion aumentaba cada dia el número de los cristianos, y era cada vez mayor la virtud que se notaba en ellos, sufriendo con heróica constancia las persecuciones de los gefes mahometanos de Gilolo, Ternato, Tidor y Bartchian, príncipes crueles, á los que comparaba Alfonso de Castro en una carta, con los Decio, los Diocleciano, los Maximino y los Licinio. La perseverancia de los indígenas fué tanto mas meritoria, cuanto que no se atrevió ningun portugués, durante cinco años, á salir de la fortaleza de Ternato, á causa del ardor con que los naturales continuaban la guerra; desde empero, que los jesuitas pudieron visitar á aquellas ovejas sin pastor, se vió á los pobres indígenas acudir llorando á la orilla, y levantar las manos al cielo en actitud de reconocimiento por devolverles á los padres queridos que les enseñaron la fé. Jorge, uno de los indígenas principales, al dirigirse á los religiosos, les decia: « Hemos sido hasta ahora sin vosotros, lo que eran los patriarcas en el limbo antes de la venida del Salvador. » Eran en tal número los niños que presentaban á los religiosos para que los bautizáran, que en el primer villorrio solamente regeneraron á mas de ciento cincuenta; no os ofrecemos otros presentes, decian los indios á los misioneros, por saber que os es la inocencia de esos niños mas grata que todos los tesoros del mundo. Cuando se celebraba algun bautismo solemne, invitaban á los musulmanes para que asistiesen á él, á fin de que pudiesen aquellos ciegos sectarios de Mahoma, comparar las vanas ceremonias de su culto vacío, con los actos vivificadores y solemnes de la santa Iglesia; la impotencia del Alcoran, que solo se propaga por la fuerza de las armas, con la eficácia del Evangelio; la sórdida avaricia de los ministros del islamismo, con el desinterés de los misioneros católicos. Gilolo, la mayor de las Molucas, ofrece, aunque en menor escala, el mismo aspecto de las cuatro penínsulas de la isla Célebes: levántase en su centro una montaña, en cuya falda estaba edificada la ciudad de Tolo, la cual contenia unas tres mil familias, descubriéndose desde ella ricas campiñas cubiertas de arrozales, en las que se ostenta á cada paso el robusto sagotal (1). Aquella ciudad, cristiana y fiel á los portugueses, escandalizó despues al caer en poder de los musulmanes á la cristiandad de todo el archipiélago; puesto que sus habitantes apostataron, demolieron su iglesia, rompieron la cruz, quemaron las santas imágenes y levantaron á Satan nuevos templos; pero en cambio, descargó Dios sobre Tolo, el triple azote del hambre, la peste y la guerra. Bernardino de Sousa, gobernador de Ternato, se presentó con sus tropas á las puertas de la ciudad rebelde, intimándola que se rindiese á discrecion: « Marchaos, dijeron sus defensores al heraldo, y decid á los estranjeros que os envian, que somos mas bravos que ellos, y que no queremos sufrir mas su yugo. Con respeto á lo de abrazar otra vez el cristianismo, decidles, que nos arrepentimos de haberlo seguido por condescendencia, y que estamos por lo mismo resueltos á no profesarlo de nuevo. » El cielo se encargó de la venganza, de la que solo fueron los portugueses meros espectadores: abrióse por un acto providencial en un monte vecino, el cráter de un volcan que arrojó sobre Tolo un diluvio de piedras y de abrasadora lava que solo respetaron la casita, contigua á la iglesia, en que se hospedaban los misioneros cuando iban á evangelizar la ciudad. Un terremoto estremeció al propio tiempo su suelo hasta el punto de arrancar de cuajo los robustos sago-

(1) Pertenece aquel árbol á la familia de las palmeras; los hay de tres ó cuatro especies, llevando todos ellos el mismo nombre; se crian regularmente en los terrenos pantanosos de Amboine, Sumatra y de las islas Molucas. Se estrae de ellos el sagú, especie de pasta vegetal y alimenticia, que mezclada con algunas otras sustancias, ha sido por mucho tiempo uno de los platos mas esquisitos de los indios. (Nota del Trad.)

tales, y de desviar las aguas de un lago que ahogaron á los hombres y á los animales de la ciudad maldita. La flota portuguesa, retirada á cierta distancia, contempló con horror el espectáculo de aquella venganza divina que duró tres dias; solo tuvieron los europeos que emplear sus fuerzas contra el gefe mahometano; cuyas provocaciones habian causado la rebelion, la apostasía y la desgracia de la ciudad de Tolo. Perseguido por los portugueses en una isla vecina, apeló el sectario al suicidio por no caer en manos de sus enemigos, y devolvió su muerte la paz á las islas Molucas. El jesuita Juan de Beyra se dirigió entonces de Ternato á Gilolo; y fué tal el arrepentimiento de los apóstatas que sobrevivieron á las pasadas catástrofes, que á pesar de toda la influencia que el gefe mahometano habia ejercido en ellos, se reconciliaron con la Iglesia. La esterilidad cesó con la apostasía; la peste desapareció con la infidelidad. Refiere Du Jarric, que aparecieron durante la rebelion nubes de enormes ratas que devastaron los campos, y que abandonaron luego las tierras de los cristianos reconciliados, para dirigirse á las de los infieles, á los que indujo aquella rara invasion á reconocer la omnipotencia y la divinidad de Jesucristo. Los pueblos enteros se convirtieron al cristianismo, viéndose obligado el P. de Beyra á llamar á cuantos ausiliares habia en las ciudades de Ternato y de Goa. Antes de aquel estraño acontecimiento, solo se contaban en el grupo de Gilolo, veinte y una tribus cristianas; diez años despues habia ya treinta y seis, y cuatro años mas tarde llegaban al número de cuarenta y siete tribus. Maffei y Du Jarric, suponen que los hechos que acabamos de referir, acontecieron en el año 1553. Batchian, una de las islas mas grandes del grupo de Gilolo, tenia por soberano á un príncipe de veinte y un años, que se habia aliado con el príncipe infiel de Ternato contra los portugueses; pero que habiéndose apoderado de la hija de aquel soberano, á la que condujo á su isla, reclamó despues el ausilio del gefe europeo que mandaba en la plaza fuerte de Ternato para poder hacer frente al padre justamente ofendido. Para mejor lograr su objeto, pidió al gefe portugués que le enviase un jesuita, á fin de que despues de haberle instruido en la religion cristiana, le administrase el sacramento del bautismo; y el P. Nuñez, encargado de aquella mision, fué recibido en Batchian con todo el respeto y consideracion debidos á su clase. Mientras el sacerdote esplicaba al jóven príncipe los principales puntos del cristianismo, fueron tan grandes en este los efectos de la gracia, que en breve comprendió los principales misterios de la fé, que se le pudo conferir ya el bautismo al terminarse la octava de San Juan Bautista: su esposa, se hizo tambien instruir y bautizar. La conversion del príncipe de Batchian, que parecia en un principio ser objeto de un interesado cálculo, fué considerada luego como una de las mas sínceras, por haber permitido Dios, como otras veces, que hasta las mismas faltas redunden en provecho de los que las cometen. Desde que fué cristiano, hizo derribar el príncipe todas las mezquitas de Mahoma, y plantar cruces, y construir iglesias; habiendo sitiado nuevamente el gefe musulman de Ternato la plaza portuguesa, fué el soberano de Betchian á defenderla contra su suegro; y lo que mas demostró aun el interés con que procuraba la propagacion de la fé, fueron los medios que empleó para lograr que la abrazáran sus súbditos. En menos de cinco meses todos los hombres mas notables del pais, fueron bautizados por el P. Nuñez; como quisiese luego este religioso ir á evangelizar otra isla que dependia de Batchian, el príncipe resolvió acompañarle, para acreditar mejor con su ejemplo la enseñanza del apóstol. Completo fué el cambio operado en las costumbres del príncipe: cuando mahometano, se hacia odioso por su carácter escéntrico y altivo; cuando fué cristiano, se mostró tierno y amable hasta para con los mas pobres de sus súbditos. Despues de haber trabajado el P. Nicolás Nuñez por mucho tiempo en aquella isla, cayó gravemente enfermo, viéndose obligado á volverse á Ter-

nato, sucediéndole en su apostolado el P. Fernando Alvarez, que continuó procurando al cristianismo las mismas ventajas. El P. Alfonso de Castro, cuyos trabajos continuó sin interrupcion desde el año 1549 al 1558, fueron coronados por el martirio: era el superior de la Compañía de Jesus en aquellas regiones. Habíase embarcado el P. Alfonso en una de las islas de Gilolo para dirigirse á otra que habia junto á Ternato, cuando los marineros de su buque, que eran musulmanes, creyendo complacer al gefe mahometano de aquella última isla, enemigo encarnizado del nombre cristiano, le despojaron de sus hábitos, le ataron de piés y manos, y le dejaron de aquel modo á la intemperie por espacio de cinco dias. (Pl. LXXVIII, n.º 2.) Como era el religioso de una complexion muy débil, hasta sus mismos verdugos llegaron á temer que pereciese antes de poder saciar en él todo el furor que les inspiraba el fanatismo; al llegar al puerto, atáronle aquellos hombres inhumanamente al cuello una enorme tabla que tenia la forma de yugo, y despues de haberle sujetado las manos á la espalda, le arrastraron por un suelo pedregoso. Finalmente, viendo que habia perdido el sentido y que iba á espirar, le atravesaron el cuerpo con sus cimitarras; luego le arrojaron al mar para que los cristianos no pudiesen hallarle; pero queriendo el Señor dar á conocer la santidad de su siervo, descubrió de un modo miraculoso aquellos preciosos restos. Por mas que el flujo del mar fuese allí tan rápido como la corriente de un impetuoso rio, apareció á los tres dias el cuerpo del mártir en la orilla, circundado de luz: sus heridas manaban aun sangre, como si en aquel mismo instante acabase de recibirlas. Vivísimo fué el dolor que causó la muerte de Alfonso de Castro, no solo á los cristianos, si que tambien á todos los infieles que le conocian personalmente, ó por haber oido celebrar sus virtudes. Al recibir un gefe de Gilolo aquella triste noticia, no pudo menos de rendir un último homenage al misionero en presencia de los musulmanes: «¿Hay, dijo, entre nosotros, ningun imán que pueda comparársele?» Lo que mostraba claramente el alto concepto que le merecia la santidad del jesuita, y el poco caso que hacia de los ministros del islamismo. No dejó Dios impune la muerte del P. Alfonso de Castro: los marineros que le habian asesinado, así como tambien sus parientes mas próximos, perecieron algunos dias despues, unos al fuego de algunas piezas de artillería, y otros cubiertos de pústulas asquerosas que les causaban la muerte, despues de haberles hecho sufrir los tormentos mas atroces. El que se habia llevado y vendido el cáliz del mártir, se hinchó de un modo horrible, y murió tan miserablemente como todos sus cómplices. Desde el año 1558, época de la muerte de Alfonso de Castro, acontecida en el grupo de Gilolo, hasta el año 1562, ejerció el musulman Leliato todas las vejaciones sobre los cristianos de la isla de Amboine, por haberle encargado el gefe mahometano de Ternato, que sometiese aquella isla á su obediencia. Y si bien hubo durante aquellos años algunas defecciones, no faltaron en cambio admirables ejemplos de fidelidad entre los pobres indígenas que habian abrazado la fé de Jesucristo; bastará un solo ejemplo, para demostrar con cuanto ardor la seguian algunas almas. Habia un indígena, instruido en el cristianismo por S. Francisco Javier, llamado Manuel de Ativa, por ser gobernador de la plaza de este último nombre; intimada la rendicion á los habitantes de Quilao por el gefe sitiador Leliato, creyeron aquellos no poder patentizar mejor su constancia, que contestando no abandonarian su religion ni el partido del rey de Portugal mientras perseverase Manuel en el cristianismo. El gobernador de Ativa, á la vez guerrero esforzado y cristiano fiel, hacia ya tres meses que estaba defendiendo la plaza contra los combinados esfuerzos de los musulmanes, cuando su cuñado y algunos otros portugueses cobardes se sublevaron contra él, apuntándole los arcabuces para obligarle á capitular; lejos empero de desconcertarse por ello, tomó el gobernador una cruz, la abrazó y es-

clamó : «¡Al menos moriré con la cruz de mi Salvador, conforme me lo ha enseñado mi padre Francisco!» El respeto que infundió la cruz á los portugueses les impidió hacer fuego, y obró la piedad de Manuel un cambio en todos los corazones; dando tiempo á que la flota de Enrique de Saa pudiese salvar á todos los cristianos de la isla. Los jesuitas Márcos Prancudo y Jacobo de Mascareñas, que formaban parte de la espedicion salvadora, permanecieron por algun tiempo en la isla, donde no tardaron en unírseles los PP. Francisco Vieyra y Jacobo de Magallanes, quienes atrajeron nuevamente al seno de la iglesia á los cristianos que la habian abandonado durante la persecucion, y bautizaron además en ella á un gran número de musulmanes ó idólatras No contento el piadoso Manuel de Ativa con haber rechazado al enemigo, secundó ardorosamente á los misioneros para acabar de salvar enteramente á la isla de Amboine; al preguntarse á aquel héroe cristiano, como era posible que estuviese dotado de tantas luces y de tanta constancia, contestaba sencillamente: «No soy mas que un pobre ambonés, criado en los bosques, que ni sé lo que es un verdadero cristiano, ni mucho menos lo que es Dios; no sé mas que una cosa, que el P. Francisco me ha enseñado: que es bueno morir por mi Salvador Jesucristo. A esta máxima santa del virtuoso padre, debo el no ser mahometano, porque á no haberme él instruido de este modo, probablemente habria sucumbido á la tentacion.» El P. Jacobo de Magallanes, admirador de Manuel, se dirigió en el año 1563 con algunos portugueses á la isla de Célebes, en la que habian sido bautizados poco antes los dos soberanos de Supar y de Cion; á su vez bautizó tambien allí el misionero al nuevo rey de Cion y al de Manado y á mil quinientos de sus súbditos, debiendo luego regresar á Ternato con los portugueses que le habian acompañado en su exploracion. Descontentos los súbditos del rey de Cion de que se hubiese convertido al cristianismo, se sublevaron contra él, obligándole á refugiarse en Ternato; pero, luego arrepentidos los rebeldes, volvieron á llamarle en el año 1568, por lo que se dirigió él nuevamente á Célebes, acompañado del jesuita Pedro de Mascareñas quien bautizó á su llegada al anciano padre del monarca. Cuando se preparaba el religioso para visitar la cristiandad de Manado, recibió una comision de parte del rey de Sanguin, encargada de hacerle presente en su nombre que deseaba convertirse; los comisionados, en prueba de su buen deseo, se cortaron el pelo, que tenian la costumbre de dejarse crecer, y que era por lo mismo tan largo como el de las mugeres. El rey de Cion quiso acompañar aquel religioso; y el dia que se hizo en el nuevo reino la inauguracion de la cruz, se vió á aquel y al rey de Sanguin llevarla humildemente en hombros, seguidos de los principales gefes de ambos reinos. Luego de haber designado el P. de Mascareñas el punto en que debia levantarse la iglesia, se vió tambien á los príncipes y á la reina de Sanguin trabajar los primeros en disponer y limpiar el sitio destinado para la casa del Señor. Visitó despues el religioso una cristiandad naciente en Cauripana, y se dirigió nuevamente á Ternato, llevándose al hijo del rey de Cion para educarlo segun los principios de la religion cristiana. Debió Du Jarric todos estos datalles, á una carta del mismo Pedro de Mascareñas, cuyo religioso hizo diferentes viages á la isla de Célebes, en la que murió el año 1582, envenenado por los mahometanos, causando su muerte un vivo dolor á todos los isleños convertidos. Los cristianos de Amboine sufrieron en el año 1565 una nueva persecucion, que si bien ocasionó diferentes apostasías, no dejó de procurar tambien á la iglesia de Jesucristo señalados triunfos (1). Seiscientos fueron los cristianos

(1) Continua fué siempre la lucha que tuvo que sufrir la naciente iglesia de Jesucristo en todas las regiones de América, sin que no obstante se desalentáran nunca sus heróicos soldados; cuantos mayores eran por lo regular sus triunfos, mayores eran tambien los reveses que no tardaban en sucederles; pero ella, constante siempre cualquiera que fuese la suerte que Dios le deparase, continuaba su mision salvadora, no parando hasta confundir en su maternal abrazo á sus hijos perseguidos y á sus perseguidores. Todos los hombres le son enteramente iguales;

sacrificados en poco tiempo por el furor musulman: ancianos, mugeres, niños, nada se respetó; todos los que no quisieron abjurar la fé cristiana, fueron pasados al filo de la espada. El P. Nuñez Ribera, descubierto por los mahometanos en la gruta en que estaba oculto, le pegaron fuego, despues de haber tenido la bárbara precaucion de llenarla de leña, paja y otras materias combustibles; sin embargo, salvóle Dios de tan inminente peligro, por considerar sin duda, necesaria aun su existencia, consagrada esclusivamente al auxilio de los desgraciados, y á la salvacion de los idólatras. Despues de haber continuado por algun tiempo mas sus tareas apostólicas, murió Nuñez en la isla de Amboine, siendo su muerte la del varon justo que vé ya el cielo entreabierto para premiar sus santas virtudes. Los PP. Jorge Fernandez y Gomez de Amaral, que se dirigian á aquella isla en el año 1580, fueron asesinados el dia 24 de setiembre por los mahometanos, que se apoderaron de su buque, en el momento en que estaban confesando á la tripulacion portuguesa.

La isla de Solor, situada en el archipiélago Sumbawa-Timor, fué de todas las islas de aquellos mares, la que se vió mas regada por la sangre de los confesores de la fé. Un mercader portugués bautizó en ella al rey, á la reina y á todos los principales gefes: pero como no tuviesen los nuevos cristianos ningun sacerdote que les instruyese y sostuviese en la fé por medio de los sacramentos, escribió el rey al rector del colegio de los jesuitas en Malaca, suplicándole fuese á terminar la conversion de aquel reino. En la imposibilidad de enviar á él los jesuitas á ninguno de sus hermanos, dispuso el rey que pasase su hijo á Malaca, á fin de que pudiese al menos ser él instruido en la religion cristiana, en la que no tardó en hacer grandes progresos. Solo á los dominicos les fué posible encargarse mas tarde de cristianizar aquella isla de Solor, que tantos de ellos habian de regar con su sangre. Debe citarse entre aquel número al célebre Antonio Pastana, el cual despues de haber pertenecido en Goa á la milicia secular, abrazó la milicia eclesiástica, llegando á ser en una y otra un campeon adicto y esforzado, que mereció alcanzar la palma del martirio, el dia 29 de enero del año 1565. Tambien el dominico Simon de Playes, se durmió el dia 8 de febrero del año 1580 en la paz del Señor, despues de haber seguido constantemente una vida ejemplar, y de haber conquistado para el cielo un sin fin de almas; Simon de Montanis, perteneciente tambien á la órden dominicana, fué muerto por un infiel mientras estaba orando en la iglesia, el año 1581, terminando así con el martirio, una vida de contínuas privaciones.

Así mismo evangelizaron los dominicos el reino de Siam, en el que derramaron generosamente su sangre, los PP. Gerónimo de la Cruz, Sebastian de Cantú, Lupo Cardoso y Juan de Madeyra, despues de haber obrado muchas conversiones.

CAPÍTULO IX.

Continuacion de la mision de los jesuitas en el Japon.

El P. Baltazar Gago, jesuita portugués, Eduardo de Silva y Pedro de Alcazeva, que todavía no eran sacerdotes, desembarcaron en Kago-sima, en el mes de agosto del año 1552, donde el daimio de Satsuma (1), reconciliado con los portugueses, les dió favorable acogida. Desde allí pasaron á Bungo y Amanguchi, con el objeto de conferenciar con el P. Torres, superior general de la mision, y este, de acuerdo con los principales cristianos de la mision, acordaron consagrarse por de pronto

asi que, lo mismo endulzó la triste suerte de los habitantes de Amboine durante la persecucion que sufrieron, como volvió á admitir despues gozosa en su amoroso seno, á aquellos de sus hijos que la habian abandonado en los momentos de prueba. Verdadera esposa de Jesucristo, nada le es tan grato como el acoger de nuevo en su redil á alguna oveja descarriada. (N. del T.)

(1) Satsuma es la provincia mas meridional de la isla de Kiu-Siu, en el Japon. Sus costas presentan muchas ensenadas y en una de ellas, al O., está la bahia que lleva el nombre de la provincia y tambien de la capital. (Nota del Trad.)







á la caridad pública. Una vez tomada esta resolucion, Gago partió para Fucheo y Alcazeva, fué en busca de misioneros á las Indias, puesto que en el año 1554, se contaban ya mas de mil quinientas personas bautizadas en la provincia de Arima, donde todavía no habia penetrado ningun sacerdote. Verdad es que habia contribuido á ello la conversion de dos célebres bonzos que habian ido de Miyako (Pl. LXXIX, n.º 1) á Fucheo, para ver á los doctores portugueses, de quienes se hablaba muy diversamente. Convertidos á la fé, predicaron á su vez la divina palabra con gran fruto.

Habiendo llegado Alcazeva á las Indias, Melchor Nuñez Barreto, entonces vice-provincial de los jesuitas, tomó el partido de pasar al Japon con Fernando Mendez Pinto, uno de los que habian descubierto aquel archipiélago, Gaspar Vilella, Melchor y Antonio Diaz, Estéban Goez, Luis Froez, que no eran sacerdotes, y cinco jóvenes huérfanos destinados para servir de catequistas. Diversos incidentes contrariaron el viage. Nuñez pasó á Sancian, despues á Lampacao, desde donde pudo introducirse con la cruz en el año 1556, en la populosa ciudad de Canton (Pl. LXXIX, n.º 2). Habló de ciencia y moral con los mandarines; pero las circunstancias no permitiéndole ninguna demostracion esterior, no quiso con un celo intempestivo cerrar á los suyos la entrada á un pais donde el cristianismo debia obrar mas tarde tantas maravillas. Llegado por último al Japon, fué recibido solemnemente por el dai-mio de Boungo, quien le dijo que creia volver á ver á Francisco Javier. Despues de haber instado en vano á aquel gefe para que abrazára el cristianismo, una penosa enfermedad obligó á Nuñez á regresar á Goa, sin haber convertido un solo indígena. En el año 1557, Torres envió á los PP. Gago y Hernandez á Firando, donde el cristianismo aumentaba de cada vez mas, habiéndose construido con el ausilio de un príncipe convertido algunas iglesias. Habiendo partido mas tarde para Fakata el P. Gago, le reemplazó Vilella, quien se vió obligado á salir de la poblacion del órden del dai-mio, á quien sedujeron los bonzos irritados por los progresos que hacia la cristiandad en aquel pais. A pesar del alejamiento de los misionistas, los fieles de Firando permanecieron constantes en su fé, y esta les valió en el año 1558, la gloria de dar á la Iglesia el primer mártir que bañó con su sangre el Japon. Irritado un fanático idólatra, de que una de sus esclavas fuese todos los dias á hacer oracion al pié de una cruz que habian levantado los cristianos en la cercanías de la poblacion, fué un dia en su busca, y cuando ya regresaba, despues de haberla llenado de denuestos la degolló (Pl. LXXX, n.º 1.) Los cristianos dieron á su cuerpo honrosa sepultura.

Tambien en Fakata (1), donde se habia dirigido el P. Gago, los bonzos enemigos de la verdadera religion, sublevaron al pueblo, incendiaron la iglesia y destruyeron la casa de los misioneros. Gago y sus ausiliares pudieron librarse del furor del populacho, y se dirigieron á Fucheo, donde fueron muy bien recibidos. El P. Vilella se encaminó primero á Jesan (*Bello monte*), montaña sagrada llena de monasterios de bonzos, logrando convertir á uno de los superiores llamado Daizembo, y despues á Miyako, en donde entró el 30 de noviembre del año 1559. Habiendo permanecido algunos dias en el retiro, preparándose con la oracion y la penitencia para la obra apostólica que iba á emprender, fué á hablar con el seugun, quien le permitió predicar el cristianismo, y si bien en un principio amenazó la persecucion al apóstol de Dios, mas tarde se multiplicaron las conversiones, y obtuvo del príncipe la mas decidida proteccion. Muchos bonzos abrazaron el cristianismo, y hasta escribieron cartas notables en su elogio. Mientras que este infatigable misionero establecia el cristianismo en el centro del imperio, Luis Almeyda visitaba otras provincias empezando

(1) La poblacion de Fakata ó Facata, está situada en la costa N. O. de la isla de Kiu-Siu; pero pertenece á la provincia de Tsikuzen, y dista unos 75 kil. O. S. O. de Kokura. (N. del T.)

por la de Firando. Dos cosas llamaron particularmente su atencion, esto es: el grande espíritu de penitencia de los nuevos fieles, á quienes apenas se podia contener en los límites de la discreción, y la gran superioridad que adquirian con el agua regeneradora del bautismo, hasta los simples artesanos, sobre sus compatriotas idólatras, aun los m s distinguidos. La estrecha union mantenida no solo entre los miembros de cada iglesia, sino entre las diversas iglesias, sostenia el fervor primitivo y una santa emulacion, animándose y consolándose en sus contradicciones. Cada mision tenia una escuela pública; se enseñaba á los jóvenes á hablar en público, y á ejercer para con el prójimo los actos de caridad y amor que ordenó el Divino maestro. Almeyda pasó de la provincia de Firando á la de Satsuma, y antes de salir de Kago-sima, tuvo la satisfaccion de ver construida una iglesia consagrada al verdadero Dios. Fué recibido como un íntimo amigo en la fortaleza del príncipe Ekandono, que en otro tiempo habia visitado S. Francisco Javier; bautizó á los que no lo estaban, é instruyó á un jóven japonés que algun tiempo despues compuso un tratadito de la Historia sagrada, desde la creacion del mundo hasta la resurreccion de Jesucristo, obra que fué de mucha utilidad á toda la iglesia del Japon. Desde Ekandono, pasó el misionero por órden del superior al pais de Omura (1), que estaba gobernado por Sumitanda, quien habiendo leido un libro del P. Vilella, deseaba hablar con los religiosos europeos, y abrir á los cristianos el puerto de Vocoxiura. Habiendo tenido muy buen éxito aquella mision, construyóse en el citado puerto una capilla dirigida por el P. Torres que se trasladó allí, y en poco tiempo un gran número de cristianos de varias provincias, afluyeron á aquel lugar, que llegó á ser un gran centro de comercio, y principal establecimiento de los misioneros protegidos por Sumitanda, que era cristiano de corazon. Su hermano el daimio de Arima, pidió á su vez un misionero, y propuso á los portugueses el puerto de Cochinotzú. Teniendo que partir Sumitanda para la guerra, y conservándose todavía al antiguo ídolo en la pagoda, él mismo fué á destruirlo sable en mano, y despues redujo á cenizas el templo; logró convertir á sus tropas; misionero y general, de una parte hizo triunfar el cristianismo de la idolatría, y por otra Dios le concedió la victoria sobre sus enemigos; la cruz brilló siempre en su pecho; cada dia daba limosna á cinco ó seis mil pobres, y llegó al colmo de su dicha, logrando convertir él mismo á su muger al cristianismo.

En Miyako, el sazo y los bonzos, que en un principio hicieron grandes esfuerzos para arrojar á los doctores estrangeros de todo el imperio, por un favor especial del cielo que se valió de un sencillo aldeano cristiano llamado Santiago, entraron en deseos de conocer y oir á los misioneros, quienes habiéndoles convencido de la escelencia de la religion cristiana, pidieron con vivas ansias el bautismo, abrazando con gran gozo el cristianismo en el año 1564. El sazo antes llamado Xicaidono y despues Sancho, acompañó á uno de los misioneros á Imory, donde los cristianos multiplicaron á su voz; y por su parte dos de los príncipes bonzos convertidos, compusieron un tratado de religion cristiana, cuya lectura produjo maravillosos frutos. A aquella conversion siguió la del famoso guerrero Tucayama, muy versado en todos los misterios de las sectas del Japon. Maravillado por la escelencia de la doctrina del Salvador, pidió ingresar en el gremio de la Iglesia, y fué bautizado por el P. Vilella con el nombre de Dacio, y su muger y su hijo lo fueron igualmente con los nombres de María y Justo. Este hijo de Tucayma, es el Justo Ucondono, tan célebre en las relaciones portuguesas y españolas de aquel tiempo, hombre ilustre de cuyas virtudes y sufrimientos nos ocuparémos mas adelante.

Almeyda se reunió con el P. Vilella, en un

(1) Omura ú Oomura, es á situado en la costa occidental de la citada isla de Kiu-Siu, en la provincia do Fizen. Sepárala su bahia de la de Simaraba en un trecho de unos doce kilóm. (Nota del Trad.)

dominio de Mioxindono, favorito del seugun, donde fueron recibidos con mucho respeto por aquel japonés, que era el hombre mas poderoso del imperio. Tanto él como su madre, les colmaron de obsequios, y el dia de la recepcion les ofrecieron con sus propias manos el té y algunas frutas esquisitas llamadas en el pais zacana. El P. Froez, dice en sus cartas haber encontrado aquella princesa en medio de un círculo de japonesas, sentada en frente de un elegante oratorio consagrado á Amida (1), la cual estaba representada bajo la figura de un niño coronado de rayos. Fué aquel dia el mas hermoso que brilló para la Iglesia en el Japon; y todo concurria para hacer esperar que el cristianismo iba á dominar en la capital del imperio, cuando en un instante quedaron desvanecidas todas aquellas apariencias. Daxandono, favorito del seugun, tan ambicioso como osado, intentó usurpar el poder de su bienhechor, quien pereció en aquella guerra civil. Triunfante Daxandono, y á instancias suyas, el dairio, gefe espiritual y soberano nominal del Japon, revocó el edicto que el último seugun habia dado en favor del cristianismo. Aunque el culto por la religion de Jesucristo, fué declarado abominable en el año 1565, no por esto se estinguió la fé en el corazon de los cristianos de Miyako; por el contrario, fué tal su fervor, que el P. Vilella que con el P. Froez, se habia retirado en Sakai, tuvo que escribirles recomendándoles la prudencia. Tambien el dai-mio de Boungo, aunque idólatra, no dejó de proteger á los apóstoles, creido que su luz atraia la bendicion del cielo sobre su familia y sus estados; el dai-mio de Firando que tampoco queria el cristianismo, no quiso interrumpir su comercio con los portugueses, y los misioneros lograron por fin volver á construir su iglesia; pero aquella concesion aparente, no hacia mas que velar la mala voluntad de aquel magnate, porque habiendo llegado algun tiempo despues cuatro cristianos de Omura con cartas de Sumitanda, el dai-mio, fingió ver en ellos á unos espias, y les inmoló en su ódio al cristianismo. En el mes de junio del año 1566, murió en Firando el P. Fernandez, que habia sido un digno discípulo de S. Francisco Javier.

Mientras que el dai-mio de Firando se valia de todos los medios, escepto de la fuerza, para abolir en su provincia una religion que sus intereses le hacian tolerar, el de Gotto, dueño de cinco islas, lo admitia en ellas, á cuyo efecto llamó al P. Almeyda, quien acompañado de otro sócio japonés, se trasladó allí en enero del año 1566. Despues de algunas graves dificultades y contratiempos que logró vencer la fé y resignacion del misionero, fué inaugurado el culto público en algunas iglesias que se erigieron al verdadero Dios, y siguiendo el ejemplo del príncipe, todos los guerreros pusieron en sus armas la cruz, por atribuirle la virtud de salvarles la vida en los combates. Entre tanto, á favor de una contra-revolucion que hizo sentar al trono al hermano del que Dexandono habia sacrificado á su ambicion, el cristianismo recobró su primer esplendor en Miyako. El catecúmeno Vatadono, hermano de Tacayama, fué con Nobunanga, dai mio de Owary, el móvil de aquella reaccion. El 26 de marzo del año 1568, el P. Luis Froez, que se hallaba en Sakai, fué enviado á buscar por aquel gefe, y un triunfo tan completo hizo estremecer á los bonzos. El P. Froez que fué presentado á Nabunanga, obtuvo una favorable acogida, y en la audiencia del seugun en que fué admitido enseguida, recibió las mismas muestras de benevolencia. En fin, habiéndose reunido los cristianos para obtener que un acto público autorizára la religion cristiana, fuéles concedido con este titulo: « Cédula para la seguridad del padre de la cristiandad, en la capilla llamada de la verdadera doctrina. »

(1) Amida, segun la mitologia japonesa es el mas grande de sus dioses y el soberano y dueño de su paraiso; el protector de las almas humanas; el padre y el dios de los que son admitidos ó gozan de las delicias del paraiso; en una palabra, el mediador y el salvador de la humanidad, pues por su intercesion obtienen las almas la remision de todas sus faltas y llegan á ser dignas de la beatitud celestial. Todos los años algunos fanáticos hacen el sacrificio de su existencia en su honor; le pintan de varios modos; pero sobre todo le dan tres cabezas, significando que vé el pasado, el presente y lo porvenir. (Nota del Trad.)

Protegido en el centro del imperio, el cristianismo continuaba estendiéndose por otras provincias. Nanga-saki (Pl. LXXX, n.º 2), puerto situado á sesenta leguas de la China, pareció al príncipe de Omura un asilo seguro para los misioneros en caso de persecucion. Torres acogió con alegría la proposicion de Sumitanda, y llamó en el año 1568 al P. Vilella, que logró evangelizar aquella ciudad. Habiendo llegado en aquellos dias al Japon el P. Francisco Cabral, vice-provincial, acompañado del P. Organtin Gnecchi, libre el P. Torres del peso de la superioridad que su edad adelantada no le permitia soportar, cedió al nuevo superior general, el honor de conferir el bautismo á los principales miembros de la familia del príncipe de Omura, debidamente instruidos en los principios de la religion cristiana. Este segundo fundador de la cristiandad del Japon, que habia bautizado por su propia mano mas de treinta mil personas, y fundado cincuenta iglesias, murió en Xequi, á la edad de setenta y cuatro años, el 2 de octubre del año 1570. Poco despues de la muerte de aquel hombre apostólico, no permitiéndole la salud del P. Vilella permanecer por mas tiempo en el Japon, partió para Goa, pero murió al llegar á Malaca. Es de observar que tanto el príncipe de Xequi, como el de Amakusa, si bien admitian el cristianismo en sus ciudades, era mas bien por interés propio y poder comerciar con los portugueses, que por estar convencidos de las verdades de la fé; pero andando el tiempo, y merced á los esfuerzos del P. Cabral y de otro jesuita llamado Vicente, lograron preparar para una pronta conversion al primero, y que se declarase cristiano el segundo, quien recibió el nombre de Miguel. Tambien fué bautizada la compañera de este último, considerada como la muger de mas talento del Japon, versada en el conocimiento de todas las sectas, y consultada hasta por los mas hábiles bonzos. Como tenia un buen corazon y no habia estudiado por vanidad, cedió por fin á las instancias de su esposo y abrazó el cristianismo con sus dos hijos, el mayor de los cuales, ilustró su nombre de Juan con sus virtudes. Cuando en 1582, murió el príncipe Miguel, no quedaba en la isla ningun vestigio de idolatría. Ximabara fué teatro de una persecucion mas prolongada.

Las contradicciones que sufria el Evangelio por una parte, estaban compensadas en otra por sus triunfos. Así es que mientras que los cristianos del Gotto solicitaban un misionero, súplica que fué atendida, pasando allí el P. Juan Bautista Monti, quien bautizó en secreto al hijo del dai-mio, un hermano de este, movido por los bonzos, proscribió el cristianismo. La abnegacion y el talento del P. Alejandro Valla, que reemplazó á Monti, no solo salvaron la iglesia de Gotto, sino que obtuvieron que el sucesor del dai-mio, cuyo hijo habia abrazado en secreto la religion de Jesucristo, se convirtiera y proclamára abiertamente su fé: de modo que cuando el P. Valla pasó á Europa en calidad de diputado de la Compañía, siempre que hablaba del dai-mio de Gotto lo hacia con las lágrimas en los ojos. Nobunanga no era cristiano como su hermano, pero continuó protegiendo el Evangelio. Irritado este porque los bonzos siempre habian favorecido el partido de los rebeldes, embistió el Jesan, principal santuario de aquellos falsos sacerdotes, con el propósito de destruirlo. «No lo intenteis, le dijeron, porque los bonzos son los amigos de los dioses: — Si así es, contestó, el cielo los defenderá; pero si son unos hipócritas que profanan la santidad de su ministerio con sus crímenes y abusan de la sencillez de los pueblos, debo vengar á los dioses que deshonran.» Los bonzos del Jesan fueron pasados á cuchillo el 29 de setiembre del año 1571. El P. Cabral, vice-provincial, acompañado del P. Froez, tuvo poco despues una conversacion sobre religion con Nobunanga. Admirado este de la sencillez al par que de la sublimidad de las verdades de la fé, esclamó con entusiasmo: «Hé aquí unos hombres á quien yo quiero de veras; porque son verídicos y sinceros y me dicen cosas sólidas, al







paso que los bonzos son sus « kamis » ó sus ídolos búdicos, no me hacen creer mas que fábulas y son unos verdaderos hipócritas. » La tranquilidad que reinaba en el pais, fruto de las victorias de aquel príncipe, favoreció el desarrollo del cristianismo, y permitió que el P. Cabral, vice-provincial de la Compañía, pudiese visitar las provincias que permanecian fieles á sus pastores. Aunque hacia mas de dos años que ningun misionero habia ido á Fakata, halló una hermosa iglesia frecuentada por muchos cristianos. Tambien hacia mas de veinte años que ningun obrero apostólico habia podido establecerse en Amanguchi, en la provincia de Naugato, y esto no obstante, la fé se habia perpetuado en ella, por medio de un ciego llamado Tobías, bautizado por S. Francisco Javier. De aquella ciudad, Cabral pasó á Omura, donde con el concurso de los PP. Gaspar Cuello y Melchor de Figueredo, convirtiéronse muchos infieles; de allí á la provincia de Boungo, donde el segundo hijo del dai-mio que sus padres habian destinado para bonzo, quiso ser cristiano y fué bautizado en el mes de diciembre del año 1575. Siguió su ejemplo su cuñado el dai-mio de Tosa, una de las cuatro provincias que forman la isla de Sikokf y el de Arima que habia sido instruido por Almeyda. A no haber llegado entonces los PP. Alfonso Gonzalez, Cristóbal de Leon, Juan Francisco y Antonio Lopez, este misionero y el P. Cabral se hubieran visto muy apurados, porque todos los súbditos del dai-mio, movidos por su determinacion, quisieron hacerse instruir y bautizar á la vez, y antes de haber trascurrido un año, se contaban veinte mil fieles en la provincia. Pero habiendo muerto en el año 1577 el dai-mio cristiano, besando el crucifijo que en vano los bonzos se esforzaron en arrancarle de sus manos, su hijo y sucesor, gobernado por aquellos falsos sacerdotes, desterró al punto á los doctores estranjeros, como llamaban á los misioneros, y destruyó las iglesias Joscilon, hijo mayor del dai-mio de Boungo que habia asociado á su poder, estaba animado de sentimientos no menos hostiles al cristianismo. Secundaba gustoso el ódio de su madre contra los jesuitas, tanto por la conversion de algunos miembros de su familia, como por la del hijo adoptivo de su hermano que el P. Cabral bautizó en abril del año 1577 con el nombre de Simon. El hermano de esta princesa habiendo hecho amenazar á los jesuitas con motivo de esta conversion, contestóle el provincial que si algun sentimiento abrigaba, era no tener mas que una existencia para poderla sacrificar á tan santa causa y que siempre que quisiera realizar sus amenazas, le hallaria sin defensa. Por prudencia el P. Cabral quiso enviar los vasos y ornamentos sagrados de Ousuki á Fucheo donde residia el P. Monti; pero todos, temiendo perder la ocasion del martirio si se alejaban de aquella ciudad, se escusaron y el P. Cabral no halló un solo cristiano que quisiera encargarse de aquella comision. Por el contrario, todos acudieron á la iglesia, en donde los PP. Cabral y Froez, dos jóvenes jesuitas, japoneses y algunos catequistas se habian reunido á fin de participar de la corona inmortal. Durante la noche se oyó un gran rumor en la puerta; abrióse, y con gran sorpresa se vió á la mayor parte de las mugeres cristianas de las familias mas notables de Ousuki, que acudian, dijeron, para morir con sus padres en Jesucristo. Una de ellas, temerosa de que sus superiores se opusieran á su resolucion, habia forzado una puerta falsa para salir sin ser vista. Aquel arrojo tuvo un grande eco entre los japoneses idólatras, porque este pueblo tiene en mucho aprecio la grandeza de alma que hace despreciar la muerte, y como pasa fácilmente del aprecio á la imitacion, muchos infieles solicitaron el bautismo sin dar mas razon que esta: « Una religion que inspira tanto valor, no puede ser falsa. » El dai-mio de Boungo, cuya inaccion habia dejado formar la tempestad, tuvo bastante energía para impedir que estallase, y la princesa su muger, á quien sobrevino una grave enfermedad, prometió que en adelante no molestaria mas á los fieles. Despues de algunas tentativas inútiles

de los infieles para impedir los progresos del cristianismo, el vice-provincial resolvió convertir la casa de Fucheo en colegio, y la de Ousuki en noviciado, porque se presentaban frecuentemente algunos portugueses para entrar en la Compañía, refuerzos tanto mas preciosos, cuanto eran insuficientes los que llegaban de las Indias.

El dai-mio de Boungo que durante veinte y siete años no se habia determinado entre la verdad de la que se habia convencido tantas veces, y el error que se le hacia cada dia mas visible, acabó por resolverse á abrazar el cristianismo, siendo bautizado por el P. Cabral el 28 de agosto del año 1578. En honor de S. Francisco Javier, quiso llevar el nombre de Francisco. Entonces dejó el poder á su hijo Joscimon, se embarcó en una flotilla cuyos juncos llevaban banderas de damasco azul, sembradas de cruces rojas bordadas de oro, y se retiró en Finga, provincia recientemente adquirida, en la que edificó una ciudad toda poblada de cristianos. Su hijo Joscimon no tardó en seguir tambien el culto del verdadero Dios. Al siguiente año llegó al Japon el P. Alejandro Valignani, nombrado visitador general. Oriundo de una familia noble de Napoles, habia abrazado en el año 1566 la regla de S. Ignacio, y en 1573 fué enviado por Francisco Borgia á las Indias orientales, donde desempeñó con celo las funciones de visitador y provincial. Hombre muy robusto y de formas atléticas, reunia las condiciones físicas y morales muy propias para su ministerio. Los misioneros del Japon, á escepcion de los de Miyako, fueron á verle en Cochinotzú y despues de haber conferenciado con ellos, escribió al P. Aguaviva, su general, que de los cincuenta y nueve religiosos de que se componia entonces la mision, entre ellos veinte y tres sacerdotes, no habia uno solo que no fuese digno de ocupar el lugar que se le habia destinado; que entre ellos se contaba uno que en dos años habia bautizado setenta mil personas, y que las necesidades del pais reclamaban la fundacion de un seminario y de un noviciado, así como la ereccion de un obispado. En la asamblea de Cochinotzú suscitóse la cuestion de saber si era preferible establecerse sólidamente en los lugares en que nada impedia cultivar con toda libertad la viña del Señor, ó bien aprovechar, como se habia hecho hasta entonces, todas las ocasiones favorables que se presentasen para ir á sembrar las semillas de la fé en las provincias donde las contínuas guerras no permitian hacer esperar que echasen profundas raices. Los mas hábiles teólogos que habia entonces entre los jesuitas europeos, fueron todos de opinion que no se cambiase nada de lo que se habia hecho hasta entonces, y que no debia perderse ninguna ocasion que se presentase para ir á predicar el Evangelio en las provincias donde la palabra de Dios no habia llegado todavía.

Reconocido Joscimon á los favores que le habia concedido el cielo, logrando vencer á sus enemigos idólatras en la guerra que tuvo que sostener contra ellos, abrazó con fervor el cristianismo y arruinó en poco tiempo mas de cuarenta pagodas y construyó iglesias, no solo en Cochinotzú, Aria y Arima, sino tambien en otras poblaciones mucho menos importantes. La rápida propagacion de la fé en aquella provincia, hizo comprender al P. Valignani que era el sitio mas á propósito para establecer en él un seminario destinado para la educacion religiosa y literaria de la juventud japonesa, y habiendo hablado de aquella institucion al dai-mio, no solo la aprobó, sino que quiso contribuir á su realizacion con todo su poder. Tambien las provincias sometidas á Nobunanga, al frente de cuyas florecientes iglesias se hallaba el P. Gnecchi, se mostraban cada vez mas favorables al triunfo de la fé. En el solo año de 1577 bautizó aquel religioso once mil personas en las provincias de Kawatsi y Kiinocuni. Los tres hijos de Nobunanga, dai-mios de Mino y Owari, Farima é Ixo, mostrábanse cada vez menos favorables á los bonzos y mas amigos de los cristianos. Su padre así como no permitió que los primeros se estableciesen en Anzuquiama, conce-

dió un terreno á los jesuitas para que pudiesen construir en él una casa y una iglesia. Un dia llamó á parte al P. Gnecchi y le dijo: « Es preciso que me prometais formalmente hablarme con toda sinceridad. » Habiéndole contestado el religioso que así lo haria, añadió: « ¿ De buena fé estais realmente persuadidos de todo lo que predicais en el Japon? Habiendo prometido el secreto á unos bonzos cuya secta no os nombraré, me confesaron que todos sus misterios eran puras fábulas para entretener ó contener las malas pasiones del vulgo. Habladme con la misma franqueza, y os doy mi palabra de que lo que me digais no saldrá jamás de mí. » El P. Gnecchi, sin proferir ni una palabra, se acercó á una mesa sobre la cual habia un globo terráqueo y mostrando á Nobunanga la vasta estension de las tierras y mares que le habia sido preciso atravesar para llegar al Japon, le dijo: « Príncipe, el aprecio que nos profesais, me hace creer que no veis en nosotros á unas gentes vulgares. Ahora bien; ¿ habria locura igual á la nuestra si para referiros fábulas, de las que ningun provecho material habríamos de reportar, hubiésemos emprendido tan largos viages, sufrido tantas fatigas, corrido tantos peligros, renunciado á nuestros padres, á nuestros amigos, á nuestra patria, en fin, á todas las esperanzas que pudiésemos abrigar en la tierra? Que los bonzos hablen de una manera y piensen de otra: que os digan cosas que no entienden ó que bien conozcan su falsedad, no hay de que admirarse; su fortuna depende del éxito con que hacen pasar esas quimeras por verdades constantes; pero ¿ qué bienes alcanzamos en el ejercicio de nuestro ministerio, qué dones obtenemos observando la fidelidad de nuestros votos y privándonos de todos los placeres de la vida? Nuestro modo de vivir, nuestra pobreza, nuestro desinterés, deben bastar para convencer á los mas incrédulos que es preciso que tengamos pruebas bien manifiestas de las verdades que proclamamos, puesto que tanto nos cuesta para inculcarlas y reducirlas á la práctica. » Nobunanga le escuchó con los ojos bajos y en la actitud de una profunda reflexion. Enseguida volviendo á tomar su aire risueño, confesó al jesuita que se daba por satisfecho. Despues de otras serias conferencias habidas entre los religiosos y aquel príncipe, que acabó por convencerse de la santidad y pureza de nuestra religion, así como de la buena fé y abnegacion de los misioneros, su aprecio para con ellos llegó al estremo de permitirles construir en frente de su mismo palacio un colegio en que debian ser educados los hijos de las familias japonesas mas ilustres. Habiéndose construido una hermosa casa en Miyako para servir de templo al Señor y de morada á los misioneros, por consejo de Justo Ucondoco, hijo de Tacayama, fué trasladada despues desde aquella ciudad á Anzuquiama, porque los edificios japoneses ofrecen la ventaja de poder montarlos y desmontarlos cuando se quiere. Ucondono proporcionó mil quinientos hombres para trasportarla; muchos cristianos se agregaron de propia voluntad sin que ninguno aceptase el menor salario, y en pocos dias la casa estuvo otra vez de pié con gran contento de Nobunanga quien rogó á los PP. que le hicieran frecuentes visitas.

La satisfaccion del P. Valignani hubiese sido completa, si por otra parte Joscimon no la hubiese turbado por las concesiones que hacia á la idolatría, dispuesto al parecer á abandonar. Los de Boungo, á quienes no se habia podido convertir, habiendo declarado al jóven dai-mio que no le permanecerian fieles en su desgracia, en tanto que no jurase por los dioses de su pais, restituir á los bonzos y á sus templos las rentas que les habia quitado, y restablecer el antiguo culto de los japoneses, Joscimon que se creia perdido irremisiblemente, sometióse á aquella vergonzosa condicion, si bien manifestó á los misioneros que, en cuanto se viese libre de sus acciones, sabria sustraerse de semejante compromiso. Francisco habia perdido cuatro provincias y visto eclipsarse la gloria de treinta años de uno de los mas hermosos reinados que regis-

tren los anales japoneses, sin que el pesar hubiese alterado sus facciones; pero cuando vió desvanecerse la esperanza de poder contar á su hijo entre los adoradores de Jesucristo, todas sus fuerzas le abandonaron. En un principio no quiso que su hijo entrára siquiera en su casa, rogando á Dios que se apiadase de aquel desgraciado, y en la vivacidad de su fé esclamó: « Declaro y juro en vuestra presencia, Dios todopoderoso, que aun cuando todos los padres de la Compañía de Jesus, por cuyo ministerio me habeis dado á conocer vuestro santo nombre, renunciasen ellos mismos lo que me han enseñado; aun cuando estuviese seguro, lo que reputo de todo punto imposible, que todos los cristianos de Europa y hasta el mismo Santo Padre que está en Roma, han abandonado la fé que me habeis concedido la merced de hacerme conocer y abrazar, os confesaria y adoraria, como os reconozco, confieso y adoro hoy dia como el único y verdadero Dios todopoderoso, creador de este universo, sin poner en duda ninguno de los artículos que vuestra Iglesia me enseña á creer.» Humillado mas tarde Joscimon por las exigencias de sus súbditos, suplicó á su padre que volviese á tomar las riendas del estado, que sus débiles manos no podian sostener en un tiempo de revuelta. Francisco se volvió á sentar en el trono al lado de su hijo, y el Baungo no tardó en recobrar la tranquilidad. Ya la calma habia renacido, cuando el P. Valignani llegó á Ousuki donde residian los dos dai-mios. Manifestóle Joscimon el sentimiento que tenia por lo que habia pasado, y le prometió hacerse cristiano. De acuerdo con Francisco, el visitador puso la última mano al noviciado, en el que entraron en un principio diez y seis novicios, en cuyo número se contaban algunos portugueses procedentes de las Indias, y procuró dar una forma conveniente á los seminarios establecidos en Fucheo y Arima. Como el vice-provincial no estuviese de acuerdo con el P. Valignani sobre la instruccion que debia darse á los japoneses, pues así como el primero juzgaba que debia ser limitada, deseaba el segundo que fuese general en provecho de todos, el visitador lo alejó del Japon y entró á ocupar su lugar el P. Gaspar Cuello.

La conversion del dai-mio de Oomi, despojado de su provincia por Nobunanga, al lado de quien residia entonces, contrastaba de un modo consolador con la momentánea defeccion de Joscimon. Súpolo el visitador al llegar á Miyako, donde halló una cristiandad floreciente y obtuvo una favorable acogida. Sin el precepto de la monogamia y atendidas las costumbres del pais, el cristianismo se hubiese estendido todavía muchísimo mas, porque el dai mio de Mino dijo un dia á los jesuitas: « Deberiais tener un poco de tolerancia sobre el particular en favor de aquellos cuya conversion tendria consecuencias muy favorables por vuestra religion. — Príncipe, contestóle uno de los padres, si los hombres fuesen autores de la ley, podrian dispensar su exacto cumplimiento; pero procede de Dios. Por otra parte, no se nos ordena nada que sea superior á nuestras fuerzas. Este precepto en particular, es observado por millares de millares de cristianos que tienen una naturaleza igual á la de los demás hombres; y la razon libre de las tinieblas hijas de la pasion que le ofuscan, basta para dar á comprender la sabiduría del que la di tó y hacer muy posible el cumplimiento de los preceptos que parecen los mas difíciles en la práctica. No hay mas que fijarse en las recompensas prometidas á los que los observan y los castigos que aguardan á los que los ininfrgen.» Al partir acompañóle Nobunanga hasta Anzuquiama, cuyo seminario contenia ya veinte y seis niños de las familias mas ilustres. Si el reinado de aquel poderoso príncipe hubiese tenido mayor duracion, el solo seminario de Anzuquiama hubiese dado al cristianismo todos los grandes del Japon, porque viendo los principales jefes el interés que se tomaban los religiosos por la educacion de sus hijos, no habiesen dejado de mandarlos allí. Despues de haber regularizado el establecimiento, el visitador se des-







pidió de Nobunanga, quien, como una muestra de aprecio, le regaló una rica alfombra que fué la admiracion de Roma por su perfeccion, cuando la recibió Gregorio XIII. Del centro del imperio, el P. Valignani regresó á Boungo, á fin de realizar un proyecto ya acordado con Francisco, dai-mio de aquella provincia, Protasio que lo era de Arima, y Bartolomé (Sumitanda) príncipe de Omura. Tratábase de enviar al Papa, de parte de aquellos tres soberanos, una embajada de obediencia.

Como todos los pueblos aislados, los japoneses se creian ser la nacion mas civilizada, mas rica y gloriosa del mundo. Aquel amor propio nacional, especie de enfermedad, que no ha podido sujetarse debidamente á la prueba de la comparacion, debia desaparecer con provecho de los europeos. Por otra parte, los japoneses están revestidos por lo general de cualidades tan nobles, que proporcionando al Papa y á los soberanos de Europa la ocasion de estudiar su carácter y sus costumbres, no podian dejar de interesarse por la suerte de aquel lejano imperio. La embajada proyectada llenaba aquel doble objeto. Francisco eligió por embajador á su sobrinito Mancio Ito, que tenia unos diez y seis años, pero cuya prudencia era muy superior á su edad; Protasio y Bartolomé designaron á Miguel de Cingiva, primo hermano del primero y sobrino del segundo, de la misma edad que Mancio Ito, pero de un aspecto tan noble y gracioso, que á primera vista conquistaba todas las simpatías. Julian de Naucara y Martin de Fara, japoneses de preclaro talento, aliados del dai-mio de Arima, acompañaron á los dos jóvenes príncipes á quienes el dai-mio de Boungo encargó que solicitáran con vivas instancias la beatificacion del P. Francisco Javier, cuya memoria le era cada dia mas grata y respetable. Embarcáronse el dia 20 de febrero del año 1582, en Naga-saki, en un buque portugués, y se separaron en Conchin del P. Valignani, quien habiendo recibido la órden formal de no dejar el Oriente, sustituyóle el P. Nuño Rodriguez, rector del colegio de San Pablo de Goa. Desde Lisboa (Pl. LXXXI, n.º 1.) donde desembarcaron el dia 10 de agosto del año 1584, hasta Madrid (Pl. LXXXI, n.º 2.) donde Felipe II les hizo una cordial acogida, y desde esta capital hasta Roma (Pl. LXXXII, n.os 1 y 2), donde entraron en 22 de marzo del año 1585, su viage fué mas bien una marcha triunfal, porque creyó la antigua cristiandad que su honor estaba interesado en festejar con toda pompa en sus personas, á la jóven y lejana iglesia del Japon Llegados á Jesus, casa profesa de los jesuitas, sus huéspedes, fueron recibidos por el P. Aquaviva, general de la Compañía, quien les condujo á la iglesia, donde cantaron el *Te-Deum*, dando gracias al Dios de las misericordias por el feliz éxito de su viage. Al siguiente dia, 23 de marzo, señalado para la audiencia pública, Julian de Naucara, cuya salud no le permitia reunirse con sus compañeros, fué conducido solo al Vaticano, donde Gregorio XIII le abrazó cariñosamente. Charlevoix, en su «Historia general del Japon,» describe así el ceremonial observado respecto de los otros tres jóvenes. «Cuando los embajadores hubieron llegado á la viña del Papa Julio (que es el punto de partida de las grandes ceremonias), el obispo de Imola, camarero del papa, fué á felicitarles en nombre de Su Santidad; y estando ya todo dispuesto para la marcha, partieron en el órden siguiente: Precedia á la comitiva la caballería ligera del Papa; venia despues la guardia suiza con los oficiales de los cardenales; detrás de estos, las carrozas de los embajadores de Francia, España y Venecia, y las de los príncipes romanos; despues toda la nobleza romana á caballo; los pajes y oficiales de los embajadores seguian con los clarines y los címbalos; los camareros del Papa y los oficiales de palacio, todos en trages encarnados, precedian inmediatamente á los embajadores que iban montados y vestidos á la japonesa. No podia darse nada mas soberbio ni mas rico que su trage. Vestian tres anchas túnicas, la una sobrepuesta á la otra, pero

de un tafetan tan fino, que las tres no pesaban lo que una de las nuestras, y de un blanco deslumbrador; todavía no habian escogido las telas mas blancas, sino las que usan los ancianos. Aquellas ricas telas de seda, estaban sembradas de flores, hojas y pájaros perfectamente dibujados, y que parecian bordados, aunque eran tejidos: las figuras distinguíanse por sus colores naturales, pero de una viveza de colorido estraordinario. Aquellas túnicas en forma de ropones, estaban abiertas por delante, y traian mangas estremadamente anchas no llegando sino hasta el codo; pero á fin de que no apareciese desnudo el resto del brazo, como se acostumbra en el Japon, el P. Valignani habia hecho añadir una contramanga de la misma tela, y levantar tambien el cuello, el que comunmente es tan bajo, que deja ver una parte de las espaldas descubiertas. Llevaban además sobre las espaldas, una especie de banda de tres palmos de largo por dos de ancho, prendida con cintas, cruzada sobre el pecho, echada atrás y anudada como un cinturon: aquellas bandas eran de una tela muy parecida á la de los ropones, pero de un trabajo mucho mas fino. Iban calzados hasta las rodillas, con una especie de borceguíes de un cuero sumamente fino, abiertos en el pié entre el dedo pulgar y los demás dedos, cubiertos por debajo con una sencilla suela sugeta por medio de correas. Sus cimitarras y sus sables eran de un temple finísimo, y tanto los puños como las vainas, estaban guarnecidas de perlas finas, piedras de gran valor y varias figuras esmaltadas. Iban con la cabeza descubierta enteramente afeitada, á escepcion de la coronilla de la que pendia un mechon de cabellos. La espresion de su semblante correspondia con la rareza de sus trages, si bien se notaba aquel aire amable que dan la inocencia y la virtud, una dignidad modesta y el noble aspecto que casi nunca deja de acompañar á los hijos de ilustre cuna. El príncipe de Fiuga (Marco Ito), iba el primero entre dos arzobispos; el príncipe de Arima (Miguel de Cingiva), le seguia entre dos obispos, y Martin de Fara iba despues entre dos titulares. El P. Diego de Mesquita, en calidad de intérprete, iba detrás, tambien montado, y un gran número de caballeros ricamente vestidos cerraban la marcha. Siguiendo este órden entraron en Roma, y aunque toda la ciudad acudió para presenciar aquel espectáculo, y calles, ventanas y azoteas estaban llenas de gente, la admiracion y el respeto religioso, suspendian de tal modo los ánimos, que reinaba por todas partes el mas profundo silencio, interrumpido únicamente por los sonidos de los clarines, timbales y otros instrumentos músicos, y por algunos vítores que se oian de vez en cuando, y que parecian darse de concierto y á compás. Al llegar los embajadores al puente del castillo de San Angelo, dispararon todos los cañones; contestó la artillería del Vaticano, y en seguida rompió la música militar que allí aguardaba, una marcha triunfal, y fué tocando hasta llegar delante del palacio pontificio. Al entrar al patio del Vaticano, el pontífice y todos los cardenales, se dirigieron al gran salon de embajadores, donde fué preciso que los suizos hicieran grandes esfuerzos para apartar la gente que impedia que el Papa pudiese llegar hasta su trono. Apenas se hubo sentado en él, cuando entraron los embajadores, llevando cada uno en la mano, las credenciales de sus respectivos príncipes, y se postraron en seguida á sus piés, (Pl. LXV, n.° 1.) declarando en su idioma natural y en alta voz, que venian de las estremidades de la tierra, para reconocer en su persona al vicario de Jesucristo, y prestarle obediencia tanto en nombre de los príncipes de quienes eran enviados, como en su propio nombre. Cuando hubieron terminado, el P. de Mesquita esplicó en latin lo que acababan de decir; pero la presencia de tres jóvenes distinguidos que habian arrostrado tantas fatigas y peligros, para venir á tributar un testimonio de adhesion y respeto á la Santa Sede apostólica, era un lenguaje que no tenia necesidad de intérprete, y que penetraba hasta el fondo de los corazones; de modo que la mayor



parte de los cardenales, y un gran número de personas de las primeras clases de la sociedad allí presentes, no cesaron de llorar y sollozar, mientras duró la audiencia. Hasta al mismo Papa le costó mucha pena no poder dirigirles algunas palabras de consuelo; por último, les hizo levantar, les besó en la frente, abrazóles varias veces, les cubrió de lágrimas y les manifestó un cariño tal que en su vida pudieron olvidarlo. Les acompañaron despues á un estrado, que se habia dispuesto espresamente, donde permanecieron de pié mientras que el secretario del consistorio leia en voz alta las cartas de que eran portadores y que el P. de Mesquita habia traducido en italiano.... Terminada la lectura de aquellas cartas, el P. Gaspar Gonzalez, jesuita, hizo, en nombre de los tres príncipes y de sus embajadores, el discurso llamado de obediencia. «La ciudad de Roma, dijo, fué muy afortunada en otro tiempo, bajo el imperio de Augusto, cuando algunos pueblos de las Indias, sabedores de sus grandes acciones, vinieron á solicitar su alianza y le enviaron algunos embajadores. Grande fué el concurso de gentes que de todas las ciudades de Italia acudieron á Roma para ver aquella nueva especie de hombres, cuyos semblantes desconocidos hasta entonces á los romanos, la forma de sus trajes, su color, su porte y todas sus maneras les sorprendian. Les devoraban con la vista y contemplábanlos como séres de otro mundo. Si comparamos aquella embajada de los indios con la de los japoneses, hallarémos que esta es incomparablemente mas noble, mas ilustre y gloriosa. Muy lejano es el pais de los indios; pero lo es todavía mucho mas el de los japoneses, puesto que les han sido precisos tres años para llegar á los piés de vuestra Santidad y andar siete mil leguas de camino por mar y tierra entre infinitos peligros. En tiempo de Augusto, la gloria del imperio romano habia llegado hasta las Indias; pero no se habia sentido la fuerza de sus armas, ni visto desplegados sus estandartes; los indios vinieron á solicitar la amistad de los romanos, mas no á prestarles obediencia; trataron con ellos como á iguales y no como á súbditos; deseaban su alianza, pero no pretendian someterse á su dominacion. Lo que estamos presenciando hoy dia en este gran teatro del universo, es un espectáculo mucho mas sorprendente; porque vemos á tres jóvenes señores de sangre real prosternarse á los piés de Vuestra Santidad, no para pedirle su amistad como á iguales, sino para prestarle obediencia como á fieles súbditos, aunque se prometen que los amará como á sus hijos. Los que jamás se han rendido, que yo sepa, á las armas estrangeras y que nunca han recibido la ley de ninguno de sus enemigos, han enarbolado ahora en su pais el victorioso estandarte de Jesucristo, llevado allí por la voluntad de Vuestra Santidad, y se confiesan vencidos por las armas invencibles de la iglesia romana, esto es por la virtud de la fé cristiana y católica, confesando que esta victoria les es tan ventajosa como agradable es á toda la Iglesia de Jesucristo y gloriosa para Vuestra Santidad, bajo cuyos auspicios ha sido alcanzada. En otro tiempo creyó la religion cristiana haber hecho una gran conquista, cuando merced al celo de S. Gregorio el Grande, vió á la Inglaterra, separada, segun entonces se decia, del resto del mundo, recibir la ley de Jesucristo y someterse á la iglesia romana; pero si grande fué entonces su alegría por ver sometida aquella isla á la obediencia del Sumo Pontífice, profundo es ahora su dolor al verla separada por el cisma y la heregía del cuerpo de los fieles. Mas, hé aquí que para su consuelo y bajo el venturoso gobierno de otro Gregorio, contempla, ya no una isla, sino varias islas y diversos reinos y naciones separadas de Roma por todo un mundo, acudir al amparo de sus benéficas leyes, de modo que nuestras pasadas pérdidas, aunque en verdad muy grandes, parecen estar compensadas con esas nuevas conquistas y con la esperanza que abrigamos de que andando el tiempo sean mayores, lo que debe hacernos enjugar nuestras lágrimas y trocar la tristeza de la iglesia en un júbilo universal.»

Cuando el P. Gaspar Gonzalez hubo cesado de hablar, el prelado Antonio Bocapoduli, contestó en latin en nombre del Papa, en estos términos: «Su Santidad me encarga, muy nobles señores, que os diga, que Francisco, rey de Boungo; Protasio, rey de Arima y Bartolomé, príncipe de Omura, han procedido como príncipes sábios y religiosos, cuando os han enviado de los confines del Asia, para reconocer el poder con que Dios, por su bondad, le ha revestido en la tierra; porque no hay mas que una fé, una iglesia universal, un solo gefe y pastor supremo, cuya autoridad se estiende á todas las partes del mundo en donde existen cristianos, y que este pastor y este gefe único es el obispo de Roma, sucesor de S. Pedro. Su Santidad tiene una suma satisfaccion viendo que creen firmemente y profesan en alta voz esta verdad, con todos los demás artículos que constituyen la fé católica; dá gracias inmortales á la divina bondad que ha operado esta maravilla, y el contento que esperimenta, le parece tanto mas legítimo, cuanto esta alegría reconoce el celo que le anima por la gloria del Todopoderoso y la salvacion de las almas que el Verbo encarnado rescató con su sangre. Hé aquí el motivo porque este venerable Pontífice y todo el sacro colegio de cardenales de la iglesia romana, acojen con paternal afecto, la protesta que haceis al Vicario de Jesucristo de su fé, de su devocion filial y de su obediencia. Su Santidad desea ardientemente y pide á Dios que todos los reyes del Japon y todos los demás que reinan en las diversas partes del mundo, imiten tan bellos ejemplos, renuncien á la idolatría y á todos sus errores, adoren en espíritu y en verdad al soberano Señor que ha creado el universo y á su Hijo único Jesucristo que envió á la tierra, puesto que en este conocimiento y en esta fé consiste la vida eterna.»

Terminado este discurso, los embajadores fueron conducidos nuevamente delante del trono y besaron otra vez los piés del Papa; despues habiéndose acercado los cardenales, les abrazaron y les hicieron varias preguntas acerca de las aventuras de su viage y sobre las rarezas de su pais. A todo contestaron con tanta discrecion como acierto, de modo que la sorpresa iba cada vez en aumento. Por fin, el papa se levantó, pronunciando en alta voz aquellas palabras del santo anciano Simeon: *Nunc dimittis servum tuum, Domine, etc.* Quiso que los dos primeros embajadores que eran de la sangre real, le sostuvieran los hábitos, y despues siempre los hizo servir de caudatarios, honor reservado al embajador del emperador. Cuando hubieron acompañado al Santo Padre á su aposento, el cardenal de San Sixto, sobrino de Su Santidad, el cardenal Guastavillani y el duque de Sora, hermano del Papa, les hicieron servir una magnífica comida. Terminada esta, el Papa quiso hablarles en particular y quedó muy satisfecho de sus maneras y de su conversacion. Envióles desde allí á la iglesia de San Pedro para tributar nuevas acciones de gracias á Dios y reiterar su rendimiento sobre la tumba del Príncipe de los Apóstoles. En otra audiencia, Gregorio XIII se hizo hacer por los embajadores japoneses, una relacion fiel del estado en que habian dejado al cristianismo del Japon cuando su partida, y durante todo el tiempo que hablaron, las lágrimas no cesaron de correr por sus mejillas. Cuando hubieron concluido, el Santo Padre les dijo que queria fundar el seminario que el P. Valignani habia empezado en Fucheo é inmediatamente le asignó una renta de cuatro mil escudos romanos.

Terminarémos este capítulo, sobre el estado del cristianismo en el Japon, á últimos del siglo XVI, añadiendo algunos nuevos detalles á los que dimos en el bosquejo que hicimos anteriormente sobre la religion y costumbres de los japoneses (1), los cuales completarán la pintura del cuadro religioso-moral de aquel gran pueblo, para el cual tan necesaria es la luz de la fé.

De las tres religiones principales que dijimos reinan en el Japon, la mas ortodoxa es

(1) Vide Lib. II. cap. II.

sin duda el Sinto que se refiere al culto de los antiguos dioses del pais, los cuales, segun las ideas de aquel pueblo, han gobernado el Japon durante muchos millones de años. Esta religion es un secreto para el pueblo; los sacerdotes solo hablan de ella á sus discípulos, y estos al iniciarse en sus misterios, se obligan bajo juramento, á no revelar nada de cuanto se les enseña. Este juramento se refiere principalmente al orígen del mundo, que en el Japon, así como en muchos otros pueblos idólatras, es un objeto misterioso. La historia de los primeros tiempos solo contiene la relacion de los combates de los dioses contra los gigantes, dragones y otros mónstruos que desolaron la tierra; por manera que muchas ciudades y poblaciones del imperio, llevan el nombre de aquellas acciones memorables acontecidas en sus cercanías. Se conservan en los templos las espadas y armas de aquellos dioses, ó mas bien de aquellos héroes, que habiéndose hecho célebres con sus estraordinarias hazañas, el pueblo en su admiracion, los colocó en la categoría de dioses y les erigió altares. De ahí, esa numerosa série de divinidades que los sintoistas, dividen en diversas clases, y que adoran bajo el nombre de «espíritus inmortales.» Consideran aquellos héroes no solamente como génios tutelares de la nacion, sino como sus fundadores y sus primeros reyes. La historia de esos falsos dioses, forma una de las principales partes de la teología japonesa. Unicamente corresponde al dairi, que como dijimos, es el soberano pontífice de los japoneses, canonizar de este modo á los hombres célebres, y esto se verifica de vez en cuando en favor de ciertos personages, que juzga dignos de aquel honor, sea por su vida sin mancha, por los milagros que se les atribuyen ó bien por el favor que se desea dispensarles. En estos casos, permite al pueblo que los invoque, y hasta les erija templos. La ceremonia del apoteosis, se hace con mucho aparato, y se señala al nuevo dios la especie de poder que debe ejercer sobre los mortales; y como el número de esas mentidas divinidades aumenta todos los dias, y no se crea una nueva sin levantarle una pagoda, de ahí es, que el número de templos y capillas es tan grande, como el de casas. La costumbre ha establecido que se conserven en una caja los huesos y armas del dios, y las obras que salieron de sus manos durante su vida. No solamente el dairi tiene el singular poder de hacer dioses, sino que él mismo es objeto de veneracion y culto entre los sintoistas. Como se supone que desciende en línea recta de las antiguas divinidades de la nacion, y que ha heredado las virtudes y carácter augusto de sus abuelos, se le considera como su viva imágen, y se le tributan á poca diferencia los mismos homenages, y su ceguedad llega hasta el estremo de creer, que todos los dioses del pais tienen un profundo respeto á su persona, que están en íntimas relaciones con él, y que cumplen con un deber visitándole una vez cada año, en los meses de noviembre ó diciembre. Los japoneses llaman á este tiempo «el mes de la llegada y de la visita de los dioses» como los antiguos que creian que sus dioses descendian anualmente á Etiopía donde permanecian doce dias. Durante este tiempo, los japoneses cierran los templos, porque suponen que el cielo está vacío y que toda su corte celestial ha acudido á visitar á su gran sacerdote, el cual no olvida de tener constantemente la mesa puesta y bien servida para obsequiarles.

Los sintoistas no admiten la transmigracion de las almas; no obstante se abstienen de matar y comer los animales que son útiles al hombre, persuadidos de que se mostrarian crueles é ingratos si les diesen muerte. Tienen alguna idea de la inmortalidad del alma y de un futuro estado de felicidad ó infelicidad; pero embrutecidos por las supersticiones, no se fijan mucho en ello, y todas sus esperanzas y sus temores se limitan á los goces y penalidades de la vida material. Segun ellos, los malvados vuelven al mundo para expiar sus crímenes, y lo mas grato para sus dioses, es ver que los hombres están contentos y se entregan gozosos á sus placeres. Tienen ciertas ceremonias

legales la mayor parte de las cuales se refieren á la pureza del cuerpo, y consisten principalmente en no mancharse de sangre, abstenerse de comer carne y evitar los cadáveres. Los que se consideran impuros bajo este concepto, no pueden, sin ser criminales, entrar en los templos ni visitar los lugares que reputan santos. Si le cae á alguno una gota de sangre en el vestido, queda impuro durante siete dias; tambien mancha, segun aquellos idólatras, la muerte de un pariente, y la expiacion es mas ó menos larga segun el mayor ó menor grado de parentesco. El que come carne de ciertos animales domésticos, tambien tiene necesidad de purificarse. En su estravagante religion, no se conocen mas espíritus malos que las almas de las comadrejas, porque estos animales causan muchos estragos en el Japon.

La celebracion de los dias solemnes es otro punto esencial de la religion de los sinoistas, quienes los emplean para ver y cumplimentar á sus amigos; así es que la mayor parte del dia lo pasan en banquetes y festines. Tienen tres fiestas particulares que se repiten cada mes, y otras mas solemnes que se celebran cinco veces por año con mucho aparato; la de año nuevo dura muchos dias, y aquel empieza con la luna nueva que sigue al 5 de febrero entre el solsticio de invierno y el equinoccio de la primavera. Hay además otra fiesta que es particularmente un dia de asueto para las niñas, otra para los muchachos, y otra consagrada á los placeres de la mesa, al juego, á la danza, á los espectáculos, etc. El bullicio, la disolucion, la embriaguez, reinan entonces por do quiera y por espacio de muchos dias, pareciéndose aquella fiesta por su licencia, á las saturnales y bacanales de los romanos; y aunque pertenezca propiamente á la religion de los sintoistas, no obstante como se atiende menos al culto de los dioses que á las diversiones á que son muy aficionados los japoneses, ha llegado que con el tiempo, todas las sectas la han adoptado. La peregrinacion á Ise (1), es otro artículo de la religion de aquellos idólatras, pues, segun ellos, nació allí el mas antiguo y poderoso de los dioses del pais, y pretenden además, que es la primera morada de sus antepasados y la cuna del género humano. Los devotos van una vez al año, pero todos al menos hacen un viage en la vida, para obtener la bendicion del cielo en este mundo y la eterna felicidad en el otro. El término de la peregrinacion es una grande pagoda que llaman «el Templo del gran Dios,» y aunque no hay otra ni mas venerada ni mas famosa en el Japon, es sumamente sencilla y pobre, construida de madera y cubierta de bálago. Todo su ornato consiste en un espejo que representa en el ánimo del sintoista, la penetracion y la pureza de la suprema inteligencia. Cerca de aquel sitio, al pié de una colina, existe una caverna que no se olvidan de visitar los peregrinos, en donde les dicen que en otro tiempo su gran Dios se ocultó cuando privó al mundo de la luz y se enseña un ídolo sentado sobre un cuadrúpedo que llaman: «la representacion del sol.» El templo de Ise está rodeado de una infinidad de capillitas, la mayor parte tan bajas, que apenas un hombre de regular estatura puede permanecer de pié en ellas, y están guardadas por seculares. Este viage se hace en todas las épocas del año, pero el mayor concurso es durante los meses primaverales, en que acuden toda clase de personas á escepcion de los grandes señores que raras veces lo verifican personalmente, contentándose la mayor parte con enviar sustitutos, á ejemplo del soberano que todos los años manda allí una embajada solemne. Las personas de comun condicion, creen que no pueden dispensarse de aquel acto religioso; los unos hacen el viage montados, los otros en silla de mano, y la mayor parte á pié; los pobres llevan á cuestas la cama, que consiste en una esterilla arrollada; llevan un palo en la mano y una escudilla de madera colgada de la cintura, en la cual reciben las limosnas, porque no viven durante el viage

(1) Llámase tambien Isi ó segun Kœmpfer Itsitsi, en chino Y-tchi; está situado á unos 120 kilóm. E. de Meaco, y á 300. O aproximadamente de Yedo, en la provincia de Ise. (Nota del Trad.)

sino de las limosnas que les hacen los demás peregrinos. Se cubren la cabeza con un gran sombrero de juncos, en el que lo propio que en la escudilla, están escritos sus nombres, el lugar de su nacimiento y el sitio de donde vienen, á fin de que en caso de muerte, se les pueda reconocer y dar cuenta á los magistrados del lugar de su residencia habitual. Entre aquel gran número de peregrinos, los hay, y no pocos, que se distinguen por sus estravagancias. Muchos se reunen en pequeños grupos cantando y tañendo instrumentos de cuerda durante todo el camino; otros van desnudos en lo mas riguroso del invierno, cubriéndose únicamente una pequeña parte del cuerpo con un poco de paja. Estos últimos van solos, corriendo casi siempre, no pidiendo nada á nadie y viviendo pobremente. Cuando un peregrino parte para el famoso templo de su gran dios, tiene cuidado de colgar á la puerta de su casa una cuerda guarnecida de papel recortado para advertir á los que han contraido alguna impureza legal que se abstengan de entrar en ella; de lo contrario es creencia admitida, que se espondria á tener alguna desgracia ó cuando menos malos sueños. Al llegar al término de su viage, el peregrino visita todos los templos y capillas y luego recibe una cajita que contiene, dicen, el perdon de sus pecados, la cual ata debajo del ala de su sombrero, y, á su regreso, coloca en un nicho particular; y aunque la virtud de aquella prenda esté limitada al término de un año, no hay ningun japonés que deje de guardarla siempre con el mayor cuidado. Se reparte un número considerable de aquellas cajitas para el uso de los que se hallan en la imposibilidad de visitar la célebre pagoda y es un manantial inagotable de riqueza para los bonzos, que hacen con ellas un gran comercio.

Desde remotos tiempos existe en el Japon una especie de anacoretas que llevan una vida muy solitaria, á quienes un cisma dividió en varias ramas, y cuyas dos principales ramificaciones tienen un general particular que reside en Meaco. El espíritu de su instituto es de combatir por la causa de sus dioses; pasan su vida viajando de montaña en montaña y todos los años se imponen el deber de escalar una que sea muy elevada y llena de precipicios. Es comun encontrar á esos hombres vagabundos alrededor de las pagodas pidiendo limosna con mucha insistencia; algunas veces aguardan á los viageros en lugares retirados donde es dificil negarles lo que piden con vivas instancias. Estos ermitaños son muy dados á la adivinacion y á la mágia; pretenden que profiriendo algunas palabras misteriosas y trazando ciertas figuras cabalísticas, pueden descubrir á los autores de un hurto, predecir lo porvenir, esplicar los sueños y curar las enfermedades. Los hay que se precian de rejuvenecer á los ancianos: la fábula de la fuente de Juvencia es de todos los tiempos y de todos los paises. Los sintoistas cuentan además otras varias asociaciones, formadas en su mayor parte de gente vagabunda ó de indigentes, que so capa de contribuir al culto de sus ídolos, disfrutan de todas las comodidades de la vida y se entregan en secreto á toda suerte de vicios y desórdenes.

La secta de Budsdo, mas generalmente conocida por el budismo, tuvo su orígen en las Indias, desde donde se esparció por Siam, la China y Japon, bajo diferentes nombres. Se refieren mil hechos fabulosos respecto de su fundador, y su historia varia, segun los diversos paises en que su culto está establecido. Dijimos ya anteriormente, que se le rinden los mas grandes honores; los indios le llaman *Wisthnu*, los siameses *Sommonacodon*, los chinos *Foé*, y los japoneses *Buds* ó *Siaka*. Los discípulos que recojieron en los primeros tiempos sus principales máximas, han sido colocados en el número de las divinidades de esta secta, y se les rinde el mismo honor que á su maestro. El culto de Siaka fué importado al Japon por los misioneros chinos, y si bien durante muchos siglos hizo progresos muy lentos, hoy dia es la secta mas numerosa del pais, y hasta los mismos sinoistas han adoptado los puntos mas esenciales. Su funesta

doctrina hace cometer á los japoneses acciones crueles para consigo mismos é inútiles para la sociedad, tales, como dijimos ya, de ahogarse ó enterrarse vivos. Las inhúmanidades practicadas por los adoradores de Siaka, esceden á toda ponderacion y este horrible fanatismo es alimentado incesantemente por los bonzos, cuya hipocresía y ambicion desmedida, sacrifican cruelmente á sus semejantes para apoderarse de sus bienes temporales. Los adoradores de Siaka tienen tambien fiestas particulares como los sintoistas. Una procesion de carros llenos de figuras simbólicas, se dirige con gran ceremonia al templo de su ídolo, para tomarlo y pasearlo por la ciudad; la amiga de este dios va por otra parte y encuentra á su esposo legítimo de quien se apoderan los celos; el pueblo se apesadumbra, se entristece y llora, y todos parece que toman parte en aquel hecho: pero por fin, fingen que todo se arregla y cada ídolo se retira por su lado. En otra fiesta, pasean un ídolo á caballo, con la cimitarra en la mano, acompañado de pajes que llevan su arco y flechas y va seguido de otro carro vacío, al cual el pueblo rinde honores como si fuese tambien el dios; siguen los bonzos cantando himnos, y los asistentes gritan y repiten todo el dia un estribillo en el que viene espresado su deseo de los goces mundanales. Finalmente, en otra fiesta, muchos caballeros armados se dirigen á una esplanada, llevando cada uno en la espalda la figura del ídolo al cual rinde culto. Ya reunidos, forman diversos escuadrones, y es el preludio de un combate sangriento que empieza por arrojarse piedras los combatientes y en seguida emplean las flechas, la lanza y la cimitarra, peleando con todo el furor que puede inspirar el ódio mas implacable. Generalmente figuran entre aquellos caballeros, cualquiera que sea su clase, todos los que abrigan deseos de vengarse de algun enemigo personal y lo hacen entonces impunemente so capa de religion. El campo de batalla queda cubierto de muertos y heridos, sin que la justicia tenga derecho de averiguar los motivos de aquella violencia.

La otra secta conocida en el Japon con el nombre de *Sinto*, es de los llamados filósofos moralistas, que enseñan que el soberano bien del hombre consiste en el placer que esperimenta en hacer bien; siguen como dijimos tambien, la moral de Confucio, y aunque esta secta contaba en otro tiempo con numerosos partidarios, la entrada de los ídolos en aquel imperio sedujo á los insensatos, y muchísimos abandonaron al Sinto para hacerse idólatras. Hemos visto ya que un gran número de aquellos moralistas abrazaron el cristianismo, y contribuyeron en mucho al progreso que este hizo en el Japon; pero mas tarde sufrió las mismas persecuciones que la ley de Jesucristo, y todos los que la seguian, fueron obligados á declararse por alguna de las sectas que dividen las dos religiones autorizadas en el imperio. Por no verse comprendidos en la persecucion que se sucitó contra los cristianos, para salvar su vida y su hacienda, pusieron en su casa un ídolo del pais. La presencia y el culto forzoso de aquellas imágenes, les llevaron insensiblemente á la idolatría, de modo que aquella secta ha perdido cuasi todo su crédito. A mediados del siglo XVII, un señor del Japon pretendió hacer revivir aquella secta que enseñaba á ser justo, honrado y á conservar la conciencia pura; pero como de ello empezára á resentirse el culto de los falsos dioses, los bonzos se alarmaron, porque temieron que iban á faltarles los medios de enriquecerse. Sus gritos llegaron hasta el trono, y su cabala enemiga de la tolerancia que les era perjudicial, volvió á hundir aquella secta en la oscuridad y en el olvido.

El establecimiento del cristianismo en el Japon, dice un ilustrado viagero, fué sin contradiccion la época mas notable de su historia, así como su conversion fué el período mas brillante del apostolado de San Francisco Javier. Este apóstol del oriente, tuvo la gloria de hacer triunfar la verdadera religion en un pais, donde el heroismo en punto á religion, ocupa el primer lugar en el aprecio público; pero lo que mas sorprende, es que el celo de







los nuevos cristianos, supliendo al corto número de misioneros, Jesucristo fué en poco tiempo conocido y adorado en provincias, donde ningun predicador habia podido penetrar todavía. Su ley fué anunciada y aceptada con gusto en todo el imperio, á pesar de los esfuerzos de los bonzos contra una doctrina que haciendo su profesion inútil y despreciable, les hacia pasar por unos ignorantes é impostores. Mil otros motivos se oponian á su establecimiento y á su progreso. ¿Podian ignorar los japoneses lo que habia pasado en muchas comarcas asiáticas, en donde los portugueses habian entrado espada en mano, aprisionado ó dado muerte á una parte de sus habitantes, y hecho tributarios á sus reyes? Por otra parte, aquellos mismos portugueses llevaban una vida bastante licenciosa, que formaba un singular contraste con la ley que profesaban, y que los misioneros enseñaban con tanto celo. No obstante, la natural curiosidad de los japoneses y el desprecio de las quiméricas opiniones de sus diversas sectas, les decidieron en un principio á prestar oidos á las enseñanzas del cristianismo: la paciencia, el desinterés, la piedad de los predicadores del Evangelio, vencieron al fin el ódio y las falsas acusaciones de los bonzos. Pronto se vieron testas coronadas someterse al dulce yugo de nuestra religion, abrazando con fé y ardor sus saludables máximas; todos los dias se registraba una nueva y sonada conversion; hasta los niños instruian y persuadian á sus familias; los orgullosos bonzos, convencidos de la verdad, abjuraron sus errores, y viéronse otros milagros parecidos fruto de una gracia verdaderamente celestial. Pero un éxito tan asombroso no podia menos de alarmar á los ministros de los ídolos, y creyeron que todo les era permitido para contener el progreso del cristianismo. Hicieron obrar á los príncipes á su antojo, ya infundiéndoles temor en presencia de las perturbaciones que iba á ocasionar aquel cambio de religion, ya lisongeando sus pasiones á las cuales combatia sin cesar la nueva doctrina. Promovieron además guerras sangrientas, que casi siempre acababan en perjuicio del cristianismo. ¡Cuántas revoluciones para evitar sus progresos en aquel imperio! ¡Cuántas prosperidades inesperadas seguidas de crueles persecuciones! ¡Cuántos triunfos, sobresaltos, humillaciones y sufrimientos! ¡Cuánta sangre cristiana derramada en todas partes, y por este motivo; cuántas revueltas, rebeliones, violencias y asesinatos! Mil ejemplos de valor, de constancia, de heroismo, ofrece la historia por parte de los primeros cristianos japoneses, que recuerdan los primeros siglos de la Iglesia; pero al propio tiempo, cuántas traiciones, cuántas debilidades, cuántas apostasías sucitadas por el maligno espíritu que veia que se le arrebataban tantos millones de almas!

Pero no anticipemos los hechos, cuya narracion, á contar desde la embajada de los japoneses á la capital del orbe cristiano, tendremos ocasion de referir mas adelante.

CAPÍTULO X.

Misiones de los capuchinos, jesuitas, dominicos y franciscanos en el levante y norte de Africa.

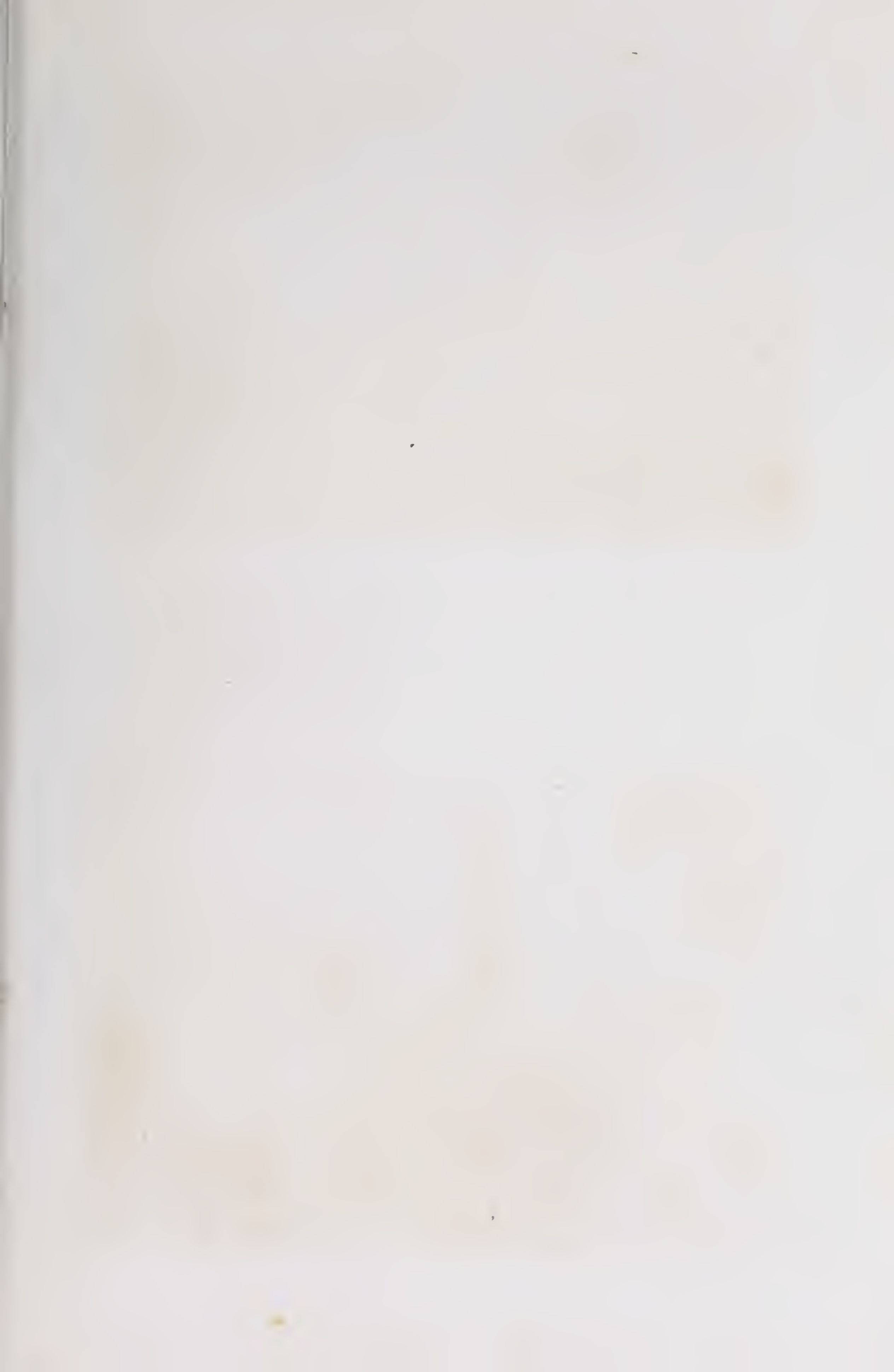
La embajada de los japoneses demostraba los felices esfuerzos que los predicadores del Evangelio hacian en los puntos mas remotos del globo para aumentar el rebaño dirigido por el cayado del soberano pastor. Pero á la misma vista de los pontífices romanos, y alrededor del mar Mediterráneo, en cuyas playas el islamismo habia plantado el estandarte del falso profeta, intrépidos misioneros no cesaban de proclamar la verdad católica muriendo gustosos por el amor de Jesucristo.

Si nos remontamos á la época en que interrumpimos el cuadro de las misiones del levante y del Africa superior, verémos que el apostolado fué continuado por Fr. Juan, que nació en Troia en la Pulla, de padres honrados, pero pobres. Un español, en cuyo servicio entró, le condujo á su patria, donde Juan quedó tan agradado de la austera vida que

llevaban los franciscanos descalzos de la provincia de San Gabriel, que solicitó el favor de ser admitido entre sus hermanos legos, recibiendo entonces el nombre de Alejandro. Entusiasmado por la frecuente lectura que se hacia en el refectorio, de las Actas de los mártires, suplicó á Dios con las lágrimas en los ojos, que le asociase á sus tormentos y á sus triunfos. Para entregarse solitario á la oracion, habia elegido en el convento de Salvatierra, casi pegada á la iglesia, una pequeña gruta, que mas tarde conservó su nombre (1). Su vicario general, le permitió en fin que pasase á tierra de infieles con Fr. Bartolomé de Castelló y otros dos religiosos, animados como él del deseo de sellar con su sangre las verdades del cristianismo. Llegados á Berbería, los misioneros empezaron á evangelizar á los musulmanes, hasta que fueron cubiertos de injurias y azotados y despues arrojados á un pozo seco privados de todo alimento. Allí permanecieron veinte y dos dias, durante cuyo tiempo, los bárbaros, por una cruel burla, en vez de alimentos les traian un gran vaso lleno de infectas inmundicias, á fin de añadir al suplicio del hambre, la presencia de sus nauseabundos excrementos. Pero, movidos á compasion algunos judíos, les dieron á hurtadillas el alimento indispensable para sostener su existencia. Los ávidos mahometanos, oyendo á los mártires que todavía cantaban las alabanzas á Dios en el fondo de aquel pozo donde horribles emanaciones debian haberles asfixiado, los vendieron á unos mercaderes de cristianos, bajo la condicion que los sacarian inmediatamente del territorio musulman. Fr. Alejandro regresó pues á España con sus compañeros, sin perder no obstante ni el deseo, ni la esperanza del martirio. Provisto de una nueva autorizacion de su vicario general, pasó solo á otra comarca infiel, donde nuevas persecuciones y azotes siguieron á sus predicaciones, viéndose obligado á volver á pais cristiano. Despues de dos nuevas tentativas, seguidas de una doble cosecha de oprobios y malos tratos, el vicario general opinó que Dios no le destinaba para la corona del martirio, y le mandó, á pesar de sus vivas instancias, que no saliera mas del convento; pero el hermano Alejandro redobló sus lágrimas y sus oraciones ante el trono de la misericordia divina.

En aquella época la fama de los capuchinos llegó á España. Sabedor de la increible austeridad con que vivian en Italia, y juzgando que aquella órden le abriria las puertas del martirio, cerradas entonces para él á causa de la negativa del vicario general de los franciscanos descalzos, el hermano Alejandro pidió y obtuvo el permiso de pasar á Roma, donde Luis de Fossembrun le admitió en el número de los capuchinos en el año 1530, bajo el nombre de Juan, y le envió á la Pulla, desde donde el hermano Juan pasó á la Umbría. Un dia que suspiraba con ardor en presencia de la imágen de Jesucristo crucificado, movido Dios de sus lágrimas, le habló desde la cruz de un modo sensible, diciéndole: —¿Por qué lloras, Juan? — Dios mio, contestó, me lamento porque veo que derramasteis en la cruz toda vuestra sangre por mí, aunque yo no haya derramado todavía ni una sola gota de la mia por vos. Considero el gran número de vírgenes y niños que han combatido y triunfado en vuestro nombre, alcanzando la palma del martirio, al paso que yo que cuento ya muchos años, no puedo participar de su victoria. —«Juan, no llores, repuso la voz consoladora; tú pides el martirio y lo obtendrás, y despues de haberte coronado, te haré digno de estar conmigo.» El afortunado hermano lego se alimentaba con esta esperanza, cuando, para ganar la indulgencia de Nuestra Señora de los Angeles, pasó á Asis, donde en-

(1) Segun la crónica de Fr. Juan Bautista Moles (cap. 25), cavó Alejandro por sus manos, una ermita en un peñasco donde vivió mucho tiempo sin salir de ella, salvo á maitines que iba á ellos cada noche con los frailes del convento, los cuales le vieron venir varias veces guiado de una lumbre celestial que le alumbraba por el camino. Segun el mismo cronista, fué varon muy áspero y penitente: su comida era algunas hojas de berzas, y á falta de estas, suplia con otras yerbas, y llevaba por cilicio unas cardas tan ásperas y agudas, que cuando cavaba en la huerta, le rasgaban las carnes, de suerte que regaba el suelo con su sangre. (Nota del Trad).



contró al hermano Juan de Zuazo, hijo de una noble familia española de Medina del Campo en el reino de Leon. Este religioso habia entrado en un principio en el convento de los religiosos franciscanos de la Observancia en Valladolid, desde donde habia pasado á la Reforma. Mas tarde, esto es, en el año 1539, pasó de España á Italia, para abrazar el instituto de los Capuchinos, entonces dirigido por Bernardino de Sena, quien le mandó al convento de Monte-Pulciano, en Toscana. Juan de Zuazo llevó en aquel convento una vida verdaderamente angelical. Religioso-sacerdote, cuando celebraba los santos misterios, contemplaba las cosas del cielo con una atencion tal, que parecia desprenderse de sus sentidos, arrebatado por un sublime éxtasis. Dios le favoreció con varias revelaciones, é inflamó en su corazon el deseo del martirio (1). Juan de Zuazo hacia mucho tiempo que era íntimo amigo de Juan de la Pulla, que tambien como él ambicionaba la palma del martirio, y reunidos en Asis, resolvieron alcanzarla juntos, á cuyo efecto solicitaron el permiso de Fr. Bernardino de Sena, general de los capuchinos, quien los destinó al apostolado en tierra de infieles. Provistos de cartas de obediencia del soberano pontífice, se embarcaron en Venecia (Pl. LXV, n.º 2), para las costas de Levante, desembarcando á los pocos dias en Constantinopla (Pl. LXXXIII, n.os 1 y 2). Al ver aquella ciudad, en otro tiempo fiel, y entonces perdida hasta el punto de no conocer á Dios, se compadecieron de ella, recorrieron sus calles y anunciaron á Jesus crucificado, do quiera encontraban algunos musulmanes reunidos. Estos, en un principio, al aspecto de aquellos dos hombres descalzos, casi cubiertos de cilicios, abrigada la cabeza con la punteaguda capucha de la que traen su nombre los Capuchinos, se contentaron con burlarse de ellos; pero cuando oyeron á los valerosos hijos de S. Francisco proclamar que la fé era necesaria para la salvacion eterna, que Mahoma era un impostor, que su ley era falsa y brutal, se enfurecieron, maltratáronles con palos y piedras, y les condujeron en presencia del juez musulman, quien, despues de haberles mandado azotar, les envió á la cárcel. Algunos mercaderes cristianos, á cuya noticia llegó aquel suceso, temieron que si el sultan llegaba á saber lo que habia pasado, tal vez adoptase alguna medida general, perjudicial á sus personas é intereses, y para evitarlo, ofrecieron algunas sumas de dinero al juez, quien consintió en dar la libertad á los dos confesores, embarcándolos en seguida los mercaderes en un buque que se hacia á la vela para la Palestina. En Jerusalen, teatro de la Pasion del Salvador, Juan de Zuazo y Juan de la Pulla, se sintieron mas que nunca abrasados del deseo del martirio; y, siguiendo el ejemplo de S. Francisco de Asis, su patriarca, que habia predicado la fé al soldan de Egipto ó Babilonia, evangelizaron aquella comarca. Habiendo llegado á Alejandría, (Pl. LXXXIV, n.º 1.) fueron recibidos caritativamente por un cristiano, que hospedaba ordinariamente á los franciscanos. Desde lue-

(1) Léese en la vida de este esclarecido mártir de Cristo, al hablar de la alta nobleza de sus padres, que dióles Dios este hijo en premio de haber hospedado en su casa año y medio á los pobres frailes de S. Francisco de Medina del Campo, cuando por haberles quemado los comuneros su convento, con el gran fuego que pusieron á Medina, no tenian donde acojerse. En el bautismo le pusieron por nombre Lope, y desde su niñez dió muestras de lo que habia de ser en adelante, porque desde pequeña edad fué muy aficionado á las cosas eclesiásticas. Daba á los pobres todo lo que podia, hasta su propio almuerzo, merienda y parte de su comida, asistia á los enfermos, y se iba al campo á hacer oracion. Todavia muy jóven, se fué al monasterio de Nuestra Señora de Aniago de la Cartuja, donde no le quisieron dar el hábito por ser de poca edad. Mas tarde se fué al Abrojo, donde tambien por la misma razon y ser muy delicado para los trabajos de aquella santa Recoleccion, se le negaron. Cuando religioso nunca comió carne ni bebió vino, sustentando su flaca complexion y cuerpo solamente con pan y una escudilla de caldo. Segun los Memoriales de la Provincia de la Concepcion (Gonc. III Part., pág. 863), diferiendo en esto de las antiguas crónicas y del texto de Henrion, los moros le dieron una muerte muy cruel, porque fué empalado vivo, y asi estuvo dos dias enteros en el palo, y como si estuviera en el púlpito predicaba á los moros, los cuales diciendo que lo hacia por arte mágica, le cortaron la cabeza y apartada de su santo cuerpo, todavía á grandes voces decia: « Bautizaos en la sangre de Cristo si os quereis salvar. » Echaron su cuerpo en un muladar de donde le quitaron los mismos moros por la grande fragancia y olor que salia de él, y vendieron la santa cabeza por gran precio á unos mercaderes venecianos y la tienen en mucha veneracion en la ciudad de Venecia en la iglesia de San Márcos. (Nota del Trad.)

go su huésped les hizo presente que el viage del Cairo estaba lleno de peligros; pero viendo que aquellos peligros no les desanimaban, ya no trató sino de ausiliarles con sus consejos. Cuando ambos misioneros hubieron llegado al Cairo (Pl. LXXXIV, n.° 2.), encontraron á un judío italiano, cuya casa les sirvió de refugio. Rodeados de tan gran multitud de infieles, rogaron á Dios que les diese las luces y fuerzas necesarias para sacarlos de las tinieblas, aunque tuviesen que sufrir los mas crueles suplicios; pero ignoraban el árabe y el copto, así como los que ellos querian instruir no entendian las lenguas de Europa. Entonces se les ocurrió la idea de ir á encontrar al gobernador del Cairo, imaginando que entenderia el italiano, y si así fuese y lograban convertirle, todo el pueblo reconoceria como él, la verdad católica. Tomada esta resolucion, confiaron como un gran secreto á su huésped, que tenian que comunicar algunas cosas muy importantes al gefe musulman. Segun la relacion del judío que creyó conciliarse, dando aquel paso, el favor del gobernador, este último dió audiencia á los religiosos y les preguntó que era lo que querian decirle. Juan de Zuazo, en aquel momento tan ardientemente deseado, díjole con todo el celo y libertad de un apóstol, que se trataba nada menos que de mostrarle el verdadero camino del cielo. El gobernador, en su admiracion, dejó que el religioso esplayase su doctrina; pero la cólera sucedió á la sorpresa, y estuvo tentado de mandar castigar su atrevimiento, cuando el aspecto de aquellos semblantes enflaquecidos por el ayuno, movió á compasion al gefe musulman, y juzgó que la falta de alimento habia perturbado la razon de los dos capuchinos. Mandó que los arrestasen, pero para darles un buen trato y ver si podian hacerles abrazar el islamismo. Condujéronles en seguida ante el juez ó cadí, quien les preguntó si habian ido al Cairo á fin de declararse discípulos de Mahoma. Los intrépidos confesores contestaron que eran cristianos, y que no veian en Mahoma mas que á un audaz malvado, de cuyo yugo querian sustraer á tantas almas engañadas. Irritado el juez, les hizo azotar cruelmente, y los dos mártires dieron gracias á Jesucristo de aquella prueba, y proclamaron una vez mas su santo nombre, mientras los musulmanes descargaban fuertes golpes sobre sus estenuados cuerpos. Del oscuro calabozo donde se les encerró en seguida, sugetos sus miembros con pesados grillos, se les volvió á conducir estenuados por el hambre, en presencia del cadí, á quien volvieron á instar con energía para que renunciase el islamismo, y acatase como era debido, la divinidad de Jesucristo. Encolerizado el juez, mandó que les atormentasen de un modo mas cruel. Por varias veces fueron conducidos á presencia del cadí, y puesta á prueba su constancia con atroces tormentos, hasta que desesperando el juez de poder hacerles aceptar las vergonzosas doctrinas del falso profeta, les condenó á morir de hambre y sed en la cárcel. De regreso á su calabozo, despues de esta sentencia, arrodilláronse en su húmedo suelo, y cantaron con voz desfallecida las alabanzas del Rey de los mártires, que no tardó en coronar su admirable constancia.

Mientras estos hechos tenian lugar, esto es á mediados del año 1551, un agente diplomático del rey de Francia, habiendo oido hablar de dos capuchinos, á quienes creia todavía encarcelados, los reclamó del gobernador del Cairo; pero únicamente se hallaron sus preciosas reliquias. No obstante, segun *Las Crónicas de los Hermanos Menores*, Juan de la Pulla debió haber sobrevivido á Juan de Zuazo, quien habiendo pasado á otra ciudad musulmana, su celo le hizo prender y encerrar en una torre, desde lo alto de la cual evangelizaba todavía á los infieles; condenado á las llamas, por dos veces hubo de preservarse de su accion destructora; apedreado en fin, y libre de los lazos del cuerpo, pasó entonces á reunirse en el seno de Dios con su amado compañero de apostolado. El admirable valor de estos dos capuchinos, edifica mucho mas que no sorprende, al considerar que una es-

pañola, llamada María, animada del Espíritu de Dios, se atrevió en un domingo de Ramos á salir á recorrer las calles de Jerusalen con un crucifijo en la mano, manifestando en altas voces la impiedad de Mahoma. Presa por los turcos, fué arrojada á una grande hoguera encendida delante de la iglesia del Santo Sepulcro, y sufrió aquel martirio con una intrepidez que llenó de confusion á los infieles, quienes no podian esplicarse como una pobre muger arrostrase una muerte cruel para glorificar á Jesucristo. Los turcos vendieron los huesos de María á los cristianos, quienes se disputaron con santo celo aquellas preciosas reliquias. A pesar de la terrible persecucion de que fueron objeto por parte de los infieles, los capuchinos estendieron considerablemente sus misiones. En su órden, Ignacio se distinguió no solamente por sus eminentes virtudes, sino tambien por su elocuencia en el púlpito y por un conocimiento muy profundo en las lenguas caldea y hebraica. Habiéndole enviado el P. Morin, que era su general, á la isla de Creta, hoy dia Candía, con el título de comisario, desempeñó aquella comision de un modo tan edificante, y sus trabajos dieron frutos tan abundantes, que mereció y obtuvo el honroso dictado de *Apóstol de los cretenses*. Despues de haber hecho amar la moral cristiana á aquellos pueblos, merced á sus consejos y á sus ejemplos, murió santamente en Canea, el 1.° de setiembre del año 1570, en donde fué sepultado, y los milagros que se operaron en su tumba, le merecieron la veneracion de los cristianos de aquella isla, aunque la iglesia no le hubiese dado todavía el título de bienaventurado.

Mas tarde los jesuitas visitaron el Egipto, donde los capuchinos Juan Zuazo y Juan de la Pulla, acababan de sostener tan gloriosamente los combates del Señor. Gabriel, patriarca de Alejandría, habiendo escrito en el año 1560 al pontífice romano que le enviase algunos misioneros para los coptos (1), Pio IV acogió favorablemente aquella súplica que hacia presagiar la reunion tan vivamente apetecida por sus predecesores, y nombró en calidad de nuncios suyos en Egipto á los jesuitas Cristóbal Rodriguez y Juan Bautista Elian, quienes llegaron al Cairo, residencia del patriarca en el año 1561. Los sacerdotes cismáticos que presintieron su derrota, echaron mano de la violencia, antes que admitir la discusion, y amotinaron á la multitud ignorante contra los nuncios. Los judíos que, á causa de sus riquezas, constituyen un poder dentro del estado, asociáronse á aquel movimiento; por manera que Rodriguez y Elian no tuvieron sino el tiempo preciso para rescatar algunos cristianos que gemian en la esclavitud, y regresaron á Italia con un diputado que el patriarca enviaba al concilio de Trento. Poco tiempo despues, fueron mucho mas numerosos los jesuitas que llegaron al estremo occidental del Africa con Sebastian, rey de Portugal, aquel héroe que ambicionando el título de Alejandro cristiano, queria someter el Africa, pasar en seguida á las Indias, penetrar en la Persia, regresar á Europa por la Turquía, y arrancar en fin á Constantinopla del poder del islamismo. Una embajada de Muley-Mohammed-el-Monthaser, soberano de Fez y Marruecos, que el anciano Muley-Abdelmelek, su tio, habia despojado de una parte de sus estados, determinó á Sebastian á apresurar la espedicion en la cual debia hallar la muerte. Este triste resultado no se escapó á la penetracion del P. Mauricio Serpi, hijo de la ciudad de Viana en Portugal, y confesor del rey; porque embarcándose en Lisboa con otros doce jesuitas, de los cuales era superior, dijo al P. Amador Rebello, que le abrazaba por última vez, y que ya no volveria á verle sino en el cielo. La prediccion de Serpi se verificó el dia 4 de agosto de 1578. Habiendo perecido en el combate el rey Sebastian y los dos Muley, en medio de la derrota del ejército cristiano, el P.

(1) Los coptos son los descendientes de los antiguos egipcios, y habitan en el Egipto, la Nubia, y en las costas de Habech. Profesan la religion cristiana, y casi todos son eutiquianos ó partidarios de la heregia de Eutiquio. Estos pueblos han conservado la circuncision. (Nota del Trad.)

Serpi se apeó y empezó á recorrer con un crucifijo en la mano, las filas de los heridos y moribundos. Arrodillado al lado de un caballero é inclinado para oir mejor las palabras que el herido pronunciaba con voz espirante, fué visto por un ginete mahometano, quien corriendo hácia él, esclamó: «¿Cómo, perro cristiano, te atreves en este lugar á cometer un acto de impiedad nazarena?» Y al propio tiempo le descargó algunos sablazos que abrieron la cabeza del afortunado mártir (Pl. LXXXV, n.º 1.) Pero si aquel infiel inmoló á Serpi por su ódio al sacramento que administraba, la avaricia de los musulmanes libertó de la muerte á otros jesuitas. Exigieron despues un crecido rescate por su libertad, y aquellos tristes testigos de la derrota de Don Sebastian, pudieron referir todos sus detalles á Lisboa consternada.

En 1580, Gregorio XIII para confirmar á los maronitas (1) del monte Líbano en su adhesion á la Iglesia romana, les envió á los dos jesuitas Juan Bautista Elian y Juan Brunon, portadores de crecidas limosnas, además de un catecismo escrito en árabe, otros libros y algunos ornamentos de iglesia. Los maronitas recibieron aquellos presentes en una asamblea de obispos y sacerdotes, que habia sido convocada para la eleccion de un patriarca, quien, apenas fué elegido, hizo solemnemente su profesion de fé, y se ocupó, con los jesuitas, en la instruccion religiosa del pueblo que tenia á su cargo. El amor filial que profesaba Gregorio XIII á ese pueblo, vése demostrado tambien en una bula fechada el 27 de junio del año 1584, que estableció en Roma un colegio en el cual los jóvenes maronitas debian instruirse en los principios religiosos y científicos, á cuyo efecto fué nombrado un cardenal para dirigirlo, y se señalaron algunas rentas para su sostén. Como los misioneros enviados de Italia al Líbano, no permanecian allí por mucho tiempo, los maronitas volvian fácilmente á incurrir en varios errores que á instancias de aquellos abandonaban. Por otra parte, los jóvenes que iban de Asia al colegio de Roma, no siempre reunian las condiciones necesarias de edad y capacidad para reportar señalada ventaja de sus estudios, y ser útiles á sí mismos y á los demás. En fin, los discípulos de aquel colegio, de regreso á su patria, no siempre se les daban los destinos que les permitieran aprovechar el celo de que estaban animados á favor de sus compatriotas, ni emplear los conocimientos que habian adquirido en la capital del orbe cristiano. Movido por estas tres consideraciones, resolvió el Papa enviar un nuncio á los maronitas, y el P. Aquaviva, general de la Compañía de Jesus, designó al efecto al P. Gerónimo Dandini, que habia nacido en Cesena en el año 1554, y el primero de su sociedad que habia enseñado en Paris la filosofía de Aristóteles. «Además de la teología escolástica, que sabia perfectamente, dice Ricardo Simon en su «Viage al monte Líbano,» poseia la teología de los santos padres, y sobretodo la moral, habiendo escrito una obra que lleva por título *Ethica sacra*; por manera que el Papa no podia elegir un hombre mas capaz para tratar con los maronitas. Verdad es que le faltaba el conocimiento de las lenguas orientales; pero suplió fácilmente esta falta por medio de los intérpretes de que se sirvió.» Dandini partió de Roma el dia 15 de junio del año 1596, y se embarcó en Venecia el 14 de julio, vistiendo un trage de peregrino y bajo un nombre supuesto, á fin de burlar á los espías que hu-

(1) Los maronitas forman un pueblo cristiano del Asia y de la Turquia asiática en Siria, y son llamados asi de un monge llamado Juan Maro ó Maron, que vivia en el siglo VII de la Iglesia, y que sembró en él las primeras semillas de la fé. Durante algun tiempo siguieron los maronitas los errores de los «monotelitas», herejes de aquel siglo que no reconocian en J. C. mas que una sola voluntad. Los maronitas hablan el árabe y, merced á los saludables esfuerzos de los misionistas, están reunidos á la iglesia latina. No obstante, no han dejado de conservar algunos usos particulares. Tienen un gran respeto á los cedros del Líbano, y el dia de la Transfiguracion, al pié de uno de aquellos árboles mas corpulentos, levantan un altar con varias piedras, donde celebran una misa solemne. La constitucion de este pueblo es muy parecida á la de una república militar. el jefe de los maronitas lleva el título de patriarca de Antioquia, aunque reside en el Castravan. La historia contemporánea encierra muy tristes páginas de la persecucion de que han sido víctimas en nuestros dias por parte de los feroces musulmanes. (Nota del Trad.)

biesen denunciado á la Puerta el viage de un enviado del Papa. A últimos del mismo mes llegó á Candía y habiendo permanecido algunos dias en aquella isla, tuvo ocasion de observar las costumbres de sus habitantes, escribiendo las siguientes notables palabras. «Las mugeres de esta isla no acostumbran salir de sus casas durante todo el dia, ni siquiera para ir á misa ó al sermon: pero en llegando la noche, salen á bandadas y muy frecuentemente acompañadas de hombres y entran en las iglesias que espresamente dejan abiertas. Esta costumbre es muy vituperable, no solamente porque aquellas mugeres no cumplen con sus deberes para con Dios, sino tambien porque es contraria á la honestidad; al paso que seria mucho mas edificante si de dia fuesen modestamente á la iglesia, en vez de concurrir á ella tumultuosamente durante la noche. Mucho tendria que decir si quisiera referir todas las graves faltas de los prelados, sacerdotes y otros eclesiásticos de esta nacion, su separacion de la iglesia latina, las maldiciones y excomuniones que fulminan contra ella en los dias mas santos, y cuando nosotros rogamos á Dios por su conversion. Tampoco quiero decir nada respecto de su rito, de su orgullo, de su obstinacion, de su falta de buena fé, de las dificultades que ofrece su trato, de sus sortilegios, supersticiones, horribles y contínuas blasfemias, que no pueden oirse sin estremecer. En fin, S. Pablo dijo con mucha razon con uno de sus poetas: «Que los de Creta siempre son mentirosos, malas bestias, vientres perezosos.» (1) Y lo confirma añadiendo: «Este testimonio es verdadero.» (Epist. de S. Pablo á Tito, cap. I, v. 12.)

Los jesuitas Benedetto Benedetti y Francisco Parochetti, cumplian su mision en Candía, cuando desembarcó en aquella isla Dandini con el P. Fabio Bruno y el jóven maronita José Elian, su intérprete. El nuncio tocó tambien en la isla de Chipre, y el dia 1.º de setiembre llegó al monasterio de Kannobin, residencia del patriarca de los maronitas (1). «Me recibieron, dice en su viage antes citado, con grandes muestras de contento, poniendo al vuelo tres grandes campanas, que están allí por un privilegio muy particular. Primero fuí á la iglesia y despues á la casa del patriarca. Por lo que toca á la iglesia me pareció bastante hermosa, aunque algo oscura y mal cuidada, y con respecto al patriarca, lo encontré en un pequeño aposento, donde no habia ninguna clase de adorno ni colgadura, porque además de profesar la vida monástica, la insaciable codicia de los turcos, no le permite estar mejor alojado. Estaba sentado en su cama, cubierto con el turbante de patriarca, y despues de haberle saludado reverentemente, le presenté el breve de Su Santidad, que besó con mucha devocion y lo puso en seguida sobre su cabeza, que es una muestra de gran respeto en aquel pais. Observó la misma ceremonia, cuando le entregué las cartas del cardenal protector y de nuestro padre general.» En un sínodo convocado á peticion del nuncio, dijo el patriarca que siempre habia seguido y queria seguir en lo sucesivo y en todas cosas, á la iglesia romana. El primer diácono (administrador temporal), fijándose en estas palabras, esclamó: «Sí, queremos seguirla, sin separarnos jamás de ella, vaya donde vaya, aun cuando siguiera la senda que conduce al infierno.» Apenas hubo terminado el sínodo, cuando Dandini, que estaba visitando los alrededores, supo que el patriarca se hallaba gravemente enfermo, y si bien regresó apre-

(1) Este poeta fué Epiménides, natural de Creta, á quien miraban y respetaban como á un profeta. Al decir que los cretenses son *malas bestias*, debe interpretarse que son hombres semejantes á bestias feroces, que se alimentan con el mal y daño que hacen; y *vientres perezosos*, glotones, pero sin querer trabajar. (Nota del Trad.)

(1) Kannobin está situado á unos 40 kilómetros E. S. E. de Trípoli, á cuyo bajalato pertenece, en el Kesrauan, junto al declive de una montaña á cuyo pié corre el poco caudaloso rio Nahrkades ó Nahr-Gadisha. El convento de los maronitas, situado en una eminencia á la cual conduce un angosto y escarpado camino, consiste en varias celdas abiertas en la peña viva. La iglesia es una gruta muy espaciosa, y en otra gruta cercana hay otra capilla dedicada á Sta. Marina. Cerca de la iglesia principal, dos escaleras de muchas gradas, conducen á unos subterráneos sombrios, uno de los cuales sirve de tumba á los patriarcas y en el otro se entierran los simples monges. Véase lo dicho en el cap. XXV, lib. I. (Nota del Trad.)

suradamente á Kannobin, cuando llegó el anciano ya habia muerto. «Lo encontramos, dice, en la iglesia, sentado en una silla, revestido con sus hábitos pontificales, con la mitra en la cabeza y el báculo de patriarca en la mano. Junto al cadáver habia varias personas y algunos de sus parientes de ambos sexos que lloraban y estuvieron lamentándose amargamente toda la noche. Al dia siguiente acudió mucha mas gente, y entre otros, un gran número de sacerdotes que se reunieron para darle cristiana sepultura. Tambien se encontraban allí los dos diáconos. Al mediodia lo bajaron á la tumba ordinaria de los patriarcas que está muy inmediata á la iglesia y cercana al devoto lugar donde Sta. Marina hizo penitencia. Lo encerraron en aquella gruta, sentado en una silla de madera.» No habiendo tardado en darle un sucesor, los acuerdos tomados por el sínodo fueron confirmados y recibieron las mismas adiciones. Cumplida ya por Dandini la mision de que estaba encargado, hizo la peregrinacion de Jerusalen y despues se embarcó para Italia, no sin correr graves peligros durante su viage. El 22 de octubre del año 1597, dió cuenta al Papa de todo lo que habia visto y de lo que habia hecho. Este célebre jesuita, despues de haber llenado varios empleos importantes en su órden, murió en Forli, el 29 de noviembre del año 1634. Ricardo Simon que tradujo la relacion de su viage del italiano al francés, se abstuvo de reproducir lo que tiene relacion con la Palestina porque no se halla nada de nuevo. Las notas y observaciones del traductor ocupan más lugar que el texto, y son tan instructivas é interesantes como la misma obra del jesuita italiano. Por ahora nos limitarémos á lo dicho respecto á los trabajos apostólicos de la familia de S. Ignacio en el levante.

Por lo que respeta á los dominicos, nunca dejó de existir su congregacion de Hermanos-viageros en oriente para la propagacion de la fé católica. Despues de haber llenado el P. Benito Filicaya por espacio de dos años las funciones de vicario general de esta congregacion, fué elegido de nuevo por otros dos años en el capítulo general de la Órden, celebrado en Roma en el año 1553. Dos años despues, la Santa Sede, que no perdia de vista el estado espiritual de la Siria, encargó una mision para aquel pais al P. Ambrosio Botigella, maltés, de la provincia dominicana de Sicilia, obispo *in partibus infidelium*. Este prelado logró hacer afortunadas conquistas en los paises en que reinaban la idolatría y el islamismo, conquistas que prosiguió con no menos éxito despues de su muerte el P. Antonio de Sagra, que se le habia asociado. Instruido en el conocimiento de las lenguas orientales, recorrió la Siria, la Mesopotamia, la Asiria, el Egipto y otras comarcas del levante, en calidad de comisario apostólico, acomodando los usos y ritos de los cristianos de aquellos paises á los de la iglesia romana, y haciendo progresar á los católicos orientales en las sendas que conducen al verdadero conocimiento de Dios. Estuvo ejerciendo aquel ministerio hasta que supo el advenimiento al trono pontificio de Pio IV en cuya época se trasladó á Roma para prosternarse á los piés del nuevo pontífice á quien dió cuenta de todo lo que le habia acontecido, siendo por último nombrado obispo de Acqui el dia 17 de noviembre del año 1564. Precisamente cuando terminaba su mision, fué cuando la comunidad franciscana de Tierra-Santa se vió espulsada de Monte-Sion, en el año 1561 (1).

Las conquistas de los musulmanes transformaban cada año algunos territorios católicos é independientes en paises de mision; y debemos demostrar con algunos ejemplos, como á pesar de estar amenazada la fé cristiana por aquellas invasiones del islamismo, resistia victoriosamente á sus violencias y sobrevivia como en mejores tiempos en los corazones generosos.

La isla de Chio (2), de la que los Justinia-

(1) Véase libro I., cap. XV.

(2) Chio, Scio o Skio, en turco «Sakiadasi» es una de las mas hermosas, agradables y celebradas islas del archipiélago griego, cercana á las costas de la Natolia al S. de Metelin y al N. O. de Samos. Tiene unos 66 kilómetros de largo por 32 de ancho. El clima es muy agradable y sano. Los genoveses poseyeron



ni (1), eran todavía señores á principios del siglo XVI, aunque hacia algun tiempo tributarios de los turcos, poseia un convento de dominicos. Timoteo, hijo de Jacobo Justiniani, nacido en el año 1502, y bautizado con el nombre de Bernardo, profesó en aquel convento. Ejerció por mucho tiempo y con fruto, el ministerio de la predicacion en su isla natal, donde la mezcla de griegos cismáticos con los latinos, y de los cristianos con los musulmanes, es onia mucho á los fieles á familiarizarse con el error ó con las prácticas impías.

No debe confundirse á Timoteo con Antonio Justiniani, que no nació hasta el año 1505, en Chio, y que tomó el hábito de Sto. Domingo en Génova, en el año 1524. Este último, despues de haber evangelizado á su patria por espacio de doce años, fué promovido en el año 1562, al arzobispado de Naxia, isla conquistada por los venecianos á los griegos, á principios del siglo XIII, y que formaba un ducado perteneciente á los Sanudi. A instancias del duque Juan Chrispi, Antonio Justiniani, cuya esperiencia hubiese remediado los abusos é inveterados desórdenes que tenian lugar en Naxia, no permaneció por mucho tiempo en aquella isla, siendo trasladado á la sede de Lipari en el mar de Sicilia, donde murió en el año 1571, despues de haber presenciado de lejos los destrozos causados por los turcos, la destruccion de su casa y la ruina de su patria, desgracias que se sucedieron rápidamente en presencia de Timoteo Justiniani.

Este, despues de haber prestado utilísimos servicios en la direccion espiritual de sus compatricios, fué nombrado vicario general de la congregacion de los «Religiosos viageros por la fé,» y posteriormente el 21 de julio del año 1550, consagrado obispo de Aria, en la isla de Candía, á cuya diócesis el Papa agregó al año siguiente la de Calamona. Asistió al santo Concilio de Trento, y faltándole á la isla de Chio su pastor, fué propuesto en el año 1564 para la guarda de aquel rebaño, que lobos hambrientos iban á diezmar.

Bajo el falso pretexto de que los príncipes Justiniani, estaban de inteligencia con el rey de España y la república de Génova, Soliman II ordenó al almirante Piali, que ocupase la isla de Chio. Aquella órden fué cumplimentada, desembarcando los turcos el dia 14 de abril del año 1566, mientras que los insulares descansando en la fé de los tratados, no pensaban mas que en celebrar con santa paz, la solemnidad de la Pascua. Nadie tomó las armas para defenderse, así es que hubo poco derramamiento de sangre; pero los infieles cometieron horribles profanaciones, cebándose sobre todo en las iglesias, para saquearlas y destruirlas. El obispo viéndose interrumpido en la celebracion de los santos misterios, empleó inútilmente los ruegos y las lágrimas para contener las sacrílegas manos de los musulmanes. En vano ofreció á los infieles todas las sumas que pudo recoger en la isla, para librar del saqueo los lugares consagrados á Dios; los turcos no quisieron escuchar nada. Habiendo entrado al desembarcar en la Catedral, dedicada bajo la advocacion de San Pedro, y habiendo puesto el almirante sus manos profanas en el santo copon, que contenia varias hostias consagradas, preguntó al obispo, si se hallaba allí el Dios de los cristianos. «Este es el mismo Dios,» contestó el prela-

esta isla por mucho tiempo; pero los turcos les arrojaron definitivamente de ella en 1595, despues de haberla ocupado desde 1566; los venecianos la tomaron de los turcos en 1695; pero estos se apoderaron otra vez de la isla en 1822, destruyendo casi enteramente la poblacion, no contando en el dia mas que unos diez mil habitantes, cuando antes de la última conquista mahometana, ascendia aquella, segun algunos autores, á ciento cincuenta mil habitantes. (Nota del Trad.)

(1) Familia ilustre que durante los siglos XIII, XIV y XV, dió á la Italia hombres famosos en virtud, ciencia y valor. A una de las ramas de esta familia pertenece S. Lorenzo Justiniani, primer general de los canónigos de San Jorge *in alga*, quien en 1424, dió á esta congregacion unos escelentes reglamentos. El Papa Eugenio IV le nombró obispo y primer patriarca de Venecia en 1451 y murió en 1455 á la edad de 74 años, despues de haber gobernado con suma prudencia su diócesis. Su sobrino Bernardo Justiniani, muerto en 1489 á la edad de 81 años, que fué elevado á los puestos mas honoríficos del estado, cultivó con gran éxito las letras y dejó diversas obras muy apreciables. Finalmente, Agustin Justiniani, obispo de Nebbio, que vistió el hábito de dominico en 1488, y adquirió un nombre por su habilidad en las lenguas orientales, siendo el autor del primer salterio que se publicó en diversas lenguas. (Nota del Trad.)

do. Al oir aquella respuesta afirmativa, el turco arrojó con furor el copon al suelo, mientras que el obispo, dominado por el mas vivo dolor, esclamó: « Detente ó mátame, antes que yo vea hollados los santos misterios. » Y arrodillándose en seguida, recogió escrupulosamente hasta las mas pequeñas partículas que pudo hallar. No pasó mas adelante el infiel en aquel momento; pero mas tarde hizo destruir la iglesia de San Pedro, y derribar todas las demás, escepto la de Santo Domingo, que los turcos trasformaron en mezquita. Estas profanaciones fueron infinitamente mas sensibles al prelado, que la ruina de toda su familia.

Al dar á los habitantes de Chio un gobernador mahometano, despojaron de toda autoridad á los que habian estado revestidos de ella por espacio de mas de dos siglos. Las familias del presidente y de los doce senadores, distribuidas en cinco bajeles, fueron conducidos primero á Constantinopla, y desde allí trasladadas á diversos paises. La que sufrió mas malos tratos, fué la de los Justiniani, y seria dificil consignar cual de sus miembros dió en aquella ocasion mayores muestras de valor y religiosidad. Mas tarde algunos individuos de aquella noble casa, habiendo rescatado su libertad á costa de enormes sumas pagadas á Piali, se retiraron á Italia, y otros desterrados á Caffa, en la costa de Crimea, fueron restituidos á su patria por la mediacion de Cárlos IX, rey de Francia. Pero los que mas sufrieron y se distinguieron, fueron una veintena de niños, de diez á doce años de edad, cuyos nombres no ha conservado la historia, pertenecientes á las diversas ramas de la familia Justiniani, que llevaron á Constantinopla, para agregarlos al servicio interior del sultan Soliman II. El cautiverio á que se les condenó, no les hizo perder en nada los nobles sentimientos que las influencias reunidas del nacimiento, educacion y religiosidad, habian arraigado en ellos. No olvidando jamás las santas instrucciones que habian recibido de sus padres, y del obispo en particular, aquellos jóvenes cristianos, se comportaron á poca diferencia, en la corte del Gran Señor, como lo hicieron en otro tiempo Daniel y sus compañeros en la de Nabucodonosor. Emplearon la fuerza y la violencia para circuncidarles; pero no lograron ni con amenazas, ni con malos tratos, ni con promesas, persuadirles que renunciasen la fé que habian profesado. Destrozaron sus cuerpos á latigazos, ó les trataron con tanta inhumanidad, que algunos de ellos perecieron en medio de espantosos tormentos; pero todos resistieron con la misma intrepidez y la misma constancia. Refiérese que viendo los turcos que uno de aquellos pequeños mártires iba á espirar, le dijeron que levantase únicamente un dedo para indicar que renunciaba al cristianismo; pero entonces el valeroso confesor de Jesucristo, no pudiendo ya proclamar su fé de viva voz, la confesó por señas, porque apretó tan fuertemente sus dedos hácia la palma de la mano, que ya no pudieron abrírselos ni durante el poco tiempo que vivió todavía, ni despues de su muerte. El santo Papa Pio V, en el consistorio que celebró el 6 de setiembre del año 1566, no olvidó este hecho, é hizo mencion de otro que no es menos digno de alabanza. El bajá, encargado de hacer cumplir las órdenes de su señor respecto de aquellos valerosos niños, despues de haber sido vencido tantas veces como los vió morir en los suplicios, sin poder lograr que desistiesen de su noble propósito, dijo á uno de los últimos, que, si continuaba por mas tiempo en no querer abrazar el islamismo, el verdugo le cortaria la cabeza, ó bien lo precipitaria desde lo alto de una torre. El jóven cristiano contestó sin titubear que no merecia la gloria del martirio; pero que lo que mas ambicionaba en este mundo, era morir como sus hermanos, por el nombre de Jesucristo. Despues de haber contestado tan heróicamente, y ya postrado por los tormentos que habia sufrido, fué encerrado en una cárcel, donde se puso de rodillas, rogando á Dios que le diese valor para resistir en aquel rudo combate, y le

concediese la gracia de morir en su fé: despues de tres dias enteros pasados en aquel santo ejercicio, desprovisto de todo ausilio humano, entregó su alma al Criador. El obispo de Chio pudo ser testigo de todos estos hechos, ó haberlos sabido en los mismos sitios en que tuvieron lugar, porque si bien los infieles le permitieron permanecer en la isla, pasó á Constantinopla, ya para rescatar algunos cautivos, ya para solicitar el libre ejercicio de la religion católica, y la facultad de reconstruir una iglesia, lo que obtuvo al fin del sultan Selim II, hijo de Soliman II, á quien la justicia divina sacó de este mundo antes de terminar el mismo año 1566. Pero los cristianos no disfutaron por mucho tiempo de la libertad que Selim les habia concedido, para ejercer su religion en la isla de Chio. El obispo, despues de haber sufrido muchísimo, sin descuidar nada de lo que su ilustrado celo pudo inspirarle, para sostener y consolar los restos de su grey, en aquella isla desolada, vióse forzado por último á retirarse, para no ser de contínuo testigo involuntario de mil profanaciones. Pasó á Italia y fué trasladado por Pio V á la sede de Strongoli en Calabria, cuya diócesis gobernó desde el año 1568 hasta 1571, época de su muerte. Existe de este prelado, una sumaria relacion de lo que aconteció en la isla de Chio, cuando fué sorprendida y saqueada por los turcos.

El cristianismo florecia aun en la isla de Chipre (1), bajo la dominacion veneciana, cuando Angel Calepius, oriundo de una noble familia griega, nació en Nicosia en el año 1530. Ya fuese que sus antepasados se hubiesen preservado del cisma de su nacion, ya que despues de la separacion, hubiesen ingresado en la comunidad de la iglesia romana, Calepius, educado en las escuelas católicas, abrazó á mediados del año 1548 el instituto de los Hermanos predicadores, en el convento de Santo Domingo de Nicosia. Por su piedad y por su ciencia, adquirió un nombre respetable en la órden, recibió el grado de doctor y el título de vicario general de Tierra Santa, y despues de haber predicado con fruto el Evangelio durante la paz, sufrió valerosamente en defensa de la fé durante la guerra, exponiéndose á perecer para impedir que sus compatriotas, despues de haber perdido la libertad, no perdiesen además sus puras creencias.

Nicosia, corte ordinaria de los antiguos reyes de Chipre, y despues del gobernador veneciano, fué sitiada por los turcos, en tiempo de Selim II, en el año 1570. Durante aquel largo y mortífero asedio, Calepius llenó noche y dia todos los deberes de un buen ciudadano, y de un celoso ministro del Evangelio. Nunca cesó de exhortar á los habitantes y soldados á que se sostuvieran con firmeza, y rechazáran los esfuerzos de los infieles que amenazaban á su patria y religion. A pesar del contínuo fuego que hacian los sitiadores, hallábase en todas partes, y procuraba á todos los ausilios espirituales y temporales de que tenian necesidad. Permitió Dios que despues de cuarenta y ocho dias de heróicos esfuerzos por parte de los sitiados, la plaza fuese asaltada y saqueada por los turcos, quienes irritados por las pérdidas que habian sufrido, degollaron á mas de veinte mil personas sin distincion de edad, condicion ni sexo, durante los tres dias que duró aquella horrible carnicería. Calepius, como un ángel consola-

(1) La isla de Chipre, llamada por los turcos *Kibris*, está situada en la parte oriental del Mediterráneo, al sud del Cabo Anemun, y al O. de las costas de Siria. Si bien el aire es generalmente salubre y el suelo fértil, las frecuentes nieblas que se estienden por sus costas, ocasionan enfermedades endémicas, y la peste que muchas veces se comunica al Egipto, causa muchos estragos en la poblacion. En otro tiempo fué esta isla muy poblada y floreciente, compuesta de nueve reinos, de los cuales cada uno contaba varias grandes ciudades y una totalidad de cerca un millon de habitantes, al paso que al presente su poblacion no llega á setenta mil almas. Entre aquellas ciudades habia su capital la antigua Nicosia, llamada hoy dia Lifkoscba; Pafos, hoy Baffa; Amatonte, hoy Limasol, etc. Fué sometida á los reyes de Persia, (352 años antes de J. C.) á los reyes de Egipto (313) y á los romanos (58). Conquistada por Ricardo Corazon de Leon, rey de Inglaterra, fué dada á la casa de Lusiñan como feudo inglés; pasó en el siglo XV á los venecianos, y los turcos la conquistaron en el año 1570. Los grandes visires la poseen hoy como una especie de infantazgo, y para sacar provecho, arriendan al mejor postor el cargo de intendente ó de *mamelina*. El rey de Cerdeña toma todavia el titulo de rey de Chipre. (Nota del Trad.)

dor, se multiplicó al lado de las víctimas, á quienes animaba para que prefiriesen sin titubear la pureza de su cuerpo é integridad de su fé, á la conservacion de su vida. Aquel apóstol de Cristo, tuvo el amargo desconsuelo de tener que presenciar no solo la muerte de los ministros del altar, sus amigos y mas próximos parientes, sino la de su querida madre Lucrecia, cuya garganta fué cegada sin piedad por la cimitarra de un soldado turco, hallándose la pobre anciana en su propia casa, y en brazos de una de sus criadas. Aunque espuesto de continuo Angel Calepius á sufrir el mismo trato, no trató de huir, sin que pudiese la crueldad de los musulmanes hacerle faltar ni un instante á los deberes que le imponia su ministerio, vigilando sin cesar por la salvacion de sus hermanos, y prodigando á todos los tesoros de la caridad y del amor mas puro. Dios premió tanto celo y abnegacion, conservando su preciosa vida, y permitiendo que la consagrase por mucho mas tiempo en bien de sus semejantes.

Despojado de sus hábitos sacerdotales, y cargado de cadenas, fué confundido con los demás cautivos, y vendido varias veces. Un cierto Osma, capitan de una galera, habiéndolo adquirido últimamente por esclavo, se preparaba á conducirlo á Constantinopla, cuando, antes de salir del puerto, Calepius fué testigo de un suceso muy singular. En el saqueo de Nicosia, los turcos habian reservado para Selim II un cierto número de mugeres y doncellas las mas dotadas de gracias naturales, así como algunos jóvenes bien formados, y los objetos mas preciosos, y los habian trasladado á tres buques que debian dirigirse hácia el Bósforo. Pero mientras aguardaban un viento favorable, uno de los cautivos, cuyo nombre no ha conservado la historia, prefiriendo la muerte á la deshonra, puso fuego á una de las naves. En un instante las llamas prendieron á las otras dos, y á escepcion de siete ú ocho turcos, que ganaron á nado la playa, todo fué consumido por el fuego, ó desapareció en el fondo del mar. Vencedores y vencidos encontraron una misma sepultura. Entretanto habiendo llegado Osma á Constantinopla con su cautivo, tratóle con bastante humanidad, acabando por profesarle tanto aprecio y cariño, que no solo le hacia comer en su mesa, sino que le permitia que fuese donde quisiera, mientras no saliese de la ciudad. El P. Angel se aprovechó de aquella libertad, para hacer en Constantinopla, lo que Tobias hiciera en otro tiempo en Ninive. Visitaba cada dia á los demás cautivos, les aliviaba segun su posibilidad, y les consolaba en sus aflicciones, enseñándoles á hacerlas meritorias por la paciencia y sumision á los decretos de la Providencia. «Todos hemos pecado, les decia, y hemos irritado al cielo con nuestros crímenes; pero todavía podemos confiar en la misericordia divina, humillándonos ante la voluntad de Dios, y hacernos dignos del perdon con los frutos de la penitencia. Si el Señor nos castiga, no por esto nos ha abandonado, puesto que nos dá todavía el tiempo y los medios de poder satisfacer su justicia. Volvamos pues á él de todo corazon; y despues de haber sido harto ingratos para despreciar su ley, cuando nos colmaba de beneficios en nuestra patria, esforzémonos ahora en serle gratos, aceptando de su mano lo que sufrimos en esta tierra estrangera. Nuestro infortunio no será tan grande, si logramos conservar la fé que debe salvarnos.» El santo religioso, cuyo nombre hacia ya mucho tiempo que era conocido en Roma, no fué olvidado por el maestro general Serafin Covalli y el Papa Pio V, quienes le enviaron cuatro cientos escudos de oro para su rescate. Despues de cuatro meses de cautiverio, Osma le puso en libertad el dia 4 de enero del año de 1571.

Calepius podia desde entonces regresar á Chipre, ó ir á disfrutar de mejor suerte en alguna ciudad de Italia; pero la caridad de Cristo que inflamaba su corazon, no le permitió tomar este partido. Movido á compasion por el estado de sufrimiento en que veia á sus compatriotas, mas alarmado todavía por







el peligro que amenazaba su fé, afligido por saber que ya varios habian apostatado, esperanzando obtener un trato menos cruel, y sabiendo que muchos otros sucumbirian á la tentacion si se viesen abandonados á sí mismos, el caritativo dominico, se creyó en el caso en que todo cristiano y con mucha mas razon un sacerdote, debe generosamente esponer su reposo, su libertad y hasta su vida, para salvar á sus hermanos. Determinó por tanto no moverse de Constantinopla, y ocuparse sin descanso en cumplir con las obras de misericordia. Al mismo tiempo que la capital del imperio otomano encerraba un gran número de esclavos, tambien habia en ella muchos ricos negociantes, además de los representantes de las potencias cristianas. Calepius iba á solicitar de unos que se mostrasen compasivos y generosos con otros; y al distribuir á estos en sus calabozos las limosnas que reunia, les hacia mas propicios á sus patéticos discursos, y mas capaces por consiguiente de abrazar las santas resoluciones que deseaba inspirarles. Siguiendo tan noble y cristiana conducta, tuvo el consuelo y la gloria de volver á hacer entrar á varios apóstatas en el gremio de la Iglesia, y hasta rescatar algunos que apartó del peligro de una recaida, procurándoles la libertad. Pero los infieles no le dejaron siempre la misma facilidad para ver y hablar á sus esclavos. Habiéndose vuelto mas desconfiados, y siendo mayor su rencor contra los cristianos despues del famoso combate naval de Lepanto (1), empezaron á inquietar al P. Angel de diversos modos; luego le amenazaron y acabaron por acusarle ante los jueces, como el enemigo mas declarado del islamismo, y confidente secreto del Papa. De estos dos cargos hechos al venerable apóstol, el segundo quedó sin probar, como que carecia de fundamento; pero el primero en el que el confesor de Jesucristo cifraba todo su honor, bastaba para ocasionar su perdicion; así es que por segunda vez fué encadenado y encerrado en oscura cárcel. Calepius sostuvo aquella terrible prueba sin sorpresa y con vigor; y dando gracias á Dios por haberle juzgado digno de sufrir algunas penalidades por su amor, se disponia á hacer el sacrificio de su vida, cuando la Providencia lo dispuso de otro modo. El P. Angel habia sido preso el dia 3 de febrero del año 1572, y apenas sus amigos supieron su cautiverio, se empeñaron asíduamente en su favor, y dieron los pasos que juzgaron convenientes para obtener su libertad. Algunos notables de Ragusa, que se encontraban á la sazon en Constantinopla, ofrecieron generosamente una suma considerable para su rescate, y Abamachi, nuevo dey de Argel, apoyó con su autoridad los ruegos del embajador de Francia. Por último, logróse que el juez musulman soltase el preso, pero con la condicion que debia salir al punto de Constantinopla, donde sus discursos y sus amonestaciones perjudicaban visiblemente al islamismo. Negóse tambien al P. Angel el consuelo de volver á ver por última vez á sus cautivos, que nunca apartaba de su corazon; pero no lograron hacerle desistir de servirlos de lejos como lo habia hecho de cerca. Para lograrlo mas cumplidamente, pasó á Italia, donde Pio V lo recibió con suma bondad.

Al salir de Roma, recorrió las principales

(1) En este memorable combate (1571) que tan alta é imperecedera gloria reportó España, quedó humillado para siempre el orgullo musulman y de él data, al sentir de sábios historiadores, la decadencia cada vez mayor de los sectarios de Mahoma. « Fué aquel suceso, dice un laureado escritor contemporáneo, (*Rosell*. Hist. del combate naval de Lepanto), en sumo grado beneficioso á la causa de la cristiandad y de la civilizacion. Aquellos mares estaban destinados por quien les trazó sus límites, á ser teatro de contiendas durísimas y memorables: en Accio cambió de dueño el imperio del universo; y diez y ocho siglos despues, rompió Grecia en Novarino el yugo de sus opresores. Lepanto fué asi testigo de la mas alta ocasion en que ha lucido el denuedo humano, porque no se trataba esta vez de dirimir discordias de poderosos, ni de escarmentar altivas emulaciones: luchando allí frente á frente la civilizacion moderna con la del Asia, sin desmerecer esta de su antiguo brio, comenzó á ceder la palma á su robusta competidora; y alzadas en medio del cruel conflicto la enseña de la Redencion y la bandera del islamismo, quedaron para siempre cerrados los ojos de los creyentes y renació con imperecedera fé la esperanza de los escojidos.... Todo fué sacrificado por el bien de la religion y de la patria. Lepanto fué la magnánima aspiracion de todo un siglo á la soberanía de la verdad y la inteligencia, la sancion indeleble del cristianismo, el triunfo de la libertad del hombre. » (Nota del Trad.)

ciudades de aquel p is, en donde muchos ricos chipriotas se habian refugiado. En Boloña, Florencia, Milan, Venecia y Nápoles, su número era considerable. El servidor de Dios, abogado de todos los que gemian en la esclavitud, habló por ellos y pintó su miseria de un modo tan tierno, que resolvieron en comun poner término á ella. Los pobres quisieron contribuir á aquella santa obra; los ricos dieron á proporcion de sus haberes, y las sumas que el P. Angel recogió, fueron enseguida destinadas al rescate de varios cautivos.

Calepius tuvo el contento de verse ausiliado por el célebre Estéban de Lusiñan, piadoso y sábio dominico de la casa real, á la que habia obedecido la isla de Chipre. Habiendo nacido en Nicosia en el año 1537, Estéban entró muy jóven en el claustro. Llegado á Italia con el obispo de Megara, su antiguo preceptor, á principios del año 1570, hallábase todavía en ella cuando la tempestad que amagaba á Chipre, despues de la invasion de la isla de Chio, estalló en su patria. Dos de sus hermanos, Hércules y Juan Felipe de Lusiñan, fueron muertos combatiendo en defensa de la isla contra los infieles, el primero al pié de los muros de Nicosia, y el segundo en Famagusta. Estéban de Lusiñan tenia varios sobrinos, hijos de su hermana Helena y de Demetrio Paleólogo, y aquellos jóvenes acababan de ser conducidos cautivos á Constantinopla, con su tia Isabel, religiosa que no habia hecho todavía sus votos No era preciso tanto para mover á Estéban á obrar de concierto con el P. Angel, en favor de compatriotas, amigos y parientes. Uno y otro se ocuparon durante muchos años, en aquella obra de caridad, y de vez en cuando tuvieron la indecible satisfaccion de ver venir de Constantinopla á muchos cuyos hierros habian roto. Su consuelo hubiese sido perfecto, si les hubiera sido dado poder ir en persona á visitar y animar á los demás, ó á participar de sus sufrimientos, aguardando que se pudiese obtener la libertad de todos. Tambien se sirvieron de la pluma, para dar a conocer en todos los reinos cristianos, y particularmente en las córtes de los príncipes, la triste situacion en que se hallaban tantas ilustres familias, arrebatadas a su patria y condenadas á servir, como viles esclavos, unos bárbaros y orgullosos señores. Calepius escribió las dos Relaciones que se hallan al fin de la *Historia universal* de Estéban de Lusiñan. La una es una descripcion exacta y muy interesante de la toma de Nicosia; pinta la otra con colores tambien muy vivos, el saqueo de Famagusta. El autor las escribió en griego, y Estéban de Lusiñan las tradujo en italiano y en francés. No cabe duda que aquellas relaciones procuraron abundantes limosnas para el rescate, ó al menos para el alivio de un gran número de particulares que regresaron á la isla de Chipre.

Movido Gregorio XIII por el preservante celo de Angel Calepius y conocedor de sus talentos, le nombró en 3 de noviembre del año 1583, obispo de Santorin, isla del archipiélago, arrebatada á los griegos por Marco Sanudo en los primeros años del siglo XIII, y tomada á la república de Venecia por Selim II en el año 1566, cuatro años antes de la conquista de Nicosia y de Famagusta (1). Touron cree, en su «Historia de los hombres ilustres de la órden de Sto. Domingo,» y en esto discrepa de Fontana en su «Monumenta dominicana,» que Calepius no halló medio de penetrar en su diócesis ó que si lo logró, per-

(1) Santorin, Santorini ó Sant Erini; Dejirmenlik, y tambien Thera ó Calisto, pertenece á las Cicladas meridionales, en el mar Egeo, al N. de Candia, y al S. O. de Nanfio. Tiene unos veinte kilómetros de largo por otros tantos de ancho; está cubierto su suelo, de origen volcánico, de una mezcla de cenizas, piedra pomez y otras sustancias calcinadas, cuyo cultivo, por esta causa se hace muy difícil Sus costas están tan erizadas de escollos, quo casi se hacen inaccesibles. Tiene algunas poblaciones y sobre once mil habitantes casi todos del rito griego cuyo obispo mora en Skaro. El obispo católico reside en Pyrgos, que es otra do las principales poblaciones de esta isla Sus tres primeros nombres parecen derivar de Sta. Irena, su patrona, que fué martirizada en ella en el año de 304. Segun algunos geógrafos, su primera denominacion fué la de Calisto, y el nombre de Thera, con que tambien ha sido conocida, lo tomó de un lacedemonio que fué á establecerse en ella y sujetó á sus habitantes, gobernándola como rey, y al cual concedieron honores divinos despues de su muerte Dicen las «Cartas edificantes,» (Tom. 1, 17) que Santorin se hace notable por su volcán submarino que durante el espacio de veinte siglos y en diversas épocas, ha producido varias islas. (Nota del Trad.)

maneció en ella muy poco tiempo. Segun este mismo autor, aquel prelado murió en Nápoles en el año 1593 ó 1594.

No se limitaban únicamente al archipiélago griego los sufrimientos que los ministros de Jesucristo debian sufrir por parte de los feroces sectarios de Mahoma; participaban tambien del cáliz de los dolores en Armenia, venturosa comarca de la que vamos á decir en este lugar algunas palabras. El P. Gregorio, armenio, elegido arzobispo, habia sido confirmado en el año 1541 por Paulo III, quien le colmó de dones y le volvió á enviar á su patria; pero aquel prelado murió al año siguiente en la isla de Chipre. Sabiendo el pontífice romano las fatigas y privaciones que tenian que soportar los Hermanos-Unidos, destinados en Armenia al cultivo de la viña espiritual, fragil rosa que brillaba en medio de las espinas del islamismo, dispuso en el año 1544, que los arzobispos armenios, nuevamente elegidos, que pasasen á Roma para obtener la confirmacion apostólica, á contar desde entonces, quedarian libres de todo gasto, lo propio que sus acompañantes, que serian tratados como prelados domésticos en la córte del Papa, subvencionados por la cámara apostólica y socorridos con lo que fuese necesario para atender á los gastos de su regreso á Oriente. En el año 1546 el P. Estéban de Cahors, arzobispo electo de Nakchivan, fué confirmado por aquel generoso pontífice. En un capítulo general de los Hermanos Predicadores, celebrado en Roma en el año 1583, la congregacion de los Hermanos-Unidos, agregada hacia muchísimo tiempo á esta órden, empezó á figurar entre sus provincias; y, desde entonces, los gefes de la familia de Sto. Domingo, parecieron redoblar su interés por el acrecentamiento de casas religiosas, en las cuales, en medio de las mas rudas pruebas y apesar de las persecuciones de los mahometanos, formáronse siempre verdaderos discípulos de Jesucristo y fervientes predicadores de la fé, que no dejaron de anunciarla con celo y defenderla con valor. Así es, como el P. Pablo, director de los misioneros dominicos en Armenia, fué inhumanamente degollado por los turcos, con casi todos sus religiosos y un gran número de otros cristianos. Por órden de Sixto V, el maestro general Sixto Fabri, hizo venir de diferentes provincias nuevos predicadores de la fé que envió á Armenia para reemplazar á los primeros y consolar aquella afligida iglesia. Tenia esto lugar en el año 1586; y once años despues, esto es, en 1597, los armenios, pobres, pero adictos á la Sede apostólica, tuvieron que sufrir por parte de los turcos y de los nestorianos heréticos, un sin número de tribulaciones. El P. Nicolás, vicario del arzobispado, y el P. Rafael, fueron azotados con muchos otros religiosos y hasta heridos, porque profesaban la fé católica, obligándoles sus fieros enemigos, á abandonar su tranquila morada sin que les permitiesen llevarse ninguna provision y reducidos á tener que mendigar de puerta en puerta para procurar á su subsistencia. Habiendo sido elegido arzobispo, el P. Azarias Fridonis, el patriarca cismático armenio, solicitó que reconociera su supremacía; pero rechazó con constancia sus presentes y despreció sus halagos no queriendo reconocer mas que al gefe visible de la iglesia. Despues de haber sufrido mucho por parte de los turcos, partió para que Clemente VIII le confirmase en Roma su eleccion, en cuya capital del orbe cristiano entró en el onzavo mes de su viage, esto es el dia 15 de agosto del año 1602. El Papa le acogió con bondad, le examinó sobre el rito latino, y encargó al cardenal de Ascoli que le consagrase, ceremonia que tuvo lugar en el año 1604. Clemente VIII y el sacro colegio se informaron por su respetable conducto, del estado de la cristiandad en Armenia, la adhesion de sus naturales á la iglesia romana, y de las persecuciones ejercidas por los turcos contra los Hermanos Predicadores y los católicos armenios. Por último, colmado de piadosos dones y de socorros pecuniarios, el arzobispo volvió á reunirse con su amada grey.

Pero todavía tenemos que hablar de la isla de

Chio, en la cual habia nacido en el año 1544, Gerónimo Justiniani, á quien su ilustre padre iba á enviar á las escuelas de Italia, cuando las tropas de Soliman II invadieron su patria. Mientras que los infieles cargaban de grillos á la jóven nobleza de la isla y particularmente á los hijos de la casa de los Justiniani, que no tardaron en ser conducidos á Constantinopla, Gerónimo, á quien la Providencia destinaba á ser un dia el consuelo y el padre de sus conciudadanos, fué sustraido á las pesquisas de los turcos, y enviado despues á Nápoles. El convento de dominicos, llamado de Santa Catalina de Formella, fué el puerto en donde se abrigaron su religiosidad é inocencia. Vistió en aquel santo retiro el hábito de la órden dominicana el dia 17 de abril del año 1570, y ordenado de sacerdote, comenzó por enseñar la teología en las escuelas de Nápoles y llenó despues diversos destinos en su instituto. Cuando se supo, en el año 1597, la muerte de Benito Garreti, obispo de Chio, las escelentes calidades que distinguian al P. Gerónimo Justiniani, le hicieron considerar como el mas capaz para guiar aquel rebaño; destino tanto mas difícil de llenar, cuanto que los católicos que se hallaban todavía en la diócesis, vivian mezclados con los griegos cismáticos, judíos y musulmanes, quienes únicamente se distinguian de los infieles por estar agobiados de malos tratos ó de tributos, lo que era una nueva tentacion para los mas débiles. Clemente VIII destinó á aquella diócesis al P. Gerónimo, á quien manifestó que, el beneficio que querian confiarle, no tenia nada que lisonjease la ambicion ó el interés; pero que por este mismo motivo, esperaba que el bondadoso dominico, no se negaria á aceptarlo. « Conocidos son, añadió el Papa, vuestros talentos, vuestra caridad y vuestra firmeza. Se cuenta con vuestro celo, contad vos con el ausilio divino, y disponeos para ir á salvar el resto de vuestro pueblo, ya despojado de los bienes de este mundo y en grave riesgo de perder los de la eternidad, si un pastor vigilante no acude á su ausilio. » La respuesta del servidor de Dios fué lacónica y modesta. « Santo Padre, le dijo, ordenad, que estoy dispuesto á obedecer. El que se complace en servirse de los mas débiles instrumentos, para llevar á cabo sus obras, aprobará sin duda lo que haga su Vicario en la tierra. » Consagrado en Roma antes de terminar el año 1597, Justiniani fué á reunirse con sus compatriotas, á quienes su solo nombre les era grato, porque les recordaba su antigua libertad, pero que todavía les fué mas amado por su tierna caridad. Todos los dias les comunicaba la palabra divina, él mismo les administraba los sacramentos, les corregia con dulzura, y al mostrarles los peligros á que les esponia su comercio con los enemigos de la fé, les enseñaba el modo de evitar la ocasion ó de estar muy alerta cuando no podian absolutamente evitarla. Los mismos infieles y los cismáticos, respetaban su santidad. Atrajo muchos á la fé y á la unidad, y conservó constantemente con todos la paz y la caridad. Para adelantar mas y mas en la obra del Señor, el celoso prelado empleó útilmente á los religiosos de su órden y á los de la Compañía de Jesus, establecidos hacia poco tiempo en aquella isla. De repente una tentativa frustrada por parte de los cristianos, volvió á despertar contra ellos el furor de los musulmanes. Virginio de los Ursinos, general de los ejércitos de Fernando, gran duque de Toscana, y un sobrino del arzobispo de Chio, trataron en el año 1599 de quitar aquella isla á los turcos; pero habiendo abortado la empresa, todos los cristianos que moraban en la capital, se vieron obligados á salir de ella y á dispersarse por el campo. Aunque los mahometanos no sospecharon que Gerónimo Justiniani hubiese sabido el complot tramado para arrojarlos del pais, esto no impidió que se le obligase, como á los demás, á salir de la ciudad y trasladar su sede á otra parte. Establecióla en una poblacion en la que sus sucesores la tuvieron tambien y en una iglesia llamada Santa María de Travena. Allí reunió en adelante su rebaño, llenando tranquilamente por espacio de muchos años las funciones pasto-

rales. Mientras que sus fuerzas se lo permitieron, viósele ir de aldea en aldea, entrar en las casas de los pobres y de los enfermos, instruir á los unos y fortificarles en la fé, consolar á los otros y enseñarles á sacar provecho de sus sufrimientos. Por módicas que fuesen sus rentas, las partia con los indigentes, doblemente satisfecho por poder asistir á los pobres y esperimentar él mismo los rigores de la pobreza. Con la edad llegándole á ser imposible el ejercicio del santo ministerio, pidió un sucesor y fué propuesto el dominico Márcos Justiniani, profeso del convento de Santo Domingo de Génova, quien habiendo sido consagrado para la iglesia de Chio, el 31 de mayo del año 1604, la dirigió en santa paz por espacio de treinta y seis años. El antiguo obispo se retiró al convento de Santa Catalina en Nápoles, y murió en casa de su hermana Flora Justiniani, en el castillo de Gripteria, en la Calabria, en el año 1618.

Émula de la familia de Sto. Domingo, la de S. Francisco de Asis no cesó nunca de dar misioneros y hasta mártires á las vastas regiones del Africa y del oriente. En el año 1577, dos religiosos capuchinos, que, con el permiso de su general el P. Gerónimo, habian ido á visitar los Santos Lugares, fueron hallados al salir de Jerusalen, por algunos turcos, cuyas blasfemias contra el cristianismo, despertaron en ellos una justa indignacion. Entonces los agresores descargaron sobre los PP. una lluvia de palos y acabaron por atravesar sus cuerpos á flechazos. Un esclavo cristiano, testigo de su muerte, lo puso en conocimiento del guardian de los frailes Menores de la Observancia de Jerusalen, quien dispuso retirar los cadáveres, en cuyos hábitos se encontró la obediencia del general, les enterró honrosamente en una iglesia, y enseguida, lo escribió al P. Gerónimo, que leyó su carta en el refectorio de Roma. Todos los hermanos, alegrándose del venturoso fin de los dos mártires, cantaron al punto el *Te-Deum* para dar gracias á Dios por su triunfo.

En el año 1585, otro capuchino pereció en Berbería, mártir de la caridad. Gregorio XIII habia enviado á los PP. Pedro de Plasencia, célebre predicador, y á Felipe de la Rocca Centrada á Argel para rescatar á los cristianos cautivos. La cofradía del gran pendon de Roma les agregó los seculares Juan Sanna y Luis Giumius, quienes, despues del rescate de varios esclavos, regresaron á Italia. Por el contrario, Pedro de Plasencia se quedó en Argel para cuidar de los cautivos que se hallaban ya en las galeras, ya en las casas particulares, exhortándoles á soportar la esclavitud, purificarse por medio de la confesion y fortificarse con el pan eucarístico. Por otra parte, solicitaba en su favor la piadosa liberalidad de los demás cristianos que el comercio llevaba á aquella ciudad, y los consuelos del celoso capuchino apartó á muchos de aquellos desgraciados de la senda de la perdicion ó de la manía del suicidio engendrada por su desesperacion, y sobre todo de la tentacion de la apostasía. Hussein, que gobernaba entonces en Argel, mostraba tal tolerancia, que los cristianos podian asistir sin ningun obstáculo á los sermones del misionero. La sala en donde Pedro de Plasencia los reunia, siendo ya demasiado angosta para contenerlos, y ávidos los fieles de la santa palabra, que les comunicaba con tanta elocuencia como dulzura, subian á los terrados de las casas inmediatas, á fin de recojer, aunque no fuese mas que algunas de las frases que la robusta voz del apóstol llevaba hasta á aquellos sitios. Mientras que evangelizaba así la ciudad, la peste que se declaró en ella, le impuso nuevos deberes. Nada le contuvo, cuando se trató de llevar á los cristianos enfermos los consuelos, sacramentos ó limosnas que su estado reclamaba. Un sacerdote, llamado Didacio, que lo mandó á llamar para confesarse y á cuyo lecho de muerte acudió al momento, le comunicó la enfermedad reinante. Los dolores no tardaron en ser tan intensos, que hubieran postrado al hombre mas animoso; pero en los mas violentos escesos de calentura, no solo se mostró paciente y resignado, sino que nunca profirió la menor que-

ja, celebrando incesantemente las alabanzas del Señor. Apenas se esparció por la poblacion la nueva de su enfermedad, todos los cristianos, ya libres, ya cautivos, acudieron solícitos á su morada para prestarle toda clase de consuelos; pero él no pensaba sino en recomendarles que conservasen el tesoro de su fé y se amasen los unos á los otros. Como notase en su semblante la afliccion que les causaba su pérdida, les dijo: «¿Por qué os aflige que deje este valle de lágrimas para reunirme con el criador y redentor de mi alma? Pedidle mas bien que me haga soportar con cristiana paciencia las últimas tentaciones del enemigo del hombre.» Los «Anales de los Hermanos Menores capuchinos,» pretenden que se vió entonces un prodigio en Argel. La capilla en donde Pedro de Plasencia celebraba la misa, ofrecia á la devocion de los fieles, los retratos de S. Roque y de S. Sebastian, entre los cuales se hallaba el de S. Leonardo. Mientras duró la enfermedad del misionero, aquellas santas imágenes parecieron estar empapadas en lágrimas y sudor, aunque el hermano Felipe, compañero de Pedro, no cesase de enjugar los ojos y la frente de los santos; y en el momento en que el enfermo entregó su alma á Dios, las dos puertas móviles en donde estaban representados los bienaventurados Roque y Sebastian, se cerraron de repente ocultando á S. Leonardo. Esta tradicion, prueba al menos la alta opinion en que se tenia á Pedro de Plasencia. El espíritu maligno hizo cruda guerra al célebre predicador con la tentacion de la vana gloria; pero el humilde religioso, abrazado con la imágen del crucificado, lo venció repitiendo con amor: *Non nobis, Domine, sed nomini tuo da gloriam*; santa aspiracion empezada en la tierra y terminada en el cielo. Su cuerpo, despues de unos solemnes funerales, fué trasladado fuera de la ciudad y enterrado en el cementerio de los cristianos.

El capuchino Luis de Alcamo no murió en Berbería, sino en un pais donde el islamismo desencadenaba las mas brutales pasiones, dando en él aquel angélico sacerdote, los mas bellos ejemplos de pureza y castidad. Dos años de retiro en el monte, al pié del cual está fundada la poblacion de Alcamo en Sicilia, le habian preparado para abrazar el austero instituto de los Capuchinos. Se perfeccionó de tal modo, bajo la direccion del P. Gervasio, en el amor y práctica de la pobreza, que jamás llevó túnica, durmiendo sobre una tarima, apenas cubierta con una estera; ayunaba casi todos los dias, y durante el adviento y la cuaresma, no comia sino cuatro veces por semana. Habiéndole enviado sus superiores de Castellamare en Sicilia á la Basilicata, un bergantin turco lo capturó. Vendido como esclavo en Berbería, fué á parar en poder de un señor tan iracundo, que mandaba azotarle todos los dias, y casi siempre le tenia encadenado. Un pedazo de galleta, muchas veces lleno de gusanos, formaba todo su alimento. Aquel riguroso trato, acompañado de las mas groseras injurias, no alteraban en nada su serenidad; cuanto mas pesados eran sus grillos, mas satisfecho se hallaba. El demonio cambió entonces su modo de ataque. La muger de su amo, como en otro tiempo la de Putifar, le perseguia con sus halagos; pero nuevo José, Luis los rechazó con constancia. Calumniado entonces por la culpable, que no podia triunfar de su virtud, le encadenaron de piés y manos, y le pusieron además una argolla, por manera, que se halló condenado á la mas penosa inmovilidad. En aquel estado, otras mugeres, no menos depravadas, atacaron al pobre esclavo; cuyas terribles miradas, severas palabras y salivazos en fin, última espresion de su desprecio, contestaron á sus criminales propósitos. La misma hija de su amo le amenazó con que le acusaria á su padre, si se resistia á sus deseos; pero el casto religioso sacando del fondo de su corazon el elogio de la pureza, hizo derramar lágrimas á la jóven tentadora, que se retiró transformada. Una muger esclava, puso por cuarta vez á prueba su virtud, de la que triunfó como de las tres primeras. Entonces tuvo el consuelo de cambiar de morada. En aquella época

un florentino renegado, merced á las amonestaciones del P. Luis, abjuró el islamismo que en un momento de error habia abrazado, y al volver á los amorosos brazos de Jesucristo, se declaró públicamente cristiano, siendo muerto á pedradas por el populacho furioso. Merced a un cambio de cautivos, el instrumento de aquella conversion, no tardó en regresar á su patria, sobre el año 1590, y murió en Bivona, en olor de santidad.

Terminarémos esta rápida reseña, mencionando dos martirios que tuvieron lugar, el primero en Jerusalen y el segundo en Argel, y cuyos héroes fueron dos franciscanos.

En la ciudad de Málaga, en España, vió la luz primera el bienaventurado Cosme. Vistió el hábito de San Francisco, en el convento de Santa María de los Algares, en calidad de hermano lego. Apenas admitido en la órden, se entregó á todo género de mortificaciones: unas tablas estrechas y delgadas le servian de lecho, y el tronco de un árbol de asiento; alimentábase con pan y agua, dábase frecuentes disciplinas y andaba siempre descalzo, por largos que fuesen sus viages y ásperos los caminos. Animado de un ardiente deseo de recibir la palma del martirio, obtuvo de Francisco de Gonzaga, entonces general de la órden, el permiso de pasar á Tierra Santa, donde habiendo permanecido por mucho tiempo sin sufrir quebranto en su cuerpo, determinó por último regresar á España. Habitó el convento de Sevilla, donde aguardó durante cuatro meses, que fuese servido el Señor iluminarle sobre lo que debia hacer. Al cabo de este tiempo, tuvo relevacion de que habia llegado el momento tan anhelado; y, con consentimiento de sus superiores, volvió á partir para Oriente. Al llegar á Jerusalen, preparóse con fervientes oraciones y abundantes lágrimas, con la visita de los Santos Lugares y la recepcion de los sacramentos, para la gracia del martirio. Cosme elegió para anunciar la fé á los turcos, el dia y hora en que iban á la mezquita, en donde, habiéndole permitido entrar el portero, estando ya reunidos los musulmanes, levantando la voz el apóstol, y enseñándoles la imágen del Crucificado, les dijo que aquel era el único redentor del mundo, y que Mahoma no era mas que un impostor y un falso profeta. Al momento los infieles se precipitaron sobre él, descargáronle terribles golpes, le abofetearon y le condujeron en presencia del cadí, quien le dió á escoger entre renunciar á su religion ó perecer en el tormento. Aquella horrible alternativa no desanimó al esforzado confesor de la fé, quien no abandonando nunca el crucifijo, perseveró en sostener que Jesucristo era el Hijo único del verdadero Dios, y que cualquiera que lo dudára, seria condenado como Mahoma. Los musulmanes, á quienes su constancia enfureció á mas no poder, le azotaron cruelmente, le degollaron y ataron su cadáver á la cola de un caballo, arrastrándolo por la ciudad por burla y desprecio del nombre cristiano, y por último, clavaron aquel santo cuerpo en un poste en la plaza pública, en frente de la iglesia del Santo Sepulcro, el dia 15 de agosto del año 1597.

Fué tan ejemplar el martirio de este insigne misionero, que no podemos menos de trasladar á este lugar la relacion detallada que se lee en la informacion auténtica que al efecto se hizo, y se halla continuada en las Crónicas generales de la órden.

« El bienaventurado Fr. Cosme de San Damian, segun una informacion jurídica hecha en Jerusalen, con la cual concuerdan otras relaciones de su martirio, que se enviaron de la Tierra Santa, fué natural de la ciudad de Málaga, hijo de Pedro Ruiz Afan y de Leonor Garcia, su muger. Tomó el hábito de nuestro padre S. Francisco, para fraile lego, en su convento de Nuestra Señora de las Algaydas, de la santa provincia de Andalucía. Desde su noviciado dió muestras de lo que habia de ser en adelante, porque luego comenzó á hacer grandes penitencias, ayunos y mortificaciones; dormia poco y oraba mucho; nunca tuvo celda ni cama, porque la mas ordinaria era el suelo. Morando en el convento de Sevilla,

dormia sobre una losa que sirve de peana en un altar que está junto á la sacristía, y estando en Jerusalen, dormia sobre unas tablas y tenia una piedra por cabecera. A los ayunos ordinarios de la órden, añadia muchos de pan y agua, y se daba disciplinas una ó dos veces cada dia, hasta derramar sangre. Traia un solo hábito de muy grosero sayal, y siempre anduvo á pié y descalzo, aunque hizo muchos y muy largos caminos, de suerte que antes de llegar á ser mártir, podemos decir que lo fué, y su vida un prolongado martirio, el cual deseó mucho padecer en el mismo lugar donde el Hacedor de la vida, fué muerto y crucificado por la salud de los hombres. Habida licencia de Reverendísimo P. Fr. Francisco Gonzaga, ministro general de la órden, á pié y descalzo partió en demanda de la Tierra Santa, donde estuvo algunos años sirviendo al Señor en aquellos santos lugares de Jerusalen, aunque hallándose indigno de conseguir sus intentos, con humilde conocimiento, á pié y descalzo como habia ido, se volvió al convento de Sevilla, donde estuvo cuatro años ejercitándose en la humildad y obediencia, y en otras muchas virtudes, hasta que el Señor le llamó segunda vez y le inspiró volviese á Jerusalen, con esperanzas muy ciertas que conseguiria lo que tanto deseaba, y la palma del martirio que la primera vez no habia alcanzado. Y así tornó á la Tierra Santa, con nueva licencia que los prelados le dieron, con la cual se puso en camino. Llegando á Jerusalen, le hicieron sacristan del sacro convento de Montesion, y como tuviese tan buena ocasion, de visitar á menudo el Santo Sepulcro y lugares santos, hacíalo muchas veces, pidiendo al Señor le cumpliese sus deseos.

«Vivió algunos años en Jerusalen el bienaventurado Fr. Cosme, hecho un dechado de humildad y penitencia á todos los otros frailes; en la oracion era muy fervoroso y continuo, procurándola tener las mas veces que podia, en el lugar del Santo Sepulcro, fiel testigo de la excesiva caridad y amor con que el Hijo de Dios humanado dió su santísima vida por él, y con esta consideracion se hallaba el devoto mártir muy obligado á dar la suya por la verdad de su fé y honra y gloria de su cruz. Otras veces visitaba el santo monte Calvario, y con devotas oraciones y lágrimas adoraba aquel santo lugar donde se obró nuestra redencion, y con las consideraciones que de estos santos lugares sacaba, no veia la hora que derraman su sangre por Dios. Un mes antes que le concediese el Señor esta merced, se confesó generalmente para el martirio con el vicario del convento, á quien el guardian de Jerusalen concedió su autoridad tan plenaria como la que tiene del Sumo Pontífice; el siervo de Dios se confesó con mucha devocion y lágrimas, durándole la confesion treinta dias contínuos, hasta que llegando el de la Asuncion de Nuestra Señora, rogó al guardian dijese misa por él, y le ayudó con mucha devocion y despues de haberla dicho, le pidió licencia para visitar los misterios del valle de Josafat, mientras se hacia hora de comer, y volviendo al convento, despues de haberlos visitado, á las once horas del dia, pasando por el templo de Salomon, que es la mezquita de los turcos y moros de Jerusalen, vió que algunos estaban haciendo la Zalá y leyendo el Alcoran y llegándose á la puerta del templo, dicen algunos, que unos turcos le metieron dentro para hacerle renegar; otros que de su voluntad entró por oir lo que pasaba. Sea lo que se fuere, que lo muy cierto es, que los turcos, cuando le vieron dentro de su mezquita, amenazándole con la muerte, le dijeron que negase la fé de Cristo y creyese la de Mahoma; pero el santo abrazándose con un crucifijo que llevaba en las manos y besando sus santísimos piés, se lo mostraba á los turcos, diciendo que aquel Señor adoraba, y que Mahoma no era Dios, ni profeta, sino engañador y su ley falsa, que llevaba sus secuaces al infierno. Mas los turcos y moros que no lo pudieron sufrir, celosos de su Alcoran, pusieron las manos en él y dándole una recia puñalada, le atravesaron el pecho. Y porque su muerte fuese mas pública y afren-

tosa, despues de haberle dado muchos palos, y puñadas, fué presentado al cadí, que, informado de su crímen, dijo al santo religioso que se volviese moro, si queria salvar la vida porque la tenia perdida el cristiano que entrando en la mezquita no renegaba de su ley; por tanto que viese lo que mejor le estaba; á lo cual con mucho espíritu y fervor respondió el santo fraile, que la vida queria y estimaba, solo para ofrecerla por aquel Señor que traia en sus manos. Oyendo esto el cadí, lo sentenció luego á las llamas y al cuchillo. Entonces con nuevo espíritu y celo comenzó á predicar la fé de Jesucristo á los moros, mostrándoles el crucifijo que llevaba en las manos, y sin quitárselo de ellas, le quitaron la cabeza de los hombros, en la plaza de la puerta del mercado, diciendo el mártir: Jesus, habiéndole primero azotado cruelísimamente y para mayor afrenta, despues de haberle quitado la cabeza, le trajeron á la vergüenza en un palo públicamente por las calles de Jerusalen y su cuerpo fué arrastrado á la cola de un caballo, con voz que publicaba su delito. Llegando á la plaza del Santo Sepulcro, le quemaron, dejando la cabeza puesta en un palo. Los cristianos recojieron sus huesos y los guardaron con mucha reverencia.»

Las circunstancias de la muerte de Fr. Francisco Ciriano fueron todavía mas horribles. Nacido en Cerdeña, religioso sacerdote de la órden de frailes menores de la Observancia, fué agregado en calidad de compañero á Fr. Mateo Aguirre á quien el rey de España enviaba en calidad de embajador al soberano del Couco, pais situado entre Argel y Bujía, llamado así de una ciudad que hoy dia no existe. Desde el siglo xv los habitantes de aquel pais montañoso eran enemigos irreconciliables de los turcos, cuyo poder amenazaba absorverlos y contra los cuales favorecian voluntariamente las tentativas de los españoles. Fr. Ciriano dejando que se le adelantára Fr. Mateo Aguirre, se detuvo en Argel para rescatar á un primo suyo llamado Fr. Francisco Serra. Mientras que se ocupaba en devolverle la libertad, un cristiano, portador de cartas dirigidas por Aguirre á Ciriano y algunos habitantes de Argel, fué preso como espía y ahorcado; tambien quemaron vivo á un portugués y empalaron á otros ocho cristianos. Habiendo podido evadirse Ciriano con cuatro esclavos que habia logrado rescatar, se dirijió á Couco, donde dió cuenta á Mateo Aguirre de lo que habia pasado. A los pocos dias, queriendo el príncipe de Couco enviar á su vez una embajada al rey de España, para arreglar las relaciones comerciales y tratar de la proteccion reclamada en favor de la religion católica, y no habiendo en sus estados ninguna persona que poseyera la lengua castellana, encargó á Fr. Francisco Ciriano que fuese á Madrid con el título de su embajador. Partió el religioso el dia 1.° de enero de 1603, y siguiendo el camino de la costa, fué asaltado con su escolta por una banda de argelinos, quienes despues de haber celebrado tumultuosamente aquella captura, como si se tratára de una batalla, se apoderaron de sus credenciales, le encadenaron, y cubrieron de oprobios, conduciéndole por último á Argel en donde entró el dia 10 de enero en medio de los frenéticos aplausos de la poblacion infiel. El príncipe mandó al punto encarcelarle, prohibiendo bajo pena de muerte, que ningun estraño fuese á visitarle. En tan apurado trance, Fr. Serra no olvidó á su libertador. A pesar del grave peligro que corria, aprovechó un viernes en que los moros se hallaban reunidos en la mezquita, para acercarse al cautivo y anunciarle que se acercaba su última hora, pues habia llegado á su noticia, que querian quemarle vivo. El prisionero contestó con tanta humildad como resignacion: «No merezco que Dios me conceda semejante gracia; pero, si así le place, cúmplase su santa voluntad y perezca en las llamas por Jesucristo.» El siguiente viernes, dia 17 de enero, volvió Serra á la misma hora á la cárcel y dijo á Ciriano derramando abundantes lágrimas, que sin duda al dia siguiente los infieles le darian muerte de un modo cruel. «¡Quiera Dios, le contestó el cautivo, que mi

suplicio abra los ojos á los musulmanes y los convierta á la fé! Solo pido un confesor á fin de prepararme á morir en estado de gracia.» Hízole observar Serra que las rigorosas órdenes del príncipe no permitian poder procurárselo. «Dios que lee en los corazones, verá mi buena voluntad,» repuso el mártir, quien pasó toda la noche entregado á la oracion, á fin de obtener del cielo todas las fuerzas necesarias para no sucumbir. El sábado, dia 18, dia consagrado á la Santa Vírgen, al cual Fr. Ciriano tenia una gran devocion, el príncipe le condenó á ser descuartizado vivo y ordenó que su piel, rellenada de paja, fuese colocada en la puerta de Bab-Azun, sentencia tan atroz como injusta, pero ardientemente deseada por el siervo de Jesucristo. Levantando los ojos y manos al cielo, manifestó su gratitud á Dios derramando abundantes lágrimas, y con voz conmovida esclamó: «Demos gracias al Señor, que me ha elegido aunque siervo indigno: *Gratias agamus Domino Deo nostro, quia indignum servum me elegit.*» Viendo los que acababan de notificarle aquella sentencia terrible, que no tan solo no daba muestras de ningun sobresalto, sino que les acojia con magnánima firmeza y risueño semblante, trataron de modificar su resolucion por medio de palabras falaces y seductoras. «Si te quieres hacer mahometano, le dijeron, y abandonas tu idolatría para seguir nuestra ley, te prometemos librarte de la muerte y asegurarte un honroso destino.» Pero el santo religioso rechazó con horror aquella proposicion, y por el contrario, se esforzó en convertir á Jesucristo á los que se la hacian, hablándoles de la muerte eterna á que corrian siguiendo la falsa enseña de Mahoma.

Entretanto la sentencia habia sido proclamada en Argel, siendo recibida por el pueblo con grande aplauso. Cuando hubo llegado la hora de la ejecucion, el verdugo entró en la cárcel, quitó á Fr. Ciriano su hábito religioso, revistiólo por burla con una ancha camisa blanca y llevándole consigo sujeto á la cadena que pendia de la argolla que habian puesto al mártir, lo paseó por toda la ciudad, precedido de un trompetero grotescamente vestido quien á cada esquina decia á voz en grito: «El príncipe manda que este sacerdote cristiano sea descuartizado vivo, por haber servido de espía al rey de España y al príncipe de Couco, y por haber procurado la fuga de algunos esclavos cristianos de Argel.» Durante aquel tiempo, el valeroso soldado de Jesucristo, complacíase en la cruz que Dios le enviaba y espresaba los sentimientos que inundaban su alma cantando en alta voz el cántico: *Benedicite omnia opera Domini, Domino*, como lo hicieran en otro tiempo los tres niños en el horno. Por último, habiendo llegado el triste cortejo delante de la puerta de Bab-Azun, hicieron subir á Fr. Ciriano sobre un cerrito que allí habia á fin de que pudiese ser mejor visto de la multitud. Abrieron un agujero en el suelo en el que hundieron sus piés, atando fuertemente sus manos en dos postes, de modo que ofrecia la imágen de un crucifijo. Acercáronse cuatro verdugos navaja en mano; pero antes de destrozar la carne, intentaron perder el alma del mártir arrebatándole la fé (Pl. LXXXV, n.º 2). Armado con la gracia de Dios y tanto mas firme el alma cuanto mas postrado se hallaba el cuerpo: «Yo soy cristiano, dijo, y como tal no temo morir, sabiendo muy bien que la muerte me abrirá las puertas de la vida eterna, y que Jesucristo, que me dá aliento en esta hora suprema, dentro breves instantes me concederá la recompensa. Detesto y me causa horror vuestra falsa ley de Mahoma, porque es obra del demonio; ruego al soberano Señor del cielo y tierra que se digne arrancar el velo que cubre vuestros ojos tan obstinadamente cerrados á la luz, que os convierta á la fé y os haga entrar en la Iglesia, fuera de la cual no hay salvacion.» Prosiguió entónces el cántico comenzado, diciendo: «*Benedicite spiritus et animæ justorum domino.*» Apenas hubo terminado aquellas palabras, uno de los verdugos levantó su navaja y se puso á abrir la piel á partir del cuello y siguiendo á lo largo de las espaldas, y luego de una es-

palda á otra en forma de cruz. Enseguida los cuatro se apoderaron de la cabeza, en la que hicieron otra cruz, rayendo y arrancando cada uno por su lado, la piel del paciente religioso, quien, con gran sorpresa de la multitud, terminó el cántico en alta voz. Una vez quitada la piel de la cabeza, causaba menos horror contemplarlo en aquel diforme estado, que ver remover aquellos lábios y oir aquella voz, que, despues de haber acabado el cántico, repetia sin debilitarse: «Santa María, rogad por nosotros,» y proseguia la letanía de la Santísima Vírgen, mientras que los inhumanos verdugos desollaban el resto del cuerpo. La piel de la parte superior caia ya hasta el ombligo, reservado para el último tormento y que los verdugos arrancaron con violencia, cuando desataron á Fr. Ciriano. Aquel valerosísimo mártir, levantando la cabeza y la voz, esclamó: «Señor, encomiendo á vuestras manos mi espíritu,» y espiró. Al instante se desencadenó una furiosa tempestad que obligó á los moros á desbandarse precipitadamente, y en el terror que se apoderó de ellos, los mas esclamaban: «Verdaderamente este sacerdote debia ser un santo hombre y un servidor de Dios.» Los que habian ido á buscar leña para quemar el cuerpo, no pudieron acercarse á él por arrebatarles un violento torbellino. Únicamente Fr. Francisco Serra y otros dos cristianos pudieron llegar hasta las reliquias. Con el mas profundo respeto y en el colmo de la afliccion levantaron aquel cuerpo mutilado, le enterraron bañándole de lágrimas en el cementerio de los cristianos y en memoria del hecho, trazaron en una plancha de plomo un corto epitafio que relataba el nombre del mártir, el motivo de su martirio, la fecha y lugar de su muerte. Cuando hubo cesado la tempestad, volvieron los moros para formar la hoguera; pero no encontrando el cuerpo y creyendo que las aguas ó animales carnívoros se lo habian llevado, se contentaron con tomar la piel que llenaron de paja en forma de crucifijo y clavaron en la puerta de Bab-Azun. Pero un viento impetuosísimo que no tardó en declararse, arrancó aquellos restos del lugar en que habian sido fijados, y los fieles tuvieron la dicha de recojerlos, los conservaron y honraron como se merecian los preciosos despojos de un confesor de la fé.

Como discrepen algunos historiadores, sino en el fondo, en la forma del martirio de este famoso apóstol de Jesucristo, juzgamos conveniente continuar en este lugar lo que dice el cronista general de su órden (1), sobre el mismo asunto. «Entre los religiosos que por la confesion de la fé católica, en estos últimos tiempos derramaron su sangre, es digno de eterna memoria el bienaventurado, Fr. Francisco Ciriano, sacerdote natural de Cerdeña, de cuyo martirio aunque he visto algunas relaciones, por llegarme mas á lo que es sin sospecha, sigo una informacion jurídica, hecha á peticion mia, que es del tenor siguiente:

«Presentada una peticion por parte de Fr. Antonio Daza, comisario de corte y procurador general de la órden del seráfico S. Francisco, ante monseñor ilustrísimo D. Juan Garcia Millano, nuncio y colector general de Su Santidad en estos reinos, su señoría ilustrísima mandó que el dicho Fr. Antonio Daza, dé informacion de lo que ofrece, la cual cometió á mi su secretario, ó á Juan de Obregon, oficial mayor, y dada, se traiga para ver y proveer justicia. En Valladolid á veinte y nueve de marzo de mil seiscientos y seis años. Ante mi Francisco de Santander. — Y despues de lo susodicho, en la dicha ciudad de Valladolid á los dichos 29 de marzo del dicho año de 1606, el dicho Fr. Antonio Daza en nombre de la órden del padre S. Francisco, para la dicha informacion, presentó por testigo á Juan Andrés Sardo, natural de Cerdeña, estando al presente en esta corte, de edad cuarenta y cinco años, poco mas ó menos segun dijo, hombre alto, entrecano, y que nació en Caller, del dicho reino de Cerdeña. Y ha-

(1) Cuarta parte de la Crónica general de nuestro padre S. Francisco, y su apostólica órden, dedicada al rey D. Felipe III. Año 1611. Valladolid Lib. IV. pág. 256.

biendo jurado á Dios y á la señal de la cruz, en que puso su mano derecha conforme á derecho, prometió de decir verdad de lo que supiese; y siendo preguntado al tenor del pedimiento, dijo este testigo, que lo que sabe de lo contenido en el dicho pedimento, es, que estando cautivo en la ciudad de Argel mas de veinte y dos años, hará cuatro años y medio, poco mas ó menos, por el mes de febrero, que enviando el P. Fr. Mateo de Aguirre, á su compañero Fr. Francisco de la órden de S. Francisco, que no sabe el sobrenombre, mas de que era un fraile sacerdote de edad de treinta años, poco mas ó menos, barbicastaño, de mediana estatura, natural de la ciudad de Sasa en el reino de Cerdeña, y enviándole con un despacho al rey D. Felipe nuestro Señor, los moros que le llevaban le vendieron y engañaron, de manera, que en lugar de llevarle al puerto para embarcarle, le metieron la tierra á dentro de los turcos, á donde fué preso por los ministros del rey de Argel, y queriendo rescatarle, no quisieron, sino que entendiendo que era el dicho Fr. Mateo de Aguirre, le condenaron á muerte; y llevándole á ejecutar la sentencia en la ciudad de Argel, en la Aduana, que es el consejo, donde se determinó que le desollasen vivo, le metieron en un hoyo hasta la cintura Y este testigo vió como los moros y turcos, cuando le llevaban al martirio, le persuadian que renegase de nuestra santa fé católica, y que el dicho Fr. Francisco, persuadiendo y predicando la verdad de nuestra santa fé, decia que en ella habia nacido y en ella queria morir. Y viendo esto, trajeron un verdugo griego renegado, y sin orejas, que decia se las habian quitado los cristianos, y se lo habia de pagar el que tenia presente; y así vió este testigo como el dicho verdugo, con una navaja llegó á él que le tenian maniatado y metido en el dicho hoyo en tierra, y allí le dió una navajada desde la oreja hácia atrás, llegándole con ella hasta la cintura; y el dicho Fr. Francisco estaba con grandísima paciencia invocando el santísimo nombre de Jesus y de Nuestra Señora, y rezando Salmos. Prosiguió el verdugo desollándole con grandísima crueldad, y llegando á las manos, le cortaba el pellejo y las manos por las muñecas, y luego hacia lo mismo de los piés, y desollándole los cuartos delanteros, vió este testigo como llegando el verdugo desollando hasta la boca del estómago, dijo el dicho Fr. Francisco, con gran dolor, puestos los ojos al cielo: En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu: redemísteme señor Dios de la verdad. Con esto espiró y el verdugo le acabó de desollar, y tomando el pellejo, le hinchó de paja y puso encima del portal que llaman de Babazon, y el cuerpo y huesos echaron en el campo, á donde yéndolos á recoger este testigo con otros cristianos cautivos, no hallaron los dichos huesos, y supo que otros los habian cogido y enviado á tierra de cristianos. Todo lo cual sabe este testigo, por haberlo visto por sus ojos, y hallándose presente al dicho martirio, y haber conocido al dicho Fr. Francisco, por ser de una tierra, por lo cual sabe este testigo que es verdad todo lo contenido en el dicho pedimiento, y esta es la verdad, y lo que sabe de lo que ha sido preguntado se cargó del juramento que hizo, y en ello se ratificó, habiéndoselo leido y no lo firmó, porque dijo que no sabia firmar, é hizo esta ✝ en lugar de firma, y se ratificó en presencia de Fr. José Vallejo y del dicho Fr. Antonio Daza, de la órden de S. Francisco. Pasó ante mí Francisco de Santander.»

FIN DEL TOMO PRIMERO.

PRÓLOGO DE LOS EDITORES.

He aquí una obra de provechosa enseñanza, de vasta erudicion, de importancia suma, y de utilidad inmensa, como todas las que se inspiran en el espíritu religioso, orígen inagotable y divino, que desde los dias del pueblo hebreo hasta los nuestros, ha creado esa pléyade, mas numerosa que las estrellas del cielo, de santos mártires, confesores y escritores ilustres. Ese espíritu, unido á la sabiduría del Hombre-Dios, fué del que se inspiraron esos Padres de la Iglesia, así griega como latina, esos genios gigantescos, de corazon ardiente y de imaginacion oriental, aparecidos providencialmente como faros luminosos de ciencia, de fervor y caridad, en medio del abatimiento mas vergonzoso de los espíritus, en un imperio gobernado por eunucos, é invadido luego por los bárbaros.

¿Qué doctrina, sino la del Evangelio, enseñó á un Atanasio á soportar con mansedumbre los destierros y persecuciones de sus enemigos, y á resistir las iras de Constancio? ¿Quién dá el poder divino á su palabra y escritos, para que, desde las vastas soledades del Egipto, sin que el *simoun* los lleve, ni la abrasadora arena los borre, se esparzan y lleguen hasta los confines del Oriente; dando aliento á los caidos, fé á los cristianos, y espanto á sus perseguidores?

¿Qué musa prestó sus armonías al grande S. Basilio y rodeó de poéticos encantos la austeridad de su vida? ¿Quién le inspiró aquella regla, la mas sábia entre todas las constituciones, y le dotó de aquella elocuencia enérgica, apasionada y conmovedora, en favor del indigente? ¿Quién, sino el espíritu religioso, le hizo comprender y enseñar que la igualdad social existe únicamente en la caridad cristiana?

¿Quién dió aquella elocuencia ardiente y semidivina al Nazianzeno. ¿Quién pudo influir en el corazon de un Crisóstomo, para esponer á la faz de cristianos, paganos y judíos, y en medio de la sábia y voluptuosa Antioquía, los deberes de la moral mas rígida, y para atacar con varonil esfuerzo los vicios de su pueblo, y en ella como en la corrompida Bizancio la molicie y el fausto de los grandes, la licencia de las mugeres y el orgullo de los filósofos?

San Ambrosio, cuyos lábios destilaban miel, ¿en nombre de qué principio y con qué superior fuerza defendió la Basílica Portia, y prohibió en ella la entrada al poderoso conquistador Teodosio, al ver su púrpura cubierta con la sangre de súbditos inocentes?

¿Quién dió la verdadera ciencia á S. Agustin; quién desarrolló ese genio vastísimo que todo lo abarca, y que, á pesar del transcurso de los siglos, llega hasta nosotros, llenándonos de asombro?

No fué por cierto el mundo profano, que en su tiempo llegó al colmo del envilecimiento y de la degradacion, el que le prestó sabiduría; lo fué, sí, una religion que proscribe la esclavitud y devuelve al hombre su dignidad y libertad perdidas; lo fué, una religion que pasó desde las catacumbas al trono de los Césares; lo fué, en fin, el cristianismo, asistiendo á la agonía del Imperio; el cristianismo, transformando completamente la sociedad, suavizando y amoldando á sus leyes y doctrinas, la doctrina y las leyes de los bárbaros; el cristianismo, consuelo de todos los dolores, solucion de todos los problemas, fuente de toda vida, y que, á la igualdad estéril ante la ley, añade la fraternidad del corazon, y dá los tesoros de la caridad á la plebe hambrienta y menesterosa. Hé aquí el elevado objeto que alimentó la mente del sábio de Hippona, y que le dió aquel talento de concentracion profunda y sentimental, de concepcion sublime y de dulces fruiciones, que solo esperimenta el que con amor puro é ideal solo quiere reinar entre los espíritus.

Citadnos otros nombres que llenen con mas justicia tan brillantes páginas en la historia religiosa, y con decir religiosa, se entiende la historia de la civilizacion. Citadnos reputaciones mas universalmente estendidas y admiradas, consagradas por el juicio inapelable y desapasionado de la sucesion de los tiempos. La gloria de los sábios, el valor de los guerreros y la fama de los conquistadores, se eclipsan ante la de estas columnas firmísimas de la Iglesia; y es porque la verdad religiosa tiene un interés mas general, mas inmediato y de un órden superior á todos los intereses creados.

Pues ahora bien: entre los diversos medios humanos de que la Providencia se vale para aumentar y difundir el conocimiento de nuestra religion augusta, las misiones católicas son sin duda el mas eficaz, á la par que el mas penoso y meritorio. Ellas hacen mas perceptible el carácter universal del catolicismo con las poderosas fuerzas de la caridad en las regiones pobladas por la ignorancia y la barbárie, infiltrándose como los raudales cristalinos en las profundidades de la tierra; ellas, con sus incesantes tareas, con sus sacrificios, y hasta con el martirio, ilustran y santifican al mundo, aumentando la poblacion de la celeste morada. ¡Ah! seguid con los ojos del alma, ya que no podeis acompañarles, porque os rendiria el cansancio y la fatiga; seguid en sus largos viages, al través de los mares, ó por los desiertos que no ha hollado planta humana, á esos infatigables misioneros, á quienes no detienen en su marcha bienhechora los rigores de las estaciones y los climas, lo largo y áspero de los caminos, la evidencia del peligro, ni la multiplicidad de los obstáculos. Vedlos esparcidos por toda la haz de la tierra, en las vastas soledades y sombríos bosques de América, en las mortíferas costas ó abrasados arenales del Africa, en las inmensas sabanas del Asia y en los desconocidos paises de la Oceanía; ved el órden y la táctica de ese ejército del amor divino, de esas invencibles cohortes de la caridad cristiana. El primero que en ellas se distingue, es el sacerdote como padre y legislador de la humanidad; lleva la cruz por única bandera, como signo de la redencion, y como árbol precioso, bajo cuyas ramas pueden cobijarse todos los pueblos. Siendo su esclusivo objeto el alma del hombre, y no pudiendo esta conquistarse con la fuerza ni sujetarse con grillos ni cadenas, no tiene otras armas para conseguir la victoria, que las de atraccion, de afecto, de ciencia, de mansedumbre, de sufrimiento y de persuacion; como su principal objeto es el religioso, su vida es una contínua lucha encontrándose frente á frente, y á cada paso, con creencias absurdas, errores inveterados y abominables prácticas; como los bienes materiales son el objeto secundario, el mismo sacerdote se convierte luego en agricultor, que rompe con el arado las entrañas de un suelo vírgen; en operario, que construye, antes que la choza, el altar, antes que su propia morada, la iglesia. ¡Oh! ¡qué superiores son, ó mejor dicho, qué punto de comparacion tienen bajo el aspecto religioso y social las mal llamadas misiones

protestantes con las verdaderamente católicas! Nótase desde luego en estas el espíritu de santidad que las guia; precédelas siempre la Cruz; y esta no es un signo que halaga los sentidos, es un instrumento de martirio y de muerte, es la imágen de un suplicio. Las misiones católicas no transigen con prácticas ni creencias opuestas á nuestra religion santa; las misiones católicas no fundan factorías, sino que levantan templos á Dios, como otros tantos castillos para combatir el error; no se crean amigos con la tolerancia, sino enemigos con el consejo, ó hermanos con la correccion y el ejemplo; las misiones católicas no temen el enojo de la soberbia, ni los brutales instintos de la barbárie; las misiones católicas, como avanzadas religiosas, solo viven y alientan con el peligro, penalidades y tribulaciones; cánsales el reposo, y apenas han convertido á un pueblo, cuando le dejan regido por una constitucion regular y duradera, y buscan luego espacios nuevos y desconocidos á sus interesantes empresas; diríase que temen con el descanso quedar demasiado adheridas á la tierra, y procuran llegar pronto al término de este mundo, como principio dichoso del cielo.

Tanto heroismo, tanto desinterés terrenal, tanta abnegacion y sacrificio, tanta sangre derramada, y tanta verdadera ilustracion difundida, forman el cuadro de la presente historia, rica en hechos prodigiosos, y hasta novelescos en su verdad misma; tierna, grave, de variedad suma é importante bajo todos conceptos; que, mas que *Historia de las Misiones*, debiera llamarse historia de la humanidad ó de la civilizacion de los pueblos. Tal es la que, con copiosa erudicion, amenidad y elegante estilo, ha escrito el baron de Henrion, y la misma que aumentada é ilustrada con nuevos datos y observaciones, hemos vertido á nuestro idioma, para fomento de la religiosa piedad, á la par que como medio de ilustracion y recreo.

Encarecer el mérito de este trabajo fuera inútil, cuando es tan conocido su autor, y tanto se ha acreditado en otras producciones, ya notorias en nuestro pais, y que en él han merecido la mas favorable acogida.

Pero si bien la publicacion en nuestro idioma de la *Historia de las Misiones*, y la idea de popularizar y poner al alcance de todos, los triunfos de nuestra religion santa, y los heróicos sacrificios de los adalides de la fé, son y serán siempre agradables y provechosos á todas las clases de la sociedad, que encontrarán unida á aquella la instruccion mas variada y fecunda ¿qué dirémos de la oportunidad con que sale á la estampa en la época presente? Hoy, que la indiferencia religiosa viene á secar en el corazon del hombre los gérmenes del bien y las mas nobles aspiraciones del alma; hoy, que el grosero materialismo que nos circuye, destruyendo las fuerzas intelectuales con asuntos poco elevados, las enerva y esteriliza para los mas importantes y dignos objetos para que fuímos criados; en este período ingrato, que si no desconoce, olvida los legados de la historia; en esta era revolucionaria, que pone sus manos en las mas santas instituciones, que quebranta las leyes y conculca los mas constituidos derechos; en esta época en que tenemos que oir, por desgracia, defensas y elocuentes apologías de principios que nunca debieron ser atacados; en esta época, ahora repetimos, como antídoto y correctivo de semejantes ideas, juzgamos mas que nunca oportuna la publicacion de las Misiones. Refresquen su memoria, ó si no, revuelvan los anales, los que han olvidado ó desconocen el principio religioso, y háganle la justicia que tan dignamente se merece. No pedimos mas. ¿Pero pedimos demasiado? ¿será nuestra súplica voz perdida en el desierto? No; no somos los únicos que volvemos por los fueros de la verdad. Podrá esta oscurecerse por algun tiempo; pero el triunfo á la larga es suyo. Por providencial designio sale la vindicacion de la boca de los mismos hombres del mundo. Entre el tumulto de las luchas de los partidos, entre el goce y embriaguez de los intereses mundanales, se alza la voz severa de la verdad con las formas de la mas elevada elocuencia. Un hombre político ha dicho: «Todo cuanto nace y crece, y res-

«plandece y dura, y queda en la historia, hasta el siglo XVI, tiene el principio religioso por «generador y á la Iglesia cristiana por madre amorosa y fecunda. De ella son todas las grandes «obras de la paz, todas las colosales empresas de la literatura, todas las maravillas de las ar-«tes, todos los descubrimientos en la ciencia, y todos los progresos y adelantos de la legis-«lacion, de la enseñanza y de la política.... » Pues bien, leed la *Historia de las Misiones*, y sabreis la parte que les toca en esa larga y prodigiosa elaboracion, en esa regeneracion social. Leed y meditad sus interesantes páginas; y si no conoceis individualmente á esos soldados de la fé, á esos mártires de la caridad cristiana, destinados á abrir senderos transitables en este valle de lágrimas, haciéndole fructífero con su sangre, relegando su existencia y terminándola en paises los mas apartados del lugar que los vió nacer, conocereis colectivamente esa milicia celestial que dilata todos los dias los horizontes del mundo civilizado, y que ansiosa de otra patria, término de su terrena peregrinacion, redime con sus trabajos las fragilidades de la vida, comprando con el olvido de los hombres la sola gloria de un Dios. Abrid el libro y leed; si sois hombres de corazon, sentid y llorad; si sois hombres de pensamiento, estudiad, aprended, aprovechaos; si sois superficiales, y no buscais mas que un honesto recreo, tambien lo encontrareis en esta obra, que lo abraza todo. La fotografía y el grabado, con sus adelantos y prodigiosos esfuerzos, contribuirán por su parte á haceros mas amena su lectura. Ellos ilustran en exactos y completos cuadros los pasages mas interesantes del texto, os ofrecen copias y exactas vistas de paisages, ciudades, monumentos y antigüedades de las cinco partes del mundo, y por medio de las cartas geográficas y derroteros, os trazan el camino y las ásperas y dilatadas sendas y distancias, que, regadas las mas veces con su sangre, han recorrido paso á paso los apóstoles del Crucificado; y por último, para perpetuar su memoria, y trasparentar, por decirlo así, en sus rasgos fisionómicos el alma y caridad ardiente que animó á aquellos héroes del cristianismo, numerosos retratos auténticos de los misioneros mas notables, así como de otros personages insignes, completan el ornamento de esta publicacion, que bajo todos aspectos ha sido considerada por todas las naciones europeas, como uno de los monumentos literario-religiosos que mas han descollado en el siglo XIX. Todas le han apadrinado, todas le han vertido en su respectivo idioma. España no debia quedarse atrás en popularizar esa obra, y la hemos llevado á cabo, sin que nos arredráran los obstáculos y sin escasear sacrificios.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO PRIMERO.

LIBRO PRIMERO.

DESDE EL ESTABLECIMIENTO DE LAS ÓRDENES DE SAN FRANCISCO Y SANTO DOMINGO, HASTA EL DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

LIBRO SEGUNDO.

DESDE EL ESTABLECIMIENTO DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, HASTA EL DE LA CONGREGACION DE LA PROPAGANDA.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

PAUTA

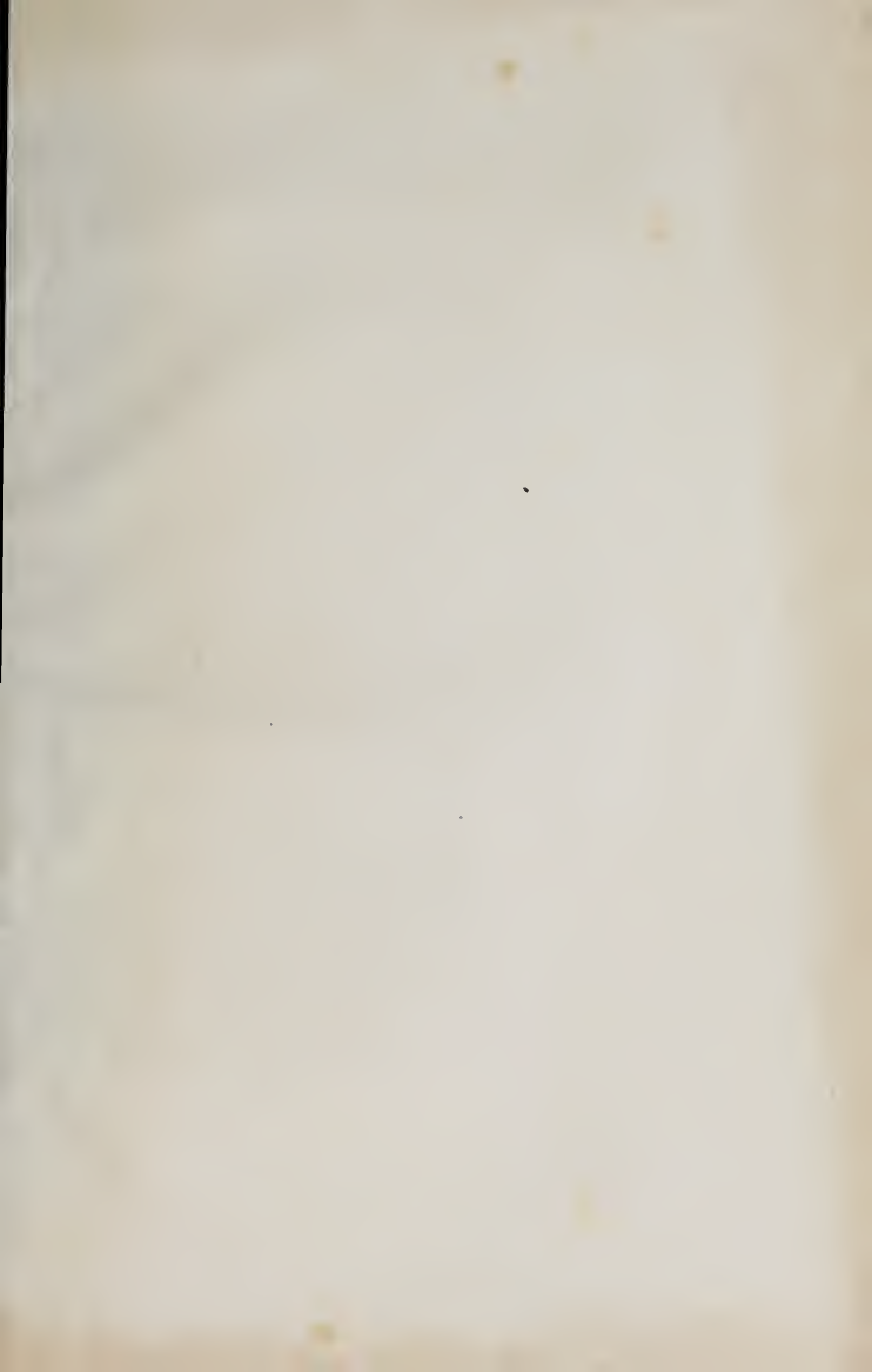
PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DE LA HISTORIA GENERAL DE LAS MISIONES.

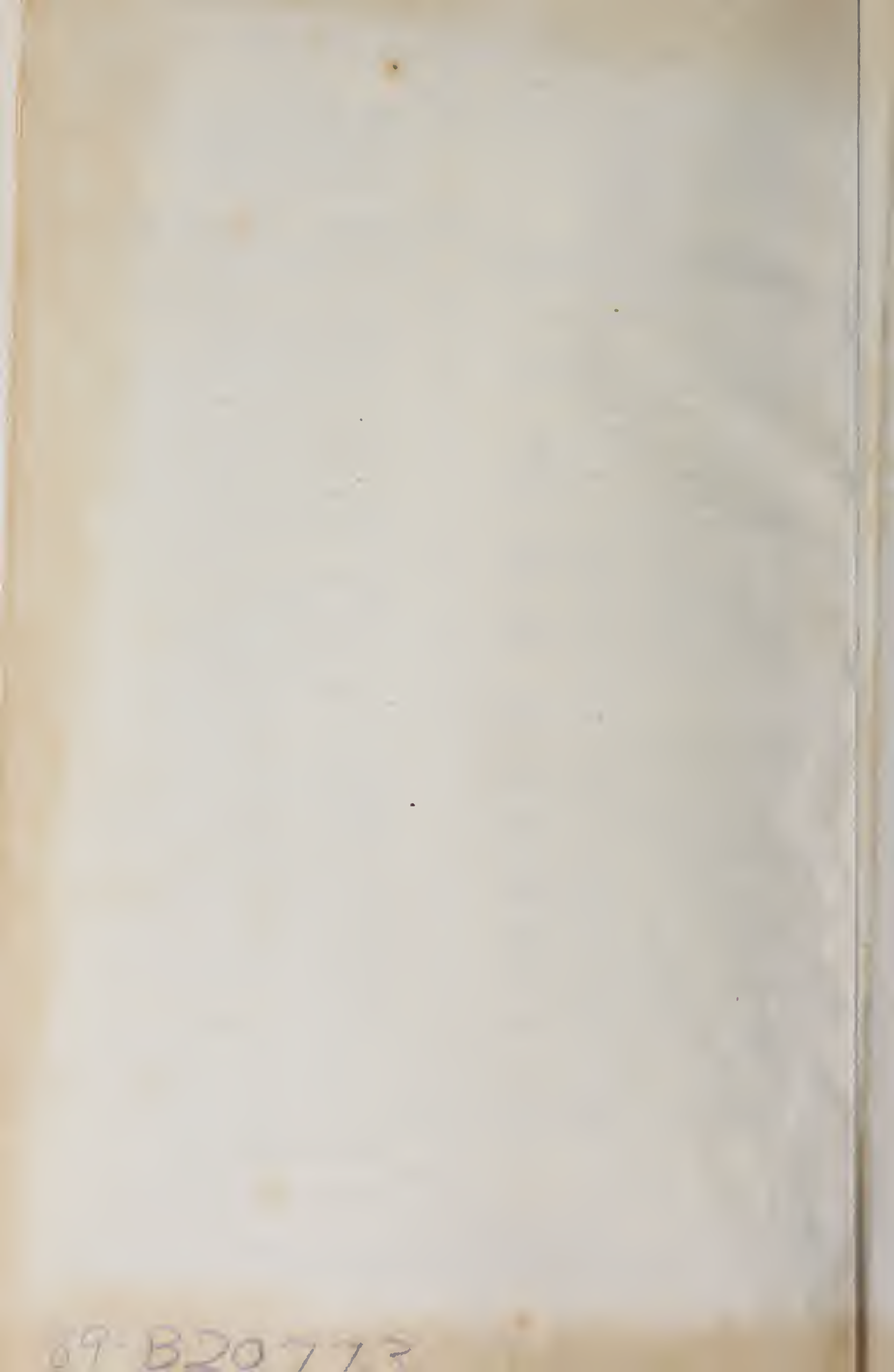
NOTA.—Los grabados deberán mirar siempre las páginas designadas.

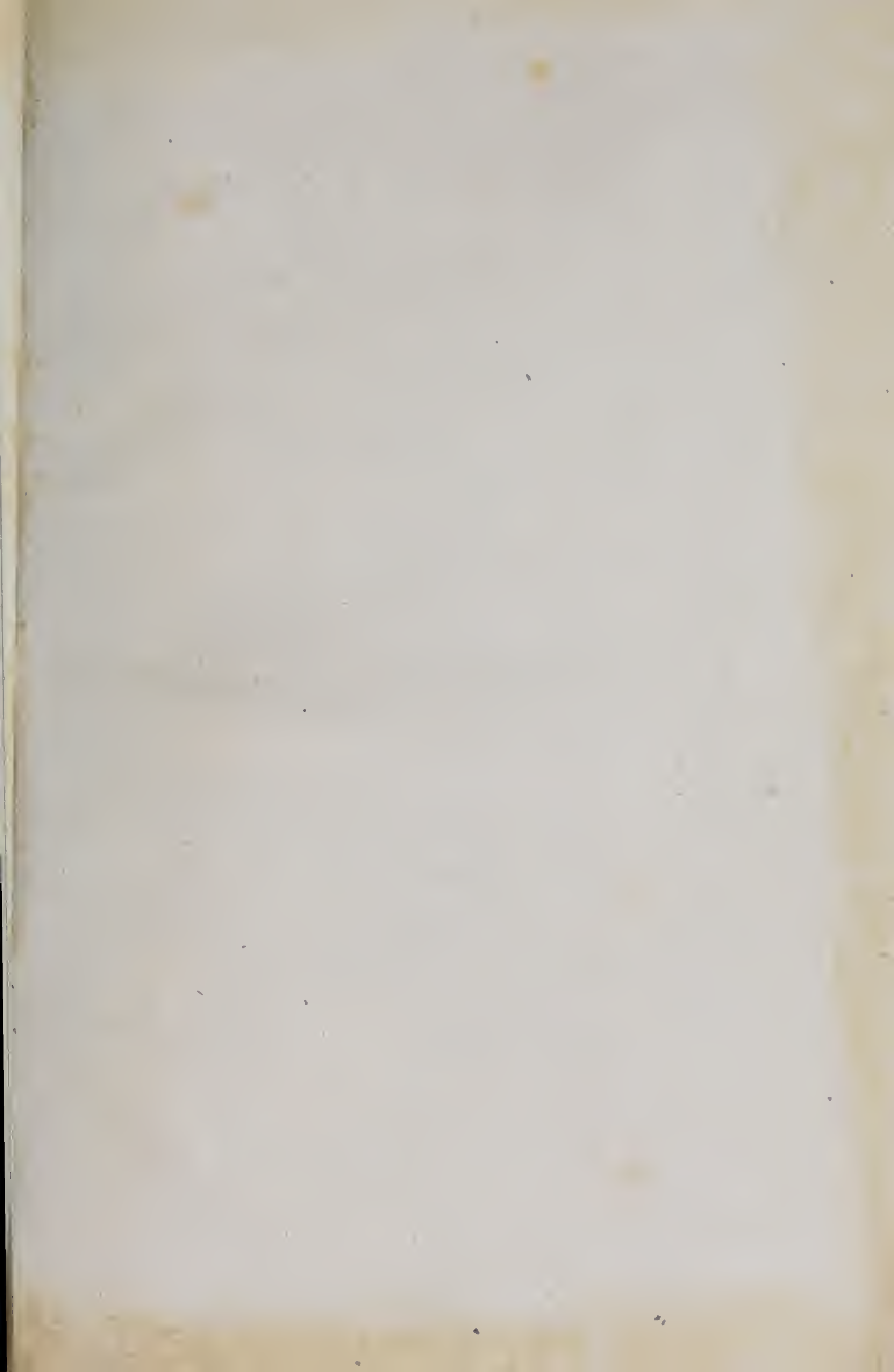
TOMO PRIMERO.

RETRATO.

Nota. — Esta obra podrá encuadernarse en dos tomos, tal como la hemos publicado, ó en cuatro si así se prefiere, á cuyo efecto damos las correspondientes portadas impresas. (*Véase la* Advertencia *al final de la pauta del tomo II.*)











GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00061 1372

